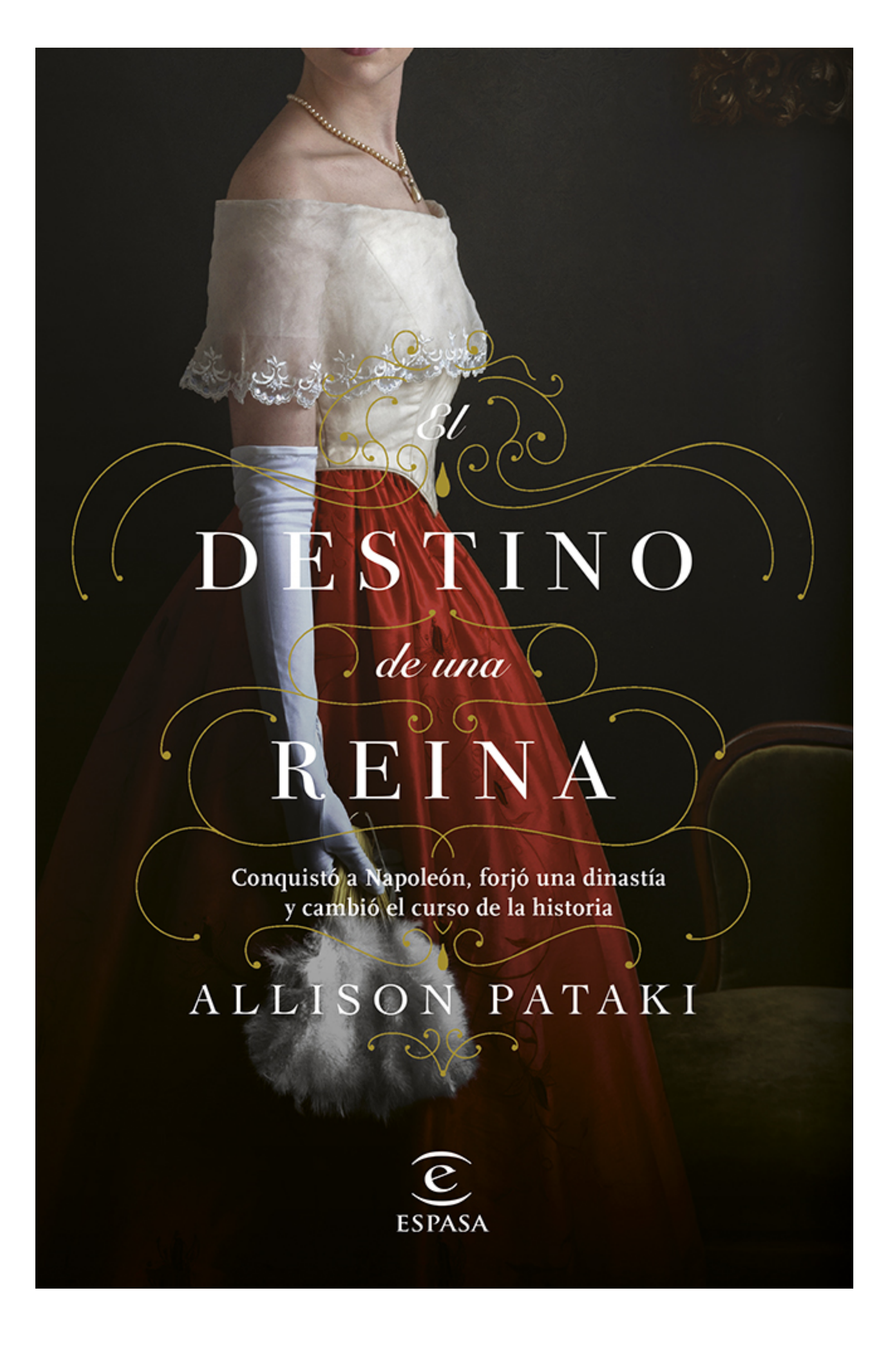

El
DESTINO
de una
REINA
Conquistó a Napoleón, forjó una dinastía
y cambió el curso de la historia
ALLISON PATAKI
ESPASA

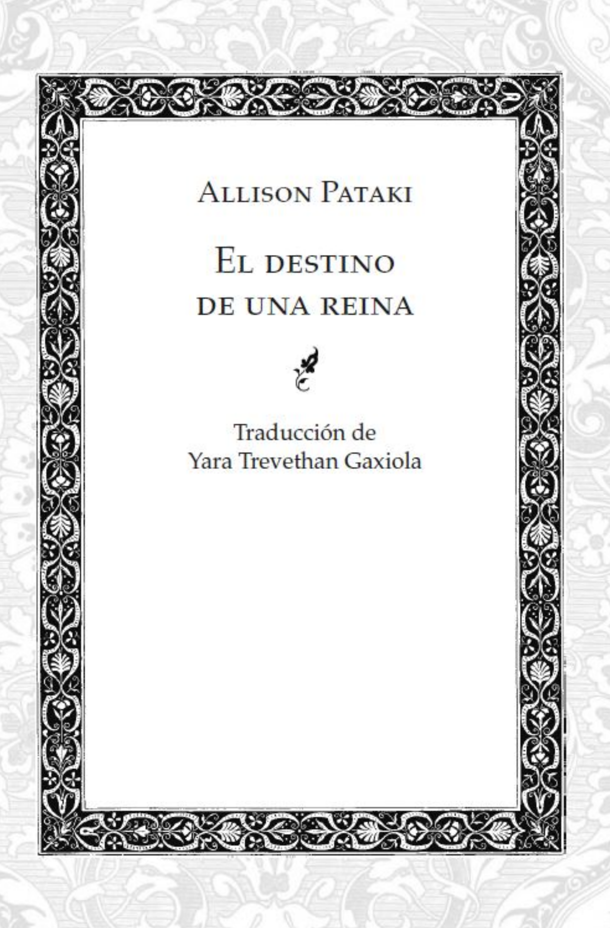
Índice

Sinopsis

Désirée Clary, hija de un rico y noble mercader, es la prometida de Napoleón Bonaparte, quien, al conocer en París a Josefina Beauchamp, rompe el compromiso. Tras años de magníficas relaciones y casada con el célebre militar Jean Baptiste Bernadotte, éste deja de apoyar a Napoleón y, cuando se lo proponen, acepta ser el nuevo rey Suecia. Désirée se convierte así en reina de Suecia, y su hijo, Óscar, en el príncipe heredero. Sin embargo, el destino unirá de nuevo la vida de Napoleón y la de Désirée, pues la elegida para contraer matrimonio con Óscar será la nieta de Napoleón y Josefina. Su unión inicia una dinastía monárquica cuyos herederos reinan en Suecia hasta hoy en día.

Apasionante como *The Crown*, seductora como *Forastera*.

Una seductora y fascinante novela sobre la mujer que conquistó el corazón de Napoleón, forjó una dinastía y cambió el curso de la historia.

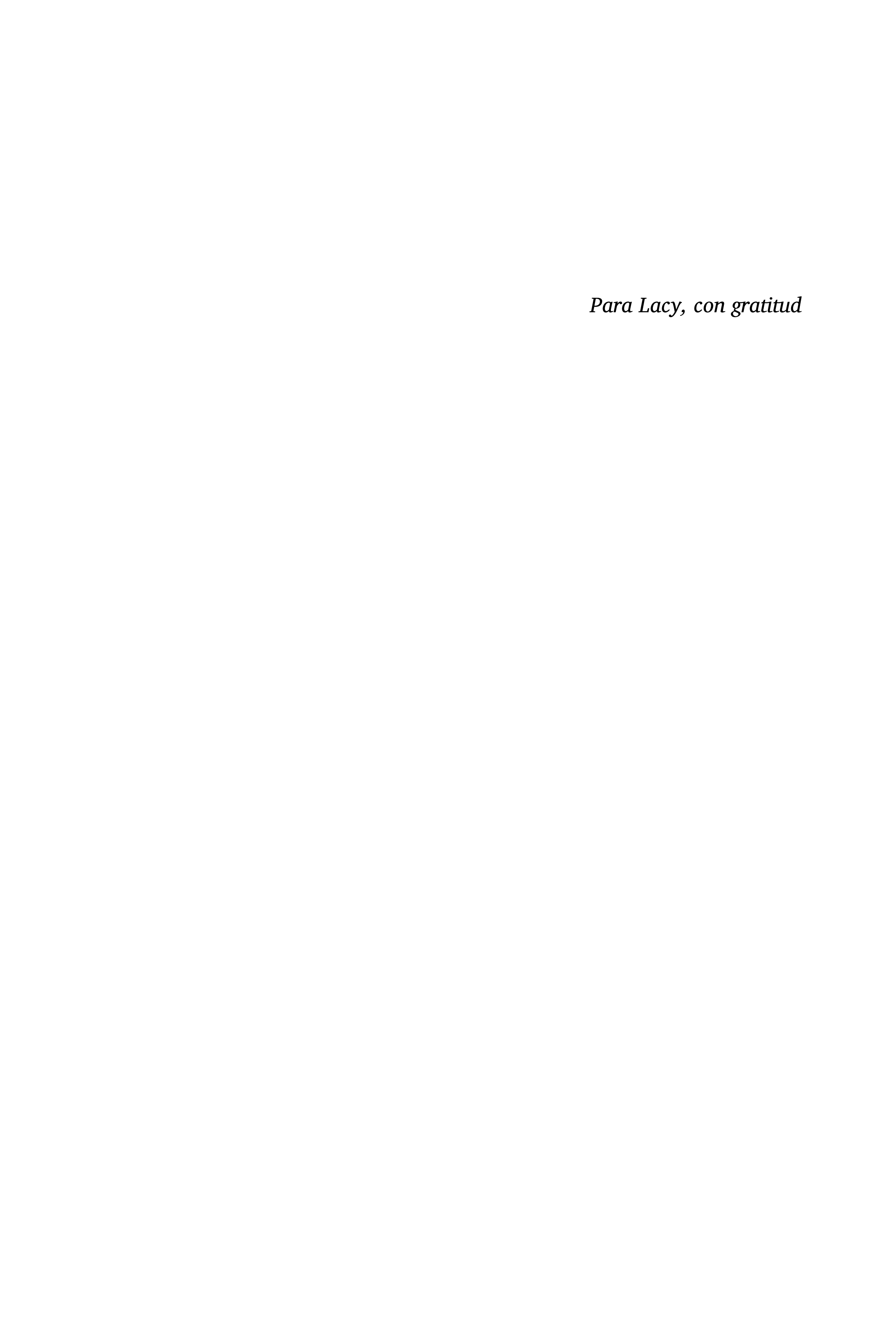


Allison Pataki

El destino de una reina

Traducción de
Yara Trevethan Gaxiola





Para Lacy, con gratitud

Prólogo

Estocolmo, Suecia
Diciembre de 1860

Cuando la nieve cae a medianoche para cubrir de blanco las vacías calles adoquinadas y espolvorea el campanario gótico de la catedral de Storkyrkan, es fácil echar a volar la imaginación. Para mí, una chica del sur, donde la brisa acarrea consigo la calidez de la costa y el débil aroma de los limoneros de la ladera, la súbita aparición de estas motas blancas nunca deja de deslumbrarme y desorientarme.

«*Kring kring* —dicen todos—. *Kring kring*.» Vueltas y vueltas. Es una de las pocas frases que me he tomado la molestia de aprender en sueco: *«kring kring»*. «Dar vueltas y vueltas es lo que hace nuestra reina, anciana y demente, cuando cabalga por encima de la nieve y en las calles a medianoche, imaginándose que está de nuevo en París.»

Sonrío para mis adentros y me arrellano más en el lujoso asiento del carruaje cerrado; froto mi mejilla contra la piel de zorro plateado de mi abrigo. Cuánto se equivocan. Yo no cabalgo por la oscuridad de Estocolmo, deslumbrada por la nieve, para imaginarme que estoy otra vez en París. No cabalgo por la noche invernal para imaginarlo a él o a su imperio, las águilas blasonadas de oro o la descarada aguja de Notre Dame que se eleva junto al Sena: un dedo de piedra fabricado por el hombre, desafiante, que se clava en los ojos de Dios.

No, no. *Kring kring*. Doy vueltas y vueltas para verla una vez más: a la chica cuyo nombre significa «deseo»; la de esa otra vida, al otro lado del mar congelado y del continente cicatrizado por la guerra. *Désirée*. Antes de que me cambiaran el nombre, su reina, su

madre sueca, su Desideria.

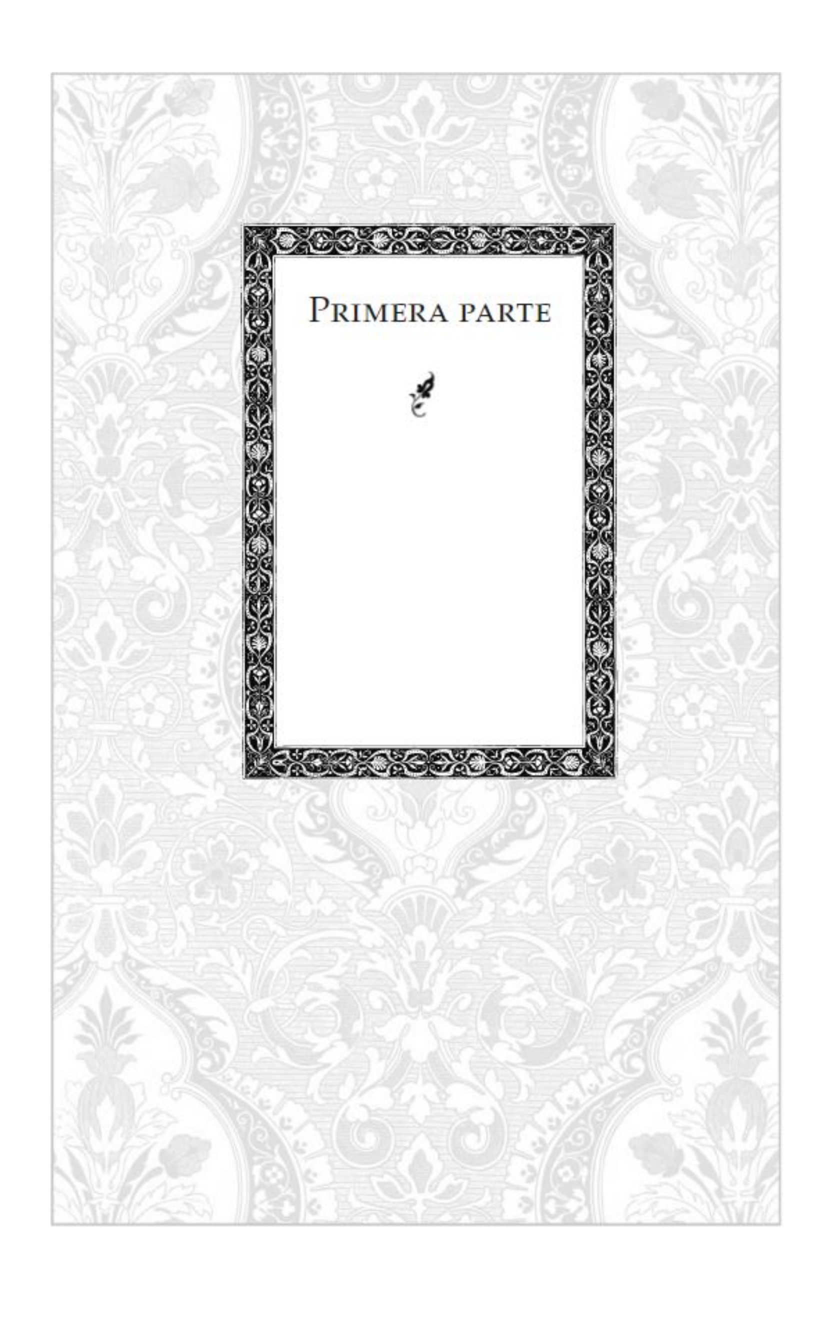
Supongo que él aparece en esas reflexiones de medianoche (supongo que todos lo hacen), pero sólo en la medida en que se relaciona con ella, la niña a la que él amó, aquella que puso al joven y hostil soldado corso de rodillas. La chica que él habría podido elegir. ¿Podría haber saciado esa hambre en lugar de alimentarla? ¿Lo podría haber evitado todo, frustrando a la bestia voraz que lo consumiría todo a su paso: su corona, su imperio, su continente, su propia vida?

De noche, encerrada en mi carruaje real cubierto de nieve, pienso en ella. En la chica que pudo haberlo salvado. La que hubiera podido salvarnos a todos.

Kring kring. Ahí están dando vueltas y vueltas esos pensamientos, esos recuerdos, esas ilusiones espectrales que ganaban y destruían imperios completos. Un remolino de sedas, pasos que se deslizan sobre el parquet de la pista de baile. Ojos oscuros y determinados, brazos fuertes, los colores del uniforme del oficial en movimiento. Coronas que se colocan entre pompa y ceremonia, sólo para ser arrancadas de forma tan poco ceremoniosa. Risa, la de ella. La de él también. Gritos y brindis con champán, canciones, siempre tantas palabras. Han desaparecido las palabras, al igual que quienes las pronunciaron; sin embargo, yo sigo aquí. Sólo yo permanezco.

Dirán lo que quieran de mí, su reina hermosa. Su reina astuta. Su reina amable. Su vieja reina loca. Que lo hagan. Pondrán esas palabras en mi boca y omitirán otras. He portado muchos mantos, coronas y nombres diferentes, pero ninguno de ellos puede negar lo que siempre he sabido. No sólo sé cómo gobernar hombres y reinos; cualquier conspirador ambicioso que cuente con un ejército puede hacerlo. Pero ¿yo? Yo sé algo más. Sé cómo sobrevivir.

Incluso ahora, incluso cuando siento que cada aliento puede ser el definitivo, sé que tengo una última oportunidad para sorprenderlos a todos. Y eso haré. Todo comienza con el corazón feroz de una joven cuyo nombre significa «deseo».



Primera parte

Capítulo 1

EL CONVENTO DE NUESTRA SEÑORA
SUR DE FRANCIA, VERANO DE 1789

Algo iba mal. Pude darme cuenta esa mañana por sus rostros enjutos, por la manera en la que las monjas corrían por el pasillo, con los talones golpeteando furiosos contra las antiguas y frías piedras de la abadía.

Mi estómago gruñó y apreté el puño contra él, esforzándome por no pensar en el hambre. «Hacía décadas que no teníamos una cosecha tan mala», repitieron las monjas durante todo el verano, con la misma proporción de resignación y censura, como si de alguna manera nosotros lo hubiéramos provocado. «Dios está probando nuestra fe.» La prueba de Dios duró semanas, luego meses. Meses que, para una niña hambrienta de once años, se alargaban con la vastedad de la eternidad. «Debemos rezar por las pobres almas que sufren. Recemos por los pobres, por los hambrientos», nos decían las monjas cada noche, en vísperas, y de nuevo en los himnos matinales. «¿Los hambrientos?» Tenía ganas de maldecirlas. «¿No estoy yo muriendo de hambre?» Por supuesto, sabía mejor que nadie que no debía contestarles a las hermanas más que con una triste inclinación de cabeza, con los ojos mirando al suelo de forma piadosa. Además de tener el vientre vacío, sólo faltaba que también me doliera la espalda.

El único lugar en el convento en el que conseguíamos comida suficiente era la enfermería; todas sabíamos que era un hecho. Cuando Julia, mi hermana, enfermó el invierno pasado, la pusieron en un catre inmaculado, abrigada con sábanas blancas e impecables; casi volé por los pasillos hasta la enfermería. Me abalancé sobre ella y presioné mis labios contra los suyos. Como

un ciervo en celo, ella se quedó sin aliento y con los ojos abiertos como platos; su modestia se vio sorprendida y ofendida, y me reprendió con una de las frases típicas de mamá.

Pero funcionó: caí maravillosamente enferma, mucho más de lo que Julia había estado. Fueron dos semanas de ávida glotonería, semanas de deleitarme en mi cama caliente, dormitando aun cuando escuchaba el tañer de las campanas para maitines; las otras niñas, exhaustas, con los estómagos vacíos que rugían pidiendo pan, arrastraban los pies por los oscuros pasillos hasta la capilla helada para realizar los servicios antes del amanecer. Alargué mi enfermedad durante días, incluso después de que mi garganta sanara y mis pulmones estuvieran limpios. No sólo había mentido, sino que además lo había hecho para cometer el doble pecado de la gula y la pereza. Disfruté hasta el último minuto.

Pero ese día, la mañana en que tuve la certeza de haberme metido en problemas, mi pecado no fue fingir que estaba enferma. Tampoco mentí para obtener más comida o más tiempo de sueño. No, esa mañana mi pecado fue mucho peor. «No robarás.» Conocía el mandamiento; sin embargo, robé. Quizá no robé, más bien escondí. Durante nuestro receso matutino, la hermana Marie-Benedictine estaba cruzando con esfuerzo el jardín cuando su carretilla había volcado y su deslumbrante carga de enormes melones había salido rodando por el pequeño terreno de césped reseco. Nos había ordenado que la ayudáramos a recoger su botín, pero yo me había parado frente a uno de ellos y lo había pateado deprisa hacia un arbusto, fuera de la vista de todos. Estaba tan hambrienta y ese melón me pareció tan maduro y jugoso… y estaba tan al alcance de la mano… Había sentido una pasajera punzada de culpa, porque la hermana Marie-Benedictine era de las amables, pero mis punzadas de hambre habían sofocado rápidamente esa pequeña contrariedad. Cuando la hermana se fue, empujando con dificultad su carretilla el resto del camino hacia la cocina, le dije a Julia que me ayudara a esconder el melón en la parte trasera del jardín. Era nuestro tesoro.

Pero alguien debió de habernos visto. Alguien nos había delatado y ahora la madre superiora lo sabía. Estaba segura.

—¿Duele? —le pregunté a mi hermana mientras arrastrábamos los pies por el sombrío corredor que iba a nuestro dormitorio.

—¿El qué? —preguntó Julia.

—Ya sabes —murmuré. Julia se encogió de hombros—. Los golpes —dije con una voz ronca que dejaba en evidencia mi pánico.

—¿Cómo puedo saberlo? —Julia frunció el ceño. Claro que no podía saberlo; nunca se había saltado las reglas de esta manera. O, más exactamente, nunca la habían sorprendido quebrantando las reglas de esta manera. Era demasiado cautelosa, demasiado sensata. Yo era la temeraria.

—Sólo sé que lo han encontrado. —Me mordisqueé un poco de piel de un dedo y un ligero sabor a sangre se deslizó por mi boca.

—Deja de morderte los dedos —me regañó. Era seis años mayor que yo, la mitad de mi vida. En general, era más una madre que una hermana.

—¿Por qué otra razón habrían interrumpido nuestras clases y nos habrían ordenado que regresáramos al dormitorio? —pregunté segura de nuestra suerte; mi mano caía lacia a mi costado.

—Ah, las chicas Clary, aquí estáis. Julia. Désirée. —La madre Marie-Claude se apuró para alcanzarnos en el corredor, una ráfaga blanca; su toca volaba alrededor de su rostro con cada paso apresurado.

«¡Horror de horrores!» La madre superiora en persona, ¡aquí, para darnos nuestro castigo! «Dios mío, nunca más robaré otro melón en lo que me queda de vida. Por favor, líbrame de tu justicia esta vez. Te ruego compasión. Oh, Santa Madre, intercede ante tu hija.»

Pero cuando vi el rostro de la madre superiora no fue enojo lo que observé en sus rasgos cansados. Conocía esa mirada porque reflejaba cómo me sentía yo en ese mismo instante: la madre superiora tenía miedo.

—Niñas, se ha notificado a vuestra familia que deben venir a recogeros de inmediato para llevaros a casa, a Marsella.

Ni Julia ni yo dijimos ni una palabra, aturdidas por esta repentina información.

—¿Venir a recogernos? —preguntó Julia después de un momento; en su confusión, mi hermana, siempre tan cuidadosa, olvidó la formalidad para dirigirse a la madre superiora.

—Preparad vuestras cosas enseguida. —Fue todo lo que la madre superiora pudo dar como respuesta. Una imagen del rostro de mi madre enfurecida (¿o era su eterna desilusión?) me nubló la vista. ¿Qué diría de esto?

—Madre superiora, por favor. —Caí de rodillas; el duro suelo recibió mis articulaciones con un golpe despiadado; seguro que me saldrían moretones. Ignoré el dolor y levanté las manos a modo de súplica—. ¡La culpa fue sólo mía! Merezco que me echen de la escuela, pero mi hermana no. Ella no tuvo nada que ver. Le ruego...

—Calla, Désirée. —La madre superiora alzó un largo dedo, con el ceño fruncido de impaciencia—. Por una vez quédate callada, no seas ingenua. Regresarás a casa, como lo harán todas las niñas cuyas familias pueden pagar un viaje seguro. Las otras..., las que tienen familia en el extranjero, bueno, no sabemos cómo vamos... —Se le escapó un suspiro sonoro, una muestra de la tensión que tenía acumulada—. Pero no os preocupéis por eso. Vosotras dos sois afortunadas. Vuestra familia está cerca. Vendrán a buscaros y os llevarán a casa, donde estaréis mucho más seguras que en este convento.

—Pero ¿llevarnos a casa? ¿Por qué? No son vacaciones. —La voz de Julia delataba la misma confusión que sentía yo. ¿Por qué, de pronto, no estábamos seguras aquí en el convento?

—Por la guerra —explicó la madre superiora. Sus ojos se suavizaron, aunque fuera sólo un momento, al ver nuestro desconcierto—. Niñas, debéis rezar. Por... por todos nosotros y por Francia.

—¿Guerra? —Repetí incrédula esa palabra. El sonido me parecía extraño; una afirmación tan excéntrica como si la madre superiora nos estuviera diciendo que la virgen María estaba sentada en el comedor, esperando compartir el pan y la leche con

nosotras en ese mismo instante—. ¿Guerra contra quién?

La madre superiora frunció el ceño.

—Contra nosotros mismos. Es una revolución. —Julia me cogió de la mano; su palma estaba sudada y fría. La madre superiora continuó—: La gente se ha levantado en armas.

Las palabras que había oído tantas veces en los últimos meses se abalanzaron a mi cabeza: «Hacía décadas que no teníamos una cosecha tan mala».

La voz de la madre superiora me devolvió al oscuro corredor de piedra húmeda del convento.

—Creen que el enemigo es la nobleza y... la Iglesia. No estamos seguras aquí. En todo el país saquean monasterios e incendian conventos; apuñalan a sacerdotes y deshonran a monjas. —Alzó las manos y se las llevó al pecho en un acto de plegaria—. Pero he hablado demasiado. No tenéis que saber... No tengo tiempo para esto. —Parpadeó, miró a Julia y luego clavó su mirada en mí—. Id al dormitorio ahora mismo. Preparad vuestras cosas. Os iréis esta noche. Yo rezaré por vosotras.

Sus ojos permanecieron sobre mí durante un momento; su expresión parecía indicar una mezcla de preocupación y de algo más. ¿Era tristeza? ¿O quizá miedo por la repentina incertidumbre de mi futuro? Sin embargo, al instante siguiente la adusta mujer enderezó los hombros y se irguió en toda su estatura, y con eso la madre Marie-Claude dio media vuelta y se alejó abruptamente sin ofrecer más explicaciones ni girarse para despedirnos.

—Revolución —dijo Julia después de la súbita desaparición de la monja; su voz era apenas un murmullo—. Matan a sacerdotes, queman conventos. ¿Cómo llegaremos a casa con vida?

Tomé la mano de mi hermana y la apreté.

—Papá nos llevará sin peligro. O Nicolás. Julia, no te preocupes. Mañana a esta hora estaremos en casa.

Sonaba confiada al decirlo y lo estaba; mi confianza en nuestro padre y en nuestro hermano mayor era absoluta. Además, aun cuando las noticias eran terribles para nuestros compatriotas y el clero, no podía ignorar una maravillosa y bienvenida verdad: por fin volvíamos a casa.

Capítulo 2

Marsella, Francia
1794

Cada vez que empezaban a gritar, me escabullía por la puerta sin que la cocinera se diera cuenta; su mirada oblicua y su sonrisa apenas perceptible me garantizaban siempre que mi secreto estaría a salvo.

—¡Chis! —Me llevé el dedo a los labios, con los ojos bien abiertos, implorando mientras atravesaba con cuidado la cocina.

La cocinera asentía, resoplaba y regresaba a picar su montón de grandes cebollas amarillas.

Así me escapé por la puerta esa mañana, tarareando para mis adentros al cruzar el umbral hacia los jardines. Al llegar parpadeé y miré alrededor. Siempre me parecía asombroso, y en realidad un poco vertiginoso, pasar del interior oscuro y cargado de nuestra casa (cortinas de damasco cerradas, discusiones sofocadas, las quejas de mamá por sus migrañas) al refugio brillante y aromático de nuestros jardines amurallados: una súbita explosión de color y la entonación del canto de los pájaros que jugueteaban en el viento apacible. En ese entonces no sabía, no lo entendería hasta mucho tiempo después, que era un regalo excepcional poder escuchar a los pájaros trinar durante todo el año, oler la exhalación terrosa de la vida vegetal y las gruesas hojas que se despliegan bajo las pesadas gotas de rocío del amanecer. Pero en ese entonces, siendo sólo una niña, no podía comprender nada de eso, aunque tenía la suficiente conciencia como para saborear mis horas robadas en esos jardines, donde la cálida brisa se deslizaba a través de los hibiscos emparrados que llevaban consigo los vacilantes rayos de sol, los gorjeos de las gaviotas cercanas, los gritos de los

pescadores y las fuertes bocinas de los enormes barcos que atracaban en nuestro puerto del Mediterráneo.

Desde la muerte de papá, tan sólo unos meses antes, todos habían estado muy inquietos, y últimamente la situación había empeorado. Mamá estaba deshecha; sus frágiles y crispados nervios se habían convertido en un pánico total, en lamentos cotidianos porque seguro que íbamos a seguir el destino de nuestro padre.

—No murió por la Revolución. No lo llevaron a la guillotina. —Nuestro hermano Nicolás intentaba tranquilizar a mamá cada vez que ella comenzaba a profetizar.

Nicolás era diecisiete años mayor que yo y ahora era el patriarca de los Clary. En el mentón llevaba la expresión adusta de cansancio y miedo por nuestra familia, así como en las arrugas que desde hacía poco surcaban su frente. Pero nunca perdió su calma apacible y reconfortante; nunca le habló mal a mamá, como yo lo hubiera hecho de estar en su situación.

—Ningún tribunal nos ha denunciado, madre.

—¡Aún no! —respondía ella con las mejillas manchadas; sus manos se contraían y se aflojaban de manera intermitente.

Nicolás suspiraba, paciente.

—Papá falleció de muerte natural, madre.

—¿Muerte natural? No tuvo nada de natural —replicaba ella entre gemidos y repetía los temores que había expresado tantas veces—: La preocupación lo mató. Fue el miedo a la guillotina, a cualquier navaja. Sabía que todos estábamos en peligro.

Siempre que mamá comenzaba a hablar de esa manera, Julia buscaba mi mirada. «Ni una palabra —me ordenaban sus ojos—. Quédate callada, ya pasará.»

—Tenemos demasiado dinero —se quejaba mamá todos los días; hasta hace algunos años esta afirmación le habría parecido absurda a cualquiera—. Hemos logrado sobrevivir mucho tiempo, vendrán a por nosotros.

Yo era joven e ingenua, una niña protegida y mimada de dieciséis años, pero sabía lo suficiente para comprender que los lamentos de mamá estaban fundados. Una demencia se extendía en nuestra nación, un terror que apretaba más fuerte que cualquier

horca. Eran tiempos pésimos para vivir en Francia, tiempos de una aprensión tan intensa que podía olerse en las calles, que podía verse en los rostros de los transeúntes. Habían asesinado a nuestro rey y a nuestra reina; los habían decapitado en París frente a una muchedumbre enfurecida. Fue un destino innoble que, antaño, sólo se reservaba a criminales y traidores infames. Luis y María Antonieta, los representantes ungidos de Dios en la tierra —o al menos es lo que siempre nos enseñaron en el convento, antes de que el mismo Dios fuera expulsado del país y reemplazado por el Ser Supremo—, eran ahora cadáveres decapitados que se habían arrojado a una fosa sin nombre; sus cuerpos se pudrían para alimentar a los gusanos, junto con ladrones insignificantes y otros nobles condenados. ¿Quién había ocupado su lugar? El Comité, o el Terror, para ser más exactos. En Francia había desaparecido la nobleza y ya no existía nuestra antigua religión. Cualquiera que murmurara una palabra amable hacia un aristócrata o hacia Dios era culpable según la nueva Ley de los Sospechosos.

Esos días, mamá se aferraba con más fuerza a nosotros, sobre todo ahora que papá ya no estaba. Especialmente a mi hermano: sus ojos vigilaban a Nicolás con el amor feroz de una loba acorralada. Estaba convencida de que los tribunales revolucionarios —que negaron justicia a nuestro padre— promulgarían esa justicia sobre su acaudalado hijo y heredero. Nosotros, los Clary, éramos de la *haute bourgeoisie*, la clase más alta de los comerciantes. Y aunque papá había nacido plebeyo y no era de clase noble, su próspero negocio de seda, jabones y café le pertenecía ahora a Nicolás. Eso hacía de mi hermano uno de los ciudadanos más ricos del sur de Francia. Más rico, con creces, que la mayoría de los aristócratas que ya habían perdido la cabeza. Ésas eran razones suficientes para que mamá se preocupara y llorara, y aunque Nicolás y Julia trataban de consolarla, sus esfuerzos sólo parecían avivar más la ansiedad.

La mejor manera en la que yo, la más joven, podía sobrevivir en esos días difíciles era buscar un pequeño refugio en mi propia soledad. Me escondía, me alejaba de sus llantos y sus mimos; y ahí estaba, en esa cálida mañana de primavera, con el rostro expuesto

hacia la luz del sol en nuestros tranquilos jardines. No negaba el Terror, no olvidaba ni un momento el miedo que reinaba afuera de nuestra enorme residencia familiar. Había atravesado el centro de la ciudad frente a ese nuevo y temible artilugio —la guillotina— innumerables veces cuando caminaba por el mercado, por la playa o hacia los servicios que se realizaban en lo que antes había sido nuestra iglesia y que ahora se llamaba templo de la Razón. Olía el serrín que cubría el suelo alrededor de la pértiga del verdugo; veía las carretas de ejecución que transportaban a los condenados a la plaza; o peor, cómo se llevaban sus cadáveres decapitados e inertes. No negaba el infierno en el que nuestros compatriotas, hombres y mujeres, vivían. Recuerdo cómo temblaba todo mi cuerpo, cómo se convulsionaba a pesar de la cálida luz del sol de la mañana.

Sin embargo, sabía que no podía hacer nada ante todo eso y lo absurdo que era para mí, una chica joven, imaginar que podía ser útil en una época en la que incluso los reyes y las reinas estaban desvalidos. Era consciente de que mamá, Nicolás o Julia podrían hacer mucho más que yo por mantenernos a salvo. Hacía tiempo que había averiguado que lo mejor que podía hacer por todos nosotros era permanecer al margen y no aumentar la lista de quejas de mamá. Así que me refugié dentro de los amurallados jardines de nuestra residencia, donde, de alguna manera, todo parecía tranquilo, inalterado e inmaculado.

Cuando bajé la mirada, vi un nido. La noche anterior había llovido muy fuerte, una lluvia torrencial, el tipo de tormenta que lo podría haber hecho saltar del enebro. Me puse en cuclillas y distinguí los huevos hechos añicos, los trozos de cascarón con manchas azules, más perfectos que nuestro claro cielo del sur.

Cuando me incliné para acercarme, mi corazón quedó abatido no sólo por los huevos destrozados, sino también por el nido tan perfecto que descansaba junto a ellos, ahora vacío. De algún modo había sobrevivido a la tormenta y a la caída, porque ese espacio acogedor permanecía intacto. Lo escudriñé y me fijé en cada una de las ramitas entretejidas con tanto cuidado: un tazón de seguridad en el cual alimentar, recibir y sacar a la luz a nuevas

vidas. Una tarea meticulosa de anticipación y preparación. Esperanza. Una irrefutable muestra de amor. Y, junto a él, los huevos despedazados; los gusanos ya se retorcían alrededor de ellos, alimentándose de los restos de las vidas que ya no contenían. ¿Dónde estaban los padres de esos pájaros? ¿Adónde iría ahora su amor?

Pensé que quizá podrían haber quedado uno o dos huevos intactos a la caída. Podría encontrarlos y llevarlos a casa, donde la cocinera me ayudaría a calentarlos y protegerlos, a preservar esas pequeñas y frágiles vidas. Mi mente se inclinaba hacia ese propósito; mis manos exploraban la tierra húmeda cuando Julia me encontró.

—Dios, ¿qué ocurre ahora? —Escuché su voz—. La cabeza en las nubes, las manos en la tierra. En serio, Désirée, ¿tienes que actuar siempre como una niña, y precisamente hoy?

Me di la vuelta sorprendida tanto por la repentina aparición de Julia como por el dolor que me causaban sus palabras. Me senté en cuclillas y parpadeé frente a mi hermana.

—¿Ahora qué pasa?

Julia sacudió la mano e ignoró mi pregunta.

—Entra. Mamá quiere verte.

Arqueé las cejas como símbolo de ligera protesta. ¿Julia no podía cubrirme, como lo hacía con frecuencia? ¿No podía simplemente inventarse alguna excusa, decir que no me había encontrado?

Pero Julia no estaba de humor.

—Désirée, ahora. ¿No me oyes? Mamá está muy enfadada. ¿Cómo puedes vivir tan ajena al mundo que te rodea? —Su tono de voz y la dureza de sus palabras cumplieron su cometido. Me levanté de inmediato y me alisé la falda, tratando de quitar lo mejor posible la tierra que se había quedado sobre mi regazo.

—¿Qué ocurre ahora? —dije una vez más, pero la pregunta chocó contra la espalda de mi hermana, que ya había dado media vuelta y se apresuraba a regresar a casa.

En el interior, las cortinas estaban cerradas e impedían que entrara la luz del sol; un silencio frío e inquietante recorría las

grandes habitaciones vacías por las que Julia me guio hasta llegar al salón. Ahí estaba mamá sentada en un lujoso sillón tapizado de satén de color arándano. Sus pies descansaban sobre una otomana y su cuerpo permanecía lánguido y letárgico. Incluso su rostro estaba hundido, agobiado por la preocupación. No había rastro de Nicolás; probablemente, su frustración había llegado al límite y se había retirado.

—Désirée, mi niña. —Mamá extendió el brazo para indicarme que me acercara. No era lo habitual: mamá recurría a Nicolás o a Julia, y en muy raras ocasiones a mí. Me acerqué despacio, con pasos vacilantes; ella tomó mi mano y la estrechó con fuerza—. Mi querida niña, quizá tú seas nuestra única salvación. —Me pareció sensiblero incluso para mamá. Me puse nerviosa y permanecí en silencio—. Nuestra familia te necesita, mi niña.

Me volví hacia Julia.

—Me necesita… ¿para qué?

—Debes ir al pueblo —continuó mamá. Estoy segura de que mi rostro mostró mi sorpresa.

—¿Al pueblo?

Era exactamente lo contrario de lo que mamá nos decía todos los días: «Evitad ir al pueblo. Evitad ir a la plaza. Alejaos de la guillotina, evitad las multitudes».

—Sí —respondió, y se masajeó la sien en pequeños círculos—. Al Hôtel de Ville.

—Al ayuntamiento…, pero ¿por qué? —Miré a Julia de nuevo, confundida.

Mamá comenzó a llorar y Julia se me acercó.

—Es por Nicolás —me explicó en un murmullo—. Lo han arrestado.

Mamá jadeó y emitió un fuerte sollozo. Contemplé a mi hermana con los ojos muy abiertos.

—¿Han arrestado a Nicolás? —Julia asintió—. ¿Por qué? —solté, pero sabía que era una pregunta absurda. ¿Acaso en estos días alguien recibía una respuesta adecuada a esa pregunta? ¿Por qué habían arrestado a mi hermano? Mejor dicho, *¿por qué no?* Estaba sano y vivo en Francia durante el reino del Terror. Era el

heredero de una vasta fortuna mercantil. Todos los días arrestaban a gente por mucho menos que eso.

—Es peor de lo que temía —intervino mamá, secándose el rostro con un pañuelo bordado con las iniciales de papá—. Tu padre nos dejó más problemas que los que yo conocía. —Miré a mamá y después a mi hermana, confundida—. Tu papá... —Mamá trató de dominar su angustia y tragó saliva antes de continuar—: Hace varios años hizo una solicitud a la corona. Envió los fondos para un regalo muy generoso, junto con la solicitud de ennoblecimiento. Nos iban a dar un título de nobleza, antes de todo..., bueno, antes de todo esto.

Mamá perdió la poca fortaleza que le quedaba y se cubrió el rostro con las manos. Julia se adelantó y apoyó una mano sobre mi hombro. Me dirigí a ella.

—Pero no lo entiendo, ¿qué puedo hacer yo? —pregunté y sentí la boca seca—. ¿Cómo puedo ayudar?

—Mamá piensa que tú tienes más posibilidades de ayudarnos —respondió Julia. Sus rasgos se suavizaron cuando me tomó de las manos—. Irás al ayuntamiento y tratarás de interceder por Nicolás.

La magnitud y la mera inutilidad de esta tarea me parecieron tan absurdas que me quedé muda por un momento.

—¿Yo?

—Sí, tú —asintió Julia.

—Tú deberás intentarlo primero, hija. —Mamá me contempló fijamente—. Eres joven. Mírate: un hombre debe tener un corazón muy duro para pensar que no eres inocente.

Crucé los brazos.

—No puedo hacerlo, mamá. No soy... —Mis palabras se apagaron mientras las ideas comenzaban a girar en mi cabeza.

Mamá frunció el ceño, impaciente.

—¿Qué sucede, pequeña? Dilo.

—Es sólo que... —dije lo que siempre había pensado que era verdad—: No soy inteligente, no soy como Julia. Mándala a ella.

Mamá alzó los brazos, ignorando mis palabras.

—¡Oh!, ¿qué tiene que ver la inteligencia en esto? No seas tonta. Eres preciosa, Désirée. Más guapa que Julia. Debes

comportarte de manera adorable, sumisa, debes suplicar, ¿entiendes? Míralos a los ojos con el mismo miedo con el que me miras ahora; cualquier hombre se apresurará a ayudarte.

Mis pensamientos se retorcieron hasta formar un nudo. Mamá nunca me había hablado de esa forma. Yo estaba segura de que no pretendía hacerme un cumplido, ni tampoco insultar a Julia. Sencillamente estaba desesperada por tener a su hijo de vuelta; eso podía sentirlo, podía notar la ansiosa urgencia de su miedo. Pero ¿por qué pensaba que yo sería capaz de llevar a cabo esta tarea monumental?

Bajé la vista. Era cierto que yo era joven y encantadora, lo sabía por las miradas que me lanzaban los hombres por la calle. Algo había cambiado hacía poco. Antes, sus miradas pasaban sobre mí sin detenerse; era sólo otra niña mimada y bien vestida que paseaba inocente por la calle bajo la presencia autoritaria de Julia o de mamá, o quizá de Nicolás o de la cocinera. Pero ahora las miradas eran persistentes, se fijaban en mí, cautivadas. Me daba cuenta de la manera en la que sus ojos recorrían las líneas curvas y suaves de mi cuerpo, cómo se detenían en mi cintura o en mi escote, de forma ambiciosa. También lo sabía por el modo en que mi hermano fruncía el ceño cuando examinaba mi silueta y murmuraba: «¿Papá ha tenido que dejarnos justo cuando Désirée se está convirtiendo en mujer?».

Me asombré al descubrir cómo mi cuerpo se había transformado tan rápido en los últimos meses. Primero fue el período; después los vestidos de mi infancia me quedaron pequeños, pues mis abundantes senos se desbordaban por encima del corsé; los brazos y las piernas se me tornaron rollizos y suaves. Cuando me observaba en el espejo, mis ojos oscuros me miraban con una fuerza recién adquirida; mi cabello castaño caía en ondas satinadas alrededor de un rostro que era atractivo y que se mostraba ligeramente sorprendido por su propia capacidad de seducción. ¿Era más hermosa que Julia, mi hermana, que era seis años mayor? Admití que quizá lo era, sí. Ella tenía el mismo cabello castaño y los ojos oscuros, pero su figura era más estilizada mientras que yo tenía curvas. Su rostro, aunque se parecía al mío,

puesto que éramos hermanas, era más largo y estrecho; quizá sus rasgos resultaban menos agraciados.

Sin embargo, no tenía ni idea de cómo utilizar este poder recién adquirido, estos poderosos encantos femeninos tan poco familiares. Y, por supuesto, menos aún para un cometido tan importante como el que tenía frente a mí: salvar la vida de mi hermano. Miré a Julia esperando que leyera mis pensamientos.

—Yo iré contigo —dijo Julia, asintiendo—. Te acompañaré hasta el Hôtel de Ville y hablarás tú; cuando estemos dentro, tú harás la petición, pero yo estaré a tu lado.

—Bien —suspiré; sentí que la tensión de mis hombros se relajaba un poco—. Gracias.

—Y te llevarás esto —agregó mi madre mientras sacaba un monedero abultado de seda de entre los pliegues de su vestido y se lo entregaba a Julia—. Sea cual sea el precio, no importa. Si eso no es suficiente, firma un pagaré y diles que les daremos el resto. No hay límite, ¿comprendes? Si la fortuna entera de los Clary se debe usar para pagar a funcionarios y sobornar a guardias, no me importa. Sólo tráeme a mi hijo de vuelta.

Julia asintió y cogió el monedero; después regresó a mi lado.

—¿Estás lista? —preguntó.

Quise responder que no lo estaba, pero mamá nos miraba y noté en su expresión que no tenía alternativa. Por fin había llegado el momento en el que yo, Désirée, debía involucrarme y formar parte del frágil destino de mi familia.

Afuera, el sol del mediodía era brillante y caliente; salimos cogidas de la mano por la reja principal y quedamos deslumbradas bajo nuestros tocados. Nuestra casa se encontraba a tan sólo unos pasos de la plaza de Saint-Michel, en uno de los barrios más ricos de la ciudad y a poca distancia del ayuntamiento de Marsella.

Conocía las calles del Puerto Viejo y del centro de la antigua ciudad desde siempre; sin embargo, los olores que palpitaban por todo el pueblo nunca dejaban de impactar en un día caluroso. Era muy raro que saliera de casa a estas horas, las más implacables del

sol del sur, el momento de la siesta. Fruncí la nariz ante el violento ataque de los aromas mientras pasábamos a través de las multitudes y frente a los edificios de piedra caliza: pescado y agua salada, estiércol de caballo, fruta podrida y verduras echadas a perder sobre las mesas de los puestos al aire libre.

Recientemente, otros aromas se habían instalado también sobre nuestra vieja ciudad portuaria; como tantos otros, nuestro pueblo ahora apestaba a sangre y serrín. Sentí náuseas conforme nos acercábamos a la plaza donde las ejecuciones diarias atraían a cientos de personas. Fijé la mirada frente a mí, lejos de la plataforma elevada, lejos de la alta y corpulenta torre cubierta por una tela, su cuchilla impecable después del espectáculo de la mañana.

En su lugar, giré la vista al horizonte, hacia la reluciente extensión del Mediterráneo azul. Barcos de carga, buques de pasajeros y pequeños botes pesqueros se desparramaban sobre la superficie. Parpadeé contra la luz del sol y vi una enorme estructura de piedra que se elevaba en una isla cercana: el antiguo castillo de If, el mismo que había sido construido hacía siglos como fortaleza naval y que ahora servía como prisión revolucionaria. Sentí escalofríos, a pesar del día caluroso, y aparté la vista del edificio achaparrado e impenetrable, dispuesta a no pensar en los miserables que se aferraban a la vida al otro lado de esos gruesos muros de piedra.

La otra estructura que se distinguía en nuestro puerto era la gran basílica de Nuestra Señora de la Guarda, que se elevaba detrás de la ciudad, más allá de los acantilados, como una criatura imponente encaramada sobre la rocosa línea costera. «No —pensé —, ya no es una basílica. Ahora es un edificio al servicio del Estado.»

No habíamos oído el tañer de las campanas de Nuestra Señora en años, desde que una banda de revolucionarios habían asaltado el edificio y, subidos a su torre, habían robado los antiguos carrillones y los habían fundido para fabricar balas para el ejército revolucionario.

—Señoras. —Un hombre huraño, cuya sonrisa lasciva mostró

unos huecos en donde alguna vez hubo dientes, silbó desde el otro lado de la calle, estrecha y apestosa—. ¿Buscáis algo que no podéis obtener en esos salones lujosos? Aquí mismo tengo una espada para vosotras.

Hizo un gesto impúdico hacia sus pantalones bombachos y me detuve de inmediato, asombrada por el hecho de que se dirigiera a mí con tanta desvergonzada vulgaridad en plena luz del día. ¿Cómo se atrevía a insultar a una Clary de esa manera?

—Ignóralo. —Julia se detuvo a mi lado. Con una mano escondía la bolsa de dinero entre sus faldas y con la otra mano me apretaba la mía—. Vámonos. Ahora. —Apresuró nuestro paso y escupió sus palabras a media voz—: *Les cochons*. Cerdos que se apoderan de esta ciudad.

Nos abrimos camino a través de la plaza repleta, pasamos frente a las jóvenes que vendían flores, vestidas con tocados de lino blanco; frente a los jóvenes que se paseaban alrededor de los bancos, sus pantalones sueltos con el estilo práctico que requería la moda de los *sans-culottes*; algunos patriotas revolucionarios llevaban libros y panfletos en las manos mientras discutían sobre política; pasamos frente a las madres cansadas de rostros sucios que alzaban las manos y mendigaban un *sou*, un centavo, mientras amamantaban a sus bebés o los sostenían dormidos contra sus senos expuestos.

Nos acercamos al gran edificio cívico, el Hôtel de Ville, donde la bandera tricolor de la República caía flácida en ese día sin viento, delante de la elaborada fachada barroca. Una hilera de altas ventanas arqueadas flanqueaba el sórdido portal. El corazón me dio un vuelco en el pecho, la magnitud de mi tarea frenaba mis pasos. Mi hermana notó mi vacilación.

—Vamos. Es por Nicolás —dijo con voz baja y decidida.

Cruzamos el umbral desde la resplandeciente plaza hacia el edificio del gobierno. Funcionarios públicos y burócratas del gobierno iban y venían por el inmenso espacio de techos altos sin advertir nuestra presencia. El aire era fresco y el vestíbulo daba la sensación de estar abarrotado de determinación.

—¿Adónde vamos? —Miré a mi hermana; sentía una enorme

gratitud por que estuviera junto a mí. Sólo había estado dentro de este edificio un par de veces, siempre con papá, nunca por algo importante.

—¿Allí? —Julia señaló una larga fila donde los peticionarios, aparentemente de todo el sur de Francia considerando la cantidad de gente, estaban alineados frente a una ventanilla atendida por un burócrata sin rostro que, por lo visto, hacía girar los mecanismos de la justicia, aunque parecía hacerlo a paso de caracol.

—¡No nos atenderán antes de Navidad! —exclamé frunciendo el ceño al ver la fila interminable—. ¿Dónde está Nicolás?

—No lo sé, Désirée —respondió Julia; su voz delataba un poco de frustración, ¿o quizá el mismo miedo que yo sentía?—. Sé lo mismo que tú.

—Disculpe —me dirigí a un guardia que estaba cerca, apostado frente a una salida lateral del edificio. Me echó un vistazo y no respondió. Yo continué—: Nuestro hermano ha sido encarcelado por equivocación; venimos a pagar su fianza. ¿Sería tan amable de dirigirnos a un administrador que esté a cargo de la liberación de los presos?

El guardia me escrutó con la mirada, luego lo hizo con Julia y regresó a mí. Su boca se extendió hasta formar una sonrisa de suficiencia y sus ojos siguieron una clara línea que recorría todo mi cuerpo. Junté las manos frente a mi cintura, por un momento desconcertada por el crudo y directo deseo que se reflejaba en sus ojos.

—¿Quieres mi ayuda, querida?, ¿cómo la vas a conseguir?

Quedé boquiabierta y provoqué la risa burlona del guardia. Antes de poder balbucear una respuesta, Julia se puso junto a mí, el cuerpo rígido en desafío mientras afirmaba:

—Tenemos los medios.

El guardia miró a Julia, divertido.

—Eso he pensado por cómo vais vestidas... —Cuando habló pude oler su agrio y avinagrado aliento—. Así vestía el ciudadano Capeto —dijo, sofocando la risa; su acento callejero era una burla al apodo con el que había nombrado a nuestro difunto rey—. De poco le sirvió al tipo, ¿no crees? —Soltó una carcajada y con un

solo dedo se rascó la parte baja de los pantalones manchados—. Esperaréis vuestro turno, ciudadanas, igual que cualquier otro hombre o mujer libre. —Señaló con la barba incipiente la larga fila de demandantes que serpenteaba desde la ventanilla del funcionario—. No me importa si vuestros vestidos son los más elegantes del edificio, algún guardia querrá hacerse rico desgarrándolos.

—Vamos, Julia —dije, tirando de la mano de mi hermana y lamentando haber buscado la ayuda de esa bestia.

Nos apresuramos a cruzar el vestíbulo, con la mirada baja; nuestra determinación había mermado por la falta de respeto que nos habían mostrado hasta ese momento.

—Mira la fila —apuntó Julia inexpresiva. Caminamos por el enorme espacio interior, sin rumbo fijo; simplemente deseábamos estar lo más lejos posible de ese hombre espantoso—. Como has dicho, podríamos hacer cola durante varios días y quizá ni así estaríamos cerca de salvar a Nicolás. Podría ser juzgado y ejecutado antes de que nosotras lográramos hablar con un funcionario.

Asentí. Estaba tan alterada —por la imagen de la prisión y de la iglesia, por la guillotina, por el hombre vulgar en la calle y ahora por este infame guardia, pero, sobre todo, por la larga fila y nuestra impotencia para salvar a Nicolás— que ni siquiera vi la figura frente a mí hasta que me topé con ella. Sentir su corpulencia contra mi cuerpo me arrancó de mis tristes reflexiones.

—Oh, disculpe, señor. ¡Quiero decir…, ciudadano! Lo siento. No he visto por dónde caminaba.

Mantuve la mirada fija en el suelo, por miedo a que este hombre me tratara con tanta rudeza como lo habían hecho los otros.

Su respuesta fue completamente inesperada.

—Una dama nunca tiene que disculparse.

Su tono carecía de hostilidad; su comentario no tenía ni una pizca de malicia u obscenidad. Por debajo del ala de mi tocado, mi mirada se encontró con una amplia sonrisa que no me resultaba familiar. El rostro que tenía delante de mí era triste y rubicundo,

nada atractivo; pero sus grandes ojos parecían amables. La tensión de mi cuerpo disminuyó un poco.

—Y tampoco tiene que fruncir el ceño o inquietarse, aunque veo que vos hacéis ambas cosas.

Su acento parecía extranjero, ¿español, quizá? Aunque hablaba con la autoridad de alguien que está al mando, vestía pantalones bombachos y una levita sencilla; no era un uniforme de administrador ni un atuendo gubernamental. Exhibía la escarapela revolucionaria tricolor sujeta a la solapa izquierda. Estaba erguido y era ancho de hombros; parecía tener más años que yo, unos veintitantos o casi treinta. Pero ¿por qué insistía en llamarme «dama» en lugar de «ciudadana»? ¿Quién era?

—José di Buonaparte, para servirle —continuó, respondiendo a mis pensamientos. Se quitó el sombrero, lo deslizó hacia un lado en un ademán ostentoso y se inclinó frente a nosotras—. Y vos sois... —Al interrumpir su frase, su mirada permaneció fija en la mía y vi un destello de buen humor, quizá hasta travieso.

—Désirée Clary —respondí, bajando la vista al tiempo que hacía una pequeña genuflexión.

—Julia Clary. —Mi hermana hizo lo mismo a mi lado.

—Ah, ¡las famosas hermanas Clary! —Este hombre, José di Buonaparte, repitió nuestro apellido juntando las manos—. ¿Las hijas del fallecido Francisco Clary? Un excelente ciudadano. Un hombre que enriqueció esta ciudad portuaria.

Julia y yo intercambiamos una mirada; podía ver que ella se preguntaba lo mismo que yo: «¿Quién es este desconocido de sonrisa fácil y acento extraño?».

—Pero, por favor, decidme, ¿cómo puedo ayudar a las hijas del difunto y gran ciudadano Clary? —preguntó; su mirada pasó con rapidez de mí a Julia y de nuevo hacia mí.

Me quedé quieta, muda de incredulidad. Julia dio un paso al frente.

—Si sois sincero y de verdad deseáis ayudarnos, ciudadano...

—Un corso nunca ofrece nada a menos que tenga la intención de cumplirlo —respondió—. Excepto que no desee hacerlo, por supuesto. Pero eso es algo distinto. —Rio, sus ojos permanecían

clavados en mí; asentí como si lo entendiera.

Así que era corso, al menos eso sí lo había comprendido. El acento debía de ser italiano. Pero ¿por qué hablaba como si de verdad pudiera ayudarnos?

—En ese caso, acepto sinceramente su amabilidad, señor, mmm..., ciudadano.

Parecía que Julia confiaba en la actitud sociable de este desconocido; le habló con franqueza y le contó la historia del encarcelamiento de Nicolás, sin mencionar el pequeño detalle de que papá, un monárquico, había hecho un generoso regalo a la corona justo antes de que estallara la Revolución. Mientras escuchaba, José di Buonaparte asentía, comprensivo; la confianza de sus modales no vaciló un solo momento ante el rostro claramente angustiado de Julia.

Cuando mi hermana terminó de hablar, él cruzó los brazos sobre su amplio pecho y al final asintió.

—Comprendo. —Fue todo lo que dijo.

—Nosotras..., nosotras estaríamos muy agradecidas si pudierais ayudarnos. —Julia sacó el monedero de entre sus faldas y lo levantó lo suficiente para que él pudiera verlo—. Y nos gustaría mucho demostrar nuestra gratitud.

José lanzó una mirada alrededor del enorme vestíbulo; después se acercó a nosotras, se inclinó y puso su mano sobre la de Julia. El ademán era demasiado pretencioso, casi indecente, pero no había indicios de lascivia o falta de decoro, sino una sincera preocupación.

—Por favor, ciudadana Clary, guardad vuestro monedero. —Julia dudó un instante y miró esa mano firme sobre la de ella; luego hizo lo que le había pedido—. Lo que sí puede hacer...

—Lo que sea —exclamé, dando un paso hacia delante; el tono de esperanza en mi voz era evidente.

—Hay un café muy agradable al otro lado de la plaza —explicó, dirigiéndose a mí—. ¿Por qué no van ahí, señoritas, y toman asiento en la terraza? Pídanme un vaso de algo frío. Quizá incluso una copa de vino. Les prometo que antes de que esta oficina cierre regresarán a casa con su hermano.

Julia y yo observamos al hombre, a este desconocido cuya amabilidad era incomprensible, y luego nos miramos mutuamente. ¿Podíamos creer en su palabra?

Mi hermana examinó una vez más la fila interminable de peticionarios y al parecer no encontró más opción que confiar en el ciudadano Di Buonaparte.

—Señor, ponemos nuestras esperanzas en vos —dijo, mirándolo a los ojos—. Gracias.

—Podréis agradecérmelo cuando os lo haya traído. ¿El nombre de vuestro hermano es Nicolás?

—Sí, Nicolás Clary —respondió Julia—. Lo trajeron esta mañana. No sabemos dónde lo tienen detenido.

—Entonces tendré que averiguarlo. —José di Buonaparte asintió y me hizo un guiño—. Ahora, por favor, márchense. ¡Al café! Hay demasiados canallas disfrazados de revolucionarios en este edificio. No es lugar para dos damas.

Ni Julia ni yo hablamos cuando nos sentamos a la mesa de la terraza; apenas probamos nuestras limonadas frías. Sabía que ambas nos preguntábamos lo mismo y no tenía sentido expresar preguntas que ninguna podía responder: ¿quién era este José di Buonaparte? ¿De verdad trataba de ayudarnos? Y, si realmente tenía la intención de ayudar, ¿sería capaz de hacerlo?

El reloj de la plaza avanzaba sin interrupción, marcando los minutos y las horas; había pasado la hora del té y se acercaba la hora de la cena. Muy pronto cerrarían las oficinas del gobierno. Me acomodé en el asiento, deslizando mis inquietos dedos sobre la humedad pegajosa del vaso con la bebida que apenas había tocado. Estaba perdida en mis pensamientos, una secuencia de lúgubres reflexiones. Pensaba en papá, en los últimos días que lo había visto: débil en aquella cama enorme, en el duermevela de un sueño inquieto. Mamá se acurrucaba a su lado; lloraba y rezaba, aunque nuestras plegarias se habían vuelto ilegales. Temía el regreso a casa, a mamá.

—Dios mío. —La voz de Julia me arrancó de mis sombríos

pensamientos y levanté la vista—. ¡Mira! —Señaló hacia el otro extremo de la plaza abarrotada y miré en esa dirección.

Mis ojos pasaron veloces entre palomas, estudiantes, amas de casa, niños sucios. Ahí, dos siluetas (una grande y alta; la otra esbelta, bien vestida, familiar) cruzaron la puerta gigantesca del Hôtel de Ville y avanzaron hacia la luz del atardecer. Se alejaban con determinación del ayuntamiento.

Contuve el aliento.

—¡Nicolás!

Un instante después, tanto Julia como yo estábamos de pie y salíamos deprisa de la terraza, corriendo hacia nuestro hermano. Yo fui más rápida y lo alcancé un poco antes que Julia. Ambas tratamos de recuperar el aliento mientras nos dejábamos caer entre sus brazos.

—¡Hermanas! —Nicolás recibió nuestra embestida.

—Nicolás, gracias a Dios. —Yo reía, aunque tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No, gracias a José di Buonaparte —agregó Nicolás, y permitió que Julia y yo lo siguiéramos abrazando. La gente pasaba por la plaza y nos miraba, acostumbrada a las lágrimas diarias fuera del ayuntamiento, aunque esas lágrimas de alegría eran mucho menos comunes que las otras.

—Cierto, gracias a José di Buonaparte —asintió Julia, contemplando a nuestro nuevo e inverosímil benefactor—. ¿Cómo podemos agradeceros vuestra ayuda?

El hombre alto hizo de nuevo una reverencia mientras la expresión de su rostro parecía preguntar si nos habíamos atrevido a dudar de él. Por supuesto que dudamos; sin embargo, aquí estaba Nicolás.

—¿Eres... libre? —pregunté indecisa. Sólo deseaba tomar a mi hermano de la mano y alejarlo de ese edificio, apartarlo de aquellas celdas desconocidas, de regreso a la seguridad de nuestra residencia familiar amurallada.

—Tan libre como me ves —respondió Nicolás.

—¿De verdad? —insistí. Me costaba trabajo creerlo—. ¿Estás fuera de peligro?

Nicolás inclinó la cabeza hacia mí.

—Tan fuera de peligro como cualquiera en este país podría asegurarse de estarlo. —Abracé de nuevo a mi hermano y él me lo permitió—. Y todo gracias a que parece que mi hermanita ha cautivado el corazón de un hombre importante —murmuró Nicolás a mi oído; se separó de mí y me pellizcó la mejilla. Aunque no lo hubiera hecho, no dudo de que mi rostro se habría tornado de un intenso tono carmesí; sentí una oleada de calor con el comentario. «Mi hermanita ha cautivado el corazón de un hombre importante.» Tragué saliva y fijé la vista en el suelo, lejos de los ojos escrutadores de mi hermano, lejos de la sonrisa entusiasta e impaciente de José di Buonaparte.

Julia se apiadó de mí e intervino:

—Es más de lo que nos hubiéramos atrevido a esperar —dijo con voz firme—. E insistimos en que debemos recompensaros, señor, por vuestra gentileza.

—Por favor, señorita, es decir, ciudadana Clary, ¡no saquéis el monedero! Insulta mi sentido corso de la caballería.

—Si no es con dinero —interrumpió Nicolás—, entonces ¿cómo?

Me permití levantar la mirada y vi cómo José juntaba sus grandes manos; observó a mi hermano, luego a mí y de nuevo a Nicolás. Ahora él parecía estar un poco avergonzado y jugueteaba con el sombrero que tenía en las manos.

—Si no es un atrevimiento..., ¿me permitiríais ayudaros... y acompañar a vuestras hermanas para que regresen a casa sanas y salvas?

Nicolás asintió con una leve sonrisa; tomó a Julia por el brazo y me dejó sola.

—Será un placer. —Luego se volvió para mirarme y arqueó las cejas—. ¿Verdad, Dési?

Clavé la vista en mi hermano, en su expresión expectante, y después examiné a Julia; sus rasgos no me permitían descifrar sus pensamientos, algo poco común entre nosotras. Después vi a José, que mostraba una sonrisa entusiasta y confiada. No quería recibir las atenciones de este hombre tan atrevido, tan viejo, tan

descarado; sin embargo, sabía que estábamos en deuda con él por su amabilidad y era evidente lo que Nicolás esperaba de mí.

—¿Acompañarnos a casa? Claro, por supuesto —balbuceé y aparté la vista de José mientras él caminaba rápidamente hacia mí; luego extendió su grueso brazo para que yo lo tomara.

Juntos, los cuatro le dimos la espalda al ayuntamiento y a la plaza repleta e iniciamos el camino a casa.

Nunca antes me había acompañado a casa un hombre que no fuera mi hermano o mi padre. Con sólo dieciséis años, ya casi mayor de edad en una época de guerra, nunca me habían cortejado. Papá y Nicolás eran demasiado protectores para permitirlo. Además, en estos días los jóvenes de mi clase, si no estaban en prisión o habían fallecido, parecían estar más centrados en la política que en perder el tiempo en trivialidades como el coqueteo.

Pero aquí estaba, andando al lado de un hombre que conocía desde hacía apenas unas horas, detrás de mi hermano recién liberado, mientras la tarde caía sobre las estrechas calles de Marsella. Parpadeé con cierta confusión, apenas podía entender todo lo que había sucedido en tan sólo medio día. Nicolás y Julia caminaban rápido frente a nosotros, a un ritmo que, supuse, garantizaba una distancia discreta entre ambas parejas. Me sentía incómoda cogida del brazo de este hombre casi desconocido, tan tímida y consentida como era yo; me alegré de la poca distancia que debíamos recorrer hasta la casa familiar. También agradecí que José hablara sin parar durante todo el camino; aparentemente estaba feliz de contarme qué pensaba de Córcega y de Marsella sin necesidad de que yo participara.

—La ciudad se llama Ajaccio —dijo, describiendo su ciudad natal—. ¿Nunca habéis oído hablar de ella? Ah, pero debéis visitarla algún día. ¡La tierra! No es muy distinta de ésta. Bordeada por el Mediterráneo. Pero nunca, en toda mi vida, he visto a mi madre comprar aceite de oliva o vino, tenemos tanto en nuestras tierras...

Frente a nosotros, Nicolás y Julia se detuvieron y se dieron la vuelta cuando llegamos ante la reja de nuestra casa.

—Ciudadano Di Buonaparte, pasad, por favor. Mi madre querrá conocer a mi salvador.

José asintió afable; no parecía ser el tipo de persona que rechazara alguna invitación.

—¡Por supuesto! Me encantaría conocer a la señora que crio unas hijas como éstas.

—Cuidado, buen hombre —dijo Nicolás, sonriendo de manera desenfadada—. Quizá yo os deba la vida, pero eso no significa que me vaya a quedar cruzado de brazos mientras soy testigo de vuestro flagrante coqueteo con mis hermanas.

—¡Pero soy corso! —exclamó José—. No me puedo resistir a la oportunidad de halagar a una mujer hermosa.

Todo el cuerpo le vibró con su exagerada risa; sin soltar mi brazo, cruzamos la reja y me guio hasta nuestra propiedad.

La alegría de mamá al ver que Nicolás regresaba sano y salvo fue tan excesiva como su desesperación ese mismo día más temprano. Lo abrazó como si no quisiera soltarlo nunca más. Ordenó a los sirvientes que trajeran champán. Cuando se hizo de noche, pidió que encendieran las velas y que abrieran las puertas francesas para que entrara el aire templado y los sonidos nocturnos de las gaviotas y las ranas.

—Brindemos —propuso mamá en el salón, levantando su copa hacia el invitado—. Por el héroe de la familia Clary —continuó, dirigiendo una amplia sonrisa a José, quien claramente disfrutaba de las atenciones de mamá.

Todo lo que yo quería era terminar mi copa de champán, quizá comer algo rápido y escabullirme con Julia a mi cuarto, donde podríamos discutir sobre lo que había sucedido en ese día tan extraño.

Pero mamá, encantada de que su hijo estuviera sano y en casa, estaba decidida a conversar con nuestro invitado; este excepcional interés en jugar a la anfitriona me resultaba tan sorprendente como inapropiado. Mandó que volvieran a llenar nuestras copas.

—Tenéis un acento particular, ciudadano Di Buonaparte. ¿Sois italiano?

—Casi, señora —respondió José—. Soy corso.

—Corso —repitió ella asintiendo con lentitud—. Qué novedad. Creo que jamás había conocido a un corso.

—No somos muchos —explicó José. Su sonrisa fácil y afable pasó de mamá, a Nicolás y a Julia, hasta que al final se posó sobre mí—. Después de todo, es sólo una pequeña isla de viñas y olivos. Pero es mi hogar o, al menos, lo era.

—En Córcega hay un ambiente tan inestable como el que tenemos nosotros aquí, ¿o me equivoco? —preguntó mamá, y ordenó que trajeran más champán para nuestro invitado.

Me removí inquieta, asombrada por la locuacidad de mi madre, por su repentino interés en la política corsa. Esta tarde se mostraba mucho más animada de lo que lo había estado en mucho tiempo, definitivamente desde antes del fallecimiento de papá, quizá desde antes del estallido de la Revolución. Sus motivos me parecían claros: después de meses preocupándose porque la fortuna de papá y los favores de la nobleza pudieran significar nuestra ruina, por fin creía que teníamos un protector en la figura de Di Buonaparte y estaba fascinada y aliviada. Además de testaruda y determinada, como siempre, en consolidar su beneplácito.

—Es obvio, señora Clary, que no sólo sois bella como vuestras hijas, sino que también estáis bien informada. La isla es terriblemente inestable —respondió José—. Y temo que mi familia se ha aliado con el bando incorrecto. Por lo tanto, estamos exiliados. Ahora, Francia es nuestro hogar —pronunció la última parte como si tratara de convencerse de eso.

—Bueno, José di Buonaparte —repuso mamá con voz cálida mientras terminaba su segunda copa de champán—, lo que perdió Córcega constituye ahora nuestra fortuna. Hoy os habéis convertido en nuestro salvador y debéis aceptar nuestro agradecimiento.

—¿Por qué los Clary insisten en darme las gracias? ¿Es que nadie en Francia puede hacer un favor sin esperar alguna retribución? —José rio con sus palabras.

—Ah, bueno, somos comerciantes —respondió mamá agitando la mano—. Debéis perdonarnos la necesidad de saldar

nuestras cuentas.

—Bueno, en ese caso, si insistís en un precio… —insinuó José con una sonrisa apenada—. He pensado en algo.

—Decídnoslo, por favor —instó mamá arqueando una ceja; toda su expresión estaba a la expectativa, preparada para escuchar cualquier petición. Ninguno de nosotros sabía con exactitud cómo José di Buonaparte había podido liberar a Nicolás, pero estaba claro que mamá deseaba conservarlo como amigo.

—Señora Clary, con vuestro consentimiento, permitidme visitar a vuestra hija Désirée.

Todos guardamos silencio cuando la mirada de mamá se posó sobre mí, boquiabierta. Estaba claro que ése no era el favor que ella esperaba. Pero entonces me di cuenta de cómo cambiaron sus rasgos, la comprensión de la oportunidad, la sorpresa que se convertía en evidente agrado. Julia se removió en su asiento. Mamá me sonrió y después se dirigió a nuestro invitado:

—Por supuesto, visitadnos de nuevo. Insistimos.

—*Grazie!* Entonces vendré mañana, quizá a las… —José se interrumpió; en ese momento oímos un grito extraño. Las puertas de cristal que daban a la terraza y a los jardines estaban abiertas y pudimos oír la voz estridente de un hombre que estaba afuera.

—¡Sal de ahí, bastardo! —gritó la voz sin rostro desde la calle. Aunque sólo uno de los que estábamos en el salón hablaba italiano con fluidez, todos lo entendimos muy bien.

—Dios mío. —Mamá palideció y miró a nuestro invitado, avergonzada—. ¡Lo que hay que oír! No sé… no sé qué decir. Por lo general en este barrio no padecemos las humillaciones del populacho. Sin duda, se trata de algún estudiante borracho.

—Sé que estás ahí dentro, *figlio di puttana*, ¡hijo de puta!

—¡Por Dios! —Mamá echó un vistazo a José y luego a mí, haciendo una mueca—. Désirée, cierra las puertas, por favor. Nicolás, pide a uno de los sirvientes que informe a los gendarmes. No podemos tolerar que un borracho alborotador grite obscenidades por todo el vecindario.

Cuando avancé para ir a cerrar las puertas, José levantó una mano y la colocó sobre mi brazo.

—No. Esperad, por favor. —Me detuvo, se puso de pie y se dirigió a la terraza. Ahí hizo lo último que yo hubiera esperado. Levantó las manos, las venas de su cuello estaban hinchadas, y gritó a la oscuridad de la noche—: *Bastardo, chiudi la bocca! O ti ucciderò!*

Mamá contuvo el aliento. Nicolás frunció el ceño y Julia y yo nos miramos asombradas. Tuve que llevarme la mano a la boca para evitar soltar una carcajada. Después, José se volvió hacia nosotros. Estaba ruborizado y reía con fuerza.

—Me llama bastardo e hijo de puta, pero el tonto no se da cuenta de que los mismos insultos se aplican a él.

Ninguno de nosotros hizo comentario alguno. Todo lo que yo podía escuchar era el corazón de mamá, que golpeaba con fuerza contra su pecho.

José volvió a reír; sus mejillas redondas seguían estando sonrojadas.

—No pasa nada. Sólo es el pendenciero de mi hermano.

—¿Vuestro... vuestro hermano? —repitió mamá; su cálida sonrisa aprobadora había desaparecido.

—Sí. —José asintió. Se puso el sombrero como si fuera a marcharse; parecía que no se había dado cuenta de la conmoción que había provocado—. No por nada lo llamamos *Il Rabulione.*

Nicolás, cuyo italiano era mucho mejor que el mío, repitió el apodo:

—*Il Rabulione.* ¿El Canalla?

—Así es —afirmó José—. Siempre lo ha sido.

—Muy bien. Que así sea. —Mamá le indicó con un gesto a Nicolás que acompañara a nuestro invitado a la puerta.

—El Canalla —repliqué, apretando los labios con fuerza para no reírme de la expresión incómoda de mi madre. En realidad, había sido un día muy poco común—. Y... ¿cuál es su verdadero nombre?

Sentía una gran curiosidad por este joven que era capaz de pararse frente a la residencia de unos completos desconocidos y gritar insultos sobre los muros sólo porque intuía que su hermano estaba adentro.

—Su verdadero nombre es Napoleone —respondió José, volviéndose hacia mí al llegar al umbral—. Hasta mañana.

José se despidió con una inclinación y mi madre repitió su agradecimiento por última vez, pero no la invitación para que nos visitara al día siguiente. De pie en el salón, al lado de mi hermana y mamá, miré una vez más hacia las puertas abiertas, a la oscuridad que más allá cubría los jardines. Entrecerré los ojos al débil brillo de la tarde; podía distinguir la reja de la entrada. Ahí, aunque estaba cubierto por las sombras, apenas pude advertir el contorno de una figura solitaria.

«Qué nombre tan extraño», pensé. ¿Qué había dicho José? «Napoleone.» Qué nombre tan singular. Y, por lo que intuía, qué hombre tan singular. Nunca antes había conocido a un Napoleone.

Capítulo 3

MARSELLA
1794

Los hermanos Buonaparte se convirtieron en una presencia repentina y sorprendente en nuestras vidas. José se presentó temprano la mañana siguiente —más temprano de lo que esperábamos—, y no vino solo. Yo estaba en la terraza, terminando mi café; Julia y mamá estaban sentadas a la mesa conmigo cuando apareció una sirvienta asombrada y nos anunció que teníamos dos visitas. Por fortuna estábamos ya arregladas, aunque todavía no estábamos completamente preparadas para recibir a los invitados.

—Bien —suspiró mamá—. Hazlos pasar. —Y en voz baja añadió—: Ojalá no hubiera traído a ese espantoso hermano suyo. Pero tenemos que ser encantadoras, niñas. De alguna manera, este tipo, Buonaparte, tiene el poder de mantenernos a salvo. No podemos desperdiciar esta oportunidad, ¿entendido?

Cuando los dos hombres entraron nos levantamos para darles una cordial bienvenida. Me di cuenta de que Julia ofrecía a José una enorme e inusual sonrisa. Mis ojos miraron con curioso interés al más joven. Napoleone. José lo había llamado *Il Rabulione*, el Canalla.

—Por favor, acompañadnos. —Mamá señaló las dos sillas vacías.

—Será un placer —asintió José; él y su hermano tomaron asiento—. Me alegra veros tan bien después de los sucesos de ayer. Esta mañana, las damas Clary eclipsáis la resplandeciente luz de Marsella —agregó con un ostentoso ademán de la muñeca al quitarse el sombrero; la escarapela revolucionaria era visible sobre su pecho, así como sobre el de su hermano.

Me tomé un momento para analizar a nuestros visitantes: los dos hermanos Buonaparte tenían un aspecto completamente distinto e intuí que su comportamiento también lo era. José era alto y de complexión robusta; su amplio rostro lucía una sonrisa abierta y franca. Parecía que su hermano Napoleone no se sentía tan cómodo en nuestra compañía, pues no mostraba la misma actitud desenfadada. Junto a José parecía rígido; su complexión baja y estrecha estaba cubierta por un inmaculado uniforme militar. Su levita de oficial tenía un cuello alto y rojo brillante, con botones de bronce recién pulidos al frente. Al igual que su hermano, tenía el cabello oscuro, pero el suyo era más largo y le caía sobre los hombros, despeinado e incluso un poco descuidado. Su nariz delgada le brindaba una apariencia de centurión romano, y sus ojos verdes miraban fijamente al frente; su expresión era hosca y no mostraba ninguna intención de sonreír.

Era difícil deducir qué edad tenían, pero supuse que José era el mayor. Sin embargo, cuando tomaron asiento advertí que José miraba a su hermano como si esperara una señal suya. Fue evidente por la manera en la que Napoleone eligió su silla primero y José reaccionó a ello; por la forma en la que éste esperó a que Napoleone fuera el primero en sentarse.

Me limpié la boca; me sentí acalorada por la vergüenza mientras examinaba el lugar frente a mí en la mesa del desayuno, con plena conciencia de lo que nuestros invitados pensarían de mí: mi taza de café tenía una capa turbia y aceitosa que flotaba en la superficie, justo en el lugar en el que había mojado el pan con mantequilla; además, unos trozos de baguete pastosa, el resto de mi desayuno, cubrían mi plato como si fueran papilla. Todo parecía muy infantil y poco refinado ante este hombre adusto vestido con su uniforme de oficial.

—¿Podemos ofreceros café? ¿Pan o un trozo de pastel? —Mamá señaló la bandeja con la que nos había servido a nosotras.

Napoleone asintió, emitió una suerte de ruido ronco y cogió un panecillo. Sin tapujos, casi de forma atrevida y desafiante, lo mordió con fuerza y después, como si reparara en ello, apuntó hacia mamá con lo que quedaba de él.

—Gracias, señora.

—Con mucho gusto —respondió mamá, ocultando con dificultad su desagrado.

Una persona refinada no comía con tanta avidez en presencia de desconocidos, mucho menos cuando se trataba de unas damas. Apreté los labios para evitar una sonrisa. En ese momento, Napoleone levantó la vista y me miró a los ojos. Me asombró la intensidad de su mirada, la atracción magnética de sus ojos verde oscuro. Tragué saliva; había perdido el apetito.

—Anoche no lo conocisteis. —José hizo un gesto hacia su hermano—. Sólo escuchasteis sus palabrotas resonando por todo el vecindario.

—En efecto —repuso mamá, moviéndose incómoda en su silla.

Napoleone no aprovechó la oportunidad para disculparse por su escena de la noche anterior; aparentemente no sentía ninguna vergüenza. Mamá se aclaró la garganta y alisó los pliegues sedosos de su amplia falda al tiempo que el joven señalaba con la barbilla en mi dirección.

—Es un placer conoceros —dijo. Sin embargo, ni su expresión ni su tono parecían indicar algún tipo de placer. Cuando lo miré a los ojos, sentí que mi estómago daba un vuelco.

—Vuestro nombre es muy singular —observó mamá, y contempló a Julia con las cejas arqueadas. La gratitud o la buena voluntad que le había demostrado a José el día anterior no parecía que se extendiera a su hermano—. Napoleone. ¿Es un nombre corso?

—Italiano. —Su voz era singular, más suave que la de José, con un dejo delicado—. De Maquiavelo. ¿Conocéis sus escritos?

—«El fin justifica los medios.» Por supuesto que conozco a Maquiavelo —respondió mamá a la defensiva.

—Ésa es una de sus afirmaciones —asintió Napoleone, pasando su mirada de mí hacia ella—. ¿Y estáis de acuerdo?

—¿De acuerdo con qué? —Mamá se irguió en su silla.

—Con el erudito, con Maquiavelo. Que un buen resultado para el Estado justifica cualquier medio que su gobernante decida,

por despiadado que sea.

Mamá se encogió de hombros y parpadeó deslumbrada frente a la luz del sol, frente a la intensidad de la mirada evaluadora de este joven.

—No lo he pensado mucho. Definitivamente, no a estas horas de la mañana.

—Bueno, no importa… —interrumpió José, pero Napoleone levantó la mano.

—Calla, José. —De manera sorprendente, el hermano mayor obedeció. Napoleone continuó, con la vista fija en mamá—: Considero que es nuestro deber, el de todos nosotros, pensar en esos temas. Después de todo, somos ciudadanos libres que de pronto estamos a cargo de nuestro destino y con la tarea de construir una nueva nación.

Al terminar la frase, Napoleone fijó sus ojos directamente sobre mí. Me obligué a mantener su mirada: no iba a permitir que me intimidara con su intensidad, aunque sintiera cómo me afectaba, pues era una sensación desconocida e incluso desagradable. Era consciente de que tanto mamá como los demás habían advertido este intercambio. Por último, cuando Napoleone tosió, me permití desviar la vista y observar mi regazo mientras con las manos estiraba los pliegues de la seda de mi falda. Siempre íbamos bien vestidas, incluso en tiempos de revolución, ya que nuestra fortuna se debía en gran medida al comercio de la seda. Esa mañana, mi vestido era de una rica seda de color frambuesa, muy ajustada alrededor del corsé, con una falda amplia y lujosa. «Quizá haya perdido la cabeza, pero su poder perdura», decía a menudo mamá cuando hablaba de nuestra reina fallecida y de la influencia que seguía teniendo sobre todo lo relacionado con la moda.

Como la mayoría de las jóvenes francesas, Julia y yo habíamos crecido idolatrando a María Antonieta, una reina conocida por sus gustos lujosos cuando se trataba de ropa, peinados y joyería. Sus retratos en miniatura estaban dispersos por toda nuestra habitación. Por supuesto, en esos días uno firmaba su propia sentencia de muerte si se le encontraban retratos de María

Antonieta. No obstante, su influencia en la moda sobrevivía. Nosotras nos seguíamos vistiendo con el fastuoso estilo de su desafortunada corte, y esa mañana di gracias por nuestra fortuna y nuestro guardarropa tan abundante, ya que me di cuenta de la manera en la que este joven, Napoleone di Buonaparte, estudiaba mi apariencia. Por su atención, supuse que me había ganado su aprobación.

Mamá se aclaró la garganta y Julia asumió los esfuerzos de ser la anfitriona.

—Mi hermano Nicolás no está en casa. Se ha ido a las fábricas a dar la buena noticia de su liberación a nuestros trabajadores. De no ser por eso, estoy segura de que reiteraría el agradecimiento que todos sentimos hacia vos, José. —Mi hermana miró a nuestro invitado y advertí con sorpresa la manera en la que sonreía y casi se ruborizaba.

José contempló a Julia, listo para responder, pero de nuevo Napoleone se adelantó:

—Nos alegra haber sido de ayuda —afirmó.

Julia pasó la mirada de José a su hermano menor.

—¿Los dos? —repitió.

Napoleone asintió, tomó otro panecillo y lo mordió antes de hablar.

—¿Mi hermano se ha adjudicado todo el crédito?

Fruncí el ceño, confundida. Napoleone le dio un codazo al fornido José y recitó de un tirón un montón de palabras en italiano antes de dirigirse a mí:

—Veo que, una vez más, mi hermano disfruta de mis relaciones a la luz del sol. Así son las familias corsas, pero si vos pensáis que él es un desvergonzado, deberíais ver lo que mis hermanas me obligan a hacer por ellas. ¡O mi madre! Pero esta vez no puedo culpar a José… ¿Quién no querría ganarse la gratitud de las hermosas hermanas Clary?

Napoleone sonrió con satisfacción y volvió a darle un codazo a su hermano. El José confiado y parlanchín del día anterior había desaparecido; ahora era un gran hombre eclipsado por su hermano, mucho menor.

—Los Robespierre y yo somos buenos amigos, ¿sabéis? —continuó Napoleone en mi dirección—. Agustín se ha convertido en mi defensor y tiene un vínculo directo con su hermano, Maximiliano.

—¿Maximiliano? —mamá repitió el nombre—. ¿Maximiliano Robespierre?

Napoleone asintió, como si la amistad con el hombre más poderoso de Francia (y el fiscal más temido y despiadado de la justicia revolucionaria) fuera un simple hecho que se pudiera comentar en el desayuno.

—Y…, si puedo atreverme a preguntar…, ¿cómo es que los hermanos Robespierre se convirtieron, según sus palabras, en «defensores»? —preguntó mamá; su tono se volvió más acogedor, aunque con un timbre de incredulidad.

—Ah, lo llaman el Niño General —se atrevió a responder José, y su hermano lo permitió—. El Niño Maravilla. El Prodigio.

Napoleone alzó la mano.

—Hermano, harás que me sonroje. —En ese momento lo advertí: fue una ojeada fugaz, sólo un destello, pero Napoleone me observó como si evaluara mi reacción—. Por desgracia, José, tenemos que irnos.

—¿Tan pronto? —José miró a su hermano, desilusionado pero dispuesto a obedecer. Napoleone asintió.

—Mira la hora. Es posible que ya haya noticias.

José se encogió de hombros.

—Mi hermano no hace ninguna concesión a los compromisos sociales. Me alegro de que haya permitido que os visitáramos esta mañana de camino al pueblo.

—Tenemos negocios urgentes que atender en el ayuntamiento —dijo Napoleone poniéndose de pie.

—¿El Niño General? —mamá repitió el apodo mientras se levantaba de la silla—. ¿General a su edad? —Parecía impresionada, aunque no aprobaba del todo a su hermano menor—. No puede tener más de treinta años.

—Veinticuatro, de hecho. —Napoleone se acomodó el bicornio sobre el cabello oscuro y enmarañado.

—¡Veinticuatro! ¿Y ya es general? —Mamá observó su uniforme con curiosidad renovada.

José, que iba vestido de civil, con pantalones anchos y levita, se inclinó.

—Ah, bueno, en realidad es un genio —respondió—. Y ahora que nuestro país se ve atacado por Inglaterra e Italia, y toda cabeza coronada en medio, necesitamos buenos líderes, ¿no es cierto?

Acompañamos a los hombres hasta el final de la terraza y noté con agrado que Napoleone se colocaba a mi lado. Inclinándose un poco, con voz suave, murmuró para que sólo yo pudiera oírlo:

—Mi hermano no deja de hablar de vos. —Lo observé sin decir nada, pero mi mirada lo invitaba a que me contara más—. Y ahora veo por qué.

Me mordí el labio inferior para evitar dibujar la amplia sonrisa que amenazaba con estallar en mi rostro. No sabía qué responder, pero no tenía de qué preocuparme, ya que continuó:

—Mi hermano tiene razón; tengo muy poca paciencia para los compromisos sociales. Pero me gustaría hablar de nuevo con vos. Regresaré esta tarde.

Lo dijo como una afirmación, un hecho; no tuve la opción de mostrar que estaba de acuerdo o en desacuerdo, no era una pregunta. Asentí, pero incluso eso parecía no ser necesario, puesto que Napoleone, con la mirada alerta e inquisitiva, aparentaba saber que yo también deseaba verlo otra vez.

Capítulo 4

MARSELLA
1794

Los hermanos Buonaparte siguieron presentándose con regularidad en nuestra casa. Eran hombres de palabra.

Toda la tarde mamá se quejó de jaqueca, estaba demasiado abrumada por los eventos de los últimos días.

—Qué tipo tan desagradable... el joven —dijo después de su partida—. José es tempestuoso, pero al menos tiene cierto encanto. Es sociable. Pero el comportamiento del joven es hosco; sus modales, ordinarios. Aunque supongo que no debemos rechazar su amistad... —Suspiró—. Muy pronto se irá a otro puerto si de verdad es el general que dice ser. Los soldados siempre están desplazándose.

El resto del día lo pasó en la cama y, puesto que Nicolás aún no había regresado de las fábricas, Julia y yo recibimos a José y a Napoleone cuando llegaron después de la cena.

No resultaba inapropiado dado que mamá estaba en casa y éramos un grupo de cuatro personas en el salón, rodeados por sirvientes que iban y venían por toda la casa, y porque Julia, seis años mayor que yo, se comportaba con el decoro de alguien que tuviera el doble de edad.

—Bienvenidos, ciudadanos. —Julia asumió de forma natural el papel de anfitriona y recibió a los señores en el salón, donde los últimos rayos de la larga tarde se mezclaban con la luz de las velas para iluminar el gran salón de manera acogedora—. Nuestra madre no podrá recibirlos esta tarde, pero nos ha rogado que os ofreciéramos sus más sinceras disculpas y su consentimiento para que nosotras os demos la bienvenida en su nombre.

Me senté junto a mi hermana en el diván de seda, haciendo un gran esfuerzo por no sonreír demasiado. Era tan inesperado, tan vertiginosamente emocionante que estos dos hombres nos prestaran de pronto una atención tan apasionada… Se habían propuesto primero como protectores; sin embargo, ahora parecían estar interesados en convertirse en pretendientes. «Mis primeros pretendientes», pensé. Mi mente se arremolinaba con la lánguida brisa del atardecer. Antes de la cena me vestí con cuidado, esperando que Napoleone regresara, tal como había prometido. Elegí un vestido favorecedor de suave muselina lila; mis rizos castaños recogidos para despejar mi rostro y adornados con perlas. Observé que Julia también había cuidado su atuendo, decidiéndose por un vestido verde pálido.

«Napoleone es desagradable, estoy de acuerdo con mamá», había dicho esa tarde mientras nos vestíamos.

Yo no estaba de acuerdo en lo más mínimo, pero no lo dije en voz alta. Lo que ella y mamá llamaban hosquedad, yo lo encontraba intrigante. Lo que consideraban ordinario, yo lo calificaba como franqueza original, una suerte de indiferencia por las formas y costumbres sin sentido. Era gracioso, incluso un poco extraño, que ayer me sintiera tan tímida bajo la mirada y la atención de José, pero que al día siguiente deseara saber más de su hermano Napoleone.

—Pero José es muy amable, ¿verdad? —continuó Julia.

La miré de reojo. No era propio de mi hermana parlotear sobre un hombre, ni quedarse frente al gran espejo preocupándose en exceso por la caída de su cabello. Nunca, en todo ese tiempo, la práctica y orgullosa Julia había buscado o aceptado las atenciones de un pretendiente, pese a tener ya varios hombres interesados, debido a la magnitud de nuestra dote.

Y aquí estaba ahora, toda coqueta, con un inconfundible rubor que coloreaba sus mejillas cuando recibió a nuestros huéspedes. Yo estaba segura de que tenía muy poco que ver con la cálida brisa de la tarde.

—¿Podemos ofreceros algo para beber? —Se dirigió a José, inclinando un poco la cabeza hacia un lado. Mi hermana y yo

pedimos jerez y el sirviente trajo dos copas de Oporto para Napoleone y José.

Napoleone dio las gracias rápidamente al sirviente y después sus ojos recorrieron la habitación. Tuve la sensación de que era capaz de verlo todo, de distinguir los detalles con esa verde e intensa mirada, esos detalles que ninguno de nosotros era capaz de advertir.

La noche era agradable y abrimos las puertas que daban a la terraza, donde los sonidos de la tarde de finales de primavera se filtraban desde los oscuros jardines.

—¿Puedo sugerir que nos las llevemos afuera? —Napoleone alzó su copa—. Es la petición de un soldado, tendréis que perdonarme. Siempre me siento más cómodo al aire libre que dentro de estos lujosos salones.

—Había pensado que podríamos escuchar algo de música —dijo Julia, señalando el piano. Siempre cuidadosa con sus prácticas, era una pianista admirable.

Sonreí, pues supuse que deseaba presumir frente a cierto hermano mayor que se encontraba con nosotros.

—Pero los sonidos de una tarde sureña ofrecen un acompañamiento mucho más agradable que cualquier cosa que los humanos puedan producir —afirmó Napoleone. Mi hermana frunció el ceño. Un caballero hubiera entendido los deseos de su anfitriona y hubiera cedido rápidamente; sin embargo, o Napoleone no comprendió su insinuación o no le importó complacerla—. José, ¿vamos? —De nuevo hizo un gesto hacia la terraza.

Cuando José le ofreció el brazo para acompañarla hacia la puerta, Julia cambió su expresión.

—Por supuesto —asintió. Pasó el brazo por debajo del suyo y olvidó la música.

Napoleone me ofreció su brazo y yo lo acepté con una sonrisa controlada; me preguntaba si él podía sentir el ligero temblor de mi cuerpo. Caminamos en silencio hacia la terraza.

—Hacen buena pareja, ¿no creéis? —Napoleone se acercó a mí e hizo un gesto hacia nuestros hermanos mayores. Nos daban la

espalda mientras avanzaban hacia los jardines—. Le dije a José que sería sensato que se fijara en la hermana mayor —continuó con absoluta franqueza—. Tengo muy buen ojo para estas cosas. Quizá se debe a que comprendo bien la naturaleza humana.

Miré a Napoleone; sus palabras se me escapaban mientras lo estudiaba con más detenimiento. Sus rasgos eran delicados; sus ojos, alertas y almendrados. Su tez era cálida y del color de la miel, resultado tanto de su herencia italiana como de una vida bajo el sol del sur.

¿Napoleone di Buonaparte era apuesto? Quizá no de manera convencional. Era de complexión delgada y llevaba su cabello demasiado largo y descuidado. Aunque su uniforme estaba inmaculado, había algo tosco, incluso un poco salvaje, en la manera en que lo lucía. Sin embargo, al mirarlo a los ojos me pareció que sus rasgos eran llamativos y expresivos; pensé que no me cansaría con facilidad de estudiar su rostro.

En ese momento me di cuenta de que lo observaba sin ningún pudor, así que desvié la atención hacia mi hermana. Su cuerpo se deslizaba junto al de José, hacia la oscuridad de la noche; su cabeza, con una ligera inclinación hacia su compañero; estaba enfrascada en una conversación privada.

—La simpatía de él encaja bien con la sinceridad de ella, y sus edades son más afines —comentó Napoleone con naturalidad. Lo miré a los ojos. Su mirada era directa, determinada, descarada—. Como nosotros.

Sentí que mi corazón daba un vuelco. Rompí el contacto visual y eché un vistazo alrededor de la terraza. El olor a jazmín flotaba en la noche, su perfume era embriagador; un barco en el puerto cercano dejó escapar un zumbido grave y sonoro. Napoleone me guio hacia el final de la terraza, hasta el suave césped.

—¿Vos tocáis algún instrumento? —preguntó.

—¿Disculpad?

—El piano. Era evidente que vuestra hermana quería mostrar su talento en el piano. —Así que se había dado cuenta—. ¿Y vos?

—Sí toco..., pero no muy bien.

—Entonces debéis practicar —dijo.

Dejé escapar una risita.

—Supongo que tenéis razón —respondí.

Nos encaminamos, uno al lado del otro, por el estrecho sendero bordeado de pequeños arbustos.

—La mediocridad nunca es un destino aconsejable —añadió—. Al menos no lo es cuando la práctica puede cambiar la mediocridad en aptitud o incluso en habilidad.

Asentí y consideré mi respuesta. «Prefiero dibujar», pensé. En lugar de las horas de práctica necesarias para dominar un instrumento, prefería llevar mis pergaminos, tizas y acuarelas a la playa y dibujar durante horas; hacer bocetos sólo con los colores del paisaje y mis instintos como guía. Quería compartir esa parte de mí con Napoleone, pero cuando estaba a punto de hacerlo, él continuó antes de que yo pudiera decir nada.

—Por supuesto, en algunos casos todo el esfuerzo del mundo no es suficiente para lograr algo. Como cuando alguien carece simplemente de inteligencia, de belleza o de carácter. Pero incluso en esos casos, cuando se hace un poco de esfuerzo, la inteligencia, la apariencia o la fuerza de carácter pueden rectificar en gran medida las deficiencias de la naturaleza. —Hablaba muy rápido, muy decidido. Al final, sentenció—: José es un buen hombre.

—Sí, parece agradable —admití.

—Vuestra hermana no podría encontrar a nadie mejor. Es amable. Durante gran parte de nuestra niñez deseó ser sacerdote hasta que aprendió lo difícil que sería no casarse nunca. Así que ahora desea ser agricultor.

No podía imaginarlo: José di Buonaparte cultivando olivos en un gran sembradío, sudando bajo el ardiente sol del sur. No, un hombre como él pertenecía a la ciudad, rodeado por multitudes, coqueteando con las damas y siendo admirado por los hombres.

—No es como yo. No le interesa ser soldado —continuó Napoleone.

Disfrutaba del sonido aterciopelado de su voz. Me gustaba la manera en la que sus labios cubrían sus palabras; su acento extranjero y agradable hacía que los sonidos fueran largos y libres.

Su lengua se movía al ritmo de las vocales, como las olas del Mediterráneo que acarician las costas de su isla natal.

—Es mayor que vos, ¿cierto? —Me preguntaba por qué José parecía seguir las indicaciones de Napoleone, si el orden en el que habían nacido era el que yo pensaba.

—Un año —respondió—, pero eso nunca ha significado nada.

—¿Cómo dice?

—No. —Sacudió la cabeza—. Cuando murió nuestro padre, mi madre me llamó a su lecho de muerte. Me tomó de la mano, su rostro estaba reseco por tantas lágrimas. Me miró a los ojos y dijo: «Napoleone, ahora tú eres el padre de familia». Así ha sido siempre entre José y yo.

—¿Qué edad teníais cuando vuestro padre falleció?

—Dieciséis.

Dieciséis. Mi edad.

—Justo después comencé mi carrera como soldado. Me gradué en el Colegio Militar, aquí en Francia; terminé dos cursos de estudio en tan sólo un año. Sabía que era mi responsabilidad cuidarlos a todos, y no sólo a mi madre, sino también a mis hermanas y hermanos, incluso a José.

—¿Fue lo que siempre deseasteis? Me refiero a ser soldado —pregunté, advirtiendo el entusiasmo en mi voz. Estaba fascinada con este joven, Napoleone di Buonaparte, cuya presencia se erigía imponente, mucho más allá del espacio a su alrededor y de su delgado aspecto.

—Para mí no había otra opción —explicó—. Fue evidente desde el principio: estaba hecho para la batalla. En realidad, a mí me concibieron durante un combate.

—¿Cómo? —Era plenamente consciente de la piel desnuda de mi brazo que se presionaba contra el suyo, escondido bajo su levita.

—Tanto mi padre como mi madre eran combatientes rebeldes corsos, parte de las fuerzas que en esos días acampaban en las montañas y luchaban contra el gobierno francés en nuestra isla. Me concibieron en esas colinas. Mis padres siguieron luchando hasta el final. Cuando estaba a punto de nacer, mi madre apenas pudo

bajar de la montaña y llegar a casa, pero no logró llegar hasta su cama. Como siempre me recordaba, yo nací sobre la alfombra de la entrada.

Contuve el aliento y me llevé la mano a la boca, agradecida de que la oscuridad de la noche escondiera mi rubor.

—Nunca he sido paciente —agregó. Por la forma en la que lo dijo, pude notar que sonreía.

—Entonces, nacisteis de un soldado en Córcega.

—De dos soldados corsos. Mi madre es tan valiente como mi padre.

—Dos soldados corsos. Pero ahora estáis en Francia.

—Sí. Mi padre terminó haciendo las paces con el gobierno francés de la isla y nos establecimos en la granja familiar, en Ajaccio. Sin embargo, nunca perdí el deseo de luchar. Cuando era niño leía todo lo que encontraba sobre los grandes héroes: Julio César, Alejandro, Aníbal.

Asentí. Esos nombres me eran vagamente familiares, aunque no conocía las hazañas de cada uno. Eran nombres de guerra, de hombres que habían luchado hacía muchos años, igual que los hombres que seguían luchando en nuestros días.

—Algún día mi nombre aparecerá en esa lista —dijo.

Supuse que era una broma y reí, pero me interrumpí de repente cuando él siguió hablando sin mostrar ningún rastro de humor en su voz:

—Sólo que, a diferencia de César o Alejandro, yo no me esconderé detrás de la seguridad de mis hombres y de la primera fila. Los guiaré desde el frente, dentro del rango de la línea de fuego.

—Parece peligroso —comenté. En las sombras de los grandes jardines había perdido de vista a Julia, pero no me importaba. Tampoco ella parecía muy interesada en ser mi carabina.

—Lo es, pero de eso se trata. La suerte favorece a los audaces. La gloria no se gana escondiéndose en la retaguardia. Durante el sitio de Tolón, un marinero inglés me clavó una pica en la rodilla izquierda en un combate cuerpo a cuerpo.

Ahogué un grito y, por instinto, miré su delgado muslo; no

cojeaba.

—¿Eso me detuvo? No. Maté a ese hombre. Después cogí una baqueta ensangrentada de las manos de un cadáver que permanecía en el suelo y disparé el cañón que terminaría con el poder absoluto de los británicos en el puerto.

Parpadeé asombrada; sentía un poco de náuseas con esa conversación. Pero no podía negar que estaba intrigada.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo pudisteis concentraros en la batalla con una herida de pica en la pierna?

Hizo una pausa y pensó su respuesta.

—Tengo una mente extraordinaria. —Pensé que se trataba de otra broma, puesto que era una flagrante afirmación de su propia aptitud—. No bromeo —agregó como si leyera mis pensamientos —. De verdad, tengo una mente única, siempre la he tenido. Además de mi memoria, poseo la capacidad excepcional de mantener la concentración. Sólo puedo explicarlo como si fueran los cajones de un mueble: puedo abrir un cajón, resolver el problema que ahí se encuentre, sin importar lo grave que sea, y luego dejar eso a un lado, cerrar el cajón y pasar al siguiente.

Nos detuvimos frente a una fuente en el jardín trasero; el agua borboteaba con suavidad y la superficie fracturada brillaba como mil diamantes fugaces bajo la luz de la luna. Me volví para mirar el rostro oscurecido del hombre que estaba frente a mí: Napoleone di Buonaparte.

Él me miró a su vez, sus ojos color olivo se encendían con el brillo de la noche.

—Así sé lo que debe hacerse y lo hago. —Tragué saliva, no estaba segura de si seguía hablando de sus capacidades como general o quizá de otra cosa—. Es así como soy capaz de concentrarme ahora, en mi conversación con vos, mientras a la vez estoy planeando una operación militar importante.

—¿De... de verdad? —balbuceé, tratando de seguir el ritmo de sus pensamientos, aunque en realidad me hacía sentir como si estuviera en desventaja.

—Sí, por eso me urgía llegar a las oficinas del gobierno esta mañana. Espero noticias de París. Propuse un plan para unir al

ejército de Italia con el ejército de los Alpes y marchar hacia los territorios italianos. Cuando hayamos conquistado esas provincias, tomaremos España. Se puede hacer. Se debe hacer por la gloria de Francia. Y soy yo quien puede llevarlo a cabo; estoy esperando la respuesta del Comité de Seguridad Pública.

Era verdaderamente poco común escuchar a un hombre expresarse de esa manera; exponer sus planes para una campaña militar tan vasta de manera tan informal, sin mencionar que hablaba de las personas que tomaban las decisiones de nuestro país.

—Pero hasta que tenga noticias de ellos —continuó— debo quedarme aquí. Y voy a cortejaros, Désirée Clary.

Era una afirmación, un hecho. Estaba aprendiendo rápido que Napoleone di Buonaparte no pedía permiso ni pedía nada. Declaraba su intención y después se aseguraba de que se cumpliera su voluntad.

Era consciente de que nos acercábamos a una línea roja; o, mejor dicho, que Napoleone se acercaba con paso determinado y que me llevaba consigo. ¿Deseaba que Napoleone di Buonaparte me cortejara? Sí, lo deseaba. ¿Importaba que ése fuera mi deseo? Es probable que no. Como sabría más adelante, Napoleone haría lo que Napoleone decidiese. Quienes nos hallábamos en su órbita aprenderíamos pronto que tenía los medios para dominar a todos los demás; cualquier desafío a sus planes sólo afilaría la navaja de su voluntad.

—Os estaréis preguntando por qué os elegí a vos —dijo.

Me observaba con una mirada fija e inquisitiva, directa a mi propia mente turbulenta. Asentí. Me daba cuenta de que era inútil tratar de esconder cualquier cosa al escrutinio de sus ojos.

—Vos sois buena, Désirée. Sois sincera, pura. ¿Os dais cuenta de lo agradable que es eso para un soldado? ¿De lo singular que resulta en nuestro mundo de revolución y desacuerdo? Vos sois muchas cosas que yo no soy. Me conozco y sé lo que necesito. Necesito a alguien como vos.

Tomó mi mano entre las suyas y sentí el estremecimiento que pasaba de su piel a la mía. Me sonrió con una mirada tan llena de

intención y resolución como de alegría. Levantó mi mano con la suya hacia el cielo. Inevitablemente, mi vista siguió el arco de su movimiento, y observé el oscuro cielo del sur plagado de estrellas.

Después, como si fuera una señal —como si los cielos mismos obedecieran las órdenes de Napoleone di Buonaparte, el refugiado corso de veinticuatro años, el General Niño del ejército francés, un hombre con intenciones de conquistar la mayor parte de Europa—, una estrella fugaz atravesó el cielo y su estela dibujó una media luna en el negro firmamento. Napoleone se inclinó hacia mí, su murmullo se deslizó junto con el temblor de la piel de mi cuello.

—¿Veis eso? —preguntó—. ¿Veis la llama que pasa y esparce luz en su camino? No soy muy romántico. No puedo ofreceros el constante parloteo de José ni su risa fácil. No os escribiré poesía ni os enamoraré con palabras dulces. Pero venid conmigo, Désirée. ¿Veis cómo vuela la estrella? Tendréis la oportunidad de hacerlo igual que ella.

Capítulo 5

MARSELLA
1794

—¿Casarte con él? —Perdí el aliento y me quedé boquiabierta. Julia era la persona menos impulsiva que conocía, lo que hacía que la noticia fuera mucho más impactante.

—Sí —contestó Julia, respondiendo a mi asombro con su propia expresión neutral—. He aceptado casarme con José di Buonaparte.

—¿Mamá lo sabe?

—Sí, mamá lo sabe.

Julia regresó al espejo; evité su mirada y oculté que me sentía engañada por todo aquello: por el hecho de que ella y mamá lo discutieran, quizá incluso que lo planearan, mientras a mí me dejaban fuera del asunto. Mi hermana bostezó.

—Estoy cansada —dijo. Se sentó frente al tocador y cepilló su largo cabello negro. Era una noche calurosa y nos preparábamos para ir a la cama; acabábamos de regresar del teatro con nuestros dos prometidos Buonaparte.

—¿Nicolás está de acuerdo? —inquirí.

—Lo está.

—Pero… ¿qué piensan él y mamá?

«¿No se dan cuenta de lo apresurado que es todo?», me pregunté, aunque no lo dije en voz alta.

—Están muy contentos —explicó Julia, y dejó su peine de marfil sobre el tocador—. Mamá dice que en estos días es bueno estar del lado de un Buonaparte, y sabes que le ha cogido cariño a José, mucho más de lo que siente por… Bueno, no importa.

«Por Napoleone.» Sabía lo que mi hermana quería decir.

Sacudí los hombros para quitarme el corsé, que ya estaba desatado, y me puse la ligera ropa de noche escondiendo mi enfado.

—Vamos, Dési. —Julia suavizó el tono—. ¿No te alegras por mí? La hermana mayor, por quien todos estaban preocupados porque nunca se casaría.

—Nunca me preocupó que no llegaras a casarte —repliqué en tono neutro.

A decir verdad, nunca pensé mucho en que Julia se pudiera casar alguna vez. Jamás imaginé que se iría, ni siquiera había considerado que la situación pudiera cambiar. Julia era mi hermana, mi amiga fiel; más confiable incluso que la aurora o el ocaso, puesto que no existía ninguna hora del día o de la noche en la que no tuviera conciencia de su cercanía. Con mi juvenil y limitado conocimiento del mundo, nunca consideré una situación en la que ella no estuviera aquí.

Quizá mi rostro mostraba todo esto, porque mi hermana cruzó la habitación y se paró frente a mí; extendió los brazos y me envolvió en un dulce abrazo.

—No te preocupes, Dési. Seguiré siendo tu hermana. Siempre tendremos un lugar para ti en nuestro hogar.

«¿Nuestro hogar?» ¿Así que ella y José ya eran un «nosotros»? ¿Y yo era la invitada a quien aceptaban recibir? Tragué saliva y me esforcé por contener las lágrimas que amenazaban con salir. No lloraría, no cuando ella estaba tan decidida sobre todo esto, tan claramente precavida conmigo, como si yo fuera la niña sensible cuyos exabruptos había que anticipar y controlar. Yo sería tan práctica y tan madura como Julia. Me liberé del abrazo, levanté la barbilla y la miré.

—¿Cuándo? —quise saber.

—Pronto. Sabes que están esperando noticias de París sobre la propuesta de Napoleone para Italia. Cuando Napoleone se vaya a la capital, José irá con él. Si su hermano sigue ascendiendo en el ejército, entonces José podría tener una verdadera oportunidad de hacer carrera en el nuevo gobierno. Quiere ser diplomático y para eso tiene que estar en París junto a su hermano. Y la única manera en la que puedo acompañarlo es si estamos casados.

Mi mente se aceleró para entenderlo todo, pero mi hermana no había respondido mi pregunta.

—Entonces ¿cuándo?

—Antes de que termine el verano.

—Pero... ¡eso es dentro de un mes! No te vas a casar con alguien a quien acabas de conocer.

Julia suspiró y yo me enfurecí por la manera en la que, como era evidente, se esforzaba por ser paciente; una paciencia nacida de la compasión, o eso pensé, por lo que me ofendió.

—Es lo mejor, Dési.

—¿Por qué? —pregunté con tono mordaz—. ¿Cómo puedes pensar que irte de casa es lo mejor?

—Sabes muy bien cómo está el ambiente de la casa ahora, con mamá en ese estado. Bueno, esto podría ayudar. Podría ayudarnos a todos. José... tiene contactos, pero no fortuna, y nosotros somos ricos, pero necesitamos protección. Si no nos unimos, nuestras carencias podrían menguar; unidos, nuestras ventajas serían mucho mayores.

Asimilé sus palabras, me alejé de Julia y me senté en la cama. Ella se sentó junto a mí; nuestros cuerpos se hundieron levemente sobre las capas de la lujosa ropa de cama.

—No soy hermosa como tú, Dési. Tampoco soy joven. Pero no podría desear a nadie mejor que José. Es amable. Será bueno conmigo, con toda nuestra familia.

—Bueno..., ¿y por qué tiene que ser tan pronto? ¿Por qué no puedes esperar unos años?

«Hasta que yo sea mayor y también pueda casarme», pensé para mis adentros.

—Oh, Désirée. —Mi hermana palmeó mi mano y miró su reflejo en el espejo—. No sabes lo que pasa entre los hombres y las mujeres. Hay ciertas cosas que... una señorita... no puede hacer. Al menos no hasta que se convierte en esposa.

Estaba sola en el jardín, el espacio familiar apenas era reconocible mientras presenciaba la escena. Como por arte de magia, mamá

había conjurado nuestro propio Edén en la residencia Clary; ramos de rosas perfumaban el aire y cientos de velas iluminaban el lugar. José había ordenado que llevaran a casa unos enormes arreglos florales para la boda, junto con guirlandas de hibiscos y madreselvas que adornaban las largas mesas del banquete en el jardín.

Nicolás había sido muy generoso, tanto con el vino como con la comida. Conforme caía la noche, el aire se llenaba de fragancias y aromas no sólo de las flores, sino también del banquete: cordero y cerdo, arroz con azafrán y albaricoques guisados, bandejas con pescados enteros de piel crujiente y ojos y espinas aún en su lugar.

La noche era agradable, con una brisa ligera, y aunque las gaviotas graznaban y los cafés de nuestra bulliciosa ciudad portuaria estaban llenos de comensales y trasnochadores, no se oía ninguno de esos ruidos veraniegos, puesto que mamá había contratado a músicos para la ocasión.

Nicolás invitó a varios de los clientes más importantes de nuestra familia y lo supervisaba todo como *père de famille*, ahora que papá ya no estaba. Mamá iba de un lado a otro, vestida de seda azul marino, lanzando órdenes a los sirvientes y aceptando los cumplidos de los invitados. Había estado muy nerviosa por si caía una lluvia estival, pero la noche era clara y placentera; su alivio era evidente en su amplia sonrisa.

La familia Buonaparte llegó en grupo, justo antes de que se sirviera la cena. Me los presentaron a todos. Los hermanos más jóvenes compartían el mismo cabello oscuro y aspecto indolente. En general se mantuvieron distantes y sólo conversaron con las hermanas Buonaparte, que también estaban ahí. Eran tres: Paulina, Carolina y Elisa; me dijeron sus nombres en rápida sucesión.

También conocí a la madre de los Buonaparte, la valiente Leticia, quien entró a la fiesta rodeada de su descendencia. Al verla pensé que quizá alguna vez había sido hermosa, probablemente en su juventud, aunque sus rasgos sombríos ahora eran bruscos, desprovistos de toda dulzura por la edad, la adversidad y el implacable sol corso. Con mamá se comportó de manera reservada pero educada; y le agradeció su hospitalidad. Yo la saludé y

observé su rostro serio; pensé que con esa nariz aquilina, muy parecida a la de su hijo favorito, y sus ojos severos y atentos, podría posar como una formidable matriarca del antiguo Imperio romano.

—Es un honor conoceros, señora Buonaparte —dije bajando la vista y haciendo una reverencia.

Ella me estudió con una mirada evaluadora y de inmediato comprendí que ése era otro rasgo que le había transmitido a su hijo. No sabía lo que Napoleone le había contado de nosotros o ni siquiera si le había hablado de mí, pero me sentí intimidada cuando me devolvió el saludo, se dio la vuelta hacia la hija que tenía más cerca y le pidió una copa de vino.

Como la Iglesia había sido perseguida y despojada de todo poder, incluida la bendición del matrimonio, la boda de Julia fue sólo un rápido trámite legal en el ayuntamiento seguido del banquete en nuestra casa. Era el sitio adecuado, ya que ahí fue donde ella y José se habían conocido tan sólo unos meses antes. Nicolás y Napoleone fueron los testigos y yo, la dama de compañía de Julia en el banquete.

Por supuesto, los músicos comenzaron su repertorio de la única forma imaginable: con una estrepitosa interpretación de *La Marsellesa*, el himno de nuestra nueva República, llamada así por unos soldados voluntarios de nuestra ciudad natal que la habían cantado mientras marchaban sobre París. Cantamos la alegre sinfonía, los hombres se quitaron los sombreros y las mujeres se llevaron la mano al corazón.

Un momento después de que concluyera la melodía, sentí que me tocaban el hombro; al darme la vuelta, ya sabía a quién me encontraría. Por supuesto, mis ojos habían buscado a Napoleone desde el inicio de la fiesta. Observé con avidez cómo reía con una de sus hermanas, creo que era la de en medio, Paulina. Advertí cómo atendía solícito a su madre; le llevaba platos de pescado, copas de vino y porciones de pastel de limón. Disfruté de ser testigo de ese otro aspecto suyo con las mujeres a las que amaba, incluso gocé de la punzada de envidia que me provocó.

—¿Puedo? —Extendió una mano hacia mí en cuanto los

músicos comenzaron a tocar la siguiente pieza. Apenas había posado mi mano sobre la suya cuando ya me guiaba hacia delante para bailar una ligera cuadrilla. Sus pasos eran decididos y confiados, aunque no por completo naturales.

Cerca, José reía; el sonido de su risa se elevaba sobre el estrépito de los invitados y la música.

—Está feliz —dijo Napoleone, con la mirada fija sólo en mí.

—Ella también —respondí.

Y lo estaba; eso además me alegraba. Pero en mi corazón sentía un poco de tristeza al saber que Julia se iría esa noche. Claro que no muy lejos; vivirían en una casa modesta, pero cómoda, cerca de la plaza, a tan sólo unas manzanas de nuestro vecindario. Aun así, no estaría en nuestra casa, en la habitación que compartíamos desde que yo tenía memoria.

—Le gustáis a mi madre —continuó Napoleone; sus palabras me alejaron de mis pensamientos sobre Julia. Eché un vistazo al jardín, donde estaba sentada Leticia, con el ceño fruncido, con una hija a cada lado y dos de sus hijos de pie frente a ella, como centinelas.

—¿De verdad? —pregunté.

—Piensa que sois una niña encantadora. De familia respetable.

Asentí. Supuse que eso era bueno.

—Cuando vos y yo nos casemos, haré que mis hombres descarguen una salva de ciento un cañonazos en señal de saludo antes del banquete —comentó.

Me hubiera caído en el suave césped, estaba segura, de no ser porque él me sostenía y me guiaba en el baile. «Cuando vos y yo nos casemos.» No había habido una propuesta de matrimonio.

—¿Qué os parece? —inquirió. Sacudí la cabeza y miré sus ojos verdes—. ¿Qué ocurre? —preguntó, su seguridad vaciló un segundo.

—Quiero otra cosa para mi boda —respondí.

—¡Ah! —Esbozó media sonrisa, retándome a ir en contra de sus deseos—. Decidme, ¿de qué se trata?

Me erguí. Quería expresar mis propios pensamientos.

—He oído que en París tienen unas nuevas máquinas que se llenan con gas y pueden volar.

—Sí, globos aerostáticos —explicó, asintiendo—. De hecho, he visto uno.

—¿Lo habéis visto? Entonces, es verdad... ¿y vuelan?

—Vuelan. Y si queréis uno en nuestra boda, lo tendremos.

Mis ojos se abrieron como platos. Era la segunda vez en cuestión de minutos que afirmaba que nos casaríamos. ¿Era una propuesta en firme?

—Pero aún no —añadió con naturalidad—. Todavía no me casaré con vos. No mientras siga esperando noticias del comité sobre mis planes de invadir Italia. No hasta que la campaña desemboque en una victoria. No me arriesgaría a dejaros viuda a los dieciséis años.

Lo dijo con mucha convicción. Estaba decidido. Pero como en tantas otras ocasiones, ni siquiera me había preguntado.

¿Deseaba casarme con él? Consideré la pregunta un momento mientras me guiaba en el baile. ¿Qué deseaba yo, una joven de dieciséis años, mientras bailaba en la boda de la persona más cercana a mí en el mundo? Como todos los demás en nuestro entorno frágil y aterrador, lo que más deseaba era escapar del Terror. Deseaba que mis seres queridos sobrevivieran. Amaba a mi familia, amaba mi hogar; eso lo sabía.

Pero ¿quería permanecer en casa con mamá ahora que Julia se iba? Conocía la respuesta: no, no quería. Julia hablaba de ir a París con José y Napoleone, ¿cómo podría quedarme atrás, en Marsella?

Y ahora, frente a mí, se encontraba este hombre fuerte y singular que me decía que me iría con ellos. El hombre más confiado y poderoso que jamás pensé que existiera. Un hombre mucho más sabio sobre la forma en la que manejar el mundo, más de lo que jamás pude llegar a imaginar. Un hombre que hacía planes y sabía ponerlos en práctica. El hermano del esposo de Julia. Justo cuando parecía que todo a mi alrededor se venía abajo, él había llegado, él y su hermano, y nada había sido igual desde ese momento. Sí, amaba a Napoleone.

Entonces me permití imaginar mucho más: Napoleone y yo uniéndonos para siempre, y también la relación con Julia y José cada vez más sólida. Una nueva ciudad, una nueva vida. Nuestro lazo forjado en la fortaleza: no sólo una unión, sino dos. ¿Qué podría haber mejor?

Capítulo 6

MARSELLA
1794

Había albergado la esperanza de que vería con frecuencia a Julia después de la boda, pero no esperaba que apareciera en casa a la mañana siguiente, incluso antes de terminar el desayuno. Yo estaba sentada en la terraza con mamá, tomando café, aún soñolienta; mi mente y mis movimientos eran perezosos debido a la fiesta de la noche anterior y al cansancio tras haber bailado toda la noche. Mamá tenía una expresión triunfante, pero necesitaba un buen descanso. Incluso los jardines parecían fatigados, deteriorados por los restos del festejo de la boda. Parpadeé sorprendida: ahí estaba mi hermana frente a nosotras, tenía los ojos enrojecidos y el rostro tenso. Su nuevo marido estaba de pie junto a ella.

—Julia, querida... ¿No deberíais estar ya de camino a Niza?

Tanto mamá como yo contemplamos con preocupación a los recién casados. ¿Era posible que su noche de bodas hubiera sido tan terrible?

Julia se llevó su pañuelo al rostro y me miró.

—¿Qué sucede? —preguntó mamá; contempló a Julia y luego a su yerno.

—Es Napoleone —intervino José con voz ronca mientras tomaba la mano de mi hermana entre las suyas.

—¿Qué...?, ¿qué le pasa? —inquirí; dejé la taza de café en la mesa y me puse lentamente de pie.

—Lo han denunciado —soltó Julia.

—¿Lo han denunciado? —Mamá se ahogó al pronunciar esas palabras. Eso significaba que se estaba a solo un paso de la guillotina; o, por lo menos, era un camino seguro al

encarcelamiento—. Pero es muy cercano a los Robespierre —continuó, como si eso desmintiera la demanda.

—Ése es el problema —explicó José—. Algo más importante está pasando. Mi hermano no es el único que está en peligro.

Julia y mamá palidecieron; seguramente yo también. No podía creer que hacía tan sólo unas horas yo hubiera estado aquí, en estos jardines, bailando en sus brazos y hablando de nuestra boda.

José cerró los ojos y se pasó su gran mano por el cabello despeinado. No lucía el aspecto del feliz novio la mañana después de su noche de bodas.

—Voy al pueblo para averiguar qué sucede, pero temo a la multitud. Ha llegado información de París, parece que... han matado a Robespierre.

Mamá lanzó un grito y yo me dejé caer en la silla; mis pensamientos se revolvían tratando de dar algún sentido a todo esto. Robespierre, el ciudadano gobernador *de facto* de nuestra nación, el hombre que había supervisado las ejecuciones de tantas personas, incluso la de nuestro rey y nuestra reina... ¿estaba muerto? ¿Hasta qué grado de locura podía llegar nuestro país? ¿Quién más podía ser devorado si la bestia rabiosa engullía ahora su propia cabeza?

—No sólo a Robespierre..., también a su hermano, Danton, Saint-Just, Desmoulins... —José recitó los nombres que conocíamos tan bien, los nombres de los jóvenes de voluntad de acero, los radicales que habían tomado las riendas del poder y habían llevado a nuestro gobierno hacia políticas despiadadas de ejecuciones masivas—. Se denuncian y se matan unos a otros. París es de nuevo un sangriento campo de batalla. Cualquiera que tenga una relación cercana con ellos corre riesgo. Y mi hermano es cercano, en particular con Agustín Robespierre.

—¿Dónde está? —pregunté—. ¿En el castillo de If? —Dije el nombre de la fortaleza que dominaba nuestra vista al mar, la vieja y temida mazmorra que se elevaba en la isla del Mediterráneo.

—Me gustaría que estuviera tan cerca. —José meneó la cabeza—. Se lo han llevado a la prisión de Antibes, Fort Carré. ¿La

conocéis?

Negué con la cabeza.

—Tienen sus escritos, que también lo condenan —continuó José—. Escribió algunos panfletos a favor de los jacobinos… En realidad, eran a favor de la República, pero ellos arguyen que era para apoyar el gobierno de Robespierre.

—Entonces ¿qué pasará con nosotros? —inquirió mamá, su expresión de triunfo de la noche anterior se había convertido en terror. Después de todo, la unión con los Buonaparte no nos ponía en mejor posición; de hecho, estábamos peor que antes.

—Ahora esperaremos —explicó José—. Es todo lo que podemos hacer. En París hay un general, Barras, que dirige el golpe para expulsar a los jacobinos del gobierno. Parece que es más moderado. Quizá se muestre indulgente.

Julia avanzó y apoyó su mano sobre mi hombro mientras miraba a su esposo.

—Eso cabe esperar… para un héroe de guerra como tu hermano, que además es inocente. No ha cometido ningún crimen contra la nación.

José suspiró y cruzó los brazos.

—Ambos sabemos que ni el servicio a la patria ni la inocencia son suficientes para salvar a un hombre de la guillotina, querida. —Después se volvió hacia donde yo estaba; su tono se animó, pero el esfuerzo para reunir esa fortaleza era visible en su expresión cansada—. No os desesperéis, Désirée. Aún no. Sus hombres aman a mi hermano; demolerían los muros de la prisión y lo liberarían antes de permitir que se subiese a una carreta hacia la guillotina. Mientras los hombres de Napoleone estén libres, hay esperanza.

José insistió en que hiciéramos a un lado la desesperación, pero mamá se fue a la cama.

—¡Estamos arruinados! —gritó—. Lo que tanto temía. No debí dejarme engañar y creer que podíamos garantizar nuestra seguridad con un matrimonio ventajoso. Al contrario, ahora estamos emparentados con una familia que el gobierno considera

hostil.

Cada vez me era más difícil quedarme a solas con mamá. Me refugié en casa de mi hermana, aunque sabía, por la manera en la que retorcía las manos y por cómo se mordía el labio, que ella también tenía miedo; le aterraba que arrestaran a su marido. Nicolás estaba tan ocupado en administrar los negocios de papá que había alquilado una amplia casa para él, más cerca del puerto (pero yo sospechaba que en realidad era para escapar de las quejas cotidianas de mamá), así que casi no lo veía, salvo por los ocasionales *dîner en famille* de los domingos. Cuando no estaba en casa de Julia, salía a pasear. Caminaba por la playa, mis tensos nervios impulsaban mis pasos por la costa escarpada como la mujer de un marinero que acechara en los acantilados de piedra caliza con los ojos entrecerrados, fijos en el azul horizonte, en busca del retorno de las velas.

Pensaba en Napoleone constantemente; él llenaba mis pensamientos durante el día y me impedía dormir por la noche. Si tan sólo hubiera podido tener alguna noticia de él, de cómo estaba; si tan sólo hubiera podido visitarlo o escribirle una nota... Pero eran los días de la justicia revolucionaria y los prisioneros como Napoleone no podían recibir correspondencia del mundo exterior.

Cuando necesitaba realizar alguna tarea que ocupara mis manos inquietas, dibujaba. Ahí, junto al mar, esbozaba con tiza el litoral que me era familiar, esperando que mis ojos advirtieran el contorno de un barco contra el horizonte que trajera a Napoleone hasta mí y me obligara a abandonar mi trabajo.

Me preguntaba cómo se había derrumbado todo de manera tan abrupta e inesperada. Hasta hacía pocos días me encontraba envuelta en mi inocente felicidad, saboreando la dulzura del primer amor, imaginando que quizá muy pronto estaría casada. Segura. Feliz. Él había hablado de forma tan rotunda del amor, de París y de la salva de ciento un cañones para nuestra boda... Yo lo había creído todo. En su presencia no había razones para no creer.

Pero ahí estaba de nuevo, impotente. La persona a la que amaba se encontraba de repente en las garras de una pelea cruel y fortuita, mucho más grande que nosotros. El hombre a quien había

entregado mi corazón estaba encarcelado en una fortaleza medieval, un lugar sombrío y distante de donde no me llegaba ninguna noticia. De pronto, nada era seguro. Mucho menos su vida.

Así pasaron los días. Era una tarde templada de finales de agosto, los últimos días del verano. Anochecía en nuestros jardines y las primeras luces de las estrellas perforaban el cielo; yo estaba sentada afuera. Mamá se había acostado temprano y yo me encontraba sola. Dejaba pasar el tiempo porque sabía que, una vez más, no podría conciliar el sueño.

Al otro extremo de los oscuros jardines, un movimiento me arrancó de mi soledad. Por instinto, mi cuerpo se tensó antes de que mi mente se acelerara; me preguntaba si mis ojos me engañaban porque ahí, bajo la luz indefinida, una silueta delgada y ágil saltó la reja del fondo y aterrizó en nuestro silencioso jardín. No habló, pero me miró fijamente; su rostro estaba oculto por el bicornio de oficial. Permanecí sentada y quieta en la silla; esperaba estar segura. ¿De verdad era él?

No dijo nada; su mano impaciente sólo hizo un gesto para que me acercara. Me levanté. Mis sentidos se habían aguzado: el graznido de una gaviota a lo lejos resonó en mis oídos y el aroma del jazmín cercano me resultó embriagador. Me deslicé hacia él hasta quedar tan sólo a unos pasos.

—¿Napoleone?

La silueta levantó una mano enguantada hasta sus labios, pidiendo silencio. Sus ojos parpadearon brevemente hacia la ventana de la habitación de mamá, desde donde se filtraba la débil luz de una vela.

—Está acostada —dije.

—¿Y tu hermano? —preguntó.

—Se ha mudado a su propia casa, más cerca del puerto.

—Hay un lugar al que quiero llevarte —murmuró.

Asentí y nos cogimos de la mano. No miré hacia atrás, no consideré entrar para despertar a mamá y decirle que me iba con Napoleone. Era mi decisión y tardé menos de un instante en tomarla. Caminamos en silencio hacia la reja.

Fuera, en la calle ensombrecida, esperaban un carruaje militar y el cochero. Napoleone abrió la puerta; alcé mi falda y subí. Recorrí el interior del carruaje con la mirada y noté, con agradable alivio, que estábamos solos. Tan pronto como cerró la puerta y estuvimos uno junto al otro, me dejé caer en sus brazos.

—Estás a salvo. —Cerré los ojos y me refugié en su pecho mientras me aferraba a él. En todo el tiempo que habíamos estado juntos nunca me había besado, pero ahora estaba sobre él como una ofrenda, rogando que me besara, mi rostro a tan sólo unos centímetros del suyo—. Gracias a Dios, estás vivo.

—Así es —respondió, dándome unas palmaditas en la espalda; un gesto contenido, sobre todo tomando en cuenta la absoluta entrega de mis propias emociones. Como no me besó, presioné mi rostro contra su levita almidonada; respiré el aroma a lana, me intoxiqué con su presencia después de una separación tan insoportable—. Estoy a salvo, mi querida niña —dijo tranquilo, como si calmara a un infante. Se deshizo del abrazo y nos miramos a los ojos fijamente.

Se notaba que estaba cansado. De alguna manera, se le veía físicamente deteriorado. Sus párpados estaban pesados, hundidos. Su cabello, ahora más descuidado que de costumbre, estaba apelmazado sobre la cabeza. Sus pómulos eran riscos angulosos; la barbilla, mucho más severa sin carne que suavizara los contornos de su rostro. Sin embargo, por más agotado que pareciera, sus ojos verdes brillaban inquietos. Noté que todo mi cuerpo se sentía atraído hacia él, como la marea constante y poderosa arrastra a las incansables olas hacia la costa.

—¿Adónde vamos? —pregunté. A través de la ventana del carruaje vi que nos dirigíamos hacia el sur; el mar se alzaba a nuestra derecha conforme nos alejábamos de nuestro vecindario. A decir verdad, no me importaba adónde fuéramos; era feliz tan sólo con estar a su lado.

Estaba claro que él no tenía intención de decirlo.

—Es una sorpresa. —Fue todo lo que dijo. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos durante un momento.

—No estoy segura de poder soportar otra sorpresa.

—Ésta te gustará.

Solté un sonoro suspiro. El carruaje empezó a alejarnos del mar y a subir una colina. Lo miré de reojo, con una mezcla de impaciencia y absoluta disposición para continuar esa nueva aventura. La brisa olía a agua salada y flores.

—Ahora cierra los ojos.

Retrocedí y sonreí con fingida modestia.

—¿Es necesario?

—Completamente necesario —dijo, quitándose la faja tricolor de su levita—. De hecho, creo que tendré que ponerte esto para estar más seguro. —Me cubrió los ojos con la banda; yo reía, disfrutaba de ese plan tan elaborado, fuera cual fuera.

—Napoleone di Buonaparte, ¿me estás diciendo que la prisión te ha convertido en un hombre romántico?

—La prisión no puede otorgarse ese crédito. Tú, Désirée Clary, me has vuelto un hombre romántico.

Mi corazón se hinchó con sus palabras y cedí a sus planes para la aventura nocturna.

—¿Y el cochero sabe adónde vamos?

—Por supuesto que sabe adónde vamos. Soy un oficial; nunca salgo en una misión sin un plan bien elaborado, y mis hombres están siempre preparados.

—Muy bien, general Buonaparte. Si ésta es una misión, ¿debo suponer que yo soy tu objetivo?

Se aproximó a mí, lo supe por la calidez de su cuerpo, por el cosquilleo de sus palabras que acariciaban mi cuello.

—Tú eres el botín, el tesoro.

No deseaba nada más que permanecer así, cerca de él y a solas. Escuchaba el repetido galopar de los caballos, sentía el impulso del carruaje y supe que seguíamos subiendo la colina. Con los ojos cerrados, mis otros sentidos se aguzaron aún más y me alertaron sobre los detalles de nuestro alrededor: el fino rocío del agua salada en la cálida brisa nocturna, el repiqueteo de las ruedas del carruaje sobre el camino de la colina, la cercanía de su cuerpo.

Finalmente nos detuvimos y Napoleone apoyó una mano sobre mi brazo.

—Te ayudaré a bajar.

—¿Ya puedo mirar?

—Todavía no —respondió, y me ajustó la faja para impedirlo.

Salí a ciegas del carruaje con mi mano apoyada en la suya; lanzaba risitas mientras me sostenía sobre él para que me condujera por el camino. Me guio algunos pasos; el viento me azotaba el rostro, la falda, el cabello. Advertí el débil y rítmico rugir de las olas del océano que se estrellaban contra la costa rocosa a lo lejos, debajo de nosotros.

—*Et voilà*, ahora puedes mirar. —Levantó la faja y abrí los ojos, parpadeando hacia la vasta extensión del aterciopelado cielo nocturno en el que las estrellas parecían diamantes cosidos a él. A cierta distancia, por debajo de nosotros, se extendía la amplitud del mar. Contuve el aliento, conocía esta cima.

—*La Bonne Mère!*

—¿Qué?

—Ah, así la llamamos los de la región. —Hice un gesto, opuesto a donde estaba el mar, hacia la enorme silueta de Nuestra Señora de la Guarda, que abrazaba el acantilado justo detrás de nosotros—. Nuestra Señora de la Guarda. Se cree... se creía que la iglesia cuidaba de todo Marsella. La Buena Madre.

Era un antiguo templo situado en la ladera, fortificado por murallas y un inmenso puente levadizo que alguna vez fue el lugar de veneración tanto de los reyes de Francia como de los plebeyos. Durante mi infancia, cada año acudían de toda Francia a Marsella oleadas de peregrinos que subían esta cuesta bajo el implacable sol de agosto para celebrar la fiesta de la Asunción. Por supuesto, mi familia participaba en esas santas celebraciones, al igual que todo Marsella. Pero ahora eso quedaba en el pasado, un recuerdo lejano derrotado y debilitado como las rocas que golpeaba el océano allá abajo.

—O, mejor dicho, así la llamábamos. Hasta que... claro... la Revolución —aclaré.

Ya nadie rezaba dentro de los muros de la Buena Madre, no desde que los revolucionarios armados con picas y horquetas habían atravesado las defensas y habían marchado por el puente

levadizo para arrestar al abad y derretir la antigua estatua de plata de la Santa Madre. Habían vestido la estatua de nuestro Salvador con una capa roja y tricolor, el mismo uniforme con el que habían adornado la cabeza de nuestro desafortunado rey Luis en París.

—Las campanas ya no suenan —dijo Napoleone, señalando hacia el campanario—. Las fundieron para fabricar municiones.

Asentí. Hacía mucho tiempo que en nuestra ciudad el tañer de las campanas había sido reemplazado por el sonido cortante de la hoja de la guillotina y por los vigorosos gritos de las multitudes reunidas en la plaza.

—Pero el campanario sigue en pie —continuó.

—El punto más alto de la ciudad —agregué, muy versada en la historia tradicional local.

—Ven —indicó, tomándome de la mano y alejándome del carruaje.

—¿Adónde?

—Arriba.

—¿Arriba? ¿Quieres... que subamos? ¿Al campanario?

—¿Ya habías subido antes? —preguntó.

—Por supuesto que no.

—La mejor vista en el sur. Posiblemente en toda Francia. Ven —repitió la orden y me tiró de la mano.

—¿Cómo... cómo llegaremos hasta arriba?

Lanzó una sonrisa burlona y me mostró una llave de bronce oxidada que tenía en el bolsillo.

—¿No te lo dije? Soy un oficial, nunca emprendo una misión sin haber trazado antes un plan bien elaborado.

No hice más preguntas; en su lugar dejé que me llevara de la mano y me guiara al amparo de la brisa de la noche.

Dentro de la Buena Madre el aire era fresco y estaba oscuro; el lugar aún guardaba vestigios del aroma a incienso, tantas veces encendido a lo largo de los siglos en ese lugar de adoración.

—Hacía muchos años que no venía por aquí —murmuré, y el sonido de mi voz hizo eco sobre los muros de piedra desnudos de sus valiosos adornos.

Cruzamos la amplia nave, nuestros zapatos golpeteaban

contra el viejo suelo de piedra. Hacía mucho tiempo que las monjas y los sacerdotes que cuidaban esta iglesia y servían a nuestra comunidad habían sido arrestados o ejecutados, casi al mismo tiempo que los revolucionarios habían hecho añicos los vitrales. Tirité y entrecerré los ojos ante el interior desnudo. No había velas que iluminaran nuestros pasos, pero sabía que todas las sagradas y valiosas reliquias y adornos habían sido confiscados y subastados. Durante un tiempo, algunos de los parientes del rey fueron encarcelados en este lugar, al principio de la Revolución, antes de que finalmente los enviaran a la guillotina; quizá ellos mismos habían sido el botín revolucionario menos útil de la Buena Madre.

—¡Allí! —exclamó Napoleone, señalando al frente.

La torre era alta y grande; la escalera de caracol serpenteaba hacia arriba al otro extremo de la iglesia. Napoleone me soltó la mano al llegar al pie de la escalera y me dejó pasar por delante de él.

Muy pronto me quedé sin aliento en la subida, mi corsé me comprimía los pulmones. Cuando me detuve en el segundo rellano, él se paró detrás de mí y me permitió descansar un momento antes de exhortarme a que continuara.

—Ya casi hemos llegado —anunció. Me di cuenta de que a él no le faltaba el aire al hablar. Esta subida no resultaba difícil para alguien con su complexión delgada y vigorosa.

Llegamos a la cima después de lo que me pareció un ascenso interminable. Me quedé quieta, inhalando el aire salado de la noche y observando a nuestro alrededor.

—Ha valido la pena el esfuerzo, ¿no? —preguntó.

Desde un balcón con vistas al exterior, nos quedamos mirando el mundo entero. Todo lo que alcanzaba a ver me maravillaba: mi ciudad, las calles y callejones estrechos y sinuosos, el viejo puerto que brillaba entre la maraña de luces parpadeantes de las tabernas, los hogares, las farolas y los cafés. El castillo de If también se erguía frente a nosotros. La fortaleza de piedra se elevaba desde la bahía azul oscuro, un contorno esculpido en negro contra el borroso horizonte del Mediterráneo. El mar se desplegaba ante

nosotros y reflejaba la vasta extensión de las estrellas y la luz de la luna que teníamos encima.

—¿No es hermoso? —continuó, su cuerpo justo detrás del mío. Miré hacia abajo, hacia la inmensidad, pero sólo pude concentrarme en su cercanía. ¿Me besaría al fin?—. Durante once días estuve prisionero, enjaulado, mirando el océano. —Puso su mano en la parte baja de mi espalda mientras hablaba. Parpadeé, me esforcé por centrarme en sus palabras, aunque mis sentidos se turbaban con la presión de la palma de su mano sobre mi cuerpo —. Cada amanecer me preguntaba si sería el último. Me decía: «El mar es eterno, existió mucho antes que yo y durará más que yo. En un mundo en el que absolutamente nada es seguro, al menos eso es cierto».

Me di la vuelta y entrelacé mi mano con la suya.

—¿Cómo es que estás libre?

Me miró; sus ojos verde oscuro brillaban a la luz de las estrellas del sur y del mar agitado.

—Te diría que he peleado como un caballero. Piratas y un cañón robado, un duelo a espada sobre las murallas. ¿Es eso lo que deseas oír?

A decir verdad, no me importaba cómo había obtenido su libertad, sino que estuviera junto a mí y que así permaneciera. Me estudió, sus rasgos angulosos parecían evaluarme.

—¿Estás contenta de que esté libre?

—¿Contenta? —Lancé un suspiro—. Esa palabra no es suficiente.

Sonrió, un hecho nada habitual en él.

—Mi conciencia —continuó— es el único tribunal frente al cual me permito ser convocado. Era inocente. Lo sabía. Los nuevos hombres en el poder se mostraron indulgentes.

Bajé la vista y confesé en un murmullo:

—He pasado mucho miedo.

—Pero eres valiente y eso es más importante.

¿Había sido valiente? No lo sabía. En realidad, no había tenido otra opción, pero me gustaba que advirtiera mi fortaleza.

Tomó mi barbilla entre sus dedos y me elevó el rostro.

—¿Te importo? —Asentí—. ¿De verdad? —Parecía necesitar un poco más de certeza. Quería que confiara en mí, libremente. Después de todo, acababa de llamarme valiente y en ese momento yo no quería nada más que ser digna de su afecto—. Entonces, aceptarás esto.

No pregunté de qué se trataba, dejé que mi mirada hiciera la pregunta.

—Serás mía —afirmó. Temblé un poco, pero su voz seguía firme, como si yo fuera uno de sus hombres y me estuviera dando una orden—. Escúchame, Désirée; mientras estaba en esa celda miserable hice una promesa. Me prometí que nunca más estaría a merced de esos hombres en París, de esos necios, nunca más. Yo haré mi propia fortuna. Si voy a llevar a cabo grandes empresas, te necesito a mi lado. Si voy a ser grande, te necesito a ti... y a José. Ya han descartado mis planes para Italia. Quién sabe qué pasará en esta guerra ahora que un nuevo régimen está en el poder. Pero iré a París y descubriré qué me depara. Debo estar en la capital, pero no me iré sin tener tu palabra de que me seguirás. Vendrás conmigo y te convertirás en mi esposa.

En realidad, no entendía todo lo que él decía; no por completo, no en ese momento. Aún no sabía qué me esperaba. Sólo sabía que ahora ya no podía volver atrás. No podía aceptar una cima inferior en el amor o en la vida. Sabía que la vida junto a Napoleone sería muy diferente de cualquier otra que hubiera podido imaginarme; significaba una existencia en un nivel superior, y ahora eso era lo que yo anhelaba.

—Désirée, ¿estás dispuesta a eso?

—Sí —afirmé.

—Dilo —me ordenó—. Necesito escucharlo de tus labios.

—Sí, seré tu esposa —respondí. Mi voz estaba dominada por el rugir del viento, por las distantes olas que rompían contra las rocas, por el estremecimiento de mis nervios. Pero lo dije y él lo escuchó.

—Entonces todo está dicho, Désirée. —Inclinó rápidamente su barbilla afilada y declaró—: Soy tuyo... Soy tuyo por toda la eternidad. Sellemos esta promesa aquí, frente al mar constante; así

nadie podrá deshacerlo.

Tomó mis manos entre las suyas y asentí de nuevo; me sentía más fuerte, menos temblorosa entre sus brazos. Un pensamiento cruzó mi mente: en ese momento recordé a las personas casadas que conocía, incluso a quienes estaban enamoradas. Pensé en papá y mamá, y en la vida que habían vivido juntos. Pensé en Julia y José. Y después pensé: «¡Pobres almas limitadas!».

Cómo palidecía su amor comparado con la luz que emanaba del joven que estaba de pie ante mí. No sabían nada de esta clase de amor, puesto que no disfrutaban del afecto de Napoleone di Buonaparte. Con él todo era mucho más intenso, porque él era mucho más intenso que cualquier otra persona que jamás hubiera conocido.

Napoleone me cogió entre sus brazos y me atrajo hacia él. Me había preguntado si me besaría, y entonces lo hizo. Me besó con un deseo franco y sin reservas. Nunca antes me había besado un hombre, y ahora probablemente ningún otro lo haría, pero estaba segura de que no importaba, porque ningún beso hubiera podido rivalizar con ése.

Como siempre sucedía, Napoleone dirigía y yo cumplía sus órdenes con deseoso consentimiento. Accedí cuando guio mi cuerpo hacia el suelo mientras se quitaba la levita y la extendía sobre la piedra fría del pavimento del campanario como si fuera una suave manta. Después me tendió sobre ella y puso su cuerpo sobre el mío. Lo besé sin vergüenza; me decía que yo era suya y que él era mío. Pasé mis manos por su cabello, su cuello, sobre su espalda y sus brazos; exploré su piel y sus músculos. Lo notaba muy delgado entre mis brazos, pero vigoroso y fuerte. Él respondía a mi tacto con suaves suspiros, y eso me animó a seguir reclamando su cuerpo como si fuese de mi propiedad y a ofrecerle el mío a cambio. Era salvaje en cuanto a sus propios deseos: sus manos comenzaron a explorar mi cuerpo, buscaba partes que nunca antes se habían ofrecido a otros. Titubeó un poco con mi vestido, y yo reía mientras lo ayudaba a quitarme las distintas capas de tela.

Contuve el aliento cuando desabrochó mi corsé y lo lanzó a

un lado. Nunca había estado tan expuesta delante de un hombre, ni de nadie, pero mi modestia se derritió y de inmediato fue reemplazada por una ola de placer cuando su boca sustituyó a sus manos.

—Désirée —dijo con voz ronca—. La Deseada.

Ahora estaba frenético, apartaba la seda y el lino para que las superficies desnudas de nuestra piel estuvieran más cerca. Pensé en las palabras de Julia: «Hay ciertas cosas que… una señorita… no puede hacer. Al menos no hasta que se convierte en esposa». Y aquí estaba, demasiado dispuesta. Después de todo, iba a ser su esposa. Había dicho que estábamos ligados para la eternidad. Habíamos hecho nuestros votos y, seguramente, eso era todo lo que importaba.

Napoleone no preguntó, aceptó los movimientos de mi cuerpo, mis quejidos de placer, sordos y regulares, como un consentimiento. Y, en efecto, el interior de mi cuerpo dio la bienvenida al suyo. Cerró los ojos, su rostro se crispaba con lo que yo consideré que era placer y sus movimientos se aceleraron rápidamente, tanto en velocidad como en urgencia. Gruñó, estaba mucho más agitado. Mi cuerpo ardía tanto por el dolor como por la promesa de una dicha inminente. Pero entonces, antes de darme cuenta de lo que pasaba, lanzó un grito largo y se quedó sin aliento. Yací debajo de él, quieta, preguntándome qué había salido mal cuando se derrumbó sobre mí; su rendición había sido repentina e inesperada. Permaneció con los ojos cerrados y su rostro se distendió.

Sentí una ligera decepción cuando giró sobre su espalda y aterrizó sobre el suelo de piedra. Suspiró, riendo a medias; se llevó una mano a la frente y pasó los dedos por su cabello apelmazado. Me subí el corsé para esconder mis senos; fue un instinto, un gesto precipitado; lo hice sin pensar y después me pregunté por qué, de pronto, me sentía tan avergonzada, tan consciente de estar expuesta a sus ojos cuando hasta hacía un momento yo había propiciado sus caricias.

Permanecimos uno al lado del otro en silencio, nuestra respiración recuperó su ritmo gradualmente conforme el mar

acosaba a la tierra en la distancia. No sabía qué decir o qué hacer. Tenía sed y mi cuerpo estaba dolorido. Me miró después de lo que me pareció una eternidad. Cuando estuvimos frente a frente deslizó su mano entre mis muslos. Me resistí a la urgencia de liberarme de su mano, atrevida e intrépida. De pronto, mi instinto me obligaba a retroceder, pero no quería que él lo supiera. No quería ofenderlo. Permanecí quieta cuando se acercó y me besó deprisa la frente, con la mano firme entre mis piernas mientras murmuraba:

—He conquistado antes, pero éste, mi Deseada..., es el mejor de los asedios.

Capítulo 7

MARSELLA
OTOÑO DE 1794

Después de ese encuentro nada fue igual. Estaba cambiada; Napoleone había entrado en mi mundo y había transformado la manera en que me veía en él. De pronto, era una mujer. Una mujer poderosa, deseada y con un secreto.

Siempre que pensaba en lo que habíamos hecho, en la intensidad con la que me había tocado, besado y mirado, en el modo en que su acento matizaba sus palabras al llamarme «Deseada», volvía a sentir mareos. Teníamos un secreto que era nuestro, sólo nuestro.

«¿Cómo es que nadie lo advierte?», me preguntaba. Mamá y Julia. Como miembros por derecho propio, ¿cómo no se dieron cuenta de que yo también me había convertido en una de las iniciadas? ¿Acaso no observaban un rubor repentino en mis mejillas, un aviso en mi expresión, un sentido de conocimiento que, de alguna manera, emanaba mi ser? Pero no compartí mi secreto con nadie; lo guardé, lo atesoré, lo saboreé. Julia, demasiado ocupada en su nuevo papel de esposa, en su celo por formar una familia, en su determinación por tener un bebé, no se dio cuenta. Tampoco mamá; quizá porque me subestimaba. Aún pensaba que no era más que una niña. Quizá no sabía de lo que yo era capaz, del poder latente que de pronto se desarrollaba en mí, de las pasiones y promesas que podía desatar en un hombre, en uno como Napoleone.

Francia también vivía la agonía de un cambio súbito y drástico. El país estaba inestable como no lo había estado desde el derrocamiento de Luis y María Antonieta. Con Napoleone fuera de

prisión y los Buonaparte a salvo, al menos por el momento, tratamos de encontrarle sentido a la situación en constante cambio. Los periódicos y las revistas llamaban al reciente caos «la Reacción de Termidor», debido a que había comenzado en el caluroso mes estival del termidor, según el calendario revolucionario. Se trataba de un levantamiento contra Robespierre y sus amigos jacobinos, una reacción violenta desatada en París contra los radicales que habían hecho que las ejecuciones en masa y las denuncias públicas se convirtieran en la política estatal.

Para el final del verano, los jacobinos habían desaparecido —o bien habían sido guillotinados, o bien se habían fugado— y un nuevo gobierno se concretó detrás de un grupo de moderados: los defensores de la República libre, que en gran medida incluían a propietarios liberales, empresarios pragmáticos e incluso miembros de la nobleza. Ellos prometieron desmantelar al temible Comité de Seguridad Pública y propusieron reemplazarlo con un grupo de dirigentes designados y una asamblea legislativa nacional.

—Esto es bueno, el nuevo gobierno, ¿no crees? —le pregunté a mamá una tarde mientras caminábamos hacia casa de Julia para visitarla.

Los días se hacían más cortos, la espesa humedad del verano se adelgazaba para convertirse en una agradable frescura otoñal; yo disfrutaba de la sensación de la amable luz del sol sobre mi rostro. Napoleone se había ido hacía algunas semanas, lo habían asignado a un campamento cerca de Niza para realizar ejercicios de entrenamiento, pero yo esperaba recibir noticias por parte de su hermano en esta visita a Julia.

Mamá suspiró.

—Me he dado por vencida al tratar de comprender algo entre tanta locura —respondió, serpenteando para evitar a las jóvenes que vendían flores y especias a lo largo de la concurrida plaza del puerto. Ni tan caliente ni tan acre, el aire del otoño olía a azafrán y lavanda, a pan horneado de la *boulangerie* cercana, y yo me sentí generosa. Busqué en mi monedero y le lancé un *sou* a la vendedora ambulante que estaba más cerca, el cual me había sobrado de unas compras que había hecho para la cocinera. Mamá no se dio cuenta,

mantenía la vista fija al frente.

—Hace años que nada tiene sentido. A veces pienso que el destino de tu padre fue una bendición, que es mejor que no pueda ver a su país en este estado.

Por Napoleone y José sabía que los hombres que estaban en el poder parecían ser menos radicales que las personas a las que habían destituido, como mínimo hasta ahora. Las ejecuciones públicas cotidianas en nuestra plaza se habían suspendido por el momento. Así que me permití suponer que quizá nuestro miedo pudiera finalmente apaciguarse, aunque fuera un poco.

Llegamos a la casa de mi hermana, una vivienda modesta pero cómoda, estrecha, de cuatro pisos, en la que ella y José ocupaban los dos primeros. Las habitaciones no eran demasiado grandes, pero tenían unas enormes ventanas de suelo a techo con persianas de color verde menta. Sin ingresos por parte de José y sólo con una asignación de la dote de Julia, ella empleaba a pocos sirvientes y a una anciana llamada Selene, la cocinera.

La casa tenía un jardín con vallas en la parte trasera. Ahí encontramos a Julia sentada a la sombra con José, tomando limonada. Para mi asombro y mi deleite, Napoleone los acompañaba.

—Désirée, mamá, hola. —Mi hermana se acercó a nosotras y los hombres se levantaron.

Napoleone iba vestido con su uniforme de oficial y se puso de pie, rígido, sin sonreír, como hacía a menudo cuando se encontraba en compañía. Por su parte, Julia parecía estar feliz, como acostumbraba a mostrarse en esos días. Ella y José formaban, en realidad, una buena pareja.

—Estoy contenta de que hayáis venido —dijo Julia—. Napoleone acaba de llegar de Niza, ¿no es una sorpresa encantadora?

—Por supuesto —concedió mamá, pero su tono indicaba lo contrario. Seguía sin gustarle, aunque sabía que me cortejaba. «Si ella supiera toda la verdad...», pensé al recordar que me había dicho que estábamos ligados para la eternidad.

Hice una genuflexión hacia mi prometido secreto con una

sonrisa, sin que me importara el desagrado de mi madre. No lo había visto durante semanas y ahora estaba en el jardín de mi hermana. De pronto, sentí que subía la temperatura en el pequeño jardín, demasiado lleno de gente; todo lo que yo quería era estar a solas con él.

—Madre, necesito hablar contigo —dijo Julia mientras se giraba para dirigirse a ella.

—¿Sí? —Mamá observó a mi hermana.

La voz de Julia se volvió grave y con preocupación dijo:

—Temo que mi habitación no sea lo bastante amplia para alojar el armario que ahora tenemos. ¿Podrías venir con José y darnos tu opinión sobre el tipo de mueble que necesitamos para reemplazarlo?

—¿Reemplazarlo? Pero ese armario es una herencia familiar. No, no, no, no podéis deshaceros de ese mueble, no seas tonta. Sencillamente debes organizar los otros muebles de la habitación. —Mamá se irguió y asintió, dispuesta a dar su opinión—. Voy a ver.

—Sabía que tendrías alguna idea. —Julia se llevó a mi madre, haciéndole a José una seña para que las alcanzara; estoy segura de que sintió mi gratitud.

Ahora sólo quedábamos nosotros dos en el jardín; me apresuré al lado de Napoleone, con los brazos extendidos. Se acercó mis manos hasta sus labios y las besó, un amago de sonrisa suavizaba sus afilados rasgos.

—Désirée. —Me contempló fijamente y yo resistí la urgencia de besarlo bajo el peso de su mirada—. Te has vuelto más bella en mi ausencia. No es justo que los otros hombres de Marsella tengan la suerte de apreciar tus encantos mientras yo, un soldado, estoy encerrado en las barracas.

Quería acurrucarme en sus brazos, cubrirlo de besos, insistir en que ningún otro hombre en Marsella recibiría jamás mis encantos, que me guardaba sólo para él. Pero me contuve; presentía, incluso en mi juvenil entusiasmo, que una dama debía ocultar un poco de su rebosante alegría para permitir que un hombre como Napoleone sintiera un poco de celos. Incliné algo la

cabeza y sonreí con coquetería.

—Entonces, creo que es mejor que no estés lejos por mucho tiempo.

Le gustó lo que dije, lo dejó claro por la manera en la que asintió.

—¿Te sientas conmigo? —Señaló hacia la mesa y las sillas.

Me senté, le serví un poco de limonada y llené otro vaso para mí.

—No estoy seguro de cuánto tiempo tenemos para estar solos y hay muchas cosas que quiero decirte —aseguró.

—¿De verdad? —Bebí despacio, tratando de mostrarme serena, con cuidado de no derramar mi bebida, aunque mis manos temblaban de emoción por esa reunión inesperada.

Napoleone me dijo cómo había estado apostado las últimas semanas en las barracas de Niza y que acababa de recibir noticias del nuevo gobierno en París sobre su propuesta para llevar al ejército a Italia. Tenía razón: habían rechazado su solicitud.

—Los recursos de la nación están agotados —explicó—. Hay escasez de pan en todo el país. Algunos focos de resistencia, comunidades a favor de la monarquía, están creando conflictos que obligan a desplegar al ejército para acabar con esas revueltas. El pueblo francés está exhausto... Nunca había tenido tanta hambre ni había estado tan lejos de obtener ningún tipo de alivio.

Escuché con mucho interés las noticias. A poca distancia, la sirena de un barco retumbó grave y larga en el puerto.

—Bueno, entonces hay una buena noticia —dije.

—¿Y cuál es? —preguntó.

—Si no vas a Italia, quiere decir que te quedas aquí conmigo.

Bajó la vista, su dedo dibujó una línea sobre la humedad condensada del vaso.

—Me temo que no —agregó después, mirándome a los ojos.

Fruncí el ceño, no estaba segura de lo que eso significaba.

—Pienso ir a París.

Por la forma en la que lo dijo, una rotunda afirmación, supe que estaba decidido.

—¿A París?

Me parecía el peor lugar para estar en ese momento. ¿No acababa de describirme el grado de inestabilidad de la República?

—En el caos y el desorden siempre hay oportunidades —explicó al advertir mi confusión.

—Pero ¿por qué debes irte ya?

Nada más terminar de formular la pregunta, odié la manera en la que sonaba: como una niña irritable. Pero acababa de regresar de Niza. De la prisión. ¿Y nosotros? ¿Cómo me cortejaría para casarnos si estaba en París? Apartó la mirada y observó los brotes rojos del hibisco que trepaban por el emparrado.

Cuando volvió a hablar, sus palabras y su tono fueron directos, objetivos; no había ninguna emoción en su voz.

—Aprovecharé esta respuesta del gobierno para ir a París y hablar con ellos directamente. Me presentaré ahora que ya saben quién soy.

La alegría de nuestro encuentro se desvaneció de pronto. Me removí en la silla y fulminé con la mirada mi vaso de limonada.

—Me estoy pudriendo aquí, en el sur, Désirée. Cada día que pasa desperdicio el renombre que gané al pelear en Tolón. Ahora es el momento en el que un joven con talento y ambición puede avanzar; necesito estar en la capital, prometer mi lealtad al nuevo régimen y buscar mi siguiente nombramiento. Quizá encuentre a un viejo general que me acoja bajo su ala y me defienda frente al nuevo gobierno. Aún no estoy seguro; sólo sé que sería un tonto si no actuara en este tiempo de cambio y turbulencia.

—¿Cuándo te irás?

Puso las manos sobre la mesa.

—Pronto.

—¿Cómo de pronto?

—He venido... a despedirme. Me iré esta semana.

Todo mi cuerpo se estremeció. Antes de poder responder, él se inclinó hacia mí, pero no me tocó, no puso sus manos sobre las mías.

—Nunca te he ocultado que siento que estoy llamado a la grandeza. De hecho, he sido muy sincero contigo sobre ese tema.

Parpadeé repetidamente, haciendo un esfuerzo por no

echarme a llorar. Al cabo de un momento, asentí ante sus palabras.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

Encogió sus estrechos hombros, su rostro era inexpresivo.

—No hay modo de saberlo.

—Yo... yo podría ir a París, ¿sabes? Si estuviéramos casados, iría contigo como tu...

Alzó la mano, negó con la cabeza y habló de manera definitiva sin darme la oportunidad de terminar la frase:

—Ahora no es seguro para ti. Iré yo solo. Permíteme congraciarme con los hombres que tienen las riendas del poder. Me haré un lugar en este nuevo liderazgo y después te mandaré llamar, a ti y a mi hermano.

Como sucedía a menudo, Napoleone ya había decidido por él y por mí. Parecía que mi única opción era aceptar su veredicto. Pero al menos sabía que podía confiar en él; sabía cuánto deseaba que José estuviera a su lado y me dijo que nos mandaría llamar a José y a mí. En eso podía confiar y obtener algún consuelo.

Unas voces amortiguadas llegaron desde la casa hasta el jardín; mamá regresaba con Julia, y mi hermana hablaba fuerte para avisarnos. Discutían sobre el armario.

—Tenemos poco tiempo para estar juntos —dijo Napoleone acercándose a mí; al final puso su mano sobre la mía—. No lo desperdiciemos en disputas, por favor. —Sacudí la cabeza, agradecí que al menos me tocara—. ¿Puedo verte mañana por la noche? —preguntó—. Regresa aquí, dile a tu madre que visitarás a Julia.

—Julia y José piensan ir al teatro mañana por la noche —respondí; conocía los planes de mi hermana.

—Así es. Por eso tú y yo nos veremos aquí.

La noche siguiente, Napoleone abrió la puerta cuando llegué a casa de Julia, como si hubiera estado esperando mi llegada.

—Buenas noches —me saludó.

Estaba emocionada; sentía que al entrar transgredía el tranquilo interior de la casa de mi hermana, aun cuando había visitado ese lugar más veces de las que podía contar. Pero en esta

ocasión era distinto: Julia y José no estaban, y Napoleone y yo estábamos solos. No habíamos estado solos, no por completo como ahora, desde la noche en que me había llevado a la colina de Nuestra Señora de la Guarda. Me ruboricé con el recuerdo. Me pregunté si pasaría lo mismo esta noche. Era joven, pero no tonta; estaba segura de que él lo había pensado cuando me había invitado a esa casa, donde estaríamos solamente nosotros dos. Y yo también lo pensé cuando acepté su invitación.

Napoleone apoyó su mano sobre mi hombro y desvió mi atención de esos pensamientos inquietos.

—¿Ya has cenado? —preguntó.

Asentí, aunque no era cierto. Toda la tarde había sentido el estómago revuelto por la anticipación de nuestro encuentro.

—¿Puedo servirte algo de beber? —ofreció.

—Sí. ¿Dónde está la cocinera? —inquirí, mirando alrededor en busca de la anciana que trabajaba en casa de mi hermana.

—Le he dado la noche libre —explicó Napoleone.

Mientras él iba a por la jarra de vino y dos copas, me quité el tocado y los guantes; después salimos al jardín, donde los débiles sonidos nocturnos flotaban en el aire. Sirvió vino para los dos y nos sentamos en silencio, acunados por el canturreo de la ciudad y la brisa que se deslizaba entre los árboles, pegajosa con el aroma de agua salada cercana.

—¿Más vino? —me ofreció cuando vacié mi copa. Acepté—. Es agradable estar aquí —dijo al cabo de un momento. Más que una pregunta, era una afirmación, pero lo que pensé como respuesta fue instantáneo: «Entonces ¿por qué insistes en irte?».

Sin embargo, controlé mis palabras y sólo respondí:

—Sí, lo es.

—Aunque no voy a extrañarlo.

Sus palabras y su directa franqueza me hirieron; agradecí que fuera de noche, porque la oscuridad ocultó mi disgusto.

—Estamos lejos de todo lo que en verdad importa. Las brisas marinas y las vistas al Mediterráneo, todo eso está muy bien. Algunos soldados preferirían esto con gusto. Pero es una paz falsa, como el canto de las sirenas. Una distracción hermosa, pero

peligrosa.

Di un sorbo a mi bebida y no respondí. La mayoría de las cosas que decía Napoleone me parecían un misterio.

—Lo único que extrañaré… —su tono ahora era distinto, cargado de emoción, incluso de nostalgia—, lo único que me preocupa de mi partida, Désirée, es pensar que estaré lejos de ti.

Lo miré y sólo advertí el vago contorno de sus rasgos bajo el débil brillo de las luces distantes; la luna y las estrellas estaban ocultas por las nubes.

Extendió los brazos y tomó mis manos entre las suyas.

—¿Me prometes que me serás fiel? —Su voz tenía un dejo de súbita premura; quise reírme de su preocupación, de lo absurdo que era pensar en algo semejante. Estreché su mano y la llevé a mi mejilla, presionando su palma fresca contra mi piel.

—Más que prometerlo, lo juro.

—¿Por qué una Clary perdería su tiempo con un Buonaparte? —preguntó, exhibiendo una rara abertura en su armadura de confianza en sí mismo, por lo general impermeable. Sin embargo, podía advertir lo que sin duda alguna era preocupación y duda—. Soy un hombre sin dinero que ha sido encarcelado. Un hombre sin patria, sin amigos poderosos. ¿Por qué me elegiríais a mí? He caído en desgracia, sin esperanzas de lograr un ascenso profesional.

Esa mañana mamá había dicho exactamente lo mismo, a su manera. Un comentario pasajero que sabía que yo escucharía: «Ya tenemos un Buonaparte; considero que ya es demasiado para nuestra familia».

Yo ignoré su observación mordaz y me aferré a mi plan secreto de casarme con mi soldado tan pronto como él me llamara a su lado, a París. Sin embargo, si París no le convencía, yo iría a cualquier lugar donde él estuviera. «Tuyo por toda la eternidad.» Constante como el mar. Ése fue el voto que ambos habíamos intercambiado en la cima de la colina de la Buena Madre.

Lo miré y me incliné hacia delante, mi voz correspondía a su premura:

—Napoleone di Buonaparte, podrías ser un agricultor de árboles frutales y aun así significarías más para mí que cualquier

dignatario de la capital. Puesto que te vas a París, quiero que sepas esto: no importa cómo termine todo, te soy fiel y espero con impaciencia el día en que me mandes llamar para estar a tu lado.

Me sacó de la silla y me envolvió entre sus brazos. Me asombró percibir tanta fuerza en un hombre tan delgado. Mientras Napoleone me llevaba a la casa, a la habitación de invitados del primer piso, oí cómo se apagaba el canto de las ranas y otras criaturas nocturnas. Ahí, sin decir una sola palabra, me recostó sobre la cama y yo lo permití, correspondiendo a sus besos con un deseo que alimentaba más el suyo. Supongo que siempre sospeché que la noche terminaría así; supongo que era lo que esperaba. Se aferró a mi vestido, batallando con sus capas y gruñendo con impaciencia hasta que lo ayudé. Tuvo menos problema con las prendas de su uniforme.

Cerré los ojos y reprimí el gesto de dolor en el momento en el que se unieron nuestros cuerpos. Sus movimientos eran más precipitados, más enérgicos de lo que me hubiera gustado. Tan sólo unos pocos minutos después, todo su cuerpo se convulsionó sobre mí, con la boca abierta. Fue igual que en la colina, apresurado y brusco. Una vez más no pude sino preguntarme si había hecho algo mal. La pasión y la atención de hacía un momento desaparecieron con rapidez. Se quitó de encima de mí y de pronto su mirada fue distante.

Permanecí ahí en silencio, pensando si quizá debería haber algo más entre nosotros que sólo estos simples y rudos acoplamientos. Yo no sabía nada más y, por tanto, no sabía qué esperar. Por supuesto que nunca me atrevería a preguntarle a Julia, porque conocía su opinión sobre este tipo de comportamiento que tenía lugar antes de intercambiar formalmente los votos del matrimonio. Así que ignoré la melancolía que latía en mi interior, incluso mucho tiempo después de que termináramos de hacer el amor; descarté el deseo que sentía, las ganas de que Napoleone siguiera abrazándome, siguiera amándome. Quería que me mostrara ternura y dulzura con sus caricias; que me tuviera cerca incluso después de haber saciado sus propias necesidades salvajes de manera tan abrupta e impetuosa.

Había previsto marcharse con la marea del día siguiente. Cuando acompañé a Julia y a José a despedirlo al puerto, que estaba abarrotado de gente, me sentía cansada y triste. Julia estaba a mi lado y me cogía de la mano; los hermanos se despidieron en un italiano apresurado y entre dientes. Cuando se separaron, vi que José metía un puñado de monedas en el bolsillo de su hermano.

Cuando fue mi turno de decir adiós, recordé que Napoleone admiraba la valentía como un rasgo necesario del carácter y me obligué a no llorar.

—¿Me escribirás? —me preguntó, su voz era firme cuando nos abrazamos por última vez.

—Por supuesto —prometí.

—¿No me convertiré en un mero añadido? ¿Un hombre abandonado y olvidado tan pronto como este barco zarpe y otro hombre llame a la mansión Clary? —Me miró con sus ardientes ojos verdes, como si me evaluara por última vez buscando algún defecto o debilidad que tal vez hubiera pasado por alto hasta ahora.

Entrelacé mis manos con las suyas.

—Tú, Napoleone di Buonaparte, jamás podrías ser un mero añadido.

El barco hizo sonar su sirena para advertir de la inminente partida, y José ayudó a su hermano a subir su único baúl. Napoleone nos lanzó un último gesto de adiós desde la rampa de embarque. Al ver que su silueta desaparecía, un contorno recortado contra el telón de fondo del barco y el ancho cielo azul, me permití llorar por primera vez.

Ahora él ya no podía ver mis lágrimas, pero ¿no había sido fuerte como él me lo había pedido? En fin, ahora que se había ido, ocultar mi enorme tristeza era más de lo que podía soportar. Experimenté una sensación de pérdida, de estar extraviada al ver su silueta hacerse cada vez más pequeña, reemplazada por el primer plano del vaivén del Mediterráneo. Él había sido tan importante en cada uno de mis días desde que había llegado a mi

vida que ahora su ausencia me hacía sentir que estaba a la deriva. Me preocupaba que hubiera olvidado cómo ser yo misma sin Napoleone a mi lado.

Sin embargo, incluso en su ausencia, todo en mi interior y a mi alrededor había cambiado. Mi vida había tomado un nuevo rumbo. Napoleone era el ancla al centro del resto de mi vida, aunque estuviera a kilómetros de distancia, en una capital alejada que sólo conocía en mi imaginación.

Napoleone me mantenía ocupada incluso después de su partida. Me había dejado un plan que había diseñado para mí: un curso de estudios que incluía música, lectura, filosofía y otros temas que su mente curiosa apreciaba. Aunque en mi juventud no era una alumna particularmente entusiasta, al principio agradecí la distracción, aliviada de poder utilizar mi energía y concentrarme en algo que sabía que haría que Napoleone se sintiera orgulloso de mí. Se suscribió a una revista musical en París para que yo pudiera ensayar las piezas de piano que estaban de moda. También me exhortó a practicar el canto. Me dejó una larga lista de textos que debía estudiar: los escritos de Rousseau, Montesquieu, Thomas Jefferson, Marco Aurelio y muchos otros. Y me instó a que le escribiera mis opiniones sobre esos temas.

«Siempre debes tratar de mejorar tu mente, querida niña —me comentó en su primera carta, que envió mientras aún estaba a bordo del barco que lo llevaba al norte—. Porque planeo ser un gran hombre y tú debes ser la gran mujer que esté a mi lado. Imagino el orgullo que sentiré cuando mis colegas generales se den cuenta de que mi esposa es una mujer sin igual, una ciudadana culta de nuestra República que puede exponer los excelsos textos de la filosofía y la teoría política.»

«En realidad —respondí a su carta—, preferiría trabajar en mi dibujo en lugar de pasar horas leyendo o practicando el piano. Ya he elegido el tema perfecto: el Niño General, Napoleone di Buonaparte. Trataré de hacer un boceto a lápiz de tu perfil guiándome sólo por mi memoria. Esto servirá al doble propósito de

mantener mis manos dedicadas a la mejora de mi arte al tiempo que también elaboro una obra que me brindará mucho placer cuando la mire.»

«Es una idea maravillosa —escribió como respuesta—. Pero sugiero un cambio en tu plan: cuando el boceto esté terminado, envíamelo. Me gustaría ver tus habilidades artísticas en acción y me gustaría ver la semejanza que logras. Por lo demás, apruebo esta idea con todo mi corazón, pues me alegra saber que pasarás horas pensando en mi rostro y no en el de otro hombre.»

La última frase me hizo reír, me gustaba que mi amado estuviera celoso. Pero después leí la posdata: «Sólo asegúrate de no descuidar tus libros, querida Désirée. Sigo esperando tu opinión sobre Rousseau y Jefferson».

Conforme pasaron las semanas y el aire de otoño se volvió más templado, hice un gran esfuerzo para adentrarme en los gruesos volúmenes que Napoleone había seleccionado para mí; pero, en realidad, una vez que llegara a salvo a la capital, lo que yo anhelaba era conocer los detalles de la vida cotidiana de mi amado en París. ¿Cómo eran sus habitaciones? ¿Cómo se vestían las mujeres de la ciudad ahora que María Antonieta ya no establecía la moda en el país e incluso en todo el continente? ¿Estaba de nuevo permitido bailar en los salones? ¿Era cierto, como leíamos en los periódicos, que la nueva moda era llevar cordones rojos alrededor del cuello para imitar el efecto de la guillotina?

Napoleone me recriminaba con amabilidad cuando en mis cartas le preguntaba estos detalles en lugar de discutir sobre política, música o filosofía. «La frivolidad es destructiva y la complacencia, corrosiva; ninguna de las dos debe ser tolerada, querida», decía. Sin embargo, a regañadientes respondía mis preguntas; consentía a mis solicitudes de chismes con el recuento escueto de su atención de soldado al detalle: «Todos están determinados a compensar sus sufrimientos, a hacer luz del infierno del que apenas escaparon». Me contó sobre un baile al que había asistido hacía poco junto con otros oficiales, uno de los infames *Bals des Victimes*, «Bailes de las Víctimas»: «Está *à la mode* haber permanecido en la cárcel, salvarse en el último instante de la

muerte o haber perdido a un ser amado en la guillotina. En efecto, las mujeres llevan esas cintas rojas alrededor del cuello. Llevan el cabello *à la victime*, al estilo de la víctima, trasquilado como los condenados, cuyos mechones se cortan en su camino a la muerte».

Leía estos detalles con una mezcla de horror y curiosidad. El Terror de los últimos años parecía aún fresco, tan reciente como una bestia enjaulada que podría alzarse y atacar en cualquier momento; pero allí, en París, festejaban sus consecuencias.

Por sus cartas, parecía que Napoleone consideraba todo esto reprobable y desmoralizante. «París es un gran mercado de pulgas. Los ricos compiten para ver quién ha perdido más —decía—. En ese sentido, supongo que mi pobreza está a la moda. Sin embargo, las mujeres que organizan los programas sociales en esta ciudad en realidad no tienen nada, aunque presidan sus salones, seduzcan a amantes adinerados o den la bienvenida a sus fiestas en grandes salones rodeadas de seda y champán.»

Napoleone me escribió sobre el otoño y luego sobre el invierno; usaba palabras extranjeras cuando describía el cambio de las hojas, las primeras capas de nieve: «Ni siquiera utilizo guantes, son un lujo que no puedo permitirme. Tú, mi Deseada, mi amor de verano, eres el cálido y agradable refugio para mis pensamientos cuando tiemblo bajo el fino abrigo que no puedo reemplazar».

Yo, una joven del sur, donde los árboles siempre conservan sus hojas y los pájaros trinan todo el año, sólo podía imaginarme junto a él, tomada con fuerza de su brazo mientras temblábamos y caminábamos por la ribera del Sena, mirando los bloques de hielo que flotaban en la superficie. Deseaba estar ahí con él, ver lo que él veía, aunque hiciera un frío terrible. Estaba lista para empezar mi vida junto a Napoleone, abandonar mi niñez en el sur y abrazar las aventuras con las que había llenado mi mente.

Los meses se hilaban uno tras otro, y yo progresaba con lentitud en mi boceto a lápiz. Comenzaba cada mañana, sólo para pasar varias horas de trabajo frustrante que en general terminaban cuando rompía el pergamino y juraba que empezaría de nuevo al día siguiente. La verdad era que, cuanto más tiempo llevábamos separados, más difícil me parecía sentarme y evocar los finos

detalles del perfil de Napoleone. Nada de lo que esbozara en el papel se acercaba a la imagen del hombre que habitaba en mi memoria. Las acuarelas del mar y los jardines eran mucho más fáciles y, agradecida, me distraía con esos proyectos, aunque no me atrevía a enviárselos a mi exigente amante.

Napoleone me preguntaba sobre mi progreso, cuándo vería mi dibujo finalizado, pero yo le daba largas y le decía que aún no estaba listo. También me regañaba por mi música y me preguntaba por mis lecturas filosóficas. Pero no hablaba de su carrera militar o cuáles eran sus planes para ascender. Tampoco mencionaba cuándo me mandaría llamar. No fue hasta la primavera cuando supe que había dirigido una misión fallida para tratar de recuperar su isla natal, Córcega, de manos de los ingleses. José lo sabía, pero Napoleone le hizo jurar que guardaría el secreto, por miedo a que me preocupara demasiado. No me enteré hasta que estuvo a salvo y de regreso en la capital, después de su fracaso, cuando me escribió de nuevo desde su sórdida habitación alquilada en el Hôtel de la Liberté.

—Mi pobre hermano… —nos dijo José a Julia y a mí una tarde lluviosa en Marsella.

Yo estaba en su casa, como era frecuente esos días, impaciente por escapar de las jaquecas de mamá y de mi propia melancolía constante. Mi hermana aún no estaba embarazada. Yo sabía que eso la molestaba, pero ella y José tenían una manera dulce de dirigirse el uno al otro; y él, como el esposo atento que era, consideraba que la felicidad de mi hermana era lo más importante. Había dejado claro que me veía como a una hermana, un miembro de su familia, y que siempre era bienvenida en la casa Buonaparte.

Pero ese día, cuando nos sentamos a comer, me di cuenta de que José estaba de un humor sombrío.

—Es por Napoleone —explicó mi hermana mientras me servía una rebanada de jamón frío—. José ha recibido una carta de París esta mañana.

—¿Y qué dice? —pregunté mirando a José; sentí que mi corazón se aceleraba. Yo no había recibido nada esa mañana.

—Está destrozado —suspiró José. Me contó la reciente derrota de Napoleone frente a la fuerza naval británica en las costas de Córcega—. Y deshonrado. Ha perdido varias naves y se ha visto obligado a abandonar la misión. Los británicos lo persiguieron por el Mediterráneo. Ha regresado a París humillado y sin ninguna esperanza de ascender.

—¿Qué ha ocurrido desde que ha regresado a París? —pregunté. ¿En estos días podían enviar a un hombre a la guillotina por fracasar en una campaña militar? Desde luego, habíamos escuchado que esto sucedía a menudo en los últimos años: oficiales ejecutados por cualquier razón, incluso tras una victoria, y la mayoría de las veces sin derecho a un juicio.

—No lo han arrestado —explicó José, aplacando mis lágrimas—. Pero lo han reasignado al ejército del oeste, bajo las órdenes del general Hoche.

Había oído hablar del oeste, del territorio de Francia que se llamaba Vendée; Napoleone me había mencionado los focos de resistencia que había ahí. Las facciones monárquicas en Bretaña y su alrededor seguían teniendo la esperanza de derrocar a la República y restablecer la monarquía.

—Napoleone ha rechazado el nombramiento —agregó.

—Pero ¿por qué? —Nunca hubiera imaginado que mi prometido rechazara un nombramiento militar.

—No desea trasladarse a un puesto remoto en el Atlántico, donde la única acción a la que se enfrentará será a la de disparar contra franceses. Así que ahora —se encogió de hombros— no tiene ningún lugar asignado, ni siquiera en su amado ejército.

Yo no sabía nada sobre este asunto. José me estaba ofreciendo una historia sin adornos, muy distinta de la que por lo general me contaba Napoleone. Me escribía que mis cartas eran el momento más alegre de su día, que yo era gran parte de cualquier ambición que tuviera para el futuro. Pero nunca admitió ningún pesimismo sobre su posición en el ejército.

Sin embargo, incluso en esa correspondencia había detectado

una suerte de inquietud, una melancolía acechante, una especie de ansiedad, aunque velada o indirectamente insinuada. Sabía que tenía problemas de dinero. Sabía que se sentía como un forastero, excluido no sólo de la nueva Administración, sino también de los aspectos festivos de la sociedad parisina. Pero ahora José exponía un panorama que era mucho menos esperanzador que las francas misivas que Napoleone me enviaba.

—Si se traslada a Brest y asume su puesto bajo el mando de Hoche contra los monárquicos, no tiene ninguna posibilidad de ascenso. No hay ningún mérito en derrotar a tus propios conciudadanos. Además, Hoche es joven, casi de la misma edad que Napoleone. No morirá ni se jubilará pronto. ¿Qué puede esperar mi hermano de su apoyo?

—Entonces ¿qué piensa hacer? —preguntó Julia.

Sabía que sus propios planes de vida estaban suspendidos mientras José esperaba el siguiente paso de su hermano. Ellos, como yo, habían intentado ir a París; habían puesto sus esperanzas en los planes de Napoleone por obtener una posición en el nuevo régimen para que nos mandara llamar. Pero ahora nuestro destino era incierto.

—Por primera vez en su vida, mi hermano no tiene un plan —dijo José en un suspiro; miró a su esposa con tristeza y luego bajó la vista hasta su plato—. En este momento hay más de cien generales con antigüedad por encima de él. Sus posibilidades de ascenso no son prometedoras. Está condenado a la inmovilidad durante un largo tiempo y no hay nada que Napoleone odie más que la inmovilidad.

Julia me contempló.

—Y... ¿qué te dice a ti sobre esta situación?

Me removí incómoda en mi asiento y miré el reloj que estaba sobre la repisa de la chimenea cuando sonó la nueva hora.

—Él... no me ha dicho nada sobre los acontecimientos recientes.

En realidad, no tenía ni idea de cuándo, si alguna vez lo hacía, me confesaría los mismos problemas de los que le hablaba a su hermano.

—No quiere que lo veas tan abatido, Désirée —replicó José—. Apenas puede alimentarse él, mucho menos podría alimentar a una esposa. Y, por supuesto, con una esposa siempre existe la posibilidad de tener más bocas que alimentar, cuerpos que mantener calientes.

José se quedó ensimismado mirando su plato. Sabía que su intención era levantarme el ánimo, explicar el comportamiento de su hermano, pero sus palabras tuvieron el efecto contrario.

Julia estaba pálida también, seguramente el tema de los niños en un matrimonio la hacía pensar en su deseo de tener un bebé. Tomé su mano y la apreté en silencio.

—Siente que debe permanecer en París —continuó—, estar cerca del asiento del poder si quiere aprovechar cualquier oportunidad…, siempre y cuando se le presente alguna. Pero no tiene dinero. No le pagarán ni un solo *sou* mientras no tenga un puesto en una misión. No tiene un sueldo; sin embargo, mantiene a mamá y a nuestras hermanas, y paga el entrenamiento de nuestro hermano menor en la academia militar con sus exiguos ahorros. Pasa hambre y camina por las calles de París sin ningún amigo. Su habitación es pequeña, apenas lo imprescindible para él y, por supuesto, no tiene el espacio suficiente para alojar a una esposa. Pero no pienses que te ha olvidado. Si no fuera por tu amor, Désirée, podría tirarse frente a un carruaje. Eso es lo que me dice con frecuencia.

Las palabras de mi cuñado me consolaron un poco, pero yo deseaba que José —que Napoleone— se diera cuenta de que mi afecto era mucho más profundo que esos problemas materiales. Todo lo que yo quería era estar con él, ser su consuelo. No me importaba que su habitación fuera estrecha, que sus bolsillos estuvieran vacíos. Pero ¿cómo podía decirle eso sin ofender su orgullo? Él deseaba hacer algo de sí mismo y quería que yo creyera en él mientras lo lograba.

No obstante, parecía que nuestras esperanzas dependían de muchas incógnitas, de una oportunidad que rogábamos que se presentara algún día. Nuestro futuro seguía siendo tan incierto e indescifrable como el retrato a lápiz que yo intentaba dibujar, pero

nunca lograba esbozar. Deseaba ir a París con Julia y José, comenzar la aventura que Napoleone y yo habíamos planeado. Empezar mi vida como mujer casada, con un hogar y familia propios. Pero Napoleone aún no estaba preparado para iniciar esa vida conmigo.

No me gustaba sentirme tan estancada, tan completamente inútil. No sabía cómo ayudar a mi amado, así que rezaba cada noche. Sola, en la oscuridad, recurría a Dios y a la Virgen, su madre, aun cuando nuestra República había prohibido la Iglesia, y las oraciones a Jesús o a la Virgen eran ilegales. Rezaba, aunque nunca había sido una persona particularmente piadosa. «Por favor, querido Dios, por favor, dale a mi Napoleone la oportunidad que busca para distinguirse. Para que, en su grandeza, por fin pueda mandarme llamar y recibirme en París, donde podré convertirme en su esposa.»

Con las manos entrelazadas rogaba a Dios que le concediera a Napoleone una oportunidad para mostrar su grandeza. Nunca hubiera imaginado la manera tan rotunda en la que se responderían las silenciosas súplicas de mi corazón.

Capítulo 8

Marsella
Primavera de 1795

Supe que mi hermana tenía noticias cuando ella y José me invitaron a una cena privada en su casa. Mi costumbre era sencillamente cruzar su puerta, sin importar la hora del día, por lo que su cita en una hora y una fecha específicas significaba que tenían algo importante que decirme. Supuse que, al fin, mi hermana estaría esperando un bebé.

Sin embargo, cuando llegué a su casa, el comportamiento de Julia no mostraba ni alegría ni emoción. Me había arreglado para la cena, anticipando sus felices nuevas y una celebración espontánea. Quizá Leticia y otros miembros de la familia Buonaparte estarían ahí, ya que la llegada de un bebé también sería para ellos una alegre noticia. Yo extrañaba a Napoleone, pero disfrutaba con la idea de que el hijo de mi hermana nos uniría aún más, puesto que llevaría la mitad de la sangre de él y la mitad de la mía, igual que nuestros futuros hijos.

—¡Julia! —La abracé cuando me recibió en su pequeño vestíbulo. La casa olía muy bien, aromatizada con la comida de Selene, quien quizá había cocinado pato asado—. Toma. —Le di el ramo de flores que había cortado de nuestro jardín, un manojo perfumado de jazmines y madreselvas.

—Gracias, Désirée —dijo sin prestar atención, y las colocó sobre la mesa del salón sin ponerlas en un florero o en agua.

La observé con más detenimiento y vi que se movía de manera inquieta. Esperaba que me dijera de inmediato lo que estaba pasando, pero sólo me dedicó una sonrisa tensa y me guio hacia el comedor.

—¿Tienes hambre? —me preguntó volviendo la cabeza hacia mí; sus ojos me evitaban.

—Sí, supongo.

—Qué bien. La cena está lista.

Entramos al comedor, donde José nos aguardaba con una copa de vino en la mano. No había champán sobre la mesa, no había nada que indicara que se trataba de una celebración.

—¡Ah, Désirée! Gracias por venir.

Nos ayudó a acomodarnos en nuestros asientos y advertí la disposición de los cubiertos: sólo seríamos nosotros tres, ningún otro miembro de la familia Buonaparte. La anciana cocinera entró en ese momento, cargando una gran bandeja con un pato asado y cáscaras de naranja asadas.

—¿Cómo estás? —me preguntó José mientras recibía la bandeja y comenzaba a servir la comida.

—Estoy... estoy bien —respondí y, aceptando su gesto, le pasé mi plato para que me sirviera un poco de pato.

—¿Y mamá? —intervino Julia.

—Igual..., está bien —contesté, entrecerrando los ojos hacia mi hermana—. La visitaste ayer, ¿no?

Ella se encogió de hombros y extendió la servilleta de lino sobre su regazo. Después miró a su marido.

—Tenemos noticias —dijo él, poniendo los codos sobre la mesa y mirándome fijamente.

—Os escucho —respondí asintiendo.

José tomó la mano de Julia y anunció:

—Nos mudamos.

Puse el tenedor sobre el plato y pasé la vista de José a Julia; había perdido por completo. No dije nada. Al final, José agregó:

—Nos vamos de Marsella.

¿Y las noticias sobre el bebé? Me aclaré la garganta.

—¿Vais a París? ¿Vais a reuniros con Napoleone?

—No —aclaró José, acariciando la mano de Julia—. Nos mudamos al campo, a una granja cerca de Saint-Julien.

Conocía Saint-Julien, estaba en las afueras de Marsella, en una región rural que los lugareños llamaban los Olivos debido a

sus abundantes olivares.

—Los Olivos —continuó José, como si adivinara mi pensamiento—. Tendremos una vida sencilla: cultivaré la tierra al lado de la mujer que amo y la familia que iremos ampliando.

Habló con mucha convicción, como si ya estuviera hecho. Quizá así era. Pero mi hermana no me había incluido en ninguno de sus planes, en ninguna de sus conversaciones.

José debió de advertir la decepción en mi rostro o tal vez sólo era un hombre atento, porque se apresuró a añadir:

—Tú eres nuestra hermana, Désirée, y por supuesto que serás bien recibida si deseas venir con nosotros hasta..., bueno..., hasta que mi hermano tome una decisión sobre su futuro.

Mi mente se aceleró tratando de darle sentido a sus palabras.

—¿Y París? —Contemplé a mi hermana—. Pensaba que el plan era que tú..., que todos nosotros... lo alcanzáramos en París.

—Sí, así era. Bueno, es sólo que nosotros...

José hizo una pausa y vi cómo mi hermana y su marido cruzaban una mirada de complicidad. Fue sólo un parpadeo, un breve intercambio, pero suficientemente claro para mí. Sentí una puñalada de envidia al notar ese gesto, me daba cuenta de todo lo que se decían y abarcaban en esa mirada sencilla e íntima. Mi hermana no estaba sola; sin importar el resultado de los planes de José y Napoleone, no la dejarían sola, pero quizá a mí sí.

—No estamos seguros de cuáles son los planes de Napoleone en este momento. —La voz de José tenía un tono cauteloso y mesurado—. Si su futuro está de verdad en el ejército, en París, o si tendrá que..., si decidirá hacer otra cosa.

Miré a Julia. Ella asintió y se inclinó hacia mí.

—No podemos esperar para siempre ni depender de algo que no tiene ninguna garantía. Está claro que José habría ido a París para trabajar en el nuevo gobierno si se hubiera presentado la oportunidad. Pero en algún momento debemos hacer nuestros propios planes de acuerdo con lo que nos parece sensato.

Así estaban ahora las cosas: los elevados sueños de los hermanos Buonaparte reducidos a cenizas. Napoleone había soñado con ser un gran general que marchara por toda Europa; su

hermano había querido aprovechar esa grandeza para obtener un cargo en el gobierno. Pero ahora que José creía que sus esperanzas más preciadas para el futuro consistían en plantar olivos, ¿qué futuro le aguardaba al hombre con quien iba a casarme?

—Pero, como ha dicho José —continuó Julia, tomando el tenedor y el cuchillo, y observando su pato asado—, siempre serás bienvenida en nuestra casa, Dési. Sin importar qué suceda.

Temía la manera en la que Napoleone podría interpretar la noticia de la mudanza, que pensara lo mismo que yo: su hermano había perdido la fe en sus brillantes planes para el futuro.

Sin embargo, en lugar de mostrar desesperación o enojo, Napoleone recibió la noticia con un entusiasmo aprobatorio, incluso un poco impetuoso. «Mi hermano siempre ha deseado llevar una vida sencilla. Primero quiso el sacerdocio; ahora desea cultivar olivos. Si se retiran al campo, quizá tú también deberías hacerlo —me escribió, deslumbrado con la vida rural—. Comprarán un olivar, ¡entonces nosotros deberíamos comprar una casa vinícola! Plantaré para ti un viñedo y elaboraremos nuestro propio vino. Podría ser como en Córcega, así nunca más nos harán falta aceite de oliva ni uvas. Tendremos una prole de pequeños Buonaparte que correrá desbocada por todo el lugar.»

Leí y releí sus palabras; me permití imaginar lo que describía: dejar Marsella y mudarnos a una granja en el campo. No era el futuro para el que me había preparado, el futuro que me llevaría a París. Definitivamente, la vida de la esposa de un agricultor rural sería por completo distinta de la vida de la esposa de un oficial. Pero al menos Julia estaría cerca. Y Napoleone parecía entusiasmado, más de lo que había estado en meses. Me dije que, en una época en la que tantas personas en nuestro país se enfrentaban a futuros más lúgubres o desesperados, no era un destino nefasto. Incluso empecé a emocionarme un poco al pensar que vería a mi Napoleone sin uniforme, montado en un caballo de tiro, arando los surcos de las viñas.

Pero tan pronto como me había reconciliado con esta nueva idea, con nuestros nuevos planes, me escribió de nuevo. Esta carta también vibraba de frenética energía, pero ahora mi prometido se

centraba en otro objetivo: el Lejano Oriente.

Cada día que pasa me convenzo más de que nuevas tierras esperan ser descubiertas y conquistadas. Deseo ganar la gloria para toda Francia. Tengo la intención de solicitar un puesto en Turquía. Las tropas del sultán tienen que modernizarse, y podría hacer por ellos lo que Lafayette hizo por las colonias de América. Eso sería algo importante, un verdadero reto. Imagina ver las tierras santas de Constantinopla. ¡O la India! Podría obtener un puesto en el ejército de la Compañía Británica de las Indias Orientales y volverme tan rico como un rajá. ¿Qué dirías, mi Deseada? ¿Te imaginas paseando en un elefante cubierto de joyas por un campamento en medio de la selva? Supongo que yo me vería muy elegante vestido con esos pantalones bombachos. ¿Y tú con un sari? Sencillamente tengo que verlo.

Cuando terminé de leer la última carta, estallé en lágrimas. Ni siquiera podía soportar compartir su contenido con mamá; sabía que se opondría de forma rotunda. Ni yo misma deseaba creer que Napoleone imaginaba de verdad un destino como ése para nosotros, tan lejos de Francia y de la gente a la que amábamos. Estaba de acuerdo con mudarme a París o al campo, pero ¿la India? ¿Y sin preguntarme siquiera antes de buscar un lugar así?

Pero no debí preocuparme tanto por esa misiva, porque tan sólo unos días después me volvió a escribir:

Estoy escribiendo un libro sobre nosotros, querida. Tú eres la hermosa Eugénie, una dulce niña de dieciséis años. Yo soy Clisson, el fiel soldado que se convirtió en agricultor y quien se vio forzado a dejar sus viñas y a regresar al servicio militar para defender a su país.

Dejé la carta; de nuevo sus palabras me habían cogido por sorpresa. ¿Mi Napoleone convertido de pronto en escritor? Sin embargo, seguí leyendo, interesada por el fragmento que había incluido para que le diera mi opinión. Clisson, el héroe de la historia, conoce a una hermosa joven que va acompañada de su

hermana mayor.

> *Sus ojos se encontraron. Sus corazones se fusionaron y no pasó mucho tiempo antes de que se dieran cuenta de que estaban hechos para amarse. Sintieron que eran una sola alma. Vencieron todos los obstáculos y se unieron para siempre.*

Mientras consideraba estas palabras, nobles y entusiastas, no pude evitar preocuparme porque el verdadero hombre, mi Napoleone, se alejaba. Me alegré de que escribiera esas líneas tan exaltadas sobre nuestro amor, sobre la unión de nuestros destinos, pero ¿cuándo podríamos realmente vivir así, como Julia y José? ¿Por qué siempre parecía que estaba esperando que algo sucediera para contemplarme en el panorama de su vida?

Más que estas palabras vagas y apasionadas, yo deseaba lo que veía en el hogar de mi hermana: el café de la mañana y una conversación informal mientras leíamos el periódico, una cena tranquila por la noche. Los momentos cotidianos de la vida, sin ceremonias, sin grandes exclamaciones ni elegías abstractas.

Por fortuna, José y Julia parecían del todo dispuestos a recibirme en su vida cotidiana de casados, ya que yo aún no tenía nada parecido.

Estaba en casa de Julia cuando escuchamos por primera vez las noticias del levantamiento en París. Era un fresco y agradable día de otoño en Marsella. En privado aún nos referíamos al mes de octubre como antes, pero según el calendario revolucionario debíamos llamarlo el «vendimiario».

José había ido al pueblo para hacer unos recados y buscar más noticias, pero Julia recibió los periódicos esa mañana y leímos los hechos sentadas en su pequeño salón; ambas sentimos que nuestro miedo aumentaba. Unos meses antes, el gobierno de París había cambiado de manos una vez más. Sabía por los periódicos, así como por las cartas de Napoleone y los comentarios de José, que los nuevos líderes ya estaban ahogados en deudas y se los culpaba de corrupción desenfrenada e incompetencia. La población de París moría de hambre, no estaban más cerca de obtener pan

que cuando María Antonieta, al parecer, había sugerido que comieran pasteles.

En todo el país corrían rumores de que Austria había percibido nuestra debilidad e intentaba retomar su lucha contra la República; reunía tropas en las fronteras con la esperanza de poner a un Borbón, un pariente de los gobernantes de Austria, de nuevo en el trono. La gente sólo quería que el sufrimiento y el caos terminaran, tener comida sobre su mesa y orden en las calles.

Los monárquicos que estaban en la capital aprovecharon este momento de agitación: tomaron las armas y marcharon hacia la sede del gobierno en el palacio de las Tullerías. En lugar de seguir las órdenes del gobierno de mantener la paz, los miembros de la Guardia Nacional desertaron en grandes cantidades y se unieron a las filas de los amotinados. De nuevo, París era una zona de guerra. Nos preguntábamos quién ganaría.

Cuando por fin José regresó a casa esa tarde, Julia y yo nos precipitamos a su encuentro, lo acribillamos con preguntas y le pedimos que nos diera más noticias. Nos dijo que la capital estaba invadida por multitudes en guerra. El gobierno se había replegado, algunos de sus miembros se habían resguardado detrás de barricadas en las Tullerías, otros huían al campo. Yo sabía que Napoleone tenía planes de asistir al teatro esa semana, me había contado con orgullo cómo había logrado una entrada gratuita para asistir con un colega del ejército, puesto que nunca había podido comprar una. Pero pensé que seguramente cancelaría esos planes. Sin duda, sería sensato y se alejaría del centro de la ciudad. ¿O no? Sentí miedo por mi prometido y se lo expresé a José.

—Será inteligente y evitará las multitudes, ¿verdad?

José frunció el ceño, jugueteando con la escarapela tricolor que llevaba en la solapa, sin prestar atención.

—Esto no es nuevo para mi hermano.

—¿La guerra? —pregunté insegura.

José negó con la cabeza.

—La guerra, por supuesto, tampoco. Pero estoy hablando de los motines. Cuando era joven estuvo apostado en París mientras la muchedumbre marchaba hacia las Tullerías. En ese momento, Luis

y Antonieta vivían ahí, en arresto domiciliario, después de que los sacaran de Versalles. La plebe decidió que las Tullerías era un lugar demasiado noble para que los tiranos cumplieran su sentencia, así que asaltaron el palacio. Sometieron a la Guardia Nacional, que no levantó las armas para disparar contra sus conciudadanos, ni siquiera para proteger a la familia real. La turba marchó con palos y picas afiladas e irrumpió en los aposentos reales, donde se hallaba el rey y su familia.

Por supuesto, yo recordaba ese momento. Sucedió antes de que conociera a Napoleone o a José, o a cualquiera de los Buonaparte; todos en Francia habían leído sobre este increíble caos en París. Nunca antes se había tratado de manera tan violenta a un rey de Francia, a su esposa y a sus hijos; fue uno de los acontecimientos más indignos antes de que el Terror comenzara .

—Con los cañones apuntando a sus herederos —continuó José —, obligaron a Luis a ponerse la escarapela tricolor y el gorro rojo de los revolucionarios, y lo hicieron salir a la terraza a saludar a la turba, como si fuera un oso de circo dando una función. Le silbaron y lo abuchearon, y le lanzaron insultos lascivos a Antonieta.

Sentí escalofríos al imaginar tal indignidad. Luego me pregunté qué tenía que ver todo eso con Napoleone y con su bienestar actual en París.

—Mi hermano lo presenció todo —explicó José—. Estaba sentado al otro lado de la calle, en la terraza de un café. Me lo contó y recuerdo su indignación. No sólo por la multitud, sino por el acobardamiento de Luis. Por la Guardia Nacional, que estaba ahí parada sin hacer nada, sin cumplir con el deber que había asumido bajo juramento de proteger a la corona. Mi hermano no es monárquico, de eso estoy seguro, pero sí cree en el poder; cree en la importancia de una autoridad fuerte. Detesta la debilidad, la indecisión, las medidas a medias que dan pie al caos y a la anarquía; a los líderes que se inclinan ante la chusma. Por eso creo que ahora está en algún lugar en París intentando que se tome una respuesta militar fuerte. —Hizo una pausa y añadió—: La pregunta es: ¿a quién en París le importa lo que piense un joven llamado

Napoleone di Buonaparte?

Apenas dormí esa noche. Temía que, en efecto, mi Napoleone decidiera ir al teatro, cerca del palacio de las Tullerías, y al hacerlo pusiera su vida en peligro. Esperé hasta que el alba empezó a deslizarse por las ventanas para levantarme de la cama; me vestí bajo el telón de gasa de la luz del amanecer y arrastré los pies, desolada, hasta el comedor.

La cocinera apenas estaba encendiendo el fuego; muy pronto, los agradables aromas del pan horneado y el café flotaron desde la cocina hasta la mesa del desayuno. Acepté el café, agradecida. Esa mañana, mamá no se levantó de la cama para reunirse conmigo, así que me quedé sola con mi nerviosismo impaciente.

Aunque hubiera escrito de inmediato, la carta de Napoleone tardaría días en llegar. Como no tenía mejor manera de pasar esas horas insoportables, decidí caminar hasta la casa de mi hermana. La turba ya estaba reunida en la plaza; mis conciudadanos estaban ansiosos por tener noticias. El ritmo de las ejecuciones en la guillotina había disminuido en los últimos meses, y no había escuchado que fueran a llevar a cabo una ese día, así que pensé que era seguro detenerme un momento.

—Disculpe, señora —le pregunté a una joven que llevaba un bebé en brazos—, ¿qué noticias hay de la capital?

Me miró unos segundos y cambió su bulto de brazo; después habló con una voz lenta y nasal, arrastrando las palabras como lo hacen las clases bajas.

—¿Recordáis a ese joven oficial que vivía aquí hasta hace poco? El corso que peleó en Tolón, el del nombre extraño.

—¿El general Buonaparte? —pregunté con voz débil.

—Sí, ése —asintió.

—Claro —respondí; sentí que palidecía—. ¿Qué pasa con él? —El bebé lloriqueó y la mujer comenzó a mecerlo, distrayéndose por un momento—. Por favor —le rogué—, ¿qué sucede con él?

La mujer me miró.

—Parece que ahora es un héroe. Ha salvado a la República de

un montón de alborotadores.

Traté de no perder el equilibrio y puse una mano en su hombro; ella me contempló con recelo y cambió al bebé de brazo para alejarlo de mí. Quité la mano.

—Perdón —dije, mirando inquieta alrededor en busca de un periódico—. Disculpad..., ¿puedo...? —pregunté a un anciano que pasaba por ahí. Me dio el periódico que tenía en las manos y parpadeé al ver las palabras. En la portada, el título en letras enormes decía:

¡NAPOLEÓN BONAPARTE SALVA AL PAÍS!

Advertí el cambio en el nombre, las letras que habían desaparecido para hacerlo más francés que italiano, pero no podía ser otro que mi prometido. Seguí leyendo, el ruido de la plaza abarrotada se alejó hasta convertirse en un zumbido distante conforme mis ojos devoraban las palabras. Leí cómo, en medio de la parálisis del ejército, había propuesto un plan sólido para acabar con el golpe. Cómo apresuradamente había dirigido a un grupo de hombres para tomar por la fuerza los cañones de los fuertes cercanos y llevarlos a la capital. Cómo había organizado a las tropas como un ejército que se prepara para acribillar al enemigo.

Varias imágenes se formaron en mi mente conforme seguía leyendo. Mi Napoleone, uniformado, guiando a hombres en una frenética misión para hacerse con las armas que estaban alrededor de la ciudad. Napoleone, a caballo, ordenando a sus hombres que formaran filas perfectas; el centro de París convertido de pronto en un campo de batalla que él estaba determinado a ganar. Napoleone, con la verde mirada encendida, mandando a sus tropas que dispararan sobre la multitud que se acercaba.

A mi alrededor, el ruido aumentó y me sacó de mi ensimismamiento. Era surrealista alzar la mirada del periódico y observar a la gente. Un grupo de hombres había izado la bandera tricolor sobre la plaza y ahora un pequeño grupo de estudiantes exclamaba vivas con los puños alzados al aire mientras gritaba: «¡Viva el general Bonaparte! ¡El salvador de la República!».

Hacía poco, Napoleone me había dicho que no deseaba ir a Brest a acallar los levantamientos monárquicos que ahí se presentaban, que no quería disparar sobre sus conciudadanos. Sin embargo, ahora había disparado sin piedad sobre franceses y francesas, y lo aclamaban como el salvador nacional por haberlo hecho. ¿Qué pensaría él de todo esto?

Capítulo 9

Marsella
Invierno de 1796

—¿Ascendido? ¿Cuándo? —pregunté, besando las mejillas de mi hermana mientras les daba la bienvenida a ella y a su esposo; entraron al salón de nuestra casa, guareciéndose de la lluvia.

—De hecho, son unas noticias excelentes. —José se quitó el abrigo empapado y se lo dio al sirviente—. Han reconocido que ha evitado una guerra civil y lo han nombrado comandante del ejército del Interior.

—¿De verdad? —Hice un gran esfuerzo por esbozar una sonrisa; no podía dejar de preguntarme por qué mi prometido no me había escrito para contármelo él mismo.

José continuó mientras se calentaba las manos frente a la chimenea.

—Reemplazará al general Paul Barras, un hombre poderoso que ha tomado a Napoleone bajo su ala. Quizá Barras sea el amigo, el mecenas, que mi hermano esperaba.

Me senté en una silla y crucé las manos sobre mi regazo; permanecí en silencio mientras reflexionaba sobre las noticias. Todo el invierno, mientras la humedad y las brisas llegaban desde el Mediterráneo, había estado esperando una palabra de París, pero los mensajes de Napoleone se habían vuelto irregulares. Mientras que antes se volvía cada vez más necesitado y ávido de mis cartas cuando me saltaba ni que fuera un día, rogándome que le escribiera, ahora a menudo pasaban semanas sin que me enviara noticias. Casi nunca mencionaba los períodos de silencio o se disculpaba por ellos; en ocasiones hablaba de pasada de su carga de trabajo y de recientes responsabilidades después del golpe. Pero

ahora, con un ascenso, parecía que estaba mucho más ocupado.

Me mantuve distraída con mi arte y mis lecturas, con las visitas de Julia y Nicolás, y con los recados para ayudar a la cocinera y a mamá, pero no era tonta. Después del papel que había desempeñado para vencer el levantamiento del vendimiario, de la noche a la mañana mi prometido había pasado de ser un hombre que no podía pagar una copa de vino en un café a ser el héroe de París, de todo el país. Lo llamaban «el General del Vendimiario», y en ocasiones incluso «el Salvador de la República». Sabía que, con toda seguridad, disfrutaba de su súbita fama.

—Con grandes promociones también viene un gran sueldo —continuó José, acomodando su voluminoso cuerpo sobre una silla junto a su esposa—. Cuarenta y ocho mil francos al año —añadió en un murmullo, un gesto indiferente y distraído que delataba el mal sabor que le generaba discutir sobre dinero frente a las damas.

Julia y yo nos quedamos sin aliento ante la noticia. ¡Cuarenta y ocho mil francos al año! Era una cantidad que un tiempo antes hubiera hecho que Napoleone se desmayara. Si quisiera, con ese salario podía contratar a un secretario para que le escribiera a su prometida todos los días.

Lo que más me afligía, incluso más que extrañar su presencia, era que siguiera escribiéndole sin falta a su hermano, aunque utilizara su apretada agenda como pretexto para descuidarme. ¿No se daba cuenta de que yo era muy cercana a Julia, y por lo tanto a José, como para saber la frecuencia con la que le escribía a su hermano? ¿Para ver que aún encontraba tiempo y energía para dar detalles de sus salidas a los teatros y restaurantes, las veladas en los salones de moda de los alrededores que organizaba la alta sociedad de París?

Me las arreglé para coger prestada una carta reciente para José y leerla, una que Julia había dejado sobre la mesa de su salón: «Todos aquí parecen decididos a compensar por lo que han sufrido; también están determinados, por el futuro incierto, a no dejar pasar un solo placer en el presente», decía. Así pues, me pregunté en qué placeres participaría mi prometido.

Cuando sus cartas sí llegaban a mi casa, iban cada vez más

cargadas con palabras de reproche e irritación. No había saludos coquetos ni bromas afectuosas; en su lugar escribía con severa frialdad:

Nunca me diste tu opinión sobre Rousseau y ahora no me queda nada más que preguntarme si en realidad leíste los libros que te pedí que compraras. Como dije en muchas ocasiones, estos trabajos deben surtir efecto no sólo en tu mente, sino incluso en tu alma.

¿Qué podía responder? Ansiaba tener noticias suyas, pero, cuando finalmente llegaban, parecía que cada carta estaba llena de una creciente frustración de su parte sobre mis defectos. Ya no me pedía ver ninguno de mis dibujos; yo, segura de que con mi técnica de principiante sólo dibujaba cosas que él reprobaría, dejé de mostrárselos.

Tu carta anterior, Désirée, contenía varios errores gramaticales; te he pedido en más de una ocasión que te esmeres por mejorar tu prosa y tu razonamiento.

Con frecuencia terminaba de leer estas cartas de crítica con lágrimas en los ojos. Sentía que mi estado de ánimo empeoraba los días que llegaba el correo, pero también cuando no llegaba.

Me escribiste sobre el concierto al que asististe con tu hermana y José, pero ¿qué hay de tus esfuerzos por mejorar tus habilidades en el piano? ¿Eres aplicada? Considero que las habilidades de una mujer en la música deben ser una prioridad; debemos ser disciplinados y aspirar a la grandeza. Si se domina, la música puede alegrar el alma.

Pero todas estas recomendaciones sobre cómo mejorar mi alma y mi razón no incluían en absoluto a mi corazón, y él no mencionaba el suyo. Su tono se volvió cada vez más frío y distante conforme pasaban los meses. Volvió a dirigirse a mí hablándome de «vos», hecho que no hacía desde que habíamos comenzado a

conocernos. Me entristecía ver cómo José tomaba a Julia de la mano cada día y le hablaba de cualquier cosa, dirigiéndose a ella con un gentil «tú».

Era como si se alejara poco a poco de mí en todos los sentidos; cada día lo reconocía menos como el hombre que había jurado amarme por toda la eternidad. El cambio en la ortografía de su nombre se hizo permanente; no me lo explicó, sólo comenzó a firmar sus cartas como «Napoleón Bonaparte», tal como lo llamaban en los periódicos. Me di cuenta de todos esos cambios con una creciente incomodidad, pero me abstuve de decir algo. Antes lo provocaba con cualquier cosa, me burlaba con amabilidad de él por su formalidad de oficial con la que a veces me trataba, pero ahora ni siquiera tenía la confianza de hacerlo; me daba miedo su reacción. No me sentía tan segura de mi posición en sus afectos como para jugar con él, incluso de manera amorosa.

Al final del invierno comenzó a escribirme comentarios vagos, afirmaciones inquietantes que parecían tener un significado más profundo: «Vos sabéis que mi destino yace en el azar del combate, en la gloria o en la muerte. Debéis seguir vuestros propios instintos; permitiros gozar de lo que tenéis alrededor».

Siempre rechacé esas declaraciones; le respondía con cálida afección, esperando derretir su frialdad invasora con mayor intimidad de mi parte. Pero mis palabras confiadas ocultaban los miedos que albergaba al sentir que la separación era cada vez mayor. Quería reunirme con él en París; sin embargo, él seguía sin invitarme. Entonces, un día a principios de la primavera, empezó su carta con el saludo impersonal y desapasionado de «Señorita», en lugar del acostumbrado «Mi más querida» o «Mi queridísima Désirée», o incluso simplemente «Désirée». Pasé el resto del día anegada en lágrimas.

El vertiginoso ascenso de Napoleón al liderazgo del ejército significó que, de pronto, se volviera un tema habitual en los periódicos. Los columnistas seguían sus movimientos por la capital —salidas al teatro en su nuevo y fino carruaje, veladas en las que asistía a bailes de moda o a salones lujosos en la margen derecha—. Por los periódicos, por José y por lo poco que Napoleón me

escribía, sabía que estaba a cargo de mantener Francia libre de amenazas internas. Supervisaba el ala del gobierno que controlaba a la prensa y a los periodistas que podían ser disidentes. Tenía que examinar los teatros y las óperas en caso de que incluyeran material no patriótico. Tenía el oído alerta en los salones de la alta sociedad para enterarse de chismes o charlas posiblemente peligrosas. Vigilaba que el interior del gobierno fuera purgado de monárquicos y ordenaba el cierre y arrestos masivos de clubes privados que fomentaran ideología antirrepublicana.

Era mucho trabajo, pero al sueldo considerable se añadían comodidades a las que nunca antes había tenido acceso. Me escribió desde un nuevo domicilio: ya no alquilaba una habitación sórdida, sino que tenía una casa espaciosa y bien decorada en la lujosa rue Chantereine, a sólo unos pasos de la plaza de la Revolución. Ahora contaba con un carruaje y conductor propios. Pero lo más sorprendente de todo fue que, de pronto, comenzó a escribirme sobre moda, sobre sus nuevas botas y guantes de piel, sobre eso que antes consideraba un desperdicio y extravagancias superfluas. Corbatas de seda y un sirviente que lavaba y cuidaba su cabello, que antes estaba descuidado. Leía todo eso y me preguntaba: «¿No puede, entonces, tener una esposa?».

Sentí una sacudida en mi confort cuando al fin recibí buenas noticias, una suerte de confirmación de que todavía era alguien importante en sus afectos: había publicado el libro sobre nosotros, el que me había comentado en los primeros días de nuestro noviazgo: *Clisson et Eugénie.*

Lo extraño fue que no obtuve la noticia de su publicación directamente de Napoleón. Me sorprendió, aun cuando me sintiera muy orgullosa, escucharla de José, quien tenía un ejemplar que le había enviado su hermano. No obstante, yo había sido la inspiración del interés amoroso, de la heroína Eugénie; incluso había usado mi edad y mi segundo nombre para su personaje. Así que, con seguridad, eso significaba algo.

Le pregunté a José si podía tomar prestado su ejemplar para leerlo y él aceptó; me dijo que las novelas románticas no le interesaban mucho y que aún no lo había leído. Me apresuré a

llegar a casa con el libro en mis brazos, como si cargara un precioso bebé, y me acomodé en el salón para leer la novela de mi prometido.

Ya había leído algunos pasajes, partes del libro que compartió conmigo cuando él ansiaba conocer mi opinión y tener mi aprobación en los primeros días del proyecto. Me había comentado a grandes rasgos la trama y los personajes de los dos amantes. Sin embargo, al terminar la novela me llevé varias sorpresas y sentí que mi temor se endurecía hasta convertirse en una pesada piedra en mi vientre.

No era como me había comentado. No era lo que yo esperaba. No era la inspiradora y feliz historia de amor y matrimonio que me había prometido en un inicio. Para empezar, Clisson y Eugénie sí se enamoraban apasionadamente y se casaban. Su amor se volvía más profundo cuando Clisson se jubilaba del ejército y se mudaban a una próspera granja en el campo. Pero entonces, cuando la nación se veía otra vez atacada, Clisson abandonaba la guadaña, se despedía de su esposa con un beso y, con nobleza, tomaba de nuevo las armas para regresar solidario al ejército y al servicio de Francia. Todo esto lo había anticipado. Pero después, para mi completo horror, mientras Clisson estaba lejos peleando por su país, Eugénie, sin ninguna vergüenza, iniciaba una relación con otro hombre, renunciando al amor puro y leal de su marido. Al saber de esta traición, Clisson se arrojaba de manera heroica a la batalla y moría a manos de los enemigos de Francia.

Lo leí de una sentada. Al terminar el libro, con su final recargado y trágico, estaba demasiado horrorizada para llorar. Dejaron de importarme los personajes de la trama y, a través de las últimas páginas, sólo me enfoqué en los pensamientos y la psique de su autor. ¿Qué había forzado a Napoleón a escribir un final tan abominable? Si indudablemente Clisson estaba basado en las propias ideas de Napoleón sobre sí mismo, entonces ¿de verdad me creía capaz de comportarme como la terrible Eugénie? ¿De verdad tenía tan poca fe en las mujeres? ¿En mí, en la mujer cuyo nombre y personalidad habían inspirado a su Eugénie? ¿De verdad se había basado en nuestro amor para escribir sobre una unión tan

desdichada?

Todo mi cuerpo estaba frío; empecé a temblar mientras mi mente daba vueltas con más preguntas. ¿Napoleón me creía culpable de alguna traición impensable? ¿O incluso capaz de hacerlo? Pero ¿cómo era posible, de dónde habría sacado esa idea?

Recogí el libro, ese objeto odioso, y corrí hacia la puerta, de regreso a casa de mi hermana. Era tarde, había oscurecido mientras leía, pero sabía que no podía esperar toda la noche antes de hablar con ellos. Con seguridad, José tendría respuestas, más datos. Al menos sabría más que yo.

—Necesito ir a París —les dije a Julia y a José cuando entré, sin ser anunciada, en su pequeño salón iluminado por la luz de las velas.

Habían terminado de cenar y estaban sentados frente a la pequeña chimenea; la cabeza de José descansaba sobre el regazo de mi hermana mientras ella le leía. Sin duda, se irían pronto a la cama. Ambos me miraron alarmados al entrar y después Julia advirtió el libro en mi mano. Mi hermana le dio unas palmaditas a José, él se levantó y se quedó sentado junto a ella.

—¿Está bien el libro? —preguntó mi hermana con cautela.

—¿Lo has leído? —inquirí.

Ambos negaron con la cabeza.

—Es espantoso —continué; mi garganta se cerraba alrededor de mis palabras desesperadas—. Debo ver a Napoleón. Es evidente que tiene una idea errónea de mí. Alguien le ha dicho algo terrible.

José suspiró y me di cuenta del intercambio de miradas con mi hermana.

—¿Qué? —pregunté con la boca seca—. ¿Qué sucede? —Estaba harta de que otras personas supieran más de mi prometido y de mi vida que yo. Contemplé fijamente a Julia—. Contádmelo todo.

—¿Te sientas, Dési? —sugirió ella. Después, mirando a su esposo, agregó—: Trae vino y dos copas. Mi hermana y yo beberemos un poco mientras hablamos.

José asintió y se apresuró a obedecer. Me quedé sola en el salón con mi hermana.

—Por favor, Dési. —Dio unas palmaditas sobre el sofá, junto a ella, el lugar que su esposo acababa de dejar libre.

—¿Qué sucede? —Me senté despacio a su lado, sentía todo mi cuerpo pesado—. Oh, por Dios, Julia, sabes algo. ¿Qué es?

Mi hermana puso con suavidad su mano sobre la mía, su rostro estaba desanimado.

—Nos ha invitado.

—¿Invitado...? ¿A quién?

—Ha invitado a José a París; ha obtenido un puesto para él en el gobierno.

Sentí que la sangre abandonaba mi rostro; sin embargo, me aferré a una débil esperanza y aposté por las palabras que Napoleón me había dicho, aunque no las hubiera repetido en los últimos tiempos.

—Muy bien, entonces iré con vosotros —afirmé, quizá sonaba más segura de lo que me sentía—. Ahora es el momento idóneo. ¿No es esto lo que todos esperábamos?

Julia frunció el ceño y se removió incómoda en su asiento; en ese instante, José entró con dos copas de vino.

—Gracias —dijo ella—. ¿Nos dejarías un momento a solas?

José puso las bebidas sobre la mesa y salió de la habitación deprisa. Mi hermana tomó una, se la llevó a los labios y vació el contenido de la copa. Hizo una mueca y me miró.

—Sabes que Napoleón ha ascendido muy rápido en el nuevo gobierno —comentó.

—Sí, claro —asentí.

—¿Beberás de tu copa? —Observó la copa llena sobre la mesa.

La levanté y tomé un sorbo.

—¿Qué sabes, Julia? —pregunté en un ruego.

—Nada con certeza, te lo prometo. Sólo rumores. Siempre hay rumores. Nada que Napoleón le haya dicho a José; de lo contrario, por supuesto que te lo diría. Es sólo... lo que leemos... en algunos periódicos.

—Por favor, Julia. Debes contármelo —supliqué apretando su mano.

Asintió, dejando caer los hombros.

—Sabes que una de sus nuevas responsabilidades consiste en incautar armamento y arsenal..., cualquier cosa que los civiles monárquicos puedan usar para levantarse de nuevo contra el gobierno.

—Sí. ¿Y?

Mi hermana suspiró.

—Esto lo ha puesto en el camino de toda suerte de familias poderosas. Las familias nobles están ansiosas por abandonar las armas en un esfuerzo por mostrar su buena voluntad al nuevo gobierno. Parece que..., parece que Napoleón ha conocido a alguien mientras llevaba a cabo su trabajo.

—¿Alguien? —inquirí.

—A una mujer —respondió Julia poco convencida.

Tomé un trago de vino y parpadeé varias veces para evitar las lágrimas que me lastimaban los ojos.

—¿Cómo se llama?

—No estoy segura. No sé mucho de ella. José no me cuenta demasiado, si es que sabe algo más. —Mi hermana se levantó y cruzó la habitación hasta un escritorio de caoba. Abrió un cajón y sacó un pequeño trozo de papel, un recorte de periódico. Regresó hasta donde yo estaba y me lo dio—. Esto es todo lo que sé.

Bajé la vista y leí a través de un telón de lágrimas que nublaba las palabras. Era una sola oración, una línea vaga en una columna de sociedad: «El general Bonaparte fue visto en el exclusivo restaurante L'Esprit de la Nation cenando en compañía de una de las anfitrionas más a la moda y deseadas de París».

Lo leí varias veces, parpadeando con insistencia ante la amenaza de más lágrimas; después miré a mi hermana.

—Está bien. Bueno, es sólo una cena. No significa... —Pero mi voz se apagó.

Imaginaba que era mucho más. Sumado a sus prolongados períodos de abandono, a sus palabras frías. Su reciente falta de afecto o de interés. El hecho de que no me mandara llamar a París, incluso cuando había obtenido un lugar para José y mi hermana. Lo había temido en silencio durante mucho tiempo y ahora sabía

que mis inquietudes estaban bien fundadas: estaba perdiendo a Napoleón.

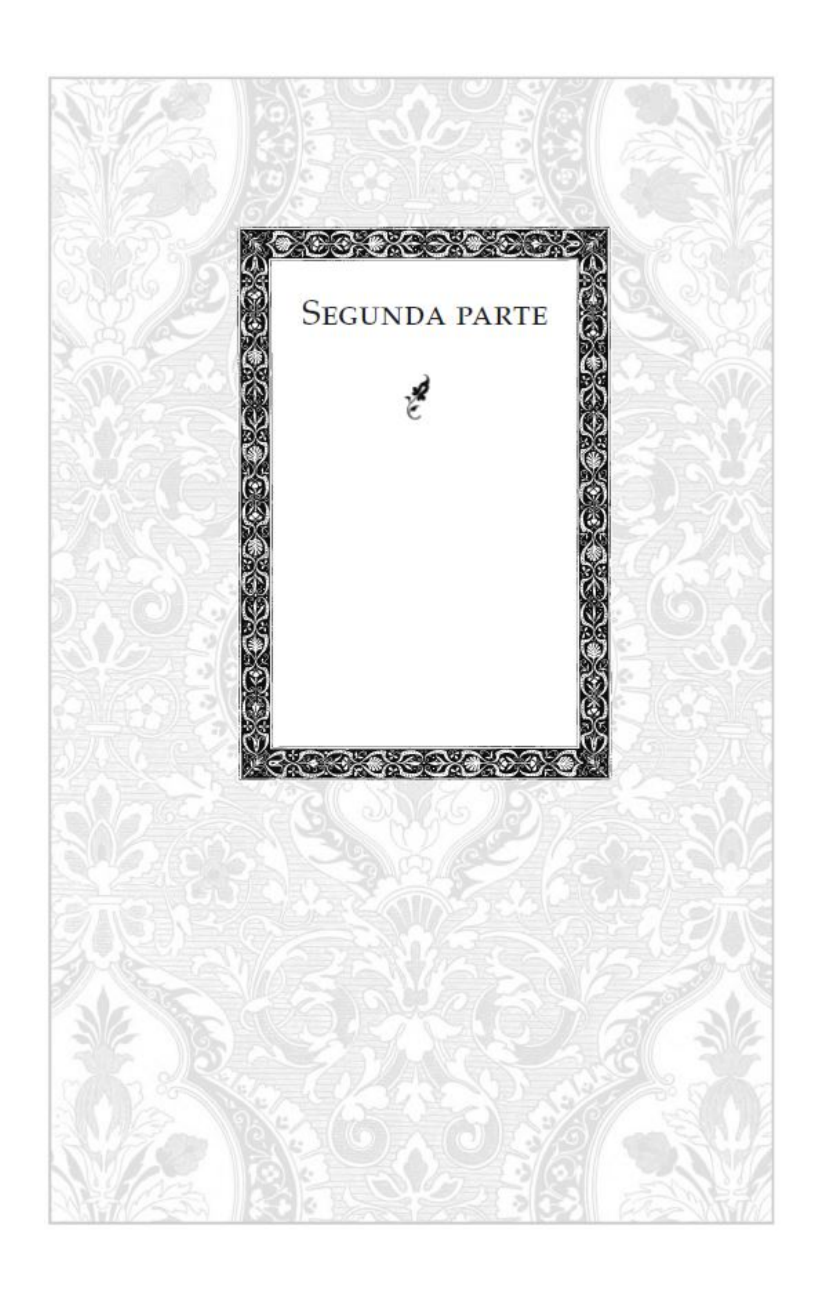
En cuestión de días, mi miedo se convirtió en aflicción. Mi hermana sólo había visto ese pequeño reportaje, una vaga oración que había notado únicamente porque leía la columna de sociedad parisina. Pero una mañana, a la semana siguiente, cuando me dirigía a comprar un nuevo periódico, no tuve que buscar en ninguna oscura columna. Ahí, en la primera plana de una publicación parisina, en grandes letras negras estaba el nombre de mi prometido:

¡EL GENERAL DEL VENDIMIARIO SE CONVIERTE EN EL GENERAL DEL AMOR! EL HÉROE NACIONAL, NAPOLEÓN BONAPARTE, ASISTE A LA ÓPERA CÓMICA ACOMPAÑADO
DE SU HERMOSA SEÑORA, LA VIZCONDESA
JOSEFINA DE BEAUHARNAIS.

Dejé caer el papel, me temblaban las manos; no me importó que estuviera en una plaza pública ni que otros pudieran advertir mi desmesurado comportamiento. Mi corazón gimió contra mis costillas, cada latido enviaba un nuevo estremecimiento de dolor por mi cuerpo.

¿Qué había pasado con el hombre al que amaba, el hombre en quien confiaba? Lo había perdido. Me había exigido la promesa de ser tan constante como el mar, sin embargo, me había abandonado tan rápido como la marea que se aleja.

Ya no reconocía a esta nueva persona, distante y ajena; a este hombre que se veía diferente y vestía diferente y escribía su nombre de forma diferente. Al hombre que podía abandonarme de esta manera, comportarse de forma tan fría y cruel, como si no me debiera nada, como si ya no sintiera nada por mí. Como si no hubiéramos hecho nuestros votos. Ese hombre que de modo tan desalmado me rompía el corazón y me cambiaba por una mujer llamada Josefina.



Segunda parte

Capítulo 10

RUE DES CAPUCINES, PARÍS
INVIERNO DE 1796

¿Quién era Josefina de Beauharnais? Si había estado desesperada por tener noticias mientras me encontraba anclada en el sur, muy pronto me daría cuenta de que París me proporcionaría más información de la que jamás hubiera deseado sobre la dama que había ocupado mi lugar.

La capital era una ciudad seducida, una población frenética por cualquier tipo de chisme disponible sobre la belleza de cabello oscuro: una viuda del Terror, una asidua a las veladas más concurridas de la ciudad y, lo más importante, la nueva amante acaudalada del héroe más reciente de Francia, el Niño General, Napoleón Bonaparte.

Parecía que ninguno de los periodistas que escribían sobre el General del Amor y su nueva amante tenía ni idea de que yo existía, de que yo era una chica llamada Désirée Clary, de Marsella, que hasta hacía poco había creído estar comprometida con un joven corso refugiado llamado Napoleone di Buonaparte. Era como si ese hombre nunca hubiera existido, como tampoco la joven que lo amó y pronunció sus votos por él. Me di cuenta de que esto se debía a que él nunca le había hablado a nadie en París de mi existencia.

Desde que me había instalado con mi hermana y con José en su amplia residencia parisina en la rue des Capucines, recibía todos los días información que tenía que ver con la infame mujer de mundo que había usurpado mi lugar. Los periodistas y columnistas hablaban de ella con entusiasmo, cautivados y escandalizados al mismo tiempo por su extravagante pasado.

Originalmente, Marie-Josèphe-Rose Tascher de la Pagerie, la heredera de una hacienda azucarera ubicada en la exuberante isla caribeña de Martinica, había venido a París a los diecisiete años para contraer un ventajoso matrimonio con un primo mucho mayor que ella, el vizconde Alexandre de Beauharnais. Fue un matrimonio desafortunado desde el principio; sin embargo, tuvieron dos hijos: una niña, Hortense, y un niño, Eugène. El vizconde era un hombre violento y lascivo, y afirmaba que los niños no eran suyos. El Terror acabó con su vida e hizo de Josefina una viuda, madre de dos criaturas, a la edad de treinta y un años. Más tarde la sentenciaron a la guillotina.

Josefina y los niños sobrevivieron por cuestión de horas: los perdonaron en el último momento y los liberaron de la cárcel después de la escandalosa y repentina caída de Robespierre. Durante el período reaccionario que siguió al Terror (una época de desenfreno y diversión orgiástica), la delgada viuda de pelo castaño volvió a la sociedad parisina con un entusiasmo sin igual y más tarde se convirtió en una invitada asidua a las fiestas y eventos más exclusivos.

Era conocida por su agudo ingenio y por mostrar una coquetería encantadora. Muy pronto dominó a un pequeño pero influyente grupo de atractivas mujeres apodadas *les Merveilleuses*, «las Maravillosas». Todo hombre en París ansiaba que lo invitaran a las fiestas y cenas a las que asistía el círculo de las Maravillosas de Josefina. Había rumores de que, durante la escasez de comida que persistía en Francia, los banquetes en las reuniones de esas damas eran abundantes y opulentos, las copas de champán nunca se vaciaban, y de que, casi siempre, las mujeres se deshacían de sus transparentes atuendos griegos antes de que sirvieran el postre. Los periodistas bromeaban, quizá con un poco de envidia, sobre los chismes de que mientras que los hombres de la Revolución eran conocidos como los *sans-culottes*, hombres sin pantalones, estas mujeres podían llamarse las *sans-chemises*, mujeres sin blusa. Me sonrojé al leer cómo estas reuniones bañadas con champán se convertían en bacanales orgiásticas entre estas damas de sociedad y hombres poderosos cuyo mecenazgo y protección se

intercambiaba de manera constante.

Josefina, una viuda con título de nobleza y dos hijos, pero ni un solo centavo, había sido la acompañante íntima de varios oficiales del ejército antes de empezar una aventura con el poderoso general Lazare Hoche, un hombre al que había conocido mientras ambos estaban en la cárcel durante el Terror. El general Lazare Hoche. Yo conocía ese nombre: era el mismo general joven y poderoso con quien Napoleón había sido asignado en su misión para aplacar los levantamientos de los monárquicos en el oeste. Durante los primeros días de nuestra separación, cuando su futuro parecía tan incierto, Napoleón se había negado a presentarse al servicio de Hoche e insistió en quedarse en París. «Bueno, al parecer no tenía escrúpulos para compartir una mujer con él», pensé; mi estómago se retorció formando un nudo de bilis.

Después de Hoche, Josefina tomó como amante al poderoso general Paul Barras. Fue él quien la instaló en una hermosa mansión en la margen derecha de París y se aseguró de que ni a ella ni a sus hijos les faltara nada. Era un hombre rico y generoso; esa generosidad era tan vasta que incluso estaba dispuesto a compartir a su amante, puesto que aproximadamente en la época en que Barras dejó su cargo como comandante del ejército del Interior para otorgarle ese rango a su nuevo protegido, el joven Bonaparte, Josefina empezó a dejarse ver en público con el sucesor.

—Por lo visto, venía con el puesto —comentó Julia resentida, con una malicia que no era característica en ella.

Fue tan sólo unos minutos antes de la comida del mediodía, y estábamos en casa, en la rue des Capucines. La nueva mansión de Julia y José era muy cómoda, mucho más grande que su hogar en Marsella, y se pagaba gracias al puesto en el gobierno que Napoleón había asegurado para su hermano mayor.

Me habían dado mis propias habitaciones en el segundo piso de la casa: un pequeño salón, un vestidor y un amplio dormitorio. Me sentía agradecida con mi hermana y mi cuñado por tratarme, una vez más, como un miembro bienvenido de la familia, en lugar de ser un estorbo o una molestia, como me sentía con frecuencia.

Me había mudado con ellos a la capital apenas unas semanas antes. Quizá Napoleón me había dejado atrás, arrancándome de su vida sin ninguna explicación ni despedida, pero no sería excluida de la vida de mi hermana. Les rogué a ella y a su marido que me permitieran viajar con ellos de Marsella a París, hasta que finalmente aceptaron. Mamá también aceptó; confiaba en Julia y apreciaba a José, y hasta ella estuvo de acuerdo en que yo necesitaba un cambio, alejarme de nuestra limitada esfera marsellesa.

—Pero ¿no será doloroso para ti, Dési? ¿Vivir en París, donde lo verás constantemente? —Mi hermana nunca había sentido mucho cariño por el hermano menor de su marido, pero su opinión se había desplomado desde que supimos de la existencia de Josefina—. Verás el nombre de Napoleón en los periódicos todos los días y su rostro ceniciento en nuestra casa. El de ella también…

—Estaré bien —mentí.

En realidad, ignoraba cómo reaccionaría una vez que llegara a París; hacía mucho tiempo que no lo veía; no había tenido noticias suyas desde que había comenzado su relación con otra mujer. Sin embargo, en ese momento todo lo que sabía era que quedarme atrás en Marsella, sola, sin Julia, era más inconcebible que cualquier alternativa. Napoleón podía negarme su invitación a París; podía, con crueldad, rescindir su promesa de amor «para toda la eternidad» sin tener la decencia de darme una explicación formal; pero no podía prohibirme estar cerca de mi hermana. Tampoco podía negar mi vida. Al menos mientras yo fuera joven y apenas despertara a la posibilidad de tener un futuro y sueños propios. No, no me rechazarían ni me dejarían atrás.

Empaqueté mis baúles, mandé confeccionar varios mantos forrados de pieles y me mudé con mi hermana a la capital para que su marido respondiera a la llamada de Napoleón. Pero ahora que estaba aquí, a pesar de mis palabras desafiantes y fanfarronas, no sabía qué pasaría, aunque por supuesto no admití nada de esto frente a Julia o José.

No había visto a Napoleón desde que habíamos llegado a París, aunque José sí: justo después de nuestra llegada, salió a

reunirse con su hermano. Julia y yo pasamos los días arreglando la casa y contratando el personal que le permitía la generosa asignación de José a su esposa. Por la tarde caminábamos por los elegantes vecindarios de la margen derecha hasta las tiendas cercanas que estaban a lo largo de la amplia ribera del Sena, o deambulábamos por el mercado abarrotado de Les Halles para examinar los coloridos puestos y maravillarnos con las bufandas, los manguitos de cachemira y las botas de piel.

Nunca me sentí tranquila durante esas salidas en esta ciudad embelesada con el Niño General. Cada vez que cruzábamos el patio de entrada y la reja de la propiedad de mi hermana, miraba a la calle y me preguntaba si alcanzaría a ver esa ágil silueta tan familiar. Mi aliento se atoraba en mi garganta en cada esquina. Quizá estaba recorriendo la avenida en un carro del ejército para entregar algún mensaje en la frontera norte o tal vez se estaba paseando tranquilamente del brazo de ella. Cada pasillo del mercado suscitaba una mirada fugaz, una nueva punzada de temor por ver el rostro que conocía tan bien, el rostro que recordaba con una dolorosa mezcla de ira y nostalgia.

Al final, ese día vería a Napoleón, no había duda. Él iría a comer a casa de Julia.

Y llevaría a Josefina con él.

—Traté de negarme —me comentó Julia, su rostro se frunció en disculpas—. Traté de arreglarlo para que sólo viniera él, pero José decidió lo contrario.

—Está bien —tranquilicé a mi hermana, tratando de adquirir un tono de indiferencia—. Estaré calmada. El tiempo ya me ha curado las heridas. —Bajé los ojos y jugué con las servilletas que estaban sobre la mesa. Cuando levanté la mirada, Julia seguía mostrando una expresión preocupada—. Es verdad —insistí un poco a la defensiva. Tragué saliva y añadí—: Ahora creo que es otro hombre, realmente distinto de la persona con quien yo quería casarme.

Julia me examinó, no estaba segura de si creerme; pero al final aceptó mi respuesta y asintió.

—Supongo que en eso tienes razón, Dési.

Se volvió para arreglar las servilletas; ninguna de las dos habló durante varios minutos. No tenía apetito para comer, mi estómago estaba hecho un nudo, pero ayudé a Julia a preparar la mesa. Por último, rompió el silencio:

—José siente que es su deber como hermano conocer y aceptar a Josefina. Napoleón está devastado porque su madre y sus hermanas se niegan a conocerla. Incluso se opusieron a venir a París mientras Napoleón estuviese con ella.

—¿Por qué? —pregunté. La ciudad parecía aceptar con sinceridad a su nueva pareja dorada.

Julia sopesó sus palabras e inspeccionó los cubiertos de la mesa.

—Ella no siempre ha tenido la más… impoluta vida personal —explicó.

Asentí, conocía sus relaciones con otros hombres de puestos destacados en el ejército. Cualquiera podía leerlo en los periódicos. Pero Josefina no era la única: la mayoría de las mujeres de su círculo había tenido el mismo número de amantes, o incluso más.

—Por lo visto, su madre piensa que Josefina está por debajo de su hijo —continuó Julia.

—O que Josefina —expuse— ha estado debajo de demasiados hombres que no son su hijo.

—¡Désirée! —exclamó Julia, aunque el tono de regaño en su voz no ocultó una pequeña sonrisa—. De cualquier forma, será interesante tener la oportunidad de verlo por nosotros mismos. Está provocando una verdadera ruptura en la familia, pero parece que Napoleón está muy enamorado. Sinceramente, deseo que todo esto no te lastime mucho, Dési. Pero si es así, debes decírmelo. Bien, ¿te gusta este arreglo o deberíamos poner el azul y blanco de Limoges? O quizá los platos de Nevers serían menos formales. No sé.

—Creo que la mesa está preciosa así —le dije a mi hermana.

Julia frunció el ceño y se dio la vuelta para examinar la cubertería de plata colocada en los cinco lugares de los comensales. En Marsella, la presencia de Napoleón durante una comida nunca había suscitado la más mínima aprensión en Julia

como anfitriona; era el burdo hermano menor, el maleducado, el que simplemente agradecía una comida correcta. Pero en París era diferente. Nosotros éramos los extranjeros, tan poco familiarizados con la sociedad parisina como lo estábamos con el viento helado y penetrante que emanaba del río Sena, y sin duda Napoleón era una figura poderosa en esta ciudad. Pero aun cuando pusiéramos de lado los pensamientos sobre nuestro viejo compañero Buonaparte, definitivamente la presencia de Josefina, la reina indiscutible de la alta sociedad y lideresa de las Maravillosas, era suficiente para ponernos nerviosas.

Napoleón llegó, como siempre, a la hora acordada.

Cuando entró al salón, todo mi cuerpo se contrajo, incluido mi corazón, pero me forcé a adoptar una sonrisa informal, una máscara de amabilidad y fría hospitalidad. ¿Cuántas veces había imaginado nuestro reencuentro? Cada día desde el momento en que se fue de Marsella y me abrazó en el muelle para abordar su barco con sólo un baúl y la promesa de que sería su esposa. Y aunque había pasado toda la noche anterior dando vueltas en mi enorme cama parisina, anticipando el momento en que estuviera de nuevo en su presencia, nada podía prepararme para ver cómo Napoleón entraba en el salón con Josefina sujeta del brazo.

Lejos quedaba el chico delgado y de piel cetrina que había llegado a Marsella. Su cabello largo, antes grasiento y despeinado, estaba corto y ajustado, recortado a la perfección sobre el cuello de su levita azul. Su rostro afilado de rasgos cincelados, y todo su cuerpo en realidad, se había suavizado, estaba menos delgado; donde antes se veía enjuto y nervudo ahora parecía bien alimentado; sus mejillas estaban rosadas y redondas, su torso incluso un poco demasiado grueso por la cintura.

Pero el mayor cambio que advertí fue en su intangible, pero irrefutable, arrogancia. Napoleón siempre había sido confiado, incluso audaz, y ésa era una de las tantas cosas que amaba de él; pero ahora, de pie con la barbilla en alto, los brazos en jarras, observando el salón como si fuera su dominio y debiera

inspeccionarlo, parecía tener el doble de su edad. Era cierto que ahora gozaba de poder y riqueza proporcionales a un hombre del doble de su edad, así que quizá esta repentina arrogancia no debería ser una absoluta sorpresa. No obstante, era una gran transformación.

Tampoco pude evitar estudiar a la mujer que llevaba del brazo. Josefina entró a su lado; él la ayudó a quitarse el manto forrado de pieles y después se quitó la levita y el bicornio.

Ella se quitó con gracia el abrigo para mostrar una figura alta y esbelta, así como un vestido largo y suelto de gasa de color lila. Parecía de confección griega, asegurado en los hombros con dos grandes broches de diamantes y con un profundo escote que mostraba la piel caliente y bronceada de su pecho y sus brazos desnudos. Su atuendo era más apropiado para una fiesta estival en un jardín que para una comida en invierno, pero no parecía tener frío.

Advertí la manera en que Napoleón y José se miraron, alerta y sin movimientos, cuando Josefina miró alrededor del salón y nos saludó a todos con una leve sonrisa coqueta y forzada, afectada con el asomo de una risita. Sus ojos de color avellana, delineados con pestañas oscuras, cayeron sobre mí, y me quedé paralizada hasta que escuché la voz de Napoleón que alguna vez me fue tan familiar.

—Querida, conoces a mi hermano José, pero déjame presentarte a mis queridas hermanas, las chicas Clary. Julia es la esposa de José, nuestra anfitriona esta tarde. Y su hermana menor, Désirée, es un querido miembro de nuestra familia.

¿Me presentó como su hermana? Sentí que la sangre estallaba en las venas de mi cuello y tuve ganas de gritar: «¡¿Hermana?! ¿Es normal que un hombre trate a su hermana de la forma en que tú me has tratado? ¿O que pronuncie las palabras que tú pronunciaste, las promesas de eternidad y fidelidad?».

Pero no expresé estos pensamientos en voz alta. La mano de Julia encontró la mía, escondida en el grueso brocado de pliegues de nuestras faldas, y me la apretó con firmeza. Me mordí la lengua para no dejar salir palabra alguna y de inmediato saboreé el gusto

metálico de la sangre en mi boca, pero resistí la urgencia de decir algo que me pusiera en evidencia. No permitiría que me hiciera eso. No después de todo lo que él me había hecho pasar.

Enderecé los hombros y me erguí por completo, lo que me dejó al nivel de Napoleón (advertí que parecía unos cuantos centímetros más alto de lo que yo recordaba, así que supuse que era probable que se hubiera puesto unas alzas en los talones de los zapatos), y le dediqué una reverencia. Hice un gran esfuerzo para mantenerme tranquila y dije:

—Me alegro de veros, Napoleón, después de tanto tiempo.

Quizá se había acostumbrado a que lo llamaran general Bonaparte en reuniones como ésa, pero no estaba de humor para alimentar su vanidad.

Lo miré de frente, directa a los ojos, en busca de algún resto de emoción o afecto que aún quedara en él —o incluso algún mínimo sentido de la obligación— y que no pudiera detectar en sus rasgos, pero que quizá aún estuviese en el efímero parpadeo de sus ojos verdes. Sin embargo, en ese momento él se aclaró la garganta y se estiró el chaleco de oficial; cualquier destello de sentimiento desapareció por completo.

—Así es —respondió, pasando su brazo por la zona baja de la espalda de Josefina—. Yo también, Désirée. Erais tan sólo una niña la última vez que os vi. Ahora sois una mujer. Se os ve muy bien.

Seguí con la mirada fija en él; estaba segura de que la furia que sentía avivaba mis mejillas con un tono escarlata. Antes de que yo pudiera responder, añadió:

—Permitidme que os presente a la vizcondesa María Josefina de Beauharnais.

—Sed bienvenidos —dijo José, con una pequeña inclinación.

Josefina pasó su mano desnuda por el brazo de Napoleón y después dirigió sus ojos almendrados hacia José, para fijarlos luego en mí con una radiante sonrisa.

—Por favor, llamadme Josefina, sobre todo porque somos familia. Todos me llaman Josefina, ahora que Bonaparte me ha dado ese apodo. —Volvió la cabeza hacia él y lo acarició con su mirada avellanada—. Tienes cierta inclinación para cambiarle el

nombre a la gente, ¿no es cierto, querido? ¿O será más bien para moldearlos a la imagen que tienes de ellos?

Napoleón pasó un brazo alrededor de la estrecha cintura de Josefina y la atrajo hacia él como si no hubiera nadie más en la habitación. Aunque ella le dio un pequeño manotazo, con gusto cedió a su gesto y le permitió atrapar su esbelta figura en un abrazo ansioso. De alguna manera se hizo más pequeña que él, incluso dócil, aunque yo había advertido que ella era más alta.

—A ver, a ver, querido. —Se volvió hacia mí mientras daba una palmada juguetona a la mano que deambulaba por su cintura —. Somos sus invitados y sospecho que nuestros anfitriones tendrán hambre.

—Muero de hambre... —murmuró en su oído, aunque todos lo oímos—. De ti.

Josefina llevó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada, acercándose a él.

—¿Tan pronto? —susurró. Su voz suave era lánguida, rítmica, con un acento de su pasado isleño—. ¿Nunca estás satisfecho?

Ahora parecía que la devoraría en nuestra presencia.

—Nunca.

—Paciencia, querido —dijo, su tono era indulgente; con cuidado lo apartó de ella—. Ten paciencia y probarás todo lo que desees.

Y diciendo esto, Josefina miró a Julia con una sonrisa cómplice, como si se compadeciera de los insaciables apetitos de sus Bonaparte. Mi hermana simplemente la contempló con el mismo asombro mudo que yo misma sentía.

Josefina se adelantó y dejó atrás a Napoleón para tomar las manos de Julia entre las suyas.

—¿No sois encantadoras? —Examinó a Julia y luego se volvió hacia mí—. Es maravilloso conoceros al fin.

—Lo mismo digo —respondió Julia.

Me di cuenta de que se ruborizaba en presencia de esta mujer. En Marsella se consideraba que estábamos entre las jóvenes de la ciudad que seguían más la moda, debido a los recursos inagotables de nuestra familia en cuanto a sedas nuevas y valiosas. Hoy, para

la comida, tanto mi hermana como yo nos habíamos vestido a la vieja usanza, una manera de rendir homenaje a nuestra reina fallecida: una pesada falda de brocado, cintura apretada y corsé, y una columna de lazos en la parte de delante del vestido. Por el contrario, Josefina parecía una figura extraída directamente de la Antigüedad, una dama de la República romana. Sospechaba que ni siquiera usaba un corsé, sino que debajo de esa fina capa de color lila sólo estaba su piel desnuda.

—¿Pasamos al comedor? —propuso Julia. Todos estuvimos de acuerdo.

Josefina tomó el brazo de Napoleón y lo miró mientras él la conducía hacia el comedor. Me pregunté si era su actitud la que la distinguía de Julia y de mí. Se movía con una confianza espontánea; parecía ser varios años mayor que él, quizá tenía unos treinta y tantos. Casi el doble de mi edad. Y, por lo que se podía ver, con mucho más del doble de experiencia en la vida.

Su rostro era sin duda hermoso, aunque de manera singular. Había notado que en París las damas acaudaladas y que seguían la moda se empolvaban el cabello y el rostro para darse un tono pálido y fantasmal —algunas incluso iban más lejos y se marcaban unas delgadas líneas azules en el rostro para simular unas venas en su piel traslúcida—, Josefina llevaba con orgullo el color de piel oliva bañado por el sol de su pasado caribeño. No usaba *poudre* pálido ni polvos en el rostro ni en su espeso cabello castaño, pero se maquillaba las mejillas para darle más color a su tez, ya de por sí morena. Sus enormes ojos almendrados estaban delineados con kohl, lo que le confería un aspecto casi exótico, y se había puesto una sombra oscura, supuse que era baya del saúco, sobre los párpados. Pensé que Josefina quizá se había dado cuenta de que el polvo blanco que estaba tan en boga entre las clases altas —incluso ahora que los nobles de Versalles que lo pusieron de moda estaban en fosas comunes— nunca podría conciliar por completo su color oliva y los efectos de su infancia colonial, así que había decidido adoptar el efecto contrario. Tenía suficiente distinción social para hacerlo; supuse que incluso podría estar estableciendo una moda completamente nueva que terminaba con todo lo que María

Antonieta había establecido.

De camino al comedor, Josefina balanceaba las caderas con lentitud, de modo que el diáfano material de su vestido ondeaba como el agua conforme su falda flotaba alrededor de sus tobillos. ¡Fue ahí cuando advertí sus tobillos y me di cuenta de que llevaba unas sandalias abiertas! ¡En París y en invierno! Eran de piel, con correas complicadamente entrelazadas que evocaban lo que uno esperaría ver en el pie de un gladiador de la antigua Roma. Imaginé la expresión de horror de mamá. Ninguna dama conocida se atrevería a llevar ese tipo de sandalias —¡presumir de pies y tobillos desnudos!— a la comida formal en casa de otra dama, sin importar el calor que hiciera. Pero en esta ocasión era impensable, en concreto, sobre todo con las capas de nieve que cubrían las calles. Me volví hacia mi hermana, boquiabierta, y me di cuenta de que ella había notado lo mismo.

—Josefina tiene unos pies pequeños y perfectos —dijo Napoleón, cuya vista de águila había advertido el mudo intercambio de miradas entre mi hermana y yo—. Se pasó la infancia corriendo descalza sobre la suave hierba del Caribe, en lugar de caminar sobre tacones muy apretados. ¿No es cierto, mi pequeña criolla?

Ella sonrió, sonrojada, y levantó una mano hasta su boca antes de soltar una risita.

—Me temo que es verdad. Sencillamente, no puedo hacerme a la idea de apretujar mis pobres pies en esos instrumentos de tortura que vosotras, damas francesas, llamáis zapatos. —Su voz era cálida y suave como el tono de su piel, y su acento tenía una cadencia melódica, sin duda por el dialecto isleño con el que se había criado—. La vida es valiosa, ¿para qué sufrir? —Se inclinó sobre Napoleón y apoyó la cabeza un momento sobre su hombro; luego añadió—: Y por la misma razón no voy a incomodarme con un corsé.

Napoleón miró a José con una sonrisa de satisfacción.

—Josefina es isleña, como nosotros, hermano.

Acto seguido, Napoleón acompañó a su amante a la silla, junto a él. Yo me senté junto a Julia, frente a mi antiguo

prometido, y Julia asintió para indicar a los sirvientes que comenzaran a servir la comida.

Cenamos rodaballo hervido con salsa de vino y limón, y patatas al vapor. Yo no tenía apetito y Josefina tampoco comió mucho de su plato. Napoleón apenas me miró durante toda la comida, deshaciéndose en atenciones hacia su nueva amante. Llenó su copa de vino varias veces, se inclinó hacia ella para murmurarle secretos ocasionales al oído y le preguntó en repetidas ocasiones si le gustaba la comida. Mostró un cuidado y una atención de los que nunca lo creí capaz.

Había estado encantado conmigo, embelesado con mi frescura y mi belleza juvenil, impresionado con el esplendor de mi casa, intimidado por la riqueza de mi familia. Era evidente que se había sentido atraído por mí y que, con toda probabilidad, incluso había sentido un verdadero afecto, de acuerdo con todo lo que alguna vez dijo y escribió. Pero con Josefina era un hombre diferente. Napoleón había dicho que me amaba, pero estaba claro, para todos los que estábamos a la mesa esa tarde, que idolatraba a Josefina.

Durante toda la comida observé que Josefina sonreía con frecuencia, pero rara vez despegaba los labios. Las pocas veces que abrió la boca para comer unas pequeñas porciones de pescado pude advertir unos dientes podridos y desagradables. Después de todo, era la heredera de una hacienda azucarera; había crecido en un lugar en donde el azúcar debió de estar presente en cada comida y era obvio el resultado, un daño irreparable en su dentadura. «Así que tiene un defecto», pensé con una pequeña punzada de satisfacción.

Sin embargo, en su ademán único y sensual, Josefina había convertido ese defecto en una herramienta de seducción, tal como había hecho con su piel bronceada. Lo noté durante toda la comida en la manera en que hablaba con los labios cerrados y la voz baja. Había que acercarse a ella para oír sus palabras; al hacerlo, quien la escuchaba, ignorante, no podía sino deleitarse con el aroma de su fragancia de jazmín o el perfume almendrado de sus gruesos y brillantes rizos. Sentir el roce de su piel suave y desnuda. Lanzar una mirada en su profundo escote sin corsé. Era una gata que

atraía a su presa sin siquiera levantar la pata.

Terminamos la comida con unas bandejas de quesos fuertes y fruta que había madurado en otro lugar, lejos del helado París. Quería salir de esa habitación y esa reunión. Napoleón había concluido el relato de cómo había acabado con una obra de teatro antipatriótica cuando José preguntó a sus invitados si les gustaría hacer un recorrido para conocer su nueva casa.

—¡Por supuesto! —exclamó Napoleón, dando un golpe en la mesa—. Ya era hora de inspeccionar tu cuartel y asegurarme de que mi gobierno le proporciona a mi hermano una vivienda decente.

—Te aseguro que es más de lo que necesitamos —intervino Julia.

Me di cuenta de que se encontraba dividida entre el deseo de ser una anfitriona atenta con el hombre que le había dado un empleo a su marido y las ganas de no inflar más el ego de Napoleón.

—Muy bien, ahora sólo tenéis que llenarla de pequeños Bonaparte —repuso Napoleón, haciendo un gesto hacia su hermano como si le diera una orden. Las mejillas de mi hermana palidecieron, yo me removí nerviosa en mi silla—. Entonces, comencemos el paseo —añadió, y se levantó de su silla sin dar importancia a su ofensa.

—Querido… —Josefina puso la mano desnuda sobre el hombro de Napoleón y lo detuvo. Él la miró paralizado por su tacto, alerta a cualquier cosa que ella estuviera a punto de decir—. Necesito un poco de aire. Creo que caminaré por allí fuera mientras vosotros visitáis la casa. —Sus ojos de color avellana cayeron sobre mí, al otro lado de la mesa—. Désirée, querida, ¿vienes conmigo? Tú ya conoces el lugar.

Me quedé muda y Napoleón también. Al final tartamudeó:

—Pero… ¿no quieres quedarte conmigo? —Estaba herido como un cachorro, afligido al pensar que podía estar, aunque fuera un momento, sin su presencia.

Ella inclinó la cabeza hacia él, modesta, y habló con voz suave y reservada:

—Sabes que vendremos aquí muy a menudo, querido. Después de todo, es la casa de tu amado hermano. Ya me la enseñarás la próxima vez. Ahora me gustaría preguntarle a Désirée cómo fue su viaje desde el sur. Recuerdo lo difícil que puede ser París en invierno para unas chicas como nosotras, que no estamos habituadas a la nieve.

Napoleón estaba vencido por completo. No miró en mi dirección, simplemente asintió y le dio a Josefina su bendición. Ella me contempló.

—Entonces, todos estamos de acuerdo —concluyó.

¿Josefina sabía quién era yo? ¿Conocía el papel que yo había desempeñado en el pasado de su amante? Estaba segura de que debía de tener alguna idea; de lo contrario, ¿por qué me había elegido sólo a mí para acompañarla? Era hermosa y encantadora, pero sospechaba que también era bastante astuta y que muy poco de lo que decía era *par hasard*, por casualidad, sin una razón deliberada.

—¿Tienes alguna preferencia, algún camino favorito? —preguntó al salir por la puerta de la casa de Julia, con su mirada entusiasta fija en mí, como si mi placer fuera lo único que le interesara en la vida.

—Todavía no estoy familiarizada con la ciudad —respondí, sacudiendo la cabeza. «Y eres tú quien me ha invitado a dar este paseo.»

Asintió como si me comprendiera; agitó sus pesadas pestañas y dijo sonriendo:

—Por supuesto. Yo tardé siglos en sentirme como en casa. Te llevaré a un lugar interesante, por aquí, al final de esta calle.

Nos dirigimos hacia el sur y pronto giramos a la derecha. Aunque yo era nueva en la ciudad, deduje que íbamos hacia el río.

La tarde estaba helada; al caminar, nuestro aliento formaba un vaho frente a nuestro rostro.

—¡Por Dios! —Josefina se estremeció junto a mí—. ¿Te importa si te tomo del brazo? Tengo mucho frío.

No podía creer que me hubiera invitado a este paseo mientras los demás permanecían abrigados por el calor de la casa. Bajé la mirada hacia sus inexplicables sandalias.

—¿No tienes frío en los pies?

—Un poco. Pero ya estamos cerca. Sólo quiero llegar al final de la calle. —Sentía su delgado brazo contra el mío—. Además, siempre que tengo frío sólo tengo que pensar en el helado sótano de la cárcel en el que estuve detenida en los carmelitas durante el Terror. —Me observó de reojo y yo asentí para indicarle que lo comprendía. Me apretó el brazo con más fuerza—. Pero claro, tú y yo nos resentimos del invierno parisino. Venimos de climas más cálidos. Tenemos en común eso y mucho más. —Me hablaba como si hubiéramos sido hermanas en otra vida—. ¿Extrañas Marsella? —inquirió; su voz parecía cargada de verdadera curiosidad.

Antes de responder, consideré la pregunta.

—Extraño a mi madre y a mi hermano. El mar. La casa de mi infancia. Pero estaba lista para irme. —Asintió. Después noté que la buena educación me obligaba a devolver la pregunta—. Y tú... ¿extrañas tu hogar?

—¿Martinica, quieres decir? —replicó—. No. París es mi hogar. —Su respuesta era concluyente, no admitía ninguna deliberación. Al quedarme callada, ella añadió—: El aire era cálido, lleno de la sal del mar, del aroma del tamarindo y los naranjos. Pero también estaba lleno del olor a azúcar quemado, de los gritos de los esclavos, pobres desdichados. Recuerdo que una vez, cuando era pequeña, a una de esas pobres criaturas se le quedó la mano atrapada en la máquina de la *sucrerie*; desde la casa familiar pude escuchar sus gritos mientras el aspa se la destrozaba.

Me quedé sin aliento, horrorizada; ella volvió ligeramente la cabeza y me estudió con la mirada.

—Lo siento. Te he ofendido —dijo en un murmullo.

—Es sólo que... nunca había oído que...

—Era terrible presenciar la esclavitud. Quizá peor para el alma del esclavista que para el mismo esclavo. Ésa es una bendición de nuestra Revolución, sin duda: haber terminado con la esclavitud en Francia. Es algo que le digo a Napoleón todo el

tiempo.

Asentí. Era evidente que yo estaba menos acostumbrada a hablar de política que ella. Caminamos un momento en silencio y me pregunté adónde nos llevaba. Al dar la vuelta en una esquina, donde había una hilera de edificios, el viento nos golpeó de frente como una navaja afilada. Me dolían los pies por el frío, incluso con las botas y los calcetines; seguro que los de Josefina estaban entumecidos.

A pesar del clima, su voz seguía siendo cálida.

—Fue muy difícil para mí habituarme a la vida aquí en París después de una infancia en las islas, así que puedo entender cómo te sientes, Désirée. —Dudaba mucho que comprendiera cómo me sentía, pero no deseaba hablar de eso con ella. Por otro lado, parecía en realidad entusiasmada al hablar de ella misma—. Ni siquiera me refiero a sobrevivir a la Revolución, ¿sabes? Mi esposo..., el vizconde... No sé qué habrás escuchado... o leído.

Negué con la cabeza para decirle que no sabía mucho, aunque, por supuesto, había leído un poco al respecto.

—Era un hombre violento. Me golpeaba. Me encerraba en las habitaciones de su casa y me quitaba a los niños durante días. Una vez me escupió y me dijo que yo estaba por debajo de todas las putas del mundo; me acusaba de libertina, cuando era él quien se acostaba con una mujer diferente cada noche. Yo podía oírlo con ellas, a veces con cuatro al mismo tiempo. En ocasiones me obligaba a participar..., pero la mayoría de las veces simplemente me encerraba en otra habitación.

—Suena... espantoso —repuse, mi voz era débil debido a la confusión. ¿Por qué Josefina me confiaba estas cosas? ¿Quién era yo, una simple desconocida, para comentar nada?

—Yo era muy joven y no lo entendía. ¿Cómo podría? Estaba lejos de casa, lejos de las personas que conocía, de las que me amaban o podían salvarme. Había días en que, de verdad, pensaba que él podría matarme. O me preguntaba si quizá debía hacerlo yo, terminar con mi miserable vida antes de que él tuviera la oportunidad de hacerlo. Él no estaba bien. —Su voz era baja e inexpresiva—. Sin embargo, pese a que insistía en que yo no era su

esposa, pese a que me gritaba que era una perdida y que mis hijos no eran suyos, tanto yo como nuestros dos pobres hijos fuimos a prisión con él cuando empezó el Terror.

Asentí, abrumada por su historia.

—La cárcel…, eso era algo… ¿Me creerías si te dijera que las paredes de mi celda seguían cubiertas de la sangre y las vísceras de las pobres almas a las que habían masacrado en ese cuartucho antes de que yo lo ocupara?

—No puedo ni imaginármelo. —Contuve el aliento, horrorizada, mientras las macabras imágenes daban vueltas en mi mente.

—Sí —dijo mirándome a los ojos sin dejar de caminar—. Envidiaba a los ratones y a las ratas que huían por las ventanas abiertas tras comerse la mierda de las cubetas rebosantes que usábamos como letrinas. Al menos ellos podían irse. Dios, ¡cómo apestaba a orina y sangre, a tanta miseria humana! Por las noches escuchaba los gemidos de las mujeres que cumplían su condena *à l'horizontale* con los asquerosos carceleros. Hablo de viudas de duques, esposas de condes que abrían las piernas como viles prostitutas, deseando quedar *enceinte* de algún guardia de alcantarilla que abusara de ella. ¿Sabes por qué? Porque a una prisionera embarazada no podían enviarla a la guillotina hasta que naciera el bebé. Eso les daba nueve meses de margen. Todos estábamos dispuestos a hacer cualquier cosa para mantenernos con vida un día más.

Su tono de voz envolvía esas infames palabras en una lánguida pronunciación; la miré, muda de asombro por esas escenas inimaginables que describía de manera tan ingenua.

Yo pensaba que mi experiencia durante el Terror había sido desgarradora, simplemente porque mamá vivía en un estado de pánico, mi hermano había sido encarcelado y yo había tenido que ir hasta la plaza donde realizaban las ejecuciones cotidianas para salvarlo. Pero, de hecho, aunque papá había muerto en esa época, yo siempre estuve segura dentro de los muros de la cómoda propiedad familiar. Josefina ahora describía una escena mucho peor que cualquier infierno que yo hubiera conocido jamás. «Todos

estábamos dispuestos a hacer cualquier cosa para mantenernos con vida un día más.» Por supuesto. Me planteé si ella había hecho las cosas que describía, esas cosas abominables con los carceleros, pero no me atreví a preguntar.

Suspiró, llamando mi atención de nuevo a su lado; ambas temblábamos al caminar.

—Entonces, un día me dijeron que me iban a transferir a la Conciergerie a la mañana siguiente. Claro, todos sabíamos que la Conciergerie era la última parada de todos los pobres desdichados que iban a la guillotina. Entró otro preso y le dieron mi cama; me dijeron que no necesitaría ninguna cama a partir del día siguiente. Fue la noche más larga de mi vida, tumbada en esa paja asquerosa cubierta de orines. Lloré y recé. Me preguntaba si mis hijos, mi Eugène y mi Hortense, ya habían sido decapitados. Me preguntaba si en realidad existía el paraíso y si me permitirían ir ahí. Definitivamente, no parecía que Dios existiera; hacía mucho tiempo que lo sentía así. Observé cómo la luz del alba entraba por la ventana de mi celda. Esperaba oír los pasos del carcelero que vendría a buscarme. Pero en ese momento, esa misma mañana, escuchamos otras noticias. Noticias inesperadas. Los hombres iban de un lado a otro por los corredores gritando que habían matado a Robespierre. Su reino de Terror había terminado. ¿Puedes creerlo? Me iban a liberar. Así que, como puedes ver, soy muy afortunada después de todo.

—A Napoleón lo encarcelaron justo después —dije, recordando ese período.

En mi mente se arremolinaban las imágenes: cuando bailé en el jardín con Napoleón la noche de la boda de Julia, la misma noche que ahora Josefina describía como la peor y más larga de su vida. Ésa fue la primera vez que él habló de nuestro matrimonio. Y después la desaparición de Napoleón al día siguiente, entre la Reacción de Termidor. Esos días interminables en los que estuvo detenido en Fort Carré, recuerdos de nuestra febril reunión y su violenta determinación por asegurar nuestro compromiso.

Mi corazón palpitó al evocar todo esto y decidí contárselo. Eran mis recuerdos, tan reales como lo fueron mis días con

Napoleón, y tenía derecho a ellos. Sin embargo, cuando me decidí a hablar, ella me interrumpió:

—Sí, lo sé. Claro que lo sé. —Su voz se agudizó de pronto, su dulzura melosa quedó olvidada. Y entonces, igual de rápido, sonrió y sus ojos avellanados me miraron con una renovada calidez; después se volvió para ver la calle frente a nosotras—. ¡Ah, hemos llegado! —exclamó con un tono de nuevo ligero y desenfadado.

»Mira alrededor —dijo, agitando la mano frente a mí. Estaba tan concentrada en nuestro intercambio que no había puesto atención hacia dónde caminábamos. Ahora estábamos en una gran plaza vacía en la margen derecha, rodeada de elegantes edificios en los cuatro costados; una gran avenida la cruzaba por la mitad—. Se la conoce de manera informal como la place Vendôme, porque el duque de Vendôme tenía allí su palacio. Era el bastardo del rey. Después, los Borbones se lo apropiaron, por supuesto, y colocaron una gran estatua de *le Roi Soleil*, el rey Luis XIV, el Rey Sol.

Miró hacia el centro vacío de la plaza, con sus delgados brazos alrededor del cuerpo, como si eso la ayudara a ahuyentar el frío.

—Claro, la estatua fue destruida en la Revolución. Esta plaza olía a sangre; todo el centro de la ciudad apestaba a sangre. Nadie quería vivir en este *quartier*, tan cerca de tantas ejecuciones diarias. Los edificios se vaciaron. Movían la guillotina con el fin de evitar que los barrios padecieran sus horribles efectos, pero era demasiado tarde. Esta plaza estaba marcada por la muerte. —Encogió sus estrechos hombros, sus grandes ojos exploraban el área con una suerte de desapego, quizá recordaba que había estado a punto de terminar ahí—. Ahora sólo es una plaza vacía; parece que nadie sabe qué hacer con este lugar. Napoleón tiene algunas ideas. —Se volvió para mirarme, sus ojos encendidos y profundos estaban súbitamente fijos de nuevo en el presente—. Pero, Désirée, ¿por qué me dejas parlotear de esta manera? Hablar de esclavos y celdas y estatuas hechas añicos. Apenas acabamos de conocernos. Seguro que lamentas haber venido a caminar conmigo.

Me examinó y yo la miré fijo; advertí el tono rosado de sus mejillas, a causa del viento vigorizante. Al cabo de un momento

me sentí incómoda bajo la atención de su mirada.

—Eres tan hermosa… —dijo con una gran sonrisa—. Tal como dijo Napoleón. Rolliza, sana e inocente.

—Gracias —balbuceé. No estaba acostumbrada a que otra mujer me hiciera cumplidos tan francos y no estaba segura de qué hacer tras la evocación del hombre cuyo amor teníamos en común —. Tú… tú también lo eres.

Sonrió con modestia, moviendo sus largas pestañas y bajando la vista.

—¿Inocente yo? No.

—Bueno, hermosa —titubeé. Odiaba mi torpeza infantil, el hecho de que me hiciera sentir como si estuviera en desventaja, incapaz de llegar a su nivel.

Extendió su mano y tomó la mía. Sus delgados dedos estaban fríos como el hielo, pero el apretón fue inesperadamente fuerte.

—Estoy segura de que has notado que quería hablar contigo a solas.

Mi aliento era un vapor visible entre nuestros rostros.

—¿Sobre qué? —pregunté.

—Napoleón habla con mucho afecto de ti, sin duda se entusiasma al escuchar tu nombre. Considera que tú y Julia sois sus hermanas. Pienso que tú y yo debemos ser muy buenas amigas. —Apretó mi mano y me miró directamente a los ojos. Cuando se acercó y habló en un murmullo, vi cómo un copo de nieve se posaba sobre sus pestañas—. Quería que fueras la primera en conocer la buena noticia. Tú y yo pronto seremos hermanas, porque Napoleón y yo vamos a casarnos.

Capítulo 11

París
Primavera de 1796

—Deberíamos enviar una disculpa. No es correcto que tú... —Julia puso una mano sobre mi brazo y preguntó por tercera vez—: ¿Estás segura de que estarás bien?

Antes de tener la oportunidad de responder, Josefina entró en volandas a la habitación; su figura grácil estaba envuelta en un vestido flotante de muselina blanca con una escarapela tricolor sujeta con firmeza alrededor de su estrecha cintura. Sus rizos oscuros estaban peinados hacia atrás y unos cuantos mechones caían enmarcando su rostro recién maquillado. Nos encontró al otro lado de la habitación tapizada de paneles oscuros, iluminada con la débil luz de una vela, y sonrió al saludarnos.

—¡Ah! ¡Las hermanas Clary!

Era mitad francesa y patriota revolucionaria y mitad diosa griega; es decir, encarnaba por completo las fantasías más fervientes de Napoleón Bonaparte en cuanto a la feminidad. Y lo sabía, desde luego. Había concebido con cuidado cada detalle de su apariencia para serlo.

—Estoy tan contenta de que estéis aquí. Gracias.

Cruzó la habitación para acercarse a nosotras, que estábamos con el hosco funcionario del registro civil, un hombre que se presentó con el ceño fruncido y el nombre de ciudadano Leclercq. Estábamos en el piso superior del exuberante vestíbulo con corrientes de aire del segundo *arrondissement* de París, a unos cuantos pasos de la avenue de l'Opéra. El funcionario no nos ofreció unas sillas donde sentarnos, así que cambiábamos el peso de una pierna a otra cuando Josefina se acercó a nosotras. Aunque

el salón era frío y sombrío, iluminado sólo por algunas escasas velas y sin fuego en la chimenea, la sonrisa de Josefina brillaba con calidez.

—Napoleón me dijo: «Querida, tendrás hermanas que te ayudarán la noche de tu boda. Te lo prometo». Gracias al cielo que tengo a las chicas Clary.

Julia y yo bajamos la vista, no sabíamos qué responder. Desde luego, sabíamos lo que había sucedido: la madre y las hermanas de Napoleón se habían negado rotundamente a asistir a la boda de ningún familiar suyo con Josefina de Beauharnais. «Hay treinta mil mujeres de la calle en París, puedes tener a la que quieras. Pero ¿por qué tienes que casarte con una de ellas?», le dijo Leticia a su hijo favorito al escuchar las noticias de su compromiso. Lejos de desalentar o intimidar a su hijo enamorado, estos comentarios sólo provocaron la ira de Napoleón y la inflexible defensa de la prometida que había elegido. José nos dijo que Napoleón había despotricado en contra de su madre y sus hermanas; juró que no recibirían ni un *sou* más de él hasta que aceptaran a Josefina en la familia.

Leticia se fue de París con sus hijas para evitar tener que asistir a la boda, y eso hizo que Napoleón se enojara aún más. Después de aquello entró hecho una furia a casa de José, donde Julia y yo lo oímos por casualidad desde el otro lado de la casa; maldecía a todos los miembros de la familia que le faltaban al respeto a Josefina. Llamó «traidora» a su madre, y a sus hermanas «arpías malagradecidas». Insistió en que José asistiera a la boda como su testigo y le ordenó que nos llevara a Julia y a mí como las damas de Josefina y los miembros femeninos de la familia.

José convenció a Julia de lo importante que era asistir a la boda. Los hijos de Josefina estaban vivos, habían sobrevivido al Terror, pero ambos estaban fuera de París: la hija estudiaba en un convento y el hijo en una *école* militar. En palabras de José, nosotros éramos la única familia que tenían en París, por cuestionable que fuera nuestra relación. Julia aceptó a regañadientes.

Yo estaba menos dispuesta a asistir a la boda. Me habían

pedido que ayudara a la nueva novia de mi antiguo prometido, pero ¿cómo esperaban que siquiera lo considerara, sabiendo que ése debía de haber sido mi lugar? Era una muestra más de la completa insensibilidad de Napoleón: no me lo pidió en persona, sólo le dio la orden a su hermano de que yo debía estar ahí y supuso que yo obedecería.

Únicamente mi reserva de poner a Julia en un aprieto —como dejarla en medio del camino de la irascibilidad de Napoleón o de su retribución financiera— fue lo que al final hizo que me decantara a aceptar la invitación a la boda. Sabía que ella se pondría de mi parte si yo se lo pedía. También le pediría a José que hiciera lo mismo. Pero sabía que Napoleón formaría parte de la vida de mi hermana para siempre, como el compañero más cercano de su esposo. Incluso como su mecenas en cuanto a los empleos del gobierno. Y había visto la reacción violenta de Napoleón hacia los miembros de la familia que habían insultado a Josefina; no era tan tonta como para esperar que tratara a Julia con más indulgencia que con la que había tratado a su propia madre, a quien amaba.

¿No sería más fácil sobrellevar mi tristeza en lugar de avivar la situación y dar lugar a una posible ruptura entre hermanos, o algo peor, entre Julia y su marido? Lo haría y terminaría con esto. Al menos eso era lo que yo esperaba. Y ahí estábamos, Julia y yo, en una sala al fondo de un pequeño edificio de oficinas en esa tarde de primavera, aguardando al lado de la sonriente novia.

Pero Napoleón, soldado siempre raudo y puntual, no había llegado. Pasaron varias horas. Algunas velas se consumieron por completo y se apagaron, haciendo que la habitación se oscureciera aún más. Josefina se ajustó al vestido. Se aclaró la garganta y acomodó inquieta los rizos que enmarcaban su rostro. Nos lanzaba miradas de reojo, pero no hablaba.

El reloj sobre la repisa quebrada de la chimenea marcó las diez y el funcionario del registro civil seguía sin ofrecernos una silla. Tampoco nos ofreció un refrigerio ni una copa de vino rebajado con agua, mucho menos un caldo para calentarnos. Por último, después de bostezar sin cubrirse la boca, y sin

avergonzarse, el hombre observó el reloj y después nos miró.

—Esto es más de lo que puedo soportar. Me voy a dormir. Vayan abajo y busquen a un secretario si llega el ciudadano Bonaparte.

Por primera vez, el rostro de Josefina expresó alarma; sus mejillas palidecieron a la luz de las velas cuando, de pronto, sólo Julia y yo nos quedamos en la habitación con ella, esperando.

—Ha estado muy ocupado —dijo, mirándonos nerviosa a mí y a mi hermana—. ¿Sabéis para qué se está preparando?

Ambas negamos con la cabeza. Josefina asintió.

—Es un secreto. Pero os lo puedo contar. Vosotras dos sois tan amables... tan amables de estar aquí conmigo, donde no tengo familia. —Bajó la voz, haciéndonos cómplices—. Lo han nombrado general del ejército de Italia. Al fin. Lo que siempre había deseado desde los primeros días de la Revolución. Por fin marchará a Italia.

Las noticias eran asombrosas; recordé los primeros días de nuestro noviazgo, los planes de Napoleón para Italia. Su deseo de avanzar hacia esos reinos ricos y diversos a la cabeza de las tropas francesas. Habían rechazado sus planes una vez, una víctima del régimen derrocado. Pero ahora parecía que podría llevar a cabo su sueño.

—¿Cuándo... cuándo se irá? —pregunté.

—Esta semana —respondió Josefina; bajó la cabeza y se examinó las uñas—. Seré una reciente esposa abandonada.

—Tan pronto... —dijo Julia.

Josefina asintió.

—Razón de más para que os considere parte de mi familia, para que me apoyéis y me respaldéis. —Su sonrisa vaciló un instante, débil como la luz de la vela en la oscura sala—. No me da miedo Leticia. Tampoco las hermanas. Napoleón está furioso con ellas, pero creo que su rechazo sólo hace que él me ame más. —Sonrió al decir esto; de pronto, sus rasgos parecían tímidos—. De hecho, mi Bonaparte no me ama, me idolatra. Nunca antes había conocido a un hombre que...

Pero tuvo que interrumpir su discurso porque, en ese momento, Napoleón apareció en la puerta y entró en la sala con

José siguiéndole los pasos. Barras, su mentor, el hombre que le había cedido a Josefina, estaba también ahí como segundo testigo.

—¡Mi prometida! ¡Mi mundo entero! —Napoleón abrió los brazos por completo, su rostro estaba sonrojado y resplandeciente debajo de su eterno bicornio—. El ejército solicita mi atención, pero tú... tú ya has conquistado mi corazón.

Caminó hacia ella y la tomó en sus brazos; el vestido flotó cuando Napoleón levantó su grácil figura y la hizo girar alrededor de la sala. Josefina estalló en risas, había perdonado por completo su retraso. Al fin llamaron al secretario asistente.

Julia y yo nos quedamos quietas al fondo de la habitación mientras Napoleón se casaba con Josefina. Le entregó un anillo de oro con las palabras «Hasta siempre» grabadas en el interior. Cuando terminó la breve ceremonia legal —la Iglesia seguía sin tener la potestad de poder realizar matrimonios—, la novia y el novio se prepararon para firmar los papeles. Como Napoleón no tenía un certificado de nacimiento de Córcega, el secretario prescindió de ese requisito y le dijo que una declaración jurada en presencia de testigos respetables sería suficiente.

Cuando Napoleón tuvo que decir su edad, noté con alarma que se había añadido un año y medio.

—Tengo veintiocho —mintió, y fijó su fecha de nacimiento en el 5 de febrero de 1768. Yo sabía que su cumpleaños era el 15 de agosto de 1769. ¡Esta nueva fecha hacía que sólo fuera unas cuantas semanas más joven que José!

Después, Josefina, como tampoco tenía un documento oficial, dijo que el 24 de junio de 1768 era su fecha de cumpleaños. Sabía que eso también era mentira, la hacía cinco años más joven de lo que era en realidad. Tenía que haber sido una niña cuando tuvo a sus propios hijos. «¿Por qué mentían de esa manera?», me pregunté. Y luego lo entendí: trataban de reducir la gran diferencia de años entre ellos para aparentar que tenían casi la misma edad.

José no protestó y estampó su firma en los documentos fraudulentos, junto a la de su hermano. Josefina se fue a un rincón de la sala para admirar su nuevo anillo. Después, Napoleón anunció:

—¡Vamos a casa! ¡Quiero festejar a mi novia!

Después de años de espera, por fin me invitaban a la casa de Napoleón en París, pero únicamente para acompañarlo a él y a los demás a brindar por otra novia en su boda.

Era ya casi medianoche cuando nuestro pequeño grupo llegó a su gran *palais*, en la margen derecha del Sena. Napoleón asintió con aprobación mientras supervisaba la fastuosa cena.

—Champán —ordenó, juntando las palmas. Los sirvientes aparecieron y entregaron a cada asistente una copa de champán helada.

Yo no tenía apetito; entré al comedor de techo alto, donde la larga mesa de caoba crujía bajo los platos de porcelana colmados de ostras, pavos rellenos de castañas, quesos, pasteles de carne, manzanas al horno y tazones repletos de frutas y nueces. En lugar de aceptar la silla de la anfitriona en el otro extremo de la mesa, Josefina se sentó sobre el regazo de Napoleón; bebía champán y soltaba risitas, inclinando la cabeza hacia la de él.

El perro de Josefina, un pequeño pug macho llamado *Fortuné*, gemía y ladraba a los pies de Napoleón, al parecer celoso de ver que la atención de su ama estaba centrada en otro.

—*Fortuné*, el perro bastardo, no me aprueba, pero la dama Fortuna me eligió a mí —bromeó Napoleón en la mesa. Después se puso serio, levantó su copa y brindó—: Esta noche, y espero que todas las futuras noches, soy el hombre más afortunado. Nadie podría comprender las delicias de esta mujer. —Sus manos recorrieron, libres y sin vergüenza, la cintura y las caderas de Josefina mientras el resto de nosotros nos removíamos incómodos en nuestros asientos. Comí un bocado de pavo de mi plato.

Aparentemente, Napoleón tampoco tenía apetito. Al menos no de comida. Giró a Josefina, acomodándola sobre su regazo para que le diera la cara y le dijo:

—Ahora, mi pequeña criolla, ¿qué dices? ¿Te hago mi esposa?

Antes de que nadie pudiera decir una palabra, Napoleón levantó a la novia, toda risas y obediencia, y cruzó la habitación

con ella en brazos. Antes de atravesar el umbral, se volvió y miró hacia la mesa.

—Todos vosotros, quedaos, comed. No podéis iros hasta que el champán se haya acabado y estéis borrachos por completo. Es una orden.

Una vez que los recién casados se fueron, regresamos a nuestros platos. Nadie habló mucho. José y Barras mantuvieron una conversación en voz baja sobre los futuros planes para Italia. Julia intentó reprimir un bostezo.

—Estoy cansada —me dijo en voz baja.

—Yo también —respondí.

Entonces, desde el segundo piso, oímos ladrar al perro. Un gruñido amortiguado después de que Napoleón le gritara a la pequeña bestia y luego la voz suave de Josefina que trataba de calmar a su esposo o al perro, o quizá a ambos.

—Parece que *Fortuné* planea interrumpir la noche de bodas —comentó Barras, soltando una risita.

José se acercó a él y le respondió algo, pero se aseguró de que ni Julia ni yo lo escucháramos. Todo lo que oímos fue una carcajada explosiva como respuesta.

Unos momentos después, el candelabro sobre nuestra cabeza empezó a temblar, enviando un débil parpadeo de luz por el comedor y el sonido del cristal que tintineaba. Después comenzamos a escuchar diferentes ruidos, primero maullidos débiles y risas sofocadas. Luego los sonidos aumentaron de volumen: dos voces, hombre y mujer, mientras *Fortuné* lanzaba una nueva serie de aullidos. Dejé de masticar mi cena y el tenedor se me cayó de las manos. Miré a Julia, sus ojos redondos y sus mejillas escarlatas reflejaban la misma mortificación que yo sentía. ¿Era cierto? Más ruidos, en registros altos y bajos, más movimiento de la lámpara de techo sobre nuestra cabeza. Barras tomó un largo trago de su bebida y entre risas le murmuró a José:

—El pequeño bastardo corso quiere asegurarse de que todos lo escuchemos y sepamos lo afortunado que es.

Alcancé la mano de mi hermana por debajo de la mesa.

—Si me disculpáis..., creo que tengo que... De repente... me

duele la cabeza.

—Claro —dijo Julia—. José, por favor, manda llamar el carruaje. Désirée y yo regresaremos a casa.

José obedeció. Al levantarme de la mesa, apresurando mi despedida hacia el pequeño grupo, escuché los sonidos de Josefina de manera más clara. Salí con rapidez del comedor, mi hermana me pisaba los talones.

Mientras lloraba, Julia me abrazó en el frío carruaje. No habló, yo tampoco, pero mi cuerpo expresaba todo mi dolor, afligida por lo que alguna vez había sido; pero, en realidad, me sentía mortificada. ¿Había algo más abominable que escuchar a otras personas mientras hacían el amor? ¿En particular cuando el hombre involucrado se había acostado conmigo? ¿Sobre todo cuando él era el único hombre que jamás me había hecho el amor y el único al que estaba dispuesta a amar?

Varios días después, los recién casados volvieron a invitarnos a su casa para despedir a Napoleón, que se iba a Italia. Leticia y las hermanas no habían regresado a París, seguían sin aceptar el matrimonio con Josefina, pero ella y su esposo esperaban que Julia y yo acudiéramos a la despedida junto con José. Era la primera vez que regresábamos desde su noche de bodas. «Al menos él se va —pensé—. Y ojalá sea una campaña larga.»

Josefina se presentó vestida de manera informal, con una camisola de color amarillo limón y un pañuelo entretejido en el cabello a la manera de sus islas nativas. Sus ojos estaban rojos e hinchados. Napoleón la mimó durante toda la mañana mientras ella estaba recostada en un sillón con las piernas levantadas sobre una otomana y una lujosa manta de Esmirna sobre sus pies. Los sirvientes iban y venían, preparando los baúles. Julia y yo nos sentamos a tomar el té; Napoleón le confesó a José que tenía miedo de que la separación pudiera perjudicar a su esposa. Ese comentario únicamente propició más lágrimas en Josefina.

—Si tan sólo pudiera acompañarte... —dijo ella, extendiendo sus brazos flojos hacia su esposo.

—No es un lugar para ti, corazón —respondió; sus dedos recorrieron el nudo del pañuelo que cubría su cabello oscuro.

—Pero mi lugar está a tu lado —insistió.

Él negó con la cabeza.

—Tienes que ser fuerte, mi pequeña criolla. —El tono de Napoleón era de súplica, pero firme.

—No sé si podré ser fuerte —respondió Josefina, y dejó caer la cabeza entre sus manos, estallando en un nuevo sollozo.

La observé y me quedé sorprendida. Esta mujer había sobrevivido a un viaje en barco a través del Atlántico cuando apenas era una niña. Al abuso de un marido cruel, dos partos y luego al Terror. Había sobrevivido sin apenas dinero, sin relaciones, y aun así había ascendido hasta la cima de la sociedad parisina. Seguramente, una campaña militar temporal no sería algo tan abrumador, ¿o sí? Después de todo, estaría en París, en una mansión, con el dinero de Napoleón y toda una casa a su disposición.

Al verlos, me di cuenta de las caricias y las palabras que pasaban de un cuerpo al otro; me di cuenta de que a él le encantaba toda esa teatralidad. Y a ella también. Cuando él quería ser el chico embelesado y enamorado, ella desempeñaba el papel de seductora, de musa dueña de sí misma. Ahora que él era el soldado responsable que debía partir, ella era la esposa fiel y sufrida de ese soldado. Josefina se conducía y se comportaba como un hermoso instrumento, como una obra de arte en perfecta armonía con los complejos y cambiantes estados de ánimos de su actor: el hombre a quien concedía su favor. Ese hombre era ahora Napoleón, quien frente a Josefina estaba extasiado y se volvía impotente, aunque pretendiera que ella era el instrumento y él tan sólo el músico.

Todos estábamos presentes en la sala, obligados a presenciar cómo Napoleón se despedía de ella.

—Estarás cerca de mi corazón, justo aquí. —Se puso la levita de oficial y ajustó un retrato en miniatura de Josefina, que lucía sujeto a su pecho.

—Llévame contigo —rogó de nuevo, levantándose de su silla.

—El campo de batalla no es un lugar para ti, querida. —La apartó con delicadeza y le puso una mano sobre el vientre—. Sobre todo si mi pequeño hijo está creciendo aquí adentro —agregó en voz baja—. Pero puedes estar segura de que, en mi ausencia, estarás constantemente en mi pensamiento. Vivir para ti, ésa es ahora la historia de mi vida.

Ella asintió, con más lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Ahora recuerda, mi adorada pequeña —continuó Napoleón, preparándose para salir del salón—, si no me escribes a menudo, todos los días, quizá dos veces al día, me volveré loco y te castigaré a mi regreso. —La besó por última vez, un beso largo y suave en los labios—. Debo irme.

Cuando se separaron, parecía que el cuerpo de Josefina había perdido la capacidad de mantenerse de pie.

—José, ven conmigo. Señoras. —Napoleón nos ordenó a Julia y a mí que lleváramos a Josefina al jardín de atrás para evitar que viera su partida. *Fortuné* nos acompañó, sus patas cortas y achatadas se apresuraron a mantener nuestro ritmo.

Minutos después escuchamos las ruedas del carruaje. Josefina caminaba entre Julia y yo, su perro regordete jadeaba detrás de nosotras. Tan sólo un momento después de su partida, ella recuperó la compostura: sus lágrimas se secaron y su cuerpo se irguió.

—Tu perro estará muy contento de disfrutar de nuevo de toda tu atención —comentó Julia, en un intento por empezar una conversación.

—Así es —asintió Josefina—. Y Bonaparte me dice que está celoso de que otro entre en mi cama cada noche, incluso si sólo es un perro.

Julia y yo reímos, únicamente porque sentíamos que era educado hacerlo. No sabíamos con exactitud cómo o cuándo nos habíamos convertido en las confidentes más cercanas de Josefina.

—¿Sabéis? —continuó ella—. La primera vez que Bonaparte pasó la noche en mi cama, unos días después de que nos conociéramos —y mientras aún era mi prometido, noté con una punzada de silencioso dolor—, *Fortuné* lo mordió. ¡Bonaparte se

puso furioso! Amenazó con darle un balazo a la pobre criatura. Pero le dije que si quería estar conmigo en la cama, tendría que hacer las paces con mi perro, porque *Fortuné* ha sido mi fiel compañero mucho más tiempo que nadie. Y yo valoro la lealtad sobre todas las cosas.

—Parece que están aprendiendo a convivir en paz, aunque sea poco a poco —observó Julia. Le agradecía que hiciera un esfuerzo, puesto que yo no era capaz de continuar con esa conversación.

—Bonaparte está de acuerdo conmigo sobre la lealtad. —Josefina dijo la última palabra con un peso adicional en la voz. Ni Julia ni yo dijimos nada. Al cabo de un momento, prosiguió—: Por eso le duele tanto la traición de su madre y sus hermanas.

—Cambiarán de parecer —respondió Julia—. José dijo que sólo era cuestión de que se quedaran sin dinero y entonces…

—Se preocupa por mí —la interrumpió Josefina—. Le preocupa lo que su ausencia supondrá para mí, si podré soportarla sin su madre y sus hermanas aquí para apoyarme y respaldarme. —Encogió sus estrechos hombros—. Pero le dije: «Después de todo por lo que he pasado, ¿crees que necesito el apoyo de unas cuantas mujeres celosas?».

Quedaban muy lejos las lágrimas de hacía unos momentos. Quedaba muy lejos la mujer coqueta, llorosa e insegura que temía perder a su soldado. Ahora, las palabras de Josefina se afianzaban con una resolución fría. No sólo hablaba de Leticia y las hermanas; también nos lanzaba una advertencia a Julia y a mí. Esas palabras estaban dirigidas a cualquiera que amenazara su lugar en la estima de Napoleón. Mientras su marido marchaba al frente del ejército, preparado para la guerra, listo para apoderarse de mayor gloria y riqueza, también Josefina estaba preparada para pelear sus propias batallas.

Capítulo 12

ROMA
INVIERNO DE 1797

—Hay treinta mil mujeres de la calle en París —dijo Leticia, echando chispas; su acento corso se volvió más grave por el desprecio—. Puede tener amantes, no pasa nada, pero ¿por qué tiene que casarse con una de ellas?

Las tres hermanas soltaron una carcajada al oírlo; una risa atrevida, abierta; una indulgencia ante la repulsión que compartían hacia el más reciente miembro de la familia. Por más que las cuatro mujeres Bonaparte discutieran y se pelearan entre ellas, nada las unía más que su odio mutuo por la esposa de Napoleón.

Miré de reojo a Julia, cuya atención se centraba en el bordado que tenía sobre el regazo. Me era difícil reconciliar las críticas hacia Josefina con la mujer esbelta y elegante que había conocido en París el invierno anterior. Era ligera de ropas, cierto, hasta el punto de llevar un atuendo inapropiado para el clima helado, pero se había comportado con cierta elegancia e incluso con algo de dignidad. En definitiva, una forma distinta del estilo descarado y ostentoso de estas mujeres Bonaparte.

—Una mujer de la calle hubiera sido una mejor opción; probablemente habría sido más joven. —Paulina Bonaparte soltó una carcajada por su ocurrencia—. Josefina no es más que una vieja y usada *horizontale*.

Ninguna de las tres hermanas estaba interesada en el bordado que tenía sobre las piernas. Estábamos sentadas en un salón amplio de la embajada. Chismorrear era toda la distracción que necesitaban.

Estábamos en Roma. José acababa de ser nombrado

embajador de Francia en el Vaticano. Mamá, Nicolás, Julia y yo nos reunimos con él, así como sus tres hermanas y su madre. Yo estaba emocionada con nuestra aventura romana, entusiasmada por ver la antigua capital junto con mi hermana, explorar la ciudad eterna de calles estrechas y sinuosas, los palacios rebosantes de arte y los festivos cafés al aire libre.

Por su parte, Josefina había rechazado de manera abierta unirse al viaje con la familia, aunque Napoleón seguía peleando en Italia y esa estancia la aproximara a su marido. Hasta ahora, en todos esos meses de matrimonio sólo habían pasado unas cuantas noches uno en compañía del otro, las noches posteriores a la ceremonia de su boda. Desde entonces, su marido había estado fuera, amasando una impresionante serie de victorias que le habían otorgado más fama y aplausos en París. Había dirigido a sus ejércitos a lo largo de Italia, hasta cerca de la fortaleza austríaca de la ciudad medieval de Mantua, y ahora Napoleón estaba preparado para derrotar a los Habsburgo en una campaña que, al final, los haría retroceder más allá de las fronteras de su propio imperio.

—Sabéis tan bien como yo por qué Josefina no está aquí —dijo Carolina Bonaparte. Era ya tarde y una ligera lluvia gris golpeteaba las altas ventanas que se alineaban sobre la pared del salón—. Ya tiene un amante. Es de dominio público en París. Se trata de un dandi que se llama Hippolyte Charles.

Leticia alzó los brazos, indignada, aunque yo estaba segura de que nada de lo que sus hijas pudieran decirle era una novedad para ella. Parecía que la mujer tenía incluso más espías que su hijo el general.

—¿Y ésa es la mujer con quien mi hijo eligió casarse? Si podría tener cualquier mujer en Francia. ¡La podría haber elegido a ella! —Leticia hizo un gesto en mi dirección.

Las tres hermanas asintieron y balbucearon sus disculpas mientras yo me concentraba en el jarrón que trataba de dibujar.

Se había convertido en un tema de conversación habitual ridiculizar a Josefina. Parecía que Leticia y las hermanas Bonaparte la despreciaban en la misma medida en que me aprobaban a mí. «Lo más probable —pensé— es que esto se deba sencillamente a

que yo no soy Josefina.» Sospechaba que su actitud hacia mí habría sido muy distinta si me hubiera convertido en la señora de Napoleón Bonaparte. Pero como no fue así, ocupaban sus días con los lamentos frecuentes por que su Napoleón había elegido a Josefina en lugar de elegirme a mí.

—Con toda probabilidad, ya estarías embarazada —indicó Carolina; la delicadeza no era uno de los rasgos característicos de la familia Bonaparte. En ocasiones, yo le manifestaba a Julia mi asombro de que su marido fuera diplomático, era el último oficio que hubiera imaginado para cualquiera de sus hermanas o su madre.

—No entiendo en qué estaba pensando —continuó Paulina—. Ella dice que no podría venir a Italia en caso de que estuviera embarazada, que el viaje sería muy difícil. ¿Cree que nos puede engañar? ¡Si estuviera embarazada, ya lo sabría! No está encinta. Es demasiado vieja. ¡Es sólo trece años más joven que tú, madre!

Ella asintió con la cabeza con esa nueva angustia.

—Mientras tanto, mi pobre hijo está solo, con una esposa que se niega a visitarlo. Tú lo hubieras visitado, ¿no es cierto, Désirée? Claro que lo hubieras hecho, aquí estás.

Me removí incómoda en mi asiento y aparté la vista de mi boceto para mirar a Leticia y después a Julia.

—Parece que Nicolás y mamá están pasando un momento agradable en su paseo. Me arrepiento de no haber ido con ellos.

Mi madre y mi hermano habían ido a pasear por los jardines de la Villa Borghese, pero Julia y yo no habíamos querido acompañarlos, no teníamos ganas de caminar bajo la lluvia. Sin embargo, aquí sentada con las mujeres Bonaparte lamenté mi decisión.

—Jardines. ¿Quién necesita ver otro jardín? —Leticia se encogió de hombros.

—¿Sabéis qué he oído? —Elisa volvió al tema de su cuñada—. Una vez, durante una cena, antes de estar con Napoleón, cuando todavía era la puta de Barras, se quitó el vestido en una apuesta. Se quedó desnuda, como Dios la trajo al mundo, ¡y puso su vestido en una balanza para demostrar que no pesaba más que dos monedas!

—Todas estas discusiones de cómo la Revolución dio origen a los *sans-culottes*... ¡Lamento el día en que creó a las *sans-chemises*! —Leticia tosió y lanzó un escupitajo de color marrón en la escupidera que tenía al lado.

—Odio pensar que está en París. Ya sabéis que con cada victoria que Napoleón envía al Directorio, sólo la colocan más alto —declaró Paulina.

—Sí, lo sé. Me pone enferma. La llaman Nuestra Señora de las Victorias. Pero no hace nada para apoyar a su marido —refunfuñó Leticia.

—¿Y qué hay de sus pobres hijos? —intervino Elisa—. El hijo y la hija de su primer matrimonio, Eugène y Hortense, creo que se llaman. No es que la *Horizontale* se quede en París para ejercer de madre para ellos. Todos saben que tiene al hijo en una academia militar y a la hija en un convento. ¡Qué espanto dejar que las monjas eduquen a tu hija!

Aparté los ojos de mi dibujo para intercambiar una mirada con Julia; a lo largo de casi toda nuestra niñez habíamos sido criadas y educadas por monjas en un convento. Pero no dijimos nada.

—¿Sabéis que nuestro hermano paga los colegios de los dos? Como si esos niños fueran su responsabilidad. Y mientras tanto ella festeja en París con su amante y se burla de Napoleón en secreto —agregó Carolina, inclinándose hacia delante—. Gasta el dinero de nuestro hermano. ¿Sabéis que está redecorando la casa?

—Eso he oído. Cada vez que mi pobre hijo gana un poco de dinero, ella lo dilapida.

Me pregunté cuánta de esta aversión se debía simplemente a que ahora Josefina recibía la atención, el amor y la fortuna de Napoleón, disminuyendo así lo que les tocaba a ellas.

—¿Sabéis que ha mandado renovar su mansión? Hasta ahora sólo en el comedor se ha gastado una fortuna. ¡Y su habitación! ¡Escuchad esto! Ha contratado a un artista para que pinte murales de cisnes y rosas, y he oído que el costo ya ha superado... —Paulina se interrumpió cuando José entró al salón. Estaba cansado de sus diatribas y les había dicho que, por el bien de Napoleón,

más les valía hacer las paces con su cuñada. Julia apoyaba esa opinión y por lo tanto yo también, pero las hermanas sólo la respetaban cuando él estaba presente.

—Buenas tardes, señoras. —José cruzó la habitación. Primero le dio un beso a Julia, luego a su madre. Después se dirigió hacia mí—. Désirée, hola. ¿Tu madre está aquí?

—No —respondí—. Ha salido con Nicolás.

—Bien —asintió—, ¿puedo hablar contigo? —Echó un vistazo de reojo a sus hermanas y a su madre; por supuesto, todas estaban atentas a nuestra conversación—. Quizá en algún lugar privado. ¿Me acompañas a mi despacho?

—Por supuesto.

Dejé mi dibujo y miré a Julia, cuya expresión me decía que no sabía de qué me quería hablar su marido.

Seguí a José por el largo corredor hasta su despacho de paneles oscuros.

—Toma asiento, por favor. —Señaló una de las pesadas sillas que estaban frente a su escritorio de roble y despidió a su secretario. Me senté—. He recibido noticias de mi hermano.

Advertí que ahora José se comportaba con un aire arrogante, como si la creciente gloria de Napoleón también se extendiera a él. Seguía siendo afable, pero había adquirido la costumbre de hablar con el pecho hinchado y la barbilla proyectada hacia delante.

—¿Sí? —No entendía qué tenía que ver eso conmigo.

—Como sabes, ha estado luchando como un demonio por toda Italia.

Asentí, leía los periódicos. Estaban llenos de artículos que elogiaban el genio militar de Napoleón y las numerosas victorias que acumulaba, una tras otra. «Bonaparte vuela como el rayo, ataca a los enemigos de Francia como un relámpago.» Sospechaba que él mismo era quien ofrecía la mayor parte del discurso.

—Por fin ha decidido que incluso él tiene derecho a un pequeño respiro —dijo José—. Descansará un tiempo en Milán y yo iré a reunirme con él.

Seguía sin tener ni idea de qué tenía que ver ese asunto conmigo.

—Mientras estemos ahí, nos encontraremos con el nuevo comandante militar francés en Roma, un hombre que se llama Duphot. El general Léonard Duphot.

Un ligero nudo de inquietud empezó a formarse en mi estómago; esperé a que mi cuñado continuara.

—Dejaré que sea Napoleón quien te lo diga —agregó José, y levantó un papel que tenía frente a él: una carta de su hermano.

Reconocí la caligrafía familiar de Napoleón: «Duphot me ha comunicado su deseo de comprometerse con tu cuñada. Considero que será una alianza ventajosa para ella».

Leí las palabras, luego las leí por segunda vez, segura de que mi asombro se me reflejaba en el rostro. Bajé la carta y miré fijamente a José.

—Ya... No te sorprendas tanto, querida niña. Sólo quiere lo mejor para ti.

No respondí. Advertí que mis manos estaban manchadas de gris por mi dibujo. Me froté las palmas sin decirle nada.

—Eres afortunada —afirmó José con un tono tranquilizador —. El matrimonio de tu hermana conmigo te ha puesto en relación con el hombre más poderoso y amado de Francia. Serías muy necia si no aprovecharas las relaciones de los Bonaparte para lograr una buena unión. Duphot tiene riqueza y poder. Es un buen partido.

Lancé un resoplido sarcástico, un pequeño balbuceo de risa incrédula.

—Además —continuó—, Duphot ya tiene un hijo, así que no estarás muy presionada. Si le das un hijo tuyo, es muy probable que te libere de tus responsabilidades conyugales. Podrías seguir viviendo tu vida como te placiera.

Mis pensamientos se arremolinaron en mi mente, pero no respondí nada.

—¿Qué... qué opinas? —inquirió José, jugueteando con los papeles que estaban sobre su escritorio.

Me tomé un momento antes de preguntarle en voz alta:

—¿No se me permitirá al menos conocerlo primero?

—¡Por supuesto! —José golpeó el escritorio con los nudillos —. ¿Por quién nos tomas? ¿Crees que te casaríamos sin permitirte

conocer antes al novio? Claro que queremos que conozcas a Duphot.

Supuse que José esperaba algún tipo de reconocimiento por eso, pero yo no estaba de humor para ello.

—Duphot se reunirá con nosotros en Milán tan pronto como pueda ausentarse de sus deberes militares. Y no será el único. Finalmente, Josefina se ha dignado a honrarnos con su presencia.

Supuse que, por el tono irónico, José sentía el mismo desagrado por la esposa de su hermano que el resto de su familia. Después de todo, como encargado de las finanzas familiares, sabía de los costosos murales de cisnes, las nuevas mesas de mármol, los rumores sobre sus amantes y las fiestas libertinas. Pero era un diplomático, nunca mostraría sus cartas ni se arriesgaría a enemistarse con su hermano. Quizá eso lo hacía más peligroso para Josefina.

—Entonces, estamos de acuerdo. Nos reuniremos todos en Milán y tú conocerás a tu nuevo pretendiente —dijo José—. ¿No es maravilloso?

El palacio Serbelloni, donde nos alojaríamos durante nuestra estancia en Milán, era una construcción impresionante, lo bastante grande como para alojar a una ciudad entera. Llegamos al palacio por la mañana y nos quedamos boquiabiertos conforme nuestro carruaje cruzaba las altas rejas de hierro hacia el patio cercado. La planta baja del *palazzo* hacía alarde de un enorme vestíbulo decorado con columnas de mármol y ribetes de oro, candelabros de cristal y un elevado techo abovedado; sus dimensiones y aspecto eran dignos de un templo antiguo más que de una residencia familiar.

Pero lo más espectacular de este palacio, el lugar que Napoleón había escogido de entre todos en Italia para reunirse con Josefina, eran las flores. Napoleón nunca fue el tipo de hombre que pasara por alto un solo detalle, así que ordenó que llevaran arreglos de flores recién cortadas para cubrir cada superficie de las enormes habitaciones. Puertas altas daban a terrazas que llevaban,

a su vez, a los verdes e inmensos jardines, donde la vegetación había sido plantada y podada con los cuidados de un experto. El ambiente que rodeaba al *palazzo* estaba cargado de ricas fragancias de miles de pétalos exuberantes.

Igual de impresionante era la forma en la que el palacio estaba lleno de arte: ricos óleos de la Madonna, pasajes del Antiguo y el Nuevo Testamento, referencias a destacados momentos de las antiguas Grecia y Roma. Las habitaciones, grandes como eran, estaban repletas de estatuas y bustos, pergaminos y antiguos libros forrados en piel. Era un lujo, una opulencia que jamás había presenciado, y recorrí sin prisa un enorme salón tras otro, absorbiendo cada extravagante escena con asombro renovado.

Llegamos después de Napoleón pero antes que Josefina y, tan pronto como nos dio la bienvenida, noté que nuestro anfitrión estaba enojado. Observé su mentón tenso, la manera rápida en la que besó a su madre antes de hacerle una seña a José para tener una conversación en privado, y supuse que no estaba contento por la ausencia de Josefina.

Me instalé en mis habitaciones: un pequeño vestidor, un amplio dormitorio con paneles en las paredes y espejos altos, una gran cama con dosel y ventanas de suelo a techo con vistas al patio delantero del *palazzo*. Ahí seguían entrando más carretas, cuyos vagones iban cargados con más pinturas y estatuas. ¿De dónde provenía este tesoro?, me pregunté. ¿Y dónde pensaba ponerlo Napoleón? Mientras un pequeño batallón de sirvientes se disponía a organizar mi guardarropa y efectos personales, decidí bajar a explorar las demás estancias.

En la planta baja entré a un salón doble; el espacio, de alto techo, era vasto y silencioso, sólo se oía el sonido de mis zapatos golpeando el pavimento de mármol. Advertí más *objets d'art* dispuestos de manera aleatoria por toda la habitación: un arpa, tres bustos de bronce, varios jarrones de terracota. Me detuve frente a la estatua de mármol de un hombre: su cabeza estaba cubierta por gruesos rizos; su musculoso brazo izquierdo, levantado en señal de

triunfo; sus hombros, cubiertos por una capa. Lo que más me asombró de esa estatua fue que el hombre estaba desnudo por completo; un bosquecillo de pelo se arremolinaba alrededor de su miembro viril, que estaba expuesto. No pude resistirlo, me incliné para verlo de cerca.

—¿Te ha impresionado? —La voz de Napoleón me tomó por sorpresa; me encogí y levanté la mirada. Había entrado por el otro extremo del gran salón y ahora caminaba hacia mí. Sentí que me ardían las mejillas.

—Sólo... me preguntaba... sobre todo este arte.

—¿Lo estás considerando como uno de tus modelos? —inquirió, examinándome. Me removí, incómoda. Así que recordaba mi interés en la pintura—. Quizá ése sería un tema de estudio más apropiado. —Napoleón sonrió y señaló el óleo de una escena pastoral donde las ovejas se alimentaban en las proximidades del pastor, que dormía.

—Sí —dije asintiendo.

Por un momento me miró como el joven soldado en Marsella. Pero ya no era ese hombre, recordé en un reproche silencioso. Ni siquiera tenía el mismo nombre que ese joven. Me aclaré la garganta, me enderecé y pregunté:

—¿Todas estas obras de arte ya estaban aquí en el *palazzo*?

—No, yo las he reunido. —Napoleón caminó hacia mí, contemplando su tesoro de un lado a otro—. De cada ciudad que he saqueado. Esos principados italianos... son una vergüenza de riquezas. Y ahora todo regresará a Francia, para la gloria de nuestra nación. Pienso instalarlo todo en el palacio del Louvre.

Me sorprendió la descarada confiscación de estos bienes, pero estaba aún más asombrada por la manera tan desvergonzada en la que lo admitía.

—Pero... parece un tesoro invaluable.

—Lo es.

Entrecerré los ojos y lo estudié.

—¿No les molestó que os lo llevarais?

—No tenían mucha opción sobre este asunto. Estaban derrotados y yo era el vencedor. Además, nosotros somos la tierra

de la libertad, no esos dogos y esos obesos sacerdotes italianos corruptos. Ellos se ríen de estos botines. En Francia es donde celebramos los ideales de la Antigüedad, el incesante esfuerzo del hombre por mejorarse. A Francia le pertenecen las grandes obras de la humanidad, y yo soy el líder que las llevará a ella. Instauraré en el Louvre un gran palacio lleno de las mejores obras de arte del mundo.

Otra voz nos interrumpió.

—Napoleón… —José apareció en el umbral—. Ya ha llegado.

Todos sabíamos a quién se refería. Napoleón asintió, me miró primero a mí y luego a su hermano.

—Bien. Me habría enojado si ella hubiera retrasado mi cena.

Estábamos reunidos afuera cuando se oyó el traqueteo de la comitiva de Josefina, que cruzaba las rejas hasta el enorme patio delantero del *palazzo*. Seis carruajes cargados con baúles y muebles, sirvientes y vestidos. Napoleón estaba de pie entre su madre y José, con el ceño fruncido y los brazos cruzados: un general que examinaba la llegada de una fuerza inminente.

Mientras estábamos ahí parados, lo estudié. Napoleón había engordado realmente; los rasgos de su rostro espigado, que alguna vez fueron marcados y angulares, estaban cubiertos de carne suave. El vientre de su antes estrecha figura ahora colgaba por encima de su cinturón y sus pantalones bombachos le iban apretados.

No sabía en qué carruaje viajaba Josefina, pero un sirviente con peluca saltó de la parte trasera de uno de ellos y abrió la pequeña puerta. Sentí que mi cuerpo se tensaba cuando Josefina bajó del carruaje.

Si Napoleón había engordado alrededor de la cintura, ella, al contrario, no había subido nada de peso; sin ninguna duda, no llevaba a un bebé en esa figura tan fina. El mal humor de Napoleón aumentó al notarlo. Al descender del carruaje, las plumas de su tocado rozaron el techo dorado de la puerta. Llevaba en sus brazos desnudos a su pequeño pug, *Fortuné*.

—¡Oh, Bonaparte! ¡Al fin! ¡No creerás lo agotador que ha sido

este viaje!

Los sirvientes bajaron en procesión y empezaron a descargar sus docenas de baúles, joyeros, vestidos, los cojines de seda del perro y otros artículos personales. Se dirigió hacia su esposo, pero Napoleón no hizo ningún movimiento y dejó que Josefina llegara hasta él. Ella se lanzó a sus brazos.

—No puedo decirte cuánto te he extrañado —dijo ella con voz suave.

—Es curioso —respondió alejándose de su abrazo, sin sonreír —. ¿Me has echado de menos, pero no te has molestado en escribirme, mucho menos en reunirte conmigo hasta ahora? Barras me dijo que casi tuvo que obligarte a subir al carruaje.

Josefina se irguió, miró de reojo a Leticia, luego a mí y recobró la compostura. Esbozó una sonrisa tranquila e inamovible y miró a su esposo de nuevo con sus ojos de color avellana.

—Mi querido Bonaparte —dijo, poniendo su mano desnuda sobre el pecho de él—. Por favor, no me digas que después de todo lo que hemos tenido que pasar para estar juntos, ahora deseas pelearte conmigo. Puedo pensar en docenas de otras formas mucho más placenteras de celebrar nuestro encuentro.

No sé si estas palabras apaciguaron su enfado, pero la expresión de Napoleón siguió como una máscara imperturbable. Sólo les hizo un gesto a los empleados para que llevaran los objetos de Josefina al *palazzo*. Después tomó a su esposa del brazo y la llevó rápidamente al interior, sin siquiera mirar a ninguno de nosotros.

No sirvieron la cena hasta más tarde y Napoleón llegó a la mesa con Josefina; ambos parecían tensos. La ayudó a sentarse en el extremo opuesto de la mesa y nos dijo a todos que empezáramos.

—¿Puedo hacer un brindis? —propuso Josefina, con los ojos fijos en su marido—. Por el general Napoleón Bonaparte, el primer hombre de Francia.

—¡Salud! —exclamó José, levantando su copa.

Su madre y las hermanas también levantaron las suyas a

regañadientes y tomaron un sorbo de vino tinto. Tenía cuerpo y era suave, una agradable combinación de frutas y especias. Parecía que las obras de arte no eran el único tesoro que Napoleón les había arrebatado a los italianos.

—Creo que has estado comiendo y bebiendo muy bien por todo París en honor de mis victorias —declaró Napoleón, y se sirvió una gruesa porción de jabalí asado.

Si el comentario mordaz la lastimó, Josefina no lo mostró; por el contrario, sonrió con dulzura y tomó un poco de vino. Napoleón se volvió hacia su hermana Paulina, que estaba sentada a su derecha.

—¿Qué piensas de la comida, Paulette?

—Deliciosa —respondió, ufanándose de que la llamara por el nombre que su familia usaba de modo cariñoso; agradeció a su hermano la porción de carne que le ofrecía.

—Me alegra que algunos de vosotros apreciéis los esfuerzos que he hecho para organizar la reunión de nuestra familia en una casa tan cómoda.

Paulina miró de reojo a su cuñada. Después, para mi sorpresa, sacó la lengua y le hizo una mueca a Josefina. Yo pateé el pie de Julia debajo de la mesa y ella asintió con sutileza para indicarme que también había visto el insulto. No pude evitar contemplar a Josefina, ansiosa por ver cuál sería su respuesta. Ella le devolvió la mirada a Paulina, pero su rostro permaneció inexpresivo, impasible.

Justo en ese momento, un sirviente abrió la puerta del comedor y entró con una enorme bandeja de langostas, camarones y almejas. Mientras el hombre avanzaba, el pequeño pug *Fortuné* entró corriendo detrás de él. Al ver a su ama, de quien al parecer había estado separado, el perro empezó a ladrar de manera frenética y se lanzó en su dirección.

—*¡Fortuné!* —Josefina aplaudió, encantada ante la repentina aparición de su mascota. El perro atravesó corriendo el salón hacia ella. Al hacerlo, golpeó las piernas del sirviente e hizo que éste perdiera el equilibrio. La bandeja de mariscos que sostenía en las manos se inclinó antes de caer al suelo; la porcelana se hizo añicos

y las almejas y los tomates guisados salpicaron la alfombra.

Súbitamente más interesado en el festín que estaba a su disposición, el perro dio la espalda a Josefina y se abalanzó sobre la comida.

—¡*Fortuné*, no! —Josefina se levantó de la mesa y corrió hacia su pequeño perro.

Los sirvientes que estaban alrededor contuvieron el aliento y se apresuraron hacia el tumulto. Paulina gritó. Leticia elevó los brazos al aire y exclamó:

—¡La langosta! *Dio mio*, ¡qué desastre!

Josefina levantó al perro, que ladraba sin cesar. Napoleón se puso de pie, con el rostro en llamas, y caminó hacia Josefina y el perro, que se retorcía entre sus brazos. *Fortuné* ladraba como un poseso, desesperado por liberarse de su dueña y abalanzarse de nuevo sobre el aromático festín.

—¡Que Dios me ayude! ¡Josefina, mataré a esta criatura y la arrojaré al fuego de la cocina si no te deshaces de él ahora mismo!

El perro le gruñó a Napoleón y Josefina estrechó con más fuerza ese cuerpo gordo que no paraba de contorsionarse.

—Ha sido un accidente —repuso en una súplica mientras su perro ladraba, desafiante.

—¡Otro accidente sería dejarlo fuera esta noche y que los lobos se encargaran de él! —gritó Napoleón.

Josefina estalló en lágrimas y salió corriendo del comedor; el perro seguía ladrando entre sus brazos.

Napoleón permaneció ahí donde ella lo había dejado. Miró a su hermano y luego a su madre, quien murmuraba en un italiano inaudible. Se quedó como suspendido, reflexionando. Al cabo de un momento, arrojó su servilleta, maldijo en su lengua materna, giró sobre sus talones y salió en la misma dirección que Josefina.

Quienes nos quedamos en la mesa terminamos de comer en silencio mientras los sirvientes seguían limpiando el revoltijo del suelo. No habría mariscos para la cena, eso estaba claro.

Paulina rompió el silencio; no podía creer que ella, unos años más joven que yo, siempre hablara con una confianza tan descarada.

—¿Habéis escuchado lo que ha dicho mi hermano? —preguntó mirando a su madre—. Que ella sólo aceptó venir porque Barras la metió en el carruaje.

Leticia asintió.

—Y ahora él puede ver que no es porque esté embarazada.

—Claro que no está embarazada, *la vieille*, la vieja —replicó Carolina mirando a Paulina, quien rápidamente mostró con una risa burlona que estaba de acuerdo.

—No entiendo qué le ven de maravilloso ni por qué las modistas de París se deshacen por confeccionarle vestidos —añadió Paulina, bebiendo un sorbo de vino—. Ni siquiera puede pagarlos.

—Acepta sobornos —intervino Elisa—. Les promete a los hombres de París que les presentará a Napoleón a cambio de dinero o reconocimiento.

Paulina cruzó los brazos e hizo un puchero infantil.

—Yo soy tan hermosa como ella; es sólo que tiene más experiencia que yo.

—No te gustaría tener el tipo de experiencia que ella tiene —indicó José con la mandíbula tensa—. Bien, ya es suficiente. Hemos viajado mucho para llegar aquí. Terminaremos de cenar y nos iremos a dormir.

Después de la cena subí la escalera junto a Julia mientras los sirvientes apagaban las velas detrás de nosotros. Cuando llegábamos al final de la escalera, oímos un escándalo apagado, unos gritos que atravesaban las anchas paredes de la habitación de Josefina.

—Vamos —dijo Julia tomando mi mano y acelerando el paso. Me apresuré detrás de ella, pero en ese momento me di cuenta de mi error: no eran gritos lo que se oía detrás de la puerta, sino el gemido de ambos haciendo el amor.

Ni Napoleón ni Josefina bajaron a desayunar a la mañana siguiente; por fin, aparecieron a la hora de la comida. Josefina se presentó a la mesa con una sonrisa relajada, las mejillas sonrojadas y un pañuelo rojo atado al cabello *à la créole*, dejando que sus rizos

oscuros le enmarcaran el rostro.

La comida transcurrió en un silencio incómodo. José habló un poco sobre los jardines y Julia estuvo de acuerdo con que un paseo por los alrededores del palacio sería agradable. Estábamos en el comedor más informal y Josefina se sentó junto a su esposo, claramente refugiada de nuevo bajo su favor. Durante toda la comida intercambiaron miradas cómplices y susurros, sus cuerpos se inclinaban el uno hacia el otro, tocándose con frecuencia y soltando risitas por los gestos que intercambiaban por debajo de la mesa.

Cuando terminamos la comida, que consistía en salmón hervido y ensalada, Napoleón echó su silla hacia atrás y golpeó la mesa con la palma de la mano.

—¿Me acompañáis al salón de música? —Alzó una ceja hacia su hermano—. Josefina desea tocar el arpa para nosotros.

Los seguimos a la amplia sala de música, donde al frente había un arpa brillante de hoja de oro y una silla a su lado. Habían dispuesto otros asientos en hileras delante del instrumento; me senté junto a mi hermana y su marido. Josefina se colocó junto al arpa y le sonrió a su esposo; se serenó un momento y luego empezó a puntear las cuerdas.

La música era lenta y Josefina cerró los ojos mientras la interpretaba. Tocó una serie de escalas rápidas, una melodía etérea y rítmica que provocó un gesto de aprobación por parte de Napoleón. Por supuesto, recordé las palabras que me había escrito: «… las habilidades de una mujer en la música deben ser una prioridad; debemos ser disciplinados y aspirar a la grandeza. Si se domina, la música puede alegrar el alma».

Nunca toqué un instrumento para él y nunca me pidió que lo hiciera.

—¡Bravo! —exclamó Napoleón desde su asiento mientras los dedos de Josefina se movían de manera rápida y hábil; sus brazos esbeltos iban y venían sobre las cuerdas del instrumento.

Elisa estaba sentada junto a mí y se inclinó para murmurarme al oído:

—Dicen que tiene algunos trucos de alcoba gracias a sus

habilidades con el arpa. Zigzags, alguna magia que realiza con las manos.

Paulina escuchó el comentario y soltó una risita, lo que provocó que Napoleón lanzara una mirada asesina en nuestra dirección. Cuando la interpretación terminó, Napoleón se levantó aplaudiendo.

—*Magnifique!* —Se volvió hacia nosotros para asegurarse de que todos expresáramos nuestra apreciación—. ¿Alguna vez habíais visto tanta destreza y talento?

Aplaudimos con amabilidad, pero Josefina sólo miraba a su esposo.

Él cruzó la habitación hacia ella y la besó en los labios frente a todos. Después la levantó de su silla y la tomó en sus brazos.

—Ahora, mi pequeña criolla, ¿qué tal si me ofreces una actuación privada? —preguntó. Se la llevó del salón entre risas y no volvimos a verlos el resto de la tarde.

Era un día caluroso y atípico. La casa estaba tranquila porque todos se habían retirado a hacer la siesta. Yo no estaba cansada y decidí explorar un poco el *palazzo* para observar las obras de arte confiscadas y estudiar un poco más las pinturas que Napoleón había recopilado.

Caminé sola por la planta baja, ni un solo sirviente estaba a la vista. Únicamente el sonido de la fuente exterior viajaba por el aire y cruzaba las puertas abiertas de la terraza. Advertí que Josefina había dejado unos papeles esparcidos por todos lados en cada uno de los salones. Cartas, en concreto cartas que Napoleón le había escrito desde hacía meses hasta los primeros días de su campaña italiana.

Conocía su caligrafía y sabía lo que se sentía al recibir cartas como ésas. Al principio me resistí al impulso de leerlas; pensé en lo embarazoso que sería si alguien me sorprendiera haciéndolo. Pero conforme seguí atravesando los salones, las cartas continuaban apareciendo, abiertas sobre las mesas, las sillas y las repisas de las chimeneas, a los ojos de todos. Josefina había sido descuidada,

pero yo sospechaba que había sido intencionado; después de las peleas en público de los días anteriores, quería mostrarnos a todos el alcance del amor de su esposo y la profundidad de su afecto, por si alguien creyera que su posición era vulnerable.

Al final, hice a un lado mi anterior determinación y eché un vistazo a una de las notas que había sobre la mesita de mármol. Mi corazón se contrajo al perderme en la caligrafía inclinada tan familiar. No pude evitar sentir que mis propias cartas habían sido parte de otra vida, escritas por la misma mano, pero por un hombre distinto, por un niño en realidad. Porque, aunque la caligrafía seguía siendo la misma, Napoleón nunca me había escrito con la profundidad de sentimientos que ahora mostraba en su carta a Josefina.

La nota comenzaba con un tono que me resultaba conocido, con oraciones no mucho más efusivas que las que anteriormente me había enviado a mí:

> *Eres el constante objeto de mis pensamientos. Mi mente no puede evitar imaginar lo que estás haciendo ahora.*

Pero, después, los sentimientos de Napoleón aumentaban de intensidad:

> *¡Mi incomparable Josefina! Lejos de ti no hay felicidad. En medio de mis ocupaciones, a la cabeza de mis tropas, tú sigues siendo el único centro de mi corazón. Me has arrebatado mucho más que el alma, me has robado a mí mismo, mi libertad, puesto que tú eres el único pensamiento en mi vida.*
>
> *¿Con qué tipo de arte has hechizado mis sentidos? Es brujería, amada mía. Vivir por Josefina es la única historia de mi vida ahora.*

Luego, de manera sorprendente, el confiado Napoleón, tan seguro de sí mismo, perdía de pronto la seguridad e incluso se volvía celoso:

> *Si me amaras como yo te amo, me escribirías dos veces al*

día. En su lugar, charlas con tus pretendientes y ocupas tu hermosa mente en chismes ociosos. Si tuvieras algún sentido de la moral, estarías en casa pensando en tu marido, viviendo por él. Mil dagas destrozan mi corazón. Padezco al imaginar que otros hombres te tocan...

Morir sin que tú me ames nunca más, morir con la incertidumbre, eso es un tormento del infierno. Mi vida es una pesadilla perpetua; si te pierdo, pierdo toda alegría.

Y más adelante, con la misma rapidez con la que se había vuelto inquieto y celoso, cambiaba de nuevo a un tono conciliador y amoroso, incluso arrepentido. Con miedo a molestarla, escribió:

Miles de besos para ti, mi alma. Mi vida. Un beso en tu corazón, luego más abajo..., después mucho más abajo.

Era tierno, optimista:

Te imagino constantemente, te veo con una barriguita redonda. Te cuidaré, me aseguraré de que no te falte nada. Tu comodidad es todo lo que me importa en esta vida.

Su esfuerzo por tratar de provocarle celos me pareció por completo obvio e infantil:

Quinientas o seiscientas hermosas damas han tratado de cautivarme; ninguna tenía el dulce rostro que he grabado en mi corazón. Sólo te vi a ti.

Y después utilizó un vocabulario que me hizo sonrojar, aunque no fuera yo la destinataria. Mi mente se echó a volar, pero no podía imaginar al hombre que conocía hablando de esa manera. Sin embargo, ahí estaba:

Sabes cómo recuerdo y extraño mis visitas a tu pequeño bosque negro. Lo beso mil veces y espero impaciente el momento en que pueda estar de nuevo en su interior. Vivir dentro de

Josefina es vivir en el paraíso. Sería tan feliz ahora mismo si pudiera desvestirte… Besos en tu boca, tus párpados, tus hombros, tus senos. ¡En todas partes, en todas partes, en todas partes!

Aparté la mirada del papel mientras mi mente me daba vueltas al imaginar a este Napoleón como un amante devoto y apasionado. La carta se agitó en mis manos temblorosas y supe que había leído demasiado, mucho más que demasiado, de hecho. La coloqué despacio sobre la mesa de mármol. Alcé la vista al espejo que estaba frente a mí. En ese momento la vi, parada detrás de mí, reflejada en el espejo.

—Has encontrado mi carta —dijo Josefina, sus labios se extendieron en una lenta sonrisa—. Qué bien. La he buscado por todas partes.

—¿Por todas partes? —repetí incrédula—. Pero si tus cartas están esparcidas por todos lados. No había que buscar mucho.

Josefina se encogió de hombros y cruzó la habitación hacia mí. Llevaba un vestido sencillo de gasa de color crema, el bajo escote estaba bordado con puntadas de oro y plata; su cabello iba peinado *en diadème* con una trenza oscura entretejida alrededor de su cabeza, como una corona. Me di cuenta de que iba descalza cuando caminó lentamente sobre la alfombra de Aubusson.

—Napoleón no me dejó descansar anoche y hoy tengo la cabeza en las nubes. —Extendió el brazo y puso su mano sobre la mía. Su piel era cálida y suave—. ¿Puedo? —preguntó arqueando una ceja, pidiéndome el papel que yo tenía en la mano.

—Claro. —Lo solté y desvié los ojos.

—Gracias. —Después, en voz baja, agregó—: Por supuesto, tú sabes qué se siente al recibir este tipo de cartas. Es tan romántico…

«No soy un hombre romántico», me había dicho.

Me miró con intensidad un momento más y después bajó la vista a la nota que tenía en la mano.

—A veces pienso que se volverá loco de tanto amarme.

No pude evitar darme cuenta, a esa corta distancia, de la calurosa riqueza de color miel de sus hombros desnudos, de sus brazos. Su piel era suave, sin imperfecciones, y olía un poco a

alguna fragancia floral, quizá a flor de naranjo.

Alzó la mirada y atrajo mis ojos hacia ella.

—¿Sabes, Désirée?, nos encanta tenerte aquí. Pensamos que es muy especial tu relación tan cercana con Julia. Y ambos deseamos verte felizmente casada. —Apoyó su mano sobre la mía de nuevo—. Tu caballero llegará cualquier día de éstos. Duphot. No puedo esperar a saber qué piensas de él.

«¿Lo conocía?», me planteé, pero no le daría la satisfacción de preguntárselo a ella.

—Dale una oportunidad, es todo lo que te pedimos. Es un general hábil. Tiene... experiencia.

Era una afirmación curiosa y me pregunté qué querría decir con ello. Pero, sobre todo, dudé si esta reunión con Duphot había sido en realidad concertada por Napoleón, como había dicho José, o por Josefina.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos en ese momento por un terrible ruido en los jardines. Parecían animales luchando a muerte. Josefina y yo nos volvimos hacia las puertas abiertas de la terraza.

—*¿Fortuné?* —Josefina se quedó sin aliento y salió corriendo hacia los jardines. Su falda de gasa se arrastraba detrás de ella como si fuera un río—. ¡No! ¡No! ¡Alejadlo de mi perro! ¡Fuera, bestia!

Seguí a Josefina y enseguida observé lo que ella veía: un perro mucho más grande —supuse que era un mestizo que pertenecía a alguien del servicio doméstico; ya lo había visto caminando por el terreno— tenía a *Fortuné* entre sus enormes mandíbulas y meneaba al pequeño pug como la presa de una cacería. *Fortuné* se retorcía de dolor en las fauces del perro, gemía de una manera que me hacía preguntarme cuánto más viviría tras un ataque así. Incluso yo, que no sentía ningún cariño por el pug, no pude evitar lanzar un grito de horror al presenciar la pelea.

—¡No! ¡Suéltalo! —Josefina corrió hacia donde peleaban, lista para arrojarse sobre la bestia feroz, pero de repente Napoleón apareció con el cocinero y sujetó a Josefina mientras el trabajador se acercaba a los perros—. ¡Detenedlo!

El cocinero logró sacar al pug del hocico del mestizo, pero para entonces *Fortuné* había dejado de quejarse. Sólo los gritos de Josefina llenaban los jardines. El cocinero miró hacia el pequeño perro, su cuerpo estaba flácido; los ojos, vacíos.

Napoleón soltó a su esposa y le permitió que corriera hacia el cuerpo inerte de su mascota.

—¡No! —chilló, abrazando a su perrito—. ¡No! ¡Ayudadle, ayuda!

Pero no había nada que hacer. Josefina lloró, su rostro estaba manchado, incrédulo; miró a su esposo.

—Tienes que hacer algo, ¡ahora!

Napoleón se encogió de hombros y contempló a su mujer; su expresión era comprensiva pero resignada.

—Así son las batallas, mi pequeña criolla. Matas o te matan.

Capítulo 13

MILÁN
INVIERNO DE 1797

Duphot llegó al palacio Serbelloni la noche siguiente, justo para acompañarnos a la hora de la cena. De inmediato comprendí lo que Josefina quiso decir cuando lo describió como un hombre con experiencia. El general Léonard Duphot era viejo. Muy viejo.

Durante la cena se sentó junto a mí, pero pasó toda la velada ocupado en conversaciones militares con Napoleón. Para mí fue un alivio. No tenía mucho que decirle a ese hombre, que habría sido mayor que mi padre si éste estuviera vivo.

Después de la cena, Duphot me pidió que lo acompañara a pasear por los jardines; todos los ojos del salón estaban fijos en mí y sentí que no tenía más opción que aceptar. Dejé que me ayudara con mi manto y accedí a la proposición de su brazo extendido. Cruzamos las puertas hacia la arcada. Mientras caminábamos por el estrecho sendero empedrado, oí el borboteo de la fuente combinado con los sonidos de la ciudad. Después, desde el interior de la casa se escuchó un canto e intuí que Napoleón le había pedido a Josefina que ofreciera otro concierto. No me sentí terriblemente decepcionada de habérmelo perdido.

Andábamos, Duphot y yo, a lo largo de una hilera de arbustos. A la débil luz que nos iluminaba procedente del *palazzo*, podía distinguir la silueta de mi compañero. Parecía claro que, en su juventud, Duphot había sido corpulento, puesto que seguía siendo fuerte, incluso a su avanzada edad. El uniforme militar le sentaba bien y se erguía con dignidad. Pero el cabello en sus sienes era delgado y blanco, y advertí cómo tosía con frecuencia durante la cena, como si tuviera algún problema en los pulmones o de

digestión. ¿Cómo podría ser mi marido un hombre así?

—Cuando Bonaparte me habló de vos, me dejó intrigado. —Duphot seguía tomándome del brazo y me guiaba por el sendero, lejos del palacio—. Vos provenís de una familia respetable, los Clary. Conocí a su padre. Vuestra dote no es insignificante y Napoleón me aseguró que vos erais agradable a la vista. No mintió.

Estaba furiosa y consideré mi respuesta. ¿Sería una locura aceptar un cumplido como ése? ¿Duphot entendería mi acto de cortesía como una aceptación tácita de su cortejo? No lo sabía. Pero, antes de decidirlo, él continuó:

—Os mostraré la gentileza de la sinceridad, señorita Clary. Ambos ganaríamos mucho con... un arreglo entre nosotros.

Me detuve. A través de la débil luz pude ver que me miraba directamente a la cara. Luego se inclinó hacia mí.

—Sé que os tuvo como amante, pero no lo utilizaré en vuestra contra. Parece que pocas personas han sido capaces de resistirse a él cuando se fija un objetivo, sin importar cuál sea.

Tragué saliva y bajé la vista, mortificada por todo lo que ese hombre sabía y decía. Él continuó:

—Os brindaré la protección del matrimonio y mi buen nombre.

Vi un banco varios metros más adelante y caminé hacia él.

—Si... si me disculpáis, creo que tengo que sentarme.

—Por supuesto. —Duphot me siguió hasta el banco y ambos tomamos asiento. Al cabo de un momento, añadió—: No os pediré mucho. Ya tengo un hijo. ¿Qué edad tenéis?

La cabeza me daba vueltas, pero respondí:

—Tengo... Acabo de cumplir veinte años.

—Ah, muy bien, mi hijo tiene justo vuestra edad.

Hice una mueca. ¿Cómo podía convertirme en la esposa de un hombre tan viejo y madrastra de un joven de mi misma edad?

—¿Os dais cuenta de lo que esto significa para vos? —preguntó. Negué con la cabeza. Cuando Duphot habló, lo hizo lentamente, con el tono de un maestro que imparte con paciencia su sabiduría a un pupilo—. Quiere decir que no estoy desesperado por tener un heredero. Ya tengo uno, y está sano y robusto. Muy

pronto él tendrá sus propios hijos y mi legado estará asegurado. Si vos me dierais un hijo más, yo estaría por completo satisfecho, incluso agradecido, y con mucho gusto os aseguraría vuestra independencia. —Hizo una pausa como si esperara mi muestra de aprecio. Al no responderle, continuó—: También sería generoso, tanto en lo material como en cuestiones de comportamiento. No gobernaría vuestros pasos ni limitaría vuestros placeres. Me atrevería a decir que la mayoría de las jóvenes hermosas saltarían de alegría ante una oferta así.

Me removí incómoda junto a él. ¿El hombre me proponía matrimonio o estaba realizando un intercambio pragmático de bienes en el mercado? Alguna vez Napoleón me dijo que no era romántico; sin embargo, su cortejo parecía tierno en comparación con Duphot. Al menos, Napoleón y yo estuvimos alguna vez enamorados.

—¡Ah! Pero ¿os preguntáis sobre la infantil noción del amor? —Por su tono, pude adivinar que sonreía, una sonrisa condescendiente, como si supiera mucho más que yo—. Seamos francos también en ese tema. El amor no es esencial para un matrimonio exitoso. Al menos no entre marido y mujer, estrictamente hablando. Veréis, señorita, yo ya tengo una amante. Hemos estado juntos muchos años. No pretendo perderla. Así que, como os digo, vos también seréis libre. —Puso una mano sobre mi hombro—. Siempre y cuando tengáis cuidado de no quedaros encinta de otro hombre, no dictaré sobre vuestra manera de elegir cómo vivís vuestra vida. Pero escuchad mi advertencia: no consentiré el descuido. Si os quedáis embarazada de otro hombre, no reconoceré al niño como mi hijo. No pagaré por su crianza ni su educación. En ese caso, no protegeré vuestra reputación. Soy un hombre razonable, un hombre liberal, un hombre cultivado; pero no soy tonto ni deseo ser un cornudo en público.

El asombro me dejó muda; mi corazón se golpeaba contra mi pecho. Era demasiado; deseaba huir de esa conversación, de ese lugar. Ese anciano, ese desconocido llamado Duphot… Quería alejarme lo más posible de él.

Lo que me decía era terrible. Pero, para ser justa, él no me

debía nada. Yo era joven e ingenua, pero lo suficientemente sensata como para comprenderlo, para entender los tiempos en los que vivíamos. Acababa de decir que era un hombre razonable y todo lo que hacía ahora era intentar negociar desde el punto de vista de la razón, no del corazón.

Pero ¿Napoleón? ¿El hombre que alguna vez dijo que me amaba? ¿De verdad había buscado arreglar mi matrimonio con un hombre como ése? ¿Y José había formado parte en este acuerdo también? ¿En serio yo les interesaba tan poco? En ese momento me di cuenta de que mi presencia constante junto a Julia era una carga para ellos. O quizá era un estorbo para Josefina. Era una mujer segura de sí misma, confiaba en el favor de su esposo y no me halagaba que me considerara su rival. Aun así, ¿a quién le gustaría tener a la antigua amante de su esposo todos los días en su presencia? Querían que me casara, que sentara la cabeza, que me estableciera.

Duphot continuó, sacándome de mis lúgubres pensamientos para regresar a los oscuros jardines.

—Hablaré con vuestra madre y vuestro hermano cuando hayamos regresado a Roma. ¿Estamos de acuerdo?

Respondí su pregunta con otra pregunta:

—¿Tengo otra opción?

Rio y se levantó.

—Supongo que tendremos que saber qué dice vuestra madre. En realidad, Désirée, pensad en ello de manera práctica. Sois joven. Vuestro padre está muerto. No sois virgen. Y sois una mujer, una mujer a quien el hombre más poderoso de Francia desea ver casada. ¿Qué más podéis esperar?

Cuando terminó esa semana en Milán, Duphot anunció que me acompañaría de regreso a la embajada romana, junto con José y Julia. Asumiría su cargo como comandante militar de Roma, un puesto que le asignó Napoleón, y continuaría cortejándome.

Leticia volvería a París con sus tres hijas, a una mansión alquilada que Napoleón había adquirido para ellas cerca del

palacio de las Tullerías. Él y Josefina partirían a Mombello, donde él planearía su siguiente etapa de lucha contra los italianos y sus aliados Habsburgo.

—Deseo regresar a París —anunció Josefina en la cena de nuestra última noche—. La vida en estos caminos italianos no me favorece. Tuve fiebre al venir aquí y me enfermo sólo de pensar que debo volver a subir a ese carruaje.

Pero Napoleón no quiso hablar del tema; lo rechazó rotundamente, insistiendo en que necesitaba la compañía de su esposa. Ella permaneció en un silencio taciturno el resto de la cena. Más tarde oímos gritos que provenían de su habitación, chillidos, ruidos secos como si arrastraran muebles, pero no estaba segura de si ésos eran los ruidos de su discordia o de su reconciliación. Quizá de ambas cosas. De cualquier modo, cuando el cortejo de Napoleón salió del palacio de Serbelloni a la mañana siguiente, camino a su próxima conquista italiana, Josefina estaba sentada junto a su marido. No sentí tristeza al verlos partir.

Nuestro pequeño grupo regresó a Roma poco después de Navidad. El invierno ahí era mucho más agradable que en París; yo lo apreciaba, pero, por lo demás, estaba muy desanimada. Tan pronto como regresamos a la residencia del embajador busqué a mi madre y le confesé mis sentimientos acerca de ese pretendiente experimentado.

No me sorprendió que ella considerara la situación de manera tan pragmática como Duphot.

—¿De qué te quejas? —preguntó. José estuvo de acuerdo y se puso de su lado. Sólo Julia comprendía mi punto de vista.

—¿Cómo puedo casarme con un hombre como él? —me lamenté—. Podría ser mi padre. ¡Y está enamorado de otra mujer!

—El amor tiene muy poco que ver aquí —explicó mi madre.

—¡Pero tú amabas a papá! —exclamé.

Mi madre se encogió de hombros.

—Para lo que me sirvió...

—Julia ama a José —continué.

—Con el tiempo, lo respetarás. —Fue todo lo que mi madre pudo responder.

Así, Duphot siguió visitándonos en nuestro *palazzo* y yo debía recibirlo cada vez que se presentaba.

A diferencia de nuestros compatriotas franceses, los romanos seguían venerando a su Iglesia, por lo que en Roma la Navidad era una época festiva y de celebración. Los sirvientes de la casa prepararon un gran banquete en la embajada, con interminables platos de pescado y postres de chocolate bañados en licor. Pero yo no tenía ganas de celebrar nada. Cruzamos la ciudad para asistir a la misa de gallo, las campanas de la basílica de San Pedro tañían con estruendo su llamada.

Roma, a diferencia de Francia, aún conservaba el antiguo calendario cristiano. Los días previos al Año Nuevo, la ciudad bullía de festividades; en las fuentes públicas brotaba vino y grandes multitudes se reunían en las calles decoradas con palmas para cantar, bailar y divertirse.

Nos despedimos de José, a quien su hermano había enviado en una misión diplomática a Parma, en el norte. Mi madre y Nicolás fueron esa tarde a misa para rezar por el próximo año. Malhumorada, me negué terminantemente a acompañarlos. Julia, solidaria conmigo y triste por la partida de José, permaneció en el *palazzo* para hacerme compañía.

Esa noche oí que el ruido que provenía de fuera de nuestras rejas se volvía cada vez más fuerte; supuse que las celebraciones del Año Nuevo se hacían más tumultuosas. Julia y yo nos sentamos en la sala, taciturnas.

Había caído la noche y el *palazzo* estaba oscuro y en silencio, salvo por las pocas velas que habíamos encendido. Como eran días festivos, les dimos la tarde libre a los sirvientes para que pudieran ir a sus casas más temprano a celebrar las fiestas con sus familias.

Julia leía y yo jugaba al solitario con un juego de cartas, apartada junto al fuego. Fuera, los gritos en las calles se hicieron tan ruidosos que ambas nos miramos.

—Parece que algunos de ellos han bebido demasiado vino —dije, tratando de no darle importancia, aunque el ruido empezaba a ponerme nerviosa. Y no sólo era por el volumen, ahora la cercanía de los gritos de varios hombres me hacía pensar que estaban justo debajo de nuestras ventanas. Crucé la habitación y abrí un poco las cortinas. Me quedé sin aliento ante la escena que tenía frente a mis ojos.

—¿Qué pasa? —Julia bajó su libro.

—Hay... hay hombres que están escalando la reja de la casa —respondí.

—¿Qué? ¿Por qué? —Julia se levantó de su silla y se acercó a la ventana.

—*Morte ai francesi!*

—*Tiranni!*

—*Addio, francesi!*

—*Figli di puttana!*

Julia y yo nos miramos, nuestros rostros expresaban un terror compartido. Aunque gritaban en italiano, las palabras eran lo suficientemente similares al francés como para poder deducir su significado. Esos hombres en las calles no estaban celebrando nada, protestaban. Y el objeto de su protesta era la ocupación francesa y su embajada.

—¿Qué... qué hacemos? —preguntó Julia.

Mamá y Nicolás no habían regresado. José estaba en Parma. Los sirvientes no estaban en la casa.

—Nicolás regresará pronto —indiqué con voz débil.

Pero Julia negó con la cabeza y señaló a la turba.

—Mamá y Nicolás no podrán cruzar la reja en el carruaje. Sería una locura siquiera intentarlo.

—Subamos —propuse—. Encerrémonos en la habitación.

Miré de nuevo a través de la fina cortina: los hombres seguían escalando la reja y ahora varios de ellos habían saltado el muro que daba al patio delantero.

—¿De verdad piensan atacar el palacio? —pregunté, y se me heló la sangre. Era parecido a lo que la turba había hecho en Francia, cuando asaltaron palacios amurallados y monasterios, e

incluso cárceles. ¿Habíamos sobrevivido al Terror en nuestro propio país sólo para morir ahora a manos de una turba italiana iracunda y embriagada?

En ese momento, una puerta crujió al abrirse. El sonido provenía de algún lugar cercano dentro del *palazzo*. Todo mi cuerpo se tensó.

—¿Quién está ahí?

—¿Désirée?

Era una voz de hombre. Casi lloré, nunca en mi vida hubiera imaginado que me sentiría tan entusiasmada por la llegada de Duphot.

—¡Oh! ¡Gracias a Dios que estáis aquí! —Corrí hacia él, todo mi cuerpo se relajó de alivio—. ¿Cómo habéis podido entrar?

Duphot fijó su mirada adusta en la ventana, claramente consciente de lo que Julia y yo habíamos visto.

—He entrado por la reja trasera, por el pasaje de los sirvientes. La multitud está reunida en la parte delantera.

—Esperemos que mamá y Nicolás hagan lo mismo —dijo Julia.

Pero Duphot negó con la cabeza.

—No, sería una locura tratar de entrar. Yo iba a pie y me pude escabullir. Un carruaje jamás tendría la misma suerte. Están furiosos; la mayoría están borrachos, son unos insensatos. Gritan consignas que no tienen sentido. Piensan que Francia tiene la culpa de su hambre, aunque Napoleón sólo desea darles la libertad. Sus sacerdotes y príncipes les roban cada semana y ellos únicamente nos culpan a nosotros.

Tomé la mano helada de Julia y entrelazamos nuestros dedos.

Duphot parecía tranquilo, pero enojado, una furia inflexible y callada: la determinación de acero del veterano endurecido en las batallas.

—Esto es un insulto para toda Francia. Terminaré con esto antes de que suban. —Puso la mano en la correa de su mosquete, sobre su hombro—. Quedaos dentro.

Duphot dio media vuelta y abandonó la habitación por la puerta por la que acababa de entrar. Julia y yo regresamos a la

ventana para mirar hacia la calle. La muchedumbre crecía. Al cabo de un momento, una silueta salió para enfrentarse a ellos; reconocí a Duphot. No podíamos oír sus palabras, pero estaba claro que les gritaba.

Los italianos también vociferaban, con los brazos en alto, los rostros enfurecidos iluminados por las antorchas que llevaban. La mano derecha de Duphot se detuvo sobre el mosquete que llevaba al hombro. Seguía sin poder oír lo que decía, pero advertí que sus gestos expresaban cada vez más resolución.

Junto a mí, Julia respiraba con dificultad.

—¿Qué dice?

—No lo sé —respondí.

—Debería entrar.

Varios hombres empezaron a empujar a Duphot y él alzó los brazos para defenderse. Gritaba. Entonces uno de ellos trató de quitarle el arma y el anciano intentó hacerlo retroceder. Eran demasiados. Duphot se defendía, pero la turba se cerraba a su alrededor. Ya no podíamos ver sus movimientos. Julia tomó mi mano y en su apretón helado sentí que compartía mi miedo.

Después la oímos: una explosión que rasgó la noche romana. Hubiéramos podido pensar que se trataba de la pirotecnia para celebrar el Año Nuevo, pero la multitud comenzó a chillar aún más fuerte y empujaba como una manada de bestias feroces. Luego se oyó otro disparo, y un tercero. Aunque la noche era oscura y la muchedumbre densa, tanto Julia como yo supimos de inmediato que Léonard Duphot había muerto.

Capítulo 14

París
Invierno de 1798

El invierno siempre me ha parecido una estación insoportablemente cruel, con el viento cortante y helado, y la opresión del bajo cielo plomizo. Sin embargo, caminar seguía siendo la mejor forma de encontrar un poco de distracción entre el caos de pensamientos lúgubres y turbulentos que me persiguieron desde Roma hasta París. Desde luego, la casa de Julia y José era encantadora y cómoda, y me habían convertido en parte del entramado cotidiano de su vida familiar con calidez y hospitalidad. No obstante, me asaltaban ataques de increíble soledad, episodios de desasosiego y melancolía. Incluso en las amplias habitaciones de su espaciosa residencia, la pena me acechaba por todas partes.

No había querido casarme con Duphot y, desde luego, no me había enamorado del anciano. Nada más lejos de eso. Era un general marchito con un hijo adulto y una amante establecida que le había dado una familia. Pero eso no borraba el horror que sentí al presenciar su violento asesinato. Eso no significaba que su muerte no acechara mis pensamientos, tanto si estaba dormida como despierta.

Abandoné Italia justo después del levantamiento y regresé a París con mi hermana y su esposo, pero tampoco ahí me sentí como en casa. Las pesadillas que habían comenzado en Italia me persiguieron hasta la helada capital francesa. Como había sucedido antes, en las épocas de disturbios, andar se convirtió en una suerte de refugio temporal, una distracción momentánea, al menos. Esa tarde de enero, antes de salir de casa de Julia, me puse mi manto más grueso, una pesada capucha y un manguito de pieles

esperando que las imágenes de la caótica ciudad pudieran acaparar mis reflexiones y ofrecerme la distracción que tanto necesitaba.

Pocas veces planeaba el camino que tomaría y a menudo deambulaba por calles que me llevaban al Sena, donde las aguas plateadas del ancho río acarreaban toda suerte de personas y botines desde los rincones más apartados de nuestra República y mucho más lejos. Paseé a lo largo de la margen derecha, observé la dársena, absorta en mis pensamientos, mientras los marineros y comerciantes descargaban salmón y quesos de Normandía; lavanda de los cálidos y soleados campos de Provenza y barriles de vino rojo ciruela de Borgoña. Aquí, con el viento que se deslizaba sobre el río, el aire olía más limpio que en el resto del centro de la ciudad, donde las calles estrechas apestaban a desechos humanos y animales, a los penetrantes aromas de los fuegos de las cocinas, a lana húmeda y a demasiados cuerpos sin lavar.

Durante ese particular día de enero, mi preocupación se debía a la actividad de aquella noche: un baile. Una fiesta para celebrar la reciente victoria de Francia y la paz con Austria. Un gran baile en honor de Napoleón y, por lo tanto, de su amada Josefina.

Desde luego, ahora que José estaba instalado con firmeza como el constante compañero y consejero más leal de Napoleón, no había manera de que Julia y yo, los otros miembros de la familia de José, nos arriesgáramos a rechazar la invitación, y por lo tanto estaba obligada a asistir.

Pero me daba miedo. Mientras que nuestro gobierno, el Directorio, era extremadamente impopular, la estrella de Napoleón brillaba cada vez con más fuerza. Se le reconocía la restauración tanto de la gloria como de la paz de nuestro devastado país. Tanto Napoleón como Josefina habían regresado del frente italiano a la cabeza de un tremendo e interminable desfile de la victoria; pueblos enteros salían a las calles a vitorearlos y permitían que Napoleón saqueara antiguas iglesias y palacios para que su comitiva se hiciera cada vez más pesada con tesoros y arte invaluables.

No obstante, por entusiastas que fueran las multitudes a su paso, nada se comparaba con el frenesí con el que la ciudad de

París le había dado la bienvenida a su hijo adoptivo favorito. Ahora que estaba de vuelta en la capital, la ciudad había decidido cambiar el nombre de la calle donde vivía Napoleón de rue Chantereine a rue de la Victoire, la calle de la Victoria. Al Niño General también lo llamaban «Hijo de la Revolución», con la hermosa Dama de la Victoria a su lado. Aunque la mitad de París moría de hambre, sin pan ni leña en los oscuros meses de invierno, y aunque Josefina hubiera gastado casi medio millón de francos en la renovación y decoración de su mansión, los Bonaparte financiaban ahora, con recursos del gobierno, un baile fastuoso.

Para la velada me puse un elegante vestido azul zafiro y lucí rubíes centelleantes esparcidos en mi cabello y alrededor del cuello. José nos acompañó a Julia y a mí hasta la enorme casa de su hermano, donde se esperaba que otros quinientos invitados llegaran en carruajes y carrozas.

José se quedó boquiabierto cuando entramos en el patio.

—¡Es magnífico, lo ha hecho! —exclamó y nos explicó la escena que teníamos enfrente. Habían organizado el lugar para que pareciera un campamento militar, lleno de soldados uniformados y fogatas, como un cuadro, junto con cañones y caballos de guerra—. Para que todos tengamos una idea de lo que nuestros jóvenes viven en el frente —continuó mientras nos acompañaba por la escena nevada hacia las amplias puertas principales.

Entramos a la mansión. Noté que en el vestíbulo de techo alto hacía calor comparado con la fría noche. Los enormes salones estaban iluminados con velas y las paredes cubiertas de obras de arte, sólo una pequeña parte del botín que se había cobrado Napoleón en Italia. Miles de flores frescas llenaban las grandes habitaciones con su fragancia, combinada con el perfume de las damas y la aromática comida que colmaba los platos de las mesas del banquete. Napoleón se había quejado alguna vez del rechazo que había sufrido por parte de la sociedad parisina; no obstante, todos los ciudadanos más importantes de la capital asistían esa noche a la ceremonia en su honor. Algunos nobles que habían vuelto hacía poco y militares de alto rango se mezclaban con las damas de sociedad y los funcionarios del gobierno. Todos

conversaban en un bosque de árboles vivos, cientos de los cuales habían sido plantados en macetas sólo para el evento.

José señaló al ministro de Exteriores francés, Charles de Talleyrand, que estaba rodeado por un séquito en la ancha escalera doble del centro del vestíbulo; el pasamanos estaba decorado con mirtos recién cortados.

—No hay señales de él todavía. Estoy seguro de que desean hacer una gran aparición cuando todos los invitados hayan llegado.

Napoleón nunca llegaba tarde, al menos no de manera intencionada, así que ni Julia ni yo teníamos que preguntar a quién se refería cuando dijo «gran aparición».

Se presentaron poco después; entraron por las anchas puertas principales hasta el luminoso vestíbulo, que estaba abarrotado. Josefina iba al lado de Napoleón, llevaba un vestido sencillo de gasa blanca muy diáfana; su cabello castaño estaba enmarcado con una tiara de diamantes, que sin duda era muy similar a una corona. De modo inusitado, no lucía su acostumbrada sonrisa, sino que tenía los labios apretados. Yo sabía que gastaba mucho más dinero sólo en maquillaje que lo que la mayoría de los trabajadores en Francia ganaba en un año, por lo que me pareció curioso que esa noche, en un evento tan importante, no se hubiera maquillado con su resplandor habitual. Fijó su pálida mirada al frente, hacia la multitud, y no hacia su esposo, que estaba junto a ella.

La sala repleta quedó en silencio cuando ambos entraron. Toda la energía cautivante y vivaz se convirtió en una atención impaciente cuando los músicos dejaron de tocar. Incluso el cristal de las copas de champán dejó de tintinear. Cientos de invitados observaron al militar, engalanado con sus medallas, la escarapela tricolor y el famoso bicornio en la cabeza.

Napoleón recorrió la sala con la mirada, como un general que valora las posiciones en el campo de batalla. Tuve la impresión de que evaluaba el rostro y nombre de cada individuo presente para determinar, incluso entre cientos de personas, quién se había atrevido a rechazar su invitación.

Poco después, detrás de ellos entró una joven; su pequeño cuerpo estaba envuelto en un vestido sencillo del mismo estilo que

el de Josefina.

—Hortense. La hija de Josefina y el fallecido vizconde. La hijastra de Napoleón —explicó Julia, murmurando a mi oído.

Hortense no parecía mucho más joven que yo. Calculé que tendría entre quince y dieciséis años, y volvió a asombrarme la diferencia de edad entre la mujer que Napoleón había elegido para ocupar mi lugar y yo.

Talleyrand fue el primero en acercarse a la pareja, parecía saborear cada momento de ese teatro político. Le dio la bienvenida a Napoleón y le dijo que la orquesta había preparado una canción especial para honrarlo a él, pero también para honrar a Josefina. Asintió hacia el director de orquesta y éste levantó el arco de su violín; los músicos tomaron sus instrumentos.

Era una melodía alegre de tono militar. Muy pronto se unieron los cantantes con la letra que habían escrito especialmente para esa ocasión. Los rasgos tensos de Josefina se suavizaron y pronto esbozó una sonrisa al escuchar la canción que habían escrito en su honor: «Al ocuparte de su felicidad, enalteces el compromiso de Francia».

La cena no se sirvió hasta altas horas de la noche, poco antes de las doce. Para ese momento, los invitados ya habían disfrutado de mucho vino y champán, y el estado de ánimo era festivo de verdad.

Napoleón se sentó en un extremo de la mesa central con Josefina a su lado. Ella jugueteaba con el tenedor y comía poco, mientras que Napoleón gozaba del festín con entusiasmo.

Talleyrand hizo el primer brindis; levantó su copa y dijo:

—Esta noche honramos a la ciudadana que lleva el nombre más amado para el hombre que nos da la gloria. La amada compañera del conquistador y héroe de Francia. ¡Por Josefina!

La sala estalló en vivas de aprobación. Napoleón asintió despacio y miró a Josefina, quien ofreció una discreta inclinación de cabeza al ministro de Exteriores. Pero, de alguna manera, su brillo característico parecía mermado esa noche. Me pregunté si alguien más se habría dado cuenta.

El banquete fue tan excesivo como el resto de la velada, pero

yo tenía poco apetito de comida muy elaborada. Los platos se sucedieron de manera interminable: salmón con pepino y eneldo, lenguado en vino blanco, gallinitas tiernas aderezadas con romero y cebolla, patatas horneadas con queso gruyer, variedades suaves y calientes de pan recién horneado, racimos de uvas y bandejas de aceitunas.

Después del banquete, Talleyrand anunció que nuestro distinguido general Bonaparte nos había brindado otro regalo, uno del que ni siquiera nosotros, los parisinos, estábamos al corriente. Un nuevo entretenimiento, una danza osada que había traído directamente desde Austria: el vals.

Napoleón y Josefina comenzaron el baile, sus cuerpos entrelazados en una proximidad desvergonzada. Ella empezó a sonreír con mayor facilidad conforme se deslizaba por el parquet al ritmo de la melodía de tres tiempos.

En el exterior, los fuegos artificiales estallaban sobre el cielo gris, iluminando la noche al formar la frase *«Vive la République!»*. Napoleón fue a buscarnos pasada la una de la mañana. José, Julia y yo bebíamos café y gozábamos de una pequeña bandeja de postres.

—Ah, hermano, ya veo que te has reunido con las dos damas más hermosas de la fiesta. —Napoleón me sonrió, sus ojos recorrieron sin recato mi cuerpo y se detuvieron en mi cintura.

Me quedé helada. «Es extraño —pensé— que Napoleón esté aquí, coqueteando conmigo; no lo había hecho desde Marsella.» ¿Por qué no estaba pegado al lado de Josefina, como era su costumbre?

—Y yo veo que has organizado una fiesta fastuosa. Digna de un rey, me atrevería a decir. —Las palabras de José eran una broma bien intencionada, no una insinuación peligrosa, y su hermano lo entendió así.

Napoleón señaló las paredes cubiertas de obras de arte y las mesas del banquete rebosantes de bandejas que los sirvientes no dejaban de llenar.

—Todo sea por la gloria de Francia. Ganar no sirve de nada si no se disfruta del éxito.

—Brindo por eso —respondió José, y aceptó otra copa de champán que le ofrecía un sirviente.

Yo también tomé una copa y Julia la rechazó. No perdía la esperanza de quedarse embarazada; por eso evitaba toda la comida y bebida que era muy pesada.

—Ahí está el hombre del momento. ¿Cómo os llaman..., «el Hijo de la Revolución»?

Todos nos volvimos al oír esa voz profunda, con un acento pronunciado y lánguido que me recordaba a mi hogar en el sur.

—¡Ah, Bernadotte! —Napoleón mostró una gran sonrisa al hombre alto de cabello oscuro que apareció de pronto—. ¿Y cómo te llaman a ti? ¿Sargento *Belle-Jambe*? ¿Sargento Piernas Hermosas?

El hombre, Bernadotte, se encogió de hombros y dibujó media sonrisa ante el apodo.

—Lo adjudico a la desesperación; debía de haber demasiados hombres ansiosos por ver un par de hermosas piernas como para fijarse en las mías.

—Pero tenemos que admirarlas —dijo Napoleón, señalando la complexión grande y corpulenta del hombre; sus piernas estaban cubiertas con los pantalones ajustados de los oficiales franceses.

—Preferiría admirar otras cosas, algo más digno. —El hombre, que sobrepasaba más de una cabeza a Napoleón, posó su mirada oscura directamente sobre mí—. ¿Os importaría presentarme a sus acompañantes?

—Por supuesto —respondió Napoleón—. ¿Dónde he olvidado mis modales?

—Sois corso, supongo que nunca los habéis tenido —bromeó el recién llegado.

—Eso significa mucho viniendo de un sureño impulsivo como tú —repuso Napoleón riendo. Después se dirigió a nosotras—: Señoras, permitidme presentaros a uno de mis mejores sargentos, un gascón incorregible, pero que no deja de ser un excelente soldado: Jean-Baptiste Bernadotte.

—Uno de vuestros sargentos, ¿eh? No sé si rechazar vuestra presentación por eso o aceptarla porque habéis agregado un

generoso cumplido.

—En Italia estabas bajo mis órdenes —indicó Napoleón.

—Hice mucho más contra esos alemanes que sólo estar bajo vuestras órdenes, jovencito. —Bernadotte esbozó una amplia sonrisa que dejó ver una hilera pareja de dientes blancos. De hecho, eran sorprendentemente hermosos, algo poco común—. Cuando nuestro Bonaparte necesitó ayuda contra los Habsburgo en Italia, yo guie a mis hombres entre tormentas de nieve y a través de los Alpes para ayudarlo a salir del atolladero.

—Eres un soldado valiente y un héroe de Francia, de eso no hay duda; pero por ahora ten cuidado con lo que dices y saluda a estas damas, Bernadotte —advirtió Napoleón—. Ella es Julia Bonaparte, la esposa de mi hermano José. Y ella es la hermana de Julia y una vieja amiga muy querida, Désirée Clary.

Ambos me contemplaron, pero yo fijé la mirada en Bernadotte.

—¿Una *vieja* amiga? No parece muy mayor, Bonaparte. Señorita Clary, es un placer conoceros. —Tomó mi mano y la besó sin dejar de mirarme fijo—. Aunque seáis amiga de Bonaparte.

—Es interesante —intervino Napoleón, moviéndose inquieto e inclinándose hacia mí—. Aquí estamos, un par de hombres de clima caliente, congelándonos hasta los huesos en un París dejado de la mano de Dios, pero en compañía de dos mujeres del sur.

—¿De verdad? —Bernadotte arqueó una ceja y me examinó con curiosidad.

—Venimos de Marsella, señor —respondí.

—Ahí la conocí... A las dos —explicó Napoleón—. Hace muchos años.

Bernadotte ignoró el comentario de Napoleón sin dejar de mirarme.

—Una ciudad que conozco bien.

—¿Ah, sí? —Ladeé un poco la cabeza. Napoleón estaba cerca, inclinado en mi dirección, pero mi cuerpo buscaba el de Bernadotte.

—En una de mis primeras misiones —comentó Bernadotte— me enviaron a Marsella. El gobernador real solicitó las tropas para

mantener el orden. Estuve a cargo de un escuadrón de hombres con la infantería de marina.

—Sí, es hombre de mar, tendréis que perdonárselo. —Napoleón hizo una seña a un sirviente para que le sirviera más champán.

—¿Clary, dice? —preguntó Bernadotte.

—Sí —asentí.

—Conocí a un señor Francisco Clary cuando estuve apostado ahí. Todos lo conocimos.

—¡Era mi padre! —aclaré con entusiasmo.

Bernadotte ofreció media sonrisa; de pronto, su mirada se perdió como si recordara algo muy lejano.

—Un comerciante respetable de la zona.

Asentí levemente.

—Vuestras palabras son muy amables.

—Es la verdad. —Su vista se volvió más penetrante y sus ojos reflejaron el color zafiro de mi vestido. Sentí un ligero temblor cuando me preguntó—: ¿Os gustaría bailar, señorita Clary? Superamos a los Habsburgo en el campo de batalla; ahora ¿qué tal si los superamos en la pista de baile? ¿Cómo se llama esta novedad austríaca, Bonaparte? ¿Un vals?

No miré ni a mi hermana ni a José, tampoco a Napoleón. Sencillamente sonreí y asentí, permitiendo que Bernadotte tomara mi mano y me llevara a la pista de baile.

Bernadotte era alto, mucho más alto que yo, y su mano firme me guio con facilidad entre los triples acordes, aunque los pasos del vals me eran desconocidos. Los sirvientes iban y venían, llenando las copas y llevándose con rapidez los platos vacíos. Miré a Josefina, que estaba parada cerca de la pista de baile, conversando con Talleyrand y con su hija, Hortense. Napoleón estaba cerca, pero no junto a ella; hablaba con una atractiva dama de sociedad vestida con seda morada oscura y un elaborado tocado de plumas de pavo real. Volví a pensar que era extraño que Napoleón pasara la velada prodigando su atención a mujeres que no eran su adorada esposa.

Bernadotte habló primero.

—¿Hace mucho tiempo que sois amiga de Bonaparte?

Sopesé mis palabras antes de responder. No sabía lo que Napoleón le había comentado a este hombre, así que decidí contarle lo que era verdad, aunque quizá un poco incompleto.

—Estuvo apostado en Marsella durante un tiempo y su hermano cortejaba a mi hermana. Al final se casaron, por eso llegué a conocer bien a la familia Bonaparte.

Bernadotte aceptó mi respuesta y asintió.

—Mi primer cargo con la infantería de marina fue en Córcega. Conozco a Leticia y a los demás miembros de la familia. Todos en esa isla conocen a la implacable madre de los Bonaparte. Por supuesto, era sólo «madre» en esa época. Ahora he escuchado que es *madame Mere*. Un buen nombre francés.

—Del mismo modo en que su hijo se cambió el nombre con el que lo conocí —agregué.

—Ah, sí. —Bernadotte guiaba mis pasos de baile con tranquila elegancia a pesar de su corpulencia—. No ha venido esta noche. Me refiero a Leticia.

—Lo he notado.

—No soporta a la esposa de su hijo, así que dio una buena excusa y salió de la ciudad con sus hijas. Está peleada con su hijo, ¿lo sabía?

—¿Se han peleado otra vez? —pregunté con curiosidad—. Pensaba que se habían reconciliado.

—Leticia acusa a Josefina de derrochar el dinero de su hijo —explicó, asintiendo con la cabeza— mientras ella comparte otra suerte de... regalos... con otros hombres. Y Napoleón conoce estas acusaciones.

—¿Difunde abiertamente estos rumores sobre su propio hijo y su esposa? —inquirí—. Debe de estar furioso. —Bernadotte asintió—. Y vos... ¿cómo lo sabéis? —agregué inclinando la cabeza hacia un lado.

Bernadotte soltó una carcajada.

—Oh, vamos. Los soldados hablan más que las anfitrionas de los salones, ¿no lo sabíais?

Conocía a Napoleón lo suficiente como para saber que nunca

permitiría que los miembros de su familia difamaran a su amada. No obstante, también amaba mucho a su madre. Debía de ser una tortura para él que las dos mujeres que más quería no congeniaran. Pero estaba claro que había elegido, puesto que sólo una de ellas estaba aquí esta noche.

Cambié la conversación hacia un tema más apropiado.

—¿Vos y Napoleón erais amigos cuando estuvo apostado en Córcega?

Bernadotte asintió y lanzó una risita, quizá le vino a la mente algún recuerdo lejano.

—Cuando lo conocí no era más que un niño flacucho e insignificante, siempre merodeando alrededor de nuestro campamento como un perro callejero. Nos hacía todo tipo de preguntas sobre cómo usar los cañones y los diferentes tipos de pólvora. Poco después se fue a la academia de Brienne. Cada vez que la gloria se le sube un poco a la cabeza, le recuerdo que yo mantenía la paz en su isla, como oficial francés, antes de que él defecara en la letrina de un colegio militar. —Bernadotte se dio cuenta de su error cuando ya había pronunciado sus palabras; sus ojos oscuros se abrieron como platos por la vergüenza—. Perdonad mi lenguaje vulgar y mis pésimos modales. Para empezar, soy sólo un pobre sureño y he estado en el campo durante meses con un grupo de hombres rústicos. Olvido por completo cómo debo comportarme. ¿Me disculpáis?

—Supongo que puedo disculparos, pero únicamente porque vos no me habéis reprendido cuando os he pisado hace un momento —contesté con una sonrisa.

En realidad, estaba impresionada por la franqueza de este Bernadotte, por su confianza informal. Disfrutaba de su compañía.

También me sorprendía un poco la seguridad que mostraba este hombre con Napoleón; nunca había conocido a nadie que lo enfrentara de esa manera, ni siquiera su hermano mayor. Y desde luego tampoco Josefina, quien parecía manejarlo con delicadeza y reverencia, como un hábil marinero que aprovecha los vientos en un enorme barco y se esfuerza para establecer la ruta a su favor, pero sin dejar de reconocer, y tratar de aplazar, la superioridad de

una fuerza mayor.

Pero Bernadotte no era así. No sólo sobrepasaba a Napoleón físicamente, sino que también se burlaba de él, tanto en su presencia como en su ausencia. De forma milagrosa, parecía que Napoleón lo toleraba con excelente buen humor.

Estudié al hombre, a este Bernadotte, con más cuidado. Noté el tono cálido de su piel, el espesor de su cabello oscuro y ondulado. Deseaba que esta música alegre y extraña, este vals, continuara un poco más para poder seguir en sus brazos.

—Os puedo asegurar, señorita Clary, que mis pies no han sentido nada —dijo Bernadotte al cabo de un momento—. Sois una bailarina muy ligera.

Bajé la mirada al sentir que me sonrojaba.

—¿Y vos también os alistasteis en el servicio militar cuando erais muy joven? —pregunté.

—Era poco más que un niño cuando mi padre murió. Quería estudiar leyes, abrir un bufete en nuestra pequeña ciudad sureña, en Pau. ¿Conocéis Pau?

—No muy bien. —En realidad nunca había oído hablar de ella, pero no lo dije abiertamente.

—Está al norte de la frontera con España. Un pueblo en las montañas, enclavado en los Pirineos Atlánticos. No hay mucho que hacer ahí y mi padre nos dejó con una enorme deuda. Mi madre tenía demasiados hijos en casa y yo era un lastre, una boca más que alimentar, así que mi sueño de estudiar leyes se volvió irrealizable. Me fui y me alisté al cuerpo de la Marina Real.

Lo escuchaba con atención, me gustaba la manera en la que confiaba en mí aun cuando apenas acabábamos de conocernos.

—Un inicio humilde —comenté—. Pero esta revolución le brindó a un pobre chico sin padre de las montañas de Pau la posibilidad de ascender.

—Vos sois una Clary. Si bien recuerdo, vuestros orígenes no fueron tan humildes.

—Recordáis bien —respondí—. Aunque, por supuesto, eso nos hizo pasar momentos de angustia durante el Terror.

—Sí —dijo Bernadotte; su mirada mostraba comprensión—.

Pero todo eso quedó atrás. Con suerte, en Francia tendremos paz y prosperidad. Y un buen liderazgo.

Por instinto, ambos nos volvimos para observar la pequeña figura al centro del salón.

Recién llegado de la guerra y la victoria, el héroe de nuestra ciudad ese invierno parecía determinado a ser feliz con su esposa, y el resto de la alta sociedad de la capital siguió las reglas de buen grado. Una multitud de oficiales que acababa de llegar del frente se reunía cada noche en los salones y restaurantes, mezclándose con líderes civiles ambiciosos y encantadoras herederas, todos compitiendo para que los aceptaran en el círculo íntimo que se había formado alrededor de Napoleón. José, como su hombre de confianza y consejero más cercano, en esa época solía recibir en su casa a invitados y solicitantes, y Julia y yo nos acostumbramos a desempeñar el papel de anfitrionas improvisadas.

Unas pocas noches después del baile de los Bonaparte nos encontramos en una de esas recepciones espontáneas en la espaciosa casa de José, con Talleyrand y su camarilla de secretarios y ministros, quienes pasaron a ofrecer su respeto. Sin embargo, otro visitante llegó poco después de ellos y su súbita aparición fue una sorpresa para nosotros.

—El sargento Jean-Baptiste Bernadotte —el sirviente anunció su presencia en nuestro salón y de inmediato mi corazón latió con más fuerza.

Me enfrasqué en una conversación con Julia para tratar de parecer distraída y despreocupada. En cuestión de segundos, después de saludar a mi cuñado y a Talleyrand, Bernadotte llegó a mi lado a grandes zancadas. Lo saludé con una genuflexión y una sonrisa marcada.

—Sargento Piernas Hermosas, buenas noches —dije.

Besó mi mano y luego la de Julia.

—¿Un poco de champán, señor? —ofreció ella.

—Encantado. Gracias, señora Bonaparte —respondió Bernadotte.

Sin decir una palabra, Julia desapareció y me dejó sola con el alto y enigmático recién llegado. Estábamos junto a la chimenea y su fuego abrasador, y deseé que Bernadotte atribuyera mi repentino rubor al calor.

—Señorita Clary, me alegro de veros —dijo.

Llevaba su uniforme de oficial; el cabello ondulado le caía rebelde alrededor de su apuesto rostro.

—Por favor, podéis llamarme Désirée, señor.

Bernadotte le dio las gracias a un sirviente que le acercó dos copas de champán en una bandeja de plata. Acepté mi bebida y advertí que Julia no había regresado con nosotros, sino que conversaba al otro lado del salón con su esposo y Talleyrand. Formaban un grupo cerrado y hablaban en voz baja; presentí que Bernadotte y yo éramos su tema de conversación, aunque se aseguraron de guardar una buena distancia. Desde luego, mi hermana estaría intrigada por mi trato con este hombre; y para Talleyrand y José, como estrellas nacientes de nuestro nuevo gobierno, ¿no era asunto suyo conocer los asuntos de todos? De pronto, el fuego de la chimenea que estaba junto a nosotros se volvió insoportablemente caliente; sentí que mis mejillas pasaban del rojo al escarlata.

—¿Qué diríais si os propusiera que saliéramos un momento? —le pregunté a mi acompañante, y señalé hacia las puertas de cristal que daban a la terraza y a la oscuridad del jardín trasero.

—Después de vos —respondió Bernadotte animado.

Fuera respiré hondo el aire fresco; me sentía más tranquila en la oscuridad y a cierta distancia de mi hermana y sus cómplices. La noche era fría y clara, aunque no helada, y las estrellas sobre nosotros penetraban el cielo con luz suficiente para ofrecer un agradable brillo en la terraza. Bebí un sorbo de champán.

—Extraño nuestros cielos del sur —comentó Bernadotte, y puso su levita sobre mis hombros sin que yo se lo pidiera. Acepté el gesto y disfruté de la calidez de su cuerpo mientras sentía con agrado el viento fresco sobre mi rostro.

—Las estrellas en Marsella —repuse con nostalgia—. Nunca puedo decidirme si me gustan más en el cielo o en la forma en la

que brillan en el mar.

—En Pau —explicó Bernadotte—, en las montañas, en ocasiones sentía que lo único que tenía que hacer era alzar el brazo para poder tocarlas con la yema de los dedos.

Asentí y bebí otro sorbo. Las burbujas me hicieron cosquillas en la garganta y en el estómago, y me hicieron sentir una dulzura agradable.

—Noches cálidas —continuó él—. Cuando mi padre murió, mi madre tenía en casa a media docena de niños llorones, y yo me escabullía tanto como podía. No sabía exactamente adónde se había ido mi padre, pero tenía una vaga idea de que estaba allí... —contó señalando el cielo—. En algún lugar allí arriba. Según me dijo el sacerdote de nuestro pueblo, él nos miraba desde el cielo.

Suspiré con lentitud.

—¿Fue difícil para vos cuando vuestro padre murió? —pregunté, y recordé la muerte de mi propio padre; noté cómo nuestras pérdidas nos unían con una comprensión compartida de pena juvenil.

Consideró sus palabras antes de responder.

—Lo fue, sobre todo por la forma en que transformó a nuestra familia. La manera en que cambió a mi madre. Me parecía que, después de la muerte de mi padre, ella también estaba perdida, como si ya no tuviera esperanza; ni ella ni ninguno de nosotros.

Estas palabras me golpearon en el estómago con una sensación familiar y dolorosa, entendía a la perfección a qué se refería; recordé a mi propia madre, su miedo y padecimientos constantes desde el fallecimiento de mi padre.

—Miraba el cielo y elegía qué estrella podía ser mi padre —prosiguió—. Después nombraba a los miembros de mi familia y le asignaba una estrella a cada uno.

Sonreí en la oscuridad. Eso me gustaba, imaginarme a este hombre alto de joven, recostado sobre la hierba debajo del cielo del sur, contemplando el vasto reino de estrellas y buscando consuelo en sus propias ideas y sueños.

—Y, desde luego —dijo acercándose a mí—, siempre elegí una estrella para mí.

—Por supuesto —concedí, elevando el rostro para mirarlo—. ¿Cuál es vuestra estrella? —pregunté y miré al cielo.

—Bueno —explicó siguiendo mis ojos—. Cambia de acuerdo con la estación. Veamos. Quizá podría ser ésa —dijo señalando una luz que me parecía el extremo brillante de un cucharón—. Polaris.

—Polaris —repetí.

Entonces, antes de darme cuenta de lo que hacía, Bernadotte tomó mi mano en la suya y la levantó. Mi corazón se emocionó por el contacto de su piel cálida sobre la mía y la manera en que sus dedos estrechaban los míos. Sus labios ahora estaban junto a mi oído, y sentí sus palabras al mismo tiempo que las escuchaba.

—Pero vos también debéis tener una estrella, Désirée.

—¿Sí? —Mi voz era débil, pero mi corazón era un estruendo; sentía cómo me golpeaba las costillas y el corsé.

—Sí —respondió y recorrió con un gesto los cielos, mi mano en la suya, hasta detenerse en la luz más brillante. Resplandecía sin remordimiento, su tono era ámbar y rosado—. Venus —afirmó con tono decidido—. Ahí está. La más adorable de todas las luces del cielo. Ésa es vuestra, Désirée.

Sin darme cuenta de lo que sucedía, mi mente regresó a otra noche, con otro hombre, de pie debajo de otro cielo claro plagado de estrellas. «¿Veis la llama que pasa y esparce luz en su camino?... Venid conmigo, Désirée. ¿Veis cómo vuela la estrella? Tendréis la oportunidad de hacerlo igual que ella.»

«Qué diferentes son estos dos hombres», pensé, aun cuando la atracción que sentía por cada uno era extrañamente similar. Napoleón se había considerado una estrella fugaz, una luz brillante e invencible que se abría paso por el cielo; si tenía suerte, podría alcanzarlo y sujetarme de la cola de ese cometa para que me arrastrara detrás de su gloria. Por el contrario, Bernadotte me decía que yo brillaba con resplandor y belleza propios. Me veía a mí, a Désirée. «Qué diferencia», pensé. Y no fue la primera vez ni tampoco sería la última.

Capítulo 15

París
Primavera de 1798

La primera insinuación de la primavera llegó a París con el trinar de los pájaros y la aparición de nuevos capullos que adornaban las ramas desnudas de los castaños y los plataneros de la ciudad. Las tardes se hicieron más largas y la luz de la mañana llegaba más temprano al tiempo que gradualmente el viento era más cálido gracias a la amable y fuerte luz del sol.

Una tarde de finales de abril, Julia y yo caminábamos por los senderos frondosos del parque Monceau. Era un lugar hermoso que alguna vez había sido la propiedad privada de un noble, pero ahora pertenecía al pueblo. En el vecindario seguía viviendo gente acaudalada, incluso después de que la Revolución dejara su huella, y mansiones privadas aún formaban hileras en su contorno. El parque estaba lleno de macizos de flores y bancos de piedra, estrechos senderos enmarcados por arbustos y una elegante fuente; pero el corazón de la zona era un pequeño templo clásico con columnas y una rotonda. Fue construido en el lugar de lo que antes había sido una de las temibles cabinas reales de peaje. Aquí, los funcionarios de aduana de su majestad cobraban los pagos de paso de los sufridos súbditos. Esa odiada estructura, como mucho de lo que alguna vez perteneció a la corona, fue demolida durante la Revolución y se reemplazó por este templo inspirado en los ideales republicanos de la Antigüedad.

Pero ese día, mientras paseábamos, ni Julia ni yo pensamos en la violencia de la Revolución ni en ningún tipo de política. Ese día, nuestra conversación fue por completo distinta. Hablábamos del alto personaje de ojos oscuros, Jean-Baptiste Bernadotte.

Esa mañana, en la soleada sala de nuestra casa, me había dado una carta que ahora llevaba entre mis manos mientras caminábamos y disfrutaba de sus secretas palabras: «Has hecho que este oficial vuelva a ser de nuevo un joven soldado que no está seguro de sí mismo, como alguien que nunca ha estado al frente de una batalla. De pronto, me encuentro sin defensas, puesto que éstas se quiebran por voluntad propia ante tu sonrisa».

—Tu relación con Napoleón se terminó por culpa de Josefina —dijo Julia. Paseábamos muy juntas, cogidas del brazo.

—Sí —respondí.

—Y con Duphot..., pobre Duphot..., terminó porque, bueno, no recordemos los horrores de Roma.

—Por favor, no —convine negando con la cabeza—. Pobre Duphot. —Me persigné, un gesto instintivo desde mi infancia que ya no me ponía en riesgo de muerte gracias al gobierno más tolerante del Directorio.

—Bernadotte es un buen hombre —continuó Julia— y un general muy querido. Algunos dicen que es mucho mejor en el campo incluso que... Bueno, no importa. No me interesa lo que otros digan, sólo lo que tú digas. —Julia hizo una pausa y se volvió para mirarme—. ¿Ves alguna razón por la que las cosas entre tú y Bernadotte puedan terminar?

Pensé en la pregunta de mi hermana. Sentí que mis mejillas se sonrojaban y sabía que era inútil tratar de esconderle algo. Le tenía mucho afecto a Bernadotte y ella lo sabía. Desde que había bailado con él en la cena en honor de Napoleón, en invierno, y cuando se había presentado en casa de José y Julia, unos días después, mis pensamientos se habían centrado en el sargento Piernas Hermosas. Y en gran medida eso se debía a la determinación de sus visitas frecuentes y sus cartas para cortejarme.

Hacía poco, Bernadotte había alquilado una gran propiedad llena de sirvientes y con un terreno de muchas hectáreas, situada a varios kilómetros de la frontera sur de París. No estaba todo el tiempo en la ciudad, pero, siempre que venía, su primera parada era la casa de José. Bernadotte se había mostrado responsable y decidido en sus atenciones. Conversábamos en la sala con mi

hermana y José; disfrutábamos de juegos de cartas y risas hasta entrada la noche. En una ocasión, cuando jugó la sota de corazones para vencerme en una partida de *whist*, le pregunté arqueando las cejas:

—Decidme, sargento Bernadotte, ¿para vos es común jugar la sota de corazones?

Me miró con una expresión sincera y respondió:

—Quizá alguna vez me haya visto como una sota. Pero estos días, cuando se juega a corazones, prefiero ser vencido por una reina.

Julia y José no pudieron ocultar sus miradas llenas de sorpresa; yo volví a prestar atención a las cartas que tenía en las manos, mordiéndome el labio para controlar una amplia y resplandeciente sonrisa.

Durante las tardes agradables, Bernadotte y yo paseábamos por la ciudad, caminábamos sin prisa por la ribera o recorríamos los senderos de los jardines de las Tullerías mientras algunos sirvientes de José nos seguían en el carruaje a una distancia discreta. Julia y José me habían impuesto todas las restricciones del cortejo tradicional; con mamá y Nicolás en Marsella, consideraban que debían vigilarnos como lo harían unos padres atentos.

Al parecer, Bernadotte estaba perfectamente satisfecho con continuar un cortejo formal, quizá demasiado formal para mi gusto: aún no me había besado. Aunque su constante atención me gustaba mucho, esa situación me inquietaba. En realidad, ansiaba un beso suyo. Pensaba en eso todo el tiempo: cuando estaba con él y cuando no lo estaba. ¿Acaso no le inspiraba la pasión necesaria?

Cuando le expresé mi preocupación a Julia esa tarde en que paseábamos por los senderos empedrados del parque Monceau, ella sólo respondió con una sonrisa de satisfacción.

—¿Qué? —pregunté, puesto que había despertado mi curiosidad—. ¿Qué me estás ocultando?

Julia miró al camino frente a nosotras, parecía que estaba considerando su respuesta. Al final cedió ante mi insistencia.

—No creo que tengas que esperar mucho para conseguir ese

beso, querida hermana.

—¿Qué quieres decir? —inquirí, deteniéndome a medio paso y mirándola con atención.

Julia sonrió y, al fin, su explicación salió a borbotones: esa mañana, después de su visita de la noche anterior, Bernadotte le había pedido a José hablar en privado. Los dos hombres pasaron al despacho de mi cuñado; yo había salido a por un encargo a la floristería sin tener ni idea de que se iba a celebrar esa reunión. Después de su conversación con Bernadotte, José llamó a Julia a su estudio. Y aquí estaba yo ahora, unas cuantas horas más tarde, caminando por el parque Monceau con mi hermana.

—Ha pedido tu mano, Dési —afirmó Julia y me llevó hasta el banco de piedra más cercano.

Sentí que el corazón me daba un vuelco en el pecho. Bernadotte quería casarse conmigo. ¿Deseaba yo ser su esposa?, fue la pregunta de Julia.

Me senté a su lado en el banco y pensé en mi respuesta. Era extraño... A Napoleón lo había conocido mejor. Había pasado más tiempo con él y estuve locamente enamorada, temerariamente embelesada, como sólo una joven puede estarlo cuando no ha conocido el desengaño o la traición. Sin embargo, también recordé cómo me había tratado y cómo se había comportado una vez que estuvo seguro de mi afecto.

Desde luego, a Bernadotte no lo conocía de manera tan cercana. Después de todo, ni siquiera me había besado. Pero de algún modo confiaba en que él no me lastimaría como mi prometido anterior lo había hecho. Sentía, quizá de forma ingenua, que Bernadotte sería el buen hombre que hasta ahora había sido: a quien podría confiarle mi corazón receloso, el tipo de caballero que me gustaría tener por marido.

No traté de contener la sonrisa que estalló en mi rostro; sí quería casarme con Bernadotte. Lo sabía. Quería casarme con él más que cualquier otra cosa desde que Napoleón me había abandonado.

Julia leyó mi rostro y me tomó de las manos.

—Entonces vuelvo a preguntarte: ¿hay alguna razón por la

que José deba rechazar la solicitud de nuestro querido Bernadotte?

—Ninguna —respondí con una gran sonrisa—. No hay ninguna razón.

El día en que la primavera al fin tomó posesión de la ciudad, cuando los azafranes explotaron con sus pétalos y las hojas de los plataneros se abrieron gruesas y verdes, Jean-Baptiste Bernadotte pidió mi mano y yo, feliz, se la concedí.

—Désirée Clary, has hecho que este soldado se dé cuenta de que la vida es más que una guerra. —Me cogió de las manos cuando estábamos solos en la sala de Julia—. *Mon Dieu*, pensaba que era inmune al nerviosismo después de haberme enfrentado a los mosquetes enemigos, pero ahora me faltan... —Tragó saliva y respiró hondo antes de continuar—: Pero ahora me faltan las palabras para decirte cuánto te quiero, Désirée. Lo... feliz que me harías si..., bueno, si tú...

Vi que temblaba, vi cómo sus rasgos ingenuos se sonrojaban mientras se obligaba a mantenerme la mirada.

—Sí —dije y esperaba animarlo con mi sonrisa. Él arqueó las cejas, la esperanza se dibujaba en su rostro—. Sí, sargento Piernas Hermosas —continué—, me casaré contigo.

Al terminar la frase, me atrajo hacia él y dejó escapar un sonoro grito mientras me hacía girar en la habitación. Julia y José consideraron esta exclamación de alegría como una invitación para irrumpir en el salón, con el champán ya servido. Hubo abrazos y apretones de mano; Julia se enjugó unas lágrimas mientras me decía al oído:

—Estoy realmente feliz por vosotros.

José nos ofreció a cada uno de nosotros una copa de champán y brindó:

—Por los Bernadotte, muchos años de felicidad para ellos.

«Los Bernadotte.» Al degustar la bebida fría y burbujeante, sentí un mareo de euforia que me recorrió todo el cuerpo. Miré al hombre a mi lado, sus hermosos rasgos, su sonrisa resplandeciente y sincera, su fornido cuerpo, y me maravillé con todo lo que me

había llevado hasta ese momento.

Mientras que Napoleón había murmurado sus intenciones en la oscuridad, había expresado su cariño de manera apresurada y lo había retirado con mayor rapidez, Bernadotte había hecho las cosas con corrección. Escribió a Marsella para solicitar el consentimiento de mi madre y mi hermano. Una vez que lo obtuvo, habló con José, tal como Julia me había contado. Ahora, en ese maravilloso día de primavera, se había convertido en mi prometido.

Bernadotte no me juró un cometa; no prometió arrastrarme, resplandeciente, por los cielos. Sólo me juró que se entregaría por completo, y fielmente, a mí. Pensé que eso era suficiente.

Capítulo 16

París
Primavera de 1798

Eran las noticias más importantes que habían llegado a Francia. En los periódicos abundaban los artículos sobre ello y los rumores corrían por todas las calles y los cafés de la ciudad. Sería la campaña militar más grande, ambiciosa y remota que cualquier ejército francés hubiera realizado jamás. Una campaña que se llevaría a cabo al otro lado del mar, en las arenas del desierto. Una cruzada para capturar el legendario y antiguo reino de Egipto.

Sin embargo, ¿qué significaba eso para una joven con veinte años recién cumplidos y que, de manera repentina e inesperada, se había enamorado y planeaba casarse?

Debo confesar que muy poco, sobre todo cuando supe que mi Bernadotte no formaría parte de ese gran ejército. De hecho, había solicitado un permiso de varios meses aparentemente para descansar después de las extenuantes campañas del ejército en el Rin e Italia; pero a mí me confesaría que ésa no era la verdadera razón.

—Necesito tomar un descanso de la soldadesca y desempeñar mi papel de amante por un tiempo —admitió con una sonrisa cuando terminamos una velada de cena y juegos de cartas en casa de Julia.

Sentí que me sonrojaba; mi rostro se iluminó con una sonrisa y permití que Bernadotte me robara un beso fugaz antes de subirse al carruaje que lo esperaba.

Planeamos la boda para el final del verano. Aunque Bernadotte había alquilado una hermosa propiedad al sur de la ciudad, le confesé que yo no quería vivir en el campo, tan lejos de

mi hermana. Adorable como era, alquiló otra casa grande en París, en la rue de Monceau, a unas cuantas manzanas de la vivienda de Julia y José y a tan sólo un corto paseo de mi amado parque.

La guerra de Egipto que planeaba Napoleón me importaba muy poco comparado con la preocupación de tener listo mi ajuar y amueblar la casa en la que Bernadotte y yo viviríamos tras la boda. Sin embargo, no podía evitar escuchar los rumores y chismes que llegaban a casa de Julia por José y su hermano.

El gobierno de Francia en París, el Directorio formado por cinco personas, había caído en desgracia debido a la corrupción e ineptitud generalizadas. Napoleón, más interesado en llevar a sus ejércitos al extranjero que en pelearse por la política interna, ignoró los crecientes clamores de las personas que deseaban obtener algún cargo y discutir sobre los políticos del país de forma tan eficaz como había ignorado a nuestras tropas y a los jefes de Estado en el extranjero. Al parecer, no le interesaba; su atención se concentraba por completo en la conquista de Egipto y en terminar con el dominio británico en las rutas comerciales del Lejano Oriente.

Josefina estaba fuera de sí; lo sabía porque era el tema favorito de las hermanas Bonaparte siempre que venían a visitarnos a Julia y a mí. Paulina, en particular, se deleitaba y se hinchaba como un pavo real.

—Le ruega con insistencia que la lleve con él en campaña. Llora todas las noches. Dice que la atormenta pensar en su separación, pero todos conocemos la verdadera razón: está endeudada y sabe que sus acreedores se apartarán de ella tan pronto como Napoleón se haya ido y deje de pagar sus cuentas.

Los rumores sobre los despilfarros de Josefina eran del dominio público en todo París. Comerciantes y banqueros estaban encantados cuando aparecía su carruaje dorado, su ligero y grácil cuerpo, su sonrisa entusiasta y sus ojos de color ámbar que escrutaban las últimas mercancías. Desplegaba francos con el mismo ímpetu con que su marido desplegaba las tropas. Sólo que en sus gastos había cierta imprudencia, una sed de lujo y posesión que parecía imposible de saciar.

—Su guardarropa para una sola temporada cuesta más de lo que la mayoría de las familias ganan en toda su vida —me dijo Julia—. José no puede creerlo.

Aunque Napoleón había regresado de sus campañas italianas con verdaderos baúles repletos de joyas saqueadas —diamantes, rubíes, zafiros, amatistas—, ella seguía gastando en joyería con un apetito que rivalizaba con el de María Antonieta. En cada frasco de rubor para las mejillas gastaba lo que las viudas de nuestros soldados tenían asignado para un año completo. Sus vestidos, cientos de ellos hechos a medida por la exclusiva modista parisina Rose Bertin, establecían la moda de cada temporada. Y las renovaciones que había empezado en su casa de la rue de la Victoire habían excedido incluso las predicciones reprobatorias de su suegra; había contratado al famoso pintor nacional, Jacques-Louis David, para que creara una gran obra maestra de frescos y murales. El precio final de este proyecto, millonario, alimentaba ahora la indignación pública, incluso en una población que adoraba a su marido y que consideraba que era alguien impecable.

Al parecer, Napoleón era la única persona que se atrevía a decirle que no. Aunque nunca le negaba ninguna compra caprichosa (de hecho, hacía poco había accedido a comprar una gran propiedad, el castillo de Malmaison, en las afueras, al oeste de la capital), no le había permitido que fuera con él en su campaña a Egipto. Ella lloraba por eso. Él le dijo que Francia colonizaría ese reino, de tal modo que podía estar fuera hasta seis años, y que la presencia de su mujer sería demasiada distracción. Se llevaría a su hijo Eugène, un joven oficial que hacía poco había terminado su entrenamiento en la academia militar, pero no a Josefina. Mientras Napoleón estuviera en Egipto tendría que ejercer de general, no de marido. Ella podría viajar con él hasta su embarcación en el puerto de Tolón, pero le diría adiós en suelo francés.

Quienes los habíamos visto juntos en momentos íntimos (comidas familiares o salidas al teatro) sabíamos que su relación era más volátil y errática que nunca; los frecuentes arrebatos y lágrimas manchaban las mejillas maquilladas de Josefina. Cuando habíamos ido en familia a ver *Macbeth*, la semana anterior a la

partida de Napoleón, ella pasó todo el primer acto en el carruaje, llorando y negándose a salir.

—Es porque quería que él la esperara, que se quedara ahí sentado consolándola en lugar de ver cómo lady Macbeth es igual de manipuladora que ella —dijo Paulina, susurrando al oído de Julia y José con el suficiente volumen para que otros la oyeran.

Yo estaba encantada de tener a mi Bernadotte como refugio del histrionismo de la familia Bonaparte. Aunque nunca consideré renunciar a la intimidad que tenía con mi hermana, me gustaba pensar que podía escapar de las interacciones diarias con el resto del clan. La casa de José, como la de Napoleón, se había convertido en una colmena de actividad constante y caótica conforme se preparaban para la partida a Egipto. Napoleón no sólo llevaría decenas de miles de soldados y marineros con él, sino también a las mentes de élite de la academia francesa. Transportaría a botánicos, zoólogos, astrónomos, cirujanos, escritores y pintores como parte de su fuerza naval. José no iría, se quedaría atrás para salvaguardar los intereses de Napoleón en París, tanto con las autoridades gobernantes como con la familia Bonaparte.

Cuando Josefina y Napoleón salieron hacia Tolón, una mañana de mayo antes del alba, lo suficientemente temprano para que los espías ingleses que le seguían los pasos no advirtieran su salida de la capital, me gustó la idea de cambiar mi atención de Napoleón y Josefina a mi propio romance, uno que sin duda tenía muchos menos pleitos.

El Hôtel de Ville de Sceaux era un edificio amarillo ubicado en el centro del pueblo rural, a poca distancia en carruaje de la propiedad campestre que Bernadotte llamaba hogar. José y Julia me entregaron con la bendición de mamá.

Después de la ceremonia fuimos a la propiedad de Bernadotte para celebrar el banquete de bodas. En el jardín, bajo la sombra de un frondoso plátano y de varios castaños, mi hermana hizo un brindis por el novio. José nos deseó felicidad y después honró a su

ausente hermano Napoleón, cuyas tropas estaban en ese momento peleando contra las tribus del desierto de Egipto, con el telón de fondo de las grandes pirámides.

Josefina, que se había refugiado en Malmaison para supervisar los trabajos de remodelación del castillo, rechazó mi invitación con efusivos lamentos. Yo sabía que se moría de miedo al pensar que debería enfrentarse al clan Bonaparte unido, sin la presencia de su marido para defenderla. Mejor así, fue un gran alivio saber que el día pasaría sin tensiones.

Festejamos con champán, ostrones y faisán asado relleno de salvia y manzana. Cuando nuestros invitados hubieron quedado satisfechos, me puse de pie al lado de mi reciente marido, en nuestro amplio patio delantero, y despedí agitando la mano, feliz, a la hilera de carruajes que partía.

Cuando se fueron los últimos invitados, Julia y José, Bernadotte me miró y tomó mi mano.

—A solas con mi esposa. Al fin.

Sonreí. «Al fin», tenía razón. ¿Cuántas veces había lamentado que el matrimonio me pareciera un umbral que me habían prohibido atravesar? Apreté su mano.

—Mi esposo.

Bernadotte me llevó en brazos hasta nuestra habitación y exageró sus gestos cuando cruzamos la puerta. Sus brazos eran muy diferentes de los de Napoleón, todo su cuerpo lo era. Napoleón era estrecho y correoso, casi de mi estatura, pero Bernadotte era mucho más alto que yo. Me sentí núbil y dócil en sus brazos mientras me recostaba sobre la cama.

—Y bien, señora Bernadotte...

—¿Sí, señor Bernadotte?

Mi marido me miró con sus ojos oscuros encendidos.

—Haces que un soldado veterano se vuelva un poco tímido.

Tiré de su camisa y se la quité por la cabeza. Mi mente flotaba en un embriagador y vertiginoso torbellino de champán. Sentía nervios, impaciencia, incluso un poco de tímida modestia, pero me quedé sin aliento cuando vi su piel desnuda por primera vez. «Muerte a los reyes» estaba tatuado a lo largo de su ancho pecho.

Miré primero su cuerpo y luego su rostro; era obvio que mi expresión mostraba sorpresa.

Bernadotte levantó las manos, en un gesto de protección, y bajó la vista hacia las palabras marcadas en su piel.

—Sí. Esto es… Supongo que nunca antes habías visto un tatuaje, ¿verdad? —Asentí con la cabeza—. Me lo hice cuando… era más joven. Ése es el problema cuando te grabas la piel con tinta, que es permanente.

Estudié las letras.

—No… no esperaba esto.

—No —repuso, tomando mi mano—, por supuesto que no. Lamento mucho si te he sorprendido. —Hizo una pausa—. Pero… pero no me arrepiento de haberlo hecho.

No dije nada. La habitación estaba en silencio; el campo, más allá de nuestras ventanas, estaba muy tranquilo comparado con el tránsito de peatones y el estrepitoso ruido de los carruajes de la capital. Parpadeé y miré una vez más las palabras escritas en el pecho de mi marido. «Muerte a los reyes.»

—¿Te parece… terriblemente repugnante? —preguntó, su voz mostraba miedo.

Estudié el resto de su cuerpo, asimilando los contornos esculturales de su piel y sus músculos. Sus anchos brazos, su amplio pecho, sus hombros fuertes. Su piel bullía de deseo y me di cuenta de que la mía también.

—En absoluto —respondí con sinceridad, y me erguí un poco para que nuestros labios se encontraran.

Bernadotte aceptó la invitación de mi cuerpo y, con ese primer y largo beso entre marido y mujer, me mostró que mis temores estaban infundados; era obvio que no faltaba pasión entre nosotros. Me tomó en sus brazos y me estrechó con fuerza y determinación, atrayéndome hacia él hasta que no hubo más tela ni modestia que nos separara. Esa noche ya no hubo más conversación, al menos no de la que se expresa con palabras.

Esos primeros días les dimos muy poco trabajo a los sirvientes; rara

vez salíamos de nuestro dormitorio y de nuestra felicidad de recién casados. Nos llevaban comida en bandejas y la disfrutábamos en la cama. No me preocupé mucho por explorar la propiedad ni las enormes habitaciones de la casa, ocupada como estaba en familiarizarme con el cuerpo de mi reciente esposo y los placeres desconocidos que intentaba hacerme sentir.

Después de nuestra breve estancia como marido y mujer en Sceaux, nos mudamos a nuestra nueva casa en París. Como era frecuente con mi Bernadotte, no observaba los nuevos lugares cuando nos acercábamos, sino que me escudriñaba a mí mientras yo los miraba. Era como si sólo pudiera hacerse una opinión una vez que estuviera seguro de que yo era feliz.

—Aquí estamos, señora Bernadotte —manifestó cuando el carruaje estacionó frente a nuestra nueva propiedad.

Una reja de hierro se abría sobre un amplio patio; la mansión se ubicaba al fondo, lejos de la calle. La fachada de la casa estaba iluminada con altos ventanales con balcones y flanqueada por dos hermosas alas, o *pavillons*. La casa era amplia, más de lo que necesitábamos para nosotros dos, pero se adaptaba a la perfección tanto para recibir visitas como para, pensé ruborizándome, formar una familia.

—¿Te gusta? —preguntó. Seguía concentrado en mí cuando el carruaje se detuvo.

—Oh, Bernadotte, es encantadora.

Mi sonrisa de emoción se encontró ahora con su expresión de felicidad.

Por dentro, la casa era luminosa y la decoración elegante y de buen gusto. Quizá no tan lujosa como nuestra residencia familiar en Marsella o el *palais* de los Bonaparte aquí en París, pero sabía que estaríamos muy cómodos y que seríamos felices. Yo había supervisado la decoración y había elegido los muebles, con la ayuda de Julia, por supuesto, y estaba encantada de ver el resultado. Porcelana de Sèvres cubría la larga mesa de caoba del comedor. Justo al otro lado, nuestro salón estaba amueblado con mesas de mármol decoradas con jarrones de porcelana y delicados platos pintados con escenas pastoriles. Sobre la repisa de la

chimenea sonaba un reloj bañado en oro con el elaborado estilo Luis XIV. Una hilera de altos espejos con marco dorado reflejaba la parpadeante luz de los candelabros y hacía que ésta fuera la habitación perfecta para las reuniones que duraban hasta entrada la noche. La siguiente sala, una larga galería llena de óleos, llevaba a una terraza interior de techo alto; el gran espacio ventilado estaba inundado de luz natural. En esa habitación soleada con vista a los hermosos jardines, tuve la intención de retomar mi pasión de la infancia por el dibujo. Mi marido apoyó mi idea con entusiasmo.

Una escalera curva y amplia en el centro del vestíbulo conducía al segundo piso. Mi marido me llevó en brazos hacia esa escalera y subió los peldaños con rapidez.

—¿Adónde vamos? —pregunté mientras subía a toda velocidad, haciéndome sentir ligera en sus brazos.

—¿Adónde cree, señora? —respondió con una pregunta; sus ojos se encendieron con un brillo libertino—. A nuestra habitación, por supuesto. Este viaje ha sido demasiado largo.

No pude evitar soltar una risita.

—Ah, ¿necesitas descansar?

—No he dicho nada sobre descansar —contestó recobrando su ritmo.

Al final del pasillo llegamos al dormitorio principal; Bernadotte pateó la puerta doble. En el centro de la habitación había una inmensa cama de caoba con dosel de seda y pesados cobertores de damasco. Unos sillones y un sofá tapizados formaban un saloncito. Había un gran espejo y un biombo de seda. Desde la repisa de la chimenea se oía el ligero tictac de un reloj ormolú. Mi esposo se dirigió a la cama.

—Es hora de bautizar nuestra habitación nupcial, *ma chérie*.

Bernadotte me colocó sobre la cama, las lujosas almohadas absorbieron nuestros cuerpos entre risas y la batalla con las botas y el pesado uniforme de mi esposo.

—Creo que necesito vuestra ayuda, señora Bernadotte, para quitarme todos estos adornos. A menos que deseéis que llamemos a mi ayuda de cámara.

—Estoy aquí para serviros, señor.

Pasamos juntos una deliciosa tarde, ajenos a todo lo que sucedía en la casa o en el mundo exterior. Después permanecí en sus brazos; el áspero y grueso dedo de Bernadotte recorría con suavidad, de arriba abajo, mi espalda desnuda y erizada.

—Los sirvientes deben de pensar que estamos locos —dije entre risas—. Apenas nos han visto desde nuestra llegada.

—Estamos locos —puntualizó, haciéndome girar hacia él—. Al menos yo lo estoy. Estoy loco por ti, Désirée.

Por un momento me sentí vencida. Por lo que había dicho y sobre todo porque sabía que podía creerle. Pero entonces, recomponiéndome, formulé la pregunta que había pesado sobre mi conciencia los últimos días:

—¿Por qué yo?

Me miró con desconfianza. Me di cuenta de que la pregunta lo había sorprendido.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo? —insistí para aclarar mi duda—. ¿Por qué me elegiste a mí para amarme de esta manera?

El cabello me caía sobre mis hombros desnudos y pálidos, mis senos se encontraban expuestos, y me di cuenta de lo distraído que estaba. Pero me miró a la cara y respondió:

—Yo podría plantearte lo mismo con igual facilidad.

Acercó su mano, pero la rechacé.

—Esa noche en el baile había muchas mujeres. Hubieras podido tener a cualquiera de ellas. ¿Por qué elegiste a la ingenua hermana menor que no tiene amigos en París?

Se recostó sobre la espalda y apoyó la cabeza sobre una almohada. Al final, mirando hacia el dosel de seda de la cama, preguntó:

—Si te digo algo, ¿prometes no enojarte? —Sentí que mi cuerpo se ponía rígido. Raras veces esas preguntas presagiaban algo bueno—. ¿Lo prometes? —repitió.

—Está bien —asentí.

—Bueno. —Suspiró con fuerza.

—¿Entonces? ¿Qué es?

—Él… me dijo que quería verte casada. Yo no recibo órdenes de él, pero le dije que al menos lo consideraría. Que permitiría que

nos presentara. Eso fue, por supuesto, antes de conocerte.

Recibí sus palabras como un fuerte golpe; si no hubiera estado acostada, estoy segura de que mis piernas no me hubieran sostenido. ¿Él quería verme casada? No había duda de quién era él. Mi estómago se volvió de piedra. ¿Sería verdad? ¿Napoleón lo dispuso todo? ¿Igual que trató de planear mi matrimonio con Duphot? Por instinto, mi cuerpo se separó del de Bernadotte. Me cubrí con las sábanas hasta el pecho y sentí que mis venas estallaban con la sangre que corría rápida y frenéticamente. ¿Bernadotte no me había cortejado por convicción propia, sino como un favor o en obediencia a Napoleón? Me dieron náuseas.

—No te enfades, lo has prometido. —Se acercó a mí, pero evité su abrazo.

—¡¿Ese hombre debe controlarlo absolutamente todo?! —grité y me separé de él—. ¿Desde los asuntos del gobierno hasta el padre de los hijos de su antigua prometida?

—Lamento haberlo dicho, porque creo que te da una idea errónea de mí —repuso Bernadotte en tono conciliador; yo me notaba cada vez más enojada. Mi rostro ardía de vergüenza—. Désirée —continuó—, temo que ahora pienses que no estaba interesado en ti por voluntad propia, pero te puedo asegurar que así era.

—Sólo porque él te habló de mí. ¿Qué más te dijo? ¿También compartió contigo los momentos íntimos de los que disfrutamos? —Mi voz era un agudo siseo. Estaba mortificada. ¿Eso era todo lo que Bernadotte quería de mí? ¿Sabía que Napoleón me había poseído y había dado su aprobación?

—No mucho, Désirée. —Bernadotte palideció—. No importa lo que me haya dicho. Yo tomé una decisión. Me presenté porque él lo sugirió, lo acepto. Pero la conversación no hubiera continuado si mi interés no hubiera sido genuino. Y, créeme, lo fue.

Las lágrimas se me agolpaban en los ojos, pero me negué a que las viera. No dejaría que ni él ni Napoleón me hicieran llorar. ¡Qué tonta! Me había permitido volver a confiar. Amar. Creer que este hombre podía ser diferente y que al fin estaría libre de Napoleón Bonaparte y de su autocracia. ¿Qué seguía después, que

ambos compararan sus experiencias de alcoba?

Bernadotte me sujetó el hombro.

—Por favor, Désirée.

—No me toques. —Lo empujé, tratando de deshacerme de su apretón, y procuré salirme de la cama, pero él era más fuerte y no me dejó ir. En su lugar, me tomó con fuerza, aunque con gentileza, y me acercó a él.

—Escucha —dijo.

—¡Déjame! —grité en protesta.

—Escucha lo que quiero decirte y luego te dejo ir. Napoleón te amó en algún momento y tú lo amaste también. Sí, me habló de tus encantos y me dijo que sería afortunado de cortejarte. —Hizo una pausa, de pronto sus ojos oscuros estaban llenos de sentimiento, de súplica. Me estremecí. Bernadotte continuó—: Eso no lo podemos cambiar, Désirée. Pero juntos podemos ser felices. Désirée, esposa mía, por favor, permíteme hacerte feliz, porque te amo. Más de lo que creí que fuera posible. Y eso no tiene nada que ver con Napoleón Bonaparte.

Capítulo 17

PARÍS
OTOÑO DE 1798

Eso fue lo que hice: confié y permití que mi Bernadotte, mi esposo, me amara. Sus actos, más que sus palabras, me convencieron otra vez de su lealtad. Al igual que durante su cortejo, me demostró que era confiable y consistente, y llegué a disfrutar de los pequeños momentos intrascendentes de nuestro matrimonio. Tanto los instantes que no habíamos planeado como la rutina fueron posibles sólo gracias a la intimidad y al consuelo de la otra persona: mis pies fríos que encontraban el calor y el hueco desnudo de su pierna debajo de las sábanas en la oscuridad de la noche; el primer beso de la mañana, cuando ambos aún estábamos somnolientos al despertar; el desayuno juntos en el comedor, su mano que buscaba la jarra de leche para verterla en mi café. Llegué a conocer su sonrisa y qué la provocaba; aprendí a deleitarme en el dulce abrazo a mi cintura cuando pasaba junto a mí en los pasillos de nuestra casa, nuestro pequeño secreto, un intercambio en el que los sirvientes que iban y venían a nuestro alrededor no estaban incluidos.

La abrumadora presencia de Napoleón y Josefina, las violentas borrascas que se habían cernido sobre casi todo aspecto de mi vida antes de Bernadotte se esfumaron y pude adaptarme felizmente a esta nueva familia que era mía. Formábamos una buena pareja, Bernadotte y yo, y nos complacíamos con nuestra dicha y con los placeres simples de nuestra pequeña esfera doméstica.

Aunque era una mujer casada y tenía el derecho de disfrutar del desayuno y el café en la cama, en la lánguida comodidad de mi

bata de dormir, por lo general me levantaba temprano para reunirme con mi marido en el comedor. Gozaba de ese momento con él, antes de que se fuera al trabajo. Mi esposo era un hombre ocupado, los días alejada de él me parecían largos; hacía poco que lo habían nombrado ministro de Guerra. Era bueno en su trabajo; en cuestión de meses había erradicado mucha de la corrupción y la incompetencia de la burocracia militar. La gente leía en los periódicos que Bernadotte trabajaba de forma diligente para garantizar que nuestras tropas al otro lado del continente estuvieran bien suministradas y bien alimentadas. Los salarios se pagaban en su totalidad y de manera puntual. Bernadotte era sincero, patriota, capaz y muy buen hombre.

Todo esto le dio a mi esposo la satisfacción de un objetivo y me di cuenta de que la aprobación del pueblo animaba su alma de soldado. Cuando paseábamos en carruaje, los parisinos le gritaban elogios como *«Vive Bernadotte!»*; él sonreía como si fuera un joven cautivado y yo irradiaba felicidad a su lado.

El nombramiento como ministro de Guerra no sólo consistía en un sueldo digno y generoso, sino que a mi marido también le permitía permanecer en casa, en la capital, en lugar de ir al extranjero en misión al Rin o a los Alpes. Conforme el calor del verano daba paso a los días más frescos y cortos del otoño, más que nunca quería que estuviera en casa conmigo, pues estábamos esperando un bebé.

Llevábamos tan sólo unos meses de matrimonio, pero nuestra relación como marido y mujer era estrecha y concebí con rapidez. Únicamente Julia conocía la noticia; tuve miedo de contárselo, puesto que ella llevaba muchos años deseando concebir un hijo y aún no lo había logrado. Pero era mi querida hermana, así que su reacción fue la única que podía esperar: fue amable, se alegró de mi felicidad y ocultó cualquier dolor o envidia que, como es natural, hubiera podido sentir.

Elegí esa mañana para darle la noticia a mi marido. Esperé hasta que los sirvientes nos dejaron solos en la pequeña y soleada sala del desayuno. Bernadotte leía una pila de periódicos franceses e ingleses, pero lo interrumpí de esta manera:

—Querido, sé que tienes que leer todas las mañanas para estar enterado de los acontecimientos de Francia y del extranjero.

—Así es —dijo distraído, y siguió leyendo y tomando café.

—Quizá pronto será un poco difícil que leas por las mañanas. —No me miraba y continué—: Habrá más ruido en la mesa. Muy pronto tendrás nuevas distracciones.

Finalmente apartó la vista del periódico y me miró, sin comprender lo que quería decir. Arqueó las cejas, confundido.

—Cuando llegue el bebé, quiero decir.

Parpadeó y bajó el periódico. De pronto, la comprensión se reflejó en su rostro y en él se dibujó una sonrisa amplia y optimista.

—¿De verdad? —Asentí, sin ocultar mi propia sonrisa tímida —. ¿Un bebé? —preguntó en voz baja y volví a asentir.

Mi Bernadotte lanzó un grito, una exclamación de alegría, y se levantó de la silla.

—¡Qué noticia tan maravillosa! ¡Un bebé!

Observó mi cuerpo; debajo de las capas de brocado de seda y de faldas, mi vientre no mostraba mucho cambio. Quizá estaba un poco más ancha, pero cualquiera podía decir que ése sólo era el resultado de un matrimonio feliz y un marido generoso que pagaba un buen cocinero.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con el rostro encendido—. Yo no noto nada.

Sonreí con timidez.

—Una mujer sabe esas cosas. Cuando durante varios meses su cuerpo no hace lo que normalmente debería hacer.

—Pero ¿te sientes mal?

Negué con la cabeza.

—Tengo suerte, no me han dado náuseas. De hecho, me siento más fuerte que antes. Cansada, sí, pero llena de un misterioso y nuevo vigor, porque mi cuerpo trabaja para crear y alimentar a la vida que lleva dentro.

Bernadotte se permitió más celebraciones; aplaudió y me besó los labios con fuerza. En ese momento, un sirviente entró en la habitación con una jarra de café recién preparado. Nos separamos

y nos sentamos como un par de adolescentes a quienes han sorprendido en una indiscreción, pero no dejamos de reír.

—¡Estoy tan contento! —dijo, y tomó mi mano bajo la mesa.

—Yo también.

—Pero debes cuidarte. Debes descansar. Y comer. Y debes decirme qué puedo hacer, lo que sea, para que te sientas cómoda.

Asentí mientras me sonrojaba.

—¡Oh, es maravilloso! —Esbozó una gran sonrisa, sus ojos oscuros brillaban de alegría.

—Lo es —coincidí, y reanudé a mi desayuno; de pronto estaba más hambrienta que antes.

Comimos, uno frente al otro, en un silencio satisfecho, disfrutando la intensa dulzura de nuestra felicidad. Mi esposo recogió los periódicos, hizo a un lado el que estaba más arriba y cogió uno inglés. Me incliné sobre la mesa para tomar otra rebanada de pan, pero me detuve cuando Bernadotte se quedó sin aliento. Lo miré alarmada y vi cómo palidecía, cómo desaparecía su sonrisa.

—¡Imposible! —gritó, y se pasó una mano por el cabello—. Lo ha hecho.

—¿Qué ocurre? —Sentí que el corazón me daba un vuelco y busqué en el periódico que había dejado sobre la mesa.

—¿Cómo ha podido ser tan tonta? —preguntó; me di cuenta de a qué se refería. Ahí, en la primera plana del periódico londinense *The Morning Chronicle*, había un artículo con los nombres de Napoleón y Josefina. Aunque yo no sabía inglés, eso sí lo entendí.

—¿Qué dice? —pregunté desesperada.

Bernadotte tradujo el artículo: «Un navío de guerra británico ha interceptado un barco francés de correo postal que viajaba de Egipto a Francia. A bordo se encontraban las cartas personales de Napoleón, que han sido confiscadas y se publican en este periódico».

—¡Qué horror! Debe de estar avergonzado.

Bernadotte siguió leyendo.

—Esta carta, de Napoleón para su hermano José, habla..., en

fin, de una de las situaciones más íntimas posibles.

—¿De qué habla? —inquirí.

—Josefina... —Bernadotte tartamudeó y se acomodó en su silla—, bueno, parece que su esposo descubrió sus incesantes infidelidades.

Apoyé los codos sobre la mesa; de pronto, mi mente se llenó de rápidos pensamientos y preguntas. Por supuesto que entre las mujeres Bonaparte habían murmurado detalles como éstos durante años; no fui sorda ante sus acusaciones. Pero en realidad nunca había imaginado que pudieran ser verdad; nunca creí que Josefina fuera lo bastante inmoral, o tonta, como para hacer algo así. Al menos, no después de casarse.

—En sus propias palabras —Bernadotte continuó la lectura—, Napoleón le escribió a José sobre su dolor y su ira: «¡Que me haya engañado así! ¡Que la desgracia caiga sobre ella y sobre ellos! Los exterminaré a todos, petimetres y presumidos. No voy a ser el hazmerreír. Me divorciaré. Divorcio, quiero un divorcio público y espectacular. El velo se ha rasgado, la ilusión está hecha añicos y no hay manera de repararla».

Conociéndolo como lo conocía, podía sentir la furia que salía de su pluma recorriendo hasta Francia todo el camino desde Egipto. Y quizá lo peor de todo, lo más terrible, fuera que esas heridas y palabras tan íntimas estuvieran ahora expuestas a todo el mundo, publicadas por sus más odiados enemigos, los británicos, que se burlaban abiertamente de su pena. ¿Cómo respondería él?

Pero Bernadotte prosiguió:

—No es todo. Ésta es otra carta de Napoleón tan sólo un día después: «Daría cualquier cosa para que no fuera cierto. O incluso que fuera cierto, pero que jamás lo hubiera oído. La amo tanto... No puedo vivir sin ella. Puedo conquistar naciones, pero Josefina conquistó mi corazón».

—Qué giro de los acontecimientos tan desagradable —coincidí, empujando mi plato del desayuno—. Va a ser un escándalo.

—Y empeora. —Las líneas de su ceño se hicieron más profundas.

—¿Cómo es posible?

—Aquí explica más acerca de lo que supo de sus generales. Josefina no sólo tuvo relaciones amorosas con estos otros hombres, sino que también se aprovechaba económicamente de ellos.

—¿Cómo?

—Les pedía dinero, escandalosas sumas de dinero, a cambio de presentarlos a Napoleón o sus generales.

Las mujeres Bonaparte también la habían acusado de eso.

Bernadotte continuó:

—Y parece que se ha aventurado en algunos negocios de mala fama. Bueno, esto es lo peor de todo. Negociaba en el mercado negro con provisiones del ejército. —La expresión de Bernadotte se hacía cada vez más severa conforme examinaba el periódico y me leía las noticias—. Ha especulado con la venta y los contratos de armamento, poniendo en riesgo el bienestar de nuestras tropas en el proceso. Incluso si Napoleón la perdonara por sacrificar la santidad de su matrimonio, ¿cómo podría perdonarla por poner en riesgo la seguridad de sus hombres?

Me vestí deprisa y fui a casa de Julia tan pronto como mi esposo se fue a la oficina. La encontré aún en bata, su casa era un completo desorden. Leticia estaba ahí, vestida de crepé negro de pies a cabeza, como si asistiera a un funeral. Paulina estaba de pie junto a su madre, y José caminaba de un extremo a otro de la habitación; todos gritaban y palmoteaban.

—*La puttana! Che serpente!* —decía Leticia en su italiano nativo.

—¿Cómo pudo hacerle esto? —agregó Paulina y se dejó caer en el sofá junto a Julia—. ¡Y mientras está tan lejos peleando por su vida en el desierto!

—Siempre supe que debía casarse contigo —afirmó Leticia tomando mi mano. Acepté el apretón de sus dedos fuertes y huesudos, y bajé la vista. Nunca lo diría, pero yo era muy feliz con mi Bernadotte y me sentía agradecida por haber escapado del destino que Josefina me había robado.

José, que hasta ese momento había permanecido en silencio, dejó de caminar y apoyó el codo sobre la repisa de la chimenea. Todas las demás nos volvimos para verlo. Tras una pausa, habló con voz decidida:

—Tenemos que apartarla a un lado. Ni un centavo más del dinero de mi hermano.

—¡Nuestro dinero! —se quejó Leticia—. ¡Pensad en todo lo que le ha dado!

—Y nunca más volverá a poner un pie en mi casa —añadió José, ignorando a su madre—. Al menos hasta que él haya regresado. Él podrá decidir qué hacer con ella, pero yo no voy a recibirla. —Miró a Julia, quien asintió para mostrar su acuerdo—. Nuestra prioridad —continuó—, nuestra única prioridad, es protegerlo de cualquier manera posible. Ése es el objetivo primordial de todo Bonaparte.

Cuando las noticias del escándalo se diseminaron por todo París, una multitud comenzó a formarse alrededor de la mansión de Josefina y también de la de José. Desde las ventanas de la habitación de mi hermana pude ver cómo la turba se reunía y escuché sus gritos furiosos. Cuando los banqueros y comerciantes adivinaron que Josefina ya no podría tocar la riqueza de los Bonaparte, se acercaron a las rejas principales para exigir el pago de sus deudas.

—Cerrad las cortinas —ordenó Julia—. Ya he visto suficientes turbas enfurecidas para varias vidas.

Un día después recibimos noticias de que Josefina había huido, en medio de la noche, a su propiedad en Malmaison, y que se había recluido ahí, detrás de los muros del castillo, con su hija Hortense y su gran comitiva de sirvientes. No tenía ni idea de cómo pagaba sus salarios.

Recibí una carta de ella al día siguiente. Asombrada, miré su sello y rompí la cera endurecida para ver su caligrafía inclinada y elegante; sus palabras eran suaves y afables, como siempre. El papel olía a su perfume floral. Josefina no mencionaba las noticias de manera directa, pero escribió:

Mi querida Désirée:

Mi hermana, mi amiga, ¿serías tan amable de venir, con tu querida hermana Julia, a visitarme a mi propiedad en Malmaison? Tengo ganas de hablar con vosotras, de aliviar mi corazón y disfrutar del consuelo de unas amigas imparciales y leales. Mi hija está conmigo, pero mi hijo se encuentra con mi marido, sirviendo como ayuda de campo en Egipto. Extraño terriblemente a mi Eugène y me preocupo todos los días por su seguridad.

¿Vendréis? Creo que os encantarán los invernaderos y las flores que tenemos aquí. Las chicas de climas sureños no nos cansamos de la vegetación exuberante de nuestra infancia mientras estamos en París.

Recordad que mi marido y yo os queremos mucho, Désirée, y tenéis un lugar especial en nuestro corazón.

Ten la seguridad de que siempre te seré fiel.

Atentamente,

Josefina

Bernadotte no estaba en casa, así que me dirigí directamente al hogar de Julia con la carta. Por desgracia, José estaba con ella, así que no tuve más opción que mostrársela también a él.

—¿Fiel? —exclamó José con rabia—. ¡Cómo se atreve! ¡Invita a mi mujer para susurrar sus dulces palabras en tus oídos y conspirar para ganar tu lealtad contra nuestra familia! —Caminó por la habitación, su rostro tenía manchas escarlata—. O, peor aún, ¡busca corromperte a ti también! Te invita a que participes en sus orgías con borrachos de mala fama ¡y con quienquiera que ella meta en su palacio de pecado! —José leyó la carta de nuevo y la estrujó al terminar—. Tengo ganas de ir yo mismo a Malmaison y traerla de vuelta esposada a París. ¿Fiel? Fiel como una Jezabel que mancilla nuestro apellido. Si la Bastilla siguiera en pie, ¡podría pudrirse ahí dentro!

—José, por favor —intervino Julia; avanzó hasta llegar a su lado y puso una mano sobre su hombro—. Solamente está

buscando un aliado porque sabe que la repudiamos por completo.

—Y sospecha que tendría más oportunidad con alguna de nosotras dos que con tus hermanas —agregué—. O con tu madre.

—Las mujeres Bonaparte son fieles, ¡hace bien en suponerlo! Y no tendrá la oportunidad de hacer nada con ninguna de vosotras dos, de eso estoy seguro. Tienes que rechazar la invitación —insistió José—. O, mejor, ni siquiera respondas.

Pero sí que respondí. Sentí que era de mala educación no hacerlo. Agradecí mi embarazo, porque me sirvió de excusa para decirle que estaba indispuesta. Fue todo lo que le dije a Josefina, pero varios días más tarde llegó una carreta de su parte llena de regalos para bebé: encaje de Chantilly, mantas de cachemira y un moisés de madera pintado a mano, todo eso junto con una calurosa nota donde expresaba su alegría por mi estado.

Si tan sólo tuviera un hijo de Napoleón, la situación de Josefina sería menos precaria. Napoleón se hubiera sentido menos inclinado a dejar a la madre de su heredero. Pero su matrimonio nunca tuvo hijos, así que ninguno de nosotros sabía lo que haría Napoleón con ella cuando él regresara.

Con el transcurso de los meses, los acreedores seguían acechando alrededor de su casa en la rue de la Victoire, pero Josefina permaneció refugiada en Malmaison con Hortense y sus sirvientes, y no volvió a invitarme. Parecía que, incluso aunque ella había caído en desgracia, la reputación de su marido cada vez iba a más.

La moda y la decoración de ese invierno fue egipcia, debido a las victorias de Napoleón en Oriente. Conforme mi vientre aumentaba, me di el gusto de vestirme en ese estilo suelto y flotante, feliz de descansar del corsé, de las capas que me oprimían y de las rígidas varillas.

La gente era insaciable si se trataba de leer cómo Napoleón había vencido a miles de guerreros tribales frente al imponente telón de fondo de las antiguas pirámides y la esfinge. Había llevado la gloria de Francia a la tierra de antiguas riquezas y conocimiento. Los periódicos comparaban con frecuencia a Napoleón con los

grandes conquistadores de la Antigüedad, con sus ídolos, Julio César y Alejandro Magno. Sabía muy bien cuánto se deleitaba en leer esas comparaciones y no dudé que él hubiera tenido algo que ver en propiciarlas.

Y al igual que esos legendarios conquistadores del pasado, Napoleón también tenía la intención de convertirse en un amante insaciable en el exótico Oriente. Además de las noticias de sus victorias militares, los periódicos daban detalles de sus conquistas románticas, historias que, yo sospechaba, él también propiciaba e incitaba. Mientras mi vientre crecía y se acercaba la llegada del bebé, leía casi a diario una nueva noticia lasciva. Aunque acampara en remotos puestos de avanzada en el desierto, Napoleón no sufría en lo más mínimo la falta de placeres, o al menos eso reportaban los periódicos con sus descripciones atolondradas y efusivas. Por lo visto, se divertía con una mujer distinta cada noche. Había egipcias de ojos oscuros que bailaban casi desnudas para nuestro general y sus altos oficiales; había «mujeres de campo» que viajaban con el ejército francés y distribuían sus favores a cambio de dinero; y también estaban las damas de la sociedad francesa, las esposas empolvadas de los oficiales y el personal de Napoleón. Aparentemente, Napoleón había comenzado una relación regular y ardiente con una belleza de veinte años llamada Pauline Fourès, la esposa de uno de sus tenientes. Vi el retrato de la joven señora Fourès cuando lo imprimieron en el diario y no pude evitar estremecerme: la mujer parecía mi hermana gemela, nuestro aspecto físico era muy similar.

Los dolores del parto comenzaron en medio de la noche; me desperté al descubrir que las sábanas estaban empapadas.

—Despierta. —Sacudí a Bernadotte, que estaba junto a mí, y lo saqué de un profundo sueño.

—¿Qué pasa?

En ese momento sentí un dolor en el vientre tan agudo e implacable que me descompuso el gesto.

—Ya ha llegado la hora —murmuré en el silencio de nuestra

habitación—. Ya viene el bebé.

Bernadotte salió de la cama de un salto y corrió al pasillo para despertar a los sirvientes. Menos de una hora después, nuestro médico estaba a mi lado, junto con la partera, mi hermana y un pequeño grupo de sirvientas. Bernadotte salió de la casa y fue a la de José, con su ayudante más cercano, un hombre llamado Antoine Maurin.

Me aferré a las manos de Julia; las horas pasaban y yo gritaba en agonía. Mojaba la cama y no estaba segura de si era por la sangre o los fluidos del parto, o quizá ambos.

—Aquí estoy, Désirée —susurraba mi hermana, quien permaneció a mi lado hasta que el día volvió a cederle el paso a la noche.

La habitación se desdibujó, las sirvientas iban y venían con ropa de cama limpia y jarras de agua; la partera limpiaba mi rostro con una tela húmeda mientras me exhortaba a respirar. Finalmente, cuando temí que el dolor me partiría por la mitad, cerré los ojos y un extraño sonido llenó la habitación: un grito débil pero sano.

Abrí los ojos y miré poco a poco al pie de la cama; estaba exhausta y asombrada. Había llegado, al fin, un bebé llorón de mejillas rosadas con hoyuelos y un mechón de pelo negro. La partera lo arropó en una sábana limpia y lo puso en mis brazos; mi hermana nos contemplaba, llorando. Después, la partera me explicó cómo acomodarlo a mi pecho. Comió con vigor, sus pequeños puños golpeaban mi seno mientras yo me retorcía, esa nueva y extraña sensación me hacía cosquillas.

Mi marido regresó a casa una hora después e irrumpió en la habitación. Corrió hasta un lado de la cama y los demás se retiraron. Estábamos juntos y mirábamos con asombro al bebé que sostenía en los brazos, deslumbrados por la repentina realidad y permanencia de esa diminuta presencia física en nuestras vidas.

—¿Cómo lo llamaremos? —pregunté a mi esposo en voz muy baja para no despertar al bebé, que dormitaba. En ese momento, sus pequeños labios soltaron un gritito y ambos reímos, rendidos y cautivados, como en una primitiva adoración.

—¿Cómo quieres que se llame? —replicó a su vez Bernadotte, inclinándose para pasar un dedo sobre el grueso cabello de nuestro hijo—. ¿Tienes alguna idea?

Desde luego que lo había pensado. Francisco había sido el nombre de mi padre. Pero había un hombre que había estado a mi lado casi todos los días desde que mi padre había muerto, un hombre que, yo sabía, anhelaba tener un hijo más que otra cosa. El hombre que deseaba darle un hijo a mi hermana.

—Se podría llamar José Francisco —respondí. Sabía que mi hermana estaría muy conmovida.

—Me encanta la idea —dijo Bernadotte, los ojos fijos en su hijo.

—¿De verdad?

Asintió, pero luego frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? —inquirí.

El bebé abrió la boca como si buscara su alimento; lo acomodé en mis brazos y una vez más lo acerqué a mi pecho.

—Hay otra opinión —dijo Bernadotte con voz tenue.

—¿Sí? —Pasé la mirada de mi hijo a mi esposo—. ¿Quién más podría opinar sobre cómo debemos llamar a nuestro hijo?

Bernadotte inclinó la cabeza hacia un lado y observó al bebé, que amamantaba.

—Puedes imaginarlo. ¿Quién tiene siempre una opinión para todo?

—No lo dices en serio —repuse casi sin aliento—. ¿Napoleón?

—Escribió para decir que si era niño, pensaba que debería llamarse como uno de los protagonistas de su poema favorito, *La leyenda de Ossian*.

Arrugué la nariz, indignada. Sabía que Napoleón era un ávido lector y que amaba a los clásicos, pero nunca había oído hablar de ese poema.

—¿Y cuál es el nombre?

—Óscar —respondió Bernadotte.

—Óscar —repetí.

No era un nombre común, no era típicamente francés. Era un nombre fuerte, con una sonoridad peculiar. Mi primera reacción

fue rechazarlo, decirle a Napoleón que no tenía ningún derecho a interferir. Si deseaba elegir un nombre, debería tener entonces a su propio hijo o convencer a otra pareja que buscara su aprobación, puesto que, desde luego, a los Bernadotte no nos interesaba.

Pero reflexioné un momento. Napoleón era el hombre más poderoso de Francia. Si se enorgullecía al pensar que el nombre de nuestro hijo era, en algún sentido, un mérito de él, quizá eso podría beneficiar a nuestro niño. En ese momento sentí que el mundo se movía bajo mis pies, un giro sutil pero permanente. De pronto, supe que mi propio orgullo y mi vanidad egoísta importaban poco comparados con el futuro y el bienestar de mi hijo.

Y, en realidad, ¿qué importaba si le agregábamos un nombre más?

—Muy bien —acepté—. Pero después de los otros. José Francisco Óscar Bernadotte.

—Además, querida —manifestó Bernadotte tomando mi mano —, podrás escoger a la madrina. Y no tengo duda de a quién elegirás. —Acarició mi palma—. Pero yo elegiré al padrino.

Me acomodé en la cama.

—Quería que fueran José y mi hermana. Pero supongo que es justo. ¿A quién escogerás? ¿A Maurin?

Bernadotte negó con la cabeza y evitó mirarme a los ojos.

—Creo que hay una sola respuesta a eso.

—¿Sí?

—Gracias a él nos conocimos. Me dio el puesto que me permitió estar aquí ahora a tu lado. El padrino de nuestro hijo no puede ser otro que Napoleón.

Capítulo 18

París
Otoño de 1799

Comenzó como un murmullo, como siempre sucede. Voces apagadas en la oscuridad, mucho más suaves que los gritos de la muchedumbre que maldecía en el exterior de la casa; más calladas, aunque mucho más peligrosas. Una velada insinuación, un ceño fruncido. Una invitación a una cita a medianoche a la luz de las velas. Una danza lenta y precavida hacia el tema de la traición.

Aunque estaba por completo obsesionada con mi nuevo hijo, absorta en sus constantes demandas de leche y caricias suaves, no pude evitar escuchar las palabras.

«Golpe.»

«Silencioso.»

«Derrocaremos a los necios.»

«Lo haremos rápido, antes de que puedan evitarlo.»

Me di cuenta de que los hombres se reunían en mi casa, en busca del consejo de mi marido; murmuraban detrás de sus manos enguantadas cuando veían que la señora Bernadotte y su nuevo bebé estaban cerca. Estaba el líder político, Abbé Sieyès; el aliado militar de mi marido, Antoine Maurin; el ministro Talleyrand, que era un visitante asiduo, y también José, en ocasiones acompañado por los otros hermanos de Napoleón: Luciano, Luis y Jerónimo.

Aunque todos eran siempre amables conmigo y preguntaban por mi bienestar y la salud del bebé, esos hombres nunca esperaban realmente escuchar la respuesta; llevaban a mi esposo al salón contiguo y cerraban la puerta.

Como ministro de Guerra, parecía que durante aquellos días mi esposo era el único líder popular del gobierno del país. En esos

últimos meses se había convertido en una suerte de héroe nacional. Empezó a escribir boletines populares en *Le Moniteur*, en los que llamaba al patriotismo y a servir a la nación. Los reclutas y soldados lo amaban y confiaban en él; los generales lo consideraban un hombre informado, estable y pragmático.

Todo lo que tenía que hacer para saber que un creciente malestar se estaba fraguando era leer los periódicos. Injuriaban a nuestros líderes políticos, nuestro gobierno estaba ya obsoleto. Desde la toma de la Bastilla no se había presenciado tanta miseria extendida en las calles. La gente moría de hambre y hacía fila en las sucias calles para conseguir un poco de pan; el invierno sólo empeoraría la escasez de combustible y alimentos. Los monárquicos y los jacobinos peleaban ahora constantemente en las avenidas. Nuestro Directorio, los cinco políticos incompetentes que rivalizaban todo el tiempo y estaban a la cabeza de nuestro gobierno republicano, había perdido todo respeto. Años atrás, cuando la sociedad tenía menos paciencia, se habrían asegurado un lugar en la guillotina.

Sin su liderazgo, nuestro ejército había perdido casi todo el territorio ganado por Napoleón en Europa sufriendo derrotas catastróficas a lo largo de Italia, frente a los austríacos y los rusos. En Francia, la gente clamaba por Napoleón, desesperada por su retorno de Egipto después de casi dos años de ausencia.

Debido a nuestro pequeño Óscar —sí, la elección de Napoleón había ganado— me despertaba a menudo durante la noche. En una de esas ocasiones, una noche del mes de septiembre, tan sólo unos meses antes del nuevo año y el nuevo siglo, advertí que los hombres se reunían y hablaban a la luz de las velas. No se dieron cuenta de que yo estaba ahí; nunca percibieron mi presencia junto a la puerta del despacho mientras amamantaba a Óscar en silencio. De este modo pude escuchar la conversación abierta y franca que sostenían con mi marido.

—La confianza del ejército está mermada por completo.

Era Barras el que hablaba en ese momento, el antiguo mentor de Napoleón y examante de Josefina; ahora era miembro del impopular Directorio.

—En el ejército sólo ha habido despilfarro financiero y contratistas fraudulentos. Los ánimos están por los suelos y la deserción nunca ha sido tan alta.

—Necesitamos a alguien en quien confiar —intervino Talleyrand.

—Lo entiendo. —Era la voz de mi esposo. Me quedé helada; por instinto abracé a mi bebé con más fuerza. Bernadotte continuó —: Pero ¿eso no significaría otro abuso a esa misma confianza?

—Vamos, Bernadotte, acéptalo: le estarías prestando un servicio a nuestra nación —dijo Talleyrand.

—Yo sirvo al interés de la Constitución —replicó Bernadotte.

—El ejército te apoyaría.

Ése era Sieyès, también miembro del Directorio, un hombre conocido en Francia y en todo el continente por su ingenio. Advertí su tono altanero y la cadencia entrecortada de su voz.

—Formaríamos un gobierno para legitimar rápidamente tu solicitud. Daríamos la aprobación administrativa y redactaríamos una nueva constitución.

—¿Por qué recurrís a mí para esto? —suspiró mi esposo—. ¿Por qué no elegís a alguno de vosotros si estáis tan decididos a dar un golpe de estado?

—Debes ser tú, Bernadotte —intervino Barras—, ¿no lo ves? Eres el ministro de Guerra, el líder más popular del gobierno. La gente te ama y tienes cientos de miles de tropas esparcidas en toda Europa bajo tu mando. Los generales te admiran, los soldados te adoran. Y el pueblo de Francia está cansado de funcionarios incompetentes. Quieren fuerza, quieren a un defensor que los una y los lidere.

Me apoyé contra la pared, me sentí mareada al escucharlos. Estos hombres, Sieyès, Barras y Talleyrand, ya tenían las riendas del poder del país en sus manos, pero ahora necesitaban que mi esposo los ayudara a organizar un derrocamiento. Buscaban destituir al Directorio en desgracia y a la incompetente asamblea legislativa para formar un nuevo gobierno, uno en el que pudieran disfrutar de más autoridad. Pero necesitaban tener de su lado a un general que les brindara la fuerza militar y la legitimidad a sus

reclamaciones, un general respetado, un buen hombre. Querían que ese hombre fuera mi marido.

Óscar se retorció en mi pecho, quizá sintió cómo se aceleraba mi corazón. De inmediato empecé a mecerlo. Al otro lado del umbral se hizo el silencio; Bernadotte consideraba estas palabras y se debatía contra la enormidad de la propuesta. Querían dar un golpe de estado y querían que mi esposo lo hiciera por ellos. Yo estaba segura de que podían escuchar mi corazón latir desde el otro lado.

—Nadie se interpone en tu camino. —Talleyrand rompió el silencio con un murmullo insistente—. Tienes al ejército. El poder puede ser nuestro y tuyo, Bernadotte; no tienes más que estirar la mano y adueñarte de él.

Pero estas palabras no convencían a mi marido, yo lo sabía; lo entendí sin siquiera escuchar su respuesta. ¿Acaso no conocían su carácter decidido? ¿Su lealtad a las leyes y la razón? ¿No conocían las palabras que tenía tatuadas en su propio pecho? «Muerte a los reyes.»

Capítulo 19

PARÍS
OTOÑO DE 1799

—No puedo creer que lo haya hecho.

La furia de mi esposo era callada, contenida y, por lo tanto, mucho más aterradora. Nunca antes lo había visto así. Yo estaba en la habitación meciendo a Óscar, que dormía junto a mí en su cuna, felizmente ajeno a todo; mi esposo y sus compañeros hablaban de forma abierta y libre. Ya no era necesario ser discreto, puesto que la situación estaba por completo fuera de control y era conocida en toda la ciudad.

—Esperemos y observemos. Démosle tiempo para probar que su reivindicación es falsa —dijo Barras; su tono era más relajado que el de mi marido.

—Pero su reivindicación no es falsa, lo sabemos.

Bernadotte caminaba de un extremo a otro de la sala, en la mano tenía un periódico doblado como un garrote y ahora lo usaba para golpear la repisa de la chimenea. Hice una mueca y miré a mi hijo; dormía con esa paz de los recién nacidos, esa que sólo se concede a los más inocentes.

Desde luego, se referían a Napoleón. Después de una devastadora derrota contra los ingleses en la batalla del Nilo, Napoleón había salido deprisa y en secreto de Egipto, abandonando a sus hombres para que volvieran de manera apresurada y por sus propios medios a Francia.

—Supo sobre la inestabilidad en París —comentó Bernadotte —. Ha visto su oportunidad y retorna para aprovecharla. Todos esos discursos suyos sobre «gloria para Francia» y la «camaradería con los hombres» se caen en pedazos. No respetó la cuarentena,

aunque es evidente que algunos miembros de sus regimientos tienen la peste bubónica. Abandona a sus hombres en Egipto, derrotados, tirados. Regresa por su propia seguridad para arrebatarse a su propio momento de gloria; arriesga nuestra nación a una plaga de proporciones bíblicas. Podría ser juzgado por el tribunal militar por su comportamiento egoísta y temerario. ¡Qué servicio a la nación y al ejército! Sólo piensa en una cosa: en la insaciable ambición de Napoleón Bonaparte.

El *Messager du Soir* hablaba de ello, el mismo periódico que mi esposo golpeaba ahora contra la repisa. El título del artículo decía:

TODOS ESPERAN IMPACIENTES A BONAPARTE
¡PUESTO QUE REPRESENTA UNA NUEVA ESPERANZA!

—Paciencia, Bernadotte, paciencia —lo instó Barras de nuevo —. Bonaparte es ambicioso, eso te lo garantizo. Lo sé mejor que nadie, ya que fui yo quien lanzó su carrera. Pero no es tonto. Si planea regresar a París, tiene una razón de peso. Lo sabremos muy pronto.

A la mañana siguiente, las noticias fueron más preocupantes. Mi esposo se despidió de mí y de Óscar con un beso y se fue, como siempre, a sus oficinas en el palacio de Luxemburgo, donde se encontró con media docena de sus colegas; todos ellos de rango menor. El líder improvisado de este grupo le dijo a Bernadotte que estaba destituido de su cargo como ministro de Guerra.

—¿Con qué fundamentos? —preguntó mi marido—. ¿Bajo las órdenes de qué autoridad?

Sus rostros permanecieron impávidos y todos guardaron silencio. Cualquier oposición o negativa de dejar el cargo, manifestaron, tendría como consecuencia su encarcelamiento. Un carruaje lo esperaba para llevarlo a casa y toda una compañía de guardias armados estaba lista para asegurar que mi esposo subiera a él. Cuando regresó a la rue de Monceau, Bernadotte estaba lívido

y me narró los acontecimientos de esa mañana. No podíamos creerlo y estábamos absolutamente confundidos.

—Este gobierno va de mal en peor —manifestó.

Aunque no lo expresé en voz alta, estaba muy preocupada; trataba de entender qué significaba ese cambio.

Napoleón regresó a París a finales de esa semana; le dieron una bienvenida de héroe. Bernadotte y yo despertamos con la noticia de que estaba en su casa de la rue de la Victoire. Esa mañana, Julia llegó a la hora del desayuno, sin aliento. Tomándose el café de un trago, me dijo apresurada que todo el clan Bonaparte se reuniría esa tarde y que también esperaban a mi familia. Me contó que Napoleón deseaba ver a su ahijado. Le pedí a un sirviente que llamara a mi marido y le di la noticia delante de Julia.

—Yo no voy a ir —declaró Bernadotte, rechazando la invitación de forma rotunda—. Y creo que tú tampoco deberías ir. A menos que quieras arriesgarte a que te contagie la peste bubónica.

Me removí incómoda sobre la silla, miré a mi esposo y luego a mi hermana.

—Con todo respeto, no estoy de acuerdo —intervino Julia, cruzando las manos frente a su cintura—. Napoleón hizo personalmente esta invitación; tiene sus razones para solicitar tu asistencia.

Mi hermana se fue y mi marido y yo discutimos el resto de la mañana. Al cabo de un rato, al fin llegamos a un acuerdo: dejaría a Óscar en casa con Bernadotte, pero yo iría con Julia y José, para que nuestra familia estuviera representada. Estaba desesperada por saber qué planeaba Napoleón ahora que había regresado a París, donde nuestro gobierno estaba a punto de derrumbarse. Pero, más que nada, necesitaba saber qué podía significar para mi familia.

—¿Quién más asistirá? —pregunté mientras recorríamos en carruaje la corta distancia entre la casa de mi hermana y la de Napoleón.

Afuera la noche era húmeda, la lluvia caía en cortinas inclinadas sobre las calles siniestras y silenciosas. Me ajusté el

manto alrededor de los brazos.

—Toda la familia —respondió Julia.

—¿Toda la familia? —inquirí, y mi hermana entendió a qué me refería.

Asintió, pero antes de continuar José intervino.

—Fui a casa de mi hermano a primera hora de la mañana para darle la bienvenida, pero un sirviente me dijo que Napoleón seguía en la cama y que Josefina estaba con él.

Negué con la cabeza, me parecía increíble.

—Pero ¿cómo…?

Julia se encogió de hombros.

—Quizá sólo puede librar una sola batalla entre muchos frentes.

Las multitudes se arremolinaban frente a las rejas del número 6 de la rue de la Victoire; aplaudieron en el momento en que avistaron a José.

—*Vive Bonaparte!* —gritaban y ondeaban la bandera tricolor al tiempo que nuestro carruaje cruzaba la reja hacia el patio delantero—. ¡Hurra, Bonaparte! ¡Él salvará al país!

A pesar de la lluvia, todo el vecindario estaba de celebración como si fuera una fiesta nacional. Varias personas entre la multitud agitaban los periódicos, clamando la instauración de Napoleón como rey. Me subí la capucha y me apresuré a entrar en la mansión, contenta de que mi hijo estuviera seguro y abrigado en casa, y de que mi esposo no tuviera que presenciar esta escena.

Dentro parecía que Napoleón ya hubiera sido coronado. Estaba sentado en un extremo de la enorme mesa del comedor con Josefina sobre su regazo. Quizá mi hermana tenía razón: Napoleón estaba menos interesado en librar una guerra doméstica cuando se preparaba, como era evidente, para realizar alguna maniobra política. Tal vez era más apropiado en lo político permanecer casado, pues el divorcio sería un escándalo y Josefina era una favorita extravagante y sólidamente establecida por derecho propio en la sociedad parisina. Quizá lloró y lo convenció de su inocencia.

Tal vez era sólo que él la amaba tanto que se lo había perdonado todo. No lo sabía, pero ¿no había estado yo perpleja y sorprendida desde el principio por la relación entre Napoleón y Josefina?

Cualquiera que hubiera sido el razonamiento de Napoleón, supuse que ahora ya no importaba porque ahí estaba Josefina, vestida de blanco y con sus rizos perfumados enmarcando su rostro relajado y alegre. Las hermanas de Napoleón estaban sentadas junto a él, a cada lado, con el ceño fruncido y furiosas por el reencuentro de la pareja, pero presentes. No vi a Leticia, y Julia me dijo que se había quedado en cama alegando que tenía jaqueca.

Napoleón me miró directamente a los ojos cuando entré al comedor. Su piel estaba bronceada por el sol egipcio, su cabello lucía un poco más claro. De su cintura colgaba un sable como si fuera un caudillo militar del desierto. El olor empalagoso de su colonia llenaba la habitación, al igual que su voz repleta de confianza:

—¡Ah! Bienvenida, resplandeciente nueva madre. Enhorabuena, señora Bernadotte.

—Gracias —respondí con una genuflexión—. Bienvenido a París.

—He regresado como padrino.

—Y agradecemos que hayáis aceptado —asentí.

Napoleón miró alrededor de la sala y de nuevo hacia mí.

—Para mí es un placer. Hubiera deseado conocer al pequeño esta noche y saludar a su orgulloso padre. ¿Dónde está Bernadotte?

—Bueno, Bernadotte está... está muy ocupado estos días.

Napoleón inclinó la cabeza hacia un lado y pude observar el exceso de grasa alrededor de su cuello. Al parecer había comido bien en el desierto.

—Seguramente no será por trabajo. He oído que habían destituido al gascón de su puesto en el Ministerio de Guerra.

—Sí —tartamudeé. «¿Napoleón habría tenido algo que ver con eso?», me pregunté, la sangre empezaba a hervirme. ¿Consideraba que mi esposo era un rival, incluso un obstáculo? Sentí cómo todos los Bonaparte que estaban en la sala me miraban y decidí cambiar la conversación a un tema más seguro—: Y el

bebé…

—¿Sí? —dijo Napoleón, inclinándose hacia delante.

—El bebé ha enfermado esta tarde, así que he preferido que se quedara en casa. Esta lluvia no puede ser buena para su salud.

Napoleón entrecerró los ojos y me ofreció una sonrisa sarcástica.

—Ah, sí. Bernadotte siempre ha sido una magnífica niñera. Seguro que es eso.

Al día siguiente, Napoleón invitó a mi esposo a su casa de nuevo. Y una vez más, para mi creciente frustración, él se negó.

—Creo que deberías verlo —le dije sin siquiera tratar de ocultar la inquietud en mi voz.

Él simplemente me ignoró.

—No me interesa sentarme a cenar con alguien que tiene la peste.

—Pero… sabes que está tramando algo, Bernadotte. Sabes lo endeble que es nuestro gobierno, que los miembros del Directorio quieren dar un golpe de estado. Tan sólo necesitan que un general se les una. Si la crisis que esperas… se presenta, ¿no sería malo para ti haberte resistido al hombre que…? Bueno…, ¿y si se autoproclama rey?

—No será rey. —Mi marido agitó la mano como si rechazara mis palabras—. El pueblo no quiere otro rey, no después de todo lo que ha vivido con esta Revolución. Antes enviarían al hombre a la guillotina que al trono.

Me estremecí, pero no compartía sus convicciones. ¿El pueblo sabía siquiera lo que quería, aparte de trigo y vino, seguridad y una nación que no estuviera desgastada? ¿Y si Napoleón lo deseaba? ¿No sabía yo mejor que nadie que Napoleón siempre encontraba la manera de obtener lo que se proponía?

Mi cumpleaños fue al día siguiente. Cumplí veintidós, y mi hermana y su esposo me visitaron esa mañana para felicitarme.

—Gracias —dije, aunque no tenía ánimos para celebraciones.

Todo París estaba tenso por los rumores de disturbios. La

Guardia Nacional estaba en alerta en el exterior de las Tullerías y a lo largo de los puentes.

—¿Ya has aceptado reunirte con él? —le preguntó José a Bernadotte cuando nos sentamos en la sala.

Julia hacía brincar a Óscar sobre sus rodillas y yo estaba sentada junto a ella, retorciendo las manos sobre mi regazo, tratando de ocultarles a nuestros invitados lo inquieta que me sentía.

—No. —Bernadotte negó con la cabeza.

Iba vestido con el uniforme azul marino de oficial, como un soldado que esperara órdenes, aunque lo hubieran destituido de su cargo en el Ministerio de Guerra.

José me miró y luego volvió a dirigirse a Bernadotte.

—Te aconsejo que te reúnas con él. Y cuanto más pronto, mejor.

Hubiera podido besar a José en agradecimiento por esas palabras, pero mi esposo se levantó del sofá y caminó hacia el otro extremo de la habitación, hasta la hilera de ventanas que daban a los jardines amurallados. Lo único que respondió fue:

—José, por favor.

Pero la expresión de mi cuñado era inamovible.

—Bernadotte —rogó, su tono era duro como el granito—, te lo recomiendo, como amigo y como hermano.

Julia y yo nos miramos. Bernadotte cruzó los brazos, podía sentir cómo se esforzaba para mantenerse tranquilo. Al fin, casi en un susurro, dijo:

—No me pidas eso…

—Te lo pido porque me preocupa tu bienestar y deseo que Désirée y mi sobrino…

—¡Basta! —lo interrumpió, su rostro estaba hinchado—. ¡No hablaré mal de tu hermano frente a ti! Por favor, no me obligues a hacerlo.

Todos guardamos silencio; la tensión se apoderó de la sala y de cada uno de nosotros. Un leño en la chimenea estalló con un ruidoso quejido y esparció sus cenizas en el hogar. El bebé dejó escapar un chillido, pero nadie habló. Varios minutos después me

puse de pie, tomé a Óscar de los brazos de mi hermana y caminé con cautela hacia mi esposo.

—Bernadotte, por favor. —Me miró cuando puse mi mano con suavidad sobre su hombro—. Querido —dije—, hazlo por mí y por nuestro hijo.

Me observó con incredulidad, profundamente ofendido por utilizar a nuestra familia de esa manera. Pero me obligué a continuar, segura de que ya no nos quedaba mucho tiempo:

—Es mi cumpleaños. No sólo arruinarás este día, sino tal vez nuestra vida entera si continúas negándote de manera tan obstinada a reunirte con él. ¿Por qué tienes que insultarlo? Sabes que nunca olvida una afrenta.

Esperé despierta a que mi Bernadotte regresara; sabía que no podría dormir hasta que volviera a casa, seguro, de nuevo a mi lado. Era ya tarde cuando por fin entró por la puerta de la habitación; se arrancó la capa y la arrojó al otro extremo del dormitorio.

—Es un hombre insufrible, desvergonzado, delirante.

Me erguí en la cama, con mis esperanzas destrozadas.

—¿Qué te ha dicho? —pregunté con voz débil.

Bernadotte suspiró y se quitó las botas de una patada.

—Sólo inferencias e insinuaciones. Me preguntó qué cargo deseaba en el gobierno. Sugirió que él tenía el poder de colocarme en cualquiera de ellos si declaraba de forma abierta mi apoyo.

—Tu apoyo... ¿para qué?

—Está claro que desea el poder —explicó Bernadotte sentándose en la cama. Todo su cuerpo parecía pesado.

—Bueno —suspiré—. Podemos esperar y ver hacia dónde sopla el viento.

Me miró con asombro. Quizá incluso con decepción. Noté cómo el desafío se apoderaba de sus rasgos y se afianzaba en ellos.

—Nunca —sentenció. Su voz no era más que un susurro, aunque labrado en piedra.

Me sentí frustrada.

—¿Por qué arriesgar tu seguridad y la de toda tu familia?

—No puedo apoyar a nadie que use su influencia sobre el ejército para robar el poder de manos del pueblo. Ni por Napoleón, ¡ni siquiera en mi beneficio! Somos una república de leyes. ¡Tenemos una constitución!

—Sabes lo cambiantes que han sido las leyes de esta nación en los últimos años —repliqué con voz monótona.

—Pero yo tengo integridad —insistió—. Tengo principios. Pensaba que tú también los tenías.

—¿Para qué nos servirán nuestros principios, Bernadotte, si nos arrestan... o si estamos muertos?

La sirvienta nos despertó en medio de la noche. Parpadeé con insistencia, mis ojos aún no se acostumbraban a la oscuridad de nuestra habitación.

—¿Es Óscar?

—No, señora, vuestro hijo duerme —respondió la mujer.

—Entonces ¿qué ocurre? —pregunté. Noté que mi esposo se espabilaba a mi lado.

—Tenéis visita, señora. Es... el señor Bonaparte; viene a veros a vos y al general.

Ambos nos erguimos de inmediato.

—¿Bonaparte? —Bernadotte repitió el nombre. Saltó de la cama; debido a la oscuridad se golpeó la pierna contra la mesa de noche y lanzó una sarta de maldiciones.

—Sí, señor —confirmó la sirvienta mientras encendía un candelabro.

—¿Qué quiere? —inquirí saliendo de la cama; mi pulso galopaba cuando la sirvienta me pasó las zapatillas.

—Os espera a ambos abajo, señora.

Para nuestro gran alivio era José, no Napoleón, quien aguardaba en la sala. Un sirviente había encendido varias velas y podía ver entre las sombras que el rostro de mi cuñado estaba tenso y pálido. Se puso de pie cuando entramos.

—Oh, José, gracias a Dios —dije, dejándome caer en sus

brazos—. Me alegro tanto de verte...

José me correspondió el abrazo con rapidez y luego se separó, dirigiéndose a mi esposo. Su expresión era adusta y sentí que el miedo se alojaba en mi vientre.

—Bernadotte —dijo—, está hecho, y esperamos que sigas siendo un amigo.

—¿Qué está hecho? —preguntó inquieto mi marido. Por las prisas no nos habíamos vestido y tanto Bernadotte como yo llevábamos la bata sobre nuestros camisones. El candelabro que mi marido sostenía en la mano temblaba.

Por su parte, José estaba vestido con formalidad y parecía que no tenía planes de dormir esa noche.

—Mi hermano..., es decir, el general Bonaparte... ha escuchado las súplicas desesperadas del pueblo francés. Al ver su dolor, estuvo de acuerdo en que nuestro deshonrado gobierno no era más que un nido de víboras. Por ello ha aceptado, con humildad, las riendas del poder que el pueblo de Francia consideró conveniente concederle.

—Basta de retórica idealista, José. Estás hablando conmigo. Habla con franqueza, hombre —renegó; su voz era áspera e impaciente. Se acercó a José, imponiéndose por su gran altura—. ¿Cuándo?

José bajó la vista y respondió:

—Esta noche.

—¿Cómo? —pregunté.

—Ha expulsado a la asamblea legislativa del palacio de las Tullerías y la retiene en Saint-Cloud.

—¿La retiene? ¿Bajo arresto? —quiso saber mi esposo, su voz mostraba su desaprobación.

—No..., en teoría no. —José se encogió de hombros.

—Pero sí en la práctica —intervino mi marido; vi cómo el candelabro vibraba en su mano.

—Sabes que ya han perdido toda credibilidad con el pueblo —continuó José—. Disolverá el Directorio y establecerá un nuevo gobierno. Los regimientos están con él.

—Un golpe de estado, ¡y usará al ejército como si fuera suyo!

—exclamó Bernadotte—. Ha visto la oportunidad y, donde otros hombres, hombres mejores hubieran…

—Por favor, Bernadotte, calla. —José alzó las manos—. No quiero escuchar nada que… —Suspiró y juntó las palmas como si rezara; su tono era de súplica cuando prosiguió—: Quiere que te unas a él, que tomes tu lugar a su lado, que seas su compañero. Un hermano de armas y un hermano en su familia. —José me miró un instante y volvió hacia él—. Sabes que ha regresado de Egipto con una popularidad impresionante. Los generales están de su lado. Barras es su aliado. También ha convencido a Sieyès y Talleyrand. Ahora sólo te necesita a ti.

Conocíamos este plan. Habíamos escuchado las palabras de intriga de esos hombres; los mismos que le habían pedido a mi marido que tomara el poder como su general. Esos mismos hombres a quienes él había rechazado de manera firme.

Bernadotte se alejó de José y atravesó la habitación a grandes zancadas. Al llegar al otro extremo, levantó las manos y las presionó contra la pared, inclinándose como un árbol abatido por una tormenta. José me miró, yo sólo negué con la cabeza. Esperé, con tanta inquietud y desasosiego como mi cuñado, a que Bernadotte dijera algo. Ambos guardamos silencio.

Finalmente, después de lo que me pareció una eternidad, mi marido se dio la vuelta. Miró a José y exclamó:

—No puedo hacerlo. Lo siento.

Lancé un quejido y me senté en una silla. José agachó la cabeza negando.

—Bernadotte. —Fue todo lo que dijo, como si lamentara la muerte de un amigo. Me miró un momento y volvió a observarlo a él—. Si no quieres ser su amigo, entonces no tendrá otra alternativa que considerarte como… su rival.

Comencé a llorar. Bernadotte cruzó los brazos y evitó mirarme. Su voz seguía mostrando determinación.

—No deseo derrocar una constitución legal ni apoyar a nadie que lo haga. Debes decirle eso.

José se volvió hacia mí, se veía agobiado y cansado.

—Désirée, por favor. ¿No puedes…? ¿No hay algo que puedas

decir?

Me encogí de hombros; sin duda, la impotencia se reflejaba en mi rostro.

—Lo he intentado, José. Innumerables veces. No hay nada que pueda hacer para que él cambie de opinión.

José asintió despacio y volvió a contemplar a mi esposo.

—Entonces, tienes que salir de París.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo.

—Los dos —continuó—. Quizá no sea un lugar seguro para vosotros si las cosas..., bueno...

Bernadotte cruzó la habitación y se detuvo a mi lado. Puso su mano sobre mi hombro, pero yo lo rechacé. No quería que me tocara, ni siquiera podía mirarlo a la cara. Me sacarían a la fuerza de mi casa, como a una criminal, por su necio empecinamiento, por su negativa a aceptar que los acontecimientos que se desarrollaban frente a nosotros eran más importantes que sus malditos principios.

—Abandonar París —exhaló Bernadotte; estaba de acuerdo con José—. Sí. Entonces eso haremos.

—¿Adónde iremos? —Las palabras se encallaron en mi garganta.

—Estaremos bien, querida. Te lo prometo —dijo Bernadotte, su expresión se suavizó. Desvié la vista, no quería mirarlo a los ojos.

José levantó una mano.

—Pero... hay algo más.

—¿Qué? —pregunté.

—Óscar debe quedarse conmigo —sentenció José.

Sentí que el corazón se me salía del cuerpo.

—No. —Fue todo lo que pude decir, en tono de súplica.

—Sólo por un tiempo —continuó, tratando de tranquilizarme con un tono amable.

Las mejillas de Bernadotte se encendieron de cólera.

—Estás loco si crees que abandonaré a mi hijo.

—Nunca —añadí, estando de acuerdo con mi marido por primera vez en días.

—Sólo hasta que las cosas se hayan calmado —explicó José—. Todo esto se resolverá muy pronto.

—No dejaré a mi hijo mientras yo huyo por mi propia seguridad —repliqué entre dientes, lista para subir corriendo la escalera y coger a mi bebé en brazos.

José se quedó inmóvil frente a mí.

—Óscar estará más seguro conmigo. —Ahora hablaba de manera decidida—. Yo lo protegeré como si fuera mío, te doy mi palabra. Por la vida de tu hermana.

Parpadeé repetidamente, sentí que me iba a desmayar. Sacudí la cabeza tratando de luchar contra esa sensación; mis ojos buscaron los de José y vi la mirada de su hermano en ellos.

—Bien, si tienes ese poder, ¿por qué no nos quedamos los tres contigo? —planteé.

José asintió y consideró mi pregunta.

—Mi influencia... sólo puede llegar al bebé. Un inocente. Nada menos que su ahijado. Pero...

—Pero no puedes garantizar nuestra protección. —Bernadotte terminó la frase.

José asintió.

—No con la misma certeza con la que puedo hacerlo con Óscar. Pero ambos tenéis mi palabra, mi juramento solemne, de que nada malo le pasará a vuestro hijo. Vosotros estaréis más seguros fuera de París, pero Óscar estará a salvo en mi casa, tanto como mi amada esposa, cuya sangre comparte.

Bajé la cabeza; lágrimas calientes y mudas comenzaron a brotar de mis ojos, era inútil oponer resistencia. Consideré la idea de dejar a mi hijo, que aún no tenía ni un año de edad. Nunca había estado tan enojada con mi marido; de hecho, con nadie. Amaba a Bernadotte por su fortaleza, por su voluntad de enfrentarse a Napoleón incluso cuando nadie más lo hacía. Pero ahora esa misma fuerza atizaba una cólera ardiente, una rabia quizá más fuerte y más poderosa que cualquier amor que jamás sentí por él. Nos había puesto a todos en peligro con sus malditos principios y su obstinación, y ahora no teníamos más opción que huir. Abandonar París, nuestra casa, a nuestro propio hijo.

—Por favor —pedí entre sollozos—. Julia. Dile que la amo. Y mi hijo...

José también parecía destrozado.

—Y ella siente el mismo amor por ti y por tu bebé, por supuesto. Escribiremos, cuando..., si podemos.

—José. —Lo tomé de la mano y me permití pensar, esperar, sólo por un momento. Qué diferente habría sido todo si yo hubiera aceptado y correspondido a sus primeras atenciones—. ¿Mi bebé?

—Estará a salvo.

—Gracias. —Me sentí vacía, mi corazón latía inútilmente al aceptar la derrota.

Capítulo 20

París
Otoño de 1799

Me vestí con los pantalones y el abrigo de un sirviente, cubrí mi cabello largo con una capucha y nos fuimos en un carruaje sencillo hacia la barrera. El guardia de la entrada a la ciudad apenas me miró, pensando que era un joven empleado. Saludó a mi esposo, que iba vestido como un agricultor noble, y nos permitieron salir de la ciudad después de echar un vistazo rápido a nuestros documentos falsos.

Recorrimos el camino en silencio y nos alejamos de la capital hacia el boscoso pueblo de Villeneuve-Saint-Georges. Cada metro que avanzábamos me separaba un poco más del corazón que me habían arrancado para quedarse en París. «Óscar —pensaba, cada vez más desesperada cuando veía su cara redonda en mi mente—, ¿pensarás que tu mamá te ha abandonado?» Llegamos por la mañana, muy temprano, cuando el alba comenzaba a tornarse púrpura en los espesos bosques e iluminaba una hermosa y modesta casa escondida detrás de un río, entre una arboleda de tilos. Me quité la capucha, pero no podía hacer nada con los pantalones y el abrigo, en particular en esa mañana fría.

—Ésta es la casa de Dumas. El general Thomas-Alexandre Dumas —me explicó Bernadotte.

Estaba furiosa con mi marido, pero ahora lo escuchaba con interés.

—¿Quién es Dumas? —pregunté. Mi voz sonaba ronca por el miedo y la falta de sueño, debido al viaje durante la noche fría por un camino rural. Mis brazos añoraban a mi bebé.

—Es un viejo amigo de confianza. Un militar, un oficial a

quien no le importa la intriga y la rivalidad política. Se muestra ajeno a todo eso, como yo. No hablará de nuestra presencia aquí, no nos traicionará. —Bernadotte puso una mano sobre mi brazo y continuó en voz baja—: Désirée, no... no te muestres sorprendida. Su padre pertenecía a la nobleza francesa, pero su madre era de las islas.

No entendí lo que quería decir, pero no tuve tiempo de preguntar porque en ese momento una silueta oscura salió por la puerta de la casa. El hombre cargaba un candelabro a la débil luz del amanecer; una bata cubría su alta figura.

—¿Bernadotte? —llamó con una voz profunda cuando nuestro carruaje se detuvo—. Bienvenidos. Pasad, pasad.

Nos indicó con una seña que entráramos a su casa; supuse que nuestra llegada lo había sacado de la cama.

Ahora que estaba frente a nosotros, miré a nuestro anfitrión más de cerca. De pronto, entendí el significado de la advertencia de mi esposo: la piel de este hombre era la más oscura que jamás había visto. Se parecía a la gente del Caribe de la que había oído hablar, a los isleños esclavizados que Josefina había descrito de su plantación caribeña. Tenía patillas y una complexión musculosa, pues era casi tan grueso del pecho a la espalda como de hombro a hombro. Bernadotte describió a Dumas como un viejo amigo y un camarada del ejército francés. Me pregunté cuál sería la historia de este hombre.

—Lamentamos llegar a esta hora —dijo mi esposo mientras entrábamos a la cómoda cocina; la ceniza gris en la estufa mostraba que aún no habían encendido el fuego para ese día.

—¿Qué importa la hora en estos tiempos? —respondió nuestro anfitrión, encogiendo sus anchos hombros. Me observó y pareció preguntarse sobre mi curioso atuendo, pero no dijo nada—. Ah, Manon, muy bien.

Hizo un gesto hacia una mujer mayor que entraba en ese momento a la cocina. Arrastraba sus zapatillas deshilachadas y llevaba sujeto su cabello gris debajo de un bonete. Supuse que era una sirvienta o un ama de llaves, y pensé que no era común que una anciana francesa sirviera a un hombre como Dumas.

—Manon os mostrará vuestra habitación, señora Bernadotte —comentó Dumas con una sonrisa cálida y hospitalaria. Tenía que admitir que no le faltaba atractivo, en ningún sentido—. Estoy seguro de que querréis... cambiaros de ropa y descansar un poco —agregó, y le indicó a la anciana que se llevara el baúl que yo había empaquetado a toda prisa.

Estuve a punto de responder que de ninguna manera lograría dormir, pero en ese momento nuestro anfitrión se dirigió a mi marido.

—Bernadotte, creo que tú y yo tenemos que hablar.

«La estación de brumas y niebla.»

Brumario.

Antes lo conocíamos como noviembre, pero desde la Revolución y el advenimiento de nuestro nuevo calendario, «brumario» fue el nombre que le dieron a esa época del año. Y sin lugar a dudas era una temporada de brumas y niebla, de tinieblas y confusión.

Nos quedamos tres días en el campo, en casa del general Dumas. Nuestro anfitrión era un hombre atento y cortés, aunque conmigo se mostraba más distante. Quizá percibía mi nerviosismo, mi frustración con mi marido y mi desesperación por mi hijo. Pensaba en Óscar constantemente. ¿Qué sucedía en París? ¿Mi bebé estaría seguro? ¿Estaría asustado y se preguntaría adónde había ido su mamá? Cuanto más tiempo pasábamos en el campo, más me convencía de que había cometido un terrible error al dejarlo.

Me mantuve aislada la mayor parte del tiempo, encerrada en la pequeña habitación del segundo piso que Dumas me había ofrecido. No me atrevía a salir durante el día, ni siquiera para pasear entre los macizos de árboles hacia el Sena, por miedo a que alguien pudiera verme. ¿Los agentes de Napoleón recorrían estos bosques? ¿Buscaban a mi marido y, por lo tanto, a mí? ¿Napoleón restauraría la guillotina?

Por su parte, Bernadotte hacía largas caminatas durante el

día, en ocasiones con Dumas y otras solo, y me dejaba atrás con mis atormentados pensamientos. Cuando regresaba, con el ceño fruncido por sus reflexiones solitarias, yo no podía hablarle, ni siquiera podía mirarlo a la cara. Su obstinación nos había puesto a todos en peligro; nos había obligado a huir al campo y a escondernos como ladrones, lejos de nuestro hijo y distanciados de los miembros de nuestra familia. Sólo podía esperar, y nada hacía que las horas pasaran con más lentitud que el miedo constante y tenaz.

Por fin, al tercer día recibimos noticias de París. Llegaron dos cartas durante el desayuno, una de Julia para mí y otra de José para mi esposo. Rasgué el sello rojo de cera de la nota de Julia, ansiosa por leer su contenido. La carta era breve, sólo decía: «Regresa a casa, querida hermana. Estarás a salvo. Óscar está seguro. Ya no hay nada que temer».

Era el sello y la caligrafía de Julia, no había duda. La carta de José daba más explicaciones, pero tenía el mismo mensaje: era seguro volver a París.

José escribía que habían sucedido muchas cosas en la capital desde que habíamos salido aquella medianoche. Napoleón había sido nombrado primer cónsul de Francia, líder de un pequeño concejo de hombres que, en apariencia, ahora compartían las riendas del poder, aunque conocíamos de sobra a Napoleón para saber que el primer cónsul era la verdadera autoridad. Junto con él, presidiría el Senado, y sus miembros serían nombrados directamente por el primer cónsul. «Mi hermano te considera entre sus amigos —escribía José—. En efecto, tu esposa y tu hijo son su familia. Puedo garantizar que no corres ningún peligro si regresas a casa y a tu legítimo lugar en nuestra familia… y gobierno.»

Bernadotte me miró con una expresión de alivio, como un rayo de sol después del paso de grises nubarrones. Sonrió por primera vez en muchos días: un gesto breve, pero ahí estaba. Yo me permití suspirar, pero mi tono fue frío cuando me incliné sobre la mesa y señalé la carta.

—Ahí está. Decídete. Dijiste lo que creías que era cierto. Pero ahora las cartas ya están sobre la mesa. Tenemos un nuevo

gobierno y tendremos una nueva constitución.

Bernadotte suspiró hondo.

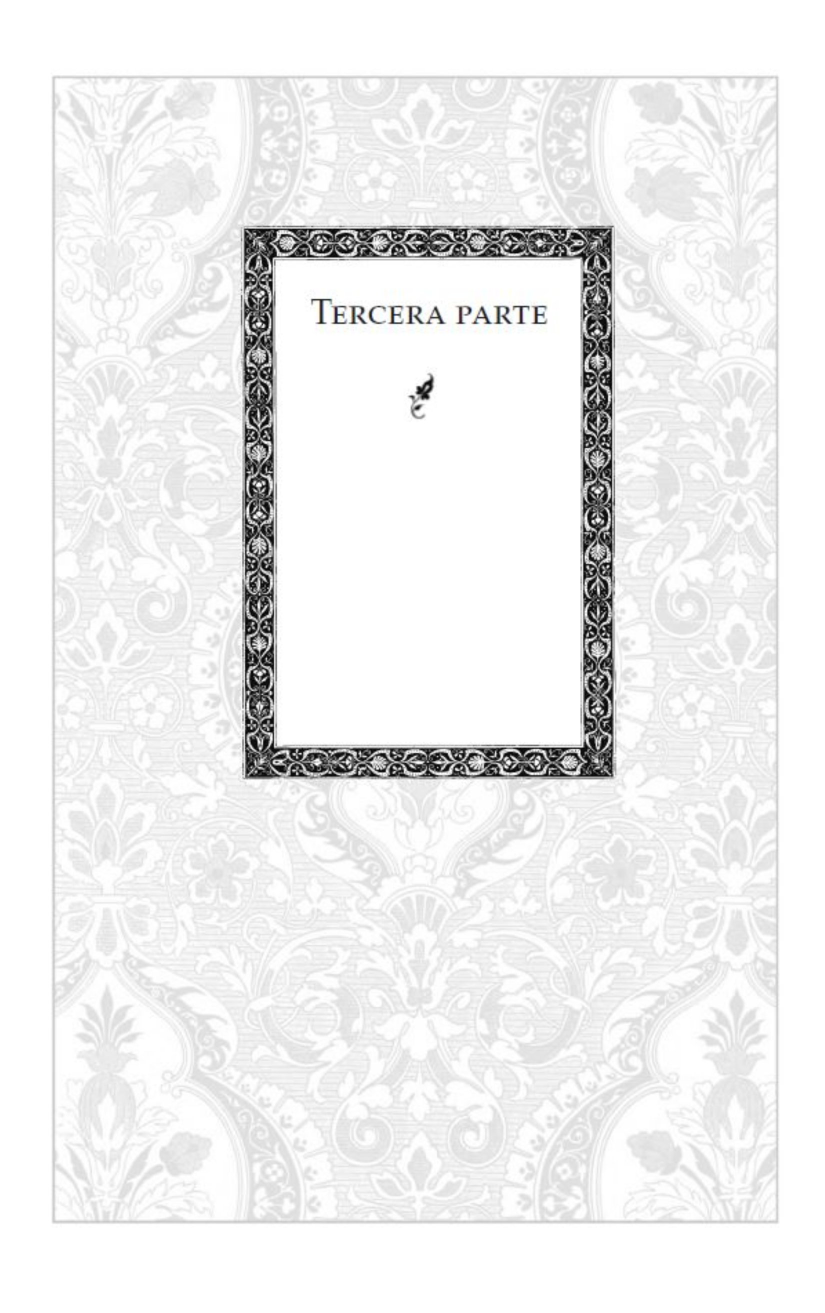
—Así que a esto hemos llegado.

Me puse de pie.

—Puedes hacer lo que quieras, pero yo regreso a París —declaré.

Abatido, asintió y guardó la carta de José en su bolsillo.

—Si regresas a París, Désirée, iré contigo.



Tercera parte

Capítulo 21

París
Noviembre de 1799

Napoleón estaba sentado frente a mí; sus ojos intensos contradecían la sonrisa amistosa fija en su rostro.

—Por fin he tenido la oportunidad de conocer a vuestro hijo, aunque vosotros no estabais aquí para la ocasión —manifestó.

Bernadotte estaba sentado a mi lado, en el sofá de seda, y Josefina permanecía junto a Napoleón. En el cabello llevaba un pañuelo rojo y, aunque fuera por la tarde, parecía que nuestra visita la había sacado de la cama. Iba descalza, las piernas cruzadas dirigidas hacia su marido.

—Por más que lo intenté, no logré encontraros, a ninguno de los dos —agregó.

Estábamos sentados con nuestros anfitriones en un gran salón de la planta baja de su nuevo hogar, el palacio del que se habían apoderado la noche del golpe de estado. Ahora ocupaban el ala más grande del palacio de Luxemburgo, en París. El extenso edificio había sido alguna vez el castillo de la reina María de Médici, para después convertirse en oficinas del gobierno durante la Revolución.

—¿Café? ¿O vino? —preguntó Josefina; sus largos dedos de arpista acariciaban la mano desnuda de su marido.

—Nada, gracias —respondí.

Napoleón mantuvo su atención en mi esposo; permaneció en silencio un momento y después preguntó:

—¿Habéis disfrutado de una estancia agradable en el bosque?

Bernadotte se puso tenso, lo noté. Sopesó sus palabras, se inclinó hacia delante y habló con tranquilidad.

—Vamos, Napoleón, somos viejos amigos. Ya sabías cuál era mi posición. No era personal.

El rostro de Napoleón era una máscara inescrutable. Observó a mi marido, luego a mí.

—En efecto —dijo con los labios apretados.

—Pero, antes que nada, soy un sirviente de Francia —continuó Bernadotte—. Y Francia te ha nombrado su nuevo líder. Por eso te serviré. Con mi vida si es necesario.

Napoleón no contestó. Yo podía oír el tictac del reloj de ormolú sobre la repisa de mármol de la chimenea, pero, aparte de eso, en la habitación el silencio era intenso. Afuera, en la calle, algunos gritaban: *«Vive Napoleón!»*.

—Es ruidoso, desde el amanecer hasta el anochecer —indicó Napoleón con una sonrisa—. Pero ¿qué pensáis de nuestro nuevo alojamiento? —preguntó levantando una mano al tiempo que recorría con la mirada la enorme habitación de techo alto—. El lugar está rodeado de hermosos parques y jardines. Es indudable que María de Médici adoptó el gusto por el lujo de los Borbones —explicó—. Si miráis por la ventana podréis ver la rue de Vaugirard. —Señaló hacia una de las inmensas ventanas que iban de suelo a techo—. Y un poco más arriba está la iglesia de los carmelitas. —Josefina se estremeció y él puso una mano protectora sobre su muslo—. La prisión donde mi pequeña criolla estuvo encerrada durante el Terror, antes de su viaje programado a la guillotina.

Tragué saliva, mis ojos se dirigieron por instinto hacia Josefina. Sus ojos de tono ámbar, delineados con kohl oscuro, estaban fijos en la alfombra de Aubusson.

Napoleón arqueó las cejas e inclinó la cabeza para observar a mi marido.

—Me parece que he oído, Bernadotte, que habías pronosticado que yo acabaría en la guillotina, si recuerdo bien. Dijiste que mi golpe de estado me llevaría a eso. ¿Es verdad?

—Yo... yo juzgué mal... la voluntad y el deseo del pueblo.

Pude sentir cómo galopaba la sangre por las venas de mi esposo, pero me abstuve de poner mi mano sobre la suya para calmarlo. Napoleón se daría cuenta de ese gesto, estaba segura.

Bernadotte permaneció tranquilo; sabía lo importante que era esta reunión y la necesidad que tenía de limar asperezas con Napoleón.

—Ah. —Napoleón consideró su excusa por un momento—. Malinterpretar la voluntad del pueblo es peligroso.

—Ahora me doy cuenta de ello —repuso Bernadotte.

—Es algo que yo me aseguro de no hacer nunca.

Napoleón se inclinó hacia Josefina y le pasó un brazo alrededor de la cintura; le murmuró al oído algo que provocó una risa ronca y grave. Después volvió a dirigirse a nosotros.

—Me ofendiste, Bernadotte. Admito que, cuando todos mis amigos acudieron a mi lado para ofrecer su lealtad y apoyo… y tú no estabas ahí, me enojé mucho contigo. Mucho. Se lo dije a José, pero él… Y, bueno, también está mi ahijado… —Sus palabras se fueron apagando, mi corazón se contrajo—. En fin. —Napoleón me miró a los ojos, la severidad de su rostro pareció suavizarse un poco—. Désirée es una vieja amiga. Y mi pequeña criolla me dice que ha llegado a apreciar mucho a tu esposa. Has sido buena con ella, Désirée, aun cuando mi propia carne y sangre no lo han sido. Ella lo sabe.

Napoleón me envolvió con su intensa mirada, aunque yo observaba a Josefina. Ella asintió y acomodó su ágil figura sobre el sofá sin dejar de acariciar la mano de su esposo. Un gesto reconfortante, lento y rítmico.

Mi marido descruzó las piernas y las volvió a cruzar junto a mí; podía escuchar el crujir de sus botas de piel.

—Idealizas nuestra Revolución, Bernadotte —opinó Napoleón —. ¿Tan rápido has olvidado el miedo? ¿El caos? ¿La anarquía? —Antes de que pudiera responder, lo interrumpió con un gesto de la mano—. La Revolución valió la pena, porque terminó con la ineficacia de los Borbones. Permitió que el pueblo se levantara y eligiera a su nuevo líder. Un líder que sea uno de ellos, un líder que trabaje para ellos. Y lo han hecho, pero ahora quieren orden. Quieren paz. Quieren prosperidad. La Revolución ha acabado. Yo soy la Revolución.

Capítulo 22

Palacio de las Tullerías, París
Primavera de 1800

—Yo no estoy hecha para tanta grandeza —manifestó Josefina con un suspiro—. Puedo sentir el fantasma de la reina preguntándome qué hago en su cama. —Tomó mi mano y me dio un apretón de complicidad—. Cuando era niña corría descalza por las arenas del Caribe. ¿Y Napoleón? Él corría descalzo por el polvo de los olivares corsos. Sin embargo... —Miró a su alrededor, como si no estuviera segura de cómo había llegado hasta ahí—, aquí estamos. El pueblo ha hablado.

No lo dije, pero no estaba del todo segura de que «el pueblo» hubiera insistido en que Josefina y su marido —nuestro indiscutible, aunque no exactamente oficial, único regente del país — formaran su hogar en el palacio de las Tullerías, la antigua residencia de los príncipes franceses en el corazón de París. O que el pueblo hubiera insistido en que ocuparan las habitaciones que antes habían pertenecido a Luis XVI y a María Antonieta, ni que durmieran en la cama de caoba que ella había utilizado, la misma que hasta hacía poco habían restaurado después de los desastres de la Revolución. Pero decir en voz alta cualquiera de estas cosas hubiera sido una locura. En especial ahora que acabábamos de recuperar el favor de Napoleón.

—Por aquí —dijo Josefina, tirando de mi mano; a mi lado, Julia nos siguió.

Era un día templado de inicios de primavera y las ventanas estaban abiertas para permitir que entrara el aire suave y húmedo a los corredores rancios del palacio. Josefina nos invitó a tomar el té, y, aunque José seguía escéptico en lo que se refería a su cuñada,

incluso él sabía que no podíamos rechazar esa invitación.

—Tomaremos el té allí arriba, en mis habitaciones —explicó ella, dirigiéndose hacia la amplia escalera frente a nosotros—. Abajo hay mucho ruido, con todas las obras que están haciendo.

Era cierto que el extenso palacio era un enjambre de actividad. Se trataba de un edificio laberíntico que había sido remodelado y agrandado por muchos monarcas ambiciosos y ricos que esperaban dejar su propia huella y satisfacer sus caprichos. En ese momento, más de cuatrocientas enormes habitaciones constituían el complejo. Los sirvientes vestían uniformes impecables bordados en oro, libreas más finas que las que usaban incluso durante la época de los Borbones, e iban y venían ajustando los cuadros, desempolvando las cortinas, extendiendo las alfombras de Marruecos y Aubusson, y acomodando el nuevo mobiliario de seda azul y blanca de Napoleón. Azul y blanco, los colores de la antigua realeza. Por todo el palacio, los sirvientes pulían la plata, colocaban jarrones de porcelana fina de Sèvres y colgaban las obras de arte de la conquista italiana de Napoleón.

Aunque la nueva decoración era fina, incluso opulenta, el edificio estaba en completo abandono; lo observé de primera mano mientras avanzábamos por los pasillos y salones de la planta baja para subir la colosal escalera que alguna vez recorrieron los reyes Borbones y sus nobles ministros. Fuera, los jardines seguían abiertos al público y estaban llenos de niños pobres que mendigaban un *sou*, vendedores ambulantes de limonada y peatones que vendían todo tipo de bienes.

—Tendréis que disculparme… Seguimos con las obras. —Josefina agitó una mano despectivamente hacia una pared en la que la mugre ennegrecida manchaba el tapiz, cicatrices que habían dejado los fuegos de las cocinas que la miserable chusma había encendido cuando acampaba en el palacio, después de que echaran a la familia real. Había más espejos rotos o destrozados que intactos, y la mayoría de los muebles estaban deteriorados o dañados, pues algunas de las piezas habían sido usadas como leña.

Atravesamos el gran vestíbulo hacia la legendaria escalera del rey, y sentí que mi estómago daba un vuelco cuando vi las

manchas oscuras de color vino. Era la sangre derramada de la Guardia Suiza del rey, la pequeña fuerza que fue superada en número al pelear contra la turba asesina que había entrado en este palacio blandiendo horquetas con la intención de violar a la reina y asesinar al rey.

Josefina advirtió el horror con el que contuve el aliento y sus ojos siguieron los míos.

—Sí, lo sé. —Suspiró y comenzó a subir la escalera—. Le he pedido muchas veces a Napoleón que limpien estas paredes. Tenemos miles de sirvientes que trabajan en palacio, pero todos le tienen miedo a esta escalera. Estoy cansada de vivir entre la sangre de los fantasmas.

Al llegar arriba nos guio por un largo pasillo hacia una serie de habitaciones grandes y lujosas. Sus apartamentos privados. Si la planta baja del palacio era vieja y se encontraba en estado de abandono debido a la devastación de la guerra, estas habitaciones eran absolutamente lo contrario. Josefina había supervisado de cerca la redecoración de sus aposentos y, con la bendición de su esposo, se había propuesto superar la grandeza de los Borbones.

—Napoleón me dijo que lo decorara mejor que Versalles —murmuró juguetona, y cruzamos el primer umbral.

Entramos a una sala cuyos muros estaban decorados con tapices coloridos; los muebles, revestidos de seda de un alegre color amarillo. Pájaros de porcelana de Sèvres adornaban la repisa de mármol de la chimenea y la resplandeciente luz del sol se reflejaba en los enormes espejos y las lámparas pulidas del techo. Josefina hizo una pausa para que asimiláramos todo ese esplendor. Yo me di cuenta de que estaba boquiabierta. La sala era elegante y decorada con buen gusto, la mano de Josefina era evidente en cada detalle.

—Por aquí. —Pasó junto a los guardias y nosotras la seguimos hacia la siguiente habitación, que era inmensa y estaba llena de estatuas. Supuse que ésos eran los preciados tesoros de Napoleón —. César y Alejandro, Aníbal y George Washington —explicó Josefina, deslizándose por las hileras de altas estatuas sin mirar a ninguna de ellas—. Ya sabéis lo que piensa mi marido sobre sus

héroes.

Sin llamar a la puerta, nos llevó al siguiente salón, que estaba tapizado de seda de color lila.

—Ésta es mi habitación favorita —manifestó—. Exijo que todos los días pongan lilas recién cortadas de los invernaderos, para que combinen con la seda.

Las sillas de oro brillante hacían juego con el gran reloj ormolú y las elaboradas mesas de mármol.

—Ya casi hemos llegado —avisó, pasando un tesoro tras otro. Estos salones eran mucho más espléndidos de lo que pensé que jamás fuera Versalles—. Ah, aquí es.

Josefina abrió la puerta hacia un salón gigante y las tres entramos en él. Escuché la respiración agitada de Julia detrás de mí. Miré alrededor, asombrada; esa habitación era aún más grande que todas las demás.

—Quería que pareciera como si la hubieran decorado espíritus y hadas —murmuró Josefina—. Nuestro tranquilo resguardo del mundo caótico. ¿Qué os parece?

Mis ojos recorrieron con admiración todos los detalles de la vasta habitación. Las paredes estaban cubiertas de satén azul claro; había jarrones de porcelana de Sèvres llenos de flores recién cortadas que adornaban la repisa de la chimenea y las mesitas bajas de mármol. Hileras de óleos decoraban las paredes con ricas tonalidades que parpadeaban a la luz de las velas de la inmensa lámpara de techo. Pero lo más impresionante del dormitorio era la enorme cama con dosel en el centro, la misma que alguna vez había ocupado nuestra reina asesinada.

Cuando Josefina dijo que vivía entre los fantasmas del pasado de Francia no exageraba: dormía a su lado. Quedé absorta un momento frente a la cama de caoba y pensé: «¿Todo este esplendor de seda y porcelana será suficiente para hacer olvidar que la reina asesinada durmió en este mismo lugar?». Estaba tan distraída en mis pensamientos que no me di cuenta de la silueta que estaba de pie en el extremo opuesto.

—¡Oh, querido! —Josefina me sacó de mi ensimismamiento y llamó mi atención hacia la nueva presencia—. No sabíamos que

estabas aquí.

Napoleón le sonrió a su esposa y extendió los brazos caminando hacia nosotras.

—Hola, querida.

Corrió a su encuentro y se acurrucó en sus brazos. Él había engordado mucho.

—He invitado a tus queridas hermanas para el té —dijo mientras le besaba la mejilla—. Quería que conocieran las hermosas habitaciones que me has regalado. ¿Tú en qué estabas ocupado? —preguntó. Se dirigía a él con el tú informal. Hasta donde yo sabía, era la única persona que lo hacía. Ni siquiera José o Leticia tenían permitido ese grado de familiaridad.

—Este balcón —replicó Napoleón, girando hacia la ventana —. Estaba pensando…

Ella se dirigió a nosotras.

—En este balcón… es donde mi esposo vio a Luis de pie, avergonzado, durante la Revolución.

—Así es. —Napoleón levantó una mano para hacerla callar y continuó su propia historia—. Lo sacaron de aquí y le pusieron el gorro rojo en la cabeza; el muy tonto agitaba la mano como un oso de feria. No fue capaz de darse cuenta de que no calmaría a la turba con gestos o promesas. Querían su sangre real.

Julia y yo asentimos y seguimos escuchando en silencio. Después, Napoleón fijó su mirada verde en mí.

—¿Cómo está tu marido? Mi querido amigo gascón.

—Muy bien —respondí. Era cierto en gran parte. Para mi gran alivio, parecía que Bernadotte se había reconciliado con nuestro nuevo gobierno y su constitución ratificada. Había regresado al servicio del ejército en París y, como el resto de nosotros, esperaba con paciencia lo que el nuevo consulado tenía pensado para Francia. Y luego agregué—: Le sienta bien la paternidad.

—Sí, imagino que sí. Qué bien —contestó. Sus ojos recorrieron mi cuerpo y permanecieron en mis pechos, que seguían rebosantes por amamantar a mi bebé. Me resistí a la necesidad de moverme, de cubrirme el escote con el mantón—. Os dejo, señoras. —Se dio la vuelta y besó rápidamente a Josefina en los labios. Al

hacerlo, la tomó del cuello como si fuera su dueño, un gesto que mostraba tanto su afecto como su brutalidad—. Esto... no lo había visto. —Pasó un dedo sobre el grueso conjunto de esmeraldas, del tamaño de uvas, que adornaba el cuello de Josefina al tiempo que se apartaba de ella.

La mano de su mujer voló hacia la gargantilla.

—Oh, ¿esto? Es viejo. Hace años que lo tengo.

—Mmm. Conozco tus esmeraldas, las que eran propiedad de los Sforza. Pero éstas no las había visto.

Ella se encogió de hombros, sonrió y, después de mirar a su esposo, se volvió hacia Julia y hacia mí.

—Nuestro té se enfría.

—Bueno, no queremos que eso suceda. —El destello en sus ojos mostraba más desdén que agrado. Luego nos miró y dijo, con un movimiento de cabeza—: Señoras, disfrutad.

Dejó la mano sobre el cuello de su esposa un momento más, después la soltó y salió de la habitación cerrando la puerta tras él.

Cuando desapareció, Josefina exhaló un gran suspiro.

—Es tan persistente... —Seguía tocando la gargantilla de esmeraldas, sus dedos temblaban mientras recorrían la enorme joya—. Su mente... nunca olvida nada. A veces tengo que decir mentirijillas sobre mi nueva joyería, de lo contrario me regañaría por gastar en exceso.

Yo sabía un poco sobre esa situación. José nos había contado, con los dientes apretados, que Napoleón había aceptado pagar todas las deudas de Josefina poco después de que regresara de Egipto. Y, por supuesto, había leído que Napoleón se había adjudicado el sueldo exorbitante de medio millón de francos al año, aparte del dinero que había ganado durante sus saqueos militares a lo largo de Europa. Sin embargo, a la velocidad con la que gastaba Josefina, incluso esa cantidad astronómica se desvanecería rápidamente.

«Yo no estoy hecha para tanta grandeza», nos acababa de decir. Yo me había quedado impresionada.

—¡Qué pena! —dijo Josefina—. Disculpad el encuentro inesperado. Insiste en que compartamos el dormitorio. No soporta

estar lejos de mí, ni siquiera una noche. —Esbozó una leve sonrisa —. Además, se siente más seguro cuando estoy a su lado. Tengo el sueño muy ligero; así que si alguien intentara hacerle daño mientras duerme, yo me despertaría y pediría ayuda.

En ese momento entró un sirviente con un extravagante servicio de té en colores pastel. Nos sentamos y Josefina nos sirvió; noté que sus suaves manos seguían temblando. Por más que fuera la señora de la casa, rodeada de un esplendor inefable, mostraba una cierta inquietud, incluso nervios, que nunca antes había advertido en ella. Observaba la habitación con mirada apática y su conversación era errática.

—Gracias por la visita. Os he extrañado a las dos. Désirée, ¿cómo está tu querido niño?

No pude evitar sonreír. Óscar era la alegría de nuestra vida y podía hablar de él con ganas y con todo el mundo.

—Debes llevarlo a que me visite a Malmaison. —Josefina agitó una mano—. Todo esto está muy bien, pero aquél es nuestro hogar. Le pido a Napoleón que no se acostumbre mucho a vivir aquí. Cuando termine de decorar Malmaison...

El palacio seguía en obras y ya llevaba así muchísimos años; por lo que había oído, no estaba cerca de concluir.

—A tu hijito le encantará nuestro zoológico. He pedido que nos traigan un orangután y una llama de Perú, así como cisnes negros de Australia. Oh, ¡y las plantas! ¡Tengo tantos invernaderos! Mi jardincito será el lugar más hermoso del mundo. Bueno, no tan pequeño, supongo. ¡Tendremos plantas tropicales del Nilo y de Oriente! Orquídeas de Siam, mimosas de Tasmania, hibiscos del Caribe. Mi querido Bonaparte dice que siente debilidad por las flores exóticas de climas tropicales, igual que yo.

«Y que yo», pensé, aunque no lo dije en voz alta.

Por más que su marido la amara y la mimara en el ámbito privado de sus opulentos hogares, en público él mostraba una imagen diferente. Poco después de tomar las riendas del poder, nuestro primer cónsul promulgó una serie de leyes tituladas «Código

Napoleónico». Uno de los temas más asombrosos de ese documento era el severo trato a las mujeres: «Una mujer debe jurar obediencia y fidelidad a su marido».

Los edictos acarreaban sanciones: una mujer acusada de cometer adulterio sería encarcelada, en tanto que la misma falta perpetrada por un hombre se castigaba sólo con una pequeña multa. El hombre que sorprendiera a su esposa en los brazos de otro podía asesinarla sin miedo a pagar por su crimen. Se hizo casi imposible el divorcio para la mujer, pero para el hombre el proceso se simplificó. Las mujeres tenían prohibido participar en política, legislación y debates públicos, así como en negocios y administración financiera. Se exhortaba a las francesas que habían desempeñado un papel central en la Revolución a que ahora adoptaran una virtud recatada y modesta dentro de los límites del hogar de sus maridos. Nuestro primer cónsul declaraba que el mejor servicio que una mujer podía dar a la sociedad era casarse y parir muchos hijos para educarlos como leales patriotas e hijos de Francia.

Bernadotte me contó que era bien conocido que Napoleón tenía todo tipo de romances indiscretos; se acostaba con actrices parisinas, con cortesanas y con las esposas aristócratas de sus generales y consejeros. Josefina no era tonta. Tras casi perder a su marido por la exposición pública de sus propios devaneos, yo sospechaba que ahora era fiel y se mostraba resignada, incluso ante estas recientes humillaciones.

En toda Francia, la vida también cambió para nosotros. Napoleón suprimió los convenientes títulos de «ciudadano» y «ciudadana», que se emplearon durante la Revolución, y adoptó de nuevo las formas tradicionales de «señor» y «señora». Francia le dio otra vez la bienvenida a la fe católica. Las campanas que tanto tiempo habían estado en silencio comenzaron a repicar en todo París cuando Napoleón restauró oficialmente la Iglesia y sus lugares de culto, abrió las casas de veneración y garantizó una amnistía a los sacerdotes deportados, exhortando al pueblo a que acogiera la religiosidad de nuevo.

La plaza de la Guillotina era ahora la plaza de la Concordia, y

el temido acero se retiró de la plaza y se guardó. Parecía que en todo París se permitía emitir un suspiro de alivio contenido durante mucho tiempo.

Pascua sería la primera fiesta que se celebraría en París desde la reconciliación formal con la Iglesia; ese día de primavera, la familia Bonaparte se reunió en el palacio de las Tullerías para festejar después de misa. Nosotros, los Bernadotte, estábamos invitados.

Mientras nuestro carruaje nos llevaba a las Tullerías, escuchamos el repicar de las campanas por toda la ciudad. El aire era húmedo, pero insinuaba el calor que estaba por venir. Óscar estaba muy guapo en su ropa de Pascua, seda y lino blanco recién almidonados; con cada campanada, lanzaba grititos emocionados.

Nos sentamos a la mesa que servían los criados en librea de los Bonaparte, un copioso festín a base de cordero con patatas, huevo y judías. Josefina no iba vestida con su muselina favorita, sino con un vestido de seda rosa. Napoleón, embutido en su uniforme de oficial, nos hablaba mientras comíamos.

—Señoras, hay algo que Josefina y yo queremos contaros. —Me acomodé en mi silla y bebí un sorbo de vino. Napoleón continuó—: Un nuevo gobierno debe asombrar y maravillar. Si no lo hace, fracasa.

Julia y yo intercambiamos una mirada de curiosidad.

—Sois damas de la reale… de la familia principal. Como tales, toda la nación os observa. Debéis dar ejemplo. —Miró a Josefina, quien asintió sin decir una sola palabra—. Con anterioridad, toda Europa consideró a Francia como líder de la moda. Deseo que eso sea cierto de nuevo.

—Así es —acordó Josefina, pero su esposo continuó.

—Josefina conoce la importancia de cada decisión que toma, cómo la escudriñará el público y cómo la relatarán los periódicos. Por ejemplo, ya no se vestirá más con muselina. La muselina se fabrica en la India, una colonia británica. ¿Por qué enriquecer a nuestros enemigos y quitar el trabajo a nuestros compatriotas? De

ahora en adelante portará sólo seda y satén fabricados en Francia, terciopelo de Lyon, encaje confeccionado en Chantilly o Alenzón, lino de Saint-Quentin. Lo sabes, ¿verdad, esposa?

—Claro que lo sé, querido —respondió Josefina—. Me lo recuerdas cada mañana cuando te sientas aquí y observas cómo me visto.

El comentario tenía una crítica inconfundible y todos los ojos volaron hacia el rostro de Napoleón en espera de una reacción a tal provocación. Noté cómo se le encendían las mejillas de inmediato, así como el tono escarlata en su cuello. Pero guardó la compostura y no dijo nada, simplemente regresó a su plato. El pleito vendría más tarde, lo sabía.

Mi modista llegó a nuestra casa una semana después, una cita de temporada que había programado meses antes. Traía noticias frescas.

—Señora Bernadotte, vengo con toda suerte de nuevas normas.

—¿Ah, sí? —pregunté, mirando el elegante vestido que la señora Bertin había traído—. ¿De qué tipo?

—La primera dama en persona me las ha explicado —repuso la modista, empuñando un fajo de papeles en su mano enguantada. Eran bocetos. La señora Bertin los extendió sobre la mesa de mármol y se puso unos anteojos sobre su delgada nariz—. Esta temporada, los vestidos tendrán un nuevo corte, el estilo que solicitó Josefina. Sólo telas francesas, claro.

—Por supuesto —asentí.

—¿Veis este boceto? La cintura es más alta y floja, y la falda es fluida.

«Interesante», pensé. El estilo perfecto para cuando se está embarazada. Finalmente, ¿Josefina habría concebido?

Por más amplia y de gran alcance que fuera la visión de Napoleón acerca de nuestra nación, tomó una decisión que tuvo un fuerte

impacto en nuestra casa. Con el retorno del clima cálido, Napoleón empezó a preparar su regreso a los Alpes y a Italia, y decidió nombrar a mi esposo comandante del ejército del oeste. Eso comportaba que mi Bernadotte tendría que irse de París; estaría apostado en la remota Bretaña, bañada por el mar, acuartelado en Rennes.

Yo no deseaba ir, y tampoco quería que él se fuera. Significaba estar lejos de París, nuestro hogar, lejos de mi hermana. Pospuse mi partida lo máximo que pude y permanecí en París con Óscar y nuestro personal de servicio. La primavera era una época con muchos eventos: había veladas y bailes, caminatas por los parques y excursiones a lo largo del Sena; iba y venía por la capital, la única representante de la familia Bernadotte, junto con Julia y su marido. Pero, a finales del verano, mi esposo me decía en sus cartas que se sentía tan solo y miserable que sentí pena, y supe que debía acompañarlo, al menos durante un tiempo.

Nos reunimos en Saint-Malo, la antigua ciudad amurallada de edificios de piedra y colinas escarpadas que barría el viento de la costa atlántica. Mi esposo había instalado su casa y su cuartel en un viejo castillo dentro de los muros de la ciudad, la casa del antiguo gobernador Borbón de la región. Aunque todavía era verano, la brisa húmeda del océano recorría la ciudad durante todo el día y las noches eran muy frescas; temía que Óscar cogiera un resfriado. El castillo tenía corrientes de aire y en la ropa persistían los olores de agua salada y humedad. Por las noches, yo temblaba de frío en la cama y metía mis pies debajo de las piernas de Bernadotte en busca de calor, pero sólo me ganaba sus regañinas.

Mi marido parecía desanimado desde que yo había llegado a Saint-Malo.

Ese verano, Napoleón había obtenido una reciente serie de victorias en Italia, la última en Marengo. Cuando llegaron las noticias al puesto del Atlántico, los cañones retumbaron en toda la ciudad para celebrarlo. La gente se reunió en el exterior de nuestro castillo, bebía y cantaba, y gritaba: *«Vive Napoléon!»*, pero mi esposo permanecía a mi lado, molesto.

—Es un gran honor estar a cargo de una parte tan grande del

ejército, ¿no es así, querido? —dije, tratando de sacar a mi Bernadotte de su tristeza.

Hacía mucho tiempo que el oeste era la región más problemática y la que más estaba a favor de los Borbones; aquí la amenaza de una revuelta abierta o un asalto naval seguía siendo una posibilidad en cualquier momento, hasta yo lo sabía. Era esencial contar con un fuerte liderazgo militar.

Pero esto no parecía consolar a mi esposo, quien sólo balbuceó en respuesta:

—Básicamente, aquí soy un oficial de policía que se golpea el pecho para mantener quietos a los monárquicos. Me ha enviado lo más lejos posible para que nunca vea la gloria. Y para que nunca amenace la suya.

Capítulo 23

París
Nochebuena de 1800

La víspera de Navidad llegamos tarde al palacio de las Tullerías, y no había nada que Napoleón despreciara más que la impuntualidad. Bueno, sí que había una cosa que le desagradaba más: pelearse con Josefina. Al parecer, esa noche nos enfrentábamos con ambas desgracias.

No sabía qué había provocado el desacuerdo de esa noche, pero cuando nos reunimos con ellos en nuestro carruaje para asistir a la ópera, Napoleón la estaba regañando.

—¡Eres una mentirosa! —gritaba. Estaba de pie en el amplio vestíbulo principal del palacio, donde había muchos sirvientes en librea, y las hermanas Bonaparte, Julia, José y yo permanecimos en un rincón mientras los asistentes preparaban los coches. Josefina nos dio la espalda, con el rostro pálido y los ojos enrojecidos. Napoleón continuó—: Sé que ha llegado el mar Rojo. ¿Crees que soy tonto?

—¡Pero eso no importa! —replicó Josefina, estrujando su manguito de pieles entre las manos. Las hermanas Bonaparte lanzaban risitas entre ellas, pero Josefina las ignoró y sólo le habló a su marido—: ¡Únicamente significa que estoy sana! Va a llegar, querido. Por favor, ten paciencia.

—¿Paciencia? ¿No he sido paciente? ¿Durante años? —Su pecho subía y bajaba con fuerza; la señaló con el dedo índice a unos centímetros de su rostro—. ¡Has tratado de ocultármelo! ¡Pensabas que no me daría cuenta!

El cuello alto del uniforme de oficial de Napoleón parecía demasiado apretado alrededor de su cuello enrojecido y abultado.

De pronto, lo comprendí. Había pasado otro mes y Josefina seguía sin quedarse embarazada del heredero de Napoleón. Seguramente acababa de tener su período y una de sus doncellas se había encargado de informar a su marido vigilante.

Josefina ahora estaba histérica: nos ignoró a todos y se puso de rodillas a sus pies, rogándole que la perdonara. En ese instante, el reloj del gran vestíbulo dio las ocho. Napoleón frunció el ceño y miró hacia la puerta.

—Discutiremos esto después.

Luego, nos mandó a todos que saliéramos del palacio y subiéramos a los dos carruajes que esperaban.

—Irás detrás de mí, en el segundo coche —le ordenó a su esposa—. José, ven conmigo.

Bernadotte ya estaba en el teatro, nos esperaba junto con otros generales y ministros, así que yo tenía que ir con mi hermana. Julia y yo elegimos también el segundo carruaje, que compartimos con la hermana de Napoleón, Carolina, cuyo embarazo estaba tan avanzado que parecía que iba a tener al niño en cualquier momento. Mientras la ayudaban a subir al coche, supuse que la alegría de Carolina por su próxima maternidad no era nada en comparación con el júbilo que le provocaba saber que su vientre hinchado enfurecería a su hermano y haría agonizar a su cuñada.

—Ojalá el bebé espere unas horas más y me permita ver todo el espectáculo... —dijo Carolina con una gran sonrisa mientras nos sentábamos dentro del carruaje.

Esa Nochebuena interpretaban *La creación,* de Haydn. Napoleón metió la cabeza por la ventanilla de nuestro carruaje una última vez para asegurarse de que todos estábamos bien. Sus ojos repararon en su esposa, echaban chispas.

—¿Qué te he dicho, Josefina? —Ella le devolvió la mirada en silencio, confundida. Él continuó—: ¿No te he dicho que todos estarían ahí? Talleyrand, Bernadotte... —Me miró y luego volvió a dirigirse a ella—. Tenías que llevar tu mejor atuendo.

Josefina bajó la vista hacia su delgada figura; iba vestida con una elegante prenda plateada y una pañoleta colorida con un

diseño elaborado de vides entrelazadas.

—Pero... pero lo llevo —tartamudeó—. ¿No te gusta mi ropa?

Napoleón se inclinó hacia el interior del carruaje y le arrancó el pañuelo de sus frágiles hombros.

—¡Este pañuelo viene de Constantinopla! Después de todo, ¡debo de saberlo puesto que yo lo pagué! Te vistes como una pagana en Nochebuena, en abierto desafío a mis órdenes. ¿Pretendes hacerme quedar como un imbécil, como siempre? Entra y cámbiate de inmediato. ¡Ponte un pañuelo francés!

Esperamos en silencio mientras Josefina salía corriendo del carruaje, entraba al palacio y llegaba a sus habitaciones para elegir con rapidez otro pañuelo. Noté cómo aumentaba la rabia de Napoleón, incluso desde nuestros coches separados, y sentí pena por Josefina. Finalmente volvió, y esta vez iba envuelta en un pañuelo azul claro de seda de Lyon. No dijo una sola palabra cuando subió al coche y los caballos salieron por el patio. Sin duda, llegaríamos tarde al teatro.

Carolina se acarició el vientre durante el camino.

—Está muy grande —comentó—. Ya no tengo espacio. ¿Recuerdas haberte sentido así con tu hijo, Désirée?

—Sí —respondí, evitando los ojos de Josefina y los de Julia.

Al cabo de varios minutos dimos la vuelta en la rue Saint-Nicaise, en la esquina con la plaza del Carrusel.

—Mi hermano me pregunta tantas cosas... —continuó Carolina, su mano descansaba sobre su vientre—. Lo examina todo con una mente curiosa e inquisitiva. Oh, ¡cuánto le interesa todo lo que tiene que ver con la maternidad! Está desesperado por vivir la paternidad en su propia carne.

—Recuerdo mi primer embarazo, el de mi hijo —la interrumpió Josefina. Si las palabras de Carolina la lastimaron, no lo mostró; en vez de eso, en su rostro se dibujó una mirada serena —. Se agitaba mucho en mi vientre, se movía del amanecer hasta el anochecer. Un diablillo en mis entrañas. Sin embargo, cuando nació, mi Eugène era el bebé más tranquilo y calmado del mundo, un amor. Y yo que me preocupaba por si llevaba a un granuja en el vientre...

—Oh, ¡pero eso fue hace tanto tiempo! —exclamó Carolina—. ¿Cómo puedes siquiera recordarlo?

—Bueno… —Josefina vaciló y buscó las palabras, pero antes de que las encontrara, una horrible sacudida nos lanzó por los aires, una explosión que estremeció el suelo.

Los caballos relincharon. Sentí como si una hilera de cañones abriera fuego durante un terremoto. Grité y caí al suelo; las ventanas del carruaje se hicieron añicos. Oí los chillidos desesperados del cochero, sus inútiles intentos por apaciguar a los caballos. Parpadeé, sorprendida, mis oídos silbaban en una sordera momentánea. Julia yacía junto a mí, en el suelo del coche, y se tapaba los oídos con las manos y gritaba. Carolina gemía, estaba inclinada hacia delante como si protegiera su estómago. Josefina se había desmayado. En apariencia, estábamos todas ilesas, aunque terriblemente alteradas. ¿Qué había pasado? Me puse de rodillas y miré a través de las ventanas rotas. Varias de las casas cercanas eran sólo escombros, sus techos y puertas estaban destrozados por completo; en su lugar, vi unas fauces abiertas de madera astillada y muros de piedra derrumbados.

Había estallado una bomba, lo supe al instante. Un atentado contra la vida de nuestro primer cónsul. Los caballos que tiraban de nuestro carruaje seguían relinchando y pateando; el cochero y varios lacayos se esforzaban por calmarlos. La gente que estaba en la calle gritaba, llegaban a toda velocidad frente al carruaje, todo era un amasijo de miembros ensangrentados y caos.

La oscuridad se espesó a nuestro alrededor y pude oír de nuevo. Pestañeé, tratando de enfocar la vista. Estábamos envueltas de humo, sin duda provocado por la explosión, pero pude oír su voz.

—¡Mi mujer! ¡Mi mujer! —Era Napoleón, fuera de sí—. ¿Dónde está mi mujer? —Saltó al interior del carruaje, distinguió el cuerpo inerte de Josefina y la tomó en sus brazos—. Josefina, ¡querida! —Hizo un gran esfuerzo por levantarla, la besó, le palmeó el rostro. Poco a poco, ella comenzó a moverse, parpadeó desorientada y miró alrededor de nuestro carruaje demolido—. ¡Te has desmayado! —dijo, meciéndola como a una niña—. ¿Te das

cuenta de que me has salvado la vida?

Ella no entendía a qué se refería. Yo tampoco. Entretanto, Napoleón estaba más alerta de lo que yo jamás lo había visto, aunque un poco mareado.

—Tu pañuelo me ha salvado, ¡querida! Gracias al retraso por esperar a que te cambiaras tu tonto atuendo. ¿Lo puedes creer? ¡Todo gracias a ti! Siempre supe que eras mi ángel y ahora has sido la mejor, ¡nos has salvado de la explosión de una bomba!

No lo creía posible, pero en ese momento Napoleón anunció que seguiría con los planes y asistiríamos a la ópera.

—A la ópera, ahora mismo.

—¿Está... seguro? —preguntó José, sus brazos rodeaban a Julia, que temblaba.

—Sí —asintió con el rostro pálido pero resuelto—. La gente no debe creer que estoy muerto.

De milagro nadie sufrió ninguna lesión, aunque por supuesto estábamos muy conmocionados. Lo único que yo quería era regresar a mi casa, donde podría beber una gran copa de brandy y tomar un baño caliente antes de meterme a la cama y dormir con tranquilidad con Óscar a mi lado. Sin embargo, Napoleón aseguró que no permitiríamos que esos aspirantes a asesinos nos intimidaran y atemorizaran a Francia; puesto que los carruajes estaban destrozados y nuestros caballos petrificados, recorrimos a pie la corta distancia que nos separaba del teatro.

Entramos al palco del cónsul en medio de murmullos y aplausos, aunque nadie en el lugar había oído aún lo que acababa de suceder. El espectáculo había empezado y los actores continuaron la función a pesar de la emoción que había provocado nuestra entrada. Necesitaba sentarme. Me acomodé en la parte trasera del palco, buscando a mi marido, pero no pude encontrarlo. Napoleón también lo notó.

—¿Dónde está Bernadotte? —me preguntó sin molestarse en hablar en voz baja pese a la música.

—No... no lo sé —respondí, tratando de ocultar el temblor de las manos sobre mi regazo.

Al fin, varios minutos después, la alta figura de mi esposo

apareció en el palco; parecía preocupado y su cabello oscuro estaba desaliñado. Napoleón lo miró al entrar.

El aliento de Bernadotte era irregular; se encorvó y me dio un beso en la mejilla.

—Hola, querida.

Bernadotte se inclinó hacia Napoleón y se sentó junto a mí. Lo miré de reojo.

—¿Te has enterado de lo que nos acaba de pasar?

Negó con la cabeza.

—No. ¿Por qué habéis llegado tarde?

Napoleón nos observaba y se mostraba atento a nuestra conversación, así que le conté la historia brevemente; con voz tranquila le conté que había estallado una bomba, que nuestro carruaje había quedado destrozado y que en las calles se vivía un caos total.

—*Mon Dieu* —dijo mi esposo y me tomó de la mano—. Gracias a Dios que estás bien.

—Sí —asentí. Pero después, inquieta por el jadeo de mi esposo, exclamé—: Y a ti ¿por qué te falta el aliento?

Bernadotte se removió incómodo en su asiento, luego se alejó de mí y miró hacia el escenario.

—Sólo... sólo he subido la escalera corriendo.

«Curioso», pensé. Mi mente era absolutamente incapaz de concentrarse en la música que sonaba enfrente, en el escenario. Mi marido me había preguntado por qué yo había llegado tarde, pero ahora yo quería saber lo mismo sobre él.

Después de la ópera regresamos a las Tullerías para asistir a la fiesta de Nochebuena, tal como estaba planeado. Napoleón insistió en no cambiar los planes de esa noche, aun cuando fuéramos un grupo silencioso y discreto que se reunía para un banquete. Yo no tenía apetito y parecía que mi esposo tampoco. Cuando las campanas cercanas de Notre Dame anunciaron la medianoche y la llegada de la Navidad, hasta Napoleón adoptó una actitud sombría y pensativa. A pesar de la férrea voluntad que había mostrado al

inicio de la velada, ahora parecía estar visiblemente perturbado; la copa de vino temblaba en su mano, con el tenedor empujaba la comida alrededor de su plato, pero casi no se la llevaba a la boca.

Se inclinó hacia José al final de la cena y le habló en voz baja.

—No tengo heredero. ¿Quién habría seguido después de mí? Si hubieran… tenido éxito y…

Josefina palideció. José asintió.

—Querido hermano, no se preocupe por esas cosas; la feliz realidad es que no han tenido éxito.

Napoleón frunció el ceño.

—Pero, José, debo tenerlo en cuenta. Debo pensarlo, ¿quién tomará mi lugar si no tengo un hijo?

José apoyó los codos en la mesa y empujó su plato.

—Alguien de nuestra familia habría ocupado su lugar, con placer. El buen trabajo de los Bonaparte… de Francia continuaría en su nombre.

—No —replicó Napoleón con voz apagada y negando con la cabeza.

Después levantó el rostro y miró alrededor de la mesa antes de posar sus ojos atentos sobre mi marido. Con un sobresalto, advertí que mi esposo le devolvía la mirada a Napoleón. Su expresión era inalterable, incluso un poco desafiante. «¿Dónde había estado mi marido? —volví a plantearme—. ¿Por qué había llegado tarde al teatro, desaliñado y sin aliento?» Me di cuenta de eso, me lo pregunté; seguro que Napoleón también.

La concentración de Napoleón permaneció sobre Bernadotte cuando, con una sonrisa sin alegría y con rasgos tensos, manifestó:

—El pueblo, en su dolor, habría recurrido al general Bernadotte. Y él, como Antonio, también habría levantado la túnica manchada de la sangre del césar. Después habría ocupado el lugar que mi muerte dejara vacante.

Capítulo 24

París
Primavera de 1802

Una vez más había gritos en las calles de París, pero en esta ocasión eran de festejo. Un clamor festivo y campanas. Por fin, la paz había llegado a Francia, y Napoleón era quien la había traído.

Eso fue lo que nuestro primer cónsul le dijo al pueblo; lo proclamaba en periódicos y lo pronunciaba mediante mensajeros en las calles, los puentes y los cafés de París. Después de más de una década de revolución, caos y derramamiento de sangre, Napoleón obtuvo una victoria para Francia en el extranjero y una nueva época de paz y prosperidad duraderas en casa.

De hecho, José fue el arquitecto principal del tratado de paz. Esa primavera viajó con Talleyrand a la vieja ciudad francesa de Amiens, donde se reunió con ministros de Gran Bretaña, España y Holanda para redactar un nuevo tratado de naciones para una Europa bañada de sangre. Las noticias recorrieron toda Francia, con celebraciones financiadas por el Estado y el estallido de cañones en las plazas principales de todas las ciudades. Francia había salido victoriosa; no sólo conservaríamos nuestras fronteras y las tierras ganadas durante las conquistas de Napoleón, sino que también recuperaríamos un acceso libre y abierto a los mares, sin el acecho de los poderosos barcos de guerra británicos. Conservaríamos nuestros territorios coloniales en el imperio y miles de prisioneros de guerra franceses serían liberados.

Francia festejaba, pero París estaba absolutamente eufórico. En las calles, el pueblo izaba la bandera tricolor, y algunos grabados con la imagen de Napoleón lo representaban como el gran ángel de la paz, con laureles como los augustos emperadores

de la Antigüedad. Los periódicos lo llamaban «el Gran Pacificador» y «el Dios de la Paz», e imprimieron en masa nuevas canciones y poemas en su honor.

Esa noche de primavera, cuando asistimos a la ópera con la familia Bonaparte, su llegada al palco consular fue recibida con gritos estruendosos y ovaciones de pie que no tenían fin, hasta que él alzó una mano y se inclinó en agradecimiento.

Los parisinos deseaban divinizarlo, y era evidente que Napoleón estaba listo para permitirlo. Esa primavera advertí que empezaba a vestirse diferente. Desde que lo conocía, él llevaba la levita militar y los pantalones de oficial del ejército francés, pero ahora que había traído la paz había abandonado el uniforme. Comenzó a vestirse entonces con levitas de terciopelo rojo y cuello alto. El resto de su aspecto también se veía más cuidado: pantalones con bordado de oro, botas altas de piel, una espada enjoyada y una banda cruzada sobre su amplio torso. Cuando se presentaba *en famille* para las cenas, o en las veladas de cartas o música de los Bonaparte, Josefina pulía sus uñas con un pañuelo de batista y se detenía de vez en cuando para examinar su trabajo.

Por primera vez, desde que yo había empezado a vivir en París, Napoleón no aprovechó la temporada de calor para ir a los campos de batalla en Italia o Austria, sino que se quedó con Josefina y el resto de su familia en su residencia de las Tullerías. Napoleón el soldado había cedido el paso a Napoleón el gran estadista.

Y trajo la paz a muchos más sitios que a los campos de batalla. Esa primavera, las campanas de las iglesias tañeron en toda la capital para celebrar la reconciliación oficial de Francia con Roma y el papa. «¡Ahora tenemos paz no sólo con los poderes terrenales, sino también con los poderes celestiales!», declaraba triunfante a los periódicos de la nación. Era el retroceso de uno de los principios esenciales de nuestra Revolución, pero el francés común se alegró con la noticia. Como sucedió con el calendario revolucionario, la nación nunca había asumido en realidad la irreligiosidad obligada de la República, nunca había reemplazado por completo a Jesucristo ni a la virgen María por el Ser Supremo

y la Diosa de la Razón. La reconciliación con Roma era una buena política y Napoleón lo sabía.

Nos dirigimos desde las Tullerías hasta Notre Dame; una larga procesión de carruajes dorados transportó a todos los miembros de la familia Bonaparte y del gobierno para arrodillarnos y rezar ante el recientemente reincorporado arzobispo de París. Bernadotte y yo íbamos con José y Julia en el carruaje que seguía justo después del de Napoleón, quien viajaba al frente con su esposa y los dos hijos de ella, Eugène y Hortense.

—¿Habéis visto cuánta gente hay en la calle? —José señaló por la ventana.

Tenía razón: el clima cálido siempre propiciaba la presencia de vendedores, puestos de flores y una ola renovada de peatones; pero ese día la capital estaba a rebosar de verdaderas multitudes.

Napoleón estaba decidido a hacer de la capital el centro próspero que atrajera no sólo a los franceses, sino también a multitudes de turistas internacionales. Británicos y otros europeos venían en masa después de tantos años en los que nuestra ciudad había estado fuera de su alcance, y Napoleón les daba la bienvenida. Deseaba que su sede en las Tullerías fuera una corte animada y moderna, y le dio una orden a su esposa en donde estipulaba que organizarían grandes veladas cada semana. Muy pronto estas noches en las Tullerías ganaron reputación en todo París por su alegría y suntuosidad: banquetes animados con música y bailes, conversaciones ingeniosas y coqueteos bañados de champán. Una invitación por parte de Josefina, quien durante estas reuniones se sentaba en un trono, se convirtió en lo más deseado de la ciudad.

Después de estas veladas festivas de invitados exclusivos y celebraciones excesivas, por las mañanas se invitaba al público a presenciar cómo Napoleón y Josefina despertaban y se vestían; una ceremonia pública que los franceses no habían visto desde que Luis XVI y María Antonieta celebraban los mismos ritos. Ahora la etiqueta que regía la vida cotidiana en las Tullerías era tan exacta, y el ritual que se observaba tan preciso, que cualquiera podría creerse en la corte de Versalles de hacía un siglo.

Mientras la tranquila primavera daba paso al verano, la familia Bonaparte recibió más buenas noticias. Después de años de espera y frustración, mi hermana finalmente estaba encinta. Su vientre se hacía cada día más redondo con el bebé de José. Napoleón sonrió cuando su hermano le dio las buenas noticias, pero yo advertí cómo su mentón se tensaba de manera casi imperceptible y mostraba una mínima crispación en una ceja al mirar de reojo a su propia mujer, con su cintura tan fina como nunca debajo de la adecuada y patriótica seda francesa.

Esa noche, Napoleón habló con José en privado. Yo estaba con Julia, junto a su marido, y pudimos escuchar su conversación.

—Felicidades, hermano.

—Gracias. Estamos muy felices. —José se removió incómodo—. Con suerte, serás el próximo.

—Por supuesto —respondió Napoleón—. Pero ¿cómo, después de tanto tiempo?

José se acercó a su hermano y habló en voz baja. Yo apenas podía oírlo.

—Fueron las aguas. De verdad lo creo. Julia viajó a Plombières este invierno, a los balnearios, y tomó las aguas sanadoras. Comió espinacas bañadas en aceite y huevo, y bebió de las fuentes curativas. Se quedó embarazada poco tiempo después de su regreso a París.

La semana siguiente, Josefina hizo el equipaje y ella y su hija Hortense partieron en su carruaje hacia el pueblo balneario de Plombières.

Napoleón había estudiado a los antiguos y sabía muy bien sobre la importancia del pan y el circo. El destino le brindó la oportunidad perfecta para ofrecerles uno y otro cuando ese agosto cumplió treinta y tres años.

Esa fecha se declaró como día festivo en toda Francia; pero, antes de este cambio, ese mismo día se loaba a la virgen María,

puesto que era el día santo en que había ascendido a los cielos. Sin embargo, aunque ya nos habíamos reconciliado con la Iglesia, Napoleón decidió que esa fecha se celebraría en su honor y la proclamó el Día de San Napoleón.

Toda la nación se reunió para festejar a nuestro popular primer cónsul, al que ahora se lo llamaba sencillamente «Napoleón». Fue un cumpleaños alegre, aunque sólo unos pocos cientos fueron los más afortunados de recibir la invitación para su fiesta privada. Después de un desfile por París llegó con su cabello castaño coronado con laureles; se parecía a sus héroes de la antigua Roma y Grecia. Josefina iba junto a él con un hermoso vestido de crepé rosa que estaba cubierto de pétalos de rosa recién cortados; su cabello oscuro estaba adornado con una tiara de diamantes.

Napoleón estuvo con Bernadotte y conmigo durante varias horas en esa fiesta tan suntuosa. Mi esposo mostraba su mejor talante. Esa tarde le rogué que se contuviera y que sólo pronunciara palabras agradables y de buena voluntad. Eso fue lo que hizo cuando Napoleón se acercó, para mi gran alivio.

—Un brindis por vos, primer cónsul —dijo Bernadotte levantando su copa de champán—. Reina la paz y el pueblo es feliz.

Mi marido sonrió, aunque yo, como su esposa, sabía lo amargas que sabían esas palabras en su boca.

Sin embargo, por más que mi esposo no estuviera de acuerdo con el establecimiento de este nuevo gobierno, durante los últimos meses parecía que el liderazgo de Napoleón había sido bueno para la nación. El campo estaba preparado para una buena cosecha en otoño, y Napoleón había estado ocupado expidiendo órdenes para construir nuevos graneros en donde se almacenara el excedente, como medida preventiva contra la futura escasez de pan o el aumento de los precios. Mediante su tesorería, estaba en estrecha comunicación con todos los gobernadores regionales y recibía informes constantes sobre el precio del pan. Lejos de la carencia de las Administraciones anteriores, su gobierno había acumulado reservas de grano y tenía pensado supervisar de manera meticulosa

la repartición de esos excedentes, donde y cuando se necesitaran, para que ninguna ama de casa francesa pudiera quejarse alguna vez de que su familia padecía hambre bajo el liderazgo napoleónico. Negociantes y comerciantes se deleitaban con la promesa de paz; turistas de todo el continente se maravillaban con las obras de arte que había reunido y que ahora se exhibían al público en el palacio del Louvre, y el comercio floreció como no lo había hecho en años. De nuevo éramos una nación rica, y nuestra casa de la moneda había acuñado dinero nuevo con la inscripción grabada de «Napoleón: primer cónsul».

Y hacía poco, en agradecimiento por estas mejoras, el pueblo francés le había ofrecido a Napoleón el mejor regalo de cumpleaños imaginable al elegirlo primer cónsul vitalicio por una mayoría asombrosa. Lo querían como su líder único e indiscutible.

Nada se interponía ya entre él y el poder absoluto.

Napoleón aceptó el halago de mi esposo con un gesto breve; su mirada siempre alerta recorría a la multitud en su fiesta. Quizá buscaba a Josefina. O tal vez quería saber si alguien había despreciado su invitación. Por último, solamente respondió:

—La ambición nunca se sacia, incluso en el apogeo de la grandeza.

Era una frase curiosa, sobre todo porque todos estábamos ahí reunidos para celebrar su vida. Pero luego comprendí lo profundamente infeliz que era Napoleón en su vida privada. La mayor y única fuente de su descontento era la falta de un hijo. El vientre de Julia crecía cada vez más con el bebé de su hermano. Josefina había regresado de Plombières, pero, hasta donde yo podía advertir por su cintura aún esbelta, no estaba embarazada.

Desde el atentado contra su vida, Napoleón había mostrado una obsesión particular por engendrar un heredero. Junto con la oleada de turistas británicos, también llegaron a París rumores y varios artículos publicados en periódicos ingleses. A diferencia de los periódicos franceses, estas publicaciones no estaban censuradas por el gobierno de Napoleón.

—Estos periodistas británicos lo enfurecen —me contó mi marido esa mañana—. Lo llaman impotente y enano. Se burlan de

su falta de heredero. Pero, aún peor que eso, le infunden miedo. ¿Ves esto? —Señaló la caricatura del periódico inglés. Un Napoleón rechoncho estaba de pie con una corona de laureles, como un héroe de la antigua Roma. A sus espaldas, unos senadores vestidos con toga empuñaban unas navajas afiladas. Debajo de la imagen, el pie decía: «¿Cómo acabó César?».

La amenaza se disimulaba tan poco que hasta yo entendí de inmediato su significado: los diarios británicos pronosticaban el asesinato de Napoleón.

—¿Veis a Hortense? —La pregunta de Napoleón me devolvió al presente y al baile de cumpleaños; mis ojos recorrieron la sala hasta donde estaba su hijastra—. Al menos, ella me da un motivo de celebración, aunque mi propia esposa no lo haga.

Pude ver a qué se refería: se alcanzaba a notar un leve aumento en el abdomen de Hortense bajo un vestido suelto de color marfil. Con diecinueve años, acababa de casarse con el hermano menor de Napoleón, Luis, unos meses más pequeño que él, y ya estaba embarazada.

—El niño será mitad Bonaparte y mitad Josefina, así como lo sería el nuestro. Y Luis me asegura que, si es niño, lo llamarán Napoleón. Es un detalle. Pero, por desgracia, es desafortunado ser tío por partida doble en un año, y abuelastro también, sin llegar a ser padre.

Capítulo 25

París
Primavera de 1803

En efecto, Hortense y Luis tuvieron un niño y lo llamaron Napoleón Bonaparte. Pero no por ello nuestro primer cónsul se sintió menos impaciente con su propia falta de descendencia. Las disputas en las Tullerías continuaron. Las cenas semanales de la familia Bonaparte a menudo se retrasaban o interrumpían porque Josefina llegaba tarde o sencillamente no llegaba. Las hermanas Bonaparte murmuraban la odiosa mentira (hablaban lo bastante fuerte para que tanto Josefina como los periódicos franceses las oyeran) de que en realidad Napoleón era el padre del hijo de Hortense, pues la madre infértil había lanzado a su propia hija a los brazos de Napoleón con la esperanza de darle un hijo y hacerlo feliz. Parecía que la vil malicia que se agitaba en el seno de la familia del primer cónsul no tenía fin.

Llegué a temer mis visitas a las Tullerías por los estallidos cada vez más regulares y violentos de Napoleón, que eran mucho más espeluznantes debido a su desvergonzada naturaleza pública. Julia, embelesada como estaba por ser la mamá de una niña, le confió a su marido que tanto ella como yo temíamos estar cerca de su hermano, así que José nos permitió disculparnos de muchas reuniones familiares. En su lugar, nosotras nos reuníamos con frecuencia; Óscar adoraba su nuevo papel de niño grande y mimaba y admiraba a su querida primita.

Pero la invitación que recibí esa mañana fue distinta de cualquier otra; era más una cita que una solicitud. Llevaba el sello consular de Napoleón, aunque estaba escrita con la caligrafía larga y elegante de Josefina. Yo debía acudir sola a las Tullerías, sin la

compañía de mi marido o mi hermana. Incluso sin mi hijo, a quien le gustaba visitar a su padrino por los *bonbons* y los juguetes que le regalaban en el palacio, inconsciente en su inocencia infantil del oscuro trasfondo de las interacciones entre los adultos.

Bernadotte había regresado a su cuartel en Bretaña, con el ejército del oeste, así que no hubiera podido acompañarme, pero me habría gustado tener la oportunidad de hablar con él antes de mi visita. La mañana del día de la cita me vestí con cuidado, asegurándome de seleccionar un vestido de brocado francés y un broche fino de zafiros y rubíes, una paleta de color que hacía el honor correspondiente a nuestra bandera tricolor.

El área de las Tullerías estaba siempre a reventar, en particular los jardines públicos, pero un sirviente del palacio vestido con ropa dorada me llevó rápidamente en medio de las multitudes hacia la gran escalera. Adentro, mientras caminaba hacia la escalinata, me di cuenta de que las manchas de sangre en las paredes estaban más pálidas, aunque no las habían borrado por completo. Me estremecí al subir.

No tenía ni idea de lo que Josefina quería contarme, hacía mucho tiempo que había dejado de predecir sus emociones. Pero si debía adivinarlo, sospechaba que quizá al fin estaba embarazada y deseaba controlar de algún modo la forma en la que debía dar a conocer la noticia. Tal vez me necesitaba como una suerte de mensajero anticipado. Cualquiera que fuera su objetivo, estaba segura de que no lo comprendería hasta después de haber llevado a cabo, sin darme cuenta, lo que fuese que ella tuviera en la mente.

Me guiaron al salón amarillo, pero no era Josefina quien me esperaba. Napoleón estaba de pie, solo, frente a la hilera de altos ventanales.

—¡Ah, Désirée! —Se dio la vuelta cuando entré—. Mi querida hermana.

Cruzó la habitación hacia mí, tomó mi mano enguantada en la suya y la besó. De inmediato me puse nerviosa bajo su verde mirada. ¿Cuándo fue la última vez que estuvimos juntos en una habitación? ¿Fue en Marsella? No, ¿en Italia? Con seguridad había sido ahí.

—Gracias por venir. Yo sólo soy un burdo soldado, pero gracias a las buenas enseñanzas de mi esposa sé que lo primero que debo preguntar como anfitrión debe ser: ¿puedo ofrecerte algo? ¿Te apetece tomar algo de comer? ¿De beber?

Tenía la garganta seca, pero respondí:

—Nada, señor. Yo... Gracias.

—¿Señor? —Inclinó la cabeza hacia un lado y pude ver que estaba con un estado de ánimo encantador—. Eres una de mis más viejas... amigas. —Sin embargo, no me dijo cómo debía llamarlo en lugar de «señor». Me soltó la mano e hizo un gesto hacia la silla más próxima, tapizada con la colorida seda amarilla que Josefina había escogido—. Bien, toma asiento, por favor.

Hice lo que me ordenó.

—Josefina llegará dentro de un momento. Se está bañando. Sabes cuánto le gusta alargar sus baños, mi pequeña y perezosa criolla. Me doy cuenta de que estos baños suyos de agua de rosa y jazmín son un lujo extravagante, ya que los príncipes Borbones establecieron la regla en la corte de bañarse sólo algunas veces al año. Aunque, desde luego, tenemos sirvientes suficientes para llevar el agua. Y le encantan sus perfumes y sus aceites... —Se encogió de hombros y lanzó una sonrisa indulgente.

No me interesaba escuchar más, pero asentí. Sus ojos entrecerrados me miraron fijamente.

—Me alegro de verte, Dési.

«¿Dési?» Hice un esfuerzo por permanecer inexpresiva.

—Yo a vos también.

—¿Cómo está mi ahijado, Óscar?

Sentí que mi cuerpo se tensaba al escuchar el nombre de mi hijo en labios de Napoleón, pero pude responder en tono tranquilo:

—Crece muy bien, gracias.

—Me alegra escuchar eso. ¿Y tu marido?

—Está en Bretaña. —Fue todo lo que pude responder.

—Sí, es cierto. —Napoleón cruzó las piernas y puso las manos sobre su rodilla.

No llevaba guantes, y por un momento me asombró la palidez y suavidad de sus manos. Manos de soldado, manos de jinete, pero

estaban tan inmaculadas como las de una dama que nunca ha levantado nada más pesado que una taza de porcelana. Sabía que Josefina le hacía la *manicure* con regularidad, que limaba sus uñas y le daba masajes en las palmas con aceites aromáticos, pero al verlas no pude dejar de distraerme.

—Lo sé —dijo, agitando los dedos. De inmediato leyó mis pensamientos—. Le digo a mi esposa que me mima más que si fuera una mujer. —Negó con la cabeza—. Pero es una compañera muy cariñosa. Le gusta consentirme y malcriarme, no puedo negarme.

—Entonces, tenéis suerte de haberla elegido como esposa —dije.

—¿Y tú, Désirée?

Me puse rígida y me enderecé en la silla.

—¿Perdón?

Arqueó una sola ceja y se inclinó hacia mí; su voz era grave e íntima.

—¿Qué tipo de esposa eres?

Me apoyé sobre el respaldo, esperando poner tanta distancia entre nosotros como fuera posible, y sopesé mis palabras. Él se había convertido en un seductor sin remordimientos; se acostaba con toda suerte de mujeres, casadas o solteras. ¿Quizá ya había recurrido a todas las damas de París y ahora buscaba volver a intentarlo con antiguas amantes? Sentí escalofríos sólo de pensarlo.

—Soy una esposa fiel —respondí decidida, sin ninguna insinuación de coqueteo—. Mi marido y mi hijo son..., bueno, lo son todo para mí. Trato de ser siempre una esposa atenta y una madre cariñosa.

Napoleón me examinó y no pude evitar darme cuenta de la suavidad carnosa y ancha de su rostro. Y no sólo de su rostro: sin el constante esfuerzo físico de las batallas, con tantos banquetes y fiestas, así como gracias a los famosos chefs que ahora estaban a su servicio, Napoleón estaba gordo.

—¿Alguna vez... te enfrentarías a tu marido? ¿Si él... si la situación lo mereciera?

Traté de ocultar la confusión que me provocó esta pregunta.

¿Me estaba pidiendo no que me convirtiera en su amante, sino en su espía? ¿Ir en contra de mi propio esposo?

—No estoy segura de lo que me preguntáis, señor; temo no poder daros la respuesta que esperáis de mí.

Agitó la mano como para descartar la idea.

—No te preocupes. —Miró a su alrededor—. ¿Qué opinas de las obras de arte?

Traté de seguir el hilo de sus pensamientos, pero no encontré ninguna relación, así que respondí con la mayor sinceridad posible.

—Creo que todas las obras que adornan vuestro palacio son inigualables. Pienso que en este palacio, en las Tullerías y en el Louvre habéis reunido una colección de arte que será la envidia de todas las naciones durante muchos años.

—¿Ves el busto que está allí? —preguntó, señalando una pieza de mármol en un rincón de la sala—. Lo realizó un escultor italiano, un hombre llamado Ceracchi.

—¡Ah, Giuseppe Ceracchi! Admiro su trabajo —admití mirando el busto, aliviada por encontrar una conversación que nos llevara a algo tan conciliador como el arte. Estaba dispuesta a alargar ese tema, pero los ojos verdes de Napoleón, con un destello ardiente e inconfundible, buscaron los míos.

—Sí, Giuseppe Ceracchi. ¿Así que lo conoces? —La repentina intensidad de su tono y su expresión me desconcertaron.

—No..., no muy bien. —Me acomodé en mi asiento y arreglé los pliegues de mi falda—. Bernadotte y yo lo vimos una o dos veces. Lo más seguro es que fuera en alguna fiesta que organizaron vos y la primera dama.

Napoleón asintió sin dejar de mirarme con atención.

—¿De verdad?

—¿Señor?

Entrecerró los ojos.

—Este hombre, Ceracchi, acaba de ser declarado culpable de conspirar contra mi vida.

Me quedé sin aliento. Sabía que Napoleón vivía en constante temor de morir sin un heredero. Sabía que tenía agentes por toda la ciudad y, de hecho, por toda Europa, y ellos vigilaban sin

descanso en busca de cualquier indicio que pudiera significar un atentado contra su vida. Sin embargo, no entendía qué tenía que ver todo esto con mi marido o conmigo. Seguía sin saber por qué me había mandado llamar. Todo lo que pude decir fue:

—¡Qué horror! Me aflige mucho escuchar eso.

Napoleón descruzó las gruesas piernas y apoyó las palmas sobre ellas; las puntas de sus elegantes dedos se pusieron blancas por la presión que ejercía sobre ellos.

—Me siguió al teatro. Estaba cubierto de material explosivo. Intentó hacerme volar por los aires.

Me estremecí y mi mirada voló hacia la puerta. Todo lo que quería era salir de allí y regresar a casa. O al menos que Josefina cruzara esa puerta y se reuniera con nosotros. Su presencia reduciría el malestar que sentía ante esta conversación.

Napoleón continuó ajeno a mi inquietud o quizá indiferente a ella.

—Sé cómo interrogar a un hombre, Désirée.

—Ah... —Me removí incómoda.

—Y, para el caso, a una mujer también —agregó—. Sé cómo... sacarle la verdad a alguien.

Tragué saliva y noté que tenía la boca seca. Incluso mis palabras sonaban secas.

—Estoy segura de que tenéis mucha experiencia.

—Sí, la tengo. Es interesante, ¿sabes?, cuando quiebras a un hombre. Un guerrero alemán de ciento cincuenta y tres kilos llora por su madre, en tanto que un flacucho de trece años puede demostrar tanto temple como una espada de acero. Nunca obtienes lo que esperas. —Hizo una pausa y sus ojos se posaron directamente sobre los míos. La habitación estaba en silencio, todo lo que podía escuchar era el tictac invariable del reloj y mi sangre, que me golpeaba los oídos—. Con Ceracchi..., ¿sabes qué encontré y que me sorprendió sobremanera? —me preguntó.

Resistí el deseo de moverme y le devolví la mirada a Napoleón.

—¿Qué?

—Tu marido le debe dinero —declaró con voz inexpresiva.

Me quedé sin aire.

—¿Por... por qué razón?

—Bien, eso es lo que no he podido sacarle aún. —Napoleón cruzó las piernas.

—Yo no lo sé. Mi esposo está..., como he dicho..., no está en París.

Napoleón desvió la vista hacia el busto de Ceracchi. Cuando volvió a hablar, su voz era más ligera.

—Désirée, sabes que me preocupo por ti, ¿verdad?

—Claro..., por supuesto.

—Y creo que puedo ser sincero contigo, hablar con franqueza, ¿no es cierto?

«¿Dónde estaba tu franqueza cuando me rompiste el corazón? —pensé—. Te evadías y me evitabas mientras yo añoraba la verdad. Sólo era una niña que esperaba al hombre en quien había confiado.» Desde luego que no dije nada de eso. ¿De qué hubiera servido desenterrar una historia sepultada hacía tantos años en nuestro pasado común? ¿Y qué importaba ahora? Simplemente asentí.

—Bien —dijo—. Sí, me alegro. Tu hermana está casada con mi hermano. Somos familia. Los valores de la familia corsa están por encima de todo lo demás. Aunque deberíamos arrojarlo todo al mar. —Lanzó una risa triste y continuó—: He sido muy indulgente con mi familia. Lo sabes, ¿verdad?

Asentí.

—Y ahora vas a hacer algo por mí en retribución a mi lealtad.

¿Lo haría? No respondí y dejé que se explicara.

—Tu marido viene de camino a París en este momento. Se ha hartado de estar a la cabeza de un tercio de mi ejército. Se ha hartado de arrojar fango a mi gobierno. En mis fiestas esboza una sonrisa conveniente, pero yo sé que lo hace porque tú se lo pides. Conozco sus verdaderos sentimientos. Le ofreceré un cargo y tú le dirás que lo acepte.

—¿Y... qué cargo es?

—Gobernador.

Difícilmente me parecía un castigo.

—Muy amable de su parte —contesté.

—Gobernador de nuestra colonia en Luisiana. Os estoy enviando a ti y a ese impulsivo gascón a América.

Capítulo 26

SUROESTE DE FRANCIA
VERANO DE 1803

Nuestra procesión avanzaba con lentitud y con dificultad en dirección suroeste a lo largo del Loira, hacia la costa oeste del Atlántico. Atravesamos campos fértiles y agrícolas; áreas verdes y terrenos bañados y madurados por los largos días de sol. Hileras interminables de vides, racimos hinchados, púrpuras y verdes, todos listos para la cosecha. Óscar lanzaba grititos de emoción al ver los castillos señoriales y sus animadas aldeas. «Francia, ¡eres gloriosa! ¿Cómo puedo abandonarte?» Mi alma lloraba mientras mis ojos miraban sin energía por las ventanas del carruaje, hambrientos por grabar y recordar hasta el último detalle de mi tierra natal.

Pasamos varias noches en Orleans, Blois y Tours, durante las cuales mi esposo y yo dormimos en habitaciones separadas y casi no nos hablamos, salvo para darnos las buenas noches. Durante los largos días de viaje hacía todo lo posible por sonreír, aunque fuera por el bien de Óscar, pero en realidad estaba desconsolada. No me entusiasmaba hacer un largo viaje por mar a una ciénaga de bárbaros en la región colonial de la Nueva Francia. Extrañaba París. Al separarme de Julia era como si me faltara un hueso y aún ni siquiera habíamos salido de territorio francés.

Cada noche, cuando nos deteníamos en algún *auberge* modesto, las posadas de la región, los soldados del lugar no se molestaban en ocultar su presencia.

—Son agentes de Napoleón —explicó Bernadotte cuando advirtió que miraba con curiosidad a los hombres armados que merodeaban fuera de nuestra posada—. Estamos bajo vigilancia y

así seguiremos hasta que levemos anclas y flotemos en el Atlántico.

No sabía cómo hablar con mi marido sobre mis preocupaciones. Por un lado, estaba resentida con él porque su obstinación lo había puesto de nuevo en conflicto con el líder de nuestra nación. Pero, por otra parte, no creía que hubiese estado implicado en una conspiración para asesinar a Napoleón, en particular, no con el sórdido escultor Ceracchi como asesino a sueldo. Creía que trataban a Bernadotte de manera injusta. Sospechaba que la hostilidad latente entre mi marido y Napoleón tenía más que ver con su orgullo y sus principios que con una verdadera malicia.

Pero después recordaba la noche en la ópera, la Nochebuena en la que había explotado la bomba en la rue Saint-Nicaise. Cómo mi esposo, que debía esperarnos en el teatro, no estaba ahí cuando llegamos. Recordé cómo apareció de pronto con el rostro tenso. Pero no. Seguramente no. Nunca hubiera aprobado una conspiración cuando su propia esposa iba detrás del carruaje de Napoleón. Incluso si las palabras grabadas en su pecho decían: «Muerte a los reyes».

No. No podía creerlo. Sin embargo, sabía que nunca estaría en paz hasta que mi marido respondiera mis persistentes preguntas, hasta que las contestara de una vez por todas. Pero no aquí, no mientras estábamos bajo constante vigilancia y mientras pasábamos las noches en lugares estrechos y desconocidos. No había manera de saber quién escuchaba al otro lado de las finas paredes. Después, cuando estuviéramos solos. Quizá cuando el vasto Atlántico nos separara de Napoleón.

A veces trataba de ser optimista, sólo porque mi inquietud llegaba a ser una carga muy pesada.

—Me pregunto cómo será el palacio del gobernador en Luisiana —le comenté en el carruaje mientras Óscar miraba a un rebaño de vacas por la ventana.

Bernadotte arrugó la frente y respondió:

—Espero que tenga muchas ventanas, porque he oído que Nueva Orleans es un pantano.

En otras ocasiones, cuando las multitudes se reunían a lo

largo del camino para saludar a los carruajes que pasaban —al fin y al cabo, viajábamos como representantes al servicio de Napoleón y de su popular gobierno—, mi esposo apretaba la mandíbula y murmuraba:

—¿Todo por la gloria de Francia? Esto no es un ascenso. Esto es un exilio adornado con laureles.

Si era un exilio, sólo esperaba que no fuera permanente. Julia y José habían prometido que intercederían por nosotros y que nunca se rendirían. Nos mandarían llamar de regreso una vez que mi esposo terminara su trabajo —¿o su sentencia?— como gobernador de Luisiana. Yo no quería criar a mi hijo lejos de Francia ni de mi hermana, ni tampoco deseaba que mi sobrina se convirtiera en una extraña a quien no pudiera reconocer. Mi hermana me aseguró que su marido abogaría por nosotros. Confiaba en Julia. Incluso sabía que podía confiar en José. Así, conforme nos alejábamos cada vez más de París, me aferré a esa esperanza como mi único consuelo y refugio.

—Me pregunto si Francia será muy diferente cuando regresemos —comenté una tarde al final de nuestro recorrido. La calidad del aire cambiaba, la brisa se hacía más fuerte y fresca, con un ligero toque de sal. Supuse que nos acercábamos al Atlántico y al barco que nos esperaba.

—¿Qué importa eso? —respondió Bernadotte. Me miró, sus ojos negros no reflejaban ni el amor ni la *joie de vivre* que alguna vez tuvieron. Ahora sólo veía ira o quizá dolor—. Todo es exactamente igual que antes, tenemos un rey y de nuevo somos una nación de supersticiones y sometimiento. La única diferencia es que ahora tenemos dos millones de franceses menos, quienes murieron por lo que creían que era la libertad.

Nuestro viaje por tierra nos llevó al final a la ciudad portuaria de La Rochelle, en el Atlántico, donde comenzaría la travesía por mar. La Rochelle era una antigua ciudad fortificada, construida por los romanos, que alguna vez fue el bastión de la resistencia hugonote y que ahora era el centro de un próspero comercio marítimo con la Nueva Francia. Los barcos anclaban en esta ciudad y se abastecían antes de izar las velas hacia cualquier lugar entre

Quebec, en el norte, y Santo Domingo, en el Caribe.

«Qué casualidad —pensé— que lo último que mi marido vea del suelo francés sea la ciudad conocida por su valiente resistencia contra los reyes de antaño.»

La Rochelle era una ciudad ruidosa, llena de gaviotas y marineros, comerciantes y amas de casa que compraban y vendían desde sal hasta porcelana pintada a mano. Nuestro barco, el *Sibella*, nos esperaba en el puerto. Pasamos nuestra última noche en un *auberge* pequeño y abarrotado en la costa. Nos sentamos a cenar en la posada un poco antes de las nueve de la noche; la posadera nos sirvió un sabroso guiso de pescado. Mi estómago se quejaba tras un día tan largo y el estofado desprendía un aroma delicioso, así como el pan fresco y recién horneado. Estaba a punto de empezar a comer cuando el ayudante de mi marido llamó a la puerta.

—¡¿Qué pasa?! —gritó, mirando hacia la puerta. Maurin entró.

—Noticias para vos, general, de París.

—¿París? —Bernadotte tomó la carta y rasgó el sello de cera.

Dentro, había un recorte del periódico *Le Moniteur*. Leyó la carta y después el recorte de periódico: su expresión era inescrutable.

No toqué mi comida y mantuve la mirada fija en mi marido, ansiosa por saber qué noticias había traído Maurin. Por fin, Bernadotte bajó los papeles y suspiró hondo antes de hablar. Sus ojos oscuros tenían una nueva luz, una que no había visto en semanas, quizá meses.

—Bien, querida —declaró—. Me alegro de que no hayan subido tus baúles a la fragata todavía.

—¿Qué sucede? —pregunté con voz débil.

—Toda tu preocupación ha sido en vano. Regresarás a París, a tu cómoda residencia en el bulevar Monceau, junto a tu hermana.

Lo miré sin entender lo que quería decir.

—No dejaré a Óscar. Quiero estar con vosotros dos —dije con voz apagada.

—Vamos a regresar contigo. Han retirado mi nombramiento.

—Pero... —bajé la cuchara y olvidé la cena— ¿por qué?

Bernadotte empujó los papeles sobre la mesa.

—Parece que nuestro muy amado primer cónsul quiere vender Luisiana a los norteamericanos, a su nuevo presidente, el señor Thomas Jefferson.

Miré los papeles, estaba confundida.

—¿Por qué Napoleón haría una cosa así?

—Sólo hay una razón por la que cualquier gobernante vendería un trozo de tierra tan vasto y lucrativo como el territorio de Luisiana. Napoleón necesita dinero —respondió sereno—. Y eso significa que piensa entrar en guerra.

—¿Contra quién? —pregunté—. Firmó un tratado de paz con todas las potencias europeas.

Bernadotte suspiró distraído; pasó los dedos por su frente.

—Supongo que con Inglaterra.

—Pero ¿y la paz? No hay razón para entrar en guerra con Inglaterra.

—Por supuesto que la hay —contestó—. Napoleón desea valerse de la guerra para que el pueblo esté tan distraído que no le importe que se corone emperador.

Capítulo 27

París
Diciembre de 1804

—La bruja me dijo que sería más importante que una reina —contó Josefina. Su voz trinaba, sus manos acariciaban con suavidad la cascada de satén blanco que hacía ondas sobre su regazo, en espera de su escrutinio y aprobación.

La miré confundida por sus palabras. Al principio me pregunté si esa bruja a quien se refería era su suegra, o quizá Paulina u otra de las mujeres Bonaparte. Pero después me di cuenta de que tal vez se refería a una verdadera hechicera y se me puso la piel de gallina.

—Sí, esto está bien —dijo Josefina, y le pasó la delicada tela a su modista, asintiendo con aprobación. Después se volvió hacia mí —. ¿Sabes qué me dijo mi primer esposo cuando le conté esta historia? «No hay nada “más importante que una reina”.» Pero ahora todo tiene sentido, ¿no crees?

Miré alrededor del ajetreado salón; el amplio espacio estaba lleno de asistentes, peluqueros, costureros y artistas; todos preparaban los últimos detalles para la coronación al día siguiente.

—Emperatriz es más importante que reina, sí, señora —convine.

—Confieso que no sabía a qué se refería esa vieja bruja ciega. —Josefina encogió sus delicados hombros—. Era una mujer extraña; vivía sola en las montañas de Martinica. Se llegaba a su hogar tras una larga caminata desde la finca familiar. Tenía que escaparme en medio de la noche para visitarla, acompañada sólo de mi esclava.

Una oleada de escalofríos recorrió mi piel, una respuesta

instintiva de mi cuerpo a ese tipo de conversaciones; sabía que las historias de hechicería eran obra del demonio y que no debía escuchar nada de eso. Pero no le pedí que se detuviera.

Josefina percibió mi curiosidad y me lanzó una sonrisa cómplice. Habló en voz baja, sólo para nosotras.

—La vieja bruja tomó mi mano en su palma arrugada y la apretó con fuerza. Me miró directamente a los ojos, aunque su mirada estaba vacía, vidriosa, como si tuviera algún tipo de velo. Me dijo, y todavía lo recuerdo tan claro como si no hubieran pasado tantos años: «Te casarás con un hombre oscuro de poca fortuna. Pero él cubrirá tu mundo de gloria y serás más importante que una reina».

Me quedé fría, sorda al ruido del personal a nuestro alrededor. Josefina continuó:

—A mi lado, mi esclava soltó una carcajada. Creía que la anciana me estaba gastando una broma. Pero yo lo sabía. —Josefina se apoyó en el respaldo de la silla, cruzó sus piernas desnudas y las inclinó un poco hacia un lado—. ¿Sabes cuántas veces me he repetido esas palabras? En la oscuridad. En el frío. Todas esas noches en ese horrible sótano de la cárcel de los carmelitas, cuando me dijeron que encontraría la muerte al alba del día siguiente. Sabía que estaban equivocados... incluso en ese momento. Todos se equivocaban. Sabía lo que me esperaba. Nunca perdí la fe.

Calló, cogió su copa de vino y bebió un sorbo largo y lento.

Exhalé de manera audible, pensando en todo lo que acababa de escuchar. Fuese producto de la fe u otra cosa, la firme creencia de Josefina en su futuro e inevitable ascenso había resultado ser correcta. A la mañana siguiente, ella, Josefina de Beauharnais, la hija descalza de un esclavista caribeño empobrecido, la viuda condenada de un noble brutal, estaría de pie junto a su esposo frente a la catedral de Notre Dame, cubierta de diamantes, satén y armiño, para ser coronada emperatriz de Francia.

Su esposo había actuado con rapidez y cautela, pero sobre todo con su sagacidad inigualable. Y al fin el día había llegado, aunque quienes teníamos conocimiento de todo lo sucedido

seguíamos sin entender cómo habíamos llegado hasta ese momento histórico.

Napoleón percibió el estado de ánimo del pueblo y supuso de forma correcta que estaban cansados de la guerra y de pasar hambre. Estaban hartos de las amenazas del extranjero; querían un liderazgo claro, competente y decisivo, aunque tuvieran que renunciar a sus ideales republicanos para obtenerlo.

En la primavera anterior, después de varias victorias más contra la alianza dirigida por los Habsburgo, Napoleón había actuado. En todo París empezaron a aparecer panfletos y artículos en los periódicos. No los firmaba Napoleón, al menos no abiertamente, pero en todos ellos lo elogiaban como héroe y salvador de nuestra nación. Mientras la opinión pública se ponía a su favor, decidió comportarse con humildad y discreción al tiempo que pronosticaba con franqueza que había asesinos, desde Gran Bretaña hasta Rusia, que intentaban matarlo y sumir a Francia de nuevo en la anarquía.

—Las dagas están en el aire. Los tiranos del extranjero buscan destruir la Revolución al atacar mi persona. Yo la defenderé, porque yo soy la Revolución —decía a las fervientes multitudes que se reunían por dondequiera que él iba.

Los periódicos franceses, bajo la censura del gobierno de Napoleón, comenzaron a alabar las virtudes de la monarquía. Al principio, él había reaccionado con bastante reticencia, insistiendo en que su gobierno no deseaba cambiar la organización política del cónsul.

—El pueblo no quiere otro rey —declaraba en público.

Si no es un rey, entonces ¿quizá otra cosa? El Senado, ese organismo nombrado y controlado por Napoleón, propuso un cambio de título. Cónsul vitalicio no era un cargo tan decisivo y no iba lo bastante lejos como para garantizar la estabilidad de Francia. Si Napoleón no podía ser rey por su profunda veneración a la Revolución, entonces tenía que haber otro título. ¿Y si echaban un vistazo al genio de la Antigüedad? ¿Y si miraban la forma en que griegos y romanos habían resuelto el problema? Tras estas consideraciones, el Senado propuso darle a Napoleón el título de

emperador.

—Sólo si es lo que el pueblo desea —fue su respuesta.

Su modestia quedó registrada en sus periódicos para el público.

Usando los maravillosos plebiscitos senatoriales de la antigua Roma como guía y precedente, Napoleón declaró que debía someterse a votación, a un referéndum popular en el que únicamente el pueblo decidiría. De este modo, los franceses votaron. Votaron millones de ellos. Y todos decidieron que el título de Napoleón cambiaría de cónsul vitalicio a emperador.

Mi esposo me había dicho que habían manipulado el voto de tal manera que no fuera posible obtener un resultado distinto de la victoria de Napoleón. Los panfletos y toda la prensa manipulaban el debate público, sus ministros estaban a cargo de los centros de votación y sus hermanos habían contado los votos, ¿qué se podía esperar? Sin embargo, el experimento francés del gobierno republicano dejó a muchos de los ciudadanos muy decepcionados; sus familias no estaban mejor que durante las épocas inclementes de los Borbones, por lo que la voluntad del pueblo estaba claramente detrás de la idea de este líder único y fuerte.

¿Cómo se sentía mi marido con todo esto? ¿Cómo se sentía el hombre que tenía grabado en el pecho «Muerte a los reyes»? Para él sólo se trató del último paso dentro de un proceso que venía configurándose desde hacía mucho tiempo. Conocía el corazón de Napoleón Bonaparte. Mi Bernadotte había visto suficientes veces al descubierto la ambición de ese hombre como para entender lo que pretendía. Ahora sencillamente se trataba de un título para hacer oficial y permanente lo que ya había echado a andar. Y Bernadotte lo presenció con recelo.

Además, a pesar de eso, o quizá justo por eso, Napoleón hizo muchos esfuerzos para ganarse la confianza de mi marido, muchos más que los que hizo para convencer a millones de franceses. Antes de que se anunciaran los resultados del plebiscito, nos convocó a mi marido y a mí a otra reunión privada en las Tullerías.

Aceptamos la invitación o, más exactamente, obedecimos las órdenes. Al llegar, Josefina me dio un abrazo.

—¡Désirée, querida! Tengo que mostrarte algo. Ven conmigo a los invernaderos. ¡Orquídeas! ¡Hileras e hileras de orquídeas! Rosas, blancas, amarillas, incluso moradas. Quiero que escojas una para llevarte a casa. Para que te recuerde a tu amado sur.

Tras decir esto, me guio hacia los invernaderos de las Tullerías y dejamos a mi marido con Napoleón.

Bernadotte y yo no hablamos hasta que regresamos a casa, de las Tullerías a la rue de Monceau. Ahí, al abrigo de nuestra privacidad, incluso de los sirvientes y ayudantes que con seguridad estaban al servicio de los Bonaparte, mi esposo me contó su conversación.

—Estará bien, querida. Hemos acordado una alianza.

Crucé los brazos, confundida.

—¿Una alianza? Pero ¿cómo? ¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho que era evidente que la nación deseaba y solicitaba su liderazgo, que ahora Francia necesitaba la buena voluntad y el apoyo de todos sus hijos y que sería contraproducente que yo permaneciera al margen. Me ha pedido que marchara con él y con toda Francia.

—¿Y qué has respondido?

—He sido sincero —confesó—. Le he dicho que hacía mucho tiempo que creía y deseaba que Francia floreciera con un gobierno republicano. Él ha señalado que no sería así y he respondido que tenía razón. Después me ha preguntado si podía confiar en mí dadas mis inclinaciones republicanas, y he contestado que sí. No le he prometido mi simpatía, pero sí mi lealtad. Por Francia. Y cumpliré mi palabra.

—Entonces ¿pretende formar un nuevo gobierno? —pregunté.

—Sí. Y si se trata del nuevo gobierno que desea, eso es lo que tendremos.

Asentí, asimilando sus palabras.

—Désirée. —La voz de mi marido delataba un poco de ansiedad—. Querida, me ha pedido que me una a él en el nuevo gobierno imperial.

Sentí un nudo en el estómago. ¿Significaba más guerra o un puesto más elevado en el ejército? ¿O quizá un nombramiento

similar al que le había dado en Luisiana?

—¿En calidad de qué? —pregunté, temerosa de su respuesta.

—Adoptará de nuevo la antigua tradición de la época de Carlomagno, cuando a los grandes de la nación se los llamaba mariscales de Francia. Creará dieciocho nombramientos de mariscal entre sus mejores y más leales generales, y quiere que yo sea uno de ellos.

Mientras mi esposo hablaba sin respiro, mi mente daba vueltas para asimilar tanta información. Bernadotte era popular en el ejército; había demostrado su talento como general en las batallas. Se había mostrado como franco patriota de la República, en contra de los esfuerzos de Napoleón por hacerse con el poder. Y quizá lo más significativo era que, al casarse conmigo, Bernadotte había vinculado para siempre su destino al de la familia Bonaparte. José, el hermano favorito de Napoleón, estaba casado con mi hermana. Eso significaba que para Napoleón no había escapatoria para los Bernadotte, puesto que ambos hermanos siempre estarían muy unidos, y Julia y yo seríamos eternamente las hermanas más cercanas.

¿Napoleón, siempre estratega y egoísta, deseaba que mi esposo estuviera de su lado porque de verdad lo respetaba? ¿O era, en cambio, por lo que yo sospechaba, porque odiaba la idea de que mi marido fuera un crítico independiente? Al ofrecer estos regalos generosos y estos títulos, ¿Napoleón trataba de neutralizar a Jean-Baptiste Bernadotte y reafirmar su propia posición?

Fuera cual fuera el razonamiento de Napoleón, su táctica funcionó, porque ahora mi esposo hablaba entusiasmado y emocionado.

—¿Puedes imaginarlo? Jean-Baptiste Bernadotte, un gascón pobre y huérfano de padre, demasiado pobre incluso para estudiar leyes, convertido en mariscal del Imperio francés.

—Por supuesto que puedo imaginarlo. —Reí—. No hay otro hombre que lo merezca más. —Y luego pensé: «Napoleone di Buonaparte, pobre, corso, huérfano de padre. Demasiado pobre incluso para pagar una cena. Emperador de los franceses». Eran tiempos extraños, sin duda. Le pregunté—: ¿Has aceptado… has

aceptado el nombramiento?

—Lo he hecho. —Mi esposo asintió, me tomó de las manos y me acercó a él—. Me ha hecho jurar lealtad. He prometido servir a Francia y eso es lo que haré, aunque eso signifique también servir al canalla de Bonaparte.

De este modo obtuve mi propia corona. Me nombraron princesa de Pontecorvo, junto con mi esposo, quien de ahora en adelante sería su serena alteza, el príncipe. Además del bastón de mariscal, Napoleón obsequió a los miembros de su familia y favoritos con los muchos reinos que había obtenido en sus victorias. Había incautado muchas propiedades y riquezas de los enemigos de Francia, de hombres que ahora o estaban muertos o se encontraban en la cárcel; y lo que no otorgó a Josefina o a su señora madre, o a sus hermanos y hermanas, lo repartió entre sus mariscales.

Pontecorvo era un pequeño reino italiano cuya población era menor que la de Marsella, mi tierra natal. Nunca habíamos puesto un pie ahí y yo ni siquiera sabía dónde se encontraba, sólo que estaba al sur de Roma, cerca del mar Tirreno. Pero eso no importaba, ya que no teníamos que mudarnos allí. Mi esposo sólo tendría que visitar nuestro reino de vez en cuando, pero a partir de ese momento recibiríamos toda su riqueza. No podía creer nuestra suerte, comparado con ser gobernador de Luisana.

Bernadotte también recibió como regalo una enorme mansión en la elegante calle parisina rue d’Anjou, un *palais* que habían incautado a su propietario, un general francés, cuando se había exiliado por orden del primer cónsul. Josefina ya había saqueado la mayor parte de los enseres de esa casa para renovar Malmaison, por lo que Napoleón nos ofreció doscientos mil francos para decorarla, además de los trescientos mil francos que ya nos había dado sólo por ser mariscal y mariscala de Francia.

Y ahora aquí estaba, sentada en el ajetreado salón de Josefina, en medio de las preparaciones para la futura ceremonia de coronación.

—Por supuesto, la bruja también dijo… Bueno, me advirtió…

—Josefina se detuvo—. No, no importa.

Vi cómo palidecía y bajaba la vista.

—¿Qué? —pregunté, un temblor incómodo agitaba mi voz—. ¿Qué más dijo la adivina?

Josefina negó con la cabeza y agitó sus largas pestañas, negándose a mirarme a los ojos.

—Nada. Ni siquiera estoy segura de haberlo escuchado correctamente. Divagaciones de una vieja ciega. No importa. —Se encogió de hombros y esbozó una sonrisa forzada. Alzó las manos y señaló alrededor de la habitación—. ¿No te hace pensar que es un sueño? Como si estuviéramos en las fábulas de *Las mil y una noches*. ¡Qué maravilla disfrutar de tanto lujo! —Josefina examinó a los lacayos que se afanaban por todos lados, las manos enguantadas llenas de telas y joyería de un valor incalculable—. El único problema es que mi marido no sabe qué hacer con el asunto de las vírgenes.

—¿El asunto de... las vírgenes? —repetí sin estar segura de a qué se refería.

—Ya sabes, a mi Bonaparte le obsesionan los detalles; no se le escapa nada, ni lo más insignificante. Bueno, en las coronaciones de la Antigüedad siempre había vírgenes puras del templo que, de pie en el altar, observaban y bendecían a los emperadores.

—Ah... —dije, contemplando cómo Josefina jugueteaba con un hilo de satén entre sus delgados dedos.

—Pero Talleyrand y Sièyes, quienes están a cargo de encontrar a esas vírgenes para mi marido, pues ellos... —Encogió los hombros esbeltos y desnudos—. Parece que no pueden encontrar a un par de vírgenes en todo París. A menos que acepten que una monja desempeñe el papel.

—Ah, ya veo cuál es el problema —asentí, y me removí incómoda en mi asiento.

Josefina siguió acariciando el satén, disfrutaba de la suave sensación entre sus dedos.

—Por supuesto les dije: «¡A mí no me miréis, caballeros! Ni siquiera puedo recordar qué significa esa palabra. ¡Y definitivamente no conozco a ninguna!». —Soltó una carcajada y

agitó el satén en pequeños círculos en el aire—. En fin, mejor vamos a prepararte, Désirée, querida. Y después a la dama que sigue.

Obedecí y me levanté de la silla; caminé hacia la pared de grandes espejos. Un equipo de costureras sostenía mi vestido para que yo lo examinara. Me probé el magnífico atuendo de suaves capas y di mi aprobación. Josefina miraba con interés mientras lo ajustaban y retocaban. Nuestras vestimentas, como damas de la emperatriz, debían ser una versión un poco menos espléndida de la obra maestra en satén blanco y tul de oro de Josefina.

—Mira el mío —dijo en un murmullo reverente, y señaló el enorme montículo extendido a lo largo del salón; una docena de sirvientes enguantados sostenían las múltiples capas del vestido. Josefina agregó—: Tal como él lo quería.

Napoleón le había dado a su esposa instrucciones específicas y estrictas de cómo deseaba que se vistiera el día de su coronación, y ella sabía mejor que nadie lo importante que era ejecutar sus órdenes a la perfección. Esa tarde, a tan sólo unas horas de la ceremonia del día siguiente, los modistas imperiales trabajaban frenéticos en las últimas puntadas de la obra de arte más importante: satén de color perla bordado y adornado con tul de oro. Josefina llevaría un extravagante cuello ondulado sobre el escote bajo del vestido. Enormes diamantes adornarían su cuello, orejas, muñecas y el cinturón que ceñía su famosa cintura estrecha. Napoleón había sugerido una amplia crinolina, el modelo preferido de María Antonieta, pero Josefina lo había convencido de lo contrario. «Debemos ser novedosos. Mejor incluso que los Borbones.» En vez de eso, lo persuadió para que aceptara una falda elegante, que lucía muy bien con su físico esbelto, y un opulento manto de cola de terciopelo rojo y puntadas de oro, cuya longitud abarcaría el pasillo central de Notre Dame.

—Es grandioso —continuó—. Oh, pero tú también estarás encantadora, querida Désirée. Napoleón me dio órdenes estrictas para asegurarnos de que todas mis queridas hermanas luzcan resplandecientes. «La esposa del césar debe ir acompañada sólo de damas hermosas y buenas», me dijo. Y tú eres ambas cosas,

Désirée: hermosa y buena.

Le di las gracias. A cada una nos habían regalado diez mil francos cuando nos solicitaron ser damas de Josefina en la coronación; este dinero serviría para cubrir los costes de nuestros atuendos y la joyería para la ocasión. Aunque, en realidad, había gastado mucho más que eso. Julia también. Éramos ricos y Bernadotte sabía lo que se esperaba de mí, así que ese dispendio no fue un problema. Pero me recordó que una familia francesa típica contaba con menos de una fracción de esa cantidad para vivir todo un año.

Josefina revoloteaba por toda la habitación, vestida con una bata rosa de seda suave; supervisaba mi ropa, así como a los artistas y costureras que terminaban su propio atuendo.

—Y pensar que… todo esto es por mí. —Se acercó a mí; sonrió, tomó mi mano en las suyas y murmuró—: ¿Te cuento un secreto?

Me moví, incómoda, provocando un suspiro frustrado en la costurera que trabajaba en mi falda.

—Sólo tú puedes contestar esa pregunta —respondí.

Los ojos almendrados de Josefina brillaron; imaginé a la traviesa niña criolla que robaba azúcar de la *sucrerie*. Lanzó la cabeza hacia atrás en una carcajada.

—Ah, sí. Te lo contaré. Siempre has sido muy amable conmigo. —Se aproximó y susurró unas palabras a mi oído, para que los sirvientes no las oyeran—. Esta noche nos casaremos.

—¿Casarse? —repetí confundida.

Asintió.

—Napoleón y yo. A medianoche.

—Pero… si ya estáis…

Hacía años que estaban casados. Yo misma había sido testigo de la boda.

—¡Por el papa! —exclamó, seguía hablando en voz baja y conspiratoria—. Nuestro matrimonio es sólo un acuerdo civil, pero aún tenemos que unirnos a los ojos de Dios. Esta noche, todo cambiará. Aquí, en casa. Nos bendecirá el santo padre. Estaremos verdaderamente casados, un vínculo sagrado que ningún hombre

podrá deshacer, tampoco ninguna mujer. Ni siquiera Leticia.

Bernadotte y yo sólo nos casamos en una ceremonia civil, pero para nosotros era suficiente. Lo mismo sucedió con Julia y José, y con casi todas las parejas que celebraron su matrimonio durante los años de la Revolución, cuando la ley secular reinaba triunfante sobre las enseñanzas de la Iglesia proscrita. Aunque siempre respetó a la Iglesia y al clero en sus funciones militares, mi marido no era un hombre muy religioso, por lo que, a su entender, la aprobación de la Iglesia no hubiera dado mucha más legitimidad a nuestra unión, como tampoco la falta de autorización de la Iglesia se la quitaba. Napoleón había reconciliado a Francia con Roma y con el papado, pero pensé que se trataba de una jugada política astuta y conveniente. En todos los años que hacía que lo conocía, yo nunca había sospechado que tuviera una fe profunda o significativa. ¿Josefina se habría vuelto de pronto una mujer religiosa? La miré: con sinceridad, lo dudaba.

—Fui en persona a reunirme con el papa —me contó—. ¿Sabes que está aquí, en París, para la coronación?

—Por supuesto —asentí—. ¿De qué hablaste con él?

—Bueno, la coronación debe ser una misa. Un evento sagrado aprobado por Dios. Cuando me reuní con el papa, lloré y me estremecí; le dije que no me parecía correcto participar en la coronación, como la emperatriz de Napoleón, cuando ni siquiera era su verdadera esposa. Al menos, no de acuerdo con las leyes del cielo.

Comencé a entenderla, pero dejé que continuara.

—¿Y qué hizo el viejo Pío? Su santidad fue directo hacia mi esposo y le dijo que no podía oficiar la coronación; que no podía ungir a una mujer con el aceite santo si, a los ojos de Dios, sólo era una concubina. O estábamos casados por la Iglesia o perderíamos por completo su bendición. Si esta propuesta hubiera venido de mí, tal vez mi marido la hubiera rechazado, pero no podía negarse si se trataba de una orden directa de Roma. ¿Y arriesgar toda la coronación? Imposible a estas alturas, cuando está tan cerca.

—Pero... ¿se enfadó contigo? —Conocía el temperamento de Napoleón, sabía cuánto odiaba que lo burlaran, en particular

porque eso casi nunca sucedía.

Josefina bajó la mirada y reflexionó un momento.

—Se enfadó. Dejé que me gritara, pero resistí. Sólo lloré. Cuando terminó, caí de rodillas…

Y ahora hacía lo mismo: juntaba las palmas en humilde súplica para demostrarme con exactitud cómo había actuado frente a su marido.

—Le dije que sólo lo servía a él y a nadie más, y que haría todo lo que estuviera en mis manos para garantizar que todas las distintas facciones que nos rodean estuvieran unidas para apoyarlo, que nunca habría ninguna razón o partido que pudiera argumentar siquiera una pequeña parte de ilegitimidad a su gobierno. Y eso significaba reconciliarse incluso con Dios por nuestra causa, por su causa. Al final me perdonó. —Josefina se puso de pie y se alisó la bata con un rápido e improvisado gesto de los hombros—. Además, no soporta pelearse conmigo cuando al mismo tiempo pelea con sus hermanas y su madre.

Lo comprendí; lo entendí sin que tuviera que explicar nada más. Detrás de las sonrisas, las risitas, los gestos de desdén, Josefina escondía un mundo de emociones diversas. La principal de ellas era el miedo. Ella, la futura emperatriz, estaba aterrada. Igual que tantos otros en toda Francia, inseguros de su propia posición o incluso de su seguridad.

Su reciente viaje al sagrado lugar de peregrinación de Carlomagno, en Aquisgrán, había fracasado. Aunque fue un intento desesperado por darle a Napoleón lo único que más deseaba, además de su coronación: un bebé. En los últimos meses, sus alusiones al divorcio habían empezado a cambiar de insinuaciones a amenazas directas. Ya ni siquiera intentaba negar que tenía múltiples amantes con quienes se acostaba en sus oficinas o vestidores. De hecho, cuando Josefina lo sorprendió en medio de un encuentro amoroso con una de sus propias damas de compañía, en lugar de mostrarse avergonzado o arrepentido, Napoleón se puso furioso con su mujer por haberlo interrumpido y la persiguió por la habitación y por todo el palacio para ponerle las manos encima mientras vociferaba amenazas violentas. Al no poder

alcanzarla, ya que su cuerpo ágil aventajó al de él, comenzó a lanzar sillas y a gritar que ella intentaba arruinarlo. Prometió que la echaría del palacio y después regresó con su amante para seguir con lo que estaba haciendo.

Por supuesto que Josefina no mencionó nada de esto, pero no necesitaba hacerlo. Mi esposo y mi hermana me habían contado lo suficiente.

—En el palacio hay una maqueta de cartón de la catedral de Notre Dame —me dijo Bernadotte—. Napoleón la revisa todos los días y expone sus planes para cada momento de la misa y la coronación. Mandó confeccionar miles de pequeñas figuritas, cada una con el nombre del invitado correspondiente. No sabe dónde colocar la estatuilla de Josefina.

Y frente a Julia y a mí, José nos decía:

—Le aconsejé que la sentara con el resto de la congregación, en lugar de coronarla a su lado.

Así, Josefina hizo lo que tenía que hacer por ella y por sus hijos: lo arrinconó para que aceptara el sagrado matrimonio aprobado por el mismo papa, un vínculo del cual no podría escapar. Ahora, en la víspera de la misa, parecía que Napoleón había decidido que la figurita que representaba a su esposa estaría en la maqueta de la gran catedral. La coronarían junto a su marido.

Era cierto que Napoleón deseaba tener a su esposa a su lado, ya que en las últimas semanas su familia había expresado abiertamente su inconformidad. No se habían quejado José ni los otros hermanos, sino Leticia y sus hijas. Las mujeres Bonaparte estaban furiosas con que Josefina fuera coronada emperatriz y, de este modo, su rango fuera más elevado que el de ellas. Reaccionaron con una hostilidad inamovible. Ya no se ponían de pie cuando ella entraba en la habitación, no la miraban cuando les hablaba, la llamaban infértil y se reían en su presencia por las amantes de Napoleón. Les encantaba comentar el episodio, que ahora era conocido en todo París, de cuando Josefina había sorprendido a su marido en su cama con dos de sus doncellas.

Presencié la violenta hostilidad de primera mano esa noche, durante la cena, cuando Bernadotte y yo nos reunimos con la familia Bonaparte en el palacio de las Tullerías. Era la noche anterior a la coronación. Al día siguiente, el Hijo de Oro sería ascendido a la posición más elevada de Francia. Era un logro asombroso para él, y para todos los Bonaparte, ascender como lo habían hecho: de ser unos refugiados en bancarrota dueños de una granja polvorienta en la isla de Córcega a volverse la primera familia de la nación adoptada. Sin embargo, las Bonaparte no estaban con ánimo para festejar cuando nos reunimos para cenar.

Elisa, Carolina y Paulina formaban un frente común de ceños fruncidos cuando se sentaron a la mesa. Yo conocía la ira de las hermanas; no sólo estaban furiosas por la posición de Josefina, sino también por la de mi hermana. Como esposa de José, Julia sería princesa del Imperio; además, mientras Napoleón no tuviera un hijo, su hermano José era el legítimo heredero y príncipe del Imperio, pero las hermanas permanecían fuera de la línea de sucesión. Sólo les quedaban unas horas para salirse con la suya, así que, al parecer, intentaron aprovechar esa cena para exponer su situación frente a Napoleón.

—¿Por qué nosotras no podemos ser princesas? —preguntó Elisa, agitando las manos cubiertas de anillos—. ¿Condenará a su propia sangre a la oscuridad mientras eleva a otros por encima de nosotras?

Napoleón la escuchó y tensó la mandíbula, con sus ojos fijos en el plato de pollo asado. Parecía determinado a terminarse la cena y marcharse.

—Te recuerdo, hermana, que hay miles de personas en Francia que han brindado un mayor servicio al Estado que vosotras. Sin embargo, todas ellas reciben mucho menos. Te convendría mantener ocultas tus quejas egoístas.

—¿Es ésa una manera de hablarle a su propia sangre y carne? —Leticia se inclinó hacia delante; sus rasgos, semejantes a los de un halcón, echaban llamas—. ¿Se le olvida que somos su familia? ¿No deberíamos pasar por delante de todos los demás? —La pregunta iba dirigida a sus hijas; ellas negaron con la cabeza con la

misma indignación.

Quizá Leticia era la más infeliz de todas; su título formal sería «su majestad imperial y señora madre», cuando en realidad quería llamarse «madre imperial». Aunque Napoleón intentó calmarla al ofrecerle un magnífico castillo en Brienne, un gran *palais* en París y millones de francos, ella seguía insatisfecha.

—Estoy pensando en no asistir —confesó, agitando su mano de forma despectiva—. No es nada más que un circo.

—Y yo, mamá, me quedaría contigo —añadió Paulina en voz baja y firme; sus ojos lanzaron chispas hacia su hermano y luego miró a su madre—. La idea de inclinarme ante una común criolla *horizontale*... No puedo soportarlo.

Mis ojos volaron hacia Josefina; estaba pálida y silenciosa en el lugar que ocupaba en la mesa. Desde luego, había escuchado el comentario, pero no dijo nada en contra, nada para defenderse. Intuí el razonamiento de Josefina: por su propia y amplia experiencia, ella sabía que no había nada que Napoleón odiara más que la falta de respeto de otros, ya fueran las afrentas reales o imaginadas. En este caso, sabía con seguridad que la hostilidad abierta de su familia, lejos de ganarlo a su causa, le haría tomar represalias.

Ella no interferiría y, por lo tanto, no les daría esa oportunidad. No a estas alturas, cuando sus propias esperanzas estaban tan cerca de volverse realidad. Sabía que su marido estaba harto de las constantes quejas de su familia y quizá pensó que era mejor dejar que éstas las llevaran a su propia ruina.

Al parecer, eso era justo lo que planeaban hacer, puesto que Carolina preguntó en voz alta, para que toda la mesa la oyera:

—¿Sabéis cuándo fue la última vez que Francia coronó a una reina? —Cuando nadie respondió, ella continuó—: En 1610. María de Médici. Lástima, a su marido lo masacraron un día después. Sé cuánto ama mi hermano la historia... Esperemos que no se repita.

—¿Tu vestido está listo, Josefina? —preguntó mi hermana, y miró a cada una de las Bonaparte.

—Así es —respondió ella inclinándose hacia delante; su rostro se iluminó con una sonrisa de agradecimiento—. Está listo y es...

aún mejor de lo que imaginaba. La cola...

—Está loca si cree que yo sujetaré la cola —dijo Elisa a Paulina y a Carolina. Las hermanas lanzaron unas risitas.

—Ni pensarlo —estuvo de acuerdo Paulina.

Napoleón puso el tenedor sobre el plato. Enrojecía cada vez más conforme miraba a sus hermanas una a una.

—Cargaréis la cola de su manto.

Paulina resopló y soltó una carcajada de indignación, luego levantó una copa y se la acercó a los labios. Al cabo de un momento, habló en abierto desafío:

—¿Con qué argumento nosotras, las hermanas del emperador, estamos obligadas a llevar la cola?

—Con el argumento de que es la esposa del emperador — respondió él con voz profunda y severa.

—Pero vos sois nuestro hermano —replicó Elisa—. Debería desear algo mejor para nosotras, para la familia, que obligarnos a humillarnos ante nadie. En particular...

—No escuché que discutieras mis derechos como emperador, Elisa, cuando te nombré princesa de Lucca y te di el principado. Ni tú, Paulina, cuando te hice duquesa de Guastalla. O tú, Carolina, duquesa de Berg. Por lo tanto, no debéis envidiar lo que se le debe a mi esposa como emperatriz.

Clavó el tenedor en el pollo y se llevó a la boca un enorme bocado que comenzó a masticar, furioso. Observé que Josefina daba apenas un pequeño sorbo a su vino y casi no tocaba la comida.

—Me parece muy cruel, mamá, que nos obligue a inclinarnos ante una mujer tan poco virtuosa —se quejó Paulina; su rostro se arrugó en una mueca que amenazaba con estallar en lágrimas.

Leticia lanzó un profundo suspiro.

—Sobre todo porque no considero que ella lo honre a él con la lealtad que se espera de una esposa —añadió con voz fría.

—¡Basta! —Napoleón azotó el tenedor sobre la mesa, haciendo que me sobresaltara. Alejó su silla y se puso de pie—. He perdido el apetito. Josefina...

—¿Sí, *mon cher*? —dijo con voz suave, y lo miró.

—A la cama. Ahora. —Fue toda su respuesta. Ella también se levantó y Napoleón miró al resto de sus invitados, que seguíamos sentados a la mesa—. Mañana me pongo la púrpura imperial. Aquellos que no deseen aceptar mis obsequios no tienen que asistir. Pero quienes asistan seguirán mis órdenes. ¡No toleraré esto! ¡Soy el emperador!

—Esperemos que dure —suspiró su señora madre en voz baja.

—*Basta!* ¡Suficiente! —gritó en italiano contemplando a su madre. Los ojos se le salían de las órbitas y su rostro estaba escarlata—. Yo gobierno toda la nación, pero vosotras, manada de ingratas, me dais más noches de insomnio que el resto de Francia.

Capítulo 28

París
2 DE DICIEMBRE DE 1804

Desperté mucho antes del alba para ver cómo la nieve caía sobre París y cubría las calles adoquinadas con una capa resbaladiza e inhóspita. Hacía frío en nuestra habitación; tanto Bernadotte como yo podíamos ver el vaho de nuestro aliento mientras nos vestíamos. La calle estaría mucho más fría, pero aun así sabíamos que todos asistirían; millones de ciudadanos estarían ahí. Antes del alba, amontonados en la oscuridad y con el viento helado, esperarían de pie para poder ver a Napoleón, el hombre al que habían nombrado emperador.

La fecha de la coronación fue el resultado de una negociación: el papa quería hacerla en Navidad; Napoleón deseaba que fuera el 9 de noviembre, el aniversario de su golpe de estado. Así que acordaron una fecha que se situara entre ambas.

Pero el fausto era por completo de Napoleón. En cada detalle se podía advertir su ávida devoción a la historia; sería una celebración que incorporaría la influencia de los orígenes de Francia y de su fundador, el rey Carlomagno, combinada con la dignidad de la antigua Grecia y la majestuosidad de la Roma imperial. Eligió el águila de César como símbolo de su imperio. La abeja sería su propio heraldo personal, la insignia de los antiguos reyes de los francos.

Las damas nos reunimos en la oscuridad antes del amanecer, en los aposentos de Josefina en las Tullerías, rodeadas de peluqueras, costureras y artistas que daban los últimos retoques a nuestros elaborados atuendos. Puesto que no contábamos con mucho tiempo esa mañana, me habían peinado la noche anterior,

así que casi no dormí por miedo a arruinar mi cabello. Josefina me confesó que tampoco había dormido mucho debido a los nervios y la emoción, pero eso no mermó su energía esa mañana. Estaba espectacular, su rostro cubierto de carmín y kohl, el cabello entretejido en rizos castaños flotantes; cada superficie desnuda de su cálida piel estaba bañada de perfume y brillaba con diamantes y perlas.

—Agradezco que no tengamos que ir a Roma —dijo de pie frente al espejo mientras examinaba su larga y esbelta figura—. Si creemos que aquí en casa es agotador, imagina hacer todo esto en el extranjero.

Napoleón se había negado a ir a Roma; había insistido en que, en su lugar, el papa Pío tomara los resbaladizos caminos congelados. El papa era viejo y, aparte del clima y otras incomodidades de un viaje durante el invierno, recordaba el trato salvaje de Francia contra la Iglesia católica durante los años de la Revolución. El acuerdo entre París y Roma era reciente y aún estaba frágil. Sin embargo, pudieron convencerlo (con oro, elogios y sólidas amenazas de acción militar) de que, por el interés de todos, el santo padre debía ir a París y honrar los deseos de Napoleón para su coronación. Pero el emperador no se inclinaría ante él, eso estaba decidido.

Cuando estuvimos vestidas nos reunimos con Napoleón y los demás hombres en la planta baja de las Tullerías. Estudié su aspecto, el estallido de color y la tela que envolvía su ancha figura. Llevaría un atuendo durante la procesión y después se cambiaría en el palacio del arzobispo, cuando llegáramos a Notre Dame, según me había contado Josefina. Para el desfile vestiría en honor de la Edad Media y de Carlomagno, con un abrigo corto y pantalones, una corona de laureles en la cabeza y una capa de terciopelo púrpura. Diamantes y coloridas piedras preciosas revestían su ropa, y sus dedos con manicura estaban cubiertos de anillos.

Nos dio la bienvenida a todas en el gran vestíbulo; sus ojos nos estudiaron a cada una antes de posarse con rigurosa atención en Josefina. Contuve el aliento un momento al ver cómo la

examinaba. Después me pareció que todos soltamos un profundo suspiro cuando asintió con admiración. Sus ojos verdes brillaban cuando exclamó: «¡Hermosa!».

Después miré al pequeño grupo y advertí la alta figura de mi marido, que me hacía señas.

—Hola, mariscala Bernadotte.

Su atuendo era menos elaborado que el de Napoleón, pero pensé que se le veía mucho más apuesto. Su abrigo de terciopelo, medias de seda y *culottes* sentaban bien a su físico alto y fuerte. Llevaba un corbatín alto de satén blanco y una banda carmesí que le cruzaba el ancho pecho. Asentí con aprobación.

—Sargento Piernas Hermosas, sois por completo un fornido general de Francia.

—Y vos, la digna y hermosa compañera de la consorte imperial, aunque, por lo que he oído de nuestro emperador, ninguna de las damas debe eclipsar a su esposa.

Bajé la vista, halagada por su comentario; me emocioné como hacía años que no me sucedía. Toda Francia se hallaba entusiasmada ese día, de eso estaba segura. Una verdadera oleada de exaltación flotaba en el aire frío que respirábamos.

—Ya es la hora —anunció Napoleón a nuestro grupo, siempre fiel a la puntualidad.

Mi marido me dio un beso rápido en la mejilla antes de volver a su lugar entre el grupo de hombres.

Desde el amanecer, los carruajes recorrían París hacia la catedral y ahora era nuestro turno de sumarnos a la procesión. Ocupé mi lugar con Julia y las hermanas Bonaparte; a Napoleón y Josefina los guiaron hasta su carruaje privado de cristal, tirado por una docena de caballos blancos. Yo me quedé maravillada cuando la vi caminando hacia el coche: Josefina, cubierta de más de mil diamantes, brillaba como un halo frente a la fresca nieve blanca de fondo.

Las salvas de los cañones rugieron desde la plaza de la Concordia cuando salimos en el cortejo de Napoleón y Josefina.

—Míralos a todos —dije sin aliento mientras nuestro carruaje cruzaba las rejas hacia la abarrotada ribera que nos llevaría a lo

largo del río. Aunque el aire calaba con nieve y viento, millones de espectadores formaban una valla por todo el recorrido del desfile; ovacionaban, cantaban y ondeaban la bandera tricolor a nuestro paso.

Tardamos más de una hora en recorrer una distancia que normalmente hubiera tomado sólo algunos minutos. Cuando por fin llegamos a la plaza, la marea de gente que estaba reunida frente a la catedral nos dio la bienvenida con gritos ensordecedores. Los cañones dispararon una nueva salva que hizo temblar la tierra. Ochenta mil soldados armados estaban en posición de firmes. El ruido aumentó cuando el carruaje de Napoleón y Josefina llegó y dio una vuelta a la plaza para detenerse detrás de nosotros.

En ese momento paró de nevar y el sol perforó las nubes.

—¡Mirad! —exclamó Julia, señalando los delgados rayos de luz que se filtraban hasta el suelo, cristalinos, a través de las aberturas de las espesas nubes que cubrían el cielo.

—El mismo Dios sigue las órdenes de Napoleón —repuse sin aliento.

Bajamos de nuestro carruaje en el momento en que Napoleón ayudaba a Josefina a bajar del suyo. La gente clamó eufórica, gritaban el nombre de ella, exaltados por ver su vestido y sus joyas. Ella los saludó con un gesto de la mano y una genuflexión frente a la multitud. Napoleón la observó, su rostro estaba iluminado con una sonrisa de orgullo.

Entramos al palacio del arzobispo adyacente a la catedral. Antes del mediodía, Napoleón se cambió y se puso el segundo atuendo; después entró a la pequeña sala donde estábamos esperando, vestido con una capa carmesí de terciopelo y armiño. Bernadotte y José lo ayudaron, ya que pesaba casi cuarenta y cinco kilos. Los ribetes estaban bordados con abejas doradas, así como las hojas de laurel de emperador romano. Llevaba un cetro en sus manos enguantadas.

—¡Magnífico! —exclamó Josefina, aplaudiendo y colocándose a su lado.

—¿Sí? —Napoleón alzó la barbilla hacia ella, ansioso por obtener su aprobación. Ella asintió y lo devoró con sus ojos de

tonalidad ámbar—. Si mi padre pudiera verme hoy… —dijo con el tono más nostálgico que jamás le había oído.

Su padre y también su madre. Leticia se había negado a asistir después de la discusión de la noche anterior. Había pensado que su hijo cedería al final, como a menudo hacía, y concedería a sus hijas una posición más elevada que la de su mujer caribeña; pero Napoleón permaneció firme al lado de Josefina e insistió en que sus hermanas se presentaran a su costado. Si a Napoleón le afectaba que su madre decidiera boicotear el día más importante de su vida, no lo demostraba. En su lugar hizo un gesto al grupo de lacayos y ayudantes que estaban reunidos en las grandes puertas, y así comenzó la siguiente fase más trascendental del día.

Con una indicación de su marido, Josefina avanzó con la cabeza erguida, un dosel se elevaba sobre su cabeza imperial, como se hacía antaño con las reinas de sangre pura de Francia. Tomé mi lugar detrás de ella y de Julia, junto a las hermanas Bonaparte, que echaban chispas, y nos abrimos paso hacia la catedral, donde empezaría nuestra larga marcha por el pasillo.

Entramos a Notre Dame con la bienvenida de la música. El sonido ensordecedor me hizo estremecer, sentí cómo el poder de la tonada reverberaba por todo mi cuerpo. Casi quinientos músicos abarrotaban la catedral, con todos los instrumentos imaginables, más los coros que cantaban con el volumen más alto para dar palabras a la melodía.

Cientos de ministros, sacerdotes, gobernadores, generales y nobles comenzaron a entrar a la catedral desde muy temprano esa mañana; incluso asistieron los guerreros mamelucos vencidos, a quienes Napoleón había traído de Egipto, ataviados con plumas y turbantes de esmeraldas y zafiros. Todos se pusieron de pie y estiraron el cuello, compitiendo por echar un vistazo por encima de nosotros cuando iniciamos nuestra procesión; eran tantos que incluso el inmenso espacio abovedado de Notre Dame nos parecía estrecho.

El arzobispo nos roció con agua bendita mientras avanzábamos hacia el fondo de la catedral. Mantuve mi lugar en la procesión, cargando el velo y el pañuelo de Josefina sobre una

almohadilla de lujoso terciopelo rojo. Ella avanzaba despacio, cada paso era complicado, ya que las hermanas no cargaban la pesada cola como se suponía que debían hacerlo. Dejaron que se arrastrara, y el peso dificultaba el avance de Josefina por el pasillo interminable, como un buey de trabajo bajo el insoportable yugo. Rechiné los dientes, frustrada al ver esta situación y deseando poder pararme frente a Paulina para cargar la pesada cola que ella permitía que se arrastrara.

Vi cómo un hombre que estaba al frente bosquejaba la escena con rapidez mientras nos observaba. Su cabello negro estaba despeinado, sus famélicos ojos miraban cada detalle de la resplandeciente catedral y la pompa de nuestra llegada. El artista era Jacques-Louis David, el pintor favorito de Napoleón. Me pregunté cómo era posible que capturara todos los detalles, la multitud, los colores, el clamor del coro y los murmullos de asombro que latían alrededor del atestado recinto sagrado.

Por fin, llegamos al fondo de la enorme catedral y Josefina tomó su posición frente al arzobispo y al papa. Ése era el momento que toda Francia había esperado. Napoleón apareció al final del pasillo al sonido de las trompetas. Sus mariscales estaban de pie detrás de él, cargando su espada, el collar, la corona, el orbe y otros accesorios. A Bernadotte lo nombraron portador del collar imperial del evento, y advertí su alta figura en la procesión.

Napoleón tuvo menos dificultad en llegar al fondo de la catedral y se reunió con Josefina, de rodillas frente al altar, donde el papa los ungió con aceite en las manos y la frente. Antaño, los reyes franceses se postraban boca abajo ante Dios para recibir su bendición, pero Napoleón se negó a realizar este acto de humildad que dictaba la tradición.

Después, el papa Pío bendijo las dos coronas imperiales y las colocó delante del altar. La corona de Napoleón era una réplica de la de Carlomagno; los austríacos poseían la original y no estaban dispuestos a prestarla al enemigo. La de Josefina era una diadema brillante con incrustaciones de enormes diamantes, más grandes y más costosos que cualquier tesoro que sus difuntas predecesoras hubieran tenido jamás.

Napoleón se puso de pie, tomó la corona en sus manos y, bajo la mirada del papa, se la colocó en la cabeza. Las trompetas resonaron; afuera las salvas de los cañones se oyeron en todo París; su sonido triunfante se sumó a los gritos de júbilo y las ovaciones de millones de franceses y francesas.

Luego Napoleón se volvió hacia Josefina y con un movimiento rápido de la mano le indicó que se acercara. Ella se puso de pie y caminó hacia él, pero en ese momento Carolina, Elisa y Paulina dejaron caer la pesada cola de su manto. Josefina titubeó y su delgada figura retrocedió por el peso. Napoleón se percató de ese detalle y dirigió una mirada severa a sus hermanas. Sin embargo, Josefina conservó la calma y la compostura, aun cuando las tres reían en voz baja detrás de ella. Pudo recuperar el equilibrio de inmediato y se acercó a él; su hermoso rostro maquillado se mantenía sereno. Inclinó la cabeza y se arrodilló frente a su marido. Con la corona en las manos, Napoleón se reclinó sobre ella y se la colocó sobre su cabello oscuro. Después le dio una palmadita en la cabeza en señal de aprobación, como un padre orgulloso que bendice a su hijo. Cuando ella levantó la mirada para encontrar sus ojos, vi que lloraba.

El papa se aproximó a ellos y pronunció la bendición en latín; después abrazó a nuestro nuevo emperador. Napoleón se volvió y se dirigió a nosotros, y pronunció en voz alta el juramento de coronación, con el que se comprometía a defender la integridad de la República y respetar las leyes.

Jacques-Louis David seguía de pie frente al altar, bosquejando todo. Llevaba su cabello largo echado hacia atrás; se le veía con el rostro despejado e intensamente concentrado. ¿Dibujaría a las hermanas con sonrisas benévolas o registraría los ceños fruncidos que yo advertí a mi lado?

La ceremonia concluyó con más música animada y más salvas de cañones. Napoleón era ahora el emperador de Francia, y Josefina, su emperatriz.

Toda Francia estaba lista para festejar a la pareja imperial.

Regresamos a las Tullerías haciendo una vuelta para que los nuevos emperador y emperatriz pudieran saludar a los millones de ciudadanos que habían viajado por todo el país para celebrarlo. Enormes estandartes con la letra N cubrían puertas y balcones. Todos los edificios de la capital estaban iluminados por orden del emperador. Se declaró un día de fiesta nacional y los parisinos pudieron disfrutar del vino tinto que brotaba de las fuentes públicas, de carretas cargadas de carne y pan, y de un espectáculo de fuegos artificiales que iluminó de colores el cielo nocturno de París. En la plaza de la Guillotina, cuyo nombre Napoleón había cambiado al de la plaza de la Concordia, exactamente sobre el lugar en el que los franceses asesinaron a su último monarca, brillaba una enorme nueva estatua, la estatua de una estrella.

El interior del palacio de las Tullerías estaba engalanado con lilas, azucenas, orquídeas y adelfas, todas cortadas esa misma mañana en los invernaderos imperiales; su exquisita belleza y abundancia desafiaba la nieve glacial de diciembre. Cuando llegamos, bandejas de comida aromática llenaban las inmensas mesas del banquete. Miles de velas alumbraban el lugar e iluminaban el esplendor recién restaurado del hogar del emperador; los sirvientes iban y venían pasando entre nosotros, ofreciendo copas de champán frío.

Los invitados entraban como ríos y los gigantescos salones se llenaron con rapidez. Quienes desempeñamos un papel en la misa de coronación nos sentíamos aliviados y alegres, dispuestos a relajarnos después del nerviosismo y los preparativos de los últimos meses. Quienes no participaron en la ceremonia mostraban unas sonrisas de felicitación, ataviados con ropa magnífica, impacientes por empujar y ganar un lugar cerca de la pareja imperial. Al constatar el esplendor que lo rodeaba, Napoleón asintió con aprobación. Después levantó la mano enguantada. Todos guardamos silencio y concentramos nuestra atención en el nuevo emperador, quien propuso un brindis. Sin embargo, en lugar de brindar nos anunció que él comería en privado en sus habitaciones, únicamente acompañado de la emperatriz.

De inmediato busqué a las hermanas con la mirada.

Contemplé a Elisa, enfurruñada, mientras decía:

—Mamá ha hecho bien al no asistir a esto.

Napoleón ignoró el insulto y se volvió hacia su esposa con perfecta calma.

—Ven conmigo. Llevarás tu corona toda la noche, porque ninguna mujer viva podría portar una corona con tanta gracia.

Josefina sonrió y miró a las hermanas de su esposo.

—Disfrutad de la cena —dijo con voz sedosa y baja.

Después se fueron.

Capítulo 29

PARÍS
INVIERNO DE 1805

—Mamá, ¿qué es un... febrero?

Sonreí ante la expresión confundida de mi hijo. Leía la primera plana del periódico de la mañana y me incliné para leer con él.

—Se trata de un mes, querido. El mes en el que estamos ahora.

—Pero... pensaba que estábamos en pluvioso —respondió Óscar.

—Ése es el calendario revolucionario —expliqué—. Napoleón... El emperador ha vuelto a adoptar el calendario que teníamos antes de la Revolución.

—Entonces ¿qué mes sigue si ya no es el ventoso?

—Después sigue marzo.

—Marzo —repitió Óscar considerando la nueva palabra—. Pero, mamá, ¿cómo sabes todo esto?

Me senté junto a él, sonriendo.

—Era el calendario que teníamos cuando yo era una niña. Así se dividía el año hasta que lo cambiaron durante la Revolución.

Un mes después de su coronación, Napoleón había eliminado el calendario de la Revolución. Yo estaba contenta de que se recuperara la vieja manera de registrar el tiempo, antes de que introdujeran nombres tan complicados y difíciles: palabras como *termidor* para describir el calor estival, o *floreal* para especificar el tiempo de los brotes de primavera.

Y el calendario no fue el único cambio que nuestro nuevo emperador promulgó de inmediato. Desapareció también la

austeridad igualitaria y modesta de la República. Napoleón declaró que Francia y sus líderes adoptarían una opulencia que no se había visto desde los Borbones; de hecho, no se había visto desde la corte de *le Roi Soleil*, el Rey Sol, Luis XIV. Napoleón nos había convertido en un país rico y él deseaba que el mundo lo viera.

—Lo que quiero, sobre todas las cosas, es la grandeza —proclamó—. Arrojar polvo de oro a los ojos del pueblo francés.

Anunció que el palacio de las Tullerías era demasiado básico y sencillo, incluso con las obras de arte que había llevado y el nuevo mobiliario adquirido. Deseaba dar una demostración más flagrante de riqueza y gloria. Contrató a un equipo de diseñadores y les ordenó construir una nueva y grandiosa sala de banquetes, donde dos tronos recubiertos de oro presidirían el vasto espacio. Exigió que las paredes, algunas de ellas aún manchadas por las batallas revolucionarias, se cubrieran de seda lujosa, tapices y brocados. Su águila imperial, el símbolo que había elegido para la nación, se grabó con moldes sobre las paredes y en las nuevas mesas de caoba. Las abejas doradas, el símbolo personal de Napoleón, eran omnipresentes en las Tullerías: tejidas en alfombras, cortinas y ropas; grabadas en el oro de los enormes carruajes; siempre presentes en la joyería de la emperatriz y sus damas.

—Elegiré al cisne como mi emblema —declaró Josefina. Nos anunció su decisión a Julia y a mí durante una de nuestras audiencias semanales. Nos invitaba con frecuencia a tomar té o vino, o a jugar partidas de *whist*; nosotras comprendíamos lo disparatado que sería rechazar esas invitaciones.

—El cisne —repetí asintiendo—, una elección adorable.

Consideré que era muy pertinente: una figura graciosa y elegante a los ojos del mundo; sin embargo, nadie sabía lo difícil que era para esa criatura patalear en las suaves aguas para desplazarse. Una imagen de belleza plácida, pero un luchador feroz y despiadado a la hora de defenderse.

Mi Bernadotte nos dejó una vez más. Ese invierno salió de París

para asumir el mando de miles de franceses en Hannover, donde la Gran Armada de Napoleón se preparaba de nuevo para una enorme ofensiva. Nuestro recién coronado emperador pidió al Senado que formara un ejército, el mayor ejército que Francia jamás hubiera reunido, para luchar contra la coalición de los alemanes, austríacos, rusos y británicos que se oponían a su coronación. Napoleón necesitaba ochenta mil hombres que pudieran enfrentarse a dicha fuerza, y el pueblo francés se apresuró a responder a su llamada.

Asistimos a un gran desfile en el Campo de Marte para honrar a esta fuerza poco antes de que Napoleón y sus hombres marcharan de la capital para reunirse con mi esposo y sus tropas en el este. En esa zona, en los vastos prados verdes, los estandartes con el águila se erigían sobre las filas perfectas de soldados. Óscar estaba fascinado; tomó mis manos, boquiabierto ante tanto fasto.

—¡Mira, mamá! ¡Ahí está mi padrino!

—Sí, querido —respondí, forzando un tono alegre mientras seguía su mirada.

Napoleón estaba de pie sobre una tarima elevada frente a sus soldados, ministros y multitud de personas que lo ovacionaban. Después de años de vestirse como civil durante su administración parisina, Napoleón parecía una manzana con su uniforme imperial militar; se movía inquieto para inspeccionar a sus tropas, se desplazaba con una energía nerviosa e impaciente.

—¡Soldados! —gritó al fin, haciendo que la agitada multitud guardara silencio—. ¡Estas águilas son vuestra causa! ¿Juráis dar vuestra vida por defenderlas? —Los hombres uniformados gritaron su sincero consentimiento; a nuestro alrededor, las multitudes ondeaban la bandera tricolor. Napoleón continuó—: Por lo visto, los Habsburgo y sus amigos desean recordarme que soy un soldado. La púrpura imperial no me ha hecho olvidar mi primer deber. Si Austria quiere guerra, ¡la tendrá!

Josefina siguió con su vida cotidiana durante la ausencia de su marido, justo como él le había ordenado que lo hiciera.

Frecuentaba su palco en la ópera y escuchaba las peticiones de las masas que se reunían en los jardines de las Tullerías. Organizaba recepciones y fiestas que garantizaban que la corte de su esposo fuera un lugar de reunión para la gente elegante de la política, la moda y las artes. A menudo me invitaba a asistir a sus cenas de Estado y reuniones informales.

La estricta etiqueta de la corte de los Borbones, establecida por Luis XIV, regía de nuevo los eventos formales y sociales. Josefina me dijo que Napoleón había mandado que sacaran de los archivos los viejos manuales y compendios de la corte de Luis para poder estudiarlos. Los rituales y las reglas dictaban cada detalle de la vida del palacio, desde cómo se debía entrar a una habitación hasta cómo sentarse a la mesa.

—Tendremos que superar incluso la etiqueta de los Borbones —le había ordenado Napoleón a su esposa antes de partir, y ella lo hizo en su ausencia.

Y también le dejó muchas reglas. Por ejemplo, nunca debía repetir un atuendo, aunque su obligación fuera cambiar de vestido al menos tres veces al día. Debía contar con un equipo completo de ayudantes dedicados en exclusiva a su guardarropa y joyas, así como a su cuidado. Jamás debía preguntar el precio de las joyas, vestidos o cualquier otro tipo de mercancía que le ofrecieran comerciantes o modistas. Muy pronto, los periódicos contaron que Josefina había desechado el viejo joyero de María Antonieta porque era muy pequeño para su colección.

Todo París deseaba vestir como ella. Quienes nunca la habían visto en persona admiraban su imagen todos los días en *Le Journal des Dames et de Modes*, la publicación más popular sobre moda. Recordé cómo se había rebelado contra Napoleón en el diseño de la esbelta silueta para su vestido de coronación al rechazar la crinolina estilo María Antonieta que él quería en un principio. De la noche a la mañana, Josefina ofreció a Francia, y a Europa, una nueva moda. Se la conocía como estilo imperial: cintura alta y suelta, con una falda fluida. Me pregunté si Josefina apreciaba este estilo porque ocultaba su vientre y hacía imposible que la gente supiera si un bebé crecía en él o no.

Cuando el verano dio paso al otoño y el clima refrescó, mis pensamientos viajaron hacia el este; extrañaba a mi marido. Era la separación más larga que habíamos vivido desde que nos casamos, y Óscar preguntaba a menudo por su padre.

Ese otoño, Josefina salió de la capital y viajó para reunirse con Napoleón en Múnich. De ese modo, mi hermana y yo nos vimos libres de las obligaciones de la corte para la época de Navidad y dimos la bienvenida a la idea de celebrar las festividades de manera íntima, aunque añorara a mi Bernadotte. Recibí a Julia, a José y a mi sobrina, Zenaida. Reímos encantados al ver cómo los niños aprendían los villancicos y disfrutaban de la *bûche de Noël*, el pastel navideño tradicional con forma de tronco de Navidad.

No obstante, los momentos felices de esa Navidad para mí estuvieron teñidos de tristeza. Hacía poco que Napoleón había nombrado a José rey de Nápoles, y él y mi hermana tenían que viajar allí por un tiempo. Temía su ausencia y me entristecía cada vez que pensaba que Julia se iría.

Por fortuna, varios días después llegaron buenas noticias a París. Napoleón, con mi Bernadotte a su lado, había aplastado a la alianza y había tomado el trono de los Habsburgo en Viena. Habían ganado una gran batalla cerca de la capital austríaca, en Austerlitz. Tanto Napoleón como Bernadotte, junto con los otros altos oficiales franceses, se instalaron en el palacio de Schönbrunn mientras los austríacos huían a Rusia por su seguridad.

Muy pronto llegó una carta de Napoleón para José, y yo me apresuré a ir a su casa para oír las noticias:

—«Debo confesar lo satisfecho que estoy con la conducta de todos aquellos que tuvieron la buena ventura de pelear en esta batalla memorable. ¡Mis soldados! Son excelentes guerreros, los mejores del mundo. ¡La rememoración de este día y de nuestras hazañas será eterna! Se recordará durante miles de años, a partir de ahora, siempre y cuando los acontecimientos del universo sigan relatándose.»

José hizo una pausa en su lectura y se enjugó una lágrima.

—¿Dice algo más? —preguntó Julia.

—Sólo un poco más —respondió José, y siguió leyendo las palabras de Napoleón—: «Bueno, no me he cambiado de camisa desde hace ocho días. Pero estoy maravillosamente bien. El emperador de Austria, Franz, me pide la paz de forma encarecida. ¿Puedes imaginarlo? Un emperador, nacido de reyes, se humilla para suplicar la paz al hijo de una modesta familia corsa. Ahora estoy en el cenit del poder, soy árbitro de los destinos de Europa. Regresamos a París».

Napoleón obtuvo su victoria sobre quienes lo habían insultado. Tenía la gloria. Yo sólo deseaba que, ahora que los Habsburgo y sus aliados estaban derrotados, mi marido regresara sano y salvo a mi lado.

Capítulo 30

MAGUNCIA, LA CONFEDERACIÓN DEL RIN
OCTUBRE DE 1806

—¿Sientes el sabor de la tierra? Yo sí. Lo saboreo... Es dulce, como las flores. Pero también es pesado. Espeso como el jarabe. ¿O la miel? —Josefina levantó la copa hasta sus labios, y respiró el aroma del vino antes de vaciar su contenido de un solo trago. Al bajarla, sonrió con satisfacción e hizo un brindis—: ¡Por el placer! ¡Y por los hombres que nos lo brindan!

Josefina estaba ebria. Evité mirarla; alcé mi copa y bebí un pequeño sorbo del vino dulce de riesling mientras mis ojos vagaban por el paisaje que teníamos ante nosotros. El idioma alemán me parecía severo y gutural, y su comida calórica en exceso, pero los paisajes eran sin duda imponentes. Eso debía admitirlo.

Nos alojábamos en Renania, en un pintoresco recodo del majestuoso río del cual la región recibía su nombre, donde los viñedos formaban hileras sobre las hermosas colinas onduladas y los barcos del río pasaban indolentes por el horizonte. Los hombres se habían ido hacia el este, a Polonia, pero Napoleón había ordenado que su esposa y sus damas se quedaran en Renania, una región de los estados alemanes que él había anexado a su cada vez más grande Imperio francés.

Consideré mi tiempo en Renania más como una tarea que como una aventura o una estancia placentera. Por lo menos, Óscar, instalado en París con su tutor y su niñera, estaba a salvo; pero sin mi hijo, mi esposo o mi hermana, que estaba con José en Nápoles, me sentía a la deriva.

Sin embargo, incluso así sabía que Josefina sufría mucho más

que yo. Nuestra emperatriz se esforzaba y ponía toda su energía para parecer alegre, pero yo me daba cuenta de lo miserable que se sentía de que la dejaran atrás, anclada, mientras su marido continuaba su conquista de tierras lejanas y de nuevas amantes. Percibía la manera ansiosa y vaga con la que tomaba mi mano y la llevaba hasta su mejilla, como si necesitara el tacto de una madre, en un gesto de niña perdida. Advertí la forma en que llenaba nuestros días con actividades frenéticas, paseos en barco por el Rin, cabalgatas con algún príncipe o conde local impaciente por ganarse el favor de Napoleón a través de su tristemente célebre emperatriz. Así como la manera constante en que bebíamos el dulce riesling originario de la zona, desde el desayuno hasta la hora de ir a dormir.

—Me llevaré este riesling a casa, a París —dijo, sus labios arrastraban las palabras—. Cajas y cajas. Le encantará. Mi Bonaparte siempre dice que depende de mí asegurar que nuestra corte tenga buen gusto, que no sabe qué haría sin mí. ¡Dios sabe qué pasaría si dependiera de mi soldado! Comeríamos restos de pollo asado y beberíamos ese horrible vinagre que los corsos llaman vino.

Le dio hipo y su cuerpo delgado se sacudió mientras doblaba las piernas y levantaba las rodillas hasta el pecho, como una joven que se abrazaba con fuerza.

—Yo soy quien tiene sangre noble —continuó con otro acceso de hipo. El sol de la tarde se filtraba por las ventanas plomizas y la bañaba de una débil luz otoñal—. Napoleón siempre me dice que ninguna mujer tiene mi excelente gusto.

Sonrió, pero su sonrisa mostraba agobio, era forzada; deseaba estar con su marido. O, más bien, deseaba que él estuviera con ella. Atrás había quedado la época de las campañas italianas, cuando él la extrañaba todos los días y le rogaba que recorriera tediosos caminos para reunirse con él en su campamento. Ahora no le permitía que se le uniera. «No puedes venir aquí —escribía cuando ella le decía que sería capaz de alcanzar a su ejército en su movimiento hacia el este—. Un campamento militar no es lugar para una dama.» Sin embargo, sabíamos que ésa no era más que

una excusa velada de lo que en realidad escondía, sabíamos que había muchas otras mujeres que llenaban su tiempo.

Los días en que llegaban sus cartas —ya no le escribía a diario como antes—, Josefina se metía en la cama el resto del día y lloraba. Sus palabras no eran suficientes, eran avaras. Sus misivas sólo servían para recordarle a su mujer la distancia que los separaba, tanto de manera física como emocional. Josefina ansiaba más noticias, más afecto, más seguridad de que ella seguía ocupando el lugar preponderante en su corazón. ¡Oh, cuánto comprendía su agonía! Cómo recordaba haber sido la destinataria de esas cartas sucintas y parcas. Pero, por supuesto, no podía comentarle nada sobre ellas. Aquellos recuerdos eran míos y permanecerían enterrados en el pasado, que era su único lugar.

De algún modo, Napoleón se enteró de los constantes ataques de llanto de Josefina y eso exacerbó su disgusto, incluso a tanta distancia, en su campamento al este. Le escribió, reprobatorio, estas palabras: «He oído que lloras todo el tiempo. Sé digna de mí, muestra fortaleza de carácter. No me gustan las cobardes».

Así pasaban los días. Nos sentíamos cada vez más ansiosas en nuestro campamento alemán, pero nadie sufría tanto como Josefina.

Era una noche fría de mediados de octubre y las damas estábamos reunidas en el salón de Josefina, amontonadas alrededor del fuego para alejar la humedad y la oscuridad. No teníamos permiso para retirarnos a nuestros aposentos hasta que ella decidiera irse a dormir y, por lo general, eso ocurría muy tarde, a veces cuando el alba se acercaba. Supongo que tenía miedo de la oscuridad, temía a los pensamientos que la aquejaban y que le pesaban más conforme el sueño la esquivaba, porque siempre insistía en realizar actividades por la noche: pantomimas, ajedrez, *whist*, eventos de talento musical. Esa noche organizó una lectura de tarot.

—Todas vosotras conocéis a la bruja de Martinica que predijo mi ascenso —declaró Josefina, sentándose frente a la visitante. La anciana llevaba un turbante malva sobre la cabeza, lo que hacía

imposible ver el color de su cabello, pero le daba el aspecto de una rumana. A su lado, en calidad de sirvienta, había una niña joven de ojos negros. La vieja llamó a la niña y tomó dos montones de cartas en sus palmas desnudas y marchitas.

Josefina aplaudió emocionada.

—¿No es divertido?

Intercambié miradas con Elisa la Flotte, otra dama de Josefina. Elisa tenía casi mi edad, pero había enviudado. En ausencia de Julia habíamos intimado un poco durante nuestra estancia en Renania. Era una compañera mucho más agradable que las tres hermanas Bonaparte, que también formaban parte del grupo.

—Habrá un hijo —anunció la adivinadora.

Sus palabras llamaron mi atención. Josefina tragó saliva. Sabíamos que ya había cumplido cuarenta años. Sus opciones de darle un heredero a Napoleón se reducían con rapidez.

—¿Lo habrá? —preguntó con voz ronca.

—Pero este niño... —La anciana cerró los ojos y su voz se hizo un murmullo, como si estuviera en trance—. No lo veo claramente junto a ti. No será tuyo.

Josefina inclinó la cabeza hacia un lado.

—¡Ya sé! —exclamó, chasqueando los dedos al cabo de un momento—. Estás viendo a mi querida hija, Hortense. Está embarazada otra vez; será sobrino de Napoleón y también su nieto.

—¿Hortense? —la adivina repitió el nombre—. ¿De cabello claro?

—¿Claro? No. Oscuro. Como el mío.

Pasó las manos por el cabello que sobresalía de su pañuelo rojo. La mujer negó con un movimiento de cabeza, pero antes de continuar Josefina la interrumpió:

—¿Qué más? Dime algo más. —Se inclinó hacia delante, alzó su copa de vino en mi dirección y ordenó—: Más vino.

Intercambié una mirada con Elisa y fui a por la bebida. Conocíamos los rumores; nos habían llegado noticias, incluso aquí en Maguncia, de que una de las amantes de Napoleón en París, una bella joven llamada Eléonore Denuelle, estaba embarazada. Me

pregunté si tendría el cabello claro.

Josefina se abrazó las piernas y las acercó a su pecho; observó las cartas que estaban extendidas frente a ella. Le pasé la copa llena de vino y después me fui al fondo de la habitación a oscuras, donde no podía ver las cartas, sólo su rostro, que palideció. Me ajusté un manto de pieles sobre los hombros.

La anciana continuó en voz baja.

—Una casa hermosa. Más lujosa que un palacio.

—Malmaison —mencionó Josefina, asintiendo. Parecía aliviada—. Mi mayor alegría.

—Ahí hay muchas plantas —dijo la mujer.

—Mis invernaderos. Napoleón me regala especímenes de todo el mundo. Australia, Tasmania, Siam, Madagascar...

—Pero en tu vida... hay una. —La adivina se mecía de atrás hacia delante. No miró a nadie cuando habló, sus ojos se pusieron en blanco, como si lo que veía no se encontrara en la misma habitación en la que estábamos—. Y crece tan alta que amenaza con asfixiar a todas las otras. A ti también podría asfixiarte.

—¿Qué significa eso? —preguntó Josefina, su tono era apremiante. Se irguió en su silla.

—No... —prosiguió la mujer negando con la cabeza—. No lo sé. Todo lo que puedo ver son estas plantas. Pero... ten cuidado. Es todo lo que puedo decir. Cuídate. Encárgate de cualquier cosa que se eleve muy alto.

—¡Mala hierba! —Josefina se inclinó sobre la mesa y apartó las cartas; luego tomó su copa—. Es suficiente. No he pedido una clase de jardinería.

Pero la mujer no había terminado.

—Habrá una gran victoria. Él te dirá...

Todas soltamos un grito cuando alguien golpeó la puerta. Estábamos bastante concentradas en las extrañas palabras de la anciana. Josefina miró hacia la puerta como si dudara en responder, por miedo a lo que acechara al otro lado. Por último, se enderezó, respiró hondo y dijo:

—Adelante. ¿Qué sucede?

Se enderezó y volvió a ser de nuevo la emperatriz. Un paje en

librea entró a la habitación.

—Majestad —dijo, haciendo una reverencia con la mirada baja—. Tenemos noticias de su majestad imperial.

Josefina hizo una seña para indicarle que se acercara y tomó la carta. Le temblaban las manos; su rostro estaba más pálido que el pergamino en el que estaba escrita la nota. Al leerla, sus rasgos se suavizaron. Después lanzó una risita y leyó en voz alta las palabras de su marido:

—«Nunca antes un ejército había sido derrotado de manera tan rotunda. He llevado a cabo algunas excelentes maniobras contra los prusianos, en Jena, y he obtenido una gran victoria». —Josefina bajó el papel y contempló a la vieja adivina—. Una gran victoria —repitió con una carcajada—. Bueno, ¡parece que en algo sí tenías razón!

Cogió la carta y siguió leyendo en voz alta:

—«Los ejércitos de mis enemigos siguen cayendo frente a mí. Mi Gran Armada es la fuerza más poderosa que jamás se haya visto en el continente. Aunque no es gracias a Bernadotte. Debería mandarlo fusilar o al menos juzgarlo en el consejo de guerra».

Las palabras salieron de su boca antes de que se diera cuenta de lo que leía. Dejó caer el papel y me miró, arrepentida, mientras las mujeres a mi alrededor me contemplaban con desdén. Sólo mi nueva amiga, Elisa, frunció el ceño.

—Désirée —dijo Josefina, su rostro estaba contraído con verdadero remordimiento—, lo siento. No... no sabía lo que leía.

—Está bien —respondí con tono firme; oculté la inquietud que sentía en realidad. Cuando volví a hablar, me esforcé por parecer tranquila—. Ya sabéis cómo son los hombres, con sus emociones enardecidas por el campo de batalla. Mañana volverán a ser amigos.

Al día siguiente tuve noticias de mi esposo y en su carta confirmaba, claramente enfurecido, la pelea que había tenido con Napoleón: un intercambio de palabras acaloradas después de la victoria francesa en Jena.

Era irracional. No quiso escucharme. Echaba chispas y decía que me haría fusilar. Que si no lo hacía, era sólo por la angustia que te causaría. No hice nada más que seguir las órdenes de mi superior directo. Berthier me ordenó que marchara con mis hombres a Dörnberg; no tenía ni idea de que Napoleón me necesitaba en Jena y tampoco sabía que ése sería el lugar principal de la batalla. Ninguno de nosotros lo sabía. Napoleón simplemente está aprovechando esto para desahogar lo que siente por mí, su rivalidad. Sus celos. Me dice que me perdona la vida por ti; cuando, de hecho, sospecho que quizá es lo contrario: que me desprecia por ti.

Dejé la carta; el papel temblaba en mis manos.

Por suerte no había manera de que mi marido viera mi reacción a esas palabras. Pensé con mucho cuidado mi respuesta durante todo un día; escribí palabras reconfortantes que pudieran calmarlo y también le hice saber que comprendía su sentimiento de injusticia y su frustración. Mi marido era un buen hombre, sincero, pero era el primero en admitir que su acalorada sangre gascona no le permitía ser diplomático. Eso lo sabía. Mi única esperanza era que, con el tiempo, tanto él como Napoleón se sosegaran y que, más tranquilos, llegaran a una suerte de reconciliación amistosa. O al menos a una distensión en su relación como oficiales.

Llegaron más noticias. En cuestión de semanas, nuestras fuerzas francesas tomaron la importante ciudad alemana de Berlín, pero la carta de Napoleón en la que anunciaba su victoria mandó a Josefina a la cama, histérica. Me pregunté qué le habría escrito. Muy pronto lo supe, cuando Paulina entró al salón aquella tarde con una carta.

—¡Un hijo! —exclamó, agitando el papel como si fuera una bandera de victoria.

Todas levantamos la mirada, curiosas por saber más. No había de qué preocuparse: Paulina estaba más que dispuesta a informarnos. Eléonore Denuelle le había dado un hijo a Napoleón; lo llamó León, estaba claro que para honrar a su padre, el emperador. Un hijo ilegítimo, sí, pero eso demostraba que

Napoleón no era estéril. Una mujer fértil le habría dado ya un heredero legítimo. Yo conocía los deseos de las hermanas, eso les brindaba otro argumento para que Napoleón abandonara a Josefina.

Esa tarde, la emperatriz me llamó a su habitación. La encontré en la cama, con el cabello sujeto con un pañuelo criollo; sus ojos estaban hinchados y enrojecidos. Parecía más pequeña bajo el montón de colchas. No había tocado la bandeja de la cena que estaba sobre la mesita de noche. Me pidió que me metiera en la cama con ella y yo obedecí.

—Todo eso es para hacerme sentir celos —declaró con voz ronca. Yo no respondí y dejé que continuara—. Para estar seguro de mi amor. Nunca me perdonó que buscara placer en otro lado en los primeros años de nuestro matrimonio. Me está probando. Pero seguiré fiel. Pasaré esta prueba y nuestro amor llegará a mayores alturas.

Quizá no se equivocaba, porque noviembre trajo noticias de que nuestro emperador saldría de Berlín para viajar hacia el frente polonés y, por fin, invitó a Josefina a que se reuniera con él. Quería encontrarse con ella en Varsovia. Al día siguiente leyó la carta en voz alta durante la comida:

—«Las noches son largas y frías sin ti. Ansío tenerte a mi lado en estas llanuras heladas. Tú, mi única fuente de calor y alegría en esta vida agotadora».

Josefina dejó la carta, se sonrojó y el maquillaje que se había puesto hizo que sus mejillas se oscurecieran. Estas últimas semanas habían hecho mella en ella, se veía desmejorada, incluso un poco demacrada. Pero la carta más reciente mejoró tanto sus ánimos como su aspecto.

—Seguiría leyendo —añadió mirando la nota de su esposo—, pero no puedo compartir el resto de la carta. Os avergonzaría demasiado.

Paulina se levantó con el ceño fruncido de la mesa y salió del comedor; sus hermanas la siguieron. Josefina simplemente sonrió y

comió de su plato con mayor apetito del que le había visto en semanas.

Yo iría a Varsovia para acompañar a la emperatriz, pero también para ver a mi Bernadotte, quien marcharía allí con la Gran Armada. Eso me alegraba, deseaba verlo después de pasar tantos meses separados. Si tan sólo Óscar pudiera venir, estaríamos reunidos de nuevo como una familia, pero mi hijo seguía seguro en París, con su niñera y su tutor.

Las damas nos preparamos para el penoso y frío viaje por las llanuras polonesas. Partiríamos en diciembre y el camino a Varsovia sería arduo; nos dijeron que debíamos esperar fuertes lluvias, quizá incluso tormentas de nieve prematuras.

Josefina había llegado a Maguncia con seis carruajes llenos de ropa y joyas, así que empezamos a empaquetar sus cosas semanas antes de partir, porque sabíamos que la tarea sería difícil. El primer día de diciembre llegó con una nevada y una nueva carta de Napoleón. Yo estaba con Elisa y con ella en su habitación, organizando los broches, cuando la sirvienta se la entregó. Las hermanas Bonaparte habían salido a realizar alguna otra actividad, lo que para nosotras fue un alivio.

Josefina se levantó de un salto y tomó la nota de la bandeja dorada del correo; luego saltó a la cama para leerla. Estaba llena de ilusión por reunirse con él. Sin embargo, parecía que la misiva no contenía buenas noticias.

—Imposible —exclamó; se echó hacia atrás, contra la cabecera, abrazándose las rodillas.

Caminé despacio hacia ella.

—Emperatriz...

Tenía los ojos cerrados y me daba la espalda. Elisa se encogió de hombros, confundida.

—Señora, ¿va todo bien? —pregunté, aunque por supuesto adivinaba la respuesta.

—¡No! —gritó volviéndose hacia mí.

En ese momento vi lo cansada que estaba. Sus ojos, completamente limpios y sin el maquillaje acostumbrado por las lágrimas que había derramado, tenían una red de finas arrugas. La

edad, la preocupación y la decepción hacían mella en sus rasgos, que en el pasado habían sido radiantes, y libraban la inevitable batalla del paso del tiempo, que no podrían ganar. Nunca pensé que pudiera aparentar su edad; nunca creí que su belleza se desvanecería. Su cuerpo seguía siendo esbelto y flexible; su personalidad, aún vivaz cuando tenía ganas de serlo. Pero ahí, en ese instante, podía ver la marca de los años. Años difíciles, la mayoría de ellos, y quizá condenados a ser aún más arduos.

—No, no todo va bien —respondió—. Léelo tú misma.

Puso el papel arrugado en mis manos; lo extendí y leí la caligrafía familiar de Napoleón: «Me inclino a pensar que deberías ir a París en invierno. Los caminos son complicados y estos llanos están congelados. No puedo exponerte a tanta fatiga y no es apropiado que una emperatriz pase tantos días en tiendas de campaña y tabernas. Regresa a París».

Era una orden emitida de manera rápida y decisiva. Napoleón retiraba su invitación al frente. Pero ¿sus razones eran sinceras o sencillamente una excusa? No lo sabíamos, pero sin duda yo tenía mis suposiciones.

Varios días más tarde, después de que nuestro viaje fuera cancelado, tuve noticias de Bernadotte. Eran unas noticias terribles, pues la carta que recibí me hizo llorar con amargura, aun cuando yo estaba acostumbrada a consolar a Josefina. El ayudante de campo de mi marido, Maurin, me escribía diciendo que mi esposo había recibido una bala rusa en el cuello, durante una batalla cerca de un lugar llamado Spanden, en Prusia. Había logrado sobrevivir con mucho esfuerzo. Se había caído de su caballo y lo habían sacado del campo de batalla en una carreta. El médico del ejército que lo atendió temía por su vida.

Entré corriendo, histérica, a la habitación de Josefina con la carta en la mano. Ella me escuchó, asintiendo con seriedad mientras yo la leía.

—Por supuesto, debes ir con él —dijo cuando terminé de leer.

—Gracias —fue todo lo que pude responder. Jadeaba y mi mente recorría a toda velocidad todo lo que debía planear para mi viaje por los helados caminos invernales.

—No te preocupes —añadió—. Apuesto que tus baúles siguen empaquetados.

—Así es, emperatriz, lo están.

—Entonces vete. Vete enseguida. Y… si ves a Napoleón…, dile que lo amo, que lo extraño. Que con gran felicidad me reuniría con él allí donde estuviera, ya fuera una tienda de campaña o una taberna.

Pude comprobar que no vivían en una tienda de campaña o una taberna. Me reuní con mi esposo —quien gracias a Dios había sobrevivido y cuya recuperación sería constante, aunque lenta— en el castillo de Schlobitten, al este de Prusia: un edificio bajo de piedra que alguna vez perteneció a una antigua familia noble. El clima era demasiado frío para que disfrutáramos del jardín o del lago cercano; además, mi marido únicamente se levantaba para descansar en el sofá frente a la chimenea, pero yo estaba contenta de poder sentarme junto a él, al calor, agradecida de que su cuerpo sanara.

Me dijo que Napoleón y sus ayudantes de campo estaban cerca, en el castillo de Finckenstein, al sur.

—¿Te ha visitado durante tu recuperación? —pregunté.

Esa noche estábamos en la cama, debajo de varias colchas pesadas, pero mis pies seguían fríos.

—No —respondió—. Me escribió después de que me hirieran. Pero no he tenido noticias de él desde entonces.

A pesar de esto, mi Bernadotte estaba animado. No me dijo nada más sobre su pleito con Napoleón y yo no pregunté. En cambio, parecía dispuesto a hablar de su reciente campaña contra los prusianos en un lugar que tenía el extraño nombre de Lubeca.

—Pasé un tiempo extraordinario, Désirée, con unos generales suecos. Mis hombres los capturaron. Pensé que, en vez de como prisioneros, ganaríamos mucho más si los tratábamos como caballeros, y de ese modo aprenderíamos más de ellos. Les quité las esposas y los traté como si fueran invitados. Escuché todo lo que me dijeron sobre su país. En realidad, Suecia parece ser un sitio

fascinante. Tendremos que ir algún día.

—¿Suecia? Sí, claro —repliqué, procurando ocultar un bostezo, cuando lo único que deseaba era dormir. Pero entonces mi marido dijo algo que me sacudió y me despertó de golpe.

—Y mientras yo estaba impresionado por los generales suecos, nuestro emperador se enamoraba de una noble polonesa.

Me erguí en la cama y me incliné hacia Bernadotte con un interés repentino y entusiasta.

—¿Qué?

¿Enamorado? Todos sabíamos que Napoleón tenía queridas y amantes, muchas otras mujeres, demasiadas para poder contarlas, pero ¿enamorarse de otra mujer que no fuera Josefina? Nunca imaginé que sería posible, pero Bernadotte asintió.

—De verdad, es cierto. Nuestro pequeño general está verdaderamente fascinado.

Lo miré de reojo, incrédula.

—¿Quién es?

—Una condesa.

—¿Es polonesa? —pregunté.

—Sí. —Bernadotte parecía mucho menos sorprendido que yo—. Están escondidos en el castillo de Finckenstein. ¿Sabes que ésa es la razón por la que no permite que Josefina se reúna con él?

Asimilé esas palabras.

—Sospechaba que había... alguna razón.

—Esa razón se llama condesa María Walewska.

Fijé la mirada al frente, asombrada.

—Vamos. —Bernadotte colocó una mano sobre mi brazo—. Sabes que no es un santo.

—Claro, eso lo sé. Sólo que nunca imaginé que fuera algo... serio.

—Con él —repuso Bernadotte en un suspiro— todo es serio.

—Pero ¿cómo es ella?

Bernadotte consideró mi pregunta un momento, inclinó la cabeza hacia un lado y respondió:

—Es todo lo contrario a Josefina.

—¿Cómo? —pregunté.

—Ella no quería saber nada de él —explicó—, lo cual, como te imaginarás, ahora ha cambiado por completo. Napoleón la eligió de entre una multitud cuando marchamos por primera vez en Polonia. Miles de personas abarrotaban las calles. Él la vio en el camino: rubia, seria, envuelta en pieles, y de inmediato hizo que sus hombres la bombardearan con ramos de flores.

Mientras escuchaba la historia no pude evitar imaginar el rostro de Josefina. En el abrazo de despedida que me dio en Maguncia, sus últimas palabras fueron: «Dile que lo amo, que lo extraño». Sabía que eso era cierto.

Bernadotte continuó, su instinto gascón para la narración estaba en su cenit:

—Invitó a la condesa a cenar a su campamento, pero ella lo rechazó. Pensó que su negativa era sólo una estratagema, así que le envió joyas, pero aun así ella lo repudió. Sencillamente le devolvió las joyas junto con una breve nota en la que decía que estaba casada. Como puedes suponer, esto le encantó al general. No hay nada que un hombre ame más que una conquista.

—¿Y qué hizo?

—No dejó de invitarla a que lo visitara. Hasta que, por fin, su marido insistió para que ella aceptara su invitación. ¿Puedes imaginarlo? El hombre sabía que la oportunidad era demasiado buena como para dejarla pasar, aunque su esposa no lo creyera así.

—No es posible —dije, subiendo las colchas hasta mis hombros, pues en nuestra habitación abundaban las corrientes de aire—. Bien, pero cómo es esta condesa... María Waska...

—La condesa María Walewska —corrigió—. Bueno, es rica y hermosa. Habla francés a la perfección. Es inteligente...

—¡Vaya! —repuse sofocando la risa—. Creo que vos también os habéis enamorado un poco, sargento Piernas Hermosas.

Se acercó a mí y comenzamos a forcejear, jugando, pero la herida le dolió, así que me soltó y se apoyó en la cabecera.

—No, no. La admiro, eso es todo. Es una mujer sin intenciones escondidas, algo raro en el entorno del emperador estos días. En realidad no le interesaba ser la última favorita de Napoleón. No le importan los regalos, la atención, el poder. Su

marido es viejo y está enfermo, y era él quien apoyaba la relación. Al final, ella cedió y con gusto Napoleón la llevó a su cama. Desde entonces no ha estado con otra mujer.

Pensé un momento en todo eso y consideré la situación.

—Pero esta relación debe de ser reciente, puesto que Napoleón invitó a Josefina en noviembre y sólo cambió de parecer el mes siguiente. Quizá no es amor verdadero. Quizá sólo se trata de un enamoramiento fugaz.

Bernadotte negó con la cabeza.

—El amor es todavía joven, pero está enamorado. Está loco por la condesa. Comparte con ella su dormitorio; y nunca antes había permitido eso a nadie, bueno, aparte de a Josefina. Permanece a su lado todo el día, como un cachorro enfermo. Nunca lo había visto así. Nunca.

Para nuestra sorpresa, Napoleón me invitó al día siguiente al castillo de Finckenstein. Bernadotte seguía en cama y se encontraba demasiado débil para viajar conmigo por esos caminos helados, aunque fuera sólo un día. Sin embargo, advertí que en su invitación no lo mencionaba a él; Napoleón enunció con claridad mi nombre, únicamente mi nombre.

Acudí, desde luego que fui. Uno no podía rechazar esas invitaciones de Napoleón. Además, deseaba echarle un vistazo a esa hermosa condesa María Walewska; me preguntaba si estaría al lado de Napoleón cuando yo llegara.

Me recibió en su estudio privado. Casi hice una mueca cuando mis ojos recorrieron la habitación y no vi a la hermosa condesa de Polonia, sino sólo a nuestro emperador sentado detrás de un escritorio, en una silla alta que le permitía mirar a sus invitados desde arriba. Se le veía corpulento, más robusto incluso que la última vez que lo había visto, pero su rostro tenía un aspecto nuevo, poco característico. Parecía estar en paz. ¿Feliz, incluso?

—Désirée Clary —dijo poniéndose de pie para recibirme. Hice una genuflexión. Me mostró una silla y despidió al ayudante de campo que me había llevado hasta ahí—. Me alegro de ver un

hermoso rostro francés en estos llanos poloneses.

Estaba de un humor encantador. Me erguí en la silla y mi cara adoptó una máscara de tranquilidad despreocupada.

—Me alegro de veros, señor. Enhorabuena por vuestra deslumbrante victoria.

Asintió en agradecimiento.

—Dime, ¿tu sangre marsellesa se congela en estos caminos?

Sonreí e incliné la cabeza hacia un lado.

—He traído todas las pieles que poseo.

Me estudió con sus intensos ojos verdes, una breve sonrisa se dibujó en sus labios.

—No puedo imaginar a la joven que una vez conocí comprando un abrigo de pieles.

Debajo de mi falda, mis pies se movieron nerviosos, pero crucé los tobillos, enderecé los hombros y respondí:

—Yo no hubiera imaginado muchas de las cosas que han sucedido, señor.

—Quizá sea cierto. —Sus dedos cargados de joyas tamborileaban sobre su escritorio—. Dime, ¿cómo está tu marido? ¿Se recupera en ese castillo?

—Así es, señor. Gracias.

—Debe de estar feliz de que estés aquí para cuidarlo, ¿no?

—Cada día está más fuerte.

—Bien, bien.

Me pregunté de nuevo por qué me había convocado. Si quería preguntarme por la recuperación de Bernadotte, una carta habría sido suficiente. Alejé esa confusión y me preparé para darle el mensaje de Josefina, pero en ese momento la puerta se abrió y entró una mujer de cabello rubio; era evidente que no creía necesario llamar a la puerta. La hermosa joven le sonrió a Napoleón con timidez y después me vio sentada frente a él.

—¡Oh! ¡Lo siento! No sabía...

Sus palabras se apagaron, pero pude oír lo suficiente como para advertir el áspero acento polaco. La condesa María Walewska me miró, sus grandes ojos azules asimilaron mi aspecto con una valoración rápida y de cuerpo completo; entonces, sus rasgos

encantadores reflejaron tristeza. Una decepción infantil, ingenua, pura y franca, sin intenciones de ocultarla: supuso que yo era una rival.

Su deducción no era por completo irracional dada la reputación de Napoleón, quien alzó una mano hacia ella.

—*Mon ange*, ángel mío, por favor, ven aquí.

Él también lo había visto, por supuesto. Lo veía todo.

—Ella forma parte de mi familia... Es Désirée Bernadotte, la hermana de Julia, casada con mi general Bernadotte. ¿Lo recuerdas?

—¡Oh! —La expresión de la condesa María Walewska cambió enseguida. La pena desapareció y un rubor de alivio se instaló en su rostro fresco y terso; se deslizó hacia su amante con la alegría recién recuperada—. ¡Désirée, por supuesto! He oído hablar mucho de vos y de vuestro esposo. Es maravilloso conoceros. ¿Cómo se encuentra Bernadotte? Mejor, estoy segura, ahora que vos estáis a su lado. ¿Lo cuidáis con gran amor y devoción?

Era cierto, su francés era perfecto y sólo tenía un ligero acento polaco que le daba un toque encantador.

—Así es, señora —respondí—. Agradezco vuestra preocupación.

—Bueno, hemos estado muy inquietos por él —indicó, presionando su mano sobre la de Napoleón.

Él aceptó el gesto con una sonrisa protectora y puso su otra mano sobre la de ella, como si intercambiaran sus votos. Después alzó las cejas y preguntó:

—Querida, ¿nos dejas un momento? Terminaré dentro de un instante. —Su voz era más suave que cualquiera que hubiera escuchado.

La condesa agitó su cabeza de gruesos rizos dorados.

—Por supuesto. —Me miró una vez más, sus ojos claros sonreían con calidez—. Ha sido maravilloso conoceros, Désirée. Espero que nos veamos de nuevo. Y, por favor, dadle nuestros mejores deseos al general.

En la puerta, la condesa María Walewska miró una última vez a Napoleón con una sonrisita perfecta dibujada en su rostro, un

débil indicio de una risa de despedida. Después cerró la puerta y dejó tras ella una estela encantadora, así como el aroma a lilas de su perfume.

Napoleón continuó con la vista fija en la puerta después de que ella se hubiera ido, aún en trance tan sólo con su recuerdo. Al cabo de un instante se recompuso.

—Sí —profirió, dirigiéndose hacia mí, de nuevo centrado y alerta—. Désirée.

No dijo nada de la chica que acababa de conocer. Tampoco preguntó por su esposa, a quien sabía que yo acababa de dejar. Solamente me contempló. Había recuperado su expresión práctica cuando se levantó de la silla. Atravesó la sala hasta un enorme baúl que estaba en una esquina. Levantó la tapa y me explicó:

—Conocí al zar de Rusia hace poco, cuando se rindió ante mí. Me regaló estos tres abrigos de pieles, unas piezas espléndidas, dignas del invierno ruso. —Sacó una gran pelliza del baúl: era gruesa, marrón café oscuro, suave. Parecía más pesada que el manto de coronación de Josefina—. Me preguntaba a quién podía ofrecérsela.

—Oh —solté confundida.

—Sólo tengo tres. Son muy valiosas, como puedes imaginar. Me quedaré con una para mí —dijo—. La otra tendré que dársela a mi madre, claro. Últimamente ha estado muy enfadada conmigo. Pero la tercera... Lo he pensado mucho. He decidido ofrecértela a ti, Désirée.

Lo miré a él, luego miré el abrigo. «¿Por qué yo?», me planteé. Tenía que haber una razón, pero Napoleón no esperó a que le preguntara.

—A cambio —indicó, y echó un vistazo hacia la puerta una vez más, donde su hermosa condesa aguardaba al otro lado con sus ojos azules y su cabello claro, su sonrisa con aroma de flores y su acento encantador; Napoleón se volvió y me miró—, agradecería tu amistad cuando... Si llega el momento en que la necesite.

Capítulo 31

PARÍS
JULIO DE 1807

Bernadotte y yo formábamos parte de la procesión cuando Napoleón y su ejército entraron en París con enorme pompa. Cruzamos los límites de la ciudad por el este y marchamos despacio por las calles de la capital con el telón de fondo de un colosal desfile: las banderas ondeaban, los ciudadanos ovacionaban, las ventanas se abrían y los niños se asomaban por los balcones, estirándose para entrever a su emperador recién llegado. Napoleón encargó la construcción de un enorme arco que honrara sus victorias, y tanto los soldados como el pueblo quedaron boquiabiertos al contemplar el inicio de las obras del Arco del Triunfo.

Por espléndido que fuera todo, a mi esposo y a mí no nos importaba mucho la fanfarria; lo único que deseábamos era llegar lo más pronto posible a la rue d'Anjou para reunirnos con Óscar. Nuestro niño acababa de cumplir ocho años y, en cuanto nuestro carruaje llegó al patio delantero de la casa, él salió corriendo sobre sus piernas robustas para abrazarnos.

—¡Mamá! ¡Papá!

—¡Óscar, querido!

Lloré entre sus sedosos rizos oscuros, lo acerqué a mí y respiré su olor como si nunca fuera a cansarme de hacerlo. Noté, con una punzada en el corazón, que parecía menos bebé y más niño, pero al menos su cuerpo aún era suave y dulce en mis brazos.

—¡Mamá, he visto cómo se acercaba tu carruaje! He esperado toda la mañana ¡y sabía que llegarías!

—Ése es mi niño. Mira qué alto estás. —Advertí que mi

marido aún movía el cuello con cuidado, pero ya no usaba la venda y los médicos confiaban en que se recuperaría por completo.

—¿Qué me habéis traído? —preguntó nuestro hijo; sus grandes ojos marrones se iluminaron de emoción mientras los lacayos iban y venían, descargando los baúles y el equipaje.

—Espera a ver los soldados de juguete que te he traído —soltó mi esposo riendo—. Es un regalo de un gran general sueco. Tú y yo los organizaremos en mi estudio para mostrarte cómo los franceses ganamos una gran batalla.

—¡Quiero una figurita tuya, papá! Del gran general Bernadotte. —Mi esposo sonrió de oreja a oreja al escuchar esto; aunque parecía que últimamente Napoleón se burlaba de las proezas militares de mi marido, el halago de nuestro hijo le sacó una sonrisa a su rostro fatigado por el viaje.

Pero antes de que pudiéramos desempaquetar nuestros baúles, antes de que Bernadotte pudiera regresar a su estudio para representar las batallas con sus maravillosos soldados suecos de juguete, vimos la invitación. Era la caligrafía de Josefina, lo sabía. Nos esperaba en las Tullerías para cenar.

Bernadotte y yo llegamos a la reunión familiar a las seis en punto, como lo deseaba el emperador. Era una tarde agradable de verano y todas las ventanas de la planta baja estaban abiertas, permitiendo que la cálida brisa entrara desde los aromáticos jardines.

Josefina nos dio la bienvenida. Llevaba un vestido lila adornado con plumas de pavo real; sus dedos, muñecas, orejas y cabello estaban salpicados de diamantes, y tenía una enorme gargantilla ajustada al cuello perfumado. Pero detrás de su sonrisa detecté las señales claras de su angustia: ojos hinchados y una palidez macilenta que incluso las grandes cantidades de su costoso colorete no podían ocultar por completo.

—Qué amables sois al aceptar mi invitación, Désirée. —Pasó su brazo alrededor de mi cintura—. Aun cuando debes de estar loca de felicidad y de alivio al haber vuelto a casa junto con tu Bernadotte y con Óscar.

—Un año ha sido mucho tiempo de separación —respondí, de

acuerdo con ella.

—Demasiado —convino—. Pero ya estáis de regreso. Aunque no sepamos por cuánto tiempo. ¡Ah, Julia, José, bienvenidos! Bonaparte acaba de terminar en su despacho; bajará de inmediato.

Mi hermana saludó a Josefina con una sonrisa, mientras que su marido fue directo hacia su madre para darle un beso respetuoso. Josefina ignoró el desaire de José y caminó tras él para volver a darle la bienvenida y, supuse, escuchar lo que hablaba con su madre.

Yo estaba radiante de alegría por volver a ver a mi hermana y la abracé con emoción.

—¡Désirée! —Me devolvió el abrazo y después me tomó por el brazo—. Ven conmigo. —Me arrastró hacia un rincón de la habitación, donde nos escabullimos por las puertas de cristal hasta la terraza.

—Te veo muy bien —dije mirándola. Sus mejillas tenían un color saludable y el vestido verde halagaba su figura—. Nápoles te favorece —continué—. Aunque desearía que nunca te fueras de Francia.

—Nos vamos a quedar aquí por un tiempo. ¡Pero eres tú quien tiene noticias! —exclamó—. Acabas de regresar de tu castillo prusiano.

—Así es, y estoy feliz de estar aquí —respondí—. ¿Qué me he perdido?

—Ya están peleando, aunque acaba de regresar —indicó Julia, recorriendo la terraza con la vista para asegurarse de que nadie nos escuchaba.

—No me extraña.

Hacía mucho tiempo que me había acostumbrado a sus intercambios impetuosos. Sólo deseaba que la cena pasara rápidamente para que Bernadotte y yo pudiéramos regresar a casa con Óscar después de tanto tiempo de separación.

—No. —Julia negó con la cabeza—. Esta vez es diferente.

—¿Por qué? —pregunté. Parecía que cada vez que la familia Bonaparte se sentía confiada de haber derrotado a Josefina, de alguna manera ella encontraba el modo de frustrar sus planes—.

Ella es como un gato que tiene tantas vidas como le sean necesarias. Su historia jamás terminará.

—Porque esta vez quizá sea ella quien se vaya.

Miré de reojo a mi hermana sin entender lo que quería decir. Ella continuó en voz baja:

—Ella ha encontrado algo esta tarde mientras deshacíamos los baúles de Napoleón.

—¿Qué ha encontrado? —Quizá el retrato de María Walewska.

—Una lista que le dieron sus consejeros con todas las princesas casaderas de Europa para que él la revisara y eligiera una como esposa. El zar le ofreció a su hermana. —Asimilé sus palabras y, con ellas, el escándalo de su significado—. Y, por supuesto, todos hemos oído hablar de su relación amorosa con la condesa polaca. Esa María Walewska.

—Sí. La he conocido.

—¿De verdad? —Julia abrió los ojos como platos—. ¿Es tan encantadora como todo el mundo dice?

—Sí —respondí.

—Napoleón le dijo a Josefina que piensa traerla a París, donde establecerá un hogar para ella. ¿Y si ella le diera un hijo? Es sólo cuestión de tiempo antes de que ella… Bueno, su situación es cada vez más precaria.

—Cierto —admití con un suspiro.

Eso explicaba los ojos rojos y la sonrisa triste de la emperatriz. Quizá también explicaba la adquisición de esos tres abrigos rusos tan finos, uno de los cuales me había regalado por razones que yo aún no comprendía. «Conocí al zar de Rusia hace poco, cuando se rindió ante mí.» Entonces, el zar le ofreció mucho más que unas pieles invaluables; también le propuso una princesa rusa.

—¡Pobre Josefina! —exclamé—. Todo el mundo está en su contra.

Julia asintió, pero inclinó un poco la cabeza hacia un lado.

—No parece tan pobre, cubierta de todos esos diamantes.

Napoleón salió de su despacho a las seis en punto y nos

sentamos a cenar pollo asado, patatas perfumadas con romero y vino tinto de Chambertin.

—Disculpad que os ofrezca este menú tan sencillo —dijo pasando la mirada alrededor de la mesa hasta detenerse en mí—. Los gustos de un soldado. Todavía no me he adaptado a la decadencia de este lugar, la decadencia con la que mi emperatriz come y… todo eso.

Josefina ignoró el comentario y sonrió.

—Estamos felices de tenerte de regreso; creo que comeríamos harina húmeda sólo por tenerte a la mesa de nuevo.

Él refunfuñó en respuesta y cortó su pollo. Por su parte, Josefina empujó el plato, se enderezó y habló con una sonrisa esperanzadora en su rostro.

—Y el momento es perfecto. —Nadie respondió a su enigmático comentario y ella continuó—: Estoy verdaderamente encantada de tener a toda nuestra familia reunida, porque tengo excelentes noticias que compartir con todos. —Lanzó una sonrisa radiante a Napoleón.

Mi pulso se aceleró. No podía ser. ¿Por fin había concebido un hijo? ¿Justo en este momento y no un minuto antes? Pero no, no era posible, no cuando habían estado separados durante tantos meses.

—Mi querido hijo, Eugène, ha tenido un bebé, ¡y es una hermosa niña! La ha llamado Josefina Napoleón, por su abuelo y su abuela. Así que ya tienes un bebé, querido. Y lleva tu nombre.

Un premio de consolación, desesperado, que le ofrecía una mujer aterrada. Napoleón amaba a su hijastro, Eugène, por lo que Josefina esperaba que él sintiera que esa niña podía ser su heredera.

Pero Napoleón no le devolvió la sonrisa desde el otro extremo de la mesa. Sólo se encogió de hombros ante la noticia y terminó de masticar el pollo.

—Ah, entonces lleva mi nombre, pero no mi apellido. Aún no existe un heredero que lleve mi apellido.

Napoleón desahogó su frustración teniendo cada vez más amantes y planeando adueñarse de más tierras con sus incansables guerras. Le dijo a mi esposo, quien ya estaba recuperado del todo, que preparara una marcha a España. Si podía conquistar ese extenso reino, controlaría todo el territorio desde el océano Atlántico hasta el río Elba, y desde el norte de Alemania hasta el sur de Italia, la región más grande que tuviera cualquier gobernante en tiempos modernos.

Bajo el patrocinio del imperio de Napoleón, mi marido se había convertido en un hombre rico, pero toda esta necesidad de empezar más guerras lo decepcionaba.

—Su apetito por la guerra es insaciable. Casi raya en la locura. Como si deseara conquistar todo el planeta. Y no le importa cuántos hombres pierde en el camino —estalló Bernadotte enfurecido, en la privacidad de nuestra mansión en la rue d’Anjou —. ¿Sabes que en Prusia nos obligó a pelear cuando hacía días que no comíamos? ¿Cómo se supone que los hombres pueden luchar cuando se mueren de hambre?

Entretanto, la familia Bonaparte se sentía cada vez más frustrada ante la negativa de Napoleón de dejar a Josefina. Cuando un loco escapó de un asilo de París e intentó atacar a Napoleón a la salida del teatro, él le preguntó sus razones para hacerlo. «¡Estoy enamorado de la emperatriz Josefina!»

—Así que casi le provoca la muerte, pero no es capaz de darle ningún heredero —comentó Leticia cuando escuchó la historia.

Con cada disputa todos asumían que ése sería el fin de Josefina; pero de alguna forma nuestra emperatriz prevalecía. Cuando el pintor imperial, Jacques-Louis David, finalmente mostró su obra maestra de la coronación de Napoleón, después de años de ardua labor, todos fuimos convocados a las Tullerías para admirarla. Napoleón nos examinó mientras contemplábamos su nuevo cuadro; pero no fue necesario fingir asombro ni aprobación. La obra era apabullante. Tenía la altura de cuatro hombres y era aún mucho más ancha. Los exquisitos colores del óleo y la habilidad del artista para capturar el glorioso detalle de la multitud dentro de la catedral de Notre Dame era un deleite para la vista.

Mientras la observaba, imaginé que podría estudiar esta escena durante horas y siempre encontraría detalles nuevos y magníficos con los que maravillarme.

La destreza y las técnicas clásicas del artista eran innegables, pero la obra no reflejaba la realidad, sino los deseos específicos de Napoleón. En el cuadro del día de la coronación, Napoleón lucía esbelto y apuesto. Sus hermanas lo observaban con generosas sonrisas, aunque yo recordaba los ceños fruncidos que habían mostrado durante toda la ceremonia. Leticia estaba presente en un lugar destacado como el que ocupaba el papa, y aparecía como una madre orgullosa y aprobadora. Pero sólo Josefina compartía la gloria del emperador en la representación del pintor. El momento exacto que David, y por ende Napoleón, eligió resaltar no fue el coronamiento del propio Napoleón, sino el instante en que éste coronaba a una Josefina humilde, de rodillas frente a él. Admirar esta obra exquisita, exhibida en un lugar destacado en el salón principal de Napoleón, era ser testigo de la profundidad con la que el emperador seguía adorando a su esposa. Así, conforme los días estivales se enfriaban al entrar el otoño, ella siguió compartiendo su cama y gastando su dinero. Sin embargo, lo único que ella necesitaba en realidad, lo único que no podía obtener por sí misma, seguía esquivándola.

—¿Sabes que urdieron un plan para fingir su embarazo?

Esa tarde de finales del verano, mi hermana estaba sentada a mi lado en el carruaje. Su esposo estaba en misión diplomática en el sur; a Julia y a mí nos habían invitado a Malmaison, la amada propiedad de Josefina, en la ribera del Sena, al oeste de la capital. Mi hermana, Bernadotte y yo pasaríamos un fin de semana con los Bonaparte.

—¿Quién ha fraguado este plan? —preguntó con interés mi esposo mientras avanzábamos por la ribera hacia el oeste—. ¿Esta supuesta conspiración del falso embarazo?

—Napoleón y Josefina —respondió Julia—. Parece que fue idea de él. Quería que ella fingiera que estaba embarazada. Después, haría que uno de sus bastardos, alguno de los que ha tenido con las docenas de amantes que ha llevado al palacio, un

niño, se hiciera pasar por hijo de Josefina.

Yo miraba por la ventana. Me daba pena, sinceramente. La humillación que debió de sentir; había sido estéril durante todo su matrimonio y ahora él le pedía que formara parte de una mentira así, que aceptara como suyo el hijo de otra mujer o se arriesgaba a perder a su esposo.

—¡Es terrible! —exclamé.

—Ella estaba dispuesta a hacerlo —intervino Julia—, pero el sacerdote imperial y el médico se opusieron. Le dijeron al emperador que no podían ser cómplices de una conspiración semejante. Él se puso furioso con ellos y también con ella. Al parecer ésta fue su última idea desesperada. Ya está demasiado mayor. Tiene cerca de cuarenta y cinco años, ¿verdad? ¿Y lleva intentándolo unos diez años? Si no ha sucedido antes, no sucederá ahora.

Sabía lo que pasaría con ella. Y lo peor era que corrían toda suerte de rumores no sólo en la corte, sino también en las calles, los periódicos y los cafés. Se contaban chismes de que la habían esterilizado en la cárcel durante el Terror o que todos sus esfuerzos caseros por evitar el embarazo cuando se acostaba con el cuerpo de oficiales franceses habían tenido como resultado su infertilidad permanente. O, peor aún, que su primer marido, el sádico y cruel vizconde de Beauharnais, la había mutilado después de acusarla de infidelidad. ¿Cuál de todas esas historias sería verdad? En realidad, yo deseaba que nada de eso fuera cierto. Todo lo que sabíamos era que Napoleón se había casado con ella con la idea de que le diera hijos y, aunque no lo hubiera hecho, él era perfectamente capaz de tenerlos con otras mujeres, pero su paciencia había llegado al límite.

—Ah, ya hemos llegado —dijo Bernadotte, interrumpiendo mis pensamientos inquietos.

Cruzamos las rejas de Malmaison y el carruaje avanzó por la larga avenida bordeada de árboles. Al final del camino se encontraba el hermoso castillo en expansión; el patio central y la entrada estaban flanqueados por dos torres y por largos pabellones a los costados.

Habíamos escuchado muchas historias de Malmaison, de Josefina, de Napoleón y de muchos otros personajes. Relatos en los que se decía que Josefina cubría a sus orangutanes con vestidos blancos para que cenaran con ella en la mesa del comedor; que ella y Napoleón nadaban desnudos con sus invitados en las fuentes y las piscinas, junto con los cisnes negros y blancos de Josefina, pero la casa en sí misma no constituía ninguna decepción. Malmaison estaba conformado por un terreno exuberante de más de un millón de metros cuadrados, una propiedad en el margen del río con viñedos, un aviario, invernaderos, un zoológico con animales de todo el mundo, jardines de flores, jardines de estatuas y hectáreas de parques boscosos para cazar, cabalgar y pasear. Además del castillo, había oído que también había un pabellón de verano, varias casitas de campo, una gruta y un templo al Amor, fuera lo que fuera eso.

—¡Mirad! —exclamó Julia señalando una hilera de estanques y fuentes frente a la elegante fachada del castillo.

—¿Es...? —pregunté boquiabierta.

—Sí, creo que sí. Es él —respondió Bernadotte.

En el centro de uno de estos lagos artificiales, entre los cisnes blancos y negros de Josefina, se erigía una estatua gigante de piedra de Napoleón.

—Un poco más alto que el original, pero igual de duro de cabeza —continuó Bernadotte. Mi hermana y yo reímos.

Cuando nuestro coche se detuvo, la anfitriona salió por la ancha puerta principal.

—¡Habéis llegado! ¡Oh, estoy encantada!

El día era particularmente agradable y Josefina estaba vestida de manera informal, con un vestido de encaje blanco y cintas moradas entretejidas en el cabello. Parecía feliz, en paz, y cualquiera que fuera su relación en estos días con su marido, pronto lo sabríamos, de eso no tenía duda. Pero tenía buen aspecto y parecía alegre cuando se inclinó para besarme en la mejilla y luego saludar a mi hermana.

—Napoleón llega esta tarde de París, no tardará. ¿Qué os parece Malmaison?

—Es encantador —respondí. A esa distancia podía ver la vastedad y lo laberíntico del castillo en expansión.

—La casa es grande —indicó Josefina—. Tengo más de quinientas pinturas y obras de arte que Napoleón incautó..., coleccionó durante sus campañas en el extranjero. Tenemos arte de cada maestro italiano, zar ruso, caudillo militar persa. Todo menos arte inglés... Napoleón no lo permite. ¡Pero mi verdadero placer es mi jardín! Venid, tenéis que ver mi invernadero.

Se adelantó de un salto. Julia y yo la seguimos, y Bernadotte se quedó para supervisar que descargaran nuestros baúles. La acompañamos hasta un edificio alto de cristal con una elaborada estructura de hierro. Allí dentro el aire era pesado, denso por las exhalaciones de miles de plantas tropicales que se calentaban debajo del vidrio inundado por el sol.

—Tenemos todo tipo de plantas que mi Napoleón me ha traído de todo el mundo: dalias, rosas, hibiscos, jazmines y amarilis. En ocasiones cierro los ojos y siento la humedad en mi piel, huelo las plantas y puedo imaginarme que estoy de nuevo en el Caribe.

Recorrimos los senderos cubiertos de plantas, pasamos frente a árboles cargados de naranjas maduras y arbustos colmados de buganvilias. Josefina hizo una pausa al final de uno de los caminos.

—¡Ah! ¿Sabéis cómo se llama esta planta afilada? Lengua de suegra. Con razón.

Después la seguimos pasando entre un grupo de helechos hacia una pequeña fuente donde un busto enorme nos miraba fijamente.

—Éste es nuestro filósofo, Rousseau. He leído todas sus obras por insistencia de mi marido. «El hombre nace libre y en todos lados está encadenado.» ¿Conocéis a Rousseau?

—Un poco —respondí negando con la cabeza. Recordé los días de mi propio noviazgo infortunado y la insistencia inútil de Napoleón en que leyera a sus filósofos. Al parecer hizo lo mismo con Josefina, pero ella sí obedeció.

Salimos del invernadero a la cálida tarde. Josefina respiró

hondo, extendió los brazos hacia los lados y levantó la cabeza hacia el sol.

—¿Sabéis? Ampliamos el lago para que la vista fuera más grande, tal como Luis XIV hizo en Versalles. ¿No es precioso? —Seguimos andando y giramos en dirección al castillo—. Sólo aquí Napoleón puede olvidarse del trabajo y de la guerra, aunque sea por un momento. Diseñé cada centímetro de la casa, cada brizna de césped, para brindarle tranquilidad y placer.

Caminamos a su lado. No tenía ni idea de qué decir, sólo me quedaba elogiar la propiedad, las fuentes tranquilas, el hermoso castillo. Pero Josefina frunció el ceño y dijo sin mirar a nadie en particular:

—Al menos, aquí puedo tener un poco de paz. Qué horror es llevar una corona.

En ese momento oí un ruido de carruajes al otro extremo de la casa y un perro que ladraba. Después un sonido más fuerte, un gruñido gutural, llamó mi atención hacia una serie de edificios anexos más alejados, junto al río.

—¿Qué pasa? —preguntó Julia, quien también oyó los ruidos.

—Mis simios —explicó Josefina, soltando una risita mientras señalaba el enorme grupo de edificios—. Allí está mi zoológico. Todos mis pequeñitos. Pocas veces llega a puertos franceses un barco del extranjero que no me traiga una nueva criatura. A Napoleón y a mí nos encanta ponerles nombre. Pero mi marido es un mal cuidador: les daba a mis gacelas y canguros puñados de su tabaco; casi empieza una estampida.

En ese instante, otro ruido rasgó la tarde indolente: un crujido fuerte, una explosión.

—*Mon Dieu!* —exclamó Josefina tomando mi mano.

Julia me cogió de la otra mano.

—¡Eso ha sonado como un disparo!

¿Era posible? ¿La guerra había llegado al oeste de París? Mi corazón dio un vuelco.

—No os preocupéis —indicó Josefina mirando hacia la casa—. Ha llegado Napoleón —explicó, y parpadeó rápidamente; la tranquilidad que había demostrado hasta hacía un momento

pronto se vio reemplazada por una compostura tensa.

—Pero ha sonado como un arma de fuego —repliqué aún confundida.

—Seguro que lo era —suspiró—. Siempre practica su puntería con mis pobres cisnes.

Nos sentamos a cenar; mi hermana y yo, una al lado de la otra, frente a mi marido, mientras que los Bonaparte se instalaron en los extremos de la mesa.

—Esta noche honramos las victorias de mi esposo en el norte de África —anunció Josefina.

Cenamos en el exterior, debajo de un toldo extendido en el jardín. Elaboradas alfombras tejidas cubrían el suelo en el que estábamos; la mesa frente a nosotros lucía repleta de bandejas y tayín de cordero, arroz y humus. Los sirvientes estaban vestidos como pastores beduinos y pequeñas llamas parpadeaban en candelabros enjoyados. El ambiente estaba diseñado para evocar el desierto, pero Josefina era una figura de la Antigüedad: llevaba un vestido blanco y fluido, y una tiara sobre su cabello oscuro y suelto. Enormes zafiros colgaban de sus orejas y su garganta.

Sin embargo, a pesar del clima agradable, de la luz de las velas, de la belleza de su esposa, Napoleón estaba de mal humor.

—Tus cisnes han orinado de nuevo sobre mi estatua —le reprochó a Josefina mientras aceptaba una gran porción de cordero —. Lo he visto al llegar.

Josefina extendió su servilleta blanca y se la puso sobre el regazo con una sonrisa sumisa.

—Son salvajes, querido. Las pobres criaturas no saben hacer otra cosa.

—Los cisnes no son pobres criaturas —respondió Napoleón con la mandíbula tensa.

Ella ignoró el comentario y miró a mi hermana.

—¿Sabes que la mantequilla y la carne que están en esta mesa vienen de nuestras tierras? Mañana, los huevos, el pan y la fruta también serán de la propiedad. ¡Es como si aquí fuéramos

verdaderos agricultores! Ah, pero el desayuno será muy informal. No os levantéis hasta que hayáis dormido a vuestras anchas. Nunca servimos el desayuno antes de las once. Nuestras mañanas aquí son para…

—¿Sabes lo que les hacen a sus depredadores? —interrumpió Napoleón.

Josefina miró a su esposo y arqueó una ceja.

—¿Querido?

—Los cisnes —dijo con tono crispado—. ¿Sabes lo que hacen cuando los cazan?

Josefina negó con un gesto. Por la manera en que hinchó el pecho, pude darme cuenta de que respiraba para tratar de calmarse.

La atención de Napoleón se concentró en ella.

—Nadan formando círculos hasta que agotan al enemigo, después se acercan y… —Golpeó el puño contra la mesa, haciéndonos saltar a todos. El vino de mi copa se derramó y cayó en mi plato, manchando el cordero de rojo oscuro. Napoleón alzó las manos, con los dedos se señaló su propio rostro—. Les sacan los ojos. Así, el enemigo se hunde, un pardillo ciego.

Las mejillas de Josefina palidecieron y bajó la vista. Sólo los zafiros en sus orejas resplandecían, mientras que el resto de su apariencia parecía haber disminuido bajo la luz de las velas.

—Y eso es tu amado cisne para ti, emperatriz —declaró Napoleón, apoyando la palma de su mano sobre la mesa—. Me pregunto si lo sabías cuando hiciste del cisne tu insignia. El cálculo cruel y engañoso del cual es capaz esa bestia. —Ella no respondió; él empujó su plato sobre la mesa—. Ya he terminado.

Josefina puso su tenedor sobre el plato y lo buscó con la mirada.

—¿No te ha gustado el cordero?

Me costó trabajo imaginar la fortaleza que necesitó para mirarlo con una expresión tan suave, para que su voz fuera tan dulce al hacer la pregunta.

Sin embargo, Napoleón no respondió, en su lugar dijo:

—¡Un juego!

Todos lo contemplamos, confundidos. Napoleón juntó las palmas y repitió:

—¡Jugaremos a un juego!

—Muy bien —respondió Josefina con una sonrisa amable. Hizo un gesto a los sirvientes para que recogieran el festín, aunque apenas lo habíamos tocado. En realidad, a ella se la veía demasiado delgada—. ¿A qué juego te apetece jugar, *mon cher*?

—La base del prisionero —replicó Napoleón.

—Ése no lo conozco —intervino Bernadotte, levantándose de la mesa.

—¡Ah! ¿Y tú, Désirée? —Napoleón me miró.

—Tampoco me es familiar —contesté negando con la cabeza.

Sonrió, su expresión era extraña y malvada, desprovista de verdadera alegría.

—¡Ah, querida! ¡Entonces tenemos entre nosotros a unos principiantes!

Nos reunimos en la sala de música, donde las gruesas cortinas estaban cerradas y la habitación se veía sumergida en una oscuridad total. Sólo Napoleón llevaba una vela y sus ojos verdes brillaban con una intensidad febril mientras nos explicaba las reglas.

—Entonces, cuando apague esta última vela estaremos en completa oscuridad. Mi escritorio... —golpeó el enorme y pesado mueble de roble— es una base segura. Y este sofá... —atravesó la habitación y pateó con la bota un sofá tapizado— es la otra.

Asentimos para mostrar que lo habíamos comprendido. Él continuó:

—Yo seré el primer guardia. Vosotros debéis correr de una base a otra mientras yo trato de atraparos. La última persona que se me escape gana.

—¿Y cuál es el premio? —preguntó Josefina de nuevo alegre.

—¿Qué tal si el ganador conserva su ropa, mientras que los demás nos vemos obligados a desnudarnos? —propuso.

—En ese caso, ¡yo quiero perder! —exclamó Josefina.

Napoleón soltó una carcajada.

—Yo me quedo con mi ropa, gracias —dijo mi esposo.

—Por supuesto que lo harás, sargento Piernas Hermosas. Tú nunca obedeces mis órdenes ni sigues mis disposiciones.

Lo dijo con una sonrisa, pero el tono era mordaz.

—Comencemos —propuso Julia.

Napoleón apagó la vela. Parpadeé conforme mis ojos se adaptaban a la total oscuridad. Extendí los brazos hacia delante y encontré el escritorio. Podía escuchar las risitas de Josefina, pero no podía ver nada más que siluetas vagas que se movían. Josefina lanzó un gritito.

—¡Te tengo! —exclamó Napoleón—. ¿Quién eres? Ah, Josefina. Conozco este brazo.

—Eres como un pichón que siempre vuelve a casa, querido; siempre encuentras mi cuerpo, incluso en la oscuridad.

—Estás fuera —replicó Napoleón—. Los demás, seguid corriendo.

Crucé despacio la habitación oscura, con los brazos extendidos hacia delante para evitar golpearme con los muebles.

—¡Ah! —La siguiente voz fue la de mi marido.

—Bernadotte, ¡chapucero! Estás fuera. Otra impresionante actuación de tu parte.

Seguí moviéndome. Comencé a jadear. Quería que este juego terminara.

—¡Oh! —Escuché una voz familiar y supe que había atrapado a Julia.

—Ahora sólo queda mi vieja amiga Désirée —declaró Napoleón en las tinieblas—. Debería haber sabido que tú serías la mejor en este juego.

Seguí avanzando. Al cabo de un momento, sentí que unos brazos me empujaban, pero no eran los de Napoleón. Eran delgados y supuse que serían los de Josefina.

—¿Qué…? —Traté de liberarme.

Percibí su aliento a vino, su perfume almibarado; lanzaba risitas a mi lado. Pero ¿por qué me sujetaba? Entonces, antes de comprender nada, me empujó hacia otro par de brazos, un abrazo

de hombre, pero no era mi marido, eso lo sabía. Napoleón me retenía. Grité, lista para que anunciara que me había atrapado, pero la presión que ejercía sobre mí provocó que yo perdiera el equilibrio y cayera hacia atrás. Por fortuna, el sofá amortiguó mi caída, pero ahora Napoleón estaba encima de mí; podía oler su aliento.

—¿A quién tenemos aquí? —preguntó, como si no lo supiera.

—¡Soy yo! —grité procurando liberarme mientras él me inmovilizaba con todo su peso—. ¡Soy Désirée! —expliqué retorciéndome, pero sus manos recorrieron todo mi cuerpo. Estaba completamente oscuro. Sentí cómo me manoseaba los pechos y volví a chillar—. ¡Ya me habéis encontrado! ¡Ya ha acabado! ¡El juego ha terminado!

Sentí algo caliente y húmedo sobre mi cuello... ¿Eran sus labios? Estaba tan asombrada con ese repentino e inesperado giro del juego que guardé silencio. Algo se clavó en mi vientre: el deseo había endurecido la parte baja de su cuerpo.

Después, una luz. Mi Bernadotte encendió una vela. Parpadeé y busqué su rostro en el brillo repentino. Lo encontré. Sus ojos irradiaron una rabia pura al contemplar la escena: acostada sobre el sofá, con el corpiño torcido y Napoleón encima de mí. Josefina también nos observaba con una sonrisa extraña y sin emoción en los labios. No hizo ningún gesto ni reaccionó cuando vio la misma escena.

—Bravo, querido, ¡nos has encontrado a todos! Parece que Désirée es la ganadora —se limitó a decir.

Napoleón se aclaró la garganta y forzó una carcajada al tiempo que se incorporaba.

—¡No podía ver nada! —Rio mientras se acomodaba los pantalones ajustados—. ¡Me has tumbado, Désirée!

Parpadeé varias veces y mis ojos se humedecieron conforme se adaptaban a la nueva luz. O quizá las lágrimas las había provocado otra cosa. Encontré de nuevo la mirada de mi esposo, pero no pude evitar desviar la mía, la cabeza me daba vueltas. ¿De verdad yo había tumbado a Napoleón, como afirmaba él con tanta convicción? ¿Se trataba de un inocente tropezón en la oscuridad?

Por supuesto que no me lo había imaginado, puesto que había sido su esposa quien me había empujado hacia sus brazos extendidos y expectantes.

Capítulo 32

VIENA, AUSTRIA
FINALES DEL VERANO DE 1809

—Ahora que es tan rico piensa que incluso los palacios de los Habsburgo son insípidos —comentó Bernadotte. Estábamos a una distancia segura del palacio, donde nadie pudiera oírnos—. Pero mira el paisaje, no hay nada insípido en este lugar —agregó, su voz mostraba reflexión, incluso nostalgia.

Nos encontrábamos en lo alto de una colina en la vasta propiedad del palacio Schönbrunn, el lugar que por aquel entonces Napoleón utilizaba como cuartel general después de haber echado a los Habsburgo de la capital. Ahí, en Schönbrunn, me reuní con mi marido después de su más reciente campaña por Europa central. Napoleón había ganado otra victoria decisiva para los franceses en Wagram, donde derrotó a las fuerzas de la coalición enemiga con tal contundencia que los aliados se enemistaron entre ellos y rompieron sus propios tratados para rendirse por separado ante Francia.

Sin embargo, a pesar de estas victorias, mi Bernadotte estaba furioso. Una vez más, Napoleón había volcado su ira sobre él en el campo de batalla, acusándolo de no estar en el lugar en el que se le requería; tanta fue su rabia que lo llamó incompetente y lo amenazó con mandarlo fusilar.

Caminamos durante horas y yo traté de tranquilizar el temperamento de Bernadotte antes de regresar para cenar con los otros generales y nuestro emperador. Mi esposo estaba harto de todo lo relacionado con Napoleón, tanto en la guerra como fuera de ella, donde ambos hombres parecían librar una batalla propia. Si Bernadotte necesitaba desahogar su frustración de semanas,

sería mejor que lo hiciera aquí, donde sólo yo podía escucharlo y ayudarlo a tratar de encauzar sus pensamientos afligidos hacia aguas más tranquilas. El lugar era encantador, el viento agradable y dorado, y toda Viena se extendía a nuestros pies cuando nos sentamos frente a la glorieta del monumento a María Teresa. Debajo, la fuente de la gruta se agitaba y borboteaba; sus inmóviles estatuas de piedra jugueteaban en el agua, y más allá, se encontraba el enorme laberinto de setos y los tulipanes de los Habsburgo.

—Es interesante pensar que aquí creció María Antonieta —indicó Bernadotte—. La decapitamos por ser una reina, pero Napoleón le ha dado a su emperatriz una vida mucho más opulenta que la vida de la propia María Antonieta. ¿Y él? Vive de manera más derrochadora que cualquier Luis de Borbón. La gente es fácilmente manipulable. Y él sabe cómo hacerlo.

Asentí, pues, desde luego, lo que decía era cierto. Sin embargo, nunca cambiaría mi vida por la de Josefina, ni por todo el tesoro que había en su enorme joyero.

—Dime, ¿cómo está nuestra emperatriz? —preguntó Bernadotte—. La asediada Josefina.

—Asediada es la palabra correcta —respondí. Aunque mi esposo me invitó a que me reuniera con él en Viena y muchos otros generales hicieron lo mismo con sus esposas, Napoleón insistió en que la suya permaneciera en París—. No es feliz. Llora con frecuencia. Napoleón ya no le escribe. Siente cuánto se ha alejado de ella. Y ya ha cumplido cuarenta y seis años, no hay esperanza de que tenga un hijo.

—Bueno, si piensas que ya era infeliz la última vez que la viste en París, su tristeza no hará más que aumentar.

—¿Por qué lo dices? —inquirí.

—La condesa María Walewska está embarazada.

Suspiré y observé el paisaje de setos verdes y el césped recortado a la perfección.

—Sus amantes se han quedado encinta antes. Josefina ha soportado cada anuncio con bastante calma.

—No. —Bernadotte negó con la cabeza y cruzó los brazos

sobre su amplio pecho—. Este caso es diferente. La condesa María no es como cualquier actriz parisina o esposa de oficial. Pertenece a la nobleza. Y, peor aún..., Napoleón la ama. Ella estuvo a su lado toda esta última campaña, en su cama, todas las noches. Se volvieron tan inseparables que la gente comenzó a llamarla abiertamente su «esposa polonesa».

Yo escuchaba con atención y mi corazón se aceleró cuando comprendí la situación. ¿Finalmente Napoleón apartaría a Josefina de su lado?

—Sus consejeros la aprueban; es joven, hermosa y maleable. Si este bebé es un niño, será difícil que Napoleón se resista a legitimarlo.

—¿Casándose con la condesa Walewska? —pregunté.

Mi esposo asintió.

—Quizá. Pero, conociéndolo, tal vez tenga los ojos puestos en un objetivo más alto. Una princesa de algún lugar de Europa. La arrogancia de ese hombre es difícil de adivinar.

Fruncí el ceño y observé las espléndidas tierras del otrora glorioso imperio de los Habsburgo. Esos gobernantes austríacos de sangre azul habían sido humillados, vencidos en el campo de batalla y después expulsados de sus tierras, de su reino, igual que otras tantas cabezas coronadas de Europa que habían caído frente a Napoleón.

¿Podía imaginar que de verdad terminara toda relación con Josefina? No, me era imposible; los dos estaban profunda e inextricablemente unidos en mi mente; eran como dos hilos de una misma cuerda, así que era imposible imaginar a uno sin el otro.

Una brisa cruzó la cima de la colina y provocó que se me pusiera la piel de gallina. Me di cuenta de que el sol se ponía en el oeste.

—Tenemos que vestirnos para la cena —dije, mirando a mi esposo.

—Sí —respondió—. Sabemos que nuestro emperador no soporta la impuntualidad y no quiero darle una sola razón más para que me regañe.

Bajamos la colina a paso lento, cada uno envuelto en su

propio silencio reflexivo.

—Demonios —se quejó Bernadotte. Aunque su blasfemia me sorprendió, mis ojos siguieron su mirada y vi lo mismo que él: la pequeña y redonda figura que salía a los jardines traseros y descendía las escalinatas mientras nosotros nos dirigíamos hacia esa puerta—. No tenemos otra opción —susurró Bernadotte y apretó mi mano con más fuerza—. Ya nos ha visto. Tenemos que saludarlo.

—¡Désirée! —Napoleón levantó una mano en nuestra dirección.

—Señor. —Mi corazón dio un vuelco cuando hice una genuflexión para saludarlo. No lo había visto desde la fiesta en su casa de Malmaison, desde ese horrible manoseo en la habitación oscura.

Esperó con la mano en su gruesa cintura a que nos acercáramos.

—Siempre apareces cuando las cosas se ponen alegres y divertidas, Désirée. Me alegro de verte, mi querida niña. Ahora la fiesta puede empezar. ¿No es así, Bernadotte?

Mi esposo no respondió porque en ese momento toda nuestra atención se concentraba en el sirviente que corría hacia nosotros, un joven vestido de manera sencilla que llevaba el largo cabello suelto y despeinado. Su rostro me pareció extraño, su expresión casi salvaje. Me acerqué más a mi esposo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Napoleón a la figura que se acercaba. Estaba claro que tampoco había reconocido al criado, aunque nunca olvidara un rostro.

—Por favor, señor, es una petición. —El hombre se aproximó a nosotros, preocupado y agitado. Sus ojos claros brillaban con una intensidad peculiar—. Una petición para vos.

—¿Qué? —preguntó Napoleón de nuevo, confundido.

Bernadotte tiró de mí para acercarme más a él; observé con recelo cómo el hombre sacaba la petición de su bolsillo.

—¡Alto ahí!

En ese momento, dos ayudantes de cámara de Napoleón gritaron y arremetieron contra el joven. Dos gendarmes más se

pararon frente a Napoleón cuando el hombre alzó la mano con la petición y todos pudimos advertir que no se trataba de un papel, sino de un gran cuchillo de cocina. Lancé un chillido de sorpresa; todo sucedió muy deprisa ante nuestros ojos, como en un parpadeo.

—¡Muerte al tirano! —gritó el hombre. Su cuerpo se retorcía tratando de liberarse de los guardias que se habían abalanzado sobre él; sus ojos brillaban con intenciones asesinas.

—¡Asesino! ¡Arrestad a este asesino!

Napoleón palideció en el momento en que entendió lo cerca que había estado de la muerte. Rápidamente llevaron al emperador al interior; yo me volví hacia mi marido, que estaba a mi lado mudo de la conmoción. Estuvimos a punto de presenciar cómo el emperador podría haber muerto asesinado en manos de un hombre que expresaba las mismas creencias que mi marido tenía tatuadas en el pecho.

Capítulo 33

Castillo de Fontainebleau
Invierno de 1809

—¿No es maravilloso? Como sacado de un cuento de hadas. —El aliento de Josefina salía en forma de vaho conforme los caballos avanzaban y tiraban del carruaje dorado por la amplia avenida hacia el pintoresco castillo que estaba al fondo, sumergido en la nieve.

—Es encantador —coincidí, examinando el lugar mientras nos acercábamos. De hecho, habría podido salir de un dibujo de uno de los libros de cuentos de Óscar.

—Mi esposo ha dicho: «Fontainebleau, ése es el verdadero hogar de los reyes de Francia». Tiene más de mil quinientas habitaciones. —Josefina se irguió en el coche y se ajustó el cuello de marta cibelina que llevaba sobre los hombros; su cuerpo esbelto estaba cubierto con un cómodo manto de viaje de terciopelo morado—. Creo que será una fiesta espléndida.

Nuestro emperador había declarado que él, al igual que las familias gobernantes más importantes y antiguas de Europa, tendría una corte de verano en la que él y su gobierno pudieran refugiarse, y yo estaba de acuerdo en que había elegido uno de los lugares más maravillosos de Francia.

—¿Has estado aquí antes? —me preguntó Josefina entrelazando su brazo con el mío.

Negué con la cabeza.

—Claro, siempre olvido que tú eres del sur, como yo —dijo—. Acostumbrada a las palmas y a la brisa del océano, no a estos fosos de castillo y bosques cubiertos de nieve. Pero seguro que nos divertiremos, ¿cierto?

Nuestra comitiva se detuvo frente al enorme palacio y su gran entrada, donde una ligera capa de nieve cubría la enorme escalinata que ascendía en forma de herradura. Advertí que Napoleón ya había dejado su huella imperial en el antiguo castillo: entre las altas ventanas y las elaboradas torrecillas, las águilas doradas de su reino montaban guardia sobre la entrada.

Ayudaron a Josefina a bajar del carruaje; su atuendo de púrpura imperial confería un deslumbrante toque de color al blanco de la nieve.

—¡Oh! ¡Estoy tan contenta de estirar las piernas! —exclamó. Salí detrás de ella, que después agregó—: Y de ver a mi esposo.

Óscar, que iba más atrás, en otro coche con su tutor y su niñera, salió, y de inmediato se puso a explorar el terreno cubierto por la nieve, insensible al aire frío y feliz de sentirse libre después de un viaje tan largo. Le di un beso rápido, pero permanecí con Josefina, preparada para lo que pudiera suceder durante el encuentro con su marido. Subimos por la ancha e imponente escalinata hasta el gran vestíbulo del castillo, pero, para nuestra sorpresa, no era nuestro emperador quien nos esperaba.

—Paulette —dijo Josefina, utilizando el apodo cariñoso de la familia; apenas pudo ocultar la decepción al ver a su cuñada—. Qué amable de tu parte que nos vengas a recibir.

Paulina no dijo nada, simplemente esbozó una sonrisa tensa y altanera.

—¿Dónde está el emperador? —preguntó Josefina, apretando sus manos dentro del manguito de piel.

—Su majestad imperial, mi hermano, está ocupado. Me ha pedido que os reciba en su lugar —fue todo lo que Paulina ofreció como respuesta, y lo dijo mirándome sólo a mí—. Ya lleva un día aquí y se ha sorprendido de haber llegado antes que los demás. Estaba… bastante descontento… por que no hubiera nadie para recibirlo a su llegada, tan cansado como estaba después de tantos meses de guerra.

Josefina no contestó nada a Paulina; en su lugar, me tiró del brazo y les indicó a todos los sirvientes que esperaban que subieran nuestras cosas al segundo piso.

—Deseo ir a mis habitaciones —profirió. Ascendimos la gran escalera, los paneles de colores estaban adornados con retratos de las diferentes amantes y conquistas románticas de Alejandro Magno.

Napoleón aguardaba arriba, en el rellano. ¿Cuánto tiempo hacía que nos observaba?

Al ver que subía su esposa, colocó una mano en su ancha cintura y echó la frente hacia arriba. Sonreía, pero en su mirada no había ningún indicio de alegría, tampoco en su voz.

—¡Ah, Josefina! Por fin has llegado. Cuánto me alegro de que te reúnas conmigo.

Josefina alzó su falda y subió corriendo el resto de la escalera.

—Pero ¿cómo lo has hecho para llegar antes que nosotras? Salí tan pronto como recibí la noticia de que debía venir. No he podido llegar antes. —Alzó sus delgados brazos para estrecharlo, pero Napoleón asintió con la cabeza y levantó ambas manos para impedirlo. Ella se detuvo antes de subir el último escalón y él la miró desde arriba.

—¿Ha sido eso? Pensaba que quizá tenías asuntos más importantes que atender en París.

Josefina se quedó helada, su voz se apagó; el entusiasmo infantil que había mostrado durante el viaje se había desvanecido.

—¿Qué podría ser más importante para mí que estar a tu lado? Por supuesto que no.

Miré hacia abajo y advertí que Paulina observaba la disputa desde la planta baja; sus labios dibujaban una sonrisa de satisfacción.

Napoleón se aclaró la garganta y desvió la vista de Josefina hacia mí.

—Los sirvientes os mostrarán vuestras habitaciones. Confío en que estéis cómodas. La cena se sirve a las seis.

Dio media vuelta y se dirigió, solo, hacia un salón al final del sombrío corredor.

—Espera. —Josefina fue tras él con los brazos extendidos, como si suplicara su bendición o quizá su misericordia—. Pero ¿me dejas sola? ¡Quiero quedarme contigo!

Con la vista hacia abajo, subí los últimos escalones y seguí a los sirvientes, que me guiaron hasta mi habitación. Bernadotte estaba apostado con el ejército en el norte, negociando un tratado con los suecos, y Julia y José no llegarían de Nápoles hasta esa noche, así que estaría sola la mayor parte de esa tarde en Fontainebleau. Ya deseaba que todo acabara; mi única felicidad consistía en pensar en ese breve reencuentro con mi hermana.

Mi deseo de apresurar nuestra estancia sólo aumentó cuando, mientras me instalaba en mi habitación, comencé a escuchar gritos y llantos. Horrorizada, dejé mis baúles a las sirvientas y salí al corredor. Ahí encontré a Josefina tirada en el suelo, hecha un ovillo; sus finos brazos golpeaban inútilmente una puerta inflexible. Al parecer, no le importaba quién pudiera escucharla.

—¡Déjame entrar! —chillaba—. ¡Déjame entrar! Por favor, ¿no ves cómo me matas con tu indiferencia?

Pero la puerta no cedió ante su desesperación, como tampoco su marido, que estaba al otro lado. Sentí pena por Josefina como nunca pensé que lo haría.

—Emperatriz... —Hice una mueca y me arrodillé a su lado—. ¿Puedo ayudarte?

Josefina me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Ha bloqueado la puerta! ¡De su habitación! Incluso la puerta que comunica la suya y la mía. No sólo no quiere compartirla conmigo y me envía a un dormitorio separado, sino que además me niega la entrada...

Dejó caer la cabeza sobre la puerta con un golpe seco.

Me di la vuelta y vi a Paulina, Elisa y Carolina, de pie entre las sombras parpadeantes al final del largo pasillo. Reían sin pudor. Napoleón amaba las tragedias de la Antigüedad y aquí estaban las tres Furias, bailando de júbilo alrededor de la hoguera de la condenada.

Me volví de nuevo hacia Josefina y coloqué mis manos con suavidad sobre su espalda, como hacía con Óscar para tranquilizarlo.

—Vamos, emperatriz, no te encuentras bien. Debes descansar.

—¡No! —protestó—. ¡No dormiré en esa cama! ¡No me

quedaré ahí sola! Me encerraría, lo sé.

—Entonces, ven conmigo, a mi habitación.

—Pero... —Se colgó de mí, con una fuerza sorprendente, y la ayudé a ponerse de pie—. ¿Te quedarás conmigo? —Sonaba desesperada.

—Si así lo deseas, claro que sí, me quedaré contigo.

Mi respuesta pareció tranquilizarla un poco y me permitió que la ayudara. Su cuerpo era ligero como una pluma.

—Quiere abandonarme, Désirée. Lo sé. Hace tiempo que desea hacerlo. Todo el mundo le dice que lo haga, pero él no se decide. Esperaba hacerme la vida imposible para que yo lo dejara. Pero ¿no lo ve? Nunca lo dejaré. Dios es testigo, lo amo más que a mi propia vida. Nunca rompería los sagrados votos que nos hicimos el uno al otro, aunque eso significara seguirlo al infierno. No sería el infierno si mi Bonaparte estuviera conmigo.

Pero su voto no era sagrado, al menos ya no lo era. Estaba en todos los periódicos: Napoleón se había enemistado abiertamente con el papa, con el mismo hombre que había presidido su coronación y bendecido su matrimonio con Josefina la noche anterior. Harto de la insolencia flagrante de Napoleón y de las constantes guerras que provocaba en toda Europa, el papa lo había excomulgado. La reacción del emperador había sido poner al santo padre en arresto domiciliario, demostrando así lo poco que honraba la autoridad del papa; y, con seguridad, demostraría lo mismo con unos votos matrimoniales pronunciados de manera precipitada.

—¿Qué voy a hacer? —me preguntó Josefina con tono lastimero. Al verla asustada, temblando en las sombras del frío corredor, la imaginé como una niña en el Caribe fuera de su casa destruida tras el paso de algún huracán.

Suspiré, pues no sabía qué responder.

—Bueno, debéis hacer lo único posible en este momento. Debéis vestiros y reuniros con él a las seis para la cena.

Julia y José llegaron poco antes de la hora de la cena, y esa feliz

reunión, aunque breve, fue un gran alivio. Julia saludó efusiva a Óscar y admiró cuánto había crecido, y yo disfruté de mis dos sobrinas y sus sonrisas infantiles. Mi hermana y yo nos aseguramos de que nuestros hijos estuvieran felizmente instalados con sus niñeras antes de bajar a la cena. No tuve tiempo de contarle lo que había sucedido esa tarde porque, en ese momento, apareció Paulina en la escalera y las tres bajamos en silencio. Por supuesto, mi hermana había intuido que algo iba mal; la tristeza se filtraba en el aire frío del castillo.

Josefina apareció en el comedor poco antes de las seis. Su fina figura estaba envuelta en un vestido blanco, el color favorito de su marido para ella; además, llevaba un sombrero del mismo color de ala ancha y un velo que le cubría el demacrado rostro. Tembló durante toda la cena, su cuerpo languidecía en su silla mientras trataba de sofocar las lágrimas, pero todos la oímos sollozar bajo su espeso velo.

Nadie habló durante la cena. Yo no tenía apetito, aunque los sirvientes llevaban una interminable procesión de bandejas con pato, cerdo y filetes tiernos de res. En realidad, nadie tocó la comida, excepto las tres hermanas, que cenaron con entusiasmo. Cuando recogieron los platos, Napoleón alzó la mirada y habló por primera vez con los ojos fijos en su hermano José.

—¿Qué hora es? —preguntó.

José miró el reloj, pero, antes de poder responder, Napoleón se levantó. El paje se apresuró hacia la mesa con el café del emperador listo, después caminó hacia Josefina para que ella sirviera la crema, como hacía cada noche y como sólo ella tenía permitido hacerlo. Pero Napoleón negó con la cabeza hacia el joven.

—No, tráela aquí.

Confundido, el paje obedeció las órdenes y llevó la bandeja con el café y la crema al emperador, quien se sirvió su propia taza y la vació de un golpe. Después, sin siquiera mirar a su esposa, salió del comedor.

Josefina se desmayó.

Esa noche él fue a la habitación de Josefina. Lo supimos no porque escucháramos los sonidos de su reconciliación, como había ocurrido tantas otras noches, sino porque pudimos oír sus gritos histéricos, los quejidos roncos de su llanto.

Yo estaba en la cama con Julia; José estaba en alguna parte de la casa, probablemente deliberando con sus hermanas o con sus ayudantes de campo y ministros, que durante tanto tiempo estuvieron en contra de Josefina. Quizá lo estaban celebrando en la planta baja con botellas de champaña. Yo no tenía ningún interés en regodearme sobre las ruinas de la catastrófica vida privada y pública de Josefina.

—Le dijo a José que todavía la ama —me contó Julia, sacando despacio los prendedores de su cabello y colocándolos sobre la mesita de noche.

—Pues tiene una curiosa manera de demostrarlo —repliqué.

—Dijo que la ama y que desea seguir con ella, que la única felicidad que jamás ha conocido es gracias a ella, pero que no se dejará controlar por sus propios deseos. Hará lo que es mejor para Francia. Le contó a José que su dinastía es aún muy reciente, que no soportaría una guerra de sucesión, y que debe tener un heredero, un hijo nacido de su mujer, sin ambigüedades. Ya sabes que es un erudito de la historia.

Asentí. Ahora Julia llevaba el cabello suelto y agitaba la cabeza para que sus rizos entrecanos le cayeran sobre los hombros.

—Dice: «Piensa en las guerras civiles que sucedieron a Julio César y a Alejandro Magno, ninguno tuvo hijos que los sobrevivieran». Napoleón cree que proviene de ellos y no quiere repetir sus errores. Menos aún cuando los ha estudiado tan fielmente.

Napoleón quería hacerlo de manera rápida y contundente; por ello sería una anulación. Pero una anulación requería razones creíbles de por qué el matrimonio no podía continuar. Así que declaró en público que lo habían obligado a casarse con Josefina y que su acta

era un documento inválido porque ambos habían mentido sobre sus fechas de nacimiento. Recordé esa noche, la habitación a oscuras en el segundo piso, sin sillas; recordé cómo habían cambiado sus fechas de nacimiento. Por aquel entonces fue un acto de amor, un esfuerzo por disminuir el abismo entre sus edades. Ahora utilizaban la edad de Josefina en su contra.

Eso resolvía el aspecto legal del problema. Además, Napoleón declaró que no hubo testigos en la ceremonia religiosa porque Josefina insistió en que se celebrara la noche antes de la coronación, en secreto, sólo con el papa, para que ningún miembro de la familia Bonaparte pudiera presentar ningún impedimento. Todo el mundo sabía que Napoleón ya no reconocía la autoridad del papa. Eso, pues, resolvía el aspecto religioso del problema.

Las semanas siguientes, mientras mi hermana, su marido, las hermanas Bonaparte y yo veíamos cómo se desarrollaban los acontecimientos, no pude evitar pensar y plantearme si alguien en este mundo sabría que Josefina se sentía como yo me había sentido. Un intercambio secreto de votos, promesas hechas con el corazón, desechadas cuando su corazón cambió.

Tal como sucedió en mi caso, Napoleón decidió que había terminado y se terminó. Ahora sólo tenía que venderlo al público. Un público que había amado a su emperatriz.

Como los césares de su amada Antigüedad, recurrió al pan y al circo para entretener y distraer: Napoleón anunció que la ceremonia oficial de anulación se llevaría a cabo con una gran fiesta y que toda la corte asistiría a ella. Sería en la sala del trono de las Tullerías. Todos los que habíamos participado en su gloria en Notre Dame, tan sólo unos años antes, debíamos asistir ahora y presenciar su resolución final.

Josefina lucía más real que nunca, incluso parecía serena. Iba vestida con toneladas de satén púrpura que envolvían su figura aún envidiable; las joyas brillaban en su cabello castaño, que había acomodado en un peinado alto. Su hijo, Eugène, la llevaba de una mano, y su hija, Hortense, de la otra.

José me confesó que Napoleón había flaqueado esa mañana; dijo que deseaba cancelar la anulación. Josefina rechazó sus

súplicas y su llanto, y decidió que, ahora que él había dejado claro cuáles eran sus intenciones, no podía seguir viviendo como emperatriz. Después, le suplicó que siguiera residiendo con él en la corte, como su amante. Ella tampoco podía hacer eso. Se refugiaría con Eugène y Hortense en su amado Malmaison, donde Napoleón sería bienvenido para que la visitara en cualquier momento, como su amigo querido y especial.

Los Bonaparte entraron a la sala del trono en grupo, a diferencia de la coronación apenas cinco años atrás. Leticia iba vestida con satén escarlata; sus hijas, en tropa a su alrededor, llevaban varios tonos de colores chillantes.

Josefina sonreía y dedicaba genuflexiones a quienes la saludaban, e ignoraba a quienes la despreciaban, sin mostrar ningún gesto de dolor en su rostro maquillado a la perfección. La comida y el champán estaban dispuestos sobre las largas mesas del banquete e iluminados con velas. Los músicos tocaban y nuestro anfitrión nos pidió que bailáramos. Napoleón y Josefina estaban sentados uno al lado del otro, en sus tronos; él la tomaba de la mano y temblaba visiblemente. Incluso lloraba. Ahora que ya estaba hecho, él parecía el más afligido de los dos.

Fue generoso con ella, pues no sólo conservaría Malmaison, que él continuaría pagando, sino también el palacio del Eliseo, a poca distancia de las Tullerías, en la capital. Además, le otorgó un estipendio anual de tres millones de francos, y podría mantener su título imperial y a sus cientos de sirvientes, con sus sueldos y la manutención de sus familias, todo financiado por su desconsolado exmarido.

Poco antes del alba, cuando los músicos empezaron a guardar sus instrumentos y los sirvientes entraron a limpiar los restos de una noche de celebración incómoda, Napoleón y Josefina se levantaron de su trono, con las manos aún entrelazadas. Miramos en silencio cómo la besaba por última vez y la acompañaba a la puerta, aunque parecía que era Josefina quien lo sostenía a él y no al contrario.

Un carruaje imperial esperaba en el patio delantero de las Tullerías, donde una ligera lluvia gris comenzaba a caer. No

debíamos reunirnos con ella para ninguna despedida oficial; no debíamos ver su partida. Antes de cruzar el umbral, Josefina se volvió por última vez; su mirada ámbar recorrió el salón antes de detenerse en Napoleón, luego en Julia y después en mí. Cuando nos miramos a los ojos sentí que se me helaba la sangre, noté una sacudida, una sensación serpentina que me subía del vientre hasta el pecho. Contuve el aliento y se me nubló la vista. «Éste no es el final, ni para Josefina ni para mí.» Ella, que se había unido de manera tan firme a mi propio destino cuando se había apoderado de mi prometido, así como la posición y la familia que debería ser mía, todavía estaba destinada a permanecer en mi vida.

No sabía aún cuándo ni cómo. Sin embargo, de alguna forma lo sabía.

Eugène murmuró algo al oído de su madre, ella asintió y se irguió. Cuando desvió la vista, el cosquilleo de energía curiosa que me invadía se quebró, como una cuerda que se rompe, y solté un suspiro. Todo lo que pude hacer fue contemplar su grácil figura cuando se sostuvo con fuerza de su hijo, que estaba a su lado. Después salió, pálida, temblorosa, pero su rostro era una máscara de dignidad y decisión; ese rostro se percibía muy distinto de las risas disimuladas de Paulina y las otras hermanas, y muy distinto del que mostraba el llanto abatido de Napoleón, que la miraba al partir.

Escuchamos el traqueteo de su carruaje mientras avanzaba bajo la lluvia y salía de las Tullerías. La sala palpitaba con un silencio pesado y desagradable después de su marcha. Me pregunté si siempre me sentiría así ahora que se había ido; si de ahora en adelante el aire sería tan pesado y triste sin ella, la dama refinada que estaba al lado de nuestro líder sin encanto.

Aunque nunca lo admitiría frente a nuestro emperador, me sentía triste por su partida. Ella, Josefina, quien alguna vez fue mi rival y la causante de mi primera y más difícil pena de amor, se había convertido, sin embargo, en una mujer que me importaba, a la que me arraigué e incluso admiré. Josefina se fue con tanta gracia y seducción como había llegado. Una dama perdida y rota, pero una dama hasta el final. Cuando el débil sol salió sobre la

lluviosa mañana de invierno en París, Josefina ya se había ido y nosotros estábamos en la capital de un imperio sin emperatriz.

Capítulo 34

París
Marzo de 1810

¿Cómo podría Napoleón reemplazar a Josefina? No era posible. Pero, como siempre pasaba con él, actuó de manera rápida y decisiva, tomándonos a todos desprevenidos.

Todos pensábamos que elegiría a la condesa Walewska, la «esposa polonesa», la belleza maleable por quien claramente sentía mucho afecto y que ya le había dado un hijo. Pero también conocíamos su deseo por la gran duquesa Ana, hermana del zar de Rusia. Un matrimonio con Ana sería una hábil estrategia, un paso astuto para neutralizar al gran monstruo del este.

Pero ¿una princesa Habsburgo? ¿La hija de dieciocho años del peor enemigo de Francia? ¿La hija del incansable y más frecuente rival de Napoleón? Eso nadie lo vio venir.

Como princesa Habsburgo era evidente que María Luisa había sido criada para enfrentarse a un matrimonio político, uno que hiciera avanzar los intereses dinásticos del imperio de su padre; pero yo no podía dejar de preguntarme cómo se sentiría. ¿Cómo había reaccionado María Luisa cuando los severos ministros de su padre le dieron la noticia de que se casaría con el mismo hombre que la había obligado a ella y a su familia a huir de su propio palacio? ¿No le habían enseñado desde su niñez a odiar a ese hombre? ¿No pensaría que era una decisión desafortunada?

María Luisa tenía menos de la mitad de la edad de Napoleón y sin duda había crecido odiando a los franceses, la nación que había estado en guerra con su propia familia durante toda su vida. Después de todo, éramos el mismo pueblo que había guillotinado a su tía abuela María Antonieta. Ahora viajaría a Francia para ser

nuestra emperatriz y dormir en la cama que alguna vez fue de su desdichada antepasada.

—Se dice que es idéntica a Antonieta —comentó mi marido.

Era la mañana de la boda, que se había organizado con mucha precipitación porque Napoleón era tan impaciente en los asuntos del corazón como en todo lo demás. Bernadotte y yo estábamos sentados a la mesa del comedor, en nuestra casa de la rue d’Anjou. Mi esposo estaba de mal humor; llevaba meses así, desde el anuncio del compromiso con María Luisa.

—¿Tantos millones de nuestros conciudadanos que murieron peleando contra los Habsburgo para que ahora pongan a otra de sus princesas en nuestro trono?

Afuera, la fría lluvia de marzo golpeaba las ventanas y empapaba los senderos empedrados de nuestros jardines amurallados.

—Menuda bienvenida le dará París, salpicado por esta lluvia —indiqué, tratando de cambiar el tema de conversación hacia el terreno más anodino y seguro de las continuas lluvias primaverales —. Y no parece que vaya a detenerse.

—La ruta del desfile estará empapada —comentó Bernadotte mientras, con su familiar ceño fruncido, hojeaba los periódicos que cubrían la mesa del desayuno—. Y si ya el pueblo no estaba emocionado con la idea, estas tormentas sofocarán cualquier ánimo festivo. —Tosió sin dejar de leer los titulares—. Ah, aquí está. Más noticias de nuestra antigua emperatriz...

Desde hacía varios meses, Napoleón había ordenado que los periódicos dejaran de imprimir noticias sobre Josefina, pero ella seguía inundando las páginas. La gente aún la quería y seguía creyendo que ella era su verdadera emperatriz. Había sido la primera dama de los gloriosos años de la República y de la orgullosa época del Imperio francés. Era de sangre francesa y la suya era una vida de infancia modesta que se había elevado al mismo tiempo que nuestra nación. ¿Qué cariño podrían sentir por una princesa austríaca que pertenecía a la dinastía monárquica de sangre azul más representativa de Europa?

Además, el pueblo sabía que no estaba solo en su nostalgia,

en su añoranza por la otrora emperatriz. El mismo emperador seguía amando a Josefina. Era de dominio público que la visitaba casi todos los días en el palacio del Eliseo, donde le habían concedido una residencia, y que los fines de semana se escapaban para pasear, cogidos de la mano, por los jardines que habían diseñado juntos en Malmaison. Aunque los lazos matrimoniales habían sido disueltos, su vínculo no era fácil de romper; seguían siendo amantes, más íntimos y cercanos que muchas otras parejas cuyos lazos maritales eran oficiales y no habían sido disueltos.

Napoleón declaró en público que estaba encantado con su nueva prometida austríaca, pero, al planear su futura boda siguiendo exactamente los mismos rituales matrimoniales de los antiguos príncipes Borbones, no se ganaba el favor del pueblo. Como alguien que se deleitaba en supervisar todos los detalles, ordenó a sus secretarios, historiadores imperiales y archivistas que desenterraran los registros de la boda de Luis XVI con María Antonieta, porque se casaría con su novia Habsburgo de la misma manera.

—Jean-Baptiste Bernadotte, mariscal de Francia y príncipe de Pontecorvo, y Désirée Bernadotte, mariscala de Francia y princesa de Pontecorvo.

Nos anunciaron al entrar a la celebración de la boda en el gran salón Apolo, una enorme sala dentro del palacio, donde miles de relucientes candelabros arrojaban luz sobre las largas mesas del banquete, llenas de abundante comida, jarrones de flores recién cortadas y copas de cristal rebosantes de champán frío.

El cardenal casó a la pareja frente a un altar enjoyado al fondo del salón. Mi hermana fue dama de honor, así como las tres malhumoradas hermanas Bonaparte.

—Se han dado cuenta de su error —me explicó mi hermana unos días antes—. Con Josefina por lo menos no tendrían herederos como rivales. Ahora pueden perder mucho más de lo que hubieran perdido con ella. María Luisa es joven, le dará una docena de hijos, en tanto que Josefina no le ha dado ninguno.

Inconscientes, todas ellas; no debieron sacar su ponzoña como lo hicieron.

No obstante, ahí estaban, y Leticia también.

En cuanto al pueblo francés, igual de reticente en su aprobación, Napoleón pensaba que, si no podía obtener su apoyo entusiasta, al menos esperaba asombrarlos para que lo aceptaran. En el momento en el que la unión imperial fue bendecida por el Todopoderoso, estallaron fuegos artificiales por todo el cielo parisino y el vino tinto empezó a fluir de las fuentes públicas en las plazas. En toda la capital se distribuyeron brochetas de pierna de cordero y embutidos, y los conciertos y desfiles llenaron las calles con música festiva y danzas. Incluso advertí, mordiéndome la lengua para no hacer ningún comentario, que un globo aerostático recorría el cielo de la capital.

Dentro del palacio formábamos parte de un grupo de más de mil invitados. Permanecí junto a mi marido mientras hacíamos la cola interminable, esperando obedientes la oportunidad de felicitar a nuestro emperador y conocer a su joven esposa. Bernadotte se quejaba a mi lado; se acomodaba el uniforme almidonado, aclaraba su garganta con una tos de impaciencia. Estaba ansioso por dejar esa fiesta y regresar a casa.

—Y tú, querida, tendrás más tiempo para ti —me comentó.

Asentí. No formaría parte de la casa de María Luisa, puesto que lo había sido de Josefina. La princesa austríaca había llegado a la corte con su propio grupo de damas y doncellas, que hablaban alemán, y elegiría a sus damas de compañía entre las aliadas que había adquirido en las Tullerías. Yo había integrado la antigua guardia, confidente de largo tiempo de su poderosa predecesora, por eso no le era útil a nuestra nueva emperatriz.

—¿Qué harás con tanto tiempo libre? —preguntó.

Miré alrededor del palacio y fingí indiferencia, aunque yo había considerado la misma pregunta.

—Estaré encantada de tener más tiempo para Óscar —respondí—. Quizá le enseñe un poco de arte, ya que su padre está tan decidido a jugar con soldados de juguete.

Al fin llegamos al frente de la interminable fila y pude ver de

cerca, por primera vez, a nuestra emperatriz. No tenía una belleza exquisita y tampoco la elegancia natural que emanaba de Josefina con tanta fuerza, pero no dejaba de ser atractiva; la frescura de su juventud y el esplendor de su rico atuendo le brindaban una apariencia muy agradable. Parpadeé mientras la escudriñaba. El parecido con los retratos de su tía abuela asesinada era alarmante: cabello rubio, tez clara, la cara redonda con la barbilla sobresaliente de los Habsburgo.

María Luisa estaba bien formada, aunque era más robusta que la esbelta Josefina; su complexión bien podría convertirse en obesidad con la edad y la maternidad. Al igual que Josefina, era alta, más alta que Napoleón. Pero, a pesar de su sólida figura, la pobre chica parecía hacer esfuerzos para mantener el cuello erguido bajo la pesada corona de diamantes que cubría su cabeza. Seguí a mi esposo e hicimos una reverencia frente a los recién casados.

—Ah, Bernadotte, bienvenido. Y mi querida hermana, Désirée.

A Napoleón se le veía bastante grueso en su manto de armiño incrustado de diamantes. Tenía una sonrisa satisfecha, todo salía de acuerdo con su plan. Estaba contento con su nueva esposa y con la paz que eso significaba entre Francia y Austria. Pero lo más importante era que tendría un hijo. Al fin, después de todos estos años, su sucesión estaría asegurada.

Después del banquete nos invitaron a bailar a la mansión del príncipe de Austria, Karl von Schwarzenberg, un amigo de la familia de María Luisa, cuya diplomacia había facilitado el matrimonio. Mi esposo odiaba a ese hombre, como a la mayoría de los ministros austríacos, pero sabíamos que Napoleón advertiría nuestra ausencia. En esos momentos, mi esposo no podía arriesgarse a irritar al emperador.

—Iremos, bailaremos una pieza frente a él y después nos escabulliremos —aceptó malhumorado.

Me pareció un buen plan. Yo también deseaba regresar a casa y meterme bajo el calor de las colchas. Fuera seguía lloviendo, aunque eso no parecía disminuir el ánimo entusiasta de Napoleón.

Para la cuadrilla ocupamos un lugar al lado de Julia y José. Dejé que mi esposo me guiara, pero noté la torpeza de sus pasos, tan distinto de la elegancia habitual que tenía en la pista de baile. Conforme la música continuaba, percibí un olor extraño y arrugué la nariz. Mi marido también lo advirtió. Dirigí la mirada al otro extremo del salón, donde acababa de estallar una actividad intensa. De inmediato comprendí la razón.

—¡Fuego! —grité.

Bernadotte siguió mi mirada. En la pared del otro extremo, las llamas de las velas habían prendido fuego a las cortinas de muselina. Rápidamente, el salón se llenó de una densa nube de humo. Comencé a toser.

—Está empeorando. Ven.

Sin dudarlo, Bernadotte me sacó de la pista de baile y corrimos hacia la puerta. Julia y José estaban a nuestro lado. Oí gritos mientras corríamos hacia el patio delantero, donde tomamos una gran bocanada del aire puro de la noche. Todo era caos a nuestro alrededor; había cientos de personas dentro del *palais* y muy pocas puertas. Observé con horror, por las ventanas, que todo el vestíbulo sucumbía a las densas llamas naranjas y al humo. Más chillidos, pero no veía ni a Napoleón ni a nuestra nueva emperatriz; no sabía si habían podido salir. El fuego no daba muestras de detenerse; si avanzaba a ese paso, muy pronto todo el palacio estaría envuelto en llamas y cientos de almas quedarían atrapadas en su interior.

Capítulo 35

París
Primavera de 1810

—Cree que es una maldición —explicó Bernadotte—. Una maldición sobre su matrimonio, sobre su sucesión.

Estábamos en la cama, mis piernas entrelazadas con las de mi marido. Llevaba días sintiéndome mal; el nauseabundo olor del incendio seguía pegado a mi nariz, piel y cabello, y ahora me aferraba a mi Bernadotte, deseando obtener alivio de su cuerpo alto y fuerte. Desde la tragedia del baile de bodas de Napoleón, mi sueño era agitado, plagado de los gritos de todas aquellas pobres personas atrapadas en el interior de un edificio en llamas. Podríamos haber sido nosotros, si tan sólo hubiéramos estado al otro lado del vestíbulo, si Bernadotte no hubiera reaccionado tan rápido para salir del edificio. ¿Cómo podría Óscar enfrentarse a estos tiempos de cambio, tan peligrosos, si fuera huérfano? Me estremecí una vez más y traté de dejar de lado ese pensamiento.

Los días posteriores al desastre se caracterizaron por la espera; todo París aguardaba que bomberos y gendarmes se abrieran paso entre los escombros para encontrar posibles sobrevivientes. Cuando acabaron, el informe dio a conocer que únicamente unas cuantas personas habían fallecido. Entre los difuntos se encontraba la hermana del príncipe Schwarzenberg, cuyo cuerpo calcinado pudo ser identificado por los enormes diamantes de la familia. La hermana del emperador, Carolina, logró salir con vida, pero perdió al bebé que llevaba en el vientre.

Napoleón estaba tan horrorizado por la catástrofe que ordenó la creación de un nuevo equipo público de bomberos en todo París. Sin embargo, con lo supersticioso que era, se quedó convencido de

que su matrimonio estaba condenado al fracaso, que su dinastía volvía a estar en peligro.

—Ahora se volverá más paranoico, mucho más inquieto. No dejará de hacer guerras —opinó mi marido con un suspiro. La noche era oscura, pero ninguno de los dos podía dormir.

—¿Contra quién querrá luchar? —pregunté—. Está casado con los Habsburgo.

—Siempre habrá otro enemigo. Inglaterra. Prusia. ¿Rusia, quizá?

Me volví hacia Bernadotte y pasé mis dedos por su cabello oscuro; noté algunos mechones grises. «Mi marido envejece», pensé.

—Quizá le dé un hijo pronto —me aventuré a decir—. Tal vez se conforme con permanecer tranquilo y jugar a ser papá y esposo, aunque sea por poco tiempo.

—¡Uf! —exclamó para indicar que no compartía mis esperanzas. Después de una larga pausa, sus palabras rompieron el silencio—: Querida... —Su voz era tierna, tenue.

—¿Sí?

—Moriré si nos quedamos aquí.

Sentí cómo me ponía rígida entre sus brazos, segura de que él también lo había notado. ¿Qué quería decir con esa frase tan horrible? ¿Estos días no habían sido lo bastante macabros?

—Nunca dejaremos de pelear en Europa —continuó—. Nunca. Porque nunca estará satisfecho. En lugar de acercarlo a la paz, cada nueva victoria lo sumerge más en su paranoia. Estoy seguro: moriré, ya sea en su campo de batalla, a manos de los prusianos, los austríacos, los ingleses o los rusos. De lo contrario..., moriré por órdenes suyas.

Ahora estaba genuinamente angustiada; percibí la franqueza con la que hablaba mi marido.

—¿Cómo puedes decir algo así?

—Está tratando de deshacerse de mí —afirmó Bernadotte—. Desde hace un tiempo. Me ofreció ser gobernador de Roma, una ciudad que nos es hostil, y mucho más ahora que nuestro emperador tiene al papa bajo arresto domiciliario.

Mi corazón se encogió. En mi imaginación me volví a ver en un palacio romano, mirando por una ventana: las calles oscuras, la turba reunida para maldecir a Francia, gente gritando y escalando una reja que, de pronto, parecía ridícula e inútil.

—Duphot —proferí con voz ahogada al pronunciar el nombre.

—Así es —respondió con el ceño fruncido—. Y la cuestión es que Napoleón me quiere fuera.

—No regresaré a Roma.

—No tienes que hacerlo, querida. No he aceptado el puesto.

—¿Y qué ha dicho cuando lo has rechazado? —pregunté.

—Me ha llamado gascón cabeza dura. Me ha dicho que no conozco mi lugar.

Hice una mueca; me llevé la mano a la frente y me froté una ceja con los dedos.

—Me odia —agregó Bernadotte—. Desde Wagram o quizá antes de eso; tal vez también por las batallas de Jena y Eylau. Pero en realidad sospecho que las raíces de su odio son incluso anteriores.

Miré de reojo a mi marido.

—¿Por qué?

En medio de la oscuridad, sus ojos se fijaron en mí.

—Por ti.

—¿Yo?

—Tú y Óscar. Ve nuestra felicidad. Ve a nuestro hijo. Se da cuenta de lo que pudo tener… Odia haberlo dejado pasar. Y me odia por aprovechar lo que pudo ser suyo. Mi felicidad es una muestra de su estupidez. Cada mes que pasa se vuelve mucho más hostil conmigo. —Bernadotte suspiró profundamente y vació sus pulmones por completo. Luego habló con un tono definitivo—: Debemos irnos.

Agradecí que la cama sujetara mi cuerpo, porque de pronto me sentí débil.

—¿Irnos? —Mi voz sonó hueca—. ¿Irnos adónde?

Hizo a un lado las colchas y se levantó. Comenzó a caminar frente a nuestra ancha cama.

—Bernadotte… Me estás asustando. Francia es nuestro hogar.

—¿De verdad sientes que es nuestro hogar, Désirée? Con las frecuentes ausencias de Julia porque José es rey de Nápoles, y Josefina que ya no está aquí, no puedes decir que te sientes cómoda en la corte. Eras miembro del antiguo orden…, pero seguro que ahora te das cuenta de que los tiempos han cambiado. Él ha cambiado. O quizá ahora es justo lo que siempre fue, sólo que ha cambiado todo a nuestro alrededor.

Era cierto y lo que dijo sirvió para que me callara un momento. Era cierto que ya no tenía un verdadero lugar en la corte. Al menos no cerca de Napoleón y, desde luego, no alrededor de la nueva emperatriz. Era una mujer que prefería hablar alemán y rodearse de las amigas cercanas de su Habsburgo natal. Por supuesto que Napoleón seguía esperando incesantemente a los hijos que vendrían y las victorias por ganar.

Bernadotte y yo éramos parte del pasado. Yo, en particular, era parte de su pasado. Me volví para mirar a mi marido a los ojos.

—Pero ¿adónde iríamos? —inquirí.

Bernadotte se detuvo y me contempló. Se inclinó hacia delante y presionó mis manos sobre la cama.

—Suecia —respondió.

—¿Suecia? —repetí el nombre del país extranjero y fruncí el ceño con desconcierto. No sabía nada de Suecia, ni siquiera sabía dónde se encontraba en el mapa.

—Es un país situado al norte —explicó al notar mi sorpresa—. En el mar Báltico.

—Pero… no son franceses.

—No, pero son liberales. Están a favor de Francia y buscan fortalecer sus vínculos con nosotros.

Poco ayudó eso para aclarar mi confusión.

—Pero ¿no tienen un rey propio? ¿Un sueco?

—Su rey, Gustav, era un imbécil, un ser débil de mente y cuerpo. Lo obligaron a abdicar. Pusieron a su hermano en el trono, el rey Karl XIII, pero era viejo y no tenía hijos. Así que con él volvían a sentirse vulnerables. Después eligieron al primo del rey, pero murió hace poco. Tuvo un ataque, cayó del caballo y murió. Como verás, su situación continúa siendo precaria.

—Sigo sin entender por qué recurrirían a... París... por un heredero.

—Yo mucho menos, ya que soy de cuna baja —agregó al comprender a lo que me refería—. Me sorprendió, igual que a ti, cuando lo escuché por primera vez. Pero cuando lo piensas con más detenimiento tiene sentido. Pelearon una amarga guerra contra Rusia y los vencieron con consecuencias desastrosas. Perdieron una gran parte de su territorio en la derrota y ahora también tienen miedo de perder sus puertos en el Báltico. Quieren alinearse con Napoleón. Ya ratificaron su sistema continental. Saben que estoy emparentado con él por mi matrimonio, por ti, y me recuerdan con cariño. Yo cuidé de sus oficiales y prisioneros de guerra capturados durante nuestras campañas en Prusia.

—Sí, lo recuerdo. Los suecos. —Mi mente comenzó a dar vueltas.

Él cruzó los brazos.

—Los traté bien. Fui justo. En Suecia me recuerdan, tanto los miembros del ejército como los del gobierno.

—Pero ¿las cosas se hacen así? —pregunté—. ¿La corona de Suecia sencillamente se puede ofrecer?

—Enviaron a París a un ministro y diplomático para que se reuniera con Napoleón; un hombre que en algún momento fue mi prisionero, el conde Mörner.

—Oh.

Mis dedos estaban helados cuando me aferré a las colchas. ¿Por qué sentía como si todo ya estuviera en marcha, como si sólo fuese arrastrada por algo mucho más grande de lo que podía manejar?

—Désirée..., parece que quieren ofrecerme la corona. —Mi pulso se aceleró. Bernadotte hablaba absolutamente en serio—. Piénsalo —dijo—. Rey y reina de Suecia.

—Pero, Bernadotte...

—¿Sí? ¿Qué piensas?

—Es... es que... yo...

—Por favor, dime.

¿Ahora le interesaba saber mi opinión? Tragué saliva y

respondí con voz apagada:

—Mi hogar está en Francia.

No me cayó bien el conde Gustav Mörner. No por alguna falta que él hubiera cometido. De hecho, era un hombre muy agradable, bien vestido y de buenos modales, educado y dispuesto a sonreír y a dirigirse a Óscar con voz suave cuando nos visitaba en nuestra casa de la rue d'Anjou. Pero no me gustaba porque sabía qué quería y a qué había venido; sabía de qué hablaban él y Bernadotte cuando cerraban la maciza puerta de roble del despacho de mi marido y me dejaban afuera.

Mi esposo salía de las reuniones con las mejillas enrojecidas, el cabello hacia atrás, como si el discurso de estas conversaciones privadas con los suecos implicara una intensa hazaña física. Estaba emocionado, eso podía verlo. Mucho más de lo que lo había visto en años. De pronto, sus ojos oscuros brillaban y una determinación animaba su andar por nuestra casa.

Durante esas semanas, Bernadotte me explicó más cosas sobre el extraño lugar del norte que intentaba convencerlo —o convencernos— a toda costa de que aceptara la corona. Suecia era una monarquía constitucional, con un parlamento y un rey, pero no habría nadie que ocupara el trono cuando su actual monarca, un anciano con poca inteligencia e incluso menos popularidad, muriera.

Su gobierno apoyaba el nombramiento de Bernadotte como heredero al trono de Suecia, así que enviaron a un pequeño ejército de ministros y diplomáticos para negociar con el gobierno de Napoleón. Parecía que era posible convencer a nuestro emperador, según lo que mi marido había escuchado de sus amigos en la corte. Lo único que faltaba, entonces, era que Bernadotte aceptara la corona. O, más precisamente, que yo aceptara esa corona.

No tenía ningún deseo de irme de Francia y dejar París. Suecia era un país extraño, tan extraño y desconocido como alguna vez lo fue para mí la capital francesa cuando era una joven recién

llegada de Marsella; pero de alguna manera, después de todos estos años, había llegado a sentirla como mi hogar, como no lo sería ningún otro lugar en el mundo. No podía imaginar mi partida, sobre todo a un sitio cubierto de nieve, donde los sonidos y los paisajes me eran ajenos. Más extraños incluso de lo que hubiera sido Luisiana, en la Nueva Francia.

Pero Francia se había mostrado como un compañero voluble, tanto para mi marido como para mí, ¿cierto? Francia cambiaba de forma constante, se desplazaba a nuestro alrededor justo cuando sentíamos que quizá, al fin, pisábamos tierra firme. El año pasado yo pertenecía al círculo íntimo de una emperatriz; este año, no comprendía el alemán que hablaba la nueva emperatriz.

Toda esa primavera, los ministros y diplomáticos suecos llamaron a nuestra puerta de la rue d'Anjou. Yo comenzaba a hacerme a la idea, poco a poco, por dos razones. La primera fue cuando vi que mi marido recuperaba su optimismo, animado por la nueva perspectiva, entusiasta como no lo había visto en mucho tiempo. La segunda razón fue que comprendí que, incluso si Bernadotte era rey de Suecia, eso no significaba necesariamente que yo debía mudarme allí. Al menos no de forma permanente.

Napoleón, quien se consideraba una estrella gloriosa y en pleno ascenso, arrancaba coronas de las constelaciones con aparente facilidad; mi hermana había sido nombrada reina de España y Nápoles; hacía poco, Napoleón le había ofrecido a su marido otro trono y ella regresaba a París con frecuencia. Después de todo, yo era princesa de Pontecorvo y nunca había estado ahí. Napoleón ponía coronas en las cabezas de los nobles franceses, como si éstas fueran intercambiables, cual sombreros de temporada. ¿Eso no significaba que sencillamente podíamos permanecer en París, incluso si de pronto nos nombraran rey y reina de Suecia?

Además, ¿no sería bueno para mi hijo, mi niño, tener un título tan ilustre agregado a su herencia? Óscar Bernadotte, príncipe real de Suecia, quien algún día sería nombrado rey de una antigua potencia europea. Era mucho más de lo que me hubiera atrevido a imaginar para cualquier hijo mío. Sólo de pensarlo me

llenaba de emoción.

No obstante, conforme me acostumbraba a la idea del nuevo nombramiento de mi marido, parecía que Napoleón comenzaba a ponerlo en duda. Los suecos nos informaron de que, de repente, Napoleón había empezado a evitar recibir a sus enviados y ministros, y que frustraba a sus diplomáticos al cancelar las reuniones sin volver a programarlas. El apoyo de nuestro emperador para esta empresa se había enfriado.

—Está jugando conmigo —maldecía mi esposo cuando sus visitantes suecos le comunicaban que no habían tenido respuesta de las Tullerías—. No me muestra ningún respeto. ¿Ves ahora por qué debo alejarme de ese hombre?

Así pasaron varias semanas, sin noticias de nuestra corte francesa. Entonces, para nuestra sorpresa, el conde Mörner nos informó de que Napoleón había dado instrucciones a los suecos para ofrecerle el trono a Eugène, su antiguo hijastro, el hijo de Josefina. Eugène había rechazado la oferta de inmediato; nos preguntábamos cuál sería ahora la jugada de Napoleón. Mi esposo estaba furioso cuando el conde Mörner empezó a hablar con pena sobre su regreso a Estocolmo.

Entonces, justo cuando la primavera comenzaba a ser más cálida y a florecer, cuando los árboles a nuestro alrededor alcanzaron la exuberante plenitud del verano, una invitación inesperada llegó a nuestra casa en la rue d’Anjou. El emperador y la emperatriz —al principio pensé en Josefina y luego recordé que se trataba de María Luisa cuando Bernadotte me lo comentó— deseaban que nos reuniéramos con ellos para cenar en las Tullerías.

Llegamos temprano, diez minutos antes de las seis. Era una agradable tarde de junio y los jardines de las Tullerías estaban en medio de la exuberancia del verano precoz; en los árboles, las palomas gorjeaban con suavidad bajo la luz brillante de las largas tardes de París.

Nos llevaron al salón de Apolo, donde Napoleón y su nueva

esposa nos recibieron con sonrisas forzadas. Cuando ella saludó a mi marido, aproveché para estudiar la apariencia de mi anfitriona.

Me pareció que María Luisa era una niña jugando a vestirse con las lujosas ropas de su madre. No era que sus modales y su postura no fueran perfectos; de hecho, lo eran; después de todo, era una Habsburgo y la habían educado para ser princesa desde su más tierna infancia. Más bien parecía que no se sentía cómoda del todo en su papel de esposa, o quizá no como esposa de Napoleón. Si ambos habían aprendido a sentirse cómodos, a disfrutar de su intimidad y complicidad en su nueva unión, eso no se reflejaba en su lenguaje corporal, que era formal y poco natural, e incluso distante. Pero conforme mis ojos escrutaban con rapidez su apariencia y asimilaban el elaborado movimiento de su vestido amarillo de satén, advertí las primeras señales de su embarazo: la ligera hinchazón de su vientre, senos más abultados y un sutil enrojecimiento de su piel prístina. Napoleón por fin tendría a su heredero.

—Bien, ¿comemos? —sugirió Napoleón, al parecer no estaba de humor para mantener una charla cordial. Asentimos y nos condujo al comedor; su esposa caminaba erguida a su lado.

Sirvieron la cena, pero Napoleón no habló y nosotros tampoco. María Luisa no hizo ningún esfuerzo por comenzar una charla informal, en marcado contraste con la manera en la que Josefina alegraba las veladas en esa misma mesa. Levantaron los platos y la emperatriz le sirvió café a su marido.

Entonces, Napoleón apoyó los codos sobre la mesa y nos miró; estaba claro que tenía algo en la mente.

—Bernadotte, mi viejo amigo.

Mi marido asintió y esperó a que continuara. Los ojos de Napoleón eran dos piedras verdes.

—¿Hablamos de Suecia? —dijo.

Se aclaró la garganta y puso ambas manos sobre su regazo. Después aceptó la taza de café.

—Señor...

—Sé que eso es de lo que has venido a hablar.

—Vine, señor, por invitación suya —respondió.

Mezcló despacio la crema en su café; sólo miraba a mi marido. Esperaba que quizá el feliz acontecimiento del embarazo de su esposa lo volviera de mejor humor, pero no estaba completamente segura de que María Luisa ya se lo hubiera comunicado. Por supuesto, él habría dicho algo si lo supiera. No hubiera podido resistir la oportunidad de presumir, en particular sobre algo tan importante para él. Al fin, después de una larga pausa, Napoleón habló:

—Muy bien, Bernadotte. Puedes tener la corona.

El silencio se cernió sobre la mesa. El corazón me galopaba en el pecho. Napoleón tomó un sorbo lento de su café, su mirada seguía fija en Bernadotte.

—Un joven gascón huérfano de padre —indicó Napoleón, sonriendo al cabo de un momento—. Demasiado pobre para ser abogado, pero al que ahora le ofrecen un trono.

«¿Y qué ha sido de aquel chico corso demasiado pobre para comprar una granja de olivos?», lo pensé pero no lo dije en voz alta. Bernadotte sorbió un trago de café y se acomodó en su asiento.

—Está bien. Es un monumento a mi reino y una extensión de mi gloria —continuó Napoleón—. Serás otra punta en mi estrella.

Bernadotte se aclaró la garganta y supe que, al hacerlo, se tragaba palabras que sólo lastimarían su causa con Napoleón. Así que de verdad quería esa corona, lo suficiente para tener a Napoleón en cuenta y refrenar su propia sangre caliente.

—Sólo hay un asunto en el que tengo que contar con tu consentimiento —añadió Napoleón—. Antes de enviarte al gran norte blanco con mi bendición.

—¿Sí? —Bernadotte alzó su copa.

—Debo insistir en poner una cláusula en la que se establezca que tú, y por lo tanto Suecia, nunca les declararéis la guerra a los franceses.

Bernadotte bebió su café e intuí que aprovechaba ese tiempo para pensar su respuesta. Cuando bajó la taza, habló despacio:

—Entiendo vuestra petición, señor. Y aunque, por supuesto, estoy de acuerdo con ello en mi corazón y en mi mente, debéis

comprender por qué no puedo aceptarlo como un principio inamovible. Eso haría de Suecia un Estado vasallo.

Napoleón sacudió la cabeza; fue un gesto rápido y tenso.

—Debo insistir, Bernadotte. ¿Cómo podría permitirte ir a Suecia si supiera que algún día podrías disparar sobre tus compatriotas?

—Pero ¿cómo puedo aceptar algo que obligue a mi hijo, es decir, a los futuros monarcas suecos?

Napoleón me observó, quizá se preguntaba si podría contar conmigo para ayudarlo en ese asunto; bajé la vista. Al parecer, él decidió que no sería así, por lo que volvió a mirar a mi esposo y suspiró.

—Muy bien. Veo que estás poco colaborador, Bernadotte. Una novedad, ¿no? ¿De qué manera… un millón de francos… podrían ayudar en mi caso?

—Señor —Bernadotte negó con la cabeza, una sonrisa triste se dibujó en sus rasgos sombríos—, no es una cuestión de dinero. Es una cuestión de principios.

Napoleón sonrió.

—Contigo siempre es así, ¿cierto, Bernadotte?

Pero no parecía un cumplido y su rostro no mostraba ningún júbilo.

—Señor —dijo Bernadotte en voz baja, inclinándose hacia delante—, ¿me haría un mejor hombre que vos me solicitarais rechazar una corona?

Napoleón se irguió en su silla, todo su cuerpo se puso rígido. Sentí que mi aliento se comprimía en los pulmones, suspendido. Napoleón abrió la boca como si fuera a morder a mi esposo, pero un segundo después se detuvo y frenó sus palabras. Cuando el emperador habló, después de una larga pausa, su tono era ecuánime pero tajante:

—Muy bien, Bernadotte. Adelante. Y que nuestros destinos se cumplan.

En el camino de regreso a casa, Bernadotte estaba apagado, incluso

un poco serio. Lo escudriñé a la débil luz que se filtraba por las ventanas de nuestro carruaje.

—Entonces, está decidido —dije. Como no respondió, agregué —: Pensaba que estarías más contento.

Consideró un momento mis palabras antes de responder:

—Lo… lo estoy. Es sólo que… Bueno. Es algo importante. Rey. Toda una nación que me observa.

Me encogí de hombros.

—No puede ser tan difícil. José casi nunca está en España. —Sonaba despreocupada, pero mi marido se inclinó hacia mí y puso su mano sobre mi brazo.

—Désirée, ¿lo comprendes?

—¿Comprender qué?

—¿Lo que esto significa?

—Ya me lo dijiste: quiere decir que serás el príncipe real de Suecia, el heredero al trono. Así como eres el príncipe de Pontecorvo. Irás algunas veces de visita y después…

—No, Désirée.

Negó con la cabeza, sus rizos castaños enmarcaban su rostro sombrío.

—No, no sólo visitaré Suecia. Viviré ahí. Todos lo haremos. Óscar será el rey de Suecia algún día. Y tú serás la reina y estarás a mi lado.

En realidad, no comprendí la enormidad del asunto hasta que Bernadotte se fue en septiembre, vestido como oficial sueco, junto a un sonriente conde Mörner que viajaba en el carruaje con él. Parados en el patio delantero de la casa de la rue d'Anjou, con la mano de Óscar en la mía mientras le decíamos adiós al vehículo que se alejaba, no pude evitar pensar en María Antonieta y María Luisa, en lo extraño que era aceptar la corona de una patria extranjera. A esas princesas las habían llevado a una isla en el río Rin, una franja de tierra entre naciones, donde se les había ordenado cambiar sus vestidos vieneses por unos parisinos, como si mudaran de piel. «Cosas curiosas que hacemos para poder ganar y

conservar coronas —reflexioné—. Incluso quienes, como nosotros, pertenecemos a un país que, hasta hace algunos años, anunciaba que rechazaba todas las coronas.»

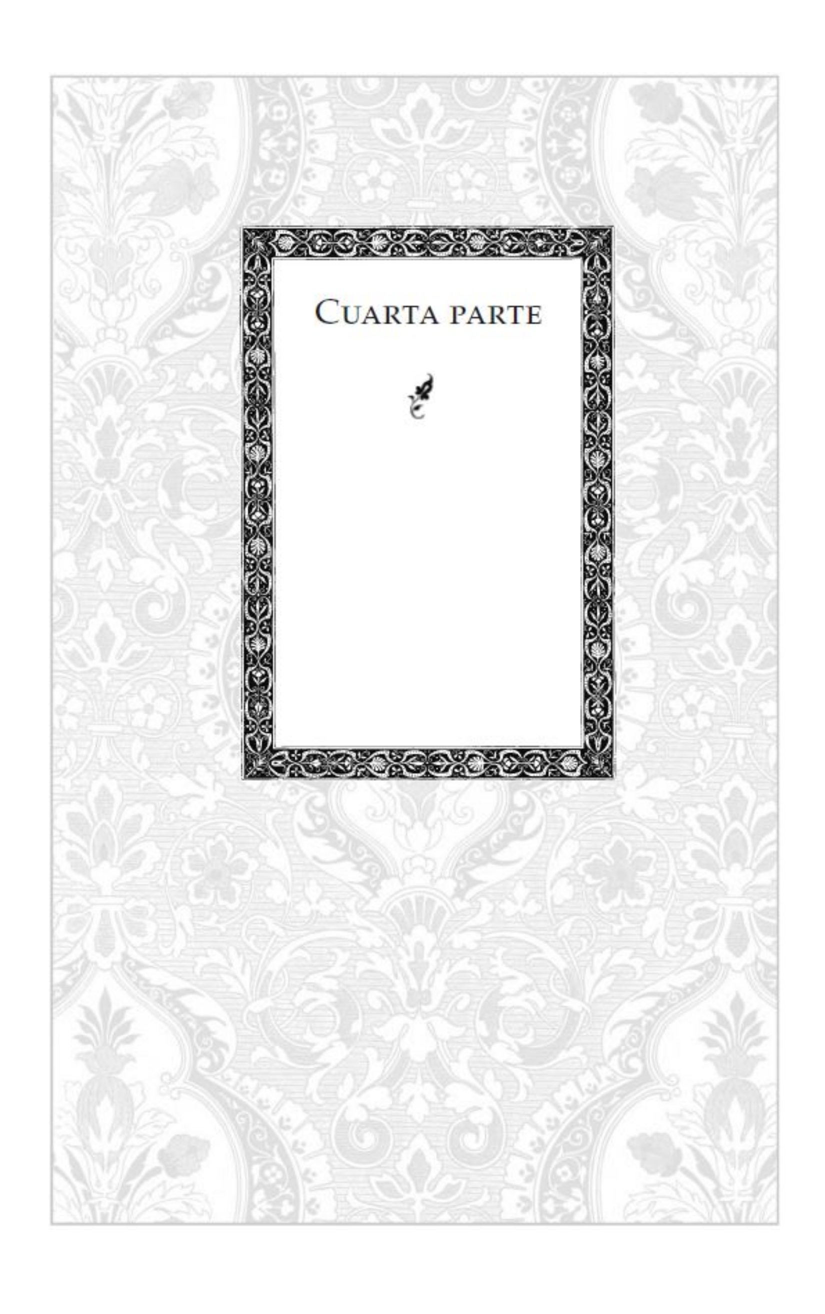
Aunque mi esposo había pasado los últimos meses estudiando sueco con fervor con la ayuda de un tutor, yo me negué a sumarme a las clases. Una parte de mí alimentaba aún a la esperanza de que me permitieran quedarme en Francia con Óscar. No quería ir. Yo era una novia casada en la guerra, acostumbrada a separaciones prolongadas; podía aceptar la distancia y el tiempo lejos de mi marido, siempre y cuando me permitieran visitarle. Pero ¿Suecia? ¿Cómo podría formar mi hogar en Suecia? Todo lo que sabía del país era que se trataba de una región alejada, en el helado norte, un lugar de grandes osos blancos y días desoladores sin sol.

Sin embargo, por más que me aferrara a mi deseo, el momento de nuestra partida se acercaba y Bernadotte aún insistía en que mi lugar, y el de Óscar, estaba en Suecia junto a él. Debíamos reunirnos con él para Navidad, así que en noviembre Óscar y yo nos preparamos para despedirnos de nuestra tierra natal.

Mi hermana estaba en España durante las vacaciones, así que recurrí a una vieja amiga, alguien con quien ya había viajado antes y en quien podía confiar: la antigua dama de compañía de Josefina, Elisa la Flotte. Viuda desde joven, Elisa nunca se había vuelto a casar y no tenía un puesto en la corte ahora que María Luisa estaba instalada como emperatriz. Así que, para mi gran alivio, aceptó la invitación para viajar con nosotros al norte, a Suecia.

Con Elisa terminé de empaquetar y finalicé los planes de nuestra partida. Saldríamos de París en una procesión de tres carruajes con destino a la ciudad de Hamburgo. De ahí viajaríamos al norte, hacia Dinamarca; nunca antes había estado tan lejos de casa. Después cruzaríamos en barco el estrecho de Sund hasta Suecia.

No tenía ni idea de cómo sería mi nueva patria y mucho menos de cómo sería mi nueva vida.



Cuarta parte

Capítulo 36

Estocolmo
Invierno de 1811

—Tendrás que cambiarte el nombre —me dijo Bernadotte, como si fuera la cosa más trivial del mundo. Sin embargo, creo que comprendió mi asombro, porque evitó mi mirada y se puso a examinar su abrigo militar sueco frente al espejo de la habitación.

Lo contemplé boquiabierta. Justo detrás de él, al otro lado de las altas ventanas, la nieve se arremolinaba en un ir y venir errático, cargado de un fuerte viento invernal que parecía soplar sin piedad de las aguas grises. Me aclaré la garganta, hice una mueca y lo miré.

—¿Cambiarme el nombre?

Asintió.

—Suena muy… —buscó la palabra y agitó la mano en el aire, seguía evitando mi mirada— francés.

Estaba sentada en la cama, cubierta por un grueso edredón y apoyada sobre media docena de almohadas mullidas. En la habitación adjunta, Elisa supervisaba que desempaquetaran mis baúles mientras Óscar estaba con ella, arreglando sus figurillas de soldado para alguna batalla imaginaria. Me volví a concentrar en mi marido.

—Demasiado… francés —dije, repitiendo sus palabras.

—Así es —respondió Bernadotte, extendiendo los brazos como si dirigiera una orquesta—. Désirée.

—¡Es un nombre francés! —exclamé con tono rígido.

—Exacto.

—Porque somos franceses.

—Sí, lo sé —suspiró.

Crucé los brazos e incliné la cabeza hacia un lado, en una posición de resistencia pasiva pero obstinada.

—Es de esperar que el pueblo sueco también comprenda este hecho, puesto que vinieron a París a ofrecerte la corona. Te querían a ti porque eres francés, Bernadotte, y porque estás relacionado con Napoleón.

—Es cierto, querida —repuso con una sonora exhalación. Sentí que se esforzaba por ser paciente—. Pero ahora estamos aquí, en Suecia. Representamos a los suecos. Creo... Mis ministros están convencidos de que... sería recibido como un gesto altamente simbólico. Una muestra de buena voluntad con nuestro pueblo, lo apreciarían mucho.

—Bueno, Jean-Baptiste también es de lo más francés —indiqué, y mis palabras estaban ahora teñidas de una petulancia infantil.

Sus ojos oscuros encontraron los míos.

—Justo por eso ya me he cambiado el nombre —respondió.

—¿Ya lo has hecho? —repuse boquiabierta.

Asintió.

—A partir de ahora, en público seré Karl Johan, príncipe coronado de Suecia.

—Karl Johan —repetí el nombre de sonoridad extraña. Hice una mueca, incapaz de esconder mi desagrado, o más bien poco dispuesta a ello.

—Un buen nombre sueco —declaró mirándose en el espejo para ignorar mi expresión.

Tosí.

—Pero no es tu nombre.

—Seré su rey. Te digo que me he cambiado el nombre, ya está hecho.

¿Eso era todo? ¿No se necesitaba nada más para cambiar de nombre, de nación, de herencia? ¿Eliminar toda una vida? ¿Mi marido era tan insensible, tan desapegado de nuestra vida francesa, a la vida que habíamos hecho juntos durante tantos años, como para emitir un edicto y borrar todo el pasado?

—Les pedí sugerencias para ti también —dijo.

Lo miré fijamente y sentí que mis mejillas enrojecían.

—¿Lo has hecho?

—Ya nos han sugerido uno.

Me erguí en la cama; retorcí el pañuelo que tenía en las manos y las coloqué sobre mi regazo.

—¿Y bien? Me interesa escuchar lo que nos han propuesto.

—Desideria.

Levanté una ceja pensando que seguro que era una broma. Pero su rostro no mostró ninguna señal de burla. Desvié la mirada y observé por la ventana. Gris. Una enorme vista gris: cielos de color acero, edificios de piedra y aguas agitadas que sólo habían sido tocadas por la blanca nieve. Así había sido desde que llegamos. Mi primera impresión de Suecia fue una ciudad de aguas revueltas y neblina por el gris estrecho de Sund, un viaje en barco que tuve que esperar tres días para realizar debido al inclemente clima y a las olas.

Había llegado a Estocolmo en medio de la noche con Óscar y Elisa; nuestro carruaje nos llevó por la capital cubierta de nieve, más oscura y fría de lo que nunca había visto. Una salva anunció nuestra entrada a la ciudad, donde la gente se alineaba en las heladas calles, ovacionando y blandiendo sus banderas suecas. ¿Cómo podían soportarlo, aguardar así en la noche, a merced del penetrante viento? Yo, que estaba envuelta en pieles, encerrada en un coche cubierto, estaba congelada.

Anhelaba el color. ¿Acaso los dorados brazos del sol nunca alcanzaban este lugar? Incluso temblaba de frío dentro de este extraño palacio desconocido. Recordé que, justo cuando Julia y yo dejamos Marsella, pensábamos que París era frío. Pero ese frío no era nada comparado con éste. Aquí mi nariz estaba siempre roja, siempre tenía listo el pañuelo, y la garganta me dolía cada vez que tosía. ¿Estaba destinada a no volver a vivir nunca en un lugar soleado?

—La buena noticia es que Óscar no tendrá que cambiar el suyo —dijo mi marido, devolviéndome al presente.

—¿Por qué? —pregunté, llevándome el pañuelo a la nariz.

—Su nombre, Óscar, es un buen nombre escandinavo. No es

necesario cambiarlo.

Me encogí de hombros.

—Bueno, entonces supongo que le podemos dar las gracias a Napoleón. —Bernadotte frunció el ceño—. ¿Por qué me miras así? Fue él quien, después de todo, eligió ese nombre —apunté sin sentir remordimiento por mi observación mordaz contra mi malhumorado marido.

—Pero se convertirá al luteranismo —prosiguió Bernadotte.

Ahora sí que estaba segura de que bromeaba. Me reí.

—Désirée, hablo en serio.

—¿Perdón?

—Óscar. Tendrá que convertirse al luteranismo.

Hice una mueca. Al cabo de un momento, repuse:

—Pero... pero somos católicos. Francia es un país católico.

—Sí, pero Suecia es una nación luterana y nosotros somos la cabeza de Suecia. Óscar será rey algún día. Suecia sólo será gobernada por luteranos.

Estaba a punto de decir que nunca abandonaría mi fe católica, no porque fuera muy devota, sino sólo porque ésa era yo. Era francesa. Ser francés significaba ser católico. Había recibido mi educación en un convento. Incluso durante los años de la Revolución, cuando se prohibieron todos los símbolos de la fe católica por miedo a morir, ese rasgo de mi identidad había persistido. Ningún pálido ministro sueco me diría lo contrario. Pero, antes de expresar mi opinión, empecé a toser. Oh, esa tos; era terrible desde Hamburgo. La garganta me dolía, la cabeza me zumbaba, incluso me dolían las encías.

—Sigues con tos —dijo Bernadotte; su afirmación era tan redundante que casi no necesitaba respuesta.

Tosí de nuevo, con mucha fuerza, para confirmar su observación. Él me miró, su frustración de hacía unos instantes se convirtió en una expresión de verdadera preocupación.

Cuando pude recuperarme lo suficiente como para hablar, proferí:

—Claro que sigo con tos, ¿cómo podría evitarlo en este lugar helado?

Suspiró de forma larga y profunda.

—Pediré que te sirvan un caldo. Y debes descansar. Debes mejorarte.

—Ya he estado descansando —respondí.

Nunca estaría bien, no ahí. Me subí las mantas hasta mis hombros, sólo quería acostarme y cerrar los ojos. Dejar de ver, aunque fuera sólo unas horas, este paisaje gris y sofocante. Ansiaba el color, el canto de los pájaros en un jardín aromático, las ramas de los árboles cargadas de flores. El primer mordisco de un gajo de naranja, cuyo jugo estallaba como la luz del sol en mi lengua. Quizá mis sueños me darían algún refugio si tan sólo ese dolor de garganta me permitiera dormir.

—Te dejo descansar —dijo Bernadotte. Cruzó la habitación y caminó hacia la puerta a grandes zancadas. Dejé que se fuera sin decirle ni una palabra.

Pero se detuvo en el umbral; dudó y se volvió para mirarme.

—Mañana...

—¿Sí? —Abrí los ojos, cogí mi chal de cachemira y me lo puse sobre el cuerpo; recordé la primera vez que compré cachemira, en el colorido mercado de Les Halles, con Julia, en nuestro primer invierno en París. Nunca antes lo había necesitado, pero ahora parecía ser lo único que podría ponerme.

Bernadotte desvió la vista hacia la ventana, hacia los torbellinos de nieve, y después volvió a mirarme.

—Mañana será tu presentación formal a la corte.

—Decidnos, querida señora, ¿qué os parece nuestro palacio?

Observé el rostro ovalado de la reina Hedvig: la mujer no sonreía, tenía una frente alta poco común y rasgos banales y pálidos. Al igual que la cara, su cuerpo era largo y delgado, y llevaba un vestido elaborado de damasco dorado con capas de encaje que caían por sus brazos largos y blancos. Si alguna vez había sido una belleza, ésta se había marchitado junto con su juventud.

Elisa, mucho más entrometida que yo, me dijo que la reina

había dado a luz a varios príncipes, quienes alguna vez habían sido los herederos del trono de Suecia; sin embargo, todos sus hijos habían muerto jóvenes y ya no tenía esperanza de concebir más. Ella había nacido como duquesa alemana, eso lo sabía por mi marido, pero se dirigía a mí en francés. Hedvig, qué nombre tan extraño. Hedvig Elisabet Charlotta, reina de Suecia, esposa del hombre enfermizo que ahora estaba a su lado, el rey Karl. Él se removía en su asiento como si no estuviera cómodo con su abrigo militar de cuello alto y sus charreteras doradas. De su cuello colgaba una medalla que parecía muy pesada. Su escaso cabello blanco se desvanecía desde su frente arrugada y sus ojos pequeños se movían nerviosos observando todo el salón.

—Hedvig está al cargo, todos lo saben —me confió Elisa esa tarde mientras me ayudaba a ponerme mi pesado vestido de brocado púrpura para la cena—. Aunque, al parecer, Hedvig dice que está más interesada en coser que en la política, he oído que en realidad es lo contrario. Todos los días visita los espacios privados del rey para organizar la agenda y se sienta con él durante las reuniones del consejo; lo ayuda a responder a las peticiones y la correspondencia. Así que ten cuidado cuando hables con ella.

El rey aún no me había hablado esa noche más que para saludarme formal y rápidamente al entrar al salón, pero la reina Hedvig se aclaró la garganta con un gesto de impaciencia en su rostro.

—¿Y bien? —insistió Hedvig levantando las cejas. Me había hecho una pregunta, pero yo la había olvidado—. ¿Os gusta nuestro palacio?

Sí, era verdad, deseaba saber qué pensaba del palacio. ¿Qué podía responder? Mi sincera opinión la ofendería. ¿Cómo podía explicarle que había vivido en el fausto de las Tullerías y de Fontainebleau? ¿Cómo describirle el fulgor de Malmaison con sus enormes salones abarrotados de murales, las interminables galerías repletas de invaluable arte italiano enmarcado en oro, los jardines llenos de cisnes y lirios del Nilo que desplegaban un esplendor que avergonzaría a Babilonia? Al pensar en esos palacios, esta residencia me parecía insípida y mediocre, como las elementales

barracas del ejército francés.

—Su alteza, mi esposa es una dama del sur —respondió mi marido con una gran sonrisa para Hedvig—. Marsella, ¿conocéis la ciudad? Será más feliz cuando llegue la primavera.

Él también hablaba en francés. Muy pronto comenzaríamos nuestras clases de sueco, pero por ahora la corte nos complacía y usaba nuestra lengua materna.

—Ah, una delicada flor del sur. —Hedvig asintió como si dijera que había oído hablar de mi estirpe, aunque seguramente lo más seguro era que no se identificara con ella—. ¿Y en otros aspectos de la vida de la corte también seréis tan susceptible, querida?

Miré a Hedvig y luego a mi marido sin saber qué responder. La reina continuó:

—He oído que tenéis el tipo de constitución que os hace…, digamos, ¿menos adaptable?

—No estoy…, no estoy segura de comprenderos, señora.

Miré alrededor de la habitación, desesperada porque Elisa viniera en mi ayuda; quizá ella sabría cómo tratar a esa mujer tan desagradable.

—Vuestro querido esposo pide constantemente caldos para vos. Y los sirvientes me dicen que siempre estáis pidiendo más mantas.

Contemplé a mi anfitriona de manera inexpresiva durante un momento, boquiabierta. Josefina, que había nacido en una finca en decadencia en el Caribe, era mucho más regia y majestuosa que esta mujer, educada en su castillo ducal desde su nacimiento para llevar la corona. No podía imaginar a Josefina haciendo que una persona a la que acababa de conocer se sintiera tan incómoda. Por suerte, en ese momento anunciaron la cena, lo que me salvó de esa horrible conversación; tomé a mi marido por el brazo y nos dirigimos a la mesa.

Mi marido cumplía cuarenta y ocho años, y ofrecieron un banquete en su honor. Mientras los sirvientes traían las bandejas de comida, reprimí la urgencia de llevarme la servilleta a la nariz para evitar el olor acre de los platos.

—Señora…

El lacayo de manos enguantadas que se encontraba junto a mí estaba atento para servirme la comida que llevaba en la bandeja.

—¿Eh? Sí, por favor —asentí.

Se inclinó e hizo un ademán ostentoso con los cubiertos de plata. Cuando colocó una gran porción de pescado viscoso y gris en mi plato, mi nariz se llenó del horrible olor salado y glacial del océano. Se me escapó una mueca.

Antes de recobrar la compostura y ocultar mi disgusto, Hedvig lo advirtió.

—¡Ah! ¿Tampoco os gusta nuestra comida?

Desvié la mirada del filete gris y observé a mi anfitriona.

—No —tartamudeé buscando las palabras correctas—. De ninguna manera.

—Parece delicioso —intervino Bernadotte—. ¿Cómo se llama el plato?

—*Inlagd sill* —exclamó el rey Karl, participando en la conversación por primera vez—. El arenque encurtido es nuestro tesoro nacional. —Tomó un bocado.

Los ojos de Hedvig estaban fijos en mí.

—Pobrecita. Supongo que extrañáis vuestra *bouillabaisse*, puesto que sois de Marsella.

—Ya, ya, querida, debes ser más amable con los recién llegados —dijo la reina madre, una mujer llamada Sofía Magdalena, chasqueando la lengua junto a su cuñada—. Recuerdo cuando tú llegaste, tan tímida que ahora parece imposible.

Sofía Magdalena, la viuda del anterior rey, vivía en la corte, aunque ahora reinara el hermano de su difunto marido. Me pregunté si esa situación creaba alguna tensión incómoda entre las dos reinas, la pasada y la presente. Sólo sabía que, como futura reina, no me convenía unirme a ninguna posible rivalidad, así que me mantendría alejada.

Hedvig ignoró a su cuñada y masticó el arenque. Después me hizo otra pregunta:

—Desideria, ¿adoptaréis nuestra fe como vuestro marido y vuestro hijo aceptaron hacerlo?

Contemplé a Bernadotte; esperaba hacerle entender con mi mirada que ya tenía suficiente con la conversación de esta mujer y que era preciso que él interviniera. Sin embargo, él estaba ocupado hablando con el conde Mörner y otros dos nobles, unos hermanos apellidados Löwenhielm, al otro extremo de la mesa. ¡Ah!, pero ahí estaba Elisa. Tenía que asegurarme de que en las próximas comidas ella se sentara a mi lado. No obstante, de momento tanto mi esposo como mi dama de compañía estaban fuera de mi alcance.

Por esa razón, para eludir más conversaciones y evitar tener que responder: «No, de hecho pretendo conservar mi fe, muchas gracias», me cubrí la boca con la servilleta y fingí un terrible ataque de tos.

Capítulo 37

Estocolmo
Invierno de 1811

—Me parece que su alteza real quiere decir: «Yo tengo un niño», ¿cierto?

—Así es —respondí mirando a Óscar, no entendía cuál había sido el error.

Nuestro tutor real, un sueco de carácter reservado llamado Herr Wallmark, me miró con ojos amables.

—Bien, entonces debería... Es decir, si su alteza lo desea..., debería decir: *Jag har en liten pojke*.

—*Jag har en liten pojke* —repetí las palabras; me parecieron guturales y extrañas.

—Muy bien —aprobó el tutor.

—¿Qué he dicho? —pregunté.

—Su alteza ha dicho sin querer: «Yo soy un niño».

Óscar y Bernadotte lanzaron una carcajada y sonreí a modo de disculpa.

—No os sorprenderá si os digo que el sueco no me es fácil.

—Y tampoco os sorprenderá cuando os confiese que no hemos hecho nuestra tarea, buen hombre —intervino Bernadotte, juntando las palmas en un acto de contrición juguetona—. Somos unos pésimos alumnos. Sólo Óscar tiene esperanzas.

—Sus altezas sólo necesitan tiempo —respondió impávido el tutor—. Y la práctica ayuda.

Pero en realidad éramos un fracaso y a mí no me interesaba practicar. Las clases nos aburrían enseguida, y ¿para qué practicar cuando las únicas personas con las que me interesaba conversar eran mi hijo, mi marido y mi dama de compañía, todas ellas

francesas? En lo que se refería al resto de la corte, todos hablaban francés muy bien y se adaptaban sin esfuerzo a nuestro idioma. Después de todo, era el idioma de Europa, Napoleón se había asegurado de que así fuera.

En particular, Bernadotte confiaba en su francés y, sobre todo, en sus ademanes gascones para contar las historias que entretenían a toda la corte. Me asombraba la comodidad con la que se desenvolvía, en marcado contraste con mi propia timidez y el esfuerzo que me costaba hacer nuevos amigos o sentirme cómoda en el palacio. En las cenas de Estado, mi marido siempre terminaba rodeado de admiradores, como si el rey Karl ya le hubiera cedido su trono y el afecto de sus súbditos. Entre sus ministros, Bernadotte imponía una suerte de respeto informal y una afable camaradería. Escuchaba a todos en silencio y hacía énfasis en sus observaciones con una broma o una pregunta oportuna. Asimilaba todos los detalles de nuestro nuevo palacio y estudiaba las personalidades de nuestra nueva corte de forma mucho más sencilla y de buen grado que yo.

Conforme el final del invierno se aferraba a la ciudad, las nubes grises se cernían en el cielo y el aire helado inundaba las habitaciones del palacio, yo me instalé con cierta reticencia. Después de su audiencia matutina, Bernadotte se reunía con Óscar y conmigo para las clases de sueco con Herr Wallmark. En realidad, sólo mi hijo se mostraba prometedor, pero mi marido insistió en que todos participáramos en esas sesiones.

El tutor siempre se dirigía a mí primero, porque sabía que mi esposo, o más probablemente mi hijo, intervendrían en mi rescate.

—Su alteza real, ¿sería tan amable de describir el clima?

Ésa era una pregunta que podía responder.

—*Snö!* —exclamé, sonrojada por mi triunfo—. ¡Eso lo sé! —Era la palabra que había escuchado todos los días desde mi llegada a esta ciudad glacial.

El tutor estaba encantado con mi repentino entusiasmo, pero Bernadotte arrugó la frente; se estaba cansando de mis constantes

quejas. Ignoré su mirada y me dirigí a mi hijo:

—¿Sabes qué, Óscar? Nunca había visto la nieve hasta que tuve casi diecinueve años. Tú crecerás cubierto de ella. Creo que no he visto un rayo de sol en...

Un rápido e inesperado golpe en la puerta nos interrumpió. Miré a mi esposo. Sabían que estábamos ocupados; me asombró que alguien se atreviera a interrumpir nuestro tiempo privado en familia de manera tan abrupta.

—Adelante —respondió Bernadotte.

El conde Mörner asomó la cabeza por el umbral. Eso no era sorprendente, el conde se había convertido en el compañero preferido, constante y confidente de mi marido; pasaba con Bernadotte mucho más tiempo que yo, aunque yo era quien compartía su cama. Pero el rostro del conde se mostraba serio; entró despacio a la habitación.

—Su alteza real... —Le faltaba el aliento, como si hubiera venido corriendo hasta allí. Se arrodilló—. Es el rey, señor. El rey Karl. Ha sufrido un ataque. No sabemos si sobrevivirá.

El rey sobrevivió, pero sólo para permanecer en cama, en duermevela; una cáscara frágil de lo que alguna vez fue. Ni siquiera Hedvig aceptó que su esposo fuera capaz de realizar sus obligaciones como soberano. En cuestión de días, Bernadotte fue nombrado regente de Suecia; en ese sentido, se confiaba en que gobernara por completo, aunque no tuviera el título. Era mucho más pronto de lo que se esperaba, sobre todo de lo que nuestra familia esperaba. Llevábamos apenas unos meses en nuestra nueva patria.

El invierno comenzó a ceder con lentitud, los días empezaron a alargarse y el sol permanecía sobre el horizonte el tiempo suficiente para calentar la tierra. Mi marido pasaba largas horas encerrado en el despacho con el conde Mörner, los hermanos Löwenhielm y sus otros ministros. Las peticiones y los informes llegaban en grandes cantidades desde el vasto reino. En Estocolmo, las distintas facciones del gobierno sueco estaban en desacuerdo,

inquietas por la futura sucesión y el cambio de poder. Pero lo más difícil de la posición de Bernadotte no provenía del *Riksdag*, el parlamento sueco, ni de la intranquila Noruega o de la hostilidad rusa. Los principales problemas provenían de Francia, del mismísimo Napoleón.

En toda Europa, la temperatura empezaba a subir; una vez más, Napoleón pensaba en la guerra. Quería que mi marido lo acompañara en una nueva batalla contra Inglaterra. El emperador francés deseaba, en particular, que los barcos de mi esposo boicotearan los navíos comerciales británicos en el mar Báltico a lo largo de nuestra costa.

El consejo de mi esposo se opuso, puesto que después de la devastadora guerra contra Rusia y la pérdida de Finlandia, el país estaba debilitado.

—Suecia no tiene querellas directas con Inglaterra —me explicó Bernadotte—. ¿Qué ganaríamos con empezar un conflicto con la potencia naval más grande del mundo?

No obstante, las novedades de París que me interesaban a mí eran de naturaleza muy distinta. En marzo leí con atención la noticia de que al fin Napoleón tenía un heredero. María Luisa había tenido un niño, Napoleón Francisco Carlos José Bonaparte, tan sólo después de un año de matrimonio. «Toda Francia está en éxtasis», me escribía Julia. Describió las fiestas que celebraban en todo París: el vino fluía de las fuentes, había fuegos artificiales, los francos llovían sobre las multitudes eufóricas que bailaban en las plazas. En las Tullerías se celebraban bailes con champán. Yo extrañaba a Julia y ansiaba hallarme a su lado durante esas fiestas y galas. Era horrible estar tan dividida: por una parte, sabía que la relación entre Napoleón y mi esposo se enfriaba cada vez más; sin embargo, no podía sentir a Suecia como mi hogar. Sólo deseaba estar en Francia.

Capítulo 38

PLOMBIÈRES, FRANCIA
VERANO DE 1811

—No sólo es el agua —expliqué pasando mis pies descalzos sobre la superficie tibia de la piscina—, es la tierra. Tierra francesa. Ésa es mi cura, más que estas aguas curativas.

Julia rio, sumergió la mano en el agua y me salpicó.

—¿Qué? ¿Quieres decirme que disfrutas del agua que no tiene focas ni osos polares nadando junto a ti?

—No me hables de Suecia. —Me estremecí a pesar del calor del verano y el agua templada.

—¿La condesa de Gotland no desea consultar a sus vasallos godos? —bromeó Julia, haciendo referencia al seudónimo con el que viajaba.

—Volveré a tener frío sólo de pensarlo. Apenas acabo de descongelarme.

Julia y yo visitábamos las aguas termales en Plombières, un balneario enclavado en las montañas de Vosgos, al noreste de Francia. Desde tiempos romanos, estas aguas se habían considerado curativas y habían sido un destino popular para las personas enfermas y cansadas. Recordé que Julia y Josefina habían venido a estas colinas boscosas, desesperadas por quedarse embarazadas.

—¿Cómo está? —inquirí, con la mirada sobre las aguas ondulantes mientras mi mente viajaba a otro lugar.

Julia suspiró; no necesitaba preguntar de quién hablaba.

—No la he visto en meses; él la visita en secreto. No quiere que los periódicos se enteren…, ni su corte. O, Dios no lo quiera, su nueva emperatriz. Pero he oído que llora casi todos los días.

Asentí.

—Lo sigue amando, ¿sabes? —continuó Julia—. Y él la ama a ella, aunque no pueda darle un hijo. —Julia pasó sus dedos mojados sobre la frente para humedecerla. La tarde era agradable; no escucharía ninguna queja de mi parte—. Está... sobreviviendo.

—Por supuesto que está sobreviviendo —dije. Eso era lo que hacía Josefina: sobrevivir. Cada una a su manera, pero era lo que todas hacíamos. Así era nuestra vida como mujeres.

Había ido a ese balneario cuando empezaba el verano, por orden de mi médico, ya que mi resfriado prolongado se negaba a desaparecer junto con el invierno sueco. Había viajado desde Estocolmo con Elisa, que estaba igual de contenta de regresar a Francia. Julia me alcanzó en las montañas, desde su propiedad en Mortefontaine, para tomar las aguas conmigo. Disfrutamos juntas de esos días tranquilos; dormíamos hasta tarde, desayunábamos en la veranda de nuestra suite en el Gran Hotel. Por las tardes tomábamos las aguas y caminábamos por los senderos boscosos, o dormíamos la siesta en el porche cuando el aire fresco hacía crujir los árboles.

Mi esposo estuvo de acuerdo en que viajara, puesto que había sido una recomendación médica para mi salud, pero no permitió que me llevara a Óscar. Por mucho que lo lamentara, ya no era mi niño pequeño: había crecido y ahora era un joven en la línea de sucesión al trono. Ese verano cumplió doce años y había comenzado su educación formal sueca.

Poco a poco, los días estivales se hacían más cortos. El otoño se acercaba; lo sentía en las noches largas y en la frescura del aire seco de las mañanas. También era evidente el cambio de los colores en las montañas y la luz que se tornaba oblicua, con un brillo dorado.

—Quédate. —Julia fue la primera en darme la idea—. Quédate en Francia —insistió a la hora de la cena. Era casi el final de agosto y ambas teníamos los hombros cubiertos por unos chales, algo que hasta entonces no habíamos tenido necesidad de hacer; otro presagio desagradable de que el verano llegaba a su término —. Yo soy reina de España, pero no me siento cómoda en ese

palacio de Madrid. Dios me guarde, ¡sólo pensar en un verano español! —Agitó una mano, con gesto despectivo—. Si estos hombres quieren jugar a dar y quitar coronas, déjalos. Pero ¿por qué las mujeres tenemos que padecerlo? Quédate aquí. Todavía tienes tu casa en la rue d'Anjou. Ven a París conmigo este invierno. Óscar está contento en Suecia. Bernadotte está ocupado con sus deberes. ¿Por qué tienes que regresar si tu salud está en riesgo?

Era cierto que tan sólo imaginar el viaje por mar de regreso a Suecia me aterraba; no soportaba la idea de pasar otro invierno en Estocolmo, refugiada en ese palacio con Hedvig y comiendo bandejas de insípido arenque encurtido. Ni tampoco la de apenas ver la luz del sol a través de las ventanas ni, por supuesto, poder sentirla en mi piel. Comencé a llorar y a temblar sólo de pensarlo.

Al ver mi ansiedad y al escuchar que los nervios me provocaban insomnio, el médico me prohibió el viaje de regreso.

—Será contraproducente para los grandes esfuerzos que ha hecho su alteza real durante todo el verano. Lo que su alteza necesita es descansar, no un viaje agotador por mar y tierra hacia un helado clima invernal.

No estaba segura de que «grandes esfuerzos» fuera el término exacto, pero no discutí las órdenes del médico. Era cierto que Óscar estaba feliz y que Bernadotte estaba ocupado, ¿cuál era la urgencia de que yo regresara a Suecia? Le escribí a mi esposo para contarle lo que el doctor me había recomendado; no le dije que había sido una orden y recé para que aceptara la noticia de buen grado.

Con mi larga ausencia, quizá Bernadotte se buscara una amante; cabía la posibilidad y yo tendría que lidiar con eso. Ningún hombre podía soportar que su esposa se ausentara durante tanto tiempo, en particular un rey que tenía a las mujeres más hermosas de su corte constantemente prendadas de él. Tenía a mano a una gran cantidad de posibles amantes, y ésa era una realidad que estaba dispuesta a aceptar. Si eso lo hacía feliz, si mantenía la armonía entre nosotros y me brindaba la libertad de quedarme en mi estimada Francia,

cerca de Julia, ése sería el precio de mi libertad y estaba dispuesta a pagarlo.

Julia y yo le dimos la bienvenida al nuevo año, 1812, con champán y ostras en mi casa de la rue d'Anjou. Vivía en París como la condesa de Gotland, aunque, por supuesto, los miembros de la familia Bonaparte conocían mi verdadera identidad. Las hermanas Bonaparte me visitaban de vez en cuando y me interrogaban sobre Suecia y mi marido. En sus preguntas podía advertir la obra de un espía; sabía que se lo comentaban todo a su hermano, así como ellas sospechaban que yo le pasaba un informe a mi esposo.

Con respecto a Estocolmo, extrañaba a mis hombres, Óscar y Bernadotte, y nada más. París era una ciudad que atravesaba una gran transformación. Napoleón cambiaba gradualmente los nombres de origen Borbón y revolucionario de calles y plazas para que ahora reflejaran la gloria de su nuevo imperio. Había mandado construir un enorme templo modelado a partir de los edificios de la antigua Grecia; se llamaría la Madeleine y lo dedicaría a los hombres de su Gran Armada.

Aparte de los ambiciosos proyectos de construcción, las maravillosas colecciones de arte y la riqueza en aumento de los súbditos de Napoleón, ese invierno la ciudad de París estaba inquieta, una ola de tensión latente viajaba por el viento frío. Un gran cometa se cernía sobre nosotros en el cielo invernal; un mal presagio, según la gente de la capital. «¿Cuándo se irá?», se preguntaban tanto sacerdotes como eruditos en voz alta.

¿Y adónde irá?, ¿adónde nos llevará a todos?

Julia entró corriendo por la puerta. Bernadotte cumplía cuarenta y nueve años, y yo estaba terminando un pequeño boceto al carboncillo de nuestra amada casa parisina para enviárselo como regalo.

—Désirée. —Mi hermana no esperó a que el lacayo la anunciara y fue directamente a buscarme a la sala.

—¿Qué sucede?

Dejé a un lado mi dibujo y la miré; me puse rígida.

—Tenía que contártelo tan pronto como me enterara. —Jadeó —. José no quiere que diga nada.

—Julia, por favor, siéntate.

Lo hizo y recuperó el aliento para explicarme por qué estaba tan agitada.

—Napoleón ha invadido territorio sueco, los puertos de Pomerania, y ha incautado barcos suecos en el Báltico. No puedo imaginar que Bernadotte no considere este ataque como un acto de guerra.

Era el cumpleaños de mi marido; eso era todo en lo que podía pensar mientras trataba de comprender lo que Julia me acababa de contar. ¿Napoleón no sabía, con su genio peculiar para el detalle y las fechas, que era su cumpleaños? Lo supiera o no, había escogido ese día para atacar Suecia.

Julia continuó.

—No debes escribir nada. Ahora leerán todas tus cartas.

Se acercó a mí y tomó mi mano en la suya, que estaba fría; observó mi palma manchada de negro por mi trabajo de esa mañana. Miré mi boceto, el contorno inconcluso de la fachada de nuestra casa. Quería enviarle este pequeño pedazo de París, de nuestra vida anterior, para calentar los días invernales de mi esposo en Estocolmo. Ahora no sabía siquiera si me lo permitirían.

En cuestión de semanas, mi marido estableció una alianza con Inglaterra y Rusia, una jugada que podía convertirnos en enemigos de Francia. Poco después de eso leí en los periódicos que Suecia y Francia habían roto sus relaciones diplomáticas. Pensé en las palabras que le había dicho Napoleón a mi marido en su despedida, el mismo día en que le concedió la corona de Suecia: «Muy bien, Bernadotte. Adelante. Y que nuestros destinos se cumplan». Nunca hubiera imaginado que llegaríamos a esta lucha y tan rápido; pero quizá no había sido tan rápido como creía.

Para la primavera, justo cuando nuestro cometa se movió y se fue de Francia, así también se marchó nuestra Gran Armada. Una vez más, Napoleón tenía una guerra en la mente; iba hacia el este, hacia las estepas vastas e indómitas de Rusia.

En la calle, el tráfico de los coches repiqueteaba por las calles como cualquier otro día. De pronto, el mundo al otro lado de mi ventana me pareció un lugar aterrador y desconocido.

Como todavía vivía en París, estaba en territorio hostil. Las cartas dirigidas a mi marido se consideraban correspondencia a territorio enemigo, así que dejé de escribirle. Y él hizo lo mismo. Todo lo que recibía eran las inocentes cartas de Óscar, escritas en francés, llenas de noticias sobre sus clases de sueco y sus estudios militares, el clima de Estocolmo y los nombres de los nuevos caballos en los establos reales.

Sentía que mi vida en París era como estar en otro continente, un lugar donde reinaba la incertidumbre y la amenaza de la guerra acechaba constantemente, una nube oscura e inmutable que se cernía siempre en el horizonte. Yo estaba protegida gracias al poder de José en la familia y en la corte, pero me mantenía a una distancia segura y cautelosa. La única persona que me visitaba era Julia; de lo contrario, mi casa se consideraría como el hogar de un enemigo de Francia. Las hermanas Bonaparte dejaron de venir; sabían que mis cartas a Suecia no tenían ninguna importancia política, puesto que los censores de su hermano las habían leído y se dieron cuenta de que no les servían para nada.

A pesar de no recibir cartas de mi Bernadotte, en mi corazón sabía lo difícil que todo este asunto era para él; al igual que yo, no quería declararles la guerra a sus compatriotas franceses. Sin embargo, ahora era un hombre dividido: había jurado proteger los intereses de Suecia, equilibrar los deseos de sus nuevos aliados, Rusia, Inglaterra y Prusia, y al mismo tiempo sentía un amor profundo y duradero por su Francia natal. Lo que él quería, más que nada, era acabar con este constante flagelo de la guerra en Europa.

Pero parecía que éste no tendría fin. Conforme el verano se volvía más cálido, Napoleón marchaba hacia el este y se adueñaba de territorio polaco y ruso con aparente facilidad. Cruzó el río Niemen y avanzó hacia Rusia con el ejército de invasión más

grande que se había visto en la historia de la humanidad. Según los triunfantes periódicos franceses, Napoleón presumía de que lograría tomar Rusia en veinte días, y parecía que sus alardes no eran exagerados. En París escuchamos cómo los supersticiosos campesinos rusos que observaban al ejército mientras cruzaba sus tierras creían que era la llegada del Anticristo, el heraldo del inminente apocalipsis, después del cometa que todos habíamos visto arder brillante por los cielos.

Cuando llegaron las noticias de que Napoleón había tomado Moscú, las campanas repicaron desde Notre Dame hasta Saint Denis. Empezaba el otoño y la fresca noche parisina estalló con el ruido y el color de millones de fuegos artificiales. Napoleón declaró la victoria. De manera increíble, los rusos quemaron su propia capital antes de abandonarla a los franceses.

Ahora mi esposo se veía obligado a honrar el juramento que había hecho ante Inglaterra y Rusia, y tendría que unirse al ejército de naciones en contra de Napoleón. Esto significaba que yo también enfrentaba una decisión desgarradora: emprender el viaje invernal por caminos y aguas hostiles para volver con mi esposo a nuestro frío palacio, o quedarme en el país que era mi hogar, pero que ahora me consideraba enemiga del Estado.

Capítulo 39

PARÍS
1812

Quizá incluso Dios se hubiera cansado de los insultos y se hubiera unido a la alianza contra Napoleón. Eso fue lo que llegué a creer y lo que la gente empezó a murmurar en todo París, en Francia y luego en Europa, después de que la nieve y el hielo ruso lograran lo que todos los ejércitos de Europa no consiguieron. Sucedió tal como lo había predicho el zar Alejandro: «Los franceses son valientes, pero nuestro invierno está de nuestro lado».

El zar tenía razón: conforme los conquistadores franceses se preparaban para pasar el invierno más crudo que pudieran recordar, el miedo comenzaba a recrudecerse en las estepas rusas arrasadas por el viento. Helaría aún más, y a más desastres se enfrentaría la alguna vez indómita Gran Armada.

El invierno se abalanzaba sobre París, al igual que las noticias cada vez más devastadoras del este. Napoleón había sido rápido y exitoso en su marcha hacia Rusia, pero ¿cuál fue el resultado? Moscú ardió cuando las brisas doradas de septiembre se convirtieron en los vientos cortantes de octubre; el ejército francés, vencedor, se encontró en una situación insostenible: las líneas de abastecimiento se fracturaron, la comida escaseó y el gran ejército quedó abandonado, atrapado entre una capital en llamas y un páramo de hielo, nieve y patriotas rusos enfurecidos.

Leí en los periódicos que Napoleón había ordenado la retirada, pero las implacables tormentas de nieve hicieron casi imposible el movimiento de una fuerza tan grande. Las despiadadas temperaturas invernales llegaron a varios grados bajo cero. Podía imaginarlo todo conforme lo describían: cadáveres de

caballos apilados bajo montones de nieve fresca, los labios de los soldados congelados en tal grado que no podían gritar de agonía. Los hombres que no morían congelados lo hacían lenta y cruelmente de inanición; hombres desesperados obligados a comerse sus caballos y perros. Incluso llegaron rumores de hombres que se comían a sus compatriotas fallecidos. Quienes no morían congelados o de inanición, o no se volvían locos, se veían acechados por soldados rusos y campesinos enfurecidos, deseosos de vengarse al fin.

Al ver la completa inutilidad de su lucha, Napoleón huyó en un trineo tirado por un caballo a toda carrera por la nieve, envuelto en su abrigo de marta cibelina y con sus botas forradas de piel. En París oí que había regresado a las Tullerías justo a tiempo para asistir a los bailes de Navidad en la corte, mientras que sus hombres, lejos de casa, sin comida y sin botas, perdían las extremidades y la cordura a causa del hielo, la nieve y la congelación. «Bueno —pensé con rencor—, siempre supo cómo cuidar de sí mismo.»

Ahora los ejércitos de Rusia, Prusia, Inglaterra y, sí, Suecia, perseguían al devastado ejército de Napoleón por toda Europa. En primavera estaban listos para invadir el Imperio francés. Julia y yo pasábamos juntas casi todas las tardes, leyendo los periódicos o caminando por el salón, y nos preguntábamos cómo y cuándo terminarían las batallas. Todo París estaba expectante.

Tomamos conciencia de que Napoleón no era invencible, tal como pensábamos. De hecho, estas otras naciones quizá pudieran derrotar al hombre a quien consideraban el azote de Europa. Pero sólo aceptarían una rendición completa y total.

Mientras los aliados se acercaban a Francia, mi marido estaba apostado con su ejército cerca de Bruselas, en la frontera francesa. Me pregunté si lo vería aquí, en París; mi corazón ansiaba verlo, pero también sufría por Julia. Agradecía que Óscar estuviera instalado en Suecia, pero también rezaba por la seguridad de mi marido.

—Las tropas rusas se acercan —me informó Julia, con una voz que últimamente siempre sonaba preocupada—. Las tropas del zar ya están en suelo francés. José me dice que ahora se encuentran muy cerca de la capital. Todos los Bonaparte están agitados.

Al aceptar lo inevitable, Napoleón huyó a Fontainebleau, el glorioso castillo que yo recordaba como un cuento de hadas, el lugar en el que había destrozado el corazón de Josefina. Por su parte, ella se refugió en Malmaison, con sus joyas favoritas cosidas bajo la ropa. María Luisa se quedaría en París con su hijo, sin duda emocionada por la idea de caer en manos austríacas.

Yo también vi lo inevitable: mi hermana estaba casada con el aliado más cercano de Napoleón, su hermano favorito, su confidente inseparable. José y Julia tendrían que huir, así que hicieron planes para viajar al oeste, donde estarían cerca del Atlántico y de una salida rápida por mar.

La mañana de su partida nos dijimos adiós con un abrazo en la mansión de mi hermana. Las palabras no podrían expresar lo que sentí al despedirme. Hasta donde tenía memoria, y mucho antes, Julia había sido una constante en mi vida, la relación que me definía, mucho más que cualquier otra relación, ya fuera mi marido, mi hijo o incluso Napoleón.

—Lo más terrible de todo esto —dije, tratando de retener las lágrimas—, lo que hace que ésta sea la separación más difícil de todas las que hemos tenido, es que no sé qué va a pasar después.

—Nadie lo sabe, querida —respondió mi hermana, tomándome de los brazos—. Pero ¿alguna vez lo hemos sabido realmente? Nunca hemos tenido el lujo de la certeza, no en los tiempos que hemos vivido.

Cuando Julia se fue, mi cuerpo se rindió. Me llevaron a la cama esa tarde, mi pecho estaba dolorido por la tos, mis articulaciones inflamadas por el reumatismo. El médico me visitó y me preparó un brebaje que tomé en tres tragos. Cerré los ojos y me sumergí en la mullida suavidad de mi vieja cama, deslizándome en el bienvenido alivio temporal de un sueño oscuro e inconsciente.

Los rusos fueron los primeros en llegar a París por la frontera este. A partir de ese momento, su número fue en aumento: rusos, prusianos y austríacos entraron a la ciudad mientras los franceses se encerraban en sus casas, nerviosos y en silencio. Pero ¿dónde estaban los suecos?

No me atrevía a salir. Las rejas de mi casa estaban cerradas con llave y las puertas, bloqueadas. Sólo podía ver a través de las cortinas a los hombres barbados, cosacos rusos, en sus túnicas de lana tejida y pantalones azules. Escuchaba fragmentos de lo que se decían en su idioma, extraño e incomprensible. Éstos eran los mismos hombres que habían quemado su propia capital en lugar de permitir que cayera en manos del enemigo y ahora estaban aquí, atando sus caballos frente a las escaleras de nuestros lujosos edificios de piedra caliza y orinando en los arbustos de primavera. El zar Alejandro cabalgaba a la cabeza del gran desfile que avanzaba por los Campos Elíseos. Gracias a mis doncellas oí que su excelencia se alojaba con Talleyrand en la magnífica mansión junto a las Tullerías, una residencia que el ministro había recibido de Napoleón. También se decía que el zar estaba ansioso por conocer a Josefina.

Tenía miedo, pero no había motivo para ello. Aunque pareciera irónico, ahora que las tropas aliadas se hallaban en la ciudad, yo estaba más segura que durante el reinado de Napoleón. Yo era la princesa real de Suecia, casada con uno de los líderes de la coalición, aunque en mi corazón seguía identificándome como francesa. Sólo quería que mi Bernadotte estuviera aquí conmigo.

Semana tras semana, esperé. Cada ruido de pasos en la planta baja traía consigo una nueva esperanza de ver a mi oficial, al sargento Piernas Hermosas, cabalgando a la cabeza del ejército sueco. Pero no llegó.

La mañana de Pascua me desperté con el resonar de las campanas de las iglesias. Me puse una bata de seda y bajé la escalera, preguntándome si los sirvientes nos darían alguna noticia al hacer

sus recados matinales. Pero ahí en el gran salón, al pie de la escalera, mis ojos se posaron en algo inesperado, algo que hizo que me brotaran lágrimas de alivio y alegría en mis ojos adormilados.

—¡Felices Pascuas, querida!

—¡Bernadotte! —Corrí hacia mi esposo y me arrojé a sus brazos—. ¡Al fin! ¡Oh, te he estado esperando tanto tiempo! Gracias a Dios que ya estás aquí.

Me tomó de los brazos y se alejó para mirarme. Yo también lo observé con cuidado; lo encontré muy apuesto bajo su túnica de oficial de terciopelo púrpura, cuello alto y charreteras doradas. Llevaba unos pantalones blancos y botas altas. Tenía el cabello más largo y el rostro rubicundo por la larga marcha. Me ofreció una sonrisa cansada.

—Te veo bien, querida.

—He estado enferma, enferma de angustia. —Tiré de él hasta el sofá más cercano y nos sentamos—. ¿Por qué has tardado tanto?

—La guerra, amor mío. No fue fácil vencer a Napoleón.

Permanecimos sentados, juntos, durante horas. Bernadotte me contó las luchas de los últimos meses. El enfrentamiento final y decisivo se había librado en lo que se conocía como la batalla de las Naciones, cerca de la ciudad alemana de Leipzig. Napoleón había sido derrotado, pero su gobierno se había apresurado a establecer su propio tratado de paz por separado.

—Talleyrand alberga a los rusos —le dije.

Bernadotte asintió.

—Sí, y hemos oído que Josefina recibe al zar en sus jardines de Malmaison. Y quién sabe dónde más.

—Me alegro por ella —confesé, con las palmas de las manos sobre mi regazo—. Ella habría huido con Napoleón y estaría a su lado, incluso en la derrota. Pero él la apartó a un lado y la reemplazó por una princesa Habsburgo cuando le convino.

—Y ahora la esposa Habsburgo lo ha traicionado —explicó Bernadotte con un suspiro—. No debería sorprenderse. Ella criará al niño en Viena y el pequeño crecerá pensando que su padre es el enemigo.

Parpadeé mientras mi mente daba vueltas tratando de

comprender este giro de los acontecimientos. Y todo había sucedido en cuestión de meses.

—¿Y cómo ha estado París? —preguntó mi esposo.

—Tranquilo, al menos entre los franceses —respondí—. La mayoría permanece en sus casas. Yo no he salido. Las tropas extranjeras están aquí, por supuesto. Pero he visto la flor de lis de los Borbones sobre las solapas de quienes caminan por la ciudad.

Bernadotte escuchaba y asentía con firmeza.

—Pondrán a Luis XVIII, el hermano del fallecido rey, en el trono. Los altos generales de Francia han denunciado a Napoleón y han prestado juramento de lealtad a los Borbones. —Arrugó la frente y advertí que su rostro tenía arrugas nuevas y profundas. Tras un gran suspiro, dijo—: A fin de cuentas, todo esto no ha servido de nada.

—¿Por qué dices eso? —inquirí.

—Porque Napoleón lo ha arruinado todo.

Me acerqué a él y le cogí de la mano.

—Pero tú estás a salvo, Bernadotte, y yo también. Estaremos bien, ¿cierto?

—Sí, estaremos bien. Suecia es parte de la alianza. —Pero no parecía ni feliz ni aliviado—. Incluso Francia estará mejor tras esta derrota. Al fin se ha ido. Ahora la diplomacia está en manos de Metternich, del zar y de Talleyrand.

—¿Y tú?

Mi marido estaba tenso, lo noté por la manera en que hacía crujir la silla cuando se removía en ella; de pronto, su alta figura parecía pesada e inquieta.

—Me muestran poco respeto. Durante la campaña traté de aconsejarlos, pero las audiencias siempre fueron breves y sin consecuencias. ¿Debían considerarme francés o sueco? ¿Enemigo o amigo? Al parecer no se deciden sobre la cuestión.

Coloqué mi mano sobre su piel áspera y agrietada. Soltó un suspiro lento. Yo sabía cuánto lo torturaba el hecho de verse forzado a pelear contra los franceses, de lucir el uniforme del enemigo contra quien estuvo dispuesto a dar la vida en tantas otras ocasiones. Qué tiempos más absurdos vivíamos.

—Querido… —dije, buscando las palabras correctas que pudieran brindarle un poco de tranquilidad. Quería recordarle que ahora era un líder, que era digno de tomar su lugar entre los reyes, aunque sintiera que sólo era un soldado sin patria.

Pero antes de encontrar las palabras adecuadas para tranquilizarlo, para aliviar su angustia, de pronto el cuerpo de Bernadotte se estremeció de manera violenta.

—¡Oh, Désirée! —exclamó llorando, algo que muy pocas veces había visto—. No te imaginas el dolor que sentí al llegar a estas tierras junto con el ejército conquistador; tierras que tantas veces defendí con mi vida. Y cuando tuve noticias sobre la devastación de los franceses, yo mismo les entregué dinero de mi propia bolsa a los soldados franceses capturados, ¿lo sabías? Habría querido hacer mucho más. Pero ahora me siento como un traidor en mi propia patria.

—No eres un traidor, Bernadotte.

—No peleaba contra Francia, peleaba contra él. Me crees, ¿verdad?

—Por supuesto que sí.

—Arruinó nuestra nación para nuestros compatriotas. Arruinó la Revolución y todo aquello por lo que peleamos. ¿Y sabes qué hizo? Intentó envenenarse en Fontainebleau.

Contuve el aliento.

—¿Intentó? Entonces ¿no lo consiguió?

Bernadotte negó con la cabeza.

—No, sigue vivo para presenciar todo el alcance de su derrota.

—¿Qué pasará con él?

Pero había algo más apremiante para mí: ¿qué pasaría con mi hermana y con José? Aunque eso todavía no estaba decidido.

—Su única opción es el exilio —respondió Bernadotte—. Podrá asentarse en la isla de Elba y torturarse con el recuerdo de su fracaso. Rememorar cómo lo abandonaron su mujer y su hijo, y cómo él mismo abandonó a sus hombres.

Capítulo 40

Rue d'Anjou, París
Primavera de 1815

Cuando desperté supe de inmediato a qué se refería el titular del periódico, aunque sólo fuera una palabra: «¡Napoleón!».

Según *Le Moniteur*, estaba de regreso: había escapado de su exilio en la rocosa isla de Elba y se encontraba en París. En cuestión de minutos, toda mi casa era un caos. Elisa entró corriendo en mi habitación, vestida sólo con una delgada bata de dormir; su cabello suelto le caía sobre el rostro enrojecido.

—¿Gobierna de nuevo? ¿Luis se ha ido? ¿Deberíamos ir a las Tullerías? ¿Enviar una nota?

Le ordené a una sirvienta que saliera a las calles y obtuviera más información; a la hora de la comida ya teníamos algunas respuestas. Napoleón gobernaba Francia de nuevo, explicó casi sin aliento la sirvienta. Escapó y tomó un barco, en secreto, de la isla de Elba con un pequeño grupo de hombres que aún le eran leales.

—¿Por qué siempre tengo la sensación de que Napoleón nunca deja de asombrarme? —pregunté a Elisa, quien estaba sentada al otro lado de la mesa. Ninguna de las dos tocó el plato.

—Porque lo hace —respondió—. Nos coge a todos por sorpresa, a toda Europa. Puedes estar segura de que nadie está más alarmado en este momento que el emperador de Austria.

Sacudí la cabeza y miré el pescado que estaba en mi plato; pensé en todo lo que había sucedido mientras dormíamos, completamente ignorantes. Napoleón había realizado un viaje arduo y furtivo a París. En secreto, había llegado a tierras francesas por la costa sur, había acampado en las montañas cerca de Cannes y había marchado por los Alpes Marítimos hasta la Provenza.

Durante dieciocho días había viajado hacia París sin que lo detectaran y sin ninguna oposición que lo detuviera. Sólo el ejército lo sabía y algunos murmullos de entusiasmo se habían difundido con sigilo, como si la luz de un faro se filtrara por la nación. Los oficiales y los hombres alistados se habían concentrado a su lado y aumentaban las filas, hasta que Napoleón contó con un verdadero ejército. «París o la muerte», susurraban en su marcha hacia la capital con el otrora emperador.

Estas tropas llegaron a París varias semanas después, al abrigo de la oscuridad. Sin embargo, unos ayudantes asustados despertaron a Luis, nuestro rechoncho y gotoso rey Borbón, lo pusieron en un carruaje y lo sacaron de la ciudad. A diferencia de su hermano fallecido, el desventurado homónimo Borbón que había gobernado antes que él, Luis logró cruzar a salvo la frontera con Bélgica antes de que lo atraparan las fuerzas que apoyaban al emperador.

Napoleón marchó hasta las Tullerías sin ninguna oposición y se declaró emperador de Francia una vez más, saludando a las multitudes que vociferaban y habían acudido en masa a darle la bienvenida.

París estalló en celebraciones.

Los líderes de Europa estaban confundidos y espantados, mientras que en las Tullerías Napoleón ordenaba a sus hombres que arrancaran de las paredes la flor de lis de los Borbones. Corría el rumor de que el emblema de la abeja de Napoleón seguía tejido bajo las alfombras y tapices del palacio, y que habían sacado las pinturas imperiales de David de los almacenes para volver a colgarlas en su lugar original.

Consideré todo esto y me pregunté si alguna vez una mujer se había sentido tan dividida en su mente, en su corazón y en el fondo del alma. No estaba segura de cómo Bernadotte había recibido esta noticia en su palacio de Estocolmo, pero sí tenía la certeza de algo: Julia retornaría a París, y eso me llenaba de una alegría mayor de la que me había permitido imaginar.

Varios días después, mi hermana regresó. Ella y José se instalaron con el resto de la familia Bonaparte en el palacio de las

Tullerías. Me envió una nota para pedirme que me reuniera con ella.

—¿Irás? —preguntó Elisa mientras me cepillaba el pelo frente al espejo de mi vestidor. Algunos mechones plateados se entrelazaban con mis rizos oscuros, pero mis ojos brillaban con la emoción de los últimos días. Quizá aún tenía algunos de mis encantos de juventud.

—Por supuesto que iré —respondí.

—¿A él... le gustaría que fueras? —La miré a través del reflejo del espejo. ¿De quién hablaba? ¿De Bonaparte o de Bernadotte?—. Tu marido —aclaró.

Ignoré la pregunta y sólo respondí:

—Es mi hermana.

Era una fría mañana de marzo; el patio de las Tullerías era un hervidero de actividad. Los soldados marchaban en formación cerrada, los ciudadanos se reunían para celebrar sin cesar el regreso del emperador. Si me hubiera detenido a mirar, habría podido imaginar que nada había cambiado, que simplemente era otro día de fiesta y que nunca había escuchado nada más que las ovaciones de *«Vive l'Empereur!»* en este lugar.

Entré al palacio con paso ágil frente a los guardias que iban vestidos de nuevo con la librea imperial de Napoleón. Encontré a mi hermana en la planta baja, agachada para examinar una alfombra enrollada.

—¡Désirée!

De inmediato dejó lo que estaba haciendo y corrió hacia mí, levantándose un poco la falda para poder atravesar el enorme salón más rápido. Caí en sus brazos. No sabía si alguna vez me había alegrado tanto de reunirme con un ser querido.

—¡Estoy tan feliz de verte! —exclamó. Su aliento calentaba mi cuello.

—¡Yo también!

—Tenemos mucho de qué hablar. Ayúdame, ven.

Me cogió de la mano y caminamos deprisa por la larga galería

de retratos hasta el salón de música. Luis lo había redecorado; advertí que había tapizado de nuevo la mayor parte de los muebles con sus colores preferidos, azul y blanco, aunque la habitación me seguía pareciendo muy familiar. ¿Cuántas noches habíamos pasado aquí, observando a Josefina y su querida arpa, o escuchando canciones, jugando a cartas e intercambiando rumores?

Julia no tenía tiempo para la nostalgia.

—Hay mucho que hacer. Me ha pedido que quite las alfombras, porque los lacayos han dicho que debajo están las abejas de Bonaparte. ¿Me ayudas?

Levantamos la alfombra que estaba junto a nosotras y, como esperábamos, la alfombra imperial se hallaba debajo: las alfombras de Josefina, las que había mandado hacer y habían sido tan onerosas. Nos arrodillamos una junto a la otra y la examinamos en silencio.

—Es el cumpleaños de su hijo, ¿sabes? Cumple cuatro años —dijo Julia en voz baja.

Recordé la fecha, 20 de marzo.

—Cierto —respondí.

—Quiere que ella asista —continuó, y supe a quién se refería. María Luisa, emperatriz titular de Francia una vez más, pero princesa Habsburgo en su corazón, no había regresado a París desde la derrota de su marido.

—¿Dónde está ahora? —inquirí.

—En Viena, con su familia. Se rumorea que tiene un amante, un oficial austríaco tuerto que peleó contra Napoleón durante años.

Contuve el aliento.

—¿Él ha oído esos rumores?

—Por supuesto que los ha oído. Lo sabe todo. Pero no lo cree. No puede.

—Ella hubiera venido —indiqué con seriedad—. Hubiera volado a sus brazos. De hecho, se hubiera ido a Elba con él y, con toda probabilidad, habría tomado el barco de regreso a su lado.

Julia y yo nos detuvimos un momento para pensar en la mujer cuyo fantasma seguía presente en esas habitaciones, puesto que Josefina había muerto. La noticia nos conmocionó: había

fallecido a los pocos días del inicio del exilio de Napoleón a Elba. Una tarde le dio la bienvenida al zar en Malmaison y a la mañana siguiente ella ya no despertó. Corrieron rumores de que el nuevo rey Borbón la había envenenado, pues su popularidad entre el pueblo constituía una amenaza para el nuevo régimen. Sin embargo, yo sabía qué había pasado en realidad: ella murió de pena; siempre dijo que no deseaba vivir sin Napoleón y mantuvo esa promesa, aunque él la apartara a un lado.

—¿Sabes qué fue lo primero que hizo cuando regresó a París? —informó Julia—. ¿Después de saludar a sus soldados y declarar la restauración de su reino?

Me atreví a adivinar.

—¿Verificó sus suministros militares?

Julia negó con la cabeza.

—Fue a Malmaison. Visitó su tumba. José me dijo que lloró todo el tiempo. Dijo: «Sólo la muerte podía romper nuestra unión».

—Así que aún la venera en su altar —comenté, mirando las otras alfombras del salón que todavía teníamos que cambiar—. Rezo porque ella esté en paz, aunque sé que él nunca lo estará.

Sabíamos que habría una guerra. Era inevitable. Los gobernantes de Europa no podían permitir que el orden se perturbara de una manera tan brusca. París hervía en actividades, y nuestros centros y estaciones de reclutamiento se llenaban de voluntarios entusiastas provenientes de toda la nación.

Por fin, María Luisa había contestado desde Viena, pero no era la respuesta que su marido esperaba: le pedía el divorcio formal. No saldría de Viena ni tampoco permitiría que su hijo regresara a París con su padre. A fin de cuentas, él seguía sin heredero. Sólo podía imaginar cómo, encerrado en sus habitaciones privadas, Napoleón había recibido esta dolorosa noticia.

Esa tarde hubo un desfile frente a las Tullerías y miles de parisinos asistieron para ver una vez más al emperador montado en su caballo. Yo estaba de pie junto a Julia y José cuando Napoleón pasó revista a sus tropas y saludó a la multitud que lo aclamaba.

Llevaba otra vez su uniforme de general: el bicornio, una levita oscura sobre el chaleco blanco y pantalones bombachos. Su cuello carnoso estaba apretado dentro del alto alzacuello negro. Sus ojos, siempre atentos, lo observaban todo con intensidad, y parecía profundamente concentrado mientras inspeccionaba a sus hombres y al gentío que se había reunido para vitorearlo. José blandía la bandera tricolor mientras la gente a nuestro alrededor cantaba *La Marsellesa*, el himno nacional.

Julia me tomó del brazo y se acercó para que la escuchara a pesar de la turba ensordecedora.

—Es como si nunca se hubiera ido, ¿no crees?

Observé al hombre que se alejaba; el caballo de Napoleón avanzaba hacia la interminable aglomeración de cuerpos a ambos lados del camino. Todo París estaba de fiesta. Pero ¿por cuánto tiempo?

Conforme avanzaba la primavera, inevitable y gloriosa por toda la capital, se avecinaba una tormenta ensombrecida por la guerra. Napoleón descartó todos los cambios a la constitución y a la legislatura que se habían hecho durante la restauración de los Borbones, pero prometió que no castigaría a quienes habían asumido cargos en ese gobierno. Deseaba tener de nuevo un imperio unificado.

Pero nuestros enemigos también estaban unidos y a finales de la primavera le declararon la guerra a Francia. Se hizo una llamada al servicio militar para todos los franceses en edad de luchar. Desde Viena, María Luisa declaró oficialmente que se ponía de parte de los aliados que peleaban contra su marido. El mío, desde Estocolmo, estaba una vez más en guerra con su patria... y la mía.

El ejército francés salió pocas semanas después a enfrentarse a sus oponentes, que se reunieron al otro lado de nuestra frontera; ambas fuerzas combatieron en una intersección cerca de una aldea rural en Bélgica.

—Es un nombre extraño para un lugar —le comenté a Julia mientras leía el periódico—. Waterloo.

El escritor de *Le Moniteur* pronosticaba que cualquier futura batalla sería decisiva.

Era principios de verano y Julia y José estaban conmigo en la rue d'Anjou. Temían que las Tullerías no fuera un lugar seguro si las fuerzas francesas no salían victoriosas. Yo me sentía agradecida, no sólo porque significaba que mi hermana y yo estábamos juntas, sino también por encontrarme cerca de José cuando llegaron noticias de su hermano.

José recibió la carta al día siguiente de la batalla de Waterloo. Julia y yo nos sentamos en silencio, impacientes, mientras él la leía.

—Hemos perdido —informó palideciendo mientras pasaba con rapidez la mirada por la nota de Napoleón—. Una derrota contundente, desastrosa.

Parecía que Julia iba a desmayarse. Mi pensamiento voló hacia mi marido; sabía que no había peleado en Waterloo, pero que apoyaba a las fuerzas aliadas desde Estocolmo.

—Pero dice que no todo está perdido —continuó leyendo—. Cree que puede volver a concentrar sus fuerzas. Regresará de inmediato a París. Obtendrá el apoyo del gobierno e incitará el patriotismo del pueblo.

—¿Y nosotros qué debemos hacer? —preguntó Julia mirando a su marido con el mismo miedo e incertidumbre que yo sentía.

—¿Qué podemos hacer, *ma chère*? —repuso José—. Esperar a Napoleón.

Napoleón llegó a París la semana siguiente, pero la respuesta a su llamada a la acción no fue la que esperaba. De hecho, después del golpe de Waterloo su parlamento le dio la espalda, con el otrora héroe nacional, el marqués de Lafayette, a la cabeza de los ministros que votaron para expulsar al emperador. Entretanto, la marina inglesa bloqueaba los puertos franceses, y las fuerzas prusianas y austríacas volvían a adentrarse en Francia, rumbo a París.

Napoleón aceptó el inevitable asedio y abdicó tan sólo días después de su llegada a la capital, pero declaró su intención de emigrar a América.

—¿Se lo permitirán? —le pregunté a José.

Estábamos sentados en un carruaje modesto y ordinario; viajábamos de incógnito de la rue d'Anjou a las Tullerías, por invitación de Napoleón.

José se encogió de hombros. Él y mi hermana cruzaron una mirada significativa. Podía leer la angustia en su rostro, la tensión en sus rasgos pálidos, pero no entendí qué quería decir. Tendría que preguntarle más tarde.

Entramos al patio delantero, donde soldados, lacayos y demás personal imperial estaban en frenética actividad. Los aliados llegarían en cualquier momento y las fuerzas francesas que aún no habían huido se preparaban para rendirse. Accedimos al palacio, cabizbajos, para evitar las miradas.

—Querida, te necesito un momento. —José puso su mano sobre la espalda de Julia y la guio hacia la gran escalera—. Tenemos que empaquetar nuestras pertenencias y revisar algunas cosas.

Julia miró a su marido y luego a mí.

—¿Estarás bien? ¿Sola?

—Únicamente serán unos minutos —indicó José—. En realidad, no tenemos mucho tiempo.

—Estaré bien —respondí—. Ve.

Me dejaron y seguí mi camino en la planta baja; en realidad no estaba sola entre las hordas de sirvientes. En silencio, me sumergí en mis propios pensamientos. Los lacayos se apresuraban a descolgar los cuadros, que sin duda llevarían a un lugar seguro en caso de que los aliados quemaran el palacio. Observé las filas interminables de arte invaluable: obras maestras italianas, neerlandesas, españolas y alemanas. Lo había amasado todo y ahora ¿adónde iría? El esplendor adecuado para un glorioso imperio. El reino más grande del planeta. Y dicho imperio seguiría siendo suyo de no haber sido por su insaciable deseo de acaparar y de extenderse, por su codicia.

Estaba tan sumida en mis cavilaciones, en medio de la caótica escena que tenía ante mis ojos, que no me di cuenta de que había alguien detrás de mí hasta que oí mi nombre.

—Désirée…

Era la voz de Napoleón. Me di la vuelta, sorprendida.

—Oh, hola. No os había visto.

—Y yo que pensaba que había perdido mi habilidad para hacerme invisible —dijo con ironía.

Lancé una risita triste y lo miré a los ojos, estudiando al hombre que alguna vez amé. Hacía años que no estaba tan cerca de él, en privado; desde antes de su exilio. Los años no lo habían tratado bien; su cabello se había vuelto escaso en las sienes y estaba completamente calvo. Su piel, alguna vez dorada, ahora se veía pálida y cenicienta, y sus ojos verdes, en general tan alerta y omniscientes, recorrían ahora la galería agitados y apáticos. Los sirvientes continuaban sus labores a nuestro alrededor; él se aproximó y me preguntó:

—¿Cómo estás?

Me encogí de hombros. No había manera de responder a eso.

—¿Y vos?

Ignoró mi pregunta; abría y cerraba sus manos de manera inquieta sobre su redonda barriga.

—Tu hermana siempre estará a salvo. Quiero que lo sepas.

Bajé la mirada.

—Es un alivio escucharlo. Gracias.

—Tendrá que irse de Francia, por supuesto. Pero no le harán daño. Y José es un buen hombre.

—Lo es —asentí.

Napoleón me miró de cerca.

—¿Y hace feliz a tu hermana?

—Sí —respondí—. Su unión siempre ha sido feliz. Me alegro mucho… por ellos.

—Y pensar que tú pudiste tenerlo…

Desvié la vista hacia la larga galería. Era mejor dejar enterrada en el pasado una historia tan vieja.

—Tu hermana es una mujer afortunada —continuó— por estar casada con mi hermano.

—Así es —fue todo lo que dije como respuesta.

Siguió mi mirada y clavó los ojos sobre los cientos de obras de

arte, la invaluable colección cuyo destino ahora tendría que decidir.

—¿Sabes? José se ofreció a ocupar mi lugar.

Me volví hacia Napoleón, boquiabierta por el asombro. ¿Ocupar su lugar? ¿Soportar el castigo para que su hermano pudiera quedar libre? A eso se debía la tensión que había percibido entre Julia y José en el carruaje. Su marido hizo esa oferta y mi hermana estaba furiosa por ello.

—Lo rechacé —afirmó al notar mi angustia por Julia—. Ya me ha dedicado gran parte de su vida, no puedo esperar que renuncie a ella por completo.

Tragué saliva y asentí despacio; noté que el alivio se esparcía por todo mi cuerpo. Tras una larga pausa, Napoleón se acercó y murmuró:

—¿Y tú?

Inclinó la cabeza hacia un lado y me contempló con sus intensos ojos verdes; supe que sería la última vez. Parpadeé y, por un segundo, vi los mismos ojos verdes en el rostro joven, delgado y dorado; el cabello oscuro y ondulado, grueso y despeinado; un jardín fragante de fondo donde la cálida brisa transportaba el trinar de los pájaros, la distante bocina de un barco atracando en el puerto. Volví a parpadear y todo había desaparecido. Napoleón estaba frente a mí de nuevo, con su rostro pálido, cansado y abotagado. Esperaba mi respuesta.

—¿Yo qué? —inquirí, no estaba segura de lo que significaba su pregunta.

Movía las manos como si no supiera dónde ponerlas, pero sus ojos seguían fijos en mí.

—¿Tú eres afortunada, Désirée? ¿En la elección de marido? —Me moví incómoda y evité su mirada escrutadora. Antes de que yo pudiera responder, agregó—: Ambos sabemos que estás mejor… que estás mejor con Bernadotte que si te hubieras quedado conmigo. Pero ¿te hace feliz?

Me enderecé y respondí en voz baja.

—Sí. Me hace feliz.

Napoleón asintió sin dejar de examinarme.

—Bien. Sí. Entonces, estoy contento. —Forzó una sonrisa, una expresión cansada y sin alegría—. Yo fui el más afortunado de todos. Josefina hubiera venido conmigo a Santa Elena. Pero lo eché todo a perder.

Capítulo 41

ESTOCOLMO
ENERO DE 1818

—Un brindis por su alteza real, el príncipe. —La reina Hedvig alzó su copa de champán en dirección a mi marido mientras unos murmullos cordiales de aprobación recorrían la gran sala de banquetes.

En el exterior del palacio la noche era helada; una constante cortina de nieve caía sobre la ciudad, pero en el salón, donde cientos de velas destellaban sobre las elaboradas joyas y atuendos de nuestros invitados, la luz era brillante y cálida. Todavía no habíamos llegado al sombrío período de Cuaresma y la corte había organizado un baile para celebrar el quincuagésimo quinto cumpleaños de Bernadotte.

—Que conservéis buena salud, señor —añadió Hedvig; su esposo, el rey, asintió débilmente a su lado, otorgando su bendición al brindis, aunque por supuesto todos sabíamos que no era necesario.

Después, Hedvig me miró, su sonrisa irónica no tenía nada que ver con su mirada.

—Y a su alteza real también, quien, después de todo, ha vuelto con nosotros para reunirse con su marido, su hijo y su corte una vez más.

Asentí de manera sumisa en agradecimiento; alcé la copa de champán frío hasta mis labios, aunque supuse que la intención de Hedvig era más tratar de insultarme que de halagarme.

Yo no le debía ninguna explicación a Hedvig; después de todo, habían sido los médicos quienes me habían aconsejado que no regresara al clima del norte, frío y desagradable, que me era tan

adverso. Le habían escrito a mi esposo en numerosas ocasiones para decirle que el viaje por mar empeoraría mi tos y pondría en peligro mi precaria salud. Yo estaba más que dispuesta a seguir sus órdenes y a quedarme en mi mansión de la rue d'Anjou, y con ello formar parte, de manera inadvertida aunque regular, de la corte parisina de Luis XVIII, ya que los Borbones habían sido restaurados una vez más en el trono francés.

Sin embargo, la impaciencia de mi marido al final salió ganando. Mi ausencia prolongada le estaba causando problemas en la corte sueca: los chismosos me acusaban sin fundamento de tener un amante francés y sus consejeros lo instaron abiertamente a que me pidiera el divorcio para casarse con una joven noble sueca que fuera fértil y le diera una descendencia de príncipes nacidos en Estocolmo.

Varias mujeres rivalizaban para obtener esa posición. Yo no lo permitiría; no dejaría que el derecho de nacimiento y el futuro de Óscar estuvieran en peligro. No después de todo lo que mi esposo y yo habíamos soportado y vivido en el mundo alocado que nos había tocado vivir.

Así que regresé a Suecia, dejando Francia y la esperanza de una posible reunión con Julia para volver al lado de mi marido y mi hijo. Aquí estaba una vez más, en la agonía del viento del norte, con las noches heladas y las miradas aún más frías de Hedvig, el personaje más poderoso de la corte.

Esperábamos que el ascenso de Bernadotte al trono tuviera lugar pronto. Durante estos días, el rey Karl apenas había salido de sus habitaciones privadas, pero, cuando lo hacía, sobre todo durante eventos de la corte como éste, parecía cada vez más pálido y débil. Pero ahí estaba Hedvig, asegurándose de que realizara sus funciones públicas esa noche del banquete de cumpleaños de mi esposo.

—Bien, ¿bailamos? —Hedvig lo planteó como una pregunta, pero le dirigió a su esposo una mirada impaciente que lo obligó a levantarse.

El rey Karl obedeció y varios ayudantes se apresuraron a sostenerlo mientras él se levantaba despacio de la silla, con una

suerte de estertor y jadeos irregulares. Tenía que bailar por lo menos una pieza; después saldría del salón y regresaría a su cama.

—¡Bravo! —exclamó mi marido, agradeciendo con aprecio el gran esfuerzo del rey enfermo.

Los cortesanos formaron un círculo para observar a Hedvig y a Karl al cruzar el salón hacia los músicos y abrir el baile. Los violinistas elevaron sus arcos, ambos bailarines tomaron su lugar y, en el momento en el que la música empezaba, el rey Karl se desplomó en el centro del salón, un bulto frente a su mujer, que se quedó estupefacta. Los doscientos invitados se quedaron sin aliento. La música se detuvo y la reina Hedvig gritó, llevándose su mano enguantada a la boca. Un segundo después, recuperó la compostura y ordenó a un grupo de sirvientes que levantaran a su esposo. Ella los siguió mientras se apresuraban a salir del salón. Gritos de «¡Larga vida al rey Karl!» por parte de los cortesanos asombrados siguieron su partida.

«Apoplejía.» A la mañana siguiente, la palabra se extendió como una plaga por los largos y fríos pasillos del palacio. El debilitado rey había sufrido un segundo derrame cerebral. La corte esperaba noticias, mientras que un equipo de médicos y sacerdotes rodeaba al rey noche y día. Estocolmo era una ciudad que se encontraba al borde de los nervios cuando terminó el gris y lúgubre mes de enero. Los ministros de mi marido le informaban dos veces al día, por la mañana y por la noche, sobre el estado del rey. Aunque en la práctica este percance no modificaba nada, puesto que mi marido ya había asumido su papel de regente, sentimos que muy pronto tendría lugar un cambio mucho más oficial.

Una semana después, mi esposo y yo estábamos en su salón privado jugando al bridge con el conde Mörner y los hermanos Löwenhielm. Un pequeño grupo de músicos cantaba y, como habían acabado las obligaciones oficiales del día, estábamos relajados y reíamos de la presunción gascona de mi marido. De

pronto, varios consejeros reales irrumpieron en la sala, sonrojados.

Nos dimos la vuelta, sorprendidos. Mi esposo bajó sus cartas y vi cómo tensaba el mentón y asentía despacio, muy serio.

Un segundo después, los recién llegados hicieron una reverencia frente a Bernadotte, con la mirada hacia la alfombra. El conde Mörner comprendió el gesto y de inmediato se puso de pie para hacer el mismo gesto solemne.

El viejo rey había muerto. La sala se llenó con una ovación: «¡Larga vida al rey Karl Johan! ¡Larga vida a la casa Bernadotte!».

¿Cuántas veces había participado en coronaciones y otras ceremonias de la corte? Demasiadas como para contarlas. Pero nunca antes había sido yo el centro de atención; nunca había imaginado que me coronarían reina de una de las potencias más antiguas e importantes de Europa.

Esa mañana de principios de mayo, cuando los días son más largos, el sol salió muy temprano acogido por una salva de cañones ceremoniales mientras la ciudad de Estocolmo se preparaba para celebrar nuestra coronación. Poco después del alba, las campanas de la iglesia empezaron a sonar por toda la ciudad, puesto que este día era importante no sólo para el Estado, sino también para la Iglesia.

Mi esposo y su gobierno lo declararon día de fiesta nacional, y las multitudes salieron a las calles para disfrutar de las festividades. Los heraldos marchaban por la ciudad proclamando las nuevas: mi esposo sería coronado rey de Suecia, Noruega, los godos y los vándalos. Desde mi habitación vi las brillantes banderas suecas desfilar por el patio y más allá de las grandes rejas del palacio. Esta parte era nueva, no formaba parte de la pompa tradicional de coronación sueca, pero Bernadotte deseaba evocar un sentimiento festivo y dar peso a la ceremonia, ya que él no tenía abolengo o herencia sueca. Éramos una nueva dinastía y, como tal, mi marido consideraba que resultaba de suma importancia que ese día estuviera marcado por la majestuosidad y el simbolismo, incluso si teníamos que pedir prestado ese

significado de otras tradiciones.

Elisa me ayudó a vestirme, nos llevó toda la mañana. Mandé confeccionar un vestido nuevo de hilo de plata a juego con el atuendo de mi marido. Bernadotte portaría la antigua corona del amado rey de Suecia, Erik, a la que añadieron algunos grandes diamantes que él había traído de Francia y un orbe de zafiros. Yo portaba una tiara de diamantes en el cabello recogido, una gargantilla de diamantes y diversas joyas que hacían juego en orejas y muñecas.

Al salir del palacio junto con mi marido y mi hijo observé el espectáculo. Las multitudes llegaban más allá de donde me alcanzaba la vista; la gente ovacionaba, los niños agitaban banderas suecas, los bebés de mejillas redondas estaban sentados sobre los hombros de sus padres. Las campanas de las iglesias clamaban en un coro frenético que acompañó nuestros pasos al salir del palacio y durante la procesión por la avenida Slottsbacken. Llegamos a la catedral de Storkyrkan, donde mi marido se convertiría en el líder oficial de la Iglesia Nacional Luterana. Un gran dosel de tela de oro nos cubría la cabeza. Óscar, que ahora era un joven alto y apuesto, observó con orgullo cómo el arzobispo ungía a su padre.

De regreso al palacio nos condujeron al salón del trono, donde Bernadotte y yo nos sentamos al frente de la sala mientras un interminable río de nobles, alcaldes, miembros del parlamento, funcionarios del gobierno, diplomáticos y hombres del clero sueco se inclinaban frente a nosotros y nos felicitaban, jurando lealtad a la casa de Bernadotte.

La larga noche iluminada por el sol se animó con alegres sonidos de fiesta y fuegos artificiales. En el interior, yo permanecía sentada, tensa y erguida, haciendo mi mejor esfuerzo por parecer majestuosa. ¿Pensé en ella, en Josefina? Por supuesto que pensé en ella, todo el día; fue la reina más elegante que jamás había conocido y ahora compartíamos mucho más que sólo el amor del mismo hombre. Ahora compartíamos el conocimiento de lo que significaba llevar una corona arrancada a la fortuna en lugar de recibirla por derecho de sangre. Y sabíamos que una corona era a

la vez un gran regalo y una pesada carga.

Capítulo 42

París
Primavera de 1821

—Está muerto —le dije a Elisa, y esas palabras me sonaban ridículas, incluso al decirlas en voz alta—. Napoleón ha muerto.

Elisa contuvo el aliento; dejó su taza de café sobre la mesa y corrió a mi lado.

—¡No puedo creerlo! —exclamó, leyendo el periódico francés sobre mi hombro—. No puedo imaginarlo… muerto.

Yo tampoco podía.

—Algunos hombres… —Negué con la cabeza—. Crees que no son mortales. No puedes imaginar que tendrán el mismo destino ignominioso que todos los demás.

Había regresado a mi amada rue d’Anjou. Mis médicos habían insistido en que tomara otro descanso del gélido invierno sueco y yo obedecí con alegría. En la capital francesa vi de primera mano cómo París se sumergía en un estado de profundo luto. Aunque la ciudad estuviera de nuevo gobernada por un rey Borbón, celebraba a su emperador como si aún reinara su gloria. Los residentes y comerciantes cubrieron las ventanas con pesadas cortinas negras. Pálidos y abatidos, los soldados marcharon por las calles; parecía que se echarían a llorar en cualquier momento.

Deseaba saber si las noticias habían llegado hasta mi esposo. Si era así, ¿qué pensaría Bernadotte? Había muerto Napoleón, quien alguna vez fue su amigo, compañero de armas, rival y enemigo. El hombre que destruyó la República que Bernadotte amó y por la que sangró. El hombre a quien le debía su corona y su reino, incluso a su esposa.

Salí corriendo del salón para escribirle una carta; incluiría los

recortes de periódico. Napoleón había muerto a los cincuenta y un años de edad. Un hombre con sobrepeso, mejillas hinchadas y cabello escaso, abatido por un cáncer de estómago. Me parecía difícil creerlo; no podía evitar imaginarlo como el joven soldado corso de cabello largo, implacable mirada del color del mar y modales toscos que no podían ocultar la fiereza de su ambición.

Poco después de su derrota en Waterloo lo habían llevado a la remota isla de Santa Elena, en el Atlántico, cautivo bajo la custodia del ejército británico. Ahí pasaba los largos días sureños practicando jardinería, caminando por las colinas y hablando de los tiempos pasados con el pequeño grupo de sirvientes que lo atendía. Pero, sobre todo, escribía; escribía diarios, escribía sus memorias; su mente hiperactiva se negaba a rendirse, a ceder ante el ritmo tranquilo del exilio en una isla y ante su cuerpo enfermo.

En los días que siguieron a su muerte, los periódicos franceses empezaron a imprimir fragmentos de sus memorias. Él quería que se publicaran, por supuesto. ¿Por qué otra razón alguien como él, un hombre obsesionado con la historia, la leyenda y la idea de un legado, habría pasado sus últimos años escribiendo su propia historia si no era para compartirla con el mundo? ¿Para que su palabra fuera la última? Ése siempre fue su objetivo: modelar los pensamientos y las acciones de quienes lo rodeaban según su voluntad y visión. ¿Acaso no tuvo éxito haciendo exactamente esto durante toda su vida? Y esto es lo que haría también en su muerte.

No me sorprendió ver cuántos de sus escritos se centraban en Josefina. Ella dominó sus pensamientos incluso cuando atendía asuntos tan importantes como la conquista de Egipto o la edificación de un imperio. Así que, por supuesto, ella regía sus pensamientos cuando no tenía nada más que hacer que mirar el mar y recorrer el suelo pedregoso de Santa Elena. «Ella habría venido conmigo. Me hubiera acompañado al mismo infierno.» Él siguió amándola, incluso después del divorcio y de su repentina muerte. Se arrepintió de haberla abandonado por una princesa más joven.

Esa princesa más joven no tenía ningún interés en reunirse con él en Santa Elena, ni siquiera de permitir que su hijo lo

conociera. El niño vivía en Viena, con sus parientes Habsburgo; su título era austríaco: duque de Reichstadt. Napoleón escribía con mucho amor sobre su hijo y delataba su deseo de reunirse con él, cosa que nunca sucedería.

Tampoco me sorprendió ver que Napoleón había escrito muchos pasajes sobre cada una de sus campañas militares y sus impactantes victorias: Austerlitz, Jena, Rivoli, El Cairo y tantas otras. Ni que escribiera de forma tan clara sobre sus logros políticos, poniendo énfasis en el legado que esperaba disfrutar como revolucionario y reformador entre el pueblo francés y, de hecho, toda Europa.

Sin embargo, sí me sorprendió —en realidad, me dejó estupefacta— ver mi nombre, constatar cuánto tiempo y atención había dedicado Napoleón a escribir sobre mí.

> *Ah, Désirée Clary, porque ella siempre será Clary para mí. Yo tomé su virginidad, así que lo correcto era casarla. Primero traté de hacerlo con Duphot, pero sucedió ese desgraciado asunto en Roma. Por lo que Bernadotte fue el hombre afortunado. ¿Acaso no aceptó con mucho entusiasmo lo que le ofrecí?*

Lancé un grito ahogado, mortificado; primero pensé en mi marido y después, horrorizada, me di cuenta de que toda Francia leería ese fragmento. Amigos y desconocidos se enterarían de estos detalles íntimos de mi vida con los dos hombres a los que amé. Y había más:

> *Bernadotte no necesitó que lo convenciera, dada la riqueza y las relaciones de Désirée; sobre todo, el parentesco que ella tenía conmigo a través de su hermana.*

La sangre de mis venas se heló. Miré a Elisa con los ojos bien abiertos, demasiado aterrada para llorar. Napoleón continuaba:

> *Decir que Bernadotte fue una decepción es decir poco. Yo fui el autor de su grandeza. Y pensar lo que le hizo a Francia, lo que me hizo a mí... Al principio, él no era nadie; ni su propia*

madre gascona quería saber nada de él. Pero Francia lo hizo general y después mariscal. Un hombre rico. Bernadotte fue la víbora que criamos en nuestro seno. Él le dio al enemigo la clave de nuestras políticas y las tácticas de nuestros ejércitos.

Dejé el periódico, incapaz de seguir leyendo. «Dios mío —pensé—, por favor, no dejes que mi marido lea esto.» Lo destrozaría; le haría añicos el corazón esta declaración tan siniestra de sus dudas y miedos más profundos. ¡Y de forma tan pública!

Sabía que Bernadotte se torturaba por haber peleado contra Francia. Sabía que, aun ahora, le quitaba el sueño pensar que había actuado por los intereses de su nueva nación, Suecia, en contra de los de su propia patria. Pero también sabía que había actuado por los mejores intereses de Francia, porque ya no creía que Napoleón fuera lo mejor para los franceses. Y fue así como encontró la paz. Sin embargo, ahora Napoleón exponía en voz alta y de manera despiadada esas decisiones tan difíciles. Sospeché que estos pensamientos provocarían una herida más profunda en mi Bernadotte que cualquier otra lesión causada por una espada en el campo de batalla.

En ese momento supe que los sentimientos encontrados de mi esposo hacia Napoleón no acabarían con la muerte de este hombre tan poderoso. Seguirían acosándolo mucho tiempo después de su fallecimiento, quizá el resto de la nueva vida de Bernadotte en Suecia. Lo entendí porque comprendía un poco la manera en que pensaba mi marido; aunque gobernara un reino mucho más grande que Francia, Inglaterra o Prusia, con millones de súbditos, nunca olvidaría al rival que estuvo antes que él para ofrecerle tanto mi amor como el amor de su nación. El hombre que lo elevó al mismo tiempo que lo destrozó. El hombre que, después de todo, le dio esta corona, o que al menos dio su consentimiento y las relaciones que necesitaba para llegar a ella. Mi esposo estaba en deuda con Napoleón en muchos sentidos: su ascenso en el ejército, su nombramiento como mariscal, la corona sueca, incluso haberme conocido. Estaba en deuda con él y, por esta razón, sentía tanto gratitud como un profundo resentimiento.

Cuando al fin tuve noticias de mi marido, sólo me habló de su tristeza. Escribió sobre la admiración que sentía por Napoleón como soldado y que le deseaba un descanso eterno.

Quizá en esos días ya había alguien más en la vida de mi esposo, alguien que aliviaría sus penas del alma, así que ese consuelo no lo encontraría en mí y mucho menos mediante una carta que seguramente leerían múltiples censores. Bernadotte nunca me confió su agonía, pero yo la conocía.

Después de todo lo que se dijo sobre la muerte de Napoleón, no fue sorprendente que mi esposo comenzara a preocuparse, más que nunca, por su propia dinastía. «Óscar debe casarse —me escribió—. Ya es su hora.» Nuestro hijo tenía casi veintidós años y era el heredero al trono de Suecia, por lo que necesitaba una mujer. Sobre todo, necesitaba tener hijos.

En una carta le respondí que estaba de acuerdo. A esa edad, yo ya me había comprometido con Napoleón y él me había roto el corazón; había estado comprometida también con Duphot y después me había casado y tenido un hijo con Bernadotte. Óscar debía comenzar su propia familia. Desde hacía mucho tiempo deseaba que mi hijo se casara con alguna de mis sobrinas, las hijas de Julia: Zenaida o Carlota. Eran unas chicas adorables, muchos años más jóvenes que él, y las habían educado como princesas. Pero mi esposo rechazó de inmediato esa idea porque sabía lo que en realidad significaba: una jugada sentimental motivada por mi deseo de volver a reunirme con mi hermana, en lugar de ser una respuesta inteligente de diplomacia. Además, mis sobrinas Bonaparte llevaban el peor apellido que alguien podía tener.

«Debe ser alemana, rusa o austríaca. Preferentemente, la hija de un rey y, desde luego, de familia favorable. Me gusta la idea de una princesa de Baviera», me escribió Bernadotte.

Estaba decidido: Óscar, que vivía en Estocolmo, haría un gran viaje en el que visitaría las grandes cortes del continente para conocer a los monarcas más poderosos de Europa y, por supuesto, a sus hijas en edad casadera.

Yo seguí su recorrido con el interés de una madre, aunque estuviera en París. Óscar fue primero a Dinamarca, donde no se interesó mucho en las hijas del rey Federico. Después se desplazó a los Países Bajos, pero la joven princesa Mariana de Orange le pareció demasiado tímida. Luego viajó a Baviera, donde gobernaba el rey Maximiliano, de la antigua y prestigiosa familia Wittelsbach. Mi esposo me escribió diciendo que estaba particularmente emocionado por esta etapa del viaje de Óscar; los Wittelsbach eran una dinastía respetada y próspera, y le otorgarían legitimidad a su reciente reinado. Además, la familia gobernante en Baviera descendía de la antigua familia real sueca, la dinastía Vasa. Cualquier alianza con ellos aseguraría que los hijos de Óscar tuvieran un lugar más seguro en el trono sueco.

La hija del rey Maximiliano le había dado una nieta que aún no tenía dieciséis años. Era considerada una alianza deseable y además era católica, como yo. Hermosa, inteligente y con muchos encantos, así como una enorme dote. Bernadotte estaba eufórico; me escribió diciendo que una unión como ésa reuniría «los nuevos intereses con los antiguos».

Se decía que la joven era una gran admiradora de su abuela paterna, una belleza de cabello oscuro que se había ganado el trono a pesar de su deslucida estirpe. Al igual que su abuela, la posible novia era inteligente y carismática, de modales impecables y una elegancia natural.

Y, al igual que su abuela, se llamaba Josefina.

Capítulo 43

AQUISGRÁN, RENANIA
PRIMAVERA DE 1823

No podía creerlo: mi hijo se había enamorado de la nieta de Josefina, la joven que también se llamaba Josefina. Escuchar su nombre completo desató recuerdos que me recorrieron el cuerpo entero: Josefina Napoleón de Beauharnais. Por insistencia de Napoleón le habían puesto el nombre de su abuela cuando nació en 1807; su segundo nombre lo agregaron en honor de su abuelastro, entonces emperador de Francia.

«Éste no es el final, ni para Josefina ni para mí.» ¿Acaso no había pensado eso hacía tantos años? ¿Acaso no había imaginado que el adiós de aquella noche, cuando Napoleón la desterró de su vida y su amor, no sería para siempre?

Ahora, Josefina y yo podríamos reunirnos una vez más, para siempre; pero me parecía sencillamente desconcertante hacerme a la idea. Cuando Josefina estaba en la cima del poder, su hijo Eugène había tomado por esposa a la princesa Augusta, miembro de la familia real de Baviera e hija mayor del rey Maximiliano, de la casa de Wittelsbach. Seguro que su habilidad para sobrevivir provenía de su madre, pues, a pesar de décadas de guerra contra su país natal y de los innumerables altibajos de su padrastro, Eugène siempre fue apreciado en la corte de Wittelsbach y en Baviera. Aunque se hizo adulto cabalgando al lado de su padrastro en los campos militares de toda Europa, cuando llegó el momento, Eugène había sabido distanciarse de la política desafortunada de su familia francesa y asumió el título de duque de Leuchtenberg. Él y Augusta tuvieron siete hijos en Múnich. Su hija mayor, Josefina, era famosa por su belleza: elegante como su abuela paterna, de

quien había recibido el nombre.

Nuestras dos familias se encontrarían esa primavera en Eichstätt, donde se permitiría a la joven pareja cortejar en un ambiente tranquilo y pintoresco en las montañas. Yo estaba al corriente de que mi hijo deseaba comprometerse con Josefina, pero estaba nerviosa porque no sabía nada del corazón de la joven.

La persona que me dio la bienvenida en el andén de la estación de trenes de Aquisgrán no era un niño, sino un hombre. Óscar era alto y delgado, con los ojos oscuros y el cabello grueso de su padre. Era apuesto, aunque un poco reservado cuando tuvo que someterse a mis besos y abrazos entusiastas. Sabía que algunas personas de la corte consideraban que era distante, pero eso sólo se debía a que no tenía los ademanes gascones de su padre; era tímido, como yo.

Sin embargo, a pesar de su timidez, supe al instante que Josefina estaría encantada de casarse con Óscar, al igual que yo, de joven, fui feliz al casarme con Bernadotte. Aparte de lo apuesto que se veía en su uniforme militar sueco, mi hijo era amable y sincero, y estaba destinado a ser rey. Cualquier chica que rechazara su cortejo sería una necia.

Óscar y yo descansamos unos días en Aquisgrán y después viajamos juntos a Eichstätt; llegamos al final de la tarde de un agradable día estival. Era un pueblo encantador, construido alrededor de una antigua iglesia de piedra y enclavado en las boscosas colinas que abrazaban el río Altmühl. Llegamos a un elegante castillo cuya reja de hierro atravesamos para acceder a un gran patio. Nuestro carruaje se detuvo frente a la puerta, donde un pequeño grupo de personas estaba de pie para darnos la bienvenida.

Reconocí a Eugène de Beauharnais al instante. Lo conocí cuando era joven y su rostro no había cambiado mucho. Tenía las largas pestañas y los ojos de color ámbar de su madre. Junto a Eugène estaba una mujer que supuse que era su esposa, la princesa Augusta. A su lado, reconocí de inmediato a la dama de rasgos finos y cabello castaño.

—¡Hortense, qué alegría!

Era la hija de Josefina. Me llegó su imagen de cuando era niña: la hija callada y de buenos modales que a menudo se mostraba más estoica que la madre, a cuyo lado estaba siempre.

Y junto a ellos, la princesa Josefina Napoleón de Beauharnais. Avanzó y me ofreció una alegre genuflexión para después darme la bienvenida; sus mejillas estaban sonrosadas de emoción.

—¡Oh! Su alteza, ¡estoy muy contenta de conocerla al fin! —Se acercó y me murmuró al oído, como si fuéramos viejas amigas. Su gesto tan atrevido me pareció sorprendentemente adorable—. Me han hablado de vos durante toda mi vida. ¡Papá cuenta tantas historias! No podía esperar a conoceros en persona. Oh, lo siento, supongo que debo presentarme. Soy Josefina.

Le sonreí, tratando de estudiarla furtivamente, mientras ella y su hermano saludaban a Óscar. A sus dieciséis años, parecía fresca y llena de vivacidad juvenil. Junto a mi tímido Óscar, se mostraba segura de sí misma, incluso cómoda. Dios mío, era idéntica a Josefina: alta, delgada, con un temperamento afectuoso irresistible. La única diferencia radicaba en su cabello rubio dorado; era de todos conocido que el de Josefina era muy oscuro.

—Muchas, muchísimas gracias por venir —exclamó Josefina, pasando su delgado brazo por el mío en un gesto tan parecido al de su abuela que solté una carcajada—. ¿He dicho algo gracioso? —preguntó inclinando la cabeza hacia un lado y mirándome con sus ojos de tonalidad ámbar.

—Oh, no es nada —respondí, siguiendo su paso. Me vi de nuevo en una fría calle de París, con una perfecta desconocida, la mujer que me había robado a mi prometido, enlazando su brazo con el mío como si fuéramos viejas amigas—. Sólo buenos recuerdos.

—Ah, claro —dijo asintiendo, como si lo comprendiera a la perfección—. Apuesto a que tenéis muchos.

Tuvimos una agenda muy ocupada durante esas dos semanas en Eichstätt; pasamos los días entre paseos en carruaje, comidas en el

campo y caminatas por las colinas. Por las noches disfrutábamos de cenas familiares y de salidas al teatro, algunas otras de baile y música. Mi hijo fue muy atento con Josefina y, por la manera en que ella ladeaba la cabeza hacia él y la forma en que su mirada lo buscaba al entrar en alguna habitación, se podría decir que ella recibía con buenos ojos sus atenciones. Era admirablemente desenvuelta, como su abuela, pero aún era muy joven, así que no resultaba difícil adivinar los anhelos optimistas de su temerario corazón.

Óscar estaba enamorado. Al final de esas dos semanas llamó vacilante a la puerta de mi habitación.

—Entra, querido —dije.

Estaba sentada frente al espejo, en bata, poniéndome un ungüento espeso en mis manos irritadas y adoloridas. Mi reumatismo empeoraba cada año.

Óscar entró y se dejó caer en la cama, con la cabeza sobre las almohadas, como no lo hacía desde que era niño. Despedí a las últimas doncellas que estaban en mi habitación con un rápido buenas noches y pregunté:

—¿Qué pasa, mi amor?

Óscar suspiró, iba a hablar, pero hizo una pausa. Por último, logró decir:

—Mamá, la amo tanto...

Dejé el ungüento sobre la mesita y me volví para mirarlo con una sonrisa.

—Claro que la amas —dije.

Se sonrojó y me miró.

—¿Crees que ella me ama?

—Sí —aseguré.

Óscar se mordió el labio inferior, sus pensamientos se dibujaban en su rostro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es como su abuela —respondí—. Y, al igual que su abuela, no es tonta.

Capítulo 44

Múnich, Baviera
Junio de 1823

—¿De verdad hace tanto... frío?

La prometida de mi hijo me miró mientras estaba sentada frente a mí en el carruaje y, aunque trataba de ocultarlo, noté cómo fruncía el ceño de preocupación. Me mordí el labio para evitar reírme por la pregunta, por la forma en que temblaba aunque fuera un día soleado de junio; yo había tenido la misma inquietud cuando era joven y visité Suecia por primera vez.

Me incliné hacia delante y le di una palmadita en la mano.

—No en junio, querida. De hecho, junio es encantador. Muy soleado.

Josefina asintió, más tranquila, y luego se acordó de sonreír.

—Gracias, señora.

Miró a través de la ventana cómo se extendían los campos de los alrededores de Hamburgo, como un tapiz verde brillante.

Estudié su perfil y supuse que estaba pensando en el hogar que dejaba atrás. ¿Cómo no extrañarlo? Yo misma, con el doble de su edad, viajaba para reunirme con mi marido y mi hijo, y también extrañaba mi patria. Sentí pena por ella. Era cierto que ganaba un prometido apuesto y el trono de un reino vasto; sin embargo, para nosotras, las mujeres, el mundo no era sencillo. Incluso para quienes, a ojos del mundo, éramos afortunadas.

—Óscar estará feliz de recibirte —dije, esperando que mi tono optimista la alegrara. Josefina me miró y sonrió.

—Sí. Y yo estaré encantada de verlo.

En realidad estaba haciendo un gran esfuerzo por ser agradable.

Era la primera vez que Josefina visitaba Suecia y la primera vez que yo regresaba en muchos años. Mi hijo se había adelantado para preparar la llegada de su princesa. Yo fui a recogerla a Múnich, al palacio en el que había crecido. Ahí pasamos unos días con Eugène, Augusta, Hortense y los hermanos y primos de Josefina. Había tenido una infancia feliz, eso era evidente. Eugène había criado a su gran familia en la casa real de su suegro: los inviernos en Múnich y los veranos tranquilos en su mansión en el campo, en Eichstätt. Aunque eran de la realeza, había algo confortablemente doméstico, incluso burgués, en la manera en la que compartían las comidas o leían historias juntos durante las noches. En la despedida, Josefina lloró, pero estaba resuelta y elegante a pesar de su tristeza, tal como yo imaginaba que su abuela se hubiera comportado.

Ahora la acompañaba en un carruaje por el norte de Alemania; después cruzaríamos el mar Báltico en barco. Mi hijo era afortunado con su novia. Las largas horas en esos diminutos camarotes mostraban la verdadera naturaleza de una persona, y mi viaje hubiera sido mucho menos placentero de no ser porque esa chica era una compañera muy agradable. Encantadora, inteligente, de buenos modales, segura de sí misma, así como muy respetuosa tanto por ser menor que yo como por ser mi nuera. Hablaba un francés perfecto, con un sutil y encantador acento alemán; y también italiano, alemán y un poco de inglés y de ruso. Además de la educación básica de toda joven noble —baile, bordado, música y etiqueta—, también había estudiado literatura, geografía, historia, matemáticas, botánica y astronomía. Era una chica que hacía que las conversaciones fueran fáciles gracias a sus preguntas sobre París y Estocolmo, pero había un tema al que recurría con frecuencia.

—¿De verdad conociste bien a mi abuela y a mi abuelo?

Era una mañana de verano y yo me abanicaba en el carruaje; el aire era denso y un poco pegajoso, haría mucho calor. Consideré la pregunta de Josefina. Me di cuenta de cómo, al preguntar, tuvo cuidado de no parecer demasiado entusiasta; era arriesgado, incluso años después, hablar de Napoleón en muchas partes de

Europa, y ella no sabía cuál era mi opinión sobre ese tema. Después de todo, mi marido había luchado en las batallas finales contra él. Pero advertí la llama de interés que se escondía en sus ojos ámbar.

—Así es —respondí.

Cruzó las manos sobre su regazo y miró sus delgados dedos.

—¿Cómo eran? —dijo tras una pausa.

—¿Qué has escuchado de ellos?

Frunció los labios y consideró mi pregunta un momento.

—Mi padre amaba mucho a su madre... Aunque, por supuesto, no hablaba de ella frente al abuelo.

Asentí. Tenía sentido; después de todo, su abuelo era el rey de Baviera y muchos de los principados alemanes fueron enemigos jurados de Napoleón durante décadas.

—Pero leí... —continuó con una sonrisa coqueta. En ese instante, su expresión me recordó tanto a la otra Josefina que sentí que mi pulso galopaba. Si su cabello hubiera sido oscuro como el de su abuela, estaría mirando de frente a la mujer a la que había conocido hacía tantos años—. He leído mucho —añadió al cabo de un momento. Su voz era un murmullo cómplice, aunque estábamos solas en el carruaje.

Asentí y apoyé la cabeza contra el asiento.

—Todo lo que hayas leído sobre Napoleón y Josefina es cierto, porque fueron todo eso e incluso más —dije al fin.

Josefina inhaló poco a poco.

—Sé que... Napoleón... la llamaba bruja.

Hice una mueca.

—Bueno, eso no es cierto.

—Entonces ¿por qué lo decía?

Consideré su pregunta.

—Creo que había dos razones. La primera es que no podía entender, incluso él que lo entendía todo y a todos, cómo era posible que la amara de esa manera tan profunda e intensa. Ella tenía cierto poder sobre él, eso era indiscutible; en realidad, lo embrujaba. Pero puedo asegurarte que no era una bruja.

Josefina asintió, aceptaba mi explicación.

—¿Y la segunda?

—¿Perdón?

—Has dicho que la acusaba de ser una bruja por dos razones. ¿Cuál era la segunda?

—Ah, sí. Bueno, lo hacía por la misma razón por la que tantos otros hombres han acusado a sus esposas de brujería: él quería el divorcio y necesitaba una razón para culparla a ella. Si ella hubiera usado la brujería para obligarlo a casarse, se podría haber probado que la unión era inválida y él sería sólo una desventurada víctima.

Josefina arrugó la frente mientras pensaba en mis explicaciones.

—Sé que sus últimas palabras en Santa Elena fueron sobre ella. Sobre cómo se reencontrarían —dijo al cabo de un instante.

—Así es —confirmé. Yo también lo había leído—. La amó hasta el final.

La chica entrecerró los ojos con expresión pensativa; su rostro indicaba que estaba hambrienta de saber más detalles.

—Entonces ¿cómo era ella?

—Tu homónima —dije.

—Sí.

Me abaniqué buscando las palabras correctas en mis pensamientos revueltos.

—Alguna vez él la describió como una «dama de pies a cabeza». Y en eso tenía razón.

Las manos de Josefina, que descansaban sobre su regazo, retorcían la tela de su falda. Estaba absorta en sus reflexiones.

—Espero ser una dama así —confesó

Sonreí, asentí con la cabeza y, bajando mi abanico, la tranquilicé:

—Lo serás, querida.

Permanecimos en silencio; las dos mirábamos por las ventanas hacia la vasta extensión del prado. La hierba cambiaba, se hacía cada vez más densa, una señal de que nos acercábamos al mar. Al respirar, advertí un ligero olor a sal en el aire y mi corazón se aceleró: la respuesta instintiva de mi cuerpo a los aromas familiares de la costa de mi infancia.

Josefina interrumpió mis pensamientos solitarios.

—He oído que... que también te amó. Antes que a Josefina. Que tú y Napoleón estuvisteis comprometidos para casaros. —La miré a los ojos y asentí. Ella contuvo el aliento—. Entonces... ¿es verdad?

—Lo es.

Se sonrojó con la emoción de la noticia. Se inclinó hacia delante.

—¿Y por qué no os casasteis?

—Porque la conoció a ella.

Se apoyó de nuevo en su asiento, pensó en mi respuesta y su frente volvió a arrugarse con una ingenua expresión de curiosidad.

—Pero... —Iba a formular otra pregunta, pero lo pensó mejor —. No importa.

Agitó la cabeza y sus rizos apretados volaron levemente.

—Dilo, querida —la animé—. ¿Qué quieres saber?

—No... no quiero ser... indiscreta.

—Está bien. —Le sonreí—. Te doy permiso para hacer la pregunta.

—Supongo que sólo estoy confundida. Si tú..., si tú lo amabas y estabais comprometidos, pero luego ella se comprometió con él... ¿Cómo es posible que os volvierais tan amigas? ¿Cómo pudiste estar cerca de ella si ambas amabais al mismo hombre?

Suspiré y miré por la ventana, abanicándome de nuevo rápidamente. Ahora era yo quien se sonrojaba.

—Lo siento. He sido muy atrevida.

—No, no. Está bien —dije negando con la cabeza.

—No, no está bien. Te he ofendido —exclamó.

—De ninguna manera, querida. Es una pregunta justa, razonable. Sólo que no estoy segura de cómo responderla. Todo lo que puedo decir es que no vivíamos en una época normal, así que tampoco eran tiempos normales para amar, como las jóvenes hermosas que éramos, en un mundo que se había vuelto loco.

El rostro de Josefina se suavizó, sus rasgos encantadores se arrugaron con sentimientos genuinos. ¿Comprendía lo que le decía? Lo dudaba. ¿Cómo podría?

—¿Te quedaste desconsolada? —preguntó, inclinándose hacia mí.

Bajé la mirada, me asombraba que esas preguntas provocaran una respuesta tan poderosa en mí, incluso después de todo lo que había vivido y tras todos estos años. Pero en ese instante me di cuenta de que ella era la primera persona que me preguntaba sobre mis sentimientos con franqueza y genuina curiosidad. La primera en llegar tan profundo en mi corazón como para sacar esos recuerdos enterrados durante tanto tiempo, momentos tanto hermosos como dolorosos. Ni siquiera Julia me había hecho nunca tantas preguntas.

—¿Desconsolada? —repetí la palabra que ella había usado—. Supongo que sí, sí. En ese momento.

Josefina dejó caer los hombros en muestra de empatía; me di cuenta de que deseaba acercarse a mí y poner su mano sobre la mía, pero que no estaba segura de la pertinencia del gesto. No la animé ni permití más intimidad. Jamás había hablado tanto sobre el tema y me sentía un poco expuesta.

Inhalé fuerte, enderecé los hombros y recuperé la compostura. Cuando hablé, mi tono era animado.

—Pero después conocí a Bernadotte, es decir, al rey Karl Johan. Y estoy feliz de haberlo hecho.

Josefina consideró mis palabras antes de asentir, imitando mi determinación de estar alegre.

—Yo también estoy feliz de que lo hicieras.

—Por supuesto —dije poniendo las manos sobre mi regazo.

—De lo contrario —añadió—, Óscar no estaría aquí. Y tú y yo lo amamos tanto…

Era la respuesta perfecta: halagar después de curiosear de más. Esta chica me gustaba mucho. Traté de sonreírle cuando, de pronto, sucedió: mi visión se nubló con una ola de pensamientos que cruzaron por mi mente y provocaron que se me pusiera la piel de gallina a pesar del aire caliente. Lo que los franceses llamamos *un éclair*, un rayo. Fue sólo un sentimiento fugaz, una intuición femenina, pero lo supe con certeza: era tan encantadora como su abuela, de quien recibía su nombre; y, al igual que le sucedió a su

abuela, la tragedia se abatiría sobre ella.

—¿Qué sucede? —preguntó, y palideció como si reflejara mi ansiedad—. Parece que hayas visto a un fantasma.

—Nada, querida —la tranquilicé.

Pero quizá sí fue así.

El viaje por mar me hizo enfermar, mucho más que las travesías anteriores, así que me quedé en mi camarote, bajo cubierta. No tenía ni idea de si Josefina se sentía igual de mal, pero el capitán me dijo que no parecía enferma, porque caminaba por las cubiertas con calma; sonreía a la tripulación y conversaba con los sirvientes.

Salí a cubierta sólo cuando el capitán me informó de que habíamos llegado a la bahía de Saltsjön, donde se esperaba que las aguas estuvieran tranquilas. Era un hermoso día de junio, cuando la luz del sol brillaba sin nubes en un vasto cielo azul. Navegamos junto a la escarpada costa, las laderas estaban cubiertas por densos pinos y abetos centelleantes. Respiré hondo los aromas a tierra y bosques nórdicos, una combinación de esencias tan distinta del olor de la costa de los puertos del sur de mi juventud.

Llegamos a tierra a pocos kilómetros de Estocolmo, a mediados de junio, cuando los días eran más largos. Avancé tambaleándome por la rampa de desembarco, ayudada por varios sirvientes y feliz de estar de nuevo en tierra firme. Los empleados se afanaban a nuestro alrededor cargando nuestros baúles y se coordinaban con los maleteros y los cocheros. Josefina trotaba a mi lado, sus ojos claros y brillantes y su rostro animado eran un ejemplo de perfecta salud.

—¿Todo eso es para nosotras? —preguntó, mirando fijamente el carruaje y los otros ocho que nos esperaban.

Estaba claro que mi marido, o quizá mi hijo, quería impresionar a Josefina, porque era uno de los carruajes más grandes que teníamos, bañado en oro con adornos púrpura. Una multitud lo rodeaba y ovacionaba nuestra llegada a suelo sueco.

Esa muchedumbre no disminuyó durante nuestro trayecto por tierra; al contrario, la gente se alineaba a lo largo de todo el

camino y aumentaba conforme nos acercábamos al palacio de verano en el parque de Haga, al norte de la capital. Al cabo de un rato, al fin entramos al patio donde estaban reunidas más personas agitando la bandera sueca y gritando para ver a su nueva princesa coronada, Josefina.

No hice caso de las multitudes porque ahí, frente a mí, estaba mi esposo, a quien no había visto desde que había salido hacia Francia. Bernadotte portaba el uniforme completo; un hombre de cabello completamente gris, pero igual de alto e imponente. A su lado, Óscar, mi querido hijo, tenía un aspecto tímido pero feliz. Estaban rodeados de soldados y oficiales, y una banda militar tocaba el himno nacional sueco, aunque apenas podíamos oírlo por el clamor de la gente que se aglomeraba al otro lado de las rejas del palacio.

Nuestro carruaje se detuvo y unos lacayos nos ayudaron a bajar. Bernadotte me besó en la mejilla, con un afecto controlado, un gesto público apropiado a su realeza. Para la joven pareja fue un encuentro feliz: Óscar tomó la mano enguantada de Josefina y la besó, y se sonrojó como un niño. Después, sin dejar de mirarla con evidente adoración, la llevó hasta las grandes puertas; ahí hicieron una pausa, se volvieron hacia las multitudes y saludaron.

Puesto que no se había previsto ninguna ceremonia formal, Josefina alzó una mano hacia la gente. Por un momento quedé confundida, hasta que me di cuenta de que estaba pidiendo silencio. La muchedumbre obedeció. «¿Qué pretende?», me pregunté. Para mi gran sorpresa, comenzó a hablar. No entendía lo que decía; Josefina estaba hablando en sueco.

Óscar miró con orgullo a su prometida. Bernadotte alzó las cejas y me miró, asombrado. Me encogí de hombros como diciendo que yo estaba tan asombrada como él, pues durante todo el camino, Josefina y yo sólo habíamos hablado en francés.

Cuando terminó su breve discurso, la gente la ovacionó mucho más fuerte que antes. Estaban eufóricos; su nueva princesa no sólo era joven y hermosa, sino que estaba feliz de estar ahí y lo había expresado en su idioma. En una capital que aún me parecía fría y poco hospitalaria, incluso después de tantos años de ser

reina, Josefina obtuvo un éxito inmediato.

Subí los últimos escalones para acercarme a mi futura nuera.

—Josefina, bien hecho —dije.

—Gracias.

Me miró sonriendo y bajó su vista recatada; como tantas veces había hecho su abuela.

—No sabía que hablabas sueco —agregué sin dejar de estudiarla.

Se encogió de hombros y cruzó la gran puerta de doble hoja hasta el fresco vestíbulo del palacio, como si hubiera vivido en él toda su vida.

—No lo hablo. He practicado en el barco.

Capítulo 45

ESTOCOLMO
VERANO DE 1823

Se habían casado por poderes, cada uno en su respectivo reino, como era tradición entre la realeza europea; pero celebramos la boda oficial sueca quince días después de nuestra llegada.

El día del evento amaneció claro y templado. Me vestí en mis habitaciones y luego fui a las de Josefina. Las doncellas me abrieron paso y la encontré sentada en su dormitorio frente a un gran espejo; sus asistentas iban y venían haciendo arreglos de última hora en su atuendo y joyería.

—Buenos días, madre —dijo con una sonrisa que se reflejó en el espejo; luego se levantó para saludarme—. Estás espléndida —murmuró, admirando mi aspecto.

Yo no me sentía espléndida, no junto a su cuerpo esbelto y su sonrisa juvenil; pero hice un gran esfuerzo para conseguir que mis amplias curvas entraran en el vestido de seda gris adornado con topacios. A fin de cuentas, hoy yo no sería el centro de atención.

Avancé y le permití que me besara la mejilla. Olía a fresco: agua de rosas en el cuello y alguna crema floral sobre su suave piel.

—Buenos días, querida. ¿Has dormido bien?

Me tomó de las manos y las apretó, entusiasmada; le brillaban los ojos.

—Casi nada; estaba muy emocionada. Y, por supuesto, dudo que esta noche pueda...

Se llevó la mano a los labios, sonrojada, y lanzó una risita. Yo desvié la mirada, nerviosa. Al lado de la cama colgaba el vestido de novia, una suntuosa confección de seda azul claro y crema

adornada con diamantes y perlas.

—¿Es tu vestido?

—¿No es maravilloso? —Se acercó al vestido y rozó la seda con la yema de los dedos, con miedo de ensuciar la tela inmaculada—. Por supuesto, ya conoces estas joyas —agregó.

Se arrimó a la cama y levantó un magnífico racimo de diamantes, cada joya brillaba de manera asombrosa y era del tamaño de una uva. Se trataba del collar, y junto a él estaban los pendientes y brazaletes que hacían juego.

—Sí —respondí tragando saliva, con voz baja—. Creo... que sí.

—Eran de ella. En París. Él los mandó hacer para ella. —Josefina se giró hacia el espejo y alzó el collar de su abuela, que brilló sobre su cuello de marfil—. Los he mandado limpiar para que resplandezcan como antes, cuando ella los llevaba.

Estudié su reflejo y parpadeé. Por un momento vi a la belleza de cabello oscuro deslizarse sobre una pista de baile parisina: una risa rápida, un emperador enamorado que la observaba, encantado por la sirena que lo había cautivado a él y a toda la ciudad.

—Te quedarán de maravilla —afirmé.

Josefina no me miró, seguía concentrada en su propio reflejo. Inclinó la cabeza hacia un lado y preguntó:

—¿De verdad me parezco tanto a ella?

—Así es, creo que sí. Aunque tu cabello es más claro.

—Sí, he oído hablar de sus rizos castaños. —Se volvió para ponerse frente a mí—. Pero ¿cómo puedo parecerme tanto a ella si nuestro color de cabello es tan diferente?

Consideré la pregunta.

—Se trata de cosas... intangibles... Tu porte, tus gestos... son muy parecidos a los de ella.

Permaneció un instante en silencio y después asintió, satisfecha.

—Me enorgullece.

—Como debe ser.

—¿Crees que...? —Su voz se apagó. Las campanas empezaron a repicar. La ciudad despertaba y las multitudes ansiosas se

dirigían a la catedral para presenciar la ceremonia. Josefina miró su vestido de novia—. ¿Crees que a Óscar le gustará?

—Le encantará, querida. Eres una dama de pies a cabeza.

Observé, un poco asombrada, la facilidad con la que Josefina se desenvolvía durante la ceremonia luterana; parecía mucho más cómoda incluso que mi hijo, quien había recibido su educación bajo el cuidado de nuestro adusto arzobispo desde su niñez. En el momento en que pronunciaron sus votos frente a Dios, cuando los cañones lanzaron una salva y la ciudad estalló en ovaciones eufóricas, Josefina se ruborizó a la perfección. Una novia feliz, encantadora, con la destreza necesaria para saber cómo actuar frente a miles de miradas que evaluaban sus gestos.

En la fiesta que se celebró a continuación, Bernadotte estaba junto a mí, contento de ver cómo las jóvenes parejas de la corte bailaban en la pista. Yo miraba fijamente a mi hijo y a su esposa, impresionada por cómo murmuraban y reían como si estuvieran en una esfera privada, sólo para ellos, entre la música, la gente y la atención de los entrometidos. Era evidente que entre ellos había verdadera calidez e intimidad, aun cuando su unión estaba tan fresca.

—Todo ha salido muy bien —afirmó mi marido con un tono de padre satisfecho—. Ahora esperemos que tengan hijos. Y rápido.

—Vamos, Bernadotte. No hay tanta prisa, ¿o sí? Aún eres joven y fuerte.

—Temo que ya no soy ni joven ni fuerte —respondió.

—Bueno, si lo que deseas es ser abuelo, no creo que haya ningún problema —admití con una risita al ver el claro lenguaje de sus cuerpos, la atracción entre mi hijo y su reciente esposa. Al reír, sentí que el corsé me apretaba el abdomen. Había comido mucho en el banquete. Mis nudillos me molestaban con ese dolor tan familiar. Suspiré, quizá mi esposo tenía razón. Quizá estábamos envejeciendo. Contemplé a los recién casados, que ahora reían por algo que Josefina le había dicho a mi hijo al oído, y luego agregué —: Serán felices.

Intercambiamos una sonrisa de satisfacción, una mirada que sólo se puede tener cuando se sabe que un hijo es feliz.

—Bravo, querida —dijo mi marido; me tomó de la mano y dejó su copa de champán en la bandeja que llevaba un lacayo.

—Yo no he hecho nada —contesté rechazando su halago—. Óscar lo ha hecho, para sí mismo.

—Tú estuviste ahí durante el cortejo. Y nos la trajiste. La acogiste de manera correcta y cálida en nuestra familia. Me alegra que te tenga aquí.

Sonreí y acepté sus palabras, disfrutaba de la atención de mi rey y esposo. De pronto, ignorando el protocolo, ignorando las miradas que yo sabía que estaban fijas en mí, me acerqué a Bernadotte y le planté un beso en los labios.

Me observó sorprendido, un poco aturdido, y lanzó una sonora carcajada, feliz de olvidar por un instante el protocolo conmigo, su esposa burguesa.

—¿Qué decís, señora Bernadotte?, ¿nos unimos al baile de los jóvenes?

Apreté su mano y me dejé guiar hacia la pista de baile; la gente nos abrió paso. Estaba más viejo y, de alguna forma, deteriorado por la edad; padecía una tos persistente que lo molestaba con frecuencia, pero seguía siendo alto y de hombros anchos, y me sentí ligera en sus brazos, cediendo a sus pasos junto al lánguido vaivén de la música y la agradable familiaridad de mi pareja de tantos años.

Me di cuenta de que mi marido seguía teniendo mucha influencia sobre mí. Eso lo noté en su capacidad para hacerme sentir como una niña en un baile, cuyo corazón latía un poco más rápido bajo su mirada de ojos oscuros. Sabía que a él le encantaba contemplarme de esa manera. Nunca perdimos eso, incluso después de tantos años y de las otras pérdidas que habíamos sufrido.

Disfrutamos de un verano encantador y relativamente tranquilo en familia, en el palacio de Haga, a poca distancia del centro de la

capital, pero a un mundo de diferencia de la corte. Josefina adoraba las flores y la jardinería, y en lugar de subestimar un interés tan singular, como hubieran hecho las reinas anteriores, la animé a que estudiara con los jardineros en los invernaderos y los huertos de hierbas. No pude evitar pensar en su abuela, que pasaba tantas horas felices en sus extensos jardines de Malmaison, así que la exhorté a que se ensuciara las manos y la ropa escarbando la tierra.

Mi esposo, que estaba encantado de tener una nuera, estableció un día de fiesta nacional para honrar el santo de Josefina. Así, hubo fuegos artificiales y celebraciones para conmemorar tanto el aniversario de su elección a la corona como la fiesta del Día de Josefina. Las multitudes no aclamaban a su rey, sino a su hermosa nueva nuera, y ella, feliz, sonrió y saludó desde el balcón real.

Los chismosos de la corte insistían en que la popularidad de Josefina despertaba mis celos. Pintaban un cuadro de nuestra familia real con un pincel de discordia y rivalidad; decían que yo estaba ofendida por la atención que mi marido y mi hijo prodigaban a la recién llegada. La prensa escribía que, una vez más, me había eclipsado y reemplazado una belleza carismática llamada Josefina, y que yo la consideraba una adversaria detestable, tanto en la corte como dentro de nuestro pequeño círculo familiar.

Nada de eso me importaba, pues la realidad era que no nos llevábamos mal ni yo la consideraba una rival. En verdad, estaba muy contenta de ver a mi hijo tan enamorado de su joven esposa y el cariño con el que ella le correspondía. Eran afectuosos y amables el uno con el otro, y compartían muchos intereses y pasatiempos: amaban pintar en el jardín, ella cantaba cuando Óscar tocaba el piano, él la escuchaba con atención cuando ella le hablaba de sus plantas y flores. Mi hijo era un buen marido; cortés y solícito con Josefina, le ofrecía un cuidado constante, algo que su homónima nunca disfrutó de su propio marido. Al menos yo nunca lo vi.

Me preguntaba cuánto tiempo duraría la felicidad de ambos, la felicidad de ella.

Yo extrañaba París y el verano francés, pero estaba muy contenta de estar con mi marido de nuevo. Él seguía sufriendo ataques de tos; en ocasiones incluso manchaba su pañuelo de sangre. Me esforzaba en mimarlo e insistía en que descansara durante las tardes. Los días eran largos y el sol permanecía alto en el cielo nórdico mucho tiempo después de la cena; así, disfrutábamos juntos de paseos sin prisas por los jardines hasta el anochecer, una vez que el resto de la corte se había retirado a los salones para jugar a las cartas, escuchar música y chismear.

Me sentía extremadamente aliviada de no tener que soportar más a la reina Hedvig Charlotta y su dominante presencia en la corte. La formidable mujer había fallecido mientras yo estaba en París, y me di cuenta del cambio que mostraron las damas de la corte hacia Josefina como su nueva líder.

Hice las paces con mi vida sueca. Después de todo, ahora mi hijo era más sueco que francés; hablaba el idioma a la perfección y desde que tenía memoria practicaba la fe luterana. Bernadotte y yo nunca nos hicimos suecos de la misma manera que Óscar, nunca perdimos la esencia francesa. Tampoco nos comportábamos de la manera en la que lo hicieron los anteriores monarcas suecos. Insistíamos en beber vino francés en la cena y mi marido tomaba su brandy gascón en lugar del brännvin sueco, un licor de patatas que me parecía intolerablemente fuerte.

Conforme el calor del verano cedía el paso a la frescura del otoño, tomamos precauciones para no pasar frío: las estufas estaban encendidas todo el día y el calor hacía sudar a los sirvientes, pero nosotros éramos del sur, los dos, y yo detestaba el frío.

Seguíamos compartiendo nuestra cama, por inusual que lo consideraran los nobles de la corte. Hasta donde yo sabía, los días en los que mi marido había tenido amantes habían quedado atrás. Habíamos envejecido los dos. Yo había pasado de ser regordeta a estar gorda, y el otrora grueso y oscuro cabello de mi esposo ahora era más plateado que negro. Nuestra compañía era afectuosa y agradable, tal vez más cálida incluso en ese momento, a nuestra edad avanzada, de lo que fue en nuestra juventud.

Bernadotte seguía llevando sus asuntos de Estado completamente en francés, en parte porque nunca había podido hablar sueco de manera fluida y en parte para que yo pudiera participar como consejera de confianza y confidente. Era un monarca eficiente, aunque poco tradicional. La mayoría de las mañanas no realizábamos la *levée*, el ceremonial para vestirse y desayunar; en su lugar, mi esposo prefería lidiar con los asuntos de su gobierno bajo las colchas, sobre todo, en las frías mañanas de invierno. En cama, con las piernas flexionadas para apoyarse en ellas, tomaba un buen café fuerte francés, dictaba cartas o respondía a peticiones, conmigo a su lado. Yo dormitaba, leía mis novelas francesas o les escribía a Julia y a mis sobrinas, e intervenía sólo cuando mi marido pedía mi opinión sobre algún asunto. A menudo no se vestía hasta que llegaba la hora de la comida del mediodía, que siempre tomábamos juntos, y con Óscar y Josefina también cuando estaban disponibles.

Suecia vivía una situación de paz y mi marido era un rey popular, en particular ahora que su heredero estaba casado. Aunque sabíamos que sus ministros y sirvientes a veces se sorprendían por nuestro peculiar estilo de hacer las cosas, Bernadotte nunca descuidaba sus deberes; respondía y redactaba miles de cartas y documentos de Estado cada mes. Era un buen rey, aunque nunca dejara de referirse a sí mismo como «republicano coronado».

Pasaron los meses y el largo invierno sueco dio las primeras señales prometedoras del próximo deshielo; junto con ello, nosotros sólo esperábamos una noticia: el anuncio de que Josefina estaba embarazada. Así que me alegré mucho cuando mi marido me dijo que un sonrojado Óscar le había dado la noticia a su padre durante una noche de vino de Oporto y puros.

Pensé que quizá había llegado el momento de hacer un viaje por el Báltico para visitar a Julia antes de la llegada de mi primer nieto. Deseaba ver a mi hermana, quien vivía tranquilamente en Florencia, lejos de la vida pública, con su esposo, que estaba enfermo. En varias ocasiones la invité a que viniera a Estocolmo, pero José no le permitió hacerme ni siquiera una breve visita; le

aterraba pensar que algo pudiera sucederle en el viaje, o, algo peor, que él muriera sin mi hermana a su lado.

Propuse la idea del viaje a Florencia una mañana que estábamos en la cama, antes de que los sirvientes nos trajeran el café y el pan recién horneado. Esperaba que Bernadotte lo aprobara de inmediato, como con tantos otros viajes que había realizado, hasta que vi el ceño fruncido de mi esposo.

—Por supuesto que no —dijo Bernadotte sin siquiera considerarlo.

—¿Por qué no? —pregunté con resentimiento por su rápida y rotunda respuesta.

—Tenemos mucho que hacer aquí —fue todo lo que respondió.

Me erguí en la cama, aún convencida de que encontraría una manera de salirme con la mía.

—No tienes que venir conmigo. Iría sola. Yo no estoy muy ocupada.

—Se acerca la primavera, tendremos que mudarnos al palacio de verano y, además, están las celebraciones de aniversario, la fiesta del santo de Josefina y las preparaciones para el nacimiento del príncipe.

—Por eso mismo creo que debería irme ahora, para poder regresar a tiempo para el nacimiento.

Pero él no cambió de opinión.

—Ya estoy harto de tus viajes en solitario, Désirée. No entiendes lo difíciles que fueron esos años para mí. —Negó con la cabeza una vez más, su ondulado cabello plateado le enmarcaba el rostro, su decisión era definitiva—. No.

Estas palabras me afectaron con un peso sorprendente. Nunca antes mi esposo me había confesado lo difíciles que habían sido para él mis ausencias.

—Ya hay muchas historias y chismes. Tienen que vernos como una familia unida en la que vivimos felices todos juntos, unidos en el servicio común de nuestro reino —continuó. Frunció los labios como si dijera: «y ni una palabra más»—. Además —agregó—, Dios no quiera que algo malo te suceda en el viaje. ¿Te

imaginas lo que supondría para Óscar y Josefina ahora que tanto te necesitan? ¿Y yo? ¿Puedes imaginar no conocer a tu nieto?

Hice una mueca y crucé los brazos sobre la ropa de cama, frustrada por ver mis planes desbaratados, aunque conmovida por la preocupación de mi esposo, por su evidente deseo de mantenerme a su lado.

El bebé nació ese verano; fue un varón, un niño sano y regordete a quien llamaron Karl, por el nombre sueco de Bernadotte. De inmediato nos enamoramos de él y el país organizó celebraciones oficiales y banquetes que llenaron las horas doradas del sol nórdico, así como las pocas horas de penumbra.

Su hermano, Gustav, llegó tan sólo un año después, seguido de otro niño más, Óscar. Mi esposo había querido muchos nietos, y Josefina, como siempre, desempeñó su papel a la perfección.

—Karl, Gustav, Óscar, venid. ¿Quién se sentará en mis piernas para ver los juegos artificiales?

—¡Yo, yo, abuela!

Abrí los brazos y sonreí al ver a Karl caminar, tambaleándose en mi dirección. Mi primer nieto, el pequeño príncipe de mi corazón, con sus rizos oscuros que me recordaban tanto a mi hijo y a mi marido, extendió sus manitas regordetas hacia mí.

—Entonces, ven aquí, querido —dije dándole un beso en la frente mientras lo acomodaba sobre mis piernas. Mi marido cogió al bebé, Óscar, de los brazos de Josefina.

Era una noche templada de finales de agosto y nuestra familia estaba reunida en el palacio de verano. Óscar y Josefina se encontraban con nosotros, junto con nuestros tres nietecitos, todos ellos aún pequeños. Josefina ya estaba esperando el cuarto hijo y hasta ese momento había tenido complicaciones. Podía ver los estragos que esos años habían causado en su joven figura; cómo su cuerpo, antes esbelto, había adelgazado de manera alarmante, incluso parecía frágil. Advertí cómo se encogía, salvo por la redonda protuberancia de su vientre constantemente hinchado. Podía ver la fatiga en su rostro pálido, su expresión demacrada, sus

sonrisas forzadas y sus ojos hundidos.

Pero su cuerpo no era lo único que sufría; también percibí indicios de disputas en su matrimonio, problemas con mi hijo. La ternura había cedido a la tensión, comentarios cortos y sarcásticos, no más muestras de afecto ni los murmullos cómplices que alguna vez habían compartido. Apenas se miraban a los ojos, incluso cuando estaban obligados a hablar sobre los niños o de algún asunto oficial. Óscar ya no se volvía cuando su esposa entraba en una habitación, fascinado por su belleza, ni hacía ningún comentario sobre su vestido o admiraba su peinado. Y parecía que a ella no le importaba, no buscaba su aprobación, no lo miraba cuando ella entablaba una conversación.

En la corte era bien sabido que Óscar tenía una amante; una belleza adinerada llamada Jacquette Löwenhielm. Como su esposa estaba siempre exhausta por los embarazos, por el confinamiento antes del parto o atendiendo al recién nacido, Óscar no tuvo que buscar muy lejos entre las nobles bien relacionadas que lo rodeaban todos los días.

Esa relación no era algo fuera de lo común, pues era costumbre que los hombres en nuestra corte tuvieran al menos una amante. Sin mencionar que Jacquette era la protegida en la corte de la que se rumoreaba que había sido la amante de mi marido, eso lo sabía. Sin embargo, alimenté la tonta esperanza de que quizá el matrimonio de mi hijo sería diferente, que mi hijo sería diferente.

Me preocupaba Josefina, que llegaran a sus oídos los persistentes murmullos sobre la traición de su esposo. Me preocupaban los niños, la salud del que llevaba en el vientre. Ella no era de esta corte y, por lo que había escuchado de su infancia, sus padres habían disfrutado de un matrimonio armonioso y devoto. No sabía si ella aceptaría tan fácilmente la forma en que se hacían las cosas aquí. A pesar de las dificultades de los últimos años, ella amaba a Óscar, y cuando había empezado su matrimonio ese amor era recíproco. Yo tendría que hablar con mi hijo, instarlo a que fuera discreto y considerado con su exhausta esposa.

Pero esa noche, a pesar de las preocupaciones y la tensión que

acechaban bajo la superficie, todos hacíamos un gran esfuerzo para estar alegres; era el aniversario de la elección de mi marido y también el onomástico de Josefina. Suavizaba el ambiente que los niños corretearan, como todos los pequeños, ignorantes de los problemas de los adultos que los rodeaban. Y también ayudaba que el palacio estuviera envuelto de un ambiente festivo de celebraciones: asistíamos todas las noches a bailes en la capital, obras de teatro y desfiles en honor de la casa de Bernadotte.

Esa noche estábamos sentados en el exterior, en los jardines que daban al parque, esperando a que el sol se escondiera un poco para que comenzaran los fuegos artificiales. El parque era exuberante y aromático; sobre mi regazo, el pequeño Karl estaba cautivado y emocionado por tener permiso para permanecer despierto después de su hora de dormir.

—Abuela... —Alzó la vista, sus ojos almendrados estaban fijos en los enormes rubíes alrededor de mi cuello—. ¿Por qué tenemos que esperar tanto?

—Porque todavía no está oscuro, pequeño —respondí—. Tiene que ser de noche para poder ver los fuegos artificiales.

Junto a nosotros, Gustav gritaba; a esa hora, su paciencia había llegado al límite y Josefina se preguntaba en voz alta si debería enviarlo a su habitación. Mi hijo rechazó la idea, le dijo que el niño tenía permiso para quedarse a disfrutar de esa ocasión especial.

—No le importan las ocasiones especiales, es un bebé —contestó Josefina con voz cortante.

Decidí permanecer al margen de su disputa y me concentré en mi nieto mayor, quien seguía con sus preguntas.

—Pero en invierno está oscuro todo el tiempo. ¿Por qué no hay fuegos artificiales en esa época?

—Es una idea excelente —repuse—. Creo que deberíamos hablar con el rey sobre eso. Sólo que no podríamos estar afuera para verlos.

—¿Por qué no?

—Pues porque hace un frío espantoso en invierno.

Karl inclinó la cabeza y consideró mi respuesta. Luego

continuó:

—¿Cuándo comienza el invierno?

—Después del otoño.

—¿Cuándo es otoño?

—Pronto —dije—. Ahora estamos a finales de agosto. Muy pronto terminará el verano y entonces empezará el otoño.

«Muy pronto —pensé—, los días serán glaciales y las noches largas.» Me estremecí a pesar del aire agradable de verano que nos envolvía. Esta época del año me hacía sentir una punzada de tristeza, porque sabía lo que vendría después. El verano era mi estación favorita; su único defecto era que no duraba para siempre. Sabía que éste era el último mes templado, el último día tan agradable como el primero. Abracé a mi nieto y lo acerqué a mí para disfrutar del calor de su cuerpecito; trataba de evitar el miedo que me había invadido de repente.

Esa noche hicimos nuestro mejor esfuerzo por estar alegres: nos sentamos todos juntos, rodeados de jardines y con un clima cálido, mientras el pueblo a nuestro alrededor seguía de fiesta. Nuestra nación no estaba en guerra; mi marido y yo estábamos a la cabeza de una familia sana, y una corte y un reino en paz. «Pero ¿cuánto tiempo durarán esta felicidad y este clima frágil?», me pregunté.

Capítulo 46

Estocolmo
Enero de 1844

La corte se reunía de nuevo para llenar la larga oscuridad de una noche de invierno con música y luz de velas. Un baile en honor del octogésimo primer cumpleaños de Bernadotte; apenas podía creer que fuera tan mayor.

Observé a mi esposo mientras él examinaba su propia figura frente al espejo y daba los toques finales a su uniforme militar; ignoraba por completo que yo lo estaba mirando. Seguía siendo alto, aunque sus hombros estaban un poco encorvados, como si su cuerpo de soldado librara una batalla perdida contra la gravedad o el tiempo, quizá contra ambos. Se ajustó la hilera de medallas brillantes sobre el pecho y entrecerró los ojos para ver mejor su reflejo. Advertí que sus movimientos mostraban cierta fragilidad. ¿En qué momento se había hecho tan viejo? Sentí el dolor de mis articulaciones.

El baile sería un alegre acontecimiento; Josefina se había encargado de los preparativos. Una vez que hubo cumplido, cinco veces, con su obligación para con Óscar de darle descendencia real, dejó atrás la labor de la maternidad y, feliz y digna, asumió su papel como la primera dama de la corte. Seguía siendo relativamente joven y de gran belleza, incluso de gran talento; era mucho más popular y tenía mucha más influencia que la que yo jamás tuve en Estocolmo. Eso era bueno, nunca me gustó ser el centro de atención. Al menos, los periodistas habían dejado de buscar un conflicto donde no lo había y aceptaron al fin la insulsa verdad de que mi nuera y yo teníamos una buena relación.

—Pues esta noche no me siento como un soldado, pero la

levita ayuda mucho. —Pasó los dedos sobre el fino cabello blanco que le cubría las sienes.

Crucé la habitación y fui a su lado.

—Te ves tan apuesto como el día en que te conocí, sargento Piernas Hermosas.

—Siempre has sido pésima para mentir, Désirée. Una de las tantas cosas que admiro de ti.

Reí y levanté la cabeza para mirarlo.

—¿Bajamos?

—Un momento. —Parpadeó y extendió una mano. Yo la tomé.

—No estés nervioso. Cada año te aman más —dije para tranquilizarlo.

Pensé que quizá sentía un poco de aprensión, algo impropio en él. La tímida siempre fui yo, mientras que su audaz sangre gascona jamás había mostrado ninguna señal de timidez.

Negó con la cabeza y bajó la vista.

—Creo… creo que… —Palideció.

—¿Qué sucede? —Le apreté la mano, un poco alarmada por su rostro inexpresivo, por la dificultad que, como era obvio, tenía para hablar—. ¿Quieres sentarte un momento?

—Sí…, creo que sí —contestó.

—Ven. —Lo llevé hasta una silla, lo ayudé a sentarse y llamé a los sirvientes—. Su majestad no se encuentra bien; id a buscar al médico real de inmediato.

El lacayo que estaba más cerca asintió y se apresuró a cumplir mi orden. Durante estos días, esa orden se había convertido en una solicitud habitual, más de lo que yo quisiera admitir; a menudo, mi esposo escupía sangre al toser, tenía problemas para respirar o padecía de palpitaciones repentinas.

—No es nada, querido —dije volviéndome hacia él, esforzándome porque mi voz fuera serena—. Quizá sólo necesitas un sorbo de brandy y un poco de descanso. Enseguida estarás listo para bailar.

Pero Bernadotte, que en general se mostraba imperturbable incluso cuando se encontraba mal, tenía la mirada vacía y fija en el

suelo.

—Me encuentro muy mal... Es como si... —Cerró los ojos.

—Sí, sí. Cierra los ojos. Descansa. El médico...

Pero antes de que terminara la frase, mi marido se desplomó hacia delante y cayó al suelo. Grité, varios sirvientes entraron apresurados a la habitación. Los miré, exclamando:

—¡Su majestad se ha desmayado! ¿Dónde está el médico? —Me arrodillé junto a su cuerpo inerte y tomé su mano entre las mías. Estaba caliente, pero no respondió ni al tacto ni a mi voz—. ¡Bernadotte! ¡Bernadotte, despierta! Oh, por favor, ¡despierta! —le rogué mientras presionaba mi mano sobre su hombro—. Ya viene el médico, ¡despierta!

Pero no se movió, no reaccionó. No se trataba de un simple cansancio; temía que fuera algo mucho más serio.

—¡No, no puedes dejarme! Bernadotte... Despierta, ¡Bernadotte! —Mis gritos eran cada vez más fuertes, mis ruegos más agitados; pero eso sólo hacía que el silencio de mi marido pareciera más cruel, más aterrador.

Esa escena me resultaba siniestramente familiar: la oscura temporada del año, la celebración de su cumpleaños, la palabra apoplejía murmurada en los labios de la corte nerviosa.

Le roi a eu un coup. El rey sufrió una apoplejía.

No necesitaba escucharlo, no necesitaba acudir a los pasillos para saber lo que se decía; ya lo había vivido antes con el viejo rey Karl. Salvo que esta vez se trataba de mi rey, de mi esposo.

No me separé de su lado durante una semana. Óscar y Josefina hicieron turnos para acompañarme; traían a mis nietos, uno por uno, para que nos hicieran visitas breves. En ocasiones, mi marido se movía o despertaba unos momentos, pero quien abría los ojos no era Bernadotte, sino un rostro inexpresivo, una mente de la que habían borrado tanto el entendimiento como la memoria.

Horas de inactividad que de pronto se veían asaltadas por movimientos atormentados. Yo me apresuraba a su lado y tomaba su mano entre las mías cada vez que él abría los ojos, pero no

estaba segura de que me viera, aunque sus ojos estuvieran fijos en los míos.

—¡Debemos defendernos! —gritaba con los ojos muy abiertos, aterrados.

—Estás a salvo, querido —le respondía en tono tranquilo, aunque lo que deseaba era estallar en llanto.

Los médicos me dijeron que le hablara con serenidad para darle confianza y recordarle dónde estaba, así que eso hice, incluso cuando él se agitaba en la cama.

—Ya, ya. Nadie te quiere hacer daño, Bernadotte. Estás a salvo en tu palacio. En Estocolmo. Hay paz. Eres un buen rey y la gente te ama. Yo soy tu esposa, tu Désirée.

—¡No! —jadeó, y apartó su mano de la mía, como si le quemara—. ¡No!

—¿Qué ocurre, querido? —pregunté alarmada. Traté de coger su mano de nuevo, pero él me evitó.

—¡No hables de 1813! —exclamó.

Me apoyé en la silla, alejándome de la cama. Ahora era yo quien tenía los ojos muy abiertos. Mi marido no podía decir en qué año estábamos, sólo hablaba de muchos años antes. De 1813. El año en que él, como rey de Suecia, le declaró la guerra a Francia. El año después de que Napoleón devastara a todo el ejército francés en su loco intento por conquistar Rusia. Mi esposo se unió a las fuerzas aliadas contra Napoleón para pelear contra el mismo ejército al que había pertenecido durante tantos años. Marchó hacia París, hacia mí.

Bernadotte cerró los ojos y negó con la cabeza con violencia; vi las lágrimas que rodaban por sus pálidas mejillas.

—Mi corazón se rompe al pensarlo —dijo, llorando como un niño pequeño y asustado, y retorciéndose como si estuviera sufriendo—. Aunque dispusiera de mil reinos que ofrecerle a Francia, nunca podría recompensarla.

—Shh, tranquilo, ya está.

En momentos como ése, yo rogaba por el olvido de sus largos períodos en duermevela. Aunque fuera aterrador ver cómo se sumergía en la inconsciencia, al menos su mente parecía estar

tranquila. Cualquier cosa era mejor que verlo debatirse de esa manera, torturado, consumido por los delirios de un loco.

—Mamá, deberías descansar. —Josefina apareció a mi lado sin que yo me diera cuenta—. Llevas mucho tiempo aquí. Vas a enfermar. Por favor, descansa. Te llamaremos si…, bueno, si hay algún cambio.

Obedecí sólo porque estos períodos de divagación y turbación me aterraban; yo misma no deseaba evocar esos recuerdos. Dejaría que Josefina se hiciera cargo un momento, pues ella no los había padecido. Me levanté y salí de la habitación; me cubrí el rostro manchado de lágrimas con el velo negro de mi sombrero, para que mis ojos cansados no tuvieran que enfrentarse a las miradas curiosas que abarrotaban los pasillos del palacio.

Me decía que era de esperar: recuerdos tortuosos, agonías en el lecho de muerte, remordimientos. Quien había vivido los tiempos que nos tocaron vivir no podía esperar la verdadera paz. Cuando alguien ha experimentado de manera tan dolorosa la necesidad de sobrevivir es casi imposible que se olvide de ello.

Luchó con valentía mi gascón, mi soldado, mi Bernadotte. Pero al final lo perdimos. Su cuerpo envejecido cedió después de pasar varios meses en cama. Óscar, Josefina y yo estábamos a su lado. La muerte llegó casi como un alivio, por extraño que suene; un estado más dulce que el de algunas de sus reflexiones atormentadas de las últimas semanas.

Lo enterramos esa primavera, cuando los primeros rayos de luz y calor aparecieron en nuestro clima nórdico. Se celebró un funeral de Estado; toda la nación se sumergió en un luto oficial, una misa luterana y el entierro en la iglesia de Riddarholmskyrkan, en la capital.

Con el rostro velado y mi débil cuerpo envuelto en negro, observé cómo depositaban a mi esposo entre los antiguos gobernantes de Suecia; descansaría en una tumba que llevaba el nombre que le había dado su patria de adopción: Karl Johan. En ningún lugar se mencionaba el nombre con el que yo lo conocí y lo amé, mi Bernadotte. «Mejor así —pensé—. Ese nombre es sólo mío.»

Se fue, y eso significaba que yo ya no era la reina de Suecia. Ese otoño coronaron a mi hijo, Óscar I, con Josefina a su lado como reina consorte, por supuesto.

Hacía ya varios años que había asumido su papel de reina; ahora simplemente era oficial. Al parecer, ella y mi hijo habían encontrado su propia paz, un entendimiento tácito para conservar la armonía en su unión, aun cuando el ardor de su primer romance se hubiera enfriado. Aconsejé a mi hijo que respetara a su esposa, que la tratara con la amabilidad que ella merecía. Desempeñaría un papel central en el gobierno de Óscar, de eso estaba segura. Y así fue, ella habría sido la mejor gobernante de todos nosotros si hubiera tenido la posibilidad.

Yo había tenido muchos títulos en mi vida: hija, hermana, prometida, esposa, madre, súbdita, reina. Ahora asumía por voluntad propia el que sería mi último papel: reina madre y abuela. Los suecos siempre me habían considerado poco convencional, algo extraña, incluso se podría decir que demasiado francesa; pero eso ya no importaba. Ahora podría deslizarme en una relativa oscuridad, con la edad y la viudez como velos, para comportarme como yo lo deseara. Josefina era encantadora, animada y popular, y como todos los ojos de la corte estaban fijos en ella, yo pude saborear la dulzura de la libertad. Dormía cuando quería, desayunaba a mediodía y cenaba después de medianoche. Disfrutaba del tiempo que pasaba con mis nietos y rechazaba las invitaciones que no quería aceptar.

Pero aún me quedaba una tarea por hacer, un objetivo final que requería la energía y atención de mis años menguantes. Si deseaba tener éxito en mi misión, si esperaba obtener al final la paz o el reposo, sabía que tendría que enfrentarme a lo que había pospuesto toda mi vida. En realidad, era la pelea que desde mi juventud había temido. La única lucha que aún persistía. La lucha que yo debía ganar.

Por fin me enfrentaría a Napoleón.

Capítulo 47

ESTOCOLMO
DICIEMBRE DE 1860

Palabras, palabras, palabras; al final todo se reduce a las palabras, ¿cierto? Palabras de denuncia que enviarían a mi hermano a prisión. Palabras de un revolucionario influyente que salvarían a mi familia de la guillotina. Las tiernas promesas de un amante, los murmullos traicioneros cuando se urde un golpe de estado. Palabras no dichas que provocan una pena de amor. Una propuesta de matrimonio, el anuncio de un nacimiento, la invitación para llevar una corona. Una declaración de guerra, una negociación de paz. Palabras familiares y desconocidas. Palabras en una tumba al lado de tantos otros reyes.

Héroe conquistador o tirano maníaco. Bruja maliciosa o fascinante seductora. Patriota o traidor. Honrado u oportunista. Súbdito leal o reina reticente.

Mis seres queridos y yo habíamos ascendido muy alto, mucho más de lo que una joven de dieciséis años, huérfana de padre, se hubiera atrevido a imaginar. Pero ¿qué importaba todo eso si no nos protegíamos para los tiempos que estaban por venir, si no actuábamos con astucia para elegir las palabras que guiaran nuestro paso por el tiempo?

Napoleón siempre supo del poder de sus palabras; sabía que su pluma era más útil para hacer el bien o derribar a sus enemigos que mil espadas o una batería de cañones. Hizo todo lo posible para inundar el mundo con sus propias palabras, para ofrecer el propio relato de su vida y su legado. No sólo en los periódicos, con los censores de su gobierno o con los chismes de su corte, sino también desde su isla de exilio, donde escribió sin descanso y usó

sus últimos años para bombardear con sus palabras un mundo cansado de la guerra. También utilizó esas palabras para condenar a mi marido, y para exponer y robar algunos de mis recuerdos más sagrados e íntimos.

Pero el emperador no era el único que podía usar las palabras.

Como ven, yo sigo aquí, incluso ahora que él se ha ido. Mucho tiempo después de que él se fuera. El próximo año le habré sobrevivido cuarenta años a Napoleón. Y la he sobrevivido a ella, a su Josefina, cuarenta y seis.

Así que ahora uso mi tiempo y mis palabras para contar mi historia. Mi Bernadotte no está a mi lado, me dejó hace dieciséis años, pero he empleado todo mi tiempo y energía para contarle al mundo nuestra extraordinaria vida, nuestro amor.

Aún ahora me río al pensar en la niña de hace tantos años. Cómo Napoleón —claro que en ese entonces era Napoleone— me envió tantos libros con tantas instrucciones. Cómo me exhortaba a esmerarme, a ejercer un poco de disciplina en mi trabajo y mediante mis palabras. No lo hice entonces. Al menos, no logré satisfacerlo. Tampoco fui muy cuidadosa en mis lecciones de sueco o en aprender los rituales de la nueva corte. Pero, en estos últimos años, me he esmerado.

Supervisé la gestión de todo el correo y los diarios que Bernadotte me había escrito, así como sus cartas, las que Napoleón nos envió a mi esposo y a mí. Todas ellas mucho más viejas que las cartas o las memorias de Santa Elena, mucho más antiguas que sus propios intentos por forjar nuestro legado sin nuestra autorización. Estas palabras se remontan a una niña de dieciséis años y al hosco soldado corso que la cortejaba en la costa sur de Francia. Éstas son las palabras de amantes y soldados, de pretendientes y rivales, de gente común que se vio envuelta en momentos extraordinarios, en campos de batalla, salones de baile, en los pasillos del poder. Lo tengo todo aquí, en mi posesión, y lo he guardado todo este tiempo. He mantenido esta historia segura. Palabras, palabras, palabras; las palabras originales que parecen cada vez más asombrosas con cada año que pasa.

He trabajado con el escritor Georges Touchard-Lafosse para

plasmar mi relato. Es francés, por supuesto, y ahora es un aliado y amigo de confianza. Juntos ofreceremos mi historia y la de mi marido a la posteridad; nos aseguraremos de que las palabras de Napoleón no sean las definitivas en nuestra vida.

Ha sido un trabajo extenuante y laborioso; en realidad, agotador. Pero era la única manera en la que encontraría una paz real y duradera. Hemos acabado. Las biografías están terminadas. Óscar y Josefina me aseguran que mis nietos las leerán y escucharán mi historia, así como sus hijos después de ellos. Puedo estar tranquila.

Palabras, palabras, palabras; sentada aquí en la ópera, en el palco real, no puedo entender las palabras porque no están en francés. Nunca me molesté por aprender otro idioma. Pero eso no importa, puedo sentir la música. En cualquier caso, he llegado tan tarde al espectáculo que sólo veré el acto final. He notado cómo el público ha advertido mi llegada tardía; he escuchado las risitas nerviosas y los murmullos que han recorrido el gran teatro. «Siempre es impuntual. Siempre llega tarde nuestra anciana reina madre. ¿Alguna vez se entera de la hora?»

Hace unos años me embarqué rumbo a Francia un poco antes de mi octogésimo cumpleaños. Deseaba ver mi tierra natal, aunque ya no quedara nadie ahí para darme la bienvenida. Mi madre y Nicolás se fueron hace mucho; José y Julia murieron hace unos años. A pesar de todo, ansiaba llegar a suelo francés una vez más. Sin embargo, el mar agitado me aterró tanto que me arrepentí del viaje antes de perder de vista la costa, y le ordené al capitán que diera media vuelta y me devolviera al puerto. «Olvide Francia, regrese a Suecia», palabras que jamás me imaginé que pudiera pronunciar.

El nuevo arco en París, el Arco del Triunfo, tiene grabado el nombre de mi marido como uno de los grandes héroes de Francia. Su imagen decora el vestíbulo de Versalles, ese palacio Borbón que resplandece una vez más. Me pregunto si eso lo haría sentir mejor. ¿Le daría un poco de paz saber que Francia lo perdonó, aunque él nunca se perdonara a sí mismo?

Otro hombre llamado Napoleón ascendió al trono de Francia.

Trabajó para edificar un imperio a su imagen. El hijo de Hortense, pensé con una risita, el nieto de Josefina. Recordé el día del nacimiento del niño. A este Napoleón, que se hacía llamar Napoleón III, le arrebataron el poder en el momento oportuno para establecer otra república. ¿Y los hombres dicen que las mujeres somos volubles?

En 1844, el mismo año en que la muerte de mi marido llenó todos los periódicos, el hijo de un viejo soldado amigo de Bernadotte, Alejandro Dumas, halló la fama y la gloria con una novela titulada *Los tres mosqueteros*. Su héroe es alto, de cabello oscuro, un orgulloso gascón. Un forastero pobre que encuentra a su familia en su servicio junto a otros soldados. Un patriota con principios que se eleva de la nada, hace su propia fortuna al servicio de la patria y se abre camino hasta los rangos más altos.

Por supuesto que recordaba al padre de Dumas, el amigo que nos acogió durante esas noches desgarradoras cuando Napoleón recuperó el poder en París. Era obvio que el viejo Dumas le había hablado a su hijo del valiente gascón al lado de quien había luchado, un soldado fuerte y de cabello oscuro que se elevó de la nada para hacer su propia fortuna al servicio de la nación. Un amigo, un crítico de Napoleón. Un patriota, un líder, pero siempre un poco extranjero. Al leer a Dumas, sé que D'Artagnan es mi Bernadotte. Palabras, palabras, palabras.

Toda mi vida me dijeron que necesitaría la protección de otras personas. Las monjas, mi padre, mi hermano, Napoleón, Josefina, Julia, José y Bernadotte. En ocasiones, nuestro mayor reto era sencillamente sobrevivir. Y eso hicimos. Sólo que ahora todos se han ido, pero yo estoy aquí. Los sobreviví a todos.

Me río de esta idea; me río con ganas. Desde mi lugar en el palco de la ópera, atraigo la atención de la gente a mi alrededor. Pero sus miradas severas y condenatorias sólo provocan que me ría más fuerte. Ahora el público en el anfiteatro también alza la cabeza para mirarme. Es graciosísimo: su desdén puritano, su censura. Quizá antes todo esto me hubiera importado.

Aprendí esta lección muy tarde. ¡Qué lástima que tardemos tanto en darnos cuenta de que sencillamente no hay de qué

preocuparse! Que resulta que todo este tiempo hemos sido libres, dotados del poder de contar nuestras propias historias, de modelar nuestro propio destino.

Sé que mi propia historia acabará pronto. He visto demasiada muerte en esta vida como para saber cuándo se acerca. Soy vieja, muy vieja. Mis articulaciones doloridas trabajan en mi contra, la sangre corre cansada por mis venas. Estoy agotada. Estoy en paz.

Mi viaje final no me llevó a Francia y nunca tuve la oportunidad de decirles adiós a esos lugares que me hicieron ser Désirée. «Tendrás que cambiar tu nombre, Désirée. Suena demasiado francés.» Aquí me conocen como Desideria, igual que mi Bernadotte era conocido como Karl Johan.

Suspiré. Nada de eso importa, ya no. Sonrío y saludo a la gente que sigue mirándome con el ceño fruncido y con su disimulada compasión orgullosa. Después me levanto. Aunque el espectáculo no ha terminado, debo salir del teatro. Haré una señal con la mano y un grupo de sirvientes se encargará de llamar a mi carruaje para que me espere en la entrada, listo para llevarme por las calles cubiertas de nieve a donde yo desee. *Kring kring,* ella da vueltas y vueltas.

Cuando la nieve cae a medianoche para cubrir de blanco las vacías calles adoquinadas y espolvorea el campanario gótico de la catedral de Storkyrkan, es fácil echar a volar la imaginación. Imaginar y recordar, ambas cosas van de la mano. Ahora los recuerdos se arremolinan y cambian, más vertiginosos que los copos erráticos de la nieve de invierno, con mayor fuerza que el violento golpe de las pezuñas de los caballos sobre el empedrado. Una niña, una hermosa niña a quien pusieron en el centro de la tormenta política de una nación. Desamor y luego esperanza. Amante y luego esposa. Madre, dama de compañía. Una reina con una corona sacada de las estrellas que guían nuestro destino. He sido muchas cosas, he llamado hogar a muchas tierras diferentes y he sobrevivido a todo. Encontré mi camino y he gobernado, aunque los demás a mi alrededor hayan caído.

Ahora, al fin, vuelvo a casa.

Epílogo

Désirée Clary Bernadotte murió en Estocolmo el 17 de diciembre de 1860, a la sorprendente edad de ochenta y tres años. Como legado dejó un reino pacífico y una popular familia gobernante, que incluía a su hijo, sus cuatro nietos vivos y una progenie cada vez mayor de bisnietos.

La dinastía de la casa de Bernadotte que comenzó con Désirée y Bernadotte, y más tarde se consolidó con Óscar y Josefina, sigue rigiendo en Suecia hasta el día de hoy. Los descendientes de Désirée y Bernadotte aún se sientan en los tronos de muchos países, más que los descendientes de las casas de los Borbones y Bonaparte combinadas.

Désirée está enterrada en la iglesia de Riddarholmen, en Estocolmo, al lado de su Bernadotte. Juntas, mediante sus numerosos hijos y sus destinos para siempre entrelazados, Désirée y Josefina no sólo sobrevivieron, sino que siguieron reinando.

Nota de la autora

Todo comenzó con una pregunta que me hizo mi padre, uno de los mayores *geeks* de la historia que conozco:

—Allison, ¿qué sabes de Désirée Clary? ¿Désirée Bernadotte? ¿La francesa, Désirée?

—¿Désirée? —Consideré el nombre un minuto—. En realidad, nada.

—Deberías estudiarla. Pensarás que su vida no es verdad. Pero lo es.

Así fue la conversación que mantuve hace años, en la que mi padre me dio el valioso consejo que me llevó a mi fascinación por Désirée Clary Bernadotte y la constelación de grandiosos personajes que la rodearon, así como el proceso de escritura de este libro.

Como escritora de ficción histórica, apasionada por contar relatos de mujeres cuyas vidas y legados han sido eclipsados con el paso del tiempo, a menudo me ofrecen este tipo de consejos. El más pequeño indicio de una historia que me brindan los amantes de la historia y la ficción; el señuelo de que un gran relato acecha en las sombras del registro histórico esperando ser contado.

Varios elementos clave deben existir para que considere esa pista, para que comprometa años de mi vida a investigar, reflexionar, escribir, editar y posteriormente hablar de un personaje histórico, época o lugar.

Tengo que sentir una perspectiva de la historia a través de este individuo histórico (o momento en el tiempo) que aún no se ha explorado de manera suficiente, en particular mediante la ficción, pero en ocasiones también mediante la no ficción.

Tengo que sentir que esta historia será emocionante, dramática y cautivadora, tanto para mí como para el lector.

Tengo que sentir que este personaje histórico, casi siempre una mujer, en mi caso, me llama para que la saque del papel secundario en la vida de otros y asuma el papel principal en el centro del escenario. Con ello, podrá ofrecernos la oportunidad no sólo de aprender los hechos de su vida, sino también de imaginar y explorar las verdades emocionales en su interior; así como considerar la forma en que pudo sentir los acontecimientos importantes de su historia.

Por último, tengo que estar absoluta, loca e inexorablemente obsesionada. Y eso es justo lo que sucedió cuando conocí a Désirée Clary Bernadotte.

Todo lo anterior, una y otra vez.

Cuando le dije a mi padre que no sabía nada de Désirée, era verdad. Nunca había oído ese nombre. ¿Désirée Clary? ¿Désirée Bernadotte? Una rápida búsqueda en internet desenterró los hechos más básicos: Désirée fue la primera prometida de Napoleón. Está ahí, de pie, a ojos de todos, en el icónico cuadro de la coronación en Notre Dame, de Jacques-Louis David, al servicio de la misma mujer que la había desplazado del corazón de Napoleón. Así como su marido, quien desempeñó un papel importante en el ejército francés y en el gobierno antes de convertirse en el rey de Suecia. El exiliado Napoleón escribió y habló sobre Désirée y su marido hasta el final de su vida, y ella conservó sus cartas de amor hasta el final de la vida de ella. Los descendientes de Désirée siguen ocupando muchos de los tronos de Europa en la actualidad y son sucesores que comparte con Josefina, quien alguna vez fue su rival y se convirtió en una poco probable amiga. No obstante, ninguna dinastía lleva su nombre, ni ella es tan conocida como muchos de sus contemporáneos, la gente a la que llamó familia, amigos y enemigos; en ocasiones, ambas cosas juntas. La historia de Désirée me atrapó y no había manera de soltarla. Como me dijo mi padre: «A menudo la historia es demasiado buena para ser cierta. En particular, cuando es cierta».

Lo que me asombró especialmente fue el protagonismo de Désirée y Bernadotte en la obra *La consagración de Napoleón*, de David, que se exhibe en el Louvre. Aparecen en primera fila en la

catedral de Notre Dame, elegantes, al lado de Julia y José, las hermanas Bonaparte, el papa, Leticia y el resto del colorido círculo íntimo imperial. Mientras observaba la obra de arte no pude evitar preguntarme: ¿cómo era posible que Désirée estuviera ahí? ¿Por qué estaba ahí? ¿Qué debió de sentir al asistir y observar al hombre que le había roto el corazón y a la mujer que la reemplazó mientras se convertían en emperador y emperatriz de Francia?

Esas preguntas no dejaron de sucederse conforme investigaba la vida de Désirée. Una y otra vez me cuestionaba: ¿estaba ahí en ese momento? ¿Y aquel otro momento? ¿Y ése? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué sintió? No obstante, había una pregunta recurrente que clamaba a gritos conforme más sabía de Désirée, esta mujer ordinaria que vivió durante una época extraordinaria: ¿cómo era posible que yo no la conociera?

¿Cómo es posible que permitiéramos que el nombre de Désirée se perdiera en la oscuridad de la historia?

De muchas maneras, la vida de Désirée Clary Bernadotte era el sueño de cualquier autor de ficción histórica. Aunque vivió varios acontecimientos bien conocidos de la Europa moderna; aunque coexistió con personajes de suma importancia que, desde entonces, asumieron proporciones casi míticas, Désirée no tuvo muchas oportunidades de ser la dama en primer plano de su propia historia. Si bien existe una enorme cantidad de biografías sobre Napoleón, Josefina, Bernadotte y tantos Borbones, Bonaparte y Habsburgo, no pude encontrar una biografía en inglés en la que Désirée ocupara el centro de la historia. Es por ello que mi investigación se convirtió en un juego en el que tenía que montar el rompecabezas, unir tantos hilos dispares de tantas otras historias y vidas, hasta que comenzó a surgir el hermoso y complicado retrato de Désirée.

Los relatos bien documentados de Napoleón, Josefina y Bernadotte —y su camarilla de poder revolucionario e imperial— proporcionaron la estructura de la historia sobre la cual tuve rienda suelta para imaginar la carne, el color y el corazón de Désirée. Mientras intentaba confeccionar este mundo de ficción a partir de hechos históricos y leyendas, Désirée tomó forma como el

personaje principal, con voluntad y acciones propias. Regresando al cuadro de David con el cual había empezado mi búsqueda: su personaje no sólo aparecía frente a mi vista, sino que robaba la escena.

Una de las críticas que su rival en la corte sueca, la perspicaz reina Hedvig Charlotta, le hizo a Désirée fue que era una «francesa de cabo a rabo». Mi vida es afortunada por tener a tantas «francesas de cabo a rabo», en especial mi ciento por ciento francesa abuela materna, Monique LeBlanc Rowland, quien me ayudó a comprender lo que esto significaba (y quien también, debo decir, fue el único miembro de la familia que sabía algo de Désirée cuando comencé a escribir esta historia). Y aunque las separan varios siglos, en mi historia, los relatos de mi *grandmère* sobre su educación en el internado del convento inspiraron de forma directa el tiempo que Désirée pasó en el suyo; en particular, la anécdota de su fingida enfermedad para poder comer en exceso y dormir en la enfermería.

Aunque casi siempre la historia la han escrito los hombres para los hombres, me apasiona que las mujeres representen en gran medida el corazón y el alma de la mayoría de estos grandes momentos históricos, y que su vida brinde el material más cautivador e inspirador de un relato. En ese sentido, debo señalar mi emoción y asombro cuando descubrí que Josefina (la reina de Suecia, esposa de Óscar, no la emperatriz francesa) y otra heroína histórica sobre quien tuve el gran privilegio de escribir, Sissi, ¡eran primas! Ambas fueron espíritus libres y bellezas inteligentes de la monarquía Wittelsbach de Baviera. Ambas salieron de círculos familiares relativamente modestos y burgueses para gobernar vastos reinos lejos de su hogar. Me gusta imaginar que Désirée y Sissi —dos reinas a quienes he llegado a amar y admirar, mujeres fascinantes y complejas que salieron de su vida ordinaria para navegar tiempos sorprendentes— organizaron juntas una fantástica reunión familiar.

También me gusta la simetría en el hecho de que Désirée y la emperatriz Josefina de Francia —otrora rivales, amigas reticentes, hermanas de alma en el dolor y el caos— se unen para siempre

gracias a su descendencia, que gobierna en la actualidad, en tanto que el hombre que se erigía entre ellas —un hombre obsesionado por su propio poder y legado y que las abandonó a las dos— no puede enorgullecerse de ninguna estirpe que esté aún en el poder. La princesa heredera de Suecia, Victoria Bernadotte, lleva como segundo nombre Désirée; su hermana, la princesa Magdalena, tiene como segundo nombre Josefina. A diferencia de Napoleón, no creo que Désirée —ni Josefina, en este caso— estuviera particularmente preocupada por llevar una corona o gobernar durante generaciones, pero me alegra, sin embargo, saber que así fue.

Agradecimientos

Son muchas las personas que hicieron posible este libro y a todas ellas les doy las gracias profundamente, aunque sé que eso no es suficiente.

Muchas gracias, papá, por la primera conversación y el consejo que me llevó por el camino de todo lo relacionado con Désirée. Gracias, mamá, por animarme siempre con tu entusiasmo y energía. Sobre el tema de la descendencia y el legado a las futuras generaciones, me conmueve decir que la historia de amor de mis padres y sus relatos han influido en mis hermanos y hermanas, quienes me inspiran y me exhortan, y son mis personas favoritas con quienes me reúno alrededor de una mesa sólo para charlar, porque nunca sabemos adónde nos llevarán estas conversaciones, aunque siempre son interesantes.

A mi familia política y mi segunda familia, los Levy, os amo, y soy afortunada de que llegarais en el mismo paquete que Dave.

Me siento de verdad afortunada por contar con amigos y gente querida que me apoya desde la infancia, la escuela, la universidad, la época en la que trabajé como reportera, la comunidad de mi ciudad natal y con la maravillosa red de amigos y colegas en el mundo literario y más allá; mi más profunda gratitud y aprecio a todos.

A Lacy Lynch, Dabney Rice y el equipo de Dupree Miller: gracias por vuestros consejos, experiencia, entusiasmo y humor en cada trecho de este camino fascinante y estimulante. Lacy, es muy difícil encontrar a alguien que apoye tanto a los escritores; esta historia de una mujer incomparable te la dedico a ti.

Kara Cesare, es una gran suerte que seas mi editora y mi amiga. Gracias por creer en mí, por creer en Désirée. Y a todo el equipo de Penguin Random House: no sólo son los mejores en lo

que hacen, sino que también brindan su apoyo entusiasta y su conocimiento a cada etapa del proceso editorial: Gina Centrello, Kara Welsh, Kim Hovey, Jennifer Hershey, Susan Corcoran, Jen Garza, Michelle Jasmine, Leigh Marchant, Debbie Aroff, Taylor Noel, Rachel Kind, Loren Noveck, Jesse Shuman, Virginia Norey y tantos otros, gracias.

A los representantes de ventas de libros, bibliotecarios, blogueros literarios, miembros de clubes de libros, los cineastas que llevan los libros a la gran pantalla y a todos los lectores: muchas gracias por permitir que este ratón de biblioteca y hacedora de historias pueda llevar a cabo su trabajo cotidiano. Nunca podré expresar de manera suficiente mi gratitud por el apoyo que habéis prestado a mis obras, ni mi alegría al saber que nos relacionamos a través de historias.

Por último, a Dave y a mis hijas: vosotros sois mi historia. Agradezco a Dios poder escribirla juntos todos los días. Y os agradezco el amor, la risa, el apoyo y las lecciones.

Estoy en deuda con muchos biógrafos, historiadores, editores y autores de memorias, así como con todas las personas que producen el complejo y abundante material histórico que inspiró a esta novela. Para el lector que desee profundizar en el fascinante mundo de la Revolución francesa y el Imperio francés, éstos son algunos títulos (de ficción y no ficción) para saciar el hambre de lectura:

Bernadotte: Napoleon's Marshal, Sweden's King, de Alan Palmer.
Napoleón: una vida, de Andrew Roberts.
Ambition and Desire: The Dangerous Life of Josephine Bonaparte, de Kate Williams.
The French Revolutionary Wars, de Gregory Fremont-Barnes.
French Revolutionary Infantry: 1789-1802, de Terry Crowdy.
Historia de la Revolución francesa, de Thomas Carlyle.
The French Revolution and Napoleon, de Leo Gershoy.

El conde negro: Gloria, revolución, traición y el verdadero conde de Montecristo, de Tom Reiss.
Jacques-Louis David, Revolutionary Artist: Art, Politics, and the French Revolution, de Warren Roberts.
Origins of the French Revolution, de William Doyle.
La sombra de la guillotina, de Hilary Mantel.
Historia de dos ciudades, de Charles Dickens.
Guerra y paz, de León Tolstói.

El destino de una reina
Allison Pataki

Título original: *The Queen's Fortune*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
Publicado de acuerdo con
Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2021

ISBN: 978-84-670-6212-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta